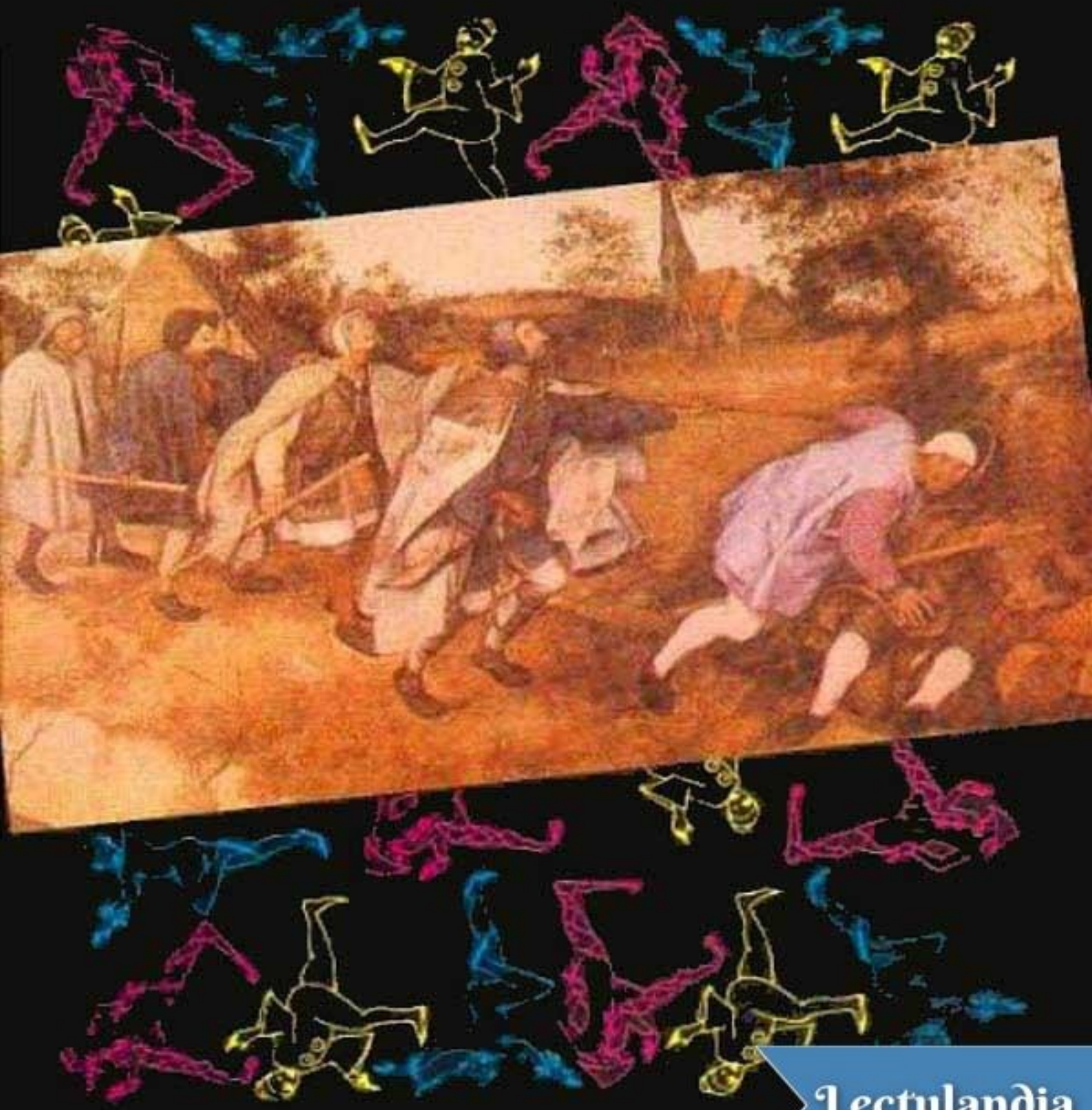
Barbara W. Tuchman

La marcha de la locura

La sinrazón desde Troya hasta Vietnam



Lectulandia

«La marcha de la locura» incluye cuatro ensayos en los que Barbara Tuchman, presenta ejemplos de la insensatez de los gobernantes: la guerra de Troya, con su famoso caballo que rompiera la resistencia de la ciudad; la actitud de los papas del Renacimiento, motivo en gran medida de la separación protestante; la pérdida de las trece colonias por parte de Inglaterra y la guerra de Estados Unidos contra Vietnam.

Lectulandia

Barbara W. Tuchman

La marcha de la locura

La sinrazón desde Troya hasta Vietnam

ePub r1.0
Titivillus 24.01.2018

Título original: *The March of Folly. From Troy to Vietnam*
Barbara W. Tuchman, 1984
Traducción: Juan José Utrilla
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Y no puedo ver razón para que alguien suponga que en el futuro los mismos temas ya oídos no sonarán de nuevo… empleados por hombres razonables, con fines razonables, o por locos, con fines absurdos y desastrosos.

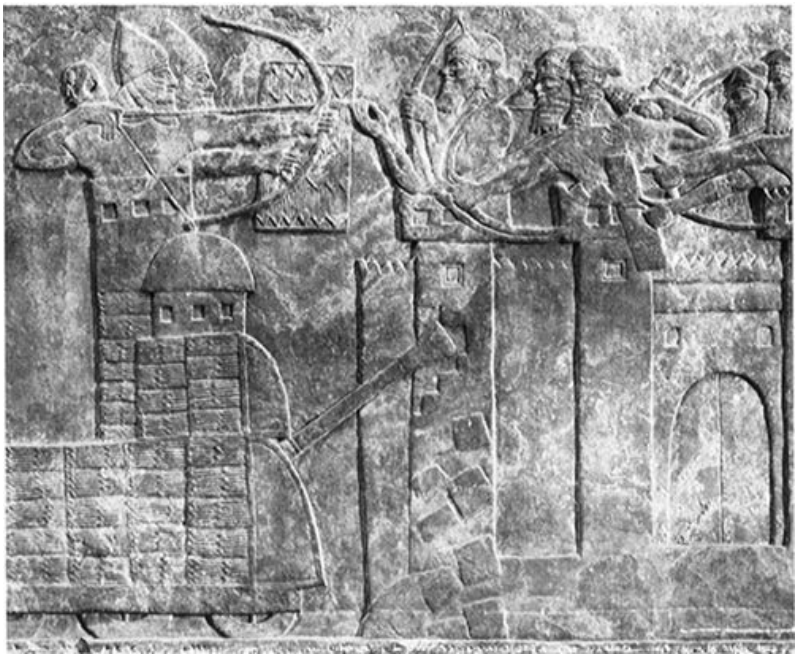
JOSEPH CAMPBELL. Prólogo a *The Masks Of God Primitive Mythology*, 1969.

Agradecimientos

Deseo expresar mi agradecimiento a quienes de diversas maneras han contribuido a este libro: al profesor William Wilcox, presentador de los Benjamin Franklin Papers en la Universidad de Yale, por su lectura crítica del capítulo IV; a Richard Dudman, exjefe de oficina del *St. Louis Post-Dispatch* en Washington y autor de *Forty Days with the Enemy* (un testimonio de su cautiverio en Camboya), por haber leído el capítulo V; al profesor Nelson Minnich, de la Universidad Católica de América por haber leído el capítulo III. Leer no significa estar de acuerdo, particularmente en el caso del último nombrado. Sólo yo soy responsable de todas las interpretaciones y opiniones.

Por consulta o ayuda en varios aspectos, estoy en deuda de gratitud con el profesor Bernard Bailyn, del Departamento de Historia de la Universidad de Harvard; con el doctor Peter Dunn, por sus investigaciones sobre el regreso de las tropas francesas a Vietnam en 1945; con Jeffrey Race, por hacerme conocer el concepto oculto bajo el término «disonancia cognoscitiva»; con el coronel Harry Summers, del Army War College; con Janis Kreslins, de la biblioteca del Council on Foreign Relations; y con todas las personas enumeradas en las referencias del capitulo V, que tuvieron la amabilidad de ponerse a mi disposición para preguntas orales.

Por su ayuda para descubrir ilustraciones, estoy en deuda con la profesora Emily Vermuele, del Departamento Clásico de Harvard; con Joan Sussler, del Museo Lewis-Walpole en Farmington, Connecticut, y con sus colegas; con Marc Pachter, de la Galería Nacional de Retratos de Washington, D. C.; con el Departamento de Impresos y Dibujos y el Departamento Griego y Romano del Metropolitan Museum of Art de Nueva York; con el Departamento de Impresos y Fotografías de la Biblioteca del Congreso; con Charles Green, del Museum of Cartoon Art; con Catherine Prentiss, del Newspaper Comics Council; y con Hester Green, de A. M. Hearth and Company, Londres, por su mano mágica aplicada a la Galería Nacional de Retratos (Londres), y el Museo Británico. Todo esto debe su existencia coherente a Mary McGuire, de Alfred A. Knopf, quien siguió una corriente de materiales desconectados y alcanzó a atar los cabos sueltos. Mi gratitud extra a Robin Sommer, por su devota y eficaz vigilancia de la precisión en las pruebas.



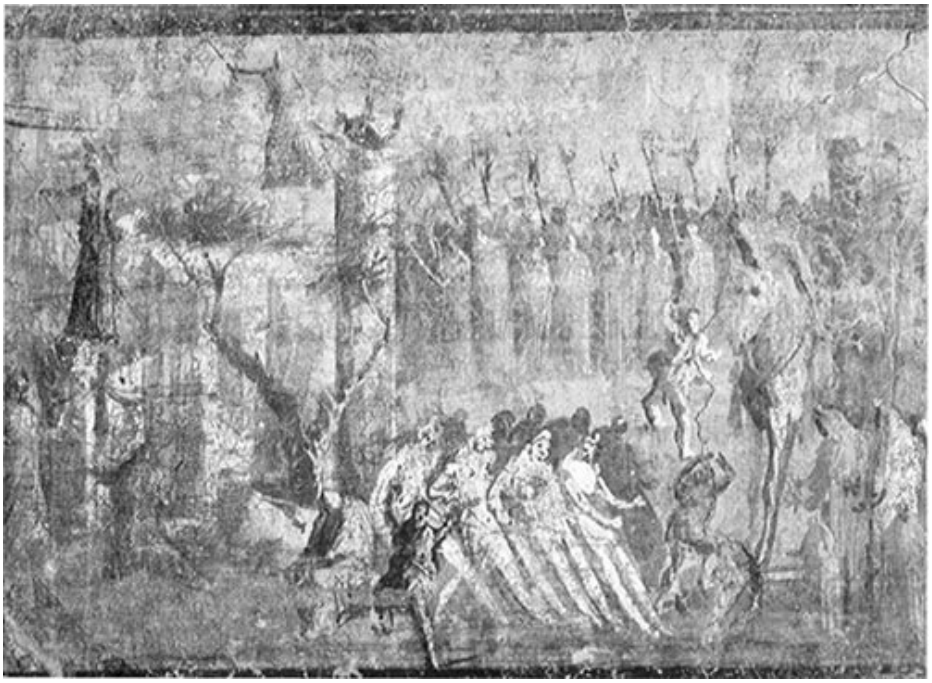
Bajorrelieve que muestra una máquina de asedio asiria de una época medio siglo anterior a Homero. La estructura consiste en una torre móvil con ruedas, provista de un ariete, perteneciente al reino de Ashurnasipal II, 884-860 a. C.

Nuevos agradecimientos a mi esposo, el doctor Lester R. Tuchman, por sugerirme a Roboam y por descubrir las referencias a la guerra de sitios en la antigüedad y la ilustración de una máquina asiría de sitios; a mi hija y mi yerno, Lucy y David Eisenberg, y a mi hija Alma Tuchman por leer todo el manuscrito haciendo comentarios útiles; a mi agente, Timothy Seldes, de Russell and Volkening, por su disponibilidad y ayuda cada vez que se necesitó; y a mi corrector y editor, Robert Gottlieb, por su juicio crítico y su paciencia inagotable ante las angustias de los escritores, que le dan lata por teléfono.

I. UNA POLÍTICA CONTRARIA AL PROPIO INTERÉS

Un fenómeno que puede notarse por toda la historia, en cualquier lugar o período, es el de unos gobiernos que siguen una política contraria a sus propios intereses. Al parecer, en cuestiones de gobierno la humanidad ha mostrado peor desempeño que casi en cualquiera otra actividad humana. En esta esfera, la sabiduría —que podríamos definir como el ejercicio del juicio actuando a base de experiencia, sentido común e información disponible—, ha resultado menos activa y más frustrada de lo que debiera ser. ¿Por qué quienes ocupan altos puestos actúan, tan a menudo, en contra de los dictados de la razón y del autointerés ilustrado? ¿Por qué tan a menudo parece no funcionar el proceso mental inteligente?

Relieve de terracota sobre un ánfora gigante (1.35 metros de alto) del siglo VII a. C., donde se muestra el Caballo de Madera, con ruedas acopladas a sus pies y guerreros griegos surgiendo de su interior. Encontrada en Mykonos en 1961.



Fresco romano de Pompeya, *circa* siglo I a. C., que representa la entrada del Caballo de Madera en la ciudad de Troya. En el extremo superior izquierdo aparece una mujer, posiblemente Cassandra, portando una antorcha, mientras que en el extremo inferior izquierdo se le puede ver a ella (o a otra mujer) corriendo hacia el Caballo, como si quisiera detenerlo. Aunque está bastante deteriorada, esta pintura resulta de gran interés en Pompeya a causa de su grandeza trágica y su dramatismo.

Para empezar por el principio, ¿por qué los jefes troyanos metieron a aquel sospechoso caballo de madera, dentro de sus murallas, pese a que había todas las razones para desconfiar de una trampa griega? ¿Por qué varios sucesivos ministros de Jorge III insistieron en coaccionar —en lugar de conciliarse— a las colonias norteamericanas, aunque varios consejeros les hubiesen avisado, repetidas veces, que el daño así causado sería mucho mayor que cualquier posible ventaja? ¿Por qué Carlos XII y Napoleón, y después Hitler, invadieron Rusia, pese a los desastres que habían acontecido a todos sus predecesores? ¿Por qué Moctezuma, soberano de ejércitos valerosos e impacientes por combatir, y de una ciudad de 300 000 habitantes, sucumbió con pasividad ante un grupo de varios centenares de invasores extranjeros, aun después de que habían demostrado, más que obviamente, que no eran dioses, sino seres humanos? ¿Por qué se negó Chiang Kai-shek a oír toda voz de reforma o de alarma, hasta que un día despertó para descubrir que el país se le había escapado de las manos? ¿Por qué las naciones importadoras de petróleo se entregan a una rivalidad por el abasto disponible, cuando un frente unido ante los exportadores les habría permitido dominar la situación? ¿Por qué, en tiempos recientes, los sindicatos ingleses, en un espectáculo lunático, parecieron periódicamente dispuestos a asumir a su país en la parálisis, al parecer bajo la impresión de que estaban separados de todo? ¿Por qué los hombres de negocios norteamericanos insisten en el «desarrollo» cuando, demostrablemente, está agotando los tres elementos básicos de la vida en nuestro planeta: la tierra, el agua y un aire no contaminado? (Aunque los sindicatos y las empresas no sean, estrictamente, un gobierno en el sentido político, sí

representan situaciones gobernantes).

Aparte del gobierno, el hombre ha realizado maravillas: inventó, en nuestros tiempos, los medios para abandonar la Tierra y llegar a la Luna; en el pasado, dominó el viento y la electricidad, levantó piedras inertes convirtiéndolas en aladas catedrales, bordó brocados de seda a partir de la baba de un gusano, construyó los instrumentos músicos, derivó de las corrientes energía motora, contuvo o eliminó plagas, hizo retroceder el mar del Norte y creó tierras en su lugar; clasificó las formas de la naturaleza, y penetró los misterios del cosmos. «Mientras que todas las demás ciencias han avanzado», confesó el segundo presidente de los Estados Unidos, John Adams, «el gobierno está estancado; apenas se le practica mejor hoy que hace 3000 o 4000 años[1]».

El mal gobierno es de cuatro especies, a menudo en combinación. Son: 1) tiranía u opresión, de la cual la historia nos ofrece tantos ejemplos conocidos que no vale la pena citarlos; 2) ambición excesiva, como el intento de conquista de Sicilia por los atenienses en la Guerra del Peloponeso, el de conquista de Inglaterra por Felipe II, por medio de la Armada Invencible, el doble intento de dominio de Europa por Alemania, autodeclarada raza superior, el intento japonés de establecer un Imperio en Asia; 3) incompetencia o decadencia, como en el caso de finales del Imperio romano, de los últimos Romanov, y la última dinastía de China; y por último, 4) insensatez o perversidad. Este libro trata de la última en una manifestación específica, es decir, seguir una política contraria al propio interés de los electores o del Estado en cuestión. El propio interés es todo lo que conduce al bienestar o ventaja del cuerpo gobernado; la insensatez es una política que en estos términos resulta contraproducente.

Para calificar como insensatez en este estudio, la política adoptada debe satisfacer tres normas: debe ser percibída como contraproducente en su propia época, y no sólo en retrospectiva. Esto es importante, porque toda política está determinada por las costumbres de su época. Como bien lo ha dicho un historiador inglés, «nada es más injusto que juzgar a los hombres del pasado por las ideas del presente. Dígase lo que se diga de la moral, la sabiduría política ciertamente es variable[2]». Para no juzgar de acuerdo con los valores actuales, debemos consultar la opinión de las épocas e investigar sólo aquellos episodios cuyo daño al propio interés fue reconocido por sus contemporáneos.

En segundo lugar, debió haber otro factible curso de acción. Para suprimir el problema de la personalidad, una tercera norma será que la política en cuestión debe ser la de un grupo, no la de un gobernante individual, y debe persistir más allá de cualquier vida política. El mal gobierno por un solo soberano o un tirano es demasiado frecuente y demasiado individual para que valga la pena hacer una investigación generalizada. El gobierno colectivo o una sucesión de gobernantes en el mismo cargo, como en el caso de los papas renacentistas, plantea un problema más importante. (El Caballo de Troya, que pronto examinaremos, es una excepción al

requisito del tiempo, y Roboam al requerimiento del grupo, pero cada uno de éstos es un ejemplo tan clásico y ocurrió tan al principio de la historia conocida del gobierno, que ambos pueden mostrar cuán profundo es el fenómeno de la insensatez).

La aparición de la insensatez es independiente de toda época o localidad; es intemporal y universal, aunque los hábitos y las creencias de un tiempo y un lugar particulares determinen las formas que adopte. No está relacionada con ningún tipo de régimen: monarquía, oligarquía y democracia la han producido por igual. Tampoco es exclusivo de ninguna nación o clase. La clase obrera, como está representada por los gobiernos comunistas, no funciona en el poder más racional o eficientemente que la clase media, como se ha demostrado notablemente en la historia reciente. Es posible admirar a Mao Tse-Tung por muchas cosas, pero el Gran Salto Adelante, con una fábrica de acero en cada patio, y la Revolución Cultural, fueron ejercicios opuestos a toda sabiduría, que causaron grandes daños al progreso y la estabilidad de China, para no mencionar siquiera la reputación del presidente. Difícil sería llamar ilustrada a la actuación del proletariado ruso en el poder, aunque después de sesenta años de dominio, hay que reconocerle una especie de brutal éxito. Si la mayoría del pueblo ruso está mejor que antes en lo material, el costo en crueldad y tiranía no ha sido menor, y sí probablemente mayor que en la época de los zares.

La Revolución francesa, gran prototipo de gobierno populista, pronto volvió a la autocracia coronada en cuanto encontró un buen administrador. Los regímenes revolucionarios de los jacobinos y del directorio pudieron encontrar fuerza para exterminar a sus enemigos internos y derrotar a sus enemigos del exterior, pero no pudieron contener lo suficiente a los suyos propios para mantener el orden interno, instalar una administración competente o recabar impuestos. El nuevo orden sólo pudo ser rescatado por las campañas militares de Bonaparte, que llevó el botín de las guerras extranjeras para llenar las arcas del tesoro y, después, lo hizo mediante su competencia como ejecutivo. Escogió sus funcionarios sobre el principio de «*la carrière ouverte aux talents*»: siendo los talentos deseados inteligencia, energía, laboriosidad y obediencia. Ello funcionó durante un tiempo hasta que también él, víctima clásica de la *hubris*, se destruyó a sí mismo por extenderse demasiado.

Seria lícito preguntar por qué, dado que la insensatez o la perversidad es inherente a los individuos, habíamos de esperar otra cosa del gobierno. La razón que nos preocupa es que la insensatez en el gobierno ejerce mayor efecto sobre más personas que las locuras individuales, y por tanto el gobierno tiene un mayor deber de actuar de acuerdo con la razón. Precisamente por ello, y puesto que esto se sabe desde hace mucho tiempo, ¿por qué no ha tomado nuestra especie ciertas precauciones y levantado salvaguardias contra ella? Se han hecho algunos intentos, empezando por la propuesta de Platón de seleccionar una clase, a la que se prepararía para ser profesionales del gobierno. Según su plan, la clase gobernante en una sociedad justa debía estar constituida por hombres que hubiesen aprendido el arte de gobernar, tomados entre los racionales y los sabios. Como Platón reconocía que en la

distribución natural éstos escasean, creyó que habría que engendrarlos y alimentarlos eugenésicamente. El gobierno, afirmó, era un arte especial en que la competencia, como en cualquier otra profesión, sólo podría adquirirse mediante el estudio de la disciplina, y de ninguna otra manera. Su solución, hermosa e inalcanzable, fue los reyes-filósofos. «Los filósofos deben ser reyes en nuestras ciudades, o los que hoy son reyes y potentados deben aprender a buscar la sabiduría como verdaderos filósofos, y así el poder político y la sabiduría intelectual se encontrarán en uno solo». Hasta ese día, reconoció, «no puede haber descanso de las perturbaciones de las ciudades, y, creo yo, de toda la especie humana[3]». Y efectivamente, así ha sido.

La testarudez, fuente del autoengaño, es un factor que desempeña un papel notable en el gobierno. Consiste en evaluar una situación de acuerdo con ideas fijas preconcebidas, mientras se pasan por alto o se rechazan todas señales contrarias. Consiste en actuar de acuerdo con el deseo, sin permitir que nos desvíen los hechos. Queda ejemplificada en la evaluación hecha por un historiador, acerca de Felipe II de España, el más testarudo de todos los soberanos: «Ninguna experiencia del fracaso de su política pudo quebrantar su fe en su excelencia esencial[4]».

Un caso clásico en acción fue el Plan 17, plan de combate francés de 1914, concebido de acuerdo con una total dedicación a la ofensiva. Lo concentró todo en un avance francés hacia el Rin, permitiendo que la izquierda francesa quedara totalmente desguarnecida, estrategia que sólo podía justificarse por la creencia fija en que los alemanes no podrían encontrar hombres suficientes para extender su invasión a través del Occidente, por Bélgica, y las provincias costeras francesas. Esta suposición se basó en la idea igualmente fija de que los alemanes nunca emplearían sus reservas en la primera línea. Las pruebas de lo contrarío que empezaron a llegar al Cuartel General francés en 1913 tuvieron que ser, y siguieron siéndolo, absolutamente rechazadas para que ninguna preocupación por una posible invasión alemana por el Occidente fuese a apartar fuerzas de una ofensiva directa francesa, hacia el Este, hacia el Rin. Cuando llegó la guerra, los alemanes pudieron utilizar y utilizaron sus reservas en la primera línea y emprendieron el largo camino, por el Oeste, con resultados que determinaron una guerra prolongada y sus terribles consecuencias para nuestro siglo.

Testarudez es, asimismo, el negarse a aprender de la experiencia, característica en que fueron supremos los gobernantes medievales del siglo XIV. Por muchas veces y por muy obviamente que la devaluación de la moneda alterara la economía y enfureciera al pueblo, los monarcas Valois de Francia recurrieron a ella cada vez que se encontraron en desesperada necesidad de dinero, hasta que provocaron la insurrección de la burguesía. En la guerra, oficio de la clase gobernante, la testarudez fue notable. Por muy a menudo que las campañas que requerían vivir de una región hostil terminaran en hambre y aun en muerte por inanición, como en el caso de las invasiones de Francia por los ingleses en la Guerra de los Cien Años, regularmente se lanzaron campañas que inevitablemente tenían este destino.

Hubo otro rey de España a comienzos del siglo XVII, Felipe III, que, según se dice, murió de una fiebre que contrajo por permanecer demasiado tiempo cerca de un brasero, acalorándose desvalidamente, porque no fue posible encontrar al funcionario encargado de llevarse el brasero. A finales del siglo XX, empieza a parecer que la humanidad puede estar acercándose a una etapa similar de insensatez suicida. Se pueden ofrecer tantos casos, y con tal prontitud, que podemos seleccionar tan sólo el caso principal: ¿Por qué las superpotencias no empiezan a despojarse mutuamente de los medios del suicidio humano? ¿Por qué invertimos todas nuestras capacidades y nuestras riquezas en una pugna por la superioridad armada que nunca podría lograrse por un tiempo suficiente para que valga la pena tenerla, y no en un esfuerzo por encontrar un *modus vivendi* con nuestro antagonista, es decir, un modo de vida, no de muerte?

Durante 2500 años, los filósofos de la política, desde Platón y Aristóteles, pasando por Tomás de Aquino, Maquiavelo, Hobbes, Locke, Rousseau, Jefferson y Madison, hasta Hamilton, Nietzsche y Marx han dedicado sus ideas a las cuestiones principales de la ética, la soberanía, el contrato social, los derechos del hombre, la corrupción del poder, el equilibrio entre la libertad y el orden. Pocos, salvo Maquiavelo, que se preocupó por el gobierno tal como es y no como debiera ser, se preocuparon por la simple insensatez, aunque ésta ha sido problema crónico y omnipresente. El conde Axel Oxenstierna, canciller de Suecia durante el tumulto de la Guerra de los Treinta Años, a las órdenes del hiperactivo Gustavo Adolfo, y verdadero gobernante del país, aunque supuestamente a las órdenes de su hija, Cristina, tuvo amplia experiencia en qué basar la conclusión a que llegó en su lecho de muerte: «Conoce, hijo mío, con qué poca sabiduría se gobierna al mundo[5]».

Como la soberanía individual fue, durante tanto tiempo, la forma normal de gobierno, muestra las características humanas que han causado la insensatez en el gobierno desde que tenemos noticia. Roboam[6], rey de Israel e hijo de Salomón, sucedió a su padre a la edad de 41 años, cerca de 930 a. C., un siglo, poco más o menos, antes de que Homero compusiera la epopeya nacional de su pueblo. Sin perder tiempo, el nuevo rey cometió el acto insensato que dividiría a su nación y perdería para siempre sus 10 tribus del norte, colectivamente llamadas Israel. Entre ellas había muchas a las que se había enajenado por causa de excesivos impuestos en forma de trabajos forzosos exigidos por el rey Salomón y que, durante su reinado, ya habían hecho un intento de secesión. Se habían reunido en torno de uno de los generales de Salomón, Jeroboam, «poderoso hombre de valor», que decidió encabezar una revuelta, de acuerdo con la profecía de que él heredaría el gobierno de las 10 tribus. El Señor, hablando por la voz de cierto Ahias Silonita, desempeñó un papel en el asunto, pero este papel, entonces y después, es oscuro y parece haber sido insertado por unos narradores que consideraron que la mano del Todopoderoso debía intervenir. Al fracasar la revuelta, Roboam[7] huyó a Egipto, donde fue bien acogido

por Sesac, rey de tal país.

Reconocido como rey indiscutible por las dos tribus meridionales de Judea y de Benjamín, Roboam, consciente de la inquietud que había en Israel, emprendió al punto el viaje hasta Sichem, centro del norte, para obtener la lealtad del pueblo. En cambio, le salió al encuentro una delegación de representantes de Israel, quienes le pidieron que aliviara el pesado yugo de los trabajos forzosos que les había impuesto su padre y le dijeron que, si lo hacía, le servirían como leales súbditos. Entre los delegados estaba Jeroboam, que había sido enviado a toda prisa desde Egipto, cuando se supo que había muerto el rey Salomón, y cuya presencia ciertamente debió de mostrar a Roboam que se enfrentaba a una situación crítica.

Contemporizando, Roboam pidió a la delegación que volviera, al cabo de tres días, a recibir su respuesta. Mientras tanto, él consultó a los ancianos del consejo de su padre, quienes le recomendaron acceder a la demanda del pueblo, advirtiéndole que si actuaba con benignidad y «les decía buenas palabras, ellos serán tus servidores para siempre». Caldeada su sangre por la primera emoción de la soberanía, Roboam consideró demasiado benigno este consejo y se volvió hacia «los jóvenes que habían crecido con él». Ellos conocían su verdadero sentir y, como en cualquier tiempo lo han hecho los consejeros que desean consolidar su puesto en la «Oficina Oval», le dieron el consejo que, según sabían, sería más grato para él. No debía hacer concesiones sino decir claramente al pueblo que su gobierno no sería más llevadero sino más pesado que el de su padre. Compusieron para él las célebres palabras que podrían ser lema de cualquier déspota: «Y así deberás decirles: “si mí padre hizo pesado vuestro yugo, yo lo haré todavía más. Mi padre os azotó con azotes, yo os azotaré con escorpiones”». Encantado con esta fórmula feroz, Roboam se enfrentó a la delegación, cuando ésta volvió al tercer día, y se dirigió a ella «rudamente», diciendo palabra por palabra lo que los jóvenes le habían sugerido.

El que sus súbditos no estuviesen de acuerdo en aceptar mansamente esta respuesta no parece habérsele ocurrido antes a Roboam. No sin razón se ganó en la historia hebrea la designación de «rico en insensatez[8]». Ahí mismo —tan instantáneamente que se ha sugerido que ya habían decidido antes su curso de acción, en caso de una respuesta negativa— los hombres de Israel anunciaron su separación de la Casa de David, con el grito de batalla, «¡Israel, a tus estancias! ¡Provee ahora en tu casa, David!».

Con una imprudencia que habría asombrado hasta al conde Oxenstierna, Roboam emprendió entonces la acción más provocativa posible, dadas las circunstancias. Llamando precisamente al que representaba el odiado yugo, Adyram, comandante o prefecto del tributo en trabajos forzados, le ordenó —al parecer sin darle fuerzas en su apoyo— que estableciera su autoridad. Adyram murió lapidado, por lo cual el temerario e insensato rey inmediatamente pidió su carro y se fue a Jerusalén, donde convocó a todos los guerreros de Judá y de Benjamín, para entablar la guerra y reunir a la nación. Al mismo tiempo, el pueblo de Israel nombró su rey a Jeroboam. Él reinó

durante veintidós años, y Roboam durante diecisiete, «y entre ellos hubo guerra cada día».

La prolongada lucha debilitó a ambos estados, envalentonó a las tierras conquistadas por David al este del Jordán —Moab, Edom, Ammón y otras— a recuperar su independencia, y allanó el camino a la invasión de los egipcios. El rey Sesac «con un gran ejército» tomó los fuertes fronterizos y se acercó a Jerusalén, que Roboam sólo pudo salvar pagando al enemigo un tributo en oro del tesoro del templo y el palacio real. Sesac también penetró en el territorio de su antiguo aliado Jeroboam, llegando hasta Mageddo pero, sin duda por falta de los recursos necesarios para establecer su dominio, tuvo que retroceder a Egipto.

Las doce tribus nunca volvieron a reunirse. Desgarrados por el conflicto, los dos estados no pudieron mantener el orgulloso Imperio establecido por David y Salomón, que se había extendido desde el norte de Siria hasta los límites de Egipto, dominando las rutas internacionales de las caravanas y el acceso al comercio exterior por el mar Rojo. Reducidas y divididas, no pudieron resistir la agresión de sus vecinos. Después de 200 años de existencia separada, las diez tribus de Israel fueron conquistadas por los asirios en 722 a. C. y, de acuerdo con la política asiria hacia los pueblos conquistados, fueron arrojadas de sus tierras y dispersadas por la fuerza, desvaneciéndose así hasta llegar a constituir una de las grandes incógnitas y perennes especulaciones de la historia.

El reino de Judá, que contenía a Jerusalén, siguió viviendo como tierra del pueblo judío. Aunque en diferentes épocas recuperó gran parte del territorio septentrional, también sufrió conquistas y el exilio por las aguas de Babilonia, por entonces su rival, luchas internas, soberanía extranjera, rebelión, otra conquista, otro exilio más lejano y dispersión, opresión, *ghettos* y matanzas… pero no desaparición. El no seguir el otro curso que Roboam habría podido tomar, aconsejado por los ancianos y tan a la ligera rechazado, causó una larga venganza que ha dejado su marca sobre 2800 años.

Igualmente ruinosa, pero de causa opuesta, fue la locura que produjo la conquista de México. Aunque no es difícil comprender a Roboam, el caso de Moctezuma sirve para recordarnos que la locura no siempre es explicable[9]. El Estado azteca del que fue emperador, de 1502 a 1510, era rico, refinado y depredador. Rodeada por montañas en una meseta del interior (hoy, ubicación de la ciudad de México), su capital era una ciudad de 60 000 hogares edificados sobre los pilotes, las calzadas y las isletas de un lago, con casas de estuco, calles y templos, brillantes en su pompa y sus adornos, poderosa en sus armas. Con colonias que por el Este llegaban hasta la costa del golfo y por el Oeste hasta el Pacífico, el Imperio incluía cerca de cinco millones de habitantes. Los gobernantes aztecas estaban avanzados en las artes y las ciencias y la agricultura, en contraste con la ferocidad de su religión, cuyos ritos de sacrificio humano nadie había superado en sangre y crueldad. Los ejércitos aztecas lanzaban campañas anuales para capturar mano de obra esclava y víctimas para los

sacrificios entre las tribus vecinas, así como abastos de alimentos, que siempre escaseaban, y para someter nuevas áreas o castigar revueltas. En los primeros años de su reinado, el propio Moctezuma encabezó tales campañas, extendiendo grandemente sus fronteras.

La cultura azteca estaba sometida a los dioses: a dioses pájaros, dioses serpientes, dioses jaguares, el dios de la lluvia, Tláloc, y el dios del Sol, Tezcatlipoca, que era señor de la superficie de la Tierra, el «Tentador» que «susurraba ideas salvajes al espíritu humano». Quetzalcóatl, dios fundador del Estado, había caído de la gloria y se había ido por el mar, hacía Oriente, pero su regreso a la tierra se esperaba; sería anunciado por augurios y apariciones que significarían el fin del Imperio.

En 1519, un grupo de conquistadores españoles llegados de Cuba, al mando de Hernán Cortés, tocó tierra en la costa del golfo de México, en Veracruz. En los 25 años transcurridos desde que Colón había descubierto las islas del Caribe, los invasores españoles habían establecido un Imperio que rápidamente iba devastando a los pueblos aborígenes. Sí sus cuerpos no pudieron sobrevivir a los trabajos impuestos por los españoles, sus almas, en términos cristianos, se salvaban. En sus mallas y sus cascos, los españoles no eran colonos, con paciencia para desmontar bosques y plantar semillas, sino inquietos aventureros, ávidos de oro y de esclavos, y Cortés fue su más viva encarnación. Habiendo reñido con el gobernador de Cuba, Cortés lanzó una expedición de 600 hombres, con 17 caballos y 10 piezas de artillería, ostensiblemente para explorar y establecer comercio pero, en realidad y como su conducta lo puso en claro, buscando la gloria y un dominio independiente, bajo la Corona. Al tocar tierra, su primera acción consistió en quemar sus naves, para que no hubiese retirada posible.

Informado por los habitantes del lugar, que aborrecían a sus señores aztecas, de las riquezas y el poder de la capital, Cortés con la mayor parte de su fuerza audazmente se lanzó a conquistar la gran ciudad del interior. Aunque atrevido y resuelto, no era temerario y en camino estableció alianzas con las tribus hostiles a los aztecas, especialmente con los tlaxcaltecas, sus principales rivales. Mandó a unos mensajeros, presentándose como el embajador de un príncipe extranjero, pero no hizo ningún esfuerzo por presentarse como una reencarnación de Quetzalcóatl, lo que para los españoles era impensable. Marcharon con sus propios sacerdotes, en lugar muy visible, llevando crucifijos y estandartes de la Virgen, y con el objetivo declarado de ganar almas para Cristo.

Informado de su avance, Moctezuma reunió a sus consejeros, algunos de los cuales le insistieron en que resistiera a los extranjeros por la fuerza del engaño, mientras que otros argüían que si en realidad eran embajadores de un príncipe extranjero, lo más recomendable sería darles la bienvenida y, si fueran seres sobrenaturales, como parecían indicarlo sus maravillosos atributos, toda resistencia sería inútil. Sus rostros «grises», sus atuendos de «piedras», su llegada a las costas en unas casas que navegaban con alas blancas, su fuego mágico que brotaba de unos

tubos y mataba a distancia, las extrañas bestias que llevaban sobre el lomo a sus jefes, sugirieron algo sobrenatural a un pueblo para el que los dioses estaban por doquier. Sin embargo, al parecer la idea de que su jefe fuese Quetzalcóatl, parece haber sido un temor peculiar del propio Moctezuma.

Vacilante y aprehensivo, Moctezuma hizo lo peor que habría podido hacer en la circunstancia: envió espléndidos regalos, que revelaban su riqueza, y unas cartas, pidiendo a los visitantes dar vuelta, lo que reveló su debilidad. Llevados por cien esclavos, los presentes de joyas, telas, maravillosos trabajos de plumas y dos enormes platos de oro y de plata «tan grandes como ruedas de un carro» excitaron la codicia de los españoles, mientras que las cartas que prohibían acercarse a su capitán, y casi les rogaban retornar a su patria; escritas en el lenguaje más blando, para no provocar a dioses ni embajadores, no resultaban muy temibles. Los españoles siguieron adelante.

Moctezuma no hizo nada por contenerlos o bloquear su camino, hasta que llegaron a la ciudad. En cambio, se les dio una bienvenida oficial y fueron escoltados a unas moradas preparadas para ellos en el palacio y otros lugares. El ejército azteca que aguardaba en las colinas la señal de ataque nunca fue llamado, aunque habría podido aniquilar a los invasores, cortarles la retirada por las calzadas o ponerles sitio, obligándoles a rendirse. En realidad, tales planes ya se habían preparado, pero su intérprete los reveló a Cortés. En estado de alerta, puso a Moctezuma en arresto domiciliario en su propio palacio, como rehén contra todo ataque. El soberano de un pueblo belicoso, que en números superaba a sus captores por mil a uno, se rindió. Mediante un exceso de misticismo o de superstición, al parecer se había convencido de que los españoles eran en realidad el grupo de Quetzalcóatl, llegado a poner fin a su Imperio y, creyéndose condenado, no hizo ningún esfuerzo por evitar su destino.

Mientras tanto, por las incesantes demandas de oro y provisiones que hacían los visitantes, era clarísimo que eran «demasiado humanos», y por sus constantes ritos de culto a un hombre desnudo sujeto a una cruz de madera, y a una mujer con un niño, era evidente que no estaban relacionados con Quetzalcóatl, a cuyo culto se mostraron abiertamente hostiles. Cuando, en un arranque de arrepentimiento, o por persuasión de alguien, Moctezuma ordenó poner una emboscada a la guarnición que Cortés había dejado en Veracruz, sus hombres mataron a dos españoles y enviaron, como prueba, la cabeza de uno de ellos a la capital. Sin parlamentar ni aceptar explicaciones, Cortés puso al instante al emperador en cadenas, y le obligó a entregar a los perpetradores de aquel hecho, a los que quemó vivos a las puertas del palacio, sin dejar de exigir un inmenso tributo punitivo en oro y joyas. Cualquier ilusión que pudiese quedar de una relación con los dioses, se desvaneció ante la cabeza cortada de aquel español.

El sobrino de Moctezuma, Cacama, denunció a Cortés como asesino y ladrón, y amenazó con ponerse al frente de una revuelta, pero el emperador siguió silencioso y pasivo. Tan seguro se sintió Cortés que, al enterarse de que a la costa había llegado

una fuerza, procedente de Cuba, con órdenes de aprehenderlo, salió a hacerle frente, dejando una pequeña fuerza de ocupantes que acabaron de enfurecer a los habitantes del lugar, al destrozar altares y apoderarse de alimentos. El espíritu de rebelión cundió, Moctezuma, habiendo perdido autoridad, no pudo ponerse al frente de su pueblo ni suprimir su ira. Al regreso de Cortés, los aztecas, encabezados por el hermano del emperador, se rebelaron. Los españoles, que nunca habían tenido más de trece mosquetes[10], contraatacaron con espadas, chuzos y ballestas, así como antorchas para incendiar las casas. Bajo gran presión, aunque tuvieran la ventaja del acero, sacaron a Moctezuma para que pidiese poner alto a la lucha, pero, al aparecer, su pueblo lo apedreó como cobarde y traidor. Llevado de vuelta a palacio por los españoles, falleció tres días después, y sus súbditos le negaron los honores funerales. Los españoles evacuaron la ciudad durante la noche, perdiendo una tercera parte de sus fuerzas y todo su botín.

Uniendo a sus aliados mexicanos, Cortés derrotó a un superior ejército azteca, en un combate en las afueras de la ciudad. Con ayuda de los tlaxcaltecas, organizó un sitio en toda forma, cortó el abasto de agua dulce y alimentos de la ciudad, y gradualmente penetró en ella, lanzando los escombros de los edificios destruidos al lago, mientras avanzaba. El 13 de agosto de 1521, el resto de los habitantes, sin jefe, muertos de hambre, se rindieron. Los conquistadores rellenaron el lago, edificaron su propia ciudad sobre los escombros e impusieron su dominio en todo México, a los aztecas y otros por igual, dominio que duraría 300 años.

No es posible tratar de refutar las creencias religiosas, especialmente las de una cultura extraña, remota, y sólo a medias entendida. Pero cuando las creencias se convierten en un engaño mantenido contra toda prueba natural hasta el punto de perder la independencia de un pueblo, bien se les puede llamar locura. La categoría es, una vez más, la testarudez, en la especial variedad de la manía religiosa. Nunca ha causado daño más grande.

Las locuras no tienen que tener consecuencias negativas para todos los afectados. La Reforma, causada por la locura del papado renacentista, no sería declarada ningún infortunio por los protestantes. Los norteamericanos, en particular, no considerarán lamentable su independencia, provocada por la locura de los ingleses. Puede discutirse si la conquista de España por los moros, que duró 300 años en la mayor parte del país, y 800 en partes menores, tuvo resultados positivos o negativos; es algo que dependerá de la posición del examinador, pero es perfectamente claro que fue causada por la locura de los gobernantes de España en aquella época.

Aquellos gobernantes eran los visigodos[11], que habían invadido el Imperio romano en el siglo IV y, a fines del siglo V, se habían establecido como dominadores de la península Ibérica, sobre los habitantes hispanorromanos, numéricamente superiores. Durante 200 años permanecieron en pugna y a menudo en encuentros armados, con sus súbditos. Por el desenfrenado interés egoísta, normal en los

soberanos de su época, sólo crearon hostilidad, y a la postre, fueron su víctima. La hostilidad fue agudizada por la animosidad de la religión, pues los habitantes locales eran católicos del rito romano, mientras que los visigodos pertenecían a la secta de Arrio. Nuevas disputas surgieron por su método de elegir a su soberano. La nobleza del lugar trató de mantener el principio electivo habitual, mientras que los reyes, invadidos por anhelos dinásticos, estaban dispuestos a hacer hereditario el proceso, y así conservarlo. Se valieron de todo medio de exilio o de ejecución, confiscación de propiedades, impuestos desiguales así como desigual distribución de tierras para eliminar a sus rivales y debilitar toda oposición local. Estos procedimientos hicieron, naturalmente, que los nobles fomentaran la insurrección, y que florecieran toda clase de odios.

Mientras tanto, por medio de la organización superior y de la intolerancia más activa de la Iglesia romana y de sus obispos en España, la influencia católica iba cobrando fuerzas y, a finales del siglo VI, logró convertir a dos herederos del trono. El primero fue muerto por su padre, pero el segundo, llamado Recaredo, reinó, siendo, por fin, un gobernante consciente de la necesidad de unión. Fue el primero de los godos en reconocer que para un soberano al que se oponen dos grupos enemigos, es locura continuar siendo adversario de ambos a la vez. Convencido de que bajo el arrianismo nunca habría unión, Recaredo actuó enérgicamente contra sus antiguos partidarios y proclamó al catolicismo como religión oficial. También varios de sus sucesores hicieron esfuerzos por aplacar a sus antiguos adversarios, llamando a los exiliados y devolviendo propiedades, pero las divisiones y corrientes adversas eran demasiado poderosas, y ellos habían perdido influencia en la Iglesia, en la cual habían creado su propio Caballo de Troya.

El episcopado católico, confirmado en el poder, se lanzó al gobierno secular, proclamando sus leyes, arrogando de sus poderes y celebrando concilios decisivos en que se legitimaba a usurpadores favorecidos y se promovía una implacable campaña de discriminación y de reglas punitivas contra todo el que fuera «no cristiano» o sea, los judíos. Bajo la superficie, persistían las lealtades arrianas; decadencia y desenfreno invadieron la corte. Por obra de cábalas y conjuras, usurpaciones, asesinatos y levantamientos, los cambios de reyes durante el siglo VII fueron rápidos: nadie ocupó el trono durante más de diez años.

Durante este siglo los musulmanes, animados por una nueva religión, se lanzaron en una loca conquista que se extendió desde Persia hasta Egipto y, en el año 700, llegaron a Marruecos, a través de los estrechos, desde España. Sus navíos saquearon la costa española y, aunque rechazado, el nuevo poder, en la otra costa, ofreció a todo grupo enajenado de los godos, la perspectiva siempre tentadora de una ayuda externa contra el enemigo del interior. Por mucho que se haya repetido en la historia, este recurso último siempre termina de un mismo modo, como lo supieron los emperadores bizantinos cuando invitaron a los turcos, en contra de sus enemigos internos: el poder invitado se queda y se adueña de las cosas.

Había llegado el momento para los judíos de España, minoría en un tiempo tolerada que había llegado con los romanos y prosperado en el comercio; los judíos ahora fueron evitados, perseguidos, sometidos a conversión forzosa, privados de sus derechos, propiedades, ocupación y hasta de sus hijos, arrancados a ellos por la fuerza y entregados a los traficantes de esclavos. Amenazados de extinción, establecieron contacto con los moros, y les dieron informes por medio de sus correligionarios del África del Norte. Para ellos, todo era mejor que el régimen cristiano.

Sin embargo, el acto decisivo se debió a la falla central de la desunión en la sociedad. En 710, una conspiración de nobles se negó a reconocer como rey al hijo del último soberano, lo vencieron y depusieron, y eligieron al trono a uno de ellos, el duque Rodrigo, dejando todo el país en confusión y disputas.

El rey destronado y sus partidarios atravesaron los estrechos y, suponiendo que los moros les harían el favor de recuperar para ellos el trono, los invitaron a ayudarlos.

La invasión mora de 711 recorrió un país que estaba en pugna consigo mismo. El ejército de Rodrigo ofreció vana resistencia y los moros se adueñaron de la situación, con una fuerza de 12 000 hombres. Tomando ciudad tras ciudad, llegaron a la capital, establecieron a los suyos en los puestos públicos, en un caso, entregando toda una ciudad a los judíos y siguieron adelante. En siete años se había completado la conquista de la península. La monarquía goda, no habiendo logrado crear un principio viable de gobierno ni una fusión con sus súbditos, se desplomó bajo el asalto, porque no había echado raíces.

En las sombrías edades que siguieron a la caída de Roma y antes del resurgimiento medieval, el gobierno no tenía una estructura o teoría o instrumentalidad reconocidas, aparte de la fuerza arbitraria. Como el desorden es la menos tolerable de las condiciones sociales, el gobierno empezó a cobrar forma en la Edad Media y después como función reconocida, con principios, métodos, dependencias, parlamentos y burocracias reconocidas. Adquirió autoridad, mandatos, mejoró sus medios y su capacidad, pero no un notable aumento de sabiduría o inmunidad ante la insensatez. Esto no es decir que cabezas coronadas y ministros sean incapaces de gobernar bien y con buen juicio. Periódicamente surge la excepción, en un régimen poderoso y eficaz, ocasionalmente hasta benigno, pero, aún más ocasionalmente, sabio. Como la insensatez, estas apariciones no muestran ninguna correlación con el tiempo y el espacio. Solón de Atenas, tal vez el más sabio, fue uno de los primeros. Vale la pena echarle una mirada.

Elegido arconte, o magistrado, en el siglo VI a. C., en un momento de crisis económica y de inquietud social, se pidió a Solón que salvara al Estado, y zanjara sus diferencias. Unas duras leyes contra las deudas que permitían a los acreedores apoderarse de las tierras entregadas como prenda, o aun del propio deudor, para

ponerlo a trabajar como esclavo, habían empobrecido a los plebeyos, creando mala voluntad, así como unos crecientes deseos de insurrección. Solón, que no había participado en la opresión de los ricos ni apoyado la causa de los pobres, gozó de la insólita distinción de ser aceptable para unos y otros. Para los ricos, según Plutarco, por que era hombre de riqueza y sustancia, y para los pobres, porque era honrado. En el cuerpo de leyes que Solón proclamó, su preocupación no fue el interés de facción, sino la justicia, y trató equitativamente a fuertes y débiles, en un gobierno estable. Suprimió la esclavitud por deudas, liberó a quienes habían sido así esclavizados, extendió el sufragio a los plebeyos, reformó la moneda para favorecer el comercio, reguló los pesos y medidas, estableció unos códigos jurídicos que gobernaran la propiedad heredada, los derechos civiles de los ciudadanos, los castigos por delitos y, por último, no queriendo correr riesgos, arrancó al Consejo ateniense el juramento de mantener sus reformas durante diez años.

Entonces Solón hizo algo extraordinario, tal vez único entre los jefes de Estado: comprando un barco con el pretexto de ir a ver el mundo, partió al exilio voluntario, por diez años. Sabio y justo como estadista, Solón no fue menos prudente como hombre. Habría podido conservar el dominio supremo, aumentando su autoridad hasta la tiranía, y en realidad, se le hicieron reproches por no hacerlo, pero, sabiendo que las interminables peticiones y propuestas de modificar esta o aquella ley sólo le valdrían mala voluntad si él no aceptaba, determinó partir para conservar intactas sus leyes, porque los atenienses no podían rechazarlas sin su sanción. Su decisión sugiere que una ausencia de ambición personal junto con un sagaz sentido común se encuentran entre los ingredientes esenciales de la sabiduría. En las notas de su vida, escribiendo sobre sí mismo en tercera persona, Solón lo dice de otra manera: «Cada día se hizo más viejo y aprendió algo nuevo[12]».

Gobernantes fuertes y eficaces, aunque carentes de las cualidades completas de Solón, se elevan de cuando en cuando, en estructura heroica, sobre los demás, como torres visibles a lo largo de los siglos. Pericles presidió el siglo más grande de Atenas con sano juicio, moderación y gran renombre. Roma tuvo a Julio César, hombre de notables talentos de jefe, aunque un gobernante que mueve a sus adversarios al asesinato, probablemente no sea tan sabio como debiera serlo. Después, bajo los cuatro «emperadores buenos» de la dinastía de los Antoninos —Trajano y Adriano, organizadores y constructores; Antonino Pío, el benévolo; Marco Aurelio, el reverenciado filósofo— los ciudadanos romanos gozaron de buen gobierno, prosperidad y respeto durante cerca de un siglo. En Inglaterra, Alfredo *el Grande* rechazó a los invasores y engendró la unidad de sus connacionales. Carlomagno logró imponer el orden a una masa de elementos adversos entre sí. Fomentó las artes de la civilización no menos que las de la guerra y se ganó un prestigio que sería supremo en la Edad Media, no igualado hasta cuatro siglos después por Federico II, llamado *Stupor Mundi* o *Maravilla del Mundo*. Federico participó en todo: artes, ciencias, leyes, poesía, universidades, cruzadas, parlamentos, guerras, políticas y pugnas con el

papado, que al final, pese a todos sus notables talentos, lo frustraron. Lorenzo de Médicis, el Magnifico, promovió la gloria de Florencia, pero, con sus ambiciones dinásticas, socavó la república. Dos reinas, Isabel I de Inglaterra y María Teresa de Austria fueron, ambas, gobernantes hábiles y sagaces que elevaron a sus países a la condición suprema.

George Washington, producto de una nueva nación, fue un dirigente que brilla entre los mejores. Aunque Jefferson fuese más culto o más docto, un cerebro más extraordinario, una inteligencia incomparable, hombre verdaderamente universal, Washington tenía el carácter de una roca y una especie de nobleza que ejercía un dominio natural sobre los demás, junto con la fuerza interior y la perseverancia que le capacitaron a prevalecer sobre una multitud de obstáculos. Hizo posible, a la vez, la victoria física de la independencia norteamericana y la supervivencia de la rebelde e incipiente joven república en sus primeros años.

A su alrededor, con extraordinaria fertilidad, florecieron talentos políticos, como tocados por algún sol tropical. Pese a sus fallas y disputas, los Padres Fundadores han sido justamente llamados por Arthur M. Schlesinger, Sr., «la generación más notable de hombres públicos en la historia de los Estados Unidos o tal vez de cualquier nación[13]». Vale la pena observar las cualidades que este historiador les atribuye: eran intrépidos, tenían altos principios, eran muy versados en el pensamiento político antiguo y moderno, sagaces y pragmáticos, no temían a experimentar, y —esto es revelador— «estaban convencidos del poder del hombre para mejorar su propia condición utilizando la inteligencia». Tal fue la marca de la Edad de la Razón que los formó, y aunque el siglo XVIII tuvo la tendencia de considerar a los hombres como más racionales de lo que en realidad fueran, supo provocar lo mejor que había en estos hombres para gobernar.

Sería inapreciable si pudiésemos saber lo que produjo este brote de talento en una base de sólo dos millones y medio de habitantes. Schlesinger sugiere algunos factores que pudieron contribuir: vasta difusión de la educación, buenas oportunidades económicas, movilidad social, preparación en el autogobierno: todo esto alentó a los ciudadanos a cultivar, hasta su máximo, sus aptitudes políticas. Mientras la Iglesia declinaba en prestigio, y los negocios, las ciencias y las artes aún no ofrecían comparables caminos al esfuerzo humano, la ciencia política siguió siendo casi el único canal para los hombres de energía y propósito firme. Tal vez, ante todo, la necesidad del momento fue lo que provocó la respuesta, la oportunidad de crear un nuevo sistema político. ¿Qué podía ser más emocionante, más propicio para mover a la acción a los hombres de energía y propósito?

Ni antes ni después se ha invertido tanto pensamiento minucioso y razonable en la formación de un sistema de gobierno. En las revoluciones francesa, rusa y china, hubo demasiado odio de clases, demasiado derramamiento de sangre para que sus resultados fueran justos o permanentes sus constituciones. Durante dos siglos, la disposición norteamericana casi siempre ha logrado sostenerse bajo presión, sin

descartar el sistema y probar otro después de cada crisis, como ha ocurrido en Italia y Alemania, en Francia y España. Con una acelerada incompetencia en los Estados Unidos, esto puede cambiar. Los sistemas sociales pueden resistir bastantes locuras cuando las circunstancias son históricamente favorables, o cuando los errores son limitados por grandes recursos o absorbidos por las grandes dimensiones, como en los Estados Unidos durante su periodo de expansión. Hoy, cuando ya no hay «amortiguadores», menos podemos permitirnos la insensatez. Sin embargo, los Fundadores siguen siendo un fenómeno que debe tomarse en cuenta para elevar nuestra estimación de las posibilidades humanas, aun si su ejemplo es demasiado raro para constituir base de expectativas normales.

Entre chispazos de buen gobierno, la insensatez reina soberana. En los Borbones de Francia, surgió hasta ser una brillante flor.

Luis XIV suele ser considerado como un gran monarca, en gran parte porque la gente tiende a aceptar una autoestimación notablemente dramatizada. En realidad, Luis agotó los recursos económicos y humanos de Francia con sus incesantes guerras y su costo en deuda nacional, bajas, hambre y enfermedades, e impulsó a Francia hacía el desplome que sólo podía resultar, como ocurrió dos reinados después, en la caída de la monarquía absoluta, razón de ser de los Borbones. Visto bajo esta luz, Luis XIV es el príncipe de la política llevada en contra del interés propio. No él, sino la amante de su sucesor, Madame de Pompadour, entrevió el resultado: «Después de nosotros, el diluvio».

Por consenso general de los historiadores, el acto más condenado y el peor error de la carrera de Luis fue su Revocación del Edicto de Nantes, en 1685, que cancelaba el decreto de tolerancia de su abuelo, y reanudó la persecución de los hugonotes. A esto le falta una condición de la completa insensatez, ya que, lejos de ser censurado o advertido por entonces, fue saludado con el mayor entusiasmo y mencionado treinta años después, en el funeral del rey, como uno de sus actos más nobles. Sin embargo, este simple hecho refuerza otro criterio: que la política debe ser política de un grupo y no de un individuo. No tardó mucho en reconocerse que en aquello había habido una insensatez. Al cabo de unas décadas, Voltaire lo llamó «una de las más grandes calamidades de Francia», con consecuencias «totalmente contrarias al propósito intentado[14]».

Como todas las locuras, ello fue condicionado por las actitudes y creencias de la época, y como algunas, si no todas, fue innecesaria, una política activista, cuando no hacer nada habría resultado mejor. La fuerza del viejo cisma religioso y de la ferocidad doctrinaria calvinista iban desapareciendo; los hugonotes, menos de dos millones, o cerca de una décima parte de la población, eran ciudadanos leales y laboriosos, demasiado laboriosos para tranquilizar a los católicos. Ésta fue la dificultad. Como los hugonotes sólo celebraban el *sabat*, contra más de cien días de santos y días de fiesta celebrados por los católicos, eran más productivos y prósperos

en el comercio. Sus tiendas y talleres obtenían más clientes (consideración que hubo tras la demanda católica para su supresión). La demanda fue justificada por el alto motivo de que la disidencia religiosa era una traición al rey, y que la abolición de la libertad de conciencia —«esta mortífera libertad»— serviría a la nación, además de servir a Dios.

El consejo atrajo al rey, que se había vuelto más autocrático tras librarse de la tutela inicial del cardenal Mazarino. Cuanto mayor fuera su autocracia, más le parecía que la existencia de una secta disidente era una ruptura inaceptable en la sumisión a la voluntad real. «Una ley, un rey, un Dios», era su concepto del Estado, y después de 25 años a la cabeza de éste, sus arterias políticas se habían endurecido, y su capacidad de tolerar diferencias se había atrofiado. Luis había adquirido la enfermedad de la misión divina, frecuentemente desastrosa para los gobernantes, y se había convencido de que era voluntad del Todopoderoso que «yo sea Su instrumento para llevar de regreso a Él a todos los que están sometidos a mí[15]». Además, tenía motivos políticos. Dadas las inclinaciones católicas de Jacobo II en Inglaterra, Luis creyó que la balanza de Europa estaba inclinándose hacia la supremacía católica y que ello podría ayudarlo, si hacía un gesto dramático contra los protestantes. Además, por causa de las disputas con el papa por otras cuestiones, deseaba presentarse como paladín de la ortodoxia, reafirmando así el antiguo título francés de «cristianísimo rey».

La persecución comenzó en 1681, antes de la Revocación en toda forma. Se prohibieron los servicios religiosos protestantes, se clausuraron sus escuelas e iglesias, se impuso el bautizo católico, los hijos serían separados de sus familias al cumplir siete años para ser educados como católicos; las profesiones y ocupaciones se fueron restringiendo gradualmente hasta quedar muchas prohibídas, a los funcionarios hugonotes se les ordenó renunciar, se organizaron escuadrones de clérigos dedicados a las conversiones, y se ofreció dinero a cada converso. Un decreto siguió a otro, separando y desarraigando a los hugonotes de sus propias comunidades y de la vida nacional.

La persecución engendra su propia brutalidad, y pronto se adoptaron medidas violentas, las más atroces y eficaces de las cuales fueron las *dragonnades*, u orden de alojar dragones del ejército en familias hugonotes; a los dragones se les alentaba a portarse tan brutalmente como quisieran. Notoriamente rudos e indisciplinados, los dragones perpetraron matanzas, palizas y asaltos a las familias, violando a las mujeres, rompiendo y saqueando y dejando porquería mientras que las autoridades ofrecían la exención de este horror como señuelo para convertirse. En esas circunstancias, difícilmente podrían considerarse auténticas las conversiones en masa, y causaron resentimientos entre los católicos porque hacían participar a la Iglesia en perjurios y sacrilegios. A veces hubo que llevar por la fuerza a misa a quienes no deseaban comulgar; entre ellos, hubo quienes escupieron y pisotearon la Eucaristía y fueron quemados en la hoguera por profanar el sacramento.

La emigración de los hugonotes se inició, desafiando los edictos que les prohibían irse, bajo pena, si eran descubiertos, de ser sentenciados al cadalso. Por otra parte, sus pastores, si se negaban a abjurar, eran enviados al exilio por temor a que predicaran en secreto, alentando a los conversos a reincidir. Los pastores obstinados que continuaron celebrando servicios fueron quebrantados en el potro, creando así mártires y estimulando la resistencia de su grey.

Cuando se informó al rey de conversiones en masa, a veces hasta de 60 000 en una sola región en tres días, él tomó la decisión de revocar el Edicto de Nantes, alegando que ya no se necesitaba, puesto que ya no había hugonotes. Por entonces, estaban surgiendo ciertas dudas sobre lo recomendable de esta política. En un Concilio celebrado poco después de la Revocación, el Delfín, probablemente expresando preocupaciones que se le habían confiado en privado, advirtió que revocar el edicto podría causar rebeliones y emigración en masa, nociva para el comercio francés, pero al parecer, su voz fue la única opuesta, sin duda porque contra él no se podían tomar represalias[16]. Una semana después, el 18 de octubre de 1685, se decretó formalmente la Revocación, que fue saludada como «el milagro de nuestros tiempos». «Nunca se había visto semejante alegría de triunfo», escribió el cáustico Saint-Simon, que supo contenerse hasta después de la muerte del rey, «nunca hubo semejante profusión de elogios… Todo lo que el rey oyó fueron elogios[17]».

Pronto se sintieron los malos efectos. Los tejedores, fabricantes de papel y otros artesanos hugonotes, cuyas técnicas habían sido monopolio de Francia, llevaron sus habilidades a Inglaterra y a los Estados alemanes; banqueros y mercaderes sacaron sus capitales; impresores, encuadernadores, constructores de navíos, juristas, médicos y muchos pastores escaparon. Al cabo de cuatro años, de 8000 a 9000 hombres de la armada y de 10 000 a 12 000 del ejército, además de 500 a 600 funcionarios, llegaron a los Países Bajos, a engrosar las fuerzas de Guillermo III[18], enemigo de Luis, que pronto sería su doble enemigo al subir al trono de Inglaterra tres años después, en lugar del expulsado Jacobo II. Se dice que la industria de la seda de Tours y de Lyon quedó arruinada, y que algunas ciudades importantes como Reims y Rouen perdieron la mitad de sus trabajadores.

La exageración, a partir de la virulenta censura de Saint-Simon, quien afirmó que el reino se había «despoblado» en una cuarta parte, fue inevitable, como habitualmente lo es cuando los malos efectos se descubren *a posteriori*. Hoy se calcula el número total de emigrados, un tanto elásticamente, entre 100 000 y 250 000. Cualesquiera que fuesen sus números, su valor para los adversarios de Francia pronto fue reconocido por los Estados protestantes. Holanda les dio, al punto, derechos de ciudadanía y exención de impuestos durante tres años. Federico Guillermo, elector de Brandeburgo (la futura Prusia) emitió un decreto, una semana después de la Revocación, invitando a los hugonotes a su territorio, donde sus empresas industriales contribuyeron considerablemente al surgimiento de Berlín.

En recientes estudios se ha llegado a la conclusión de que ha sido exagerado el

daño económico causado a Francia por la emigración de los hugonotes, y que no fue más que un elemento del daño general causado por las guerras. Sin embargo, nadie duda del daño político. El alud de panfletos y sátiras antifrancesas emitido por los impresores hugonotes y sus amigos, en todas las ciudades en que se establecieron, llevó a un nuevo clímax el antagonismo a Francia. La coalición protestante contra Francia fue fortalecida cuando Brandeburgo entró en una alianza con Holanda, y se le unieron los pequeños principados alemanes. En la propia Francia, la fe protestante fue vigorizada por la persecución, y resurgió el odio a los católicos. Una prolongada revuelta de los hugonotes *camisard* en las Cévennes, región montañosa del Sur, causó una cruel guerra de represión, que debilitó al Estado. Allí y entre otras comunidades hugonotes que se quedaron en Francia, se creó una base receptiva para la futura Revolución.

Más profundo fue el descrédito en que cayó el concepto de monarquía absoluta. Al ser rechazado por los disidentes el derecho del rey a imponer la unidad religiosa, el derecho divino de la autoridad real fue cuestionado por doquier, y recibió un estímulo el desafío constitucional que el siguiente siglo le deparaba. Cuando Luis XIV, sobreviviendo a su hijo y a su nieto, falleció en 1715 después de un reinado de 72 años, no dejó la unidad nacional que había sido su objetivo, sino una disidencia viva y enconada, no el engrandecimiento nacional en riqueza y poder, sino un Estado débil, desordenado y empobrecido. Nunca había un autócrata actuado tan eficazmente contra su propio interés.

La opción factible habría consistido en dejar en paz a los hugonotes o, si acaso, acallar el clamor contra ellos mediante decretos civiles, y no por la fuerza y la atrocidad. Aunque ministros, clérigos y pueblo en general aprobaron la persecución, ninguna de sus razones era inevitable. Lo peculiar fue que el asunto era innecesario, y esto subraya dos características de la locura: a menudo no brota de un gran designio, y sus consecuencias son, a menudo, una sorpresa. La locura consiste en persistir. Con aguda si bien inconsciente perspicacia, un historiador francés escribió, acerca de la Revocación, que «Los grandes designios son raros en la política; el rey procedía empíricamente, y a veces, obedeciendo a sus impulsos[19]». Este argumento queda reforzado, por una fuente inesperada, en un sagaz comentario de Ralph Waldo Emerson, quien nos advierte: «Al analizar la historia, no hay que ser demasiado profundo, pues con frecuencia las causas son muy superficiales[20]». Éste es un factor que suelen pasar por alto los politólogos que, al hablar de la naturaleza del poder, siempre lo tratan, aunque sea negativamente, con inmenso respeto. No lo ven como algo que a veces es cuestión de hombres ordinarios apremiados por las circunstancias, que actúan imprudente o torpe o perversamente, como suelen los hombres hacerlo en circunstancias ordinarias. Los símbolos y la fuerza del poder los engañan, dando a sus poseedores una calidad extraordinaria. Sin su enorme peluca rizada, sus grandes tacones y su armiño, el *Rey Sol* era un hombre capaz de caer en errores de juicio, equivocaciones y ceder a sus impulsos… como el lector y como yo.

El último Borbón francés que reinó, Carlos X, hermano del guillotinado Luis XVI y de su breve sucesor, Luis XVIII, mostró un tipo recurrente de insensatez que ha sido llamado el tipo de Humpty-Dumpty: es decir, el esfuerzo por reinstalar una estructura caída y en ruinas dando marcha hacia atrás a la historia. En el proceso, llamado reacción o contrarrevolución, los reaccionarios se empeñan en restaurar los privilegios y propiedades del antiguo régimen y, de alguna manera, en recuperar una fuerza que no tenían antes.

Cuando Carlos X, a los 67 años, subió al trono en 1824, Francia acababa de pasar por 35 años de los cambios más radicales ocurridos hasta entonces en la historia: de una completa revolución hasta el Imperio napoleónico, Waterloo y la restauración de los Borbones. Puesto que entonces era imposible cancelar todos los derechos, las libertades y las reformas legales incorporadas al gobierno desde la Revolución, Luís XVIII aceptó una Constitución, aunque nunca pudo acostumbrarse a la idea de una monarquía constitucional; esta idea estaba más allá del entendimiento de su hermano Carlos. Habiendo visto en acción el proceso durante su exilio en Inglaterra, Carlos dijo que preferiría ganarse la vida como leñador a ser rey de Inglaterra[21]. No es de sorprender que él encarnara la esperanza de los emigrados que volvieron con los Borbones y que deseaban restaurar el antiguo régimen, completo con sus rangos, títulos y, especialmente, sus propiedades confiscadas.

En la Asamblea Nacional, estuvieron representados por los ultras de la derecha, quienes, junto con un grupo escindido de ultras extremos, formaban el partido más poderoso. Habían logrado esto restringiendo la franquicia a la clase más rica, mediante el método interesante de reducir los impuestos a sus adversarios conocidos, de modo que no pudiesen satisfacer la calificación de 300 francos que se exigía a los votantes[22]. Los cargos en el gobierno fueron similarmente restringidos. Los ultras ocuparon todos los puestos ministeriales, incluyendo a un religioso extremista como ministro de Justicia cuyas ideas políticas, según decíase, habían sido formadas por la lectura continua del Apocalipsis. Sus colegas impusieron estrictas leyes de censura, y elásticas leyes de cateo y arresto y, como primera realización, crearon un fondo para compensar a cerca de 70 000 emigrados o sus herederos, a una tasa anual de 1377 francos. Esto era muy poco para satisfacerlos, pero sí fue suficiente para indignar a la burguesía, cuyos impuestos lo pagaban.

Los beneficiarios de la Revolución y de la corte napoleónica no estaban dispuestos a ceder ante los emigrados y el clero del antiguo régimen, y el descontento, aunque sordo, iba en aumento. Rodeado por sus ultras, el rey probablemente habría logrado terminar su reinado más o menos en paz si, mediante nuevas imprudencias, no hubiese logrado su caída. Carlos estaba resuelto a gobernar, y aunque no muy bien dotado intelectualmente para la tarea, sí abundaba en la capacidad —típica de los Borbones— de no aprender nada ni olvidar nada. Cuando sus adversarios en la Asamblea le causaron dificultades, él siguió el consejo de sus

ministros, de disolver la sesión y, mediante cohechos, amenazas y otras presiones, manipular una elección que le resultara aceptable. En cambio, los monarquistas perdieron, casi por dos a uno. Negándose a admitir el resultado, como algún desventurado rey de Inglaterra, Carlos decretó otra disolución y, de acuerdo con una nueva y más estrecha franquicia y mayor censura, otra elección.

La prensa de la oposición llamó a la resistencia. Mientras el rey se iba a cazar, sin esperar un conflicto abierto ni haber pedido apoyo militar, el pueblo de París, como tantas veces, antes y después, levantó barricadas y se dedicó con entusiasmo a tres días de luchas callejeras, conocidas por los franceses como *les trois glorieuses*. Los diputados de la oposición organizaron un gobierno provisional. Carlos abdicó y huyó al despreciado refugio de la monarquía limitada, del otro lado del canal de la Mancha. Este episodio, de ninguna manera una gran tragedia, no tuvo otra importancia histórica que llevar a Francia un paso más adelante, de la contrarrevolución a la monarquía «burguesa» de Luis Felipe. Más importante es en la historia de la locura, donde ilustra la inutilidad del intento recurrente, no limitado a los Borbones, de querer reconstruir un huevo roto.

A lo largo de la historia han sido innumerables los casos de insensatez militar, pero se encuentran fuera de los límites de este estudio. Sin embargo, dos de los más trascendentales, que entrañaron, ambos, guerra con los Estados Unidos, representaron decisiones políticas al nivel del gobierno. Fueron la decisión alemana de reanudar la guerra submarina ilimitada en 1916 y la decisión japonesa de atacar Pearl Harbor en 1941. En ambos casos, voces prudentes advirtieron en contra del curso adoptado, urgente, desesperadamente en Alemania, discretamente, pero con profundas dudas en Japón, y sin ningún resultado en ambos casos. En estos ejemplos, la insensatez pertenece a la categoría del autoaprisionamiento en el argumento de «no tenemos alternativa» y en el más frecuente y fatal de los autoengaños: la subestimación del adversario.

La guerra submarina «ilimitada» significaba hundir sin advertencia a los barcos mercantes encontrados en una zona declarada de bloqueo, fuesen beligerantes o neutrales, armados o desarmados. Esta práctica, contra la cual los Estados Unidos protestaron enérgicamente, basándose en el antiguo principio del derecho neutral a la libertad de los mares, había sido suspendida en 1915 después del frenesí causado por el hundimiento del *Lusitania* menos por causa del escándalo en los Estados Unidos y la amenaza de romper relaciones, así como la animosidad de otros neutrales, que por el simple hecho de que Alemania no tenía a mano suficientes submarinos para estar segura de obtener un efecto decisivo si llevaba a cabo el bloqueo.

Para entonces, en realidad ya desde finales de 1914, tras el fracaso de la ofensiva inicial destinada a someter a Rusia o a Francia, los gobernantes de Alemania reconocieron que no podían ganar la guerra contra los tres aliados si se mantenían juntos, sino, antes bien, como dijo el jefe de Estado Mayor al canciller, «Es más

probable que nosotros mismos nos agotemos[23]».

Se necesitaba una acción política para obtener una paz separada con Rusia, pero ésta falló, al igual que numerosos sondeos y aperturas hechas a Alemania, o por Alemania, con respecto a Bélgica, Francia y hasta la Gran Bretaña en los dos años siguientes. Todos fracasaron por la misma razón: que las condiciones de Alemania en cada caso eran punitivas, como de un vencedor, ya que exigían a la otra parte abandonar la guerra tolerando anexiones e indemnizaciones. Siempre era el garrote, nunca la zanahoria, y ninguno de los adversarios de Alemania se vio tentado a traicionar a sus aliados sobre esa base.

Para finales de 1916, ambos bandos iban acercándose al punto de agotamiento, tanto en recursos como en ideas militares, sacrificando literalmente millones de vidas en Verdún y en el Somme, por ganancias o pérdidas que podían medirse con un metro. Los alemanes vivían de un régimen de patatas, y los conscriptos del ejército eran de 15 años. Los aliados se sostenían difícilmente, sin ningún medio de victoria a la vista, a menos que viniera a ponerse de su lado la gran fuerza fresca de los Estados Unidos.

Durante estos dos años, mientras los astilleros de Kiel estaban entregando submarinos a un ritmo furioso, con el objetivo de fabricar 200, el Alto Mando Supremo batallaba en conferencias de alto nivel sobre la renovación de la campaña de torpedeo, contra el consejo enérgicamente negativo de los ministros civiles. Reanudar ilimitadamente los hundimientos, decían los civiles, en palabras del canciller Bethmann-Hollweg, «inevitablemente haría que los Estados Unidos se unieran a nuestros enemigos[24]». El Alto Mando no sólo negó esto, sino que descontó dicha posibilidad. Como era claro que Alemania no podría ganar la guerra exclusivamente por tierra, su objetivo se había vuelto vencer a la Gran Bretaña, que ya vacilaba, víctima de las escaseces, cortándole todo abasto por mar antes de que los Estados Unidos pudiesen movilizarse, llevar tropas por tren y transporte a Europa en números suficientes para afectar el resultado. Afirmaron que esto podría lograrse en tres o cuatro meses. Los almirantes desenrollaron mapas y gráficas para mostrar cuántas toneladas podían los submarinos enviar al fondo del mar en un momento dado hasta tener a Inglaterra «boqueando en los juncos, como un pez[25]».

Las voces opuestas, empezando por la del canciller, afirmaban que la beligerancia norteamericana daría a los aliados enorme ayuda financiera y levantaría su moral, animándoles a sostenerse hasta que pudiese llegar ayuda en tropas, además de darles todo el tonelaje de naves alemanas internadas en puertos norteamericanos y, muy probablemente, trayendo en su secuela a otros neutrales. El vicecanciller Karl Helfferich creía que reanudar la guerra mediante los submarinos «conduciría a la ruina[26]». Funcionarios del Ministerio de Relaciones, preocupado directamente con asuntos norteamericanos, también se opusieron. Dos importantes banqueros[27] volvieron de una misión a los Estados Unidos, advirtiendo que no se subestimaran las energías potenciales del pueblo estadounidense que, afirmaron, si despertaba,

convencido de estar en una buena causa, podría movilizar fuerzas y riquezas en una escala inimaginable.

Entre quienes trataban de disuadir a los militares, la voz más urgida era la del embajador alemán en Washington, el conde Von Bernstorff, cuya cuna y educación no prusianas le libraron de muchos de los engaños de sus colegas. Buen conocedor de los Estados Unidos, Bernstorff repetidamente advirtió a su gobierno que la beligerancia norteamericana seria segura en caso de continuar la guerra submarina, lo que costaría a Alemania su derrota. Al intensificarse la insistencia militar, el embajador se esforzó, en cada mensaje enviado a su patria, tratando de desviarla de un curso que, en su opinión, sería fatal. Se había convencido de que la única manera de evitar tal resultado seria poner un alto a la propia guerra, por medio de una mediación de compromiso que el presidente Wilson estaba preparándose a ofrecer. Bethmann también ansiaba esto, basándose en la teoría de que si los aliados rechazaban tal paz, como era de esperarse, mientras que Alemania la aceptaba, entonces ésta estaría justificada en reanudar la guerra submarina ilimitada sin provocar la beligerancia norteamericana.

El bando belicista que exigía la guerra submarina incluía a los *junkers* y al circulo de la corte, las asociaciones expansionistas, los partidos de derecha y una mayoría del público, al que se había enseñado a poner su fe en los submarinos como medio de romper el bloqueo puesto por Inglaterra a los alimentos que iban rumbo a Alemania, y vencer así al enemigo. Unas cuantas despreciadas voces de socialdemócratas del Reichstag gritaron: «¡El pueblo no quiere guerra submarina, sino *pan y paz*!», pero poca atención se les prestó porque los ciudadanos alemanes, por muy hambrientos que estuvieran, seguían siendo obedientes. El káiser Guillermo II, vacilante pero deseoso de no parecer menos audaz que sus comandantes, añadió su voz a la de éstos.

La oferta de Wilson, de diciembre de 1916, de unir a los beligerantes para negociar una «paz sin victoria» fue rechazada por ambos bandos. Nadie estaba dispuesto a aceptar una solución sin alguna ganancia que justificara su sufrimiento y sacrificio en vidas, y pagar por la guerra. Alemania no estaba luchando por el *statu quo*, sino por la hegemonía alemana en Europa y por un mayor Imperio de ultramar. No quería una paz mediada, sino una paz dictada, y no sentía ningún deseo, como escribió el ministro de Relaciones Exteriores, Arthur Zimmermann, a Bernstorff, de «arriesgarse a perder, con engaños, lo que esperaba ganar de la guerra», por obra de un mediador neutral[28]. Toda solución que requiriera renuncias y pago de indemnizaciones por Alemania —única solución que los aliados aceptarían— significaría el fin de los Hohenzollern y de la clase gobernante. También tenían que lograr que alguien pagara por la guerra, o ir a la bancarrota. Una paz sin victoria no sólo pondría fin a los sueños de dominio, sino que también impondría enormes impuestos que pagar por años de lucha que entonces habría sido vana. Significaría la revolución. Para el trono, la casta militar, los terratenientes, los industriales y los «barones» de los negocios, sólo una guerra triunfante ofrecía alguna esperanza de

sobrevivir en el poder.

La decisión se tomó en una conferencia del káiser con el canciller y el Mando Supremo, el 9 de enero de 1917[29]. El almirante Von Holtzendorff, jefe del Estado Mayor del Almirantazgo, presentó una compilación de estadísticas —de 200 páginas— sobre el tonelaje que entraba en los puertos ingleses, las tasas de carga, el espacio de carga, los sistemas de racionamiento, los precios de los alimentos, comparaciones con la cosecha del año anterior y, todo, hasta el contenido calórico del desayuno inglés, y juró que sus submarinos podían hundir 600 000 toneladas mensuales, lo que obligaría a Inglaterra a capitular antes de la siguiente cosecha. Dijo que aquélla era la última oportunidad de Alemania y que no veía otra manera de ganar la guerra, «en forma que garantice nuestro futuro como potencia mundial».

En respuesta, Bethmann habló durante una hora, reuniendo todos los argumentos de los asesores según los cuales la entrada de los Estados Unidos en la guerra significaría la derrota de Alemania. Sólo vio ceños fruncidos y oyó murmullos inquietos alrededor de la mesa. Él sabía que la marina, decidiendo por sí sola, ya había enviado al ataque los submarinos. Lentamente, fue cediendo. Cierto, el mayor número de submarinos ofrecía una oportunidad de éxito mejor que la de antes. Sí, la última cosecha había sido mala para los aliados. Por otra parte, los Estados Unidos… El mariscal Von Hindenburg lo interrumpió, diciendo que el ejército podía «encargarse de los Estados Unidos», mientras que Von Holtzendorff ofreció su «garantía» de que «ningún norteamericano pondrá pie en el continente». El abrumado canciller cedió. «Desde luego», dijo, «si el triunfo nos llama, debemos acudir».

El canciller no renunció. Un funcionario que después lo encontró tirado en un sillón, al parecer enfermo, le preguntó alarmado si había recibido malas noticias del frente. «No», contestó Bethmann, «pero *finís Germaniae*[30]».

Nueve meses antes, en una crisis previa por los submarinos, Kurt Riezler, ayudante de Bethmann asignado al Cuartel General, había llegado a una conclusión similar cuando escribió en su diario el 24 de abril de 1916: «Alemania es como una persona que vacila al lado de un abismo, deseando fervientemente arrojarse en él[31]».

Y así resultó. Aunque los submarinos cobraron un número terrible de víctimas entre los navíos aliados antes de que entrara en función el sistema de convoy, los ingleses, alentados por la declaración de guerra norteamericana, no capitularon. Pese a las garantías de Von Holtzendorff, dos millones de soldados norteamericanos llegaron a Europa y, ocho meses después de la primera gran ofensiva norteamericana, fueron los alemanes los que tuvieron que rendirse.

¿Hubo una alternativa? Dada la insistencia en la victoria y el rechazo a reconocer la realidad, probablemente no la hubo. Pero se habría conseguido un mejor resultado aceptando la propuesta de Wilson, sabiendo que aquél era un callejón sin salida, lo que impediría o ciertamente aplazaría la adición de fuerzas norteamericanas al enemigo. Sin los Estados Unidos, los aliados no tenían ya oportunidad de victoria, y como la victoria probablemente estuviese, asimismo, fuera del alcance de Alemania,

ambos bandos se habrían rendido, exhaustos, en una paz más o menos equitativa. Para el mundo, las consecuencias de esa opción —no aprovechada— habrían cambiado la historia: no habría habido triunfadores, ni reparaciones, ni culpabilidad de guerra, ni Hitler y, posiblemente, tampoco una Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, como tantas opciones, aquélla era psicológicamente imposible. Carácter es destino, como creían los griegos. Los alemanes habían sido enseñados a alcanzar los objetivos por la fuerza, y no conocían el curso de la adaptación. No fueron capaces de olvidar el engrandecimiento, ni aun a riesgo de ser vencidos. El abismo de Riezler pareció llamarlos.

En 1941, Japón se enfrentó a una decisión similar. Su plan de Imperio, llamado la Esfera de Co-Prosperidad de la Gran Asia Oriental, basado en la subyugación de China, era una visión de un Imperio japonés que se extendiera desde Manchuria, pasando por las Filipinas, las Indias Holandesas, Malasia, Siam y Birmania (a veces ampliándose, según la discreción del que hablara), hasta Australia, Nueva Zelanda y la India. El apetito de Japón estaba en proporción inversa a su tamaño, aunque no a su voluntad. Para mover las fuerzas necesarias a la empresa, era esencial tener acceso al hierro, al petróleo, el caucho, el arroz y otras materias primas que estaban muy lejos de sus posesiones. El momento de la realización llegó cuando la guerra estalló en Europa y las potencias coloniales occidentales, principales adversarias de Japón en la zona, se encontraron luchando por su vida, o ya inermes: derrotada Francia, ocupados los Países Bajos, aunque con un gobierno en el exilio, azotada la Gran Bretaña por la Luftwaffe, con pocas fuerzas que enviar para entrar en acción al otro lado del mundo.

El obstáculo que había en el camino de Japón eran los Estados Unidos, que persistentemente se negaban a reconocer sus progresivas conquistas en China y que se mostraban cada vez más renuentes a poner a su alcance los materiales necesarios para la aventura japonesa. Atrocidades cometidas en China, el ataque al cañonero norteamericano *Panay* y otras provocaciones fueron factores importantes en la opinión pública norteamericana. En 1940, Japón firmó el Tratado Tripartita, quedando como socio de las potencias del Eje, e invadió la Indochina francesa, cuando Francia sucumbió en Europa. En respuesta, los Estados Unidos congelaron los haberes japoneses y embargaron la venta de hierro viejo, de petróleo y gasolina para aviones. Unos prolongados intercambios diplomáticos, durante 1940 y 1941, en el esfuerzo por llegar a un acuerdo, resultaron inútiles. Pese al sentimiento aislacionista, los Estados Unidos no aceptarían que Japón dominara a China mientras que Japón no aceptaría allí limitaciones o restricciones a su libertad de movimiento en otras partes de Asia. Los dirigentes japoneses responsables, en contraste con los extremistas militares y los fanáticos políticos, no deseaban la guerra con los Estados Unidos. Lo que querían era mantenerlos pasivos mientras ellos procedían a conquistar su Imperio de Asia. Creyeron que se podía lograr esto mediante simple insistencia, reforzada por alarde de fuerza, exigencias pretenciosas y la intimidación

implícita en su sociedad con el Eje. Cuando se vio que estos métodos sólo fortalecían la oposición de los norteamericanos, los japoneses, habiendo examinado muy poco el asunto, se convencieron de que si procedían a alcanzar su primer objetivo, los recursos vitales de las Indias Holandesas, los Estados Unidos entrarían en guerra contra ellos. Cómo lograr lo uno sin provocar lo otro fue el problema que los torturó durante los años 1940-1941.

La estrategia exigía que, para apoderarse de las Indias y transportar a Japón sus materias primas, era necesario proteger el flanco japonés contra toda amenaza de acción naval norteamericana en el Sudoeste del Pacífico. El almirante Yamamoto, comandante en jefe de la armada japonesa y autor del ataque a Pearl Harbor, sabía que Japón no tenía esperanza de una victoria final sobre los Estados Unidos. Como dijo al primer ministro Konoe, «No tengo ninguna confianza para el segundo o tercer año». Como creía que las operaciones contra las Indias Holandesas «conducirán a un temprano comienzo de guerra con los Estados Unidos», su plan consistió en forzar las cosas y suprimir a los Estados Unidos mediante un «golpe fatal». Entonces, al conquistar el Sudeste de Asia, Japón podría adquirir los recursos necesarios para una guerra prolongada con objeto de establecer su hegemonía sobre la Esfera de Co-Prosperidad. Propuso así que Japón «ferozmente ataque y destruya la principal flota de los Estados Unidos al comienzo de la guerra, para que la moral de la marina norteamericana y su pueblo se hunda hasta tal punto que no pueda recuperarse[32]». Esta curiosa estimación fue la de un hombre que no desconocía los Estados Unidos, pues había asistido a Harvard y servido como agregado naval en Washington.

Los planes para el golpe, supremamente audaz, de aplastar la flota norteamericana del Pacífico en Pearl Harbor comenzaron en enero de 1941, mientras que la decisión última continuó siendo tema de intensas maniobras entre el gobierno y los servicios armados durante todo el año. Los partidarios del ataque preventivo prometieron, no con mucha confianza, que suprimiría a los Estados Unidos de toda posibilidad de intervenir y, se esperaba, de toda hostilidad ulterior. Y si no es así, preguntaban los dudosos, entonces ¿qué ocurre? Arguyeron que Japón no podría ganar en una guerra prolongada contra los Estados Unidos, que se estaba jugando la vida de su nación. Durante ningún momento de las discusiones faltaron voces de advertencia. El primer ministro, el príncipe Konoe, renunció, los comandantes se dividieron, los asesores se mostraron vacilantes y preocupados, y el emperador estaba sombrío. Cuando preguntó si el ataque por sorpresa podría obtener una victoria tan grande como el ataque por sorpresa a Puerto Arturo en la guerra ruso-japonesa, el almirante Nagano, jefe del Estado Mayor Naval, replicó que era dudoso que Japón pudiese ganar, de cualquier manera[33]. (Es posible que al hablar al emperador, ésta fuese una ritual inclinación de modestia oriental, pero en momento tan grave, esto parece improbable).

En esta atmósfera de duda, ¿por qué se aprobó el riesgo extremo? En parte, porque la exasperación ante la falla de todos los esfuerzos de intimidación había

conducido a un estado mental de «todo o nada», y a una impotente aceptación de los civiles, ante los militares. Además, hay que tomar en cuenta las grandiosas pretensiones de las potencias fascistas, en que ninguna conquista parecía imposible. Japón había movilizado una voluntad militar de terrible fuerza que, en realidad, lograría extraordinarios triunfos, entre ellos, la toma de Singapur y el propio golpe de Pearl Harbor, que estuvo a punto de provocar el pánico en los Estados Unidos. Fundamentalmente, la razón de que Japón corriera el riesgo es que tenía que seguir adelante o bien contentarse con el *statu quo*, que nadie estaba dispuesto a sugerir ni podía, políticamente, permitirse. Durante más de una generación, la presión del agresivo ejército que se encontraba en China y de sus partidarios en el interior, había lanzado a Japón hacia el objetivo de un Imperio imposible ante el que ahora no podía retroceder. Se había quedado preso de sus excesivas ambiciones.

Una estrategia distinta habría consistido en proceder contra las Indias Holandesas, sin tocar a los Estados Unidos. Aunque esto habría dejado una incógnita en la retaguardia del Japón, una incógnita habría sido preferible a un enemigo seguro, especialmente el de un potencial muy superior al suyo propio.

Hubo aquí un extraño error de cálculo. En un momento en que al menos la mitad de los Estados Unidos se mostraban marcadamente aislacionistas, los japoneses hicieron lo único que pudo unir al pueblo norteamericano, y motivar a toda la nación para la guerra. Tan profunda era la división en los Estados Unidos en los meses anteriores a Pearl Harbor, que la renovación de la ley de conscripción por un año fue impuesta en el Congreso por la mayoría de sólo un voto: ¡Un solo voto! El hecho es que Japón habría podido adueñarse de las Indias sin temer a la beligerancia norteamericana; ningún ataque a territorio colonial holandés, británico o francés habría llevado a la guerra a los Estados Unidos. El ataque al territorio norteamericano fue la cosa —la única cosa— que pudo hacerlo. Japón parece no haber considerado nunca que el efecto a un ataque a Pearl Harbor tal vez no consistiera en aplastar la moral sino en unir a la nación para la lucha. Este curioso vacío del entendimiento provino de lo que podríamos llamar ignorancia cultural, que a menudo es un componente de la insensatez. (Aunque estuvo presente en ambos bandos, en el caso de Japón fue crítico). Juzgando a los Estados Unidos por ellos mismos, los japoneses supusieron que el gobierno norteamericano podría llevar a la nación a la guerra en cuanto lo quisiera, como Japón lo habría hecho y, en realidad, lo hizo. Fuese por ignorancia, error de cálculo o simple temeridad, Japón dio a su enemigo el único golpe necesario para que éste se pusiese resueltamente en pie de guerra.

Aunque Japón estaba iniciando una guerra y no estaba ya profundamente atrapado en ella, sus circunstancias, por lo demás, fueron notablemente similares a las de Alemania en 1916-1917. Ambos conjuntos de gobernantes arriesgaron la vida de la nación y la vida de su pueblo en una jugada que, a largo plazo, y como muchos de ellos bien lo sabían, casi seguramente perderían. El impulso provino del afán de dominio, de las pretensiones de grandeza, de la codicia.

Un principio que aparece en los casos hasta aquí mencionados es que la insensatez es hija del poder. Todos sabemos, por continuas repeticiones de la frase de lord Acton, que el poder corrompe. Menos sabemos que engendra insensatez; que el poder de mando frecuentemente causa falla del pensamiento; que la responsabilidad del poder a menudo se desvanece conforme aumenta su ejercicio. La responsabilidad general del poder consiste en gobernar lo más razonablemente posible en el interés del Estado y de sus ciudadanos. Un deber de tal proceso es mantenerse bien informado, atender a la información, mantener abiertos el juicio y el criterio, y resistir al insidioso encanto de la terquedad. Si la mente está lo bastante abierta para percibir que una política determinada está dañando al propio interés, en lugar de servirlo, y si se tiene confianza suficiente para reconocerlo, y sabiduría suficiente para invertirla, tal es la cúspide del arte de gobernar.

La política de los vencedores después de la Segunda Guerra Mundial, en contraste con el Tratado de Versalles y las reparaciones exigidas después de la Primera Guerra Mundial, es un caso real de aprender de la experiencia y poner en práctica lo que se aprendió: oportunidad que no se presenta a menudo. La ocupación de Japón de acuerdo con una política ulterior a la rendición, planeada en Washington, aprobada por los aliados y en gran parte llevada a cabo por norteamericanos, fue un ejercicio notable de moderación del vencedor, de inteligencia política, de reconstrucción y cambio creador. Al mantener al emperador a la cabeza del Estado japonés se impidió el caos político, y por medio de él se logró obtener obediencia al ejército de ocupación y una aceptación que resultó sorprendentemente dócil. Aparte del desarme, la desmilitarización y los juicios a criminales de guerra para establecer la culpa, el objetivo fue la democratización en lo político y lo económico, por medio de un gobierno constitucional y representativo y la disolución de los carteles y la reforma agraria. El poder de las enormes empresas industriales japonesas resultó, a la postre, intransigente, pero la democracia política, que normalmente habría sido imposible de lograr por orden superior y sólo habría avanzado gradualmente por medio de una lenta lucha de siglos, fue transferida con todo éxito y, en conjunto, adoptada. El ejército de ocupación no gobernó directamente sino por medio de oficiales de enlace con los ministerios japoneses. La purga de los antiguos oficiales hizo ascender a oficiales más jóvenes, tal vez no esencialmente distintos de sus predecesores, pero sí dispuestos a aceptar el cambio. Se revisaron la educación y los libros de texto, y la condición del emperador se modificó a la de mero símbolo «que se deriva de la voluntad del pueblo, en quien reside el poder soberano».

Se cometieron errores, especialmente en política militar. La naturaleza autoritaria de la sociedad japonesa se impuso. Y, sin embargo, en conjunto, el resultado fue benéfico, sin venganzas, y puede considerarse como recordatorio alentador de que la sabiduría en el gobierno aún es una flecha que nos queda, aunque rara vez se utilice, en el carcaj humano.

El tipo más escaso de inversión: el de un gobernante que reconozca que una política no estaba sirviendo al propio interés, y desafiara los peligros de invertirla en 180 grados ocurrió sólo ayer, hablando en términos históricos. El presidente Sadat abandonó una enemistad estéril con Israel, y desafiando las amenazas y la indignación de sus vecinos, buscó una relación más útil. Tanto por su riesgo como por la ganancia potencial, aquélla fue una gran acción, y al sustituir la insensata continuación de toda negación por el sentido común y el valor, ocupa un lugar eminente y solitario en la historia, que no se desdora por la tragedia de su asesinato.

Las páginas que siguen nos relatarán una historia más familiar y —por desgracia para la humanidad— más persistente. El resultado último de una política no es lo que determina su calificación como locura. Todo mal gobierno es, a la larga, contrario al propio interés, pero en realidad sí puede fortalecer temporalmente a un régimen. Califica como locura cuando muestra una persistencia perversa en una política que puede demostrarse que es inviable o contraproducente. Casi huelga decir que este estudio se basa en la omnipresencia de este problema en nuestro tiempo.

II. EL PROTOTIPO: LOS TROYANOS LLEVAN EL CABALLO DE MADERA DENTRO DE SUS MUROS

El relato más célebre del mundo occidental, prototipo de todos los cuentos de conflicto humano, epopeya que pertenece a todos los pueblos y a todos los tiempos desde que empezó la literatura —y en realidad, desde antes—, contiene la leyenda, con o sin algún vestigio de fundamento histórico, del Caballo de Troya.

La Guerra de Troya ha aportado temas a toda literatura y pintura posteriores, desde la desgarradora tragedia de *Las troyanas*, de Eurípides, hasta Eugene O'Neill, Jean Giraudoux y los escritores de nuestro tiempo. Por medio de Eneas, en la secuela de Virgilio, nos dio al legendario fundador y la epopeya nacional de Roma. Tema preferido de los romanceros medievales, dio a William Caxton el material del primer libro impreso en inglés, y a Chaucer (y después a Shakespeare) el ambiente, si no el relato, de Troilo y Cresida. Racine y Goethe trataron de analizar el miserable sacrificio de Ifigenia. El inquieto Ulises inspiró a escritores tan distintos como Tennyson y James Joyce. Casandra y la vengadora Electra han sido protagonistas de teatro y ópera alemanes. Unos treinta y cinco poetas y estudiosos han hecho traducciones al inglés, desde que George Chapman, en tiempos isabelinos, descubrió esta veta de oro. Incontables pintores han encontrado irresistible la escena del Juicio de Paris, y otros tantos poetas han caído bajo el hechizo de la belleza de Helena.

Toda la experiencia humana se encuentra en el relato de Troya, o Ilión, al que Homero, antes que nadie, dio forma épica, cerca de 850-800 a. C.[34] Aunque los dioses son los motivadores, lo que nos revelan acerca de la humanidad es básico, aun cuando —o, tal vez debamos decir porque— las circunstancias son antiguas y primitivas. Ha permanecido en nuestras mentes y nuestras memorias durante 28 siglos porque nos habla de nosotros mismos, incluso cuando somos menos racionales. En opinión de otro narrador, John Cowper Powys, refleja «lo que ocurrió, lo que está ocurriendo y lo que nos ocurrirá a todos, desde el principio mismo hasta el fin de la vida humana sobre la Tierra[35]».

Troya cae, al fin, tras diez años de lucha vana, indecisa, noble, infame, llena de triquiñuelas, enconada, celosa y sólo ocasionalmente heroica. Como instrumento culminante de la caída, el relato presenta el Caballo de Madera. El episodio del Caballo ejemplifica una política seguida en contra del propio interés, ante advertencias y una opción viable. Al aparecer en esta antiquísima crónica del hombre occidental, sugiere que la prosecución de esa política es un hábito antiguo e inherente al hombre. El relato aparece por primera vez, no en la *Ilíada*, que termina antes del clímax de la guerra, sino en la *Odisea*, por boca del bardo ciego Demodoco, que, a petición de Odiseo, narra las hazañas al grupo reunido en el palacio de Alcinoo[36]. Pese a que Odiseo alaba los talentos narrativos del bardo, el relato es muy escuetamente narrado, como si los hechos principales ya fuesen conocidos. En el

poema, el propio Odiseo le añade ciertos detalles y, en lo que parece un increíble vuelo de la fantasía, también se los añaden otros dos participantes: Helena y Menelao.

Rescatado por Homero de las nieblas y los recuerdos más vagos, el Caballo de Madera instantáneamente captó la imaginación de sus sucesores en los dos o tres siglos siguientes, inspirándolos a elaborar el episodio, sobre todo, y de manera importante, por la adición de Laocoonte en uno de los incidentes más notables de toda la epopeya. Aparece por primera vez en la *Destrucción de Troya*, por Artino de Mileto, pero compuesto probablemente cerca de un siglo después de Homero. El papel dramático de Laocoonte, que personifica la Voz de la Prudencia, ocupa el lugar central en el episodio del Caballo en todas las versiones siguientes[37].

El relato completo, tal como lo conocemos, del truco que finalmente logró la caída de Troya, surgió en la *Eneida* de Virgilio, completada en el año 20 a. C. Para entonces, el relato incluía las versiones acumuladas durante más de mil años. Surgidas en distritos geográficamente separados del mundo griego, las varías versiones están llenas de discrepancias e incongruencias. La leyenda griega es insuperablemente contradictoria. Los incidentes no necesariamente se atienen a la lógica narrativa; motivos y comportamientos a menudo son irreconciliables. Debemos tomar la historia del Caballo de Troya como se presenta, como Eneas la contó a la arrobada Dido, y como pasó, con nuevas revisiones y retoques de sus sucesores latinos, a la Edad Medía y, de los romanceros medievales, hasta nosotros.

Es el noveno año de la indecisa batalla en la llanura de Troya, donde los griegos están sitiando la ciudad del rey Príamo. Los dioses tienen intereses di rectos en los beligerantes, como resultado de unos celos generados diez años antes cuando París, príncipe de Troya, ofendió a Hera y Atenea al dar la manzana de oro como trofeo de belleza a Afrodita, diosa del amor. Ella, haciendo trampa (como los Olímpicos, creados a imagen de los hombres; solían hacerlo), le había prometido que, si le otorgaba el premio, le cedería como novia a la mujer más bella del mundo. Esto condujo, como todo el mundo lo sabe, a que París raptara a Helena, esposa de Menelao, rey de Es parta, y a que se formara una federación encabezada por su hermano, el rey de Grecia, Agamenón, para exigir la vuelta de Helena. Cuando Troya se negó, sobrevino la guerra.

Los dioses, tomando partido y apoyando sus favoritos, poderosos pero in constantes, hacen surgir imágenes engañosas, modifican el desarrollo de las batallas a conveniencia de sus deseos, murmuran, falsifican, hacen trampas y hasta inducen a los griegos, mediante engaño, a continuar el sitio cuando ya estaban dispuestos a remediar las cosas y retornar; así los dioses mantienen ocupados a los combatientes, mientras los héroes mueren y las tierras sufren. Poseidón, dios del mar, de quien se decía que, con Apolo, había edificado Troya y sus murallas[38], se ha vuelto contra los troyanos porque su primer rey no le pagó su trabajo y, además, porque ellos lapidaron a un sacerdote de su culto por no haber ofrecido los sacrificios necesarios para

embravecer las olas contra los invasores griegos. Apolo, en cambio, aún favorece a Troya como su protector tradicional, tanto más cuanto que Agamenón lo ha enfurecido al apoderarse de la hija de un sacerdote de Apolo, para llevarla a su lecho. Atenea, la más ajetreada e influyente de todos, es implacable enemiga de los troyanos y partidaria de los griegos, por causa de la ofensa original de Paris. Zeus, señor del Olimpo, no toma parte muy decididamente, y cuando uno u otro miembro de su extensa familia lo llama, es capaz de ejercer su influencia en favor de cualquier bando.

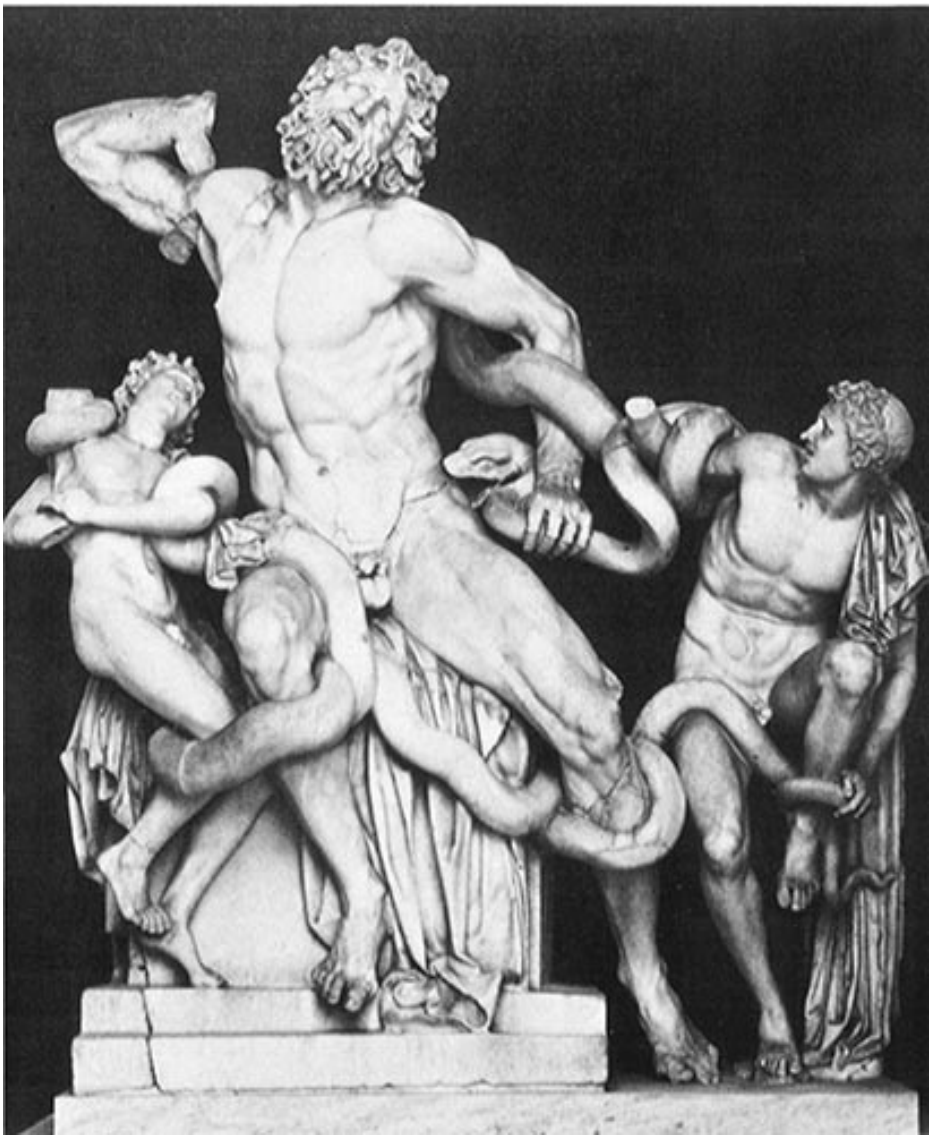
Furiosos y desesperados, los troyanos lloran la muerte de Héctor, muerto por Aquiles, quien brutalmente arrastra su cadáver, atado de los talones, tres veces en torno de las murallas, entre el polvo de las ruedas de su carro. Los griegos no están mejor. El airado Aquiles, su más grande guerrero, muere cuando Paris dispara una flecha envenenada contra su talón vulnerable. Su armadura, que debe entregarse al más meritorio de los griegos, es entregada a Odiseo, el más sabio, y no a Áyax, el más valeroso, por lo que Áyax, enloquecido por el insulto a su orgullo, se da muerte. La moral de sus compañeros decae y muchos de los griegos aconsejan la partida, pero Atenea los contiene. Por consejo suyo[39], Odiseo propone un último esfuerzo para tomar Troya por medio de una estratagema: construir un gran caballo de madera, de tamaño suficiente para contener 20 o 50 hombres armados (o, en algunas versiones, hasta 300) ocultos en el interior. Según su plan, el resto del ejército simulará embarcarse de regreso a la patria mientras, que, de hecho, ocultarán sus naves, frente a las costas, tras la isla de Ténedos. El Caballo de Madera tendrá una inscripción que lo consagre a Atenea, como ofrenda de los griegos, para que ella los ayude a volver sanos y salvos a su patria. La figura deberá causar la veneración de los troyanos, para quienes el caballo es un animal sagrado y quienes bien podrán llevarlo a su propio templo de Atenea dentro de la ciudad. De ser así, el velo sagrado que, según decíase, rodeaba y protegía la ciudad, quedará desgarrado, los griegos ocultos saldrán, abrirán las puertas a sus compañeros, llamados por una señal, y así aprovecharán su última oportunidad[40].

Obedeciendo a Atenea, que se aparece en un sueño a un tal Epeyo[41], ordenándole construir el Caballo, el «engaño» se completa en tres días, ayudado por el «divino arte» de la diosa. Odiseo persuade a los jefes, un tanto renuentes, y a los soldados más valerosos a entrar, mediante cuerdas, por la noche, y ocupar sus lugares «a medio camino entre la victoria y la muerte[42]».

Al amanecer, unos exploradores troyanos descubren que el enemigo ha levantado el sitio y se ha ido, dejando tan sólo, a sus puertas, una figura extraña y aterradora. Príamo y su consejo salen a examinarlo y entablan una angustiada discusión, las opiniones se dividen. Creyendo en la inscripción, Timetes, uno de los ancianos, recomienda llevar el caballo al templo de Atenea, dentro de la ciudadela. «Más sagaz», Capis, otro de los ancianos, se opone, diciendo que Atenea ha favorecido durante demasiado tiempo a los griegos, y Troya haría mejor en quemar la supuesta

ofrenda, allí mismo, o abrirla con hachas encendidas para ver lo que contiene su interior[43]. Ésta era la opción factible.

Vacilante, pero temeroso de profanar algo que es propiedad de Atenea, Príamo se decide por llevar el Caballo dentro de la ciudad, aunque haya que hacer una brecha en las murallas o, según otra versión, haya que quitar el dintel de las Puertas Esceas, para que pueda entrar. Éste es el primer presagio, pues ya se había profetizado que si se quitaba el dintel de las Puertas Esceas, caería Troya.



Laocoonte, romano, *circa* 50 d. C.

Del gentío que va formándose, parten voces excitadas: «¡Quemadlo! ¡Arrojadlo al mar, sobre las rocas! ¡Abridlo!»[44]. Los que son de opinión contraria, gritan igualmente, en favor de conservar lo que consideran como imagen sagrada. Ocurre entonces una dramática intervención. Laocoonte, sacerdote del templo de Apolo, corre desde la ciudadela, gritando alarmado: «¡Desventurados ciudadanos! ¿Qué locura es la vuestra? ¿Qué creéis que se han retirado los enemigos? ¿Pensáis que puede haber algún don de los dánaos que no contenga engaño? ¿Así es como conocéis a Ulises?».

O en este caballo de madera están escondidos aqueos.
O es ésta una máquina construida contra nuestras murallas.
Para explorar nuestras casas y caer desde lo alto.
Sobre nuestra ciudad, o se oculta alguna trampa.
No os fiéis del caballo, teucros.
Sea lo que fuere, temo a los dánaos hasta cuando traen presentes[45].

Con esta advertencia, cuyo eco nos llega desde el fondo de las edades, arroja con todas sus fuerzas su lanza contra el Caballo, en cuyo flanco queda vibrando, y arranca un quejido a los atemorizados guerreros que hay en su interior. El golpe está a punto de partir la madera, dejando penetrar luz en el interior, pero el destino o los dioses no lo quisieron así; de otro modo, como más adelante dirá Eneas, Troya aún estaría en pie.

En el momento en que Laocoonte ha convencido a la mayoría, unos guardias llevan a rastras a Sinón, griego, evidentemente aterrorizado, quien afirma que lo dejaron atrás, por el odio que le tiene Odiseo, pero que en realidad, quedó allí como parte del plan de éste. Cuando Príamo le pide que diga la verdad acerca del Caballo de Madera, Sinón jura que es una auténtica ofrenda a Atenea, que los griegos hicieron deliberadamente tan enorme para que los troyanos no la introdujeran en la ciudad, porque ello significaría una última victoria para Troya. Si los troyanos lo destruyen, se condenarán, pero si lo introducen quedará así segura su ciudad[46].

Los troyanos, convencidos por el relato de Sinón, vacilan entre la advertencia y la falsa persuasión cuando un terrible portento los convence de que Laocoonte estaba en el error. En el momento en que éste advierte que el relato de Sinón no es más que otra trampa, puesta en su boca por Odiseo, dos horribles serpientes se elevan en gigantescas espirales negras, saliendo de las ondas, y avanzan a través de las arenas:

Los ojos ardientes, inyectados de sangre y de fuego.
Y lamiendo con sus vibrátiles lenguas las silbantes bocas.

Mientras la multitud las observa, paralizada de terror, se dirigen directamente a Laocoonte y a sus dos hijos, jóvenes, «desgarran a mordiscos los infortunados miembros», después enróscanse en torno de la cintura, el cuello y los brazos del padre, y mientras él profiere gritos inhumanos, lo destrozan hasta matarlo. Los espectadores, aterrados, se ven, casi todos ellos, convencidos de que el terrible hecho es justo castigo a Laocoonte por sacrilegio, por haber atacado la que, sin duda, era ofrenda sagrada[47].

Estas serpientes, que causaron dificultad hasta a los poetas antiguos, han desafiado toda explicación; también el mito tiene sus misterios, que no siempre se resuelven. Algunos narradores dicen que fueron enviadas por Poseidón, a petición de Atenea, para demostrar que su odio a los troyanos era igual al de ella. Otros dicen que fueron enviadas por Apolo para advertir a los troyanos de que su fin se acercaba

(aunque, puesto que el efecto resultó opuesto, ésta parece una falla de lógica). La explicación que da Virgilio es que la propia Atenea fue responsable, para convencer a los troyanos del relato de Sinón, sellando así su destino, y, como confirmación, hace que las serpientes se refugien en su templo, después del hecho. El problema de las serpientes fue tan difícil que algunos colaboradores de su época sugirieron que el destino de Laocoonte no tenía nada que ver con el Caballo de Troya, sino que se debía al pecado, totalmente ajeno, de haber profanado el templo de Apolo, durmiendo allí con su mujer frente a la imagen del dios.

El bardo ciego de la *Odisea*, que no sabe nada de Laocoonte, simplemente afirma que el argumento en favor de introducir el Caballo tenía que prevalecer, pues estaba ordenado que Troya pereciera; o, como podríamos interpretarlo nosotros, que la humanidad, en la forma de los ciudadanos de Troya, suele seguir una política contraria a sus propios intereses.

La intervención de las serpientes no es un hecho de la historia que haya que explicar, sino una obra de imaginación, de las más terribles jamás descritas. Produjo, en mármol retorcido y doliente, tan vívida que casi nos parece oír los gritos de las víctimas, una gran obra maestra de la escultura clásica.

Viéndola en el palacio del emperador Tito, en Roma, Plinio *el Viejo* consideró que era una, obra que «debía preferirse a todo lo que han producido las artes de la cultura y la pintura[48]». Y, sin embargo, la estatua no nos revela causa ni significado. Sófocles escribió una tragedia sobre el tema de Laocoonte, pero el texto desapareció, y sus pensamientos se han perdido. La existencia de la leyenda sólo puede decirnos una cosa: que Laocoonte fue fatalmente castigado por percibir la verdad, y advertir de ella.

Mientras por órdenes de Príamo se preparan cuerdas y ruedas para introducir el Caballo en la ciudad, otras fuerzas, no nombradas, tratan aún de advertir a Troya. Cuatro veces, ante las puertas de la ciudad, el Caballo se detiene, y cuatro veces, de su interior, suena un chocar de armas, y, sin embargo, aunque esas paradas sean un augurio, los troyanos siguen adelante, «sin atender, ciegos de frenesí». Tiran las murallas y la puerta, sin preocuparles ya desgarrar el velo sagrado, creyendo que ya no necesitan su protección. En las versiones posteriores a la *Eneida*, sobrevienen otros portentos[49]: surge un humo manchado de sangre, las estatuas de los dioses lloran, las torres parecen quejarse, doloridas, las estrellas se envuelven en niebla, lobos y chacales aúllan, los laureles se secan en el templo de Apolo, pero los troyanos no se alarman. El destino ha expulsado de sus mentes al temor «para que puedan cumplir mejor su destino, y ser destruidos».

Aquella noche, los troyanos celebran, comen y beben con corazón alegre. Se les ofrece una última oportunidad, una última advertencia. Casandra, la hija de Príamo, posee el don de la profecía, conferido por Apolo que, enamorado de ella, se lo dio a cambio de su promesa de yacer con él. Cuando Casandra, consagrada a la virginidad, violó su promesa, el dios ofendido le echó una maldición, para que sus profecías

nunca fuesen atendidas[50]. Diez años antes, cuando Paris se hizo a la vela rumbo a Esparta, Casandra había previsto ya que su viaje causaría la ruina de su casa, pero Príamo no le prestó atención. «Oh, pueblo miserable», grita, «pobres insensatos, no comprendéis vuestro negro destino». Están actuando sin tino, les dice, hacia aquello «que lleva en sí vuestra destrucción». Ebrios, riendo, los troyanos le dicen que habla demasiado, «exceso de sin sentido». En la furia del vidente desdeñado, Casandra toma un hacha y una tea ardiente y se precipita contra el Caballo de Madera, pero la detienen antes de llegar a él.

Amodorrados por el vino, los troyanos duermen. Sinón sale subrepticia mente de la sala y abre el escotillón del Caballo, para que salgan Odiseo y sus compañeros, algunos de los cuales, envueltos en las tinieblas, han estado llorando bajo la tensión y «temblando sobre sus piernas[51]». Se separan por toda la ciudad, para abrir las otras puertas, mientras Sinón hace señas a los barcos, con una antorcha. En feroz alegría del triunfo, cuando las fuerzas se unen, los griegos caen sobre sus enemigos dormidos, matando a diestra y siniestra, incendiando las casas, saqueando tesoros, violando a las mujeres. También mueren griegos, cuando los troyanos desenvainan sus espadas, pero los invasores han obtenido la ventaja. Por doquier, corre la sangre negra, cuerpos mutilados cubren la tierra, el murmullo de las llamas se eleva sobre los gritos y los ayes de los heridos y los lamentos de las mujeres.

La tragedia es total; no hay heroísmo ni piedad que la mitigue. Pirro (también llamado Neoptolemo) hijo de Aquiles, «enloquecido por su sed de asesinato», persigue al herido Polites, hijo menor de Príamo, por un corredor del palacio y, «ávido del último golpe», le corta la cabeza, a la vista de su padre. Cuando el venerable Príamo, resbalando sobre la sangre de su hijo, le arroja débilmente una lanza, Pirro lo mata también a él. Las esposas y madres de los vencidos son indignamente arrastradas, para repartirlas entre los jefes enemigos, junto con el botín. La reina Hécuba corresponde a Odiseo; Andrómaca, esposa de Héctor, al asesino Pirro. Casandra, violada, por otro Áyax en el templo de Atenea, es arrastrada con la cabellera al aire y las manos atadas, para entregarla a Agamenón y, a la postre, a la muerte por su propia mano, dispuesta a no ceder a su lujuria. Peor aún es el destino de Polixena, otra hija de Príamo, en un tiempo deseada por Aquiles y ahora exigida por su sombra, que es sacrificada sobre la tumba de Aquiles por los vencedores. La mayor tragedia es reservada al niño Astianax, hijo de Héctor y Andrómaca, quien, por órdenes de Odiseo, de que no sobreviva ningún héroe para buscar venganza, es lanzado desde las murallas a la muerte. Troya, saqueada y en llamas, queda en ruinas. El monte Ida gime, y el río Janto llora[52].

Entonando cánticos por su victoria, porque al fin ha terminado la larga guerra, los griegos abordan sus naves, ofreciendo a Zeus plegarias, por volver a salvo a su patria. Pocos lo logran, pues el destino, equilibrando las cosas, hace que sufran un desastre paralelo al de sus víctimas. Atenea, enfurecida porque el violador profanó su templo, o porque los griegos, ebrios de triunfo, no le ofrecieron las plegarias debidas, pide a

Zeus el derecho de castigarlos y, con el rayo y el trueno, provoca una tormenta en el mar. Los navíos se hunden o se estrellan contra las rocas, las costas de las islas quedan llenas de restos, y el mar, de cadáveres flotantes. Uno de los que parecen ahogados es el segundo Áyax; Odiseo, desviado de su curso, es impulsado por la tormenta y naufraga, quedando perdido durante veinte años; llegando a su hogar, Agamenón es muerto por su infiel esposa y el amante de ésta. El sanguinario Pirro es muerto por Orestes en Delfos. Curiosamente, Helena, la causante de todo, sobrevive intacta, con su belleza perfecta, y será perdonada, por Menelao, para recuperar a su marido real, su hogar y su prosperidad. También Eneas escapa. Por su devoción filial, llevando a su anciano padre a cuestas después de la batalla, Agamenón le permite embarcarse con sus amigos y seguir el destino que le guiará hasta Roma. Con la justicia circular que el hombre gusta de imponer a la historia, un sobreviviente de Troya funda la ciudad Estado que conquistará a los conquistadores de Troya.

¿Hasta qué punto está basada en los hechos la epopeya troyana? Los arqueó logos, como lo sabemos, han descubierto nueve niveles de un antiguo asentamiento en la costa asiática del Helesponto, o los Dardanelos, frente a Galípoli. Su ubicación, en los cruces de las rutas comerciales de la Edad de Bronce, provocaría ataques y saqueo, lo que pueden explicar las pruebas, a diferentes niveles, de frecuentes demoliciones y reconstrucciones. El Nivel VIIA, que contenía fragmentos de oro y otros artefactos de una ciudad real y mostraba señales de haber sido violentamente destruida por manos humanas, fue identificada con la Troya de Príamo, y su caída fue fechada cerca del fin de la Edad de Bronce, hacía 1200 a. C. Es muy posible que las ambiciones comerciales y marítimas de Grecia entraran en conflicto con Troya y que la predominante entre las varias comunidades de la península griega reuniese aliados para un ataque concertado contra la ciudad, del otro lado de los estrechos. El rapto de Helena, como lo sugiere Robert Graves, pudo ser verdadero, en represalia por algún anterior ataque griego.

Éstos fueron los tiempos micénicos en Grecia, cuando Agamenón, hijo de Atreo, era rey de Micenas en la ciudadela que tiene la Puerta del León. Sus oscuros restos aún se hallan sobre una colina al sur de Corinto, donde las amapolas son de un rojo tan profundo que parecen empapadas, para siempre, en sangre de los Atridas. Alguna causa violenta, por la misma época de la caída de Troya, pero probablemente sobre un periodo más intenso, puso fin a la supremacía de Micenas y de Cnosos, en Creta, con la que estaba vinculada. La cultura micénica conocía las letras, como lo sabemos hoy, desde que la escritura llamada Lineal B, descubierta en las ruinas de Cnosos, fue identificada como forma temprana del griego.

El periodo que siguió al desplome de Micenas constituye un negro vacío, de unos dos siglos, llamado la Edad de las Tinieblas Griegas, cuya única comunicación con nosotros es por medio de artefactos y fragmentos. Por alguna razón no explicada aún, las lenguas escritas parecen haberse desvanecido por completo, aunque la recitación

de las hazañas de los antepasados de una edad heroica claramente se transmitían, por vía oral, de generación en generación. La recuperación, estimulada por la llegada del pueblo dorio, del norte, se inició en torno del siglo X a. C., y de esa recuperación surgió el inmortal celebrador cuya epopeya, formada por cuentos y leyendas de su pueblo, inició la corriente de la literatura occidental.

Por lo general, se presenta a Homero recitando sus poemas acompañado por una lira, pero los 16 000 versos de la *Ilíada* y los 12 000 de la *Odisea*, ciertamente fueron escritos, por él o dictados por él mismo a un escriba. Sin duda había textos a disposición de los diversos bardos de los dos o tres siglos siguientes que, en complementarios relatos de Troya, introdujeron material de tradiciones orales para llenar los huecos que dejara Homero. El sacrificio de Ifigenia, el talón vulnerable de Aquiles, la aparición de Pentesilea, reina de las amazonas, como aliada de Troya y muchos de los episodios más memorables proceden de estos poemas del ciclo poshomérico que han llegado a nosotros por medio de resúmenes hechos en el siglo II d. C., de textos hoy perdidos. La *Chipria*, llamada así por Chipre, patria de su supuesto autor, es la más completa y primera de estas obras, y fue seguida, entre otras, por la *Destrucción de Troya*, de Artino, y la *Pequeña Ilíada*, obra de un bardo de Lesbos. Después de ellos, poetas líricos y los tres grandes trágicos abordaron temas troyanos, y los historiadores griegos discutieron sobre sus testimonios. Luego, autores latinos siguieron elaborando el relato antes y —especialmente— después de Virgilio, añadiendo ojos de joyas al Caballo de Madera y otras fábulas deslumbrantes. La distinción entre historia y fábula se desvaneció cuando los héroes de Troya y sus aventuras ocuparon los tapetes y las crónicas de la Edad Media. Héctor se convierte en uno de los Nueve Hombres Dignos al mismo nivel que Julio César y Carlomagno.

La pregunta de sí existió una base histórica para el Caballo de Madera, fue planteada por Pausanias, viajero y geógrafo latino, con curiosidad de verdadero historiador, quien escribió una *Descripción de Grecia*, en el siglo II d. C. Llegó a la conclusión de que el Caballo debía representar alguna especie de «máquina de guerra» o arma de sitio porque, según arguye, tomar la leyenda literalmente sería imputar «verdadera locura» a los troyanos[53]. La pregunta sigue provocando especulaciones en el siglo XX. Sí la máquina de sitio era un ariete, ¿por qué no lo emplearon como tal los griegos? Si era el tipo de aparato por el cual los atacantes podían subir a lo alto de las murallas, sin duda fue locura aún mayor de los troyanos meterlo, sin abrirlo antes. De este modo, podemos seguir interminablemente por los senderos de lo hipotético. El hecho es que, aunque tempranos monumentos asirios muestran un aparato similar, no hay pruebas de que en la tierra griega en los tiempos micénicos y homéricos se utilizara esa clase de máquina de guerra al sitiar una ciudad. Tal anacronismo no habría preocupado a Pausanias, porque en su tiempo —y especialmente mucho después— era normal dar al pasado los atributos y máquinas del presente.

En realidad, se aplicaba todo tipo de estratagemas al poner sitio a lugares

amurallados, o fortificados, en las tierras bíblicas, en la guerra del segundo milenio a. C. (2000-1000), que cubre el siglo generalmente atribuido a la Guerra de Troya. El ejército atacante, si no lograba penetrar por la fuerza, trataría de entrar por la astucia, valiéndose de una treta para ganarse la confianza de los defensores, y un historiador militar ha dicho que «la existencia misma de leyendas sobre la conquista de ciudades por estratagemas atestigua que hay un núcleo de verdad[54]».

Aunque no menciona el Caballo de Madera, Herodoto, en el siglo v a. C., deseó atribuir a los troyanos una conducta más inteligente de la que les atribuía Homero. Sobre la base de lo que unos sacerdotes de Egipto le contaron en el curso de sus investigaciones, Herodoto afirma que Helena nunca estuvo en Troya durante la guerra sino que permaneció en Egipto donde había recalado con París cuando su nave fue desviada de su curso, después de ser raptada ella de Esparta. El rey del lugar, disgustado por el innoble comporta miento de Paris al seducir a la esposa de un huésped, le ordenó partir. A Troya sólo llegó con París el fantasma de Helena. Si hubiese sido real, arguye Herodoto, sin duda Príamo y Héctor la habrían entregado a los griegos, antes que sufrir tantas muertes y calamidades. No pudieron estar tan «obsesionados» que soportaran tantas calamidades por ella, o por Paris, que no era precisamente muy admirado por su familia.

Habla allí la razón. Como Padre de la Historia, Herodoto pudo saber que en las vidas de sus súbditos, el sentido común rara vez es un determinante. Arguye, además, que los troyanos aseguraron a los enviados griegos que Helena no estaba en Troya pero que no les creyeron porque los dioses deseaban la guerra y destrucción de Troya para mostrar que grandes males causan grandes castigos. Sondeando el significado de la leyenda, tal vez aquí es donde Herodoto llegue más cerca de él[55].

En la busca de significado no debemos olvidar que los dioses (o Dios, para el caso) son un concepto de la mente humana; son criaturas del hombre, y no al revés. Se les necesita y se les inventa para dar significado y propósito al enigma que es la vida en la Tierra, para explicar extraños e irregulares fenómenos de la naturaleza, hechos azarosos y, ante todo, una conducta humana irracional. Existen para soportar la carga de todo lo que no podemos comprender salvo por intervención o designio sobrenatural.

Esto puede decirse en especial del panteón griego, cuyos miembros están diaria e íntimamente relacionados con los seres humanos y son susceptibles a todas las emociones de los mortales, si no a sus limitaciones. Lo que hace que los dioses sean tan caprichosos y faltos de principios es que en la concepción griega están desprovistos de valores morales y éticos… como un hombre al que le faltara una sombra. Por consiguiente, no tienen escrúpulo en engañar, a sabiendas; a los mortales, o hacer que violen juramentos y cometan otros actos desleales y vergonzosos. La magia de Afrodita hizo que Helena huyera con París, Atenea mediante engaños logró que Héctor luchara contra Aquiles. Lo que es vergonzoso o insensato en los mortales lo atribuyen a la influencia de los dioses. «A los dioses debo

esta calamitosa guerra», se lamenta Príamo[56], olvidando que habría podido suprimir la causa enviando a Helena de vuelta en cualquier momento (suponiendo que estuviera allí, como lo estaba, y muy activamente, en el ciclo homérico), o entregándola cuando Menelao y Odiseo llegaron por ella.

La intervención de los dioses no salva a los hombres de la acusación de insensatez; antes bien, es el recurso del hombre para rechazar esa responsabilidad. Homero comprendió esto cuando hizo que Zeus se quejara, en la primera sección de la *Odisea*, de lo lamentable que era que los hombres achacaran a los dioses la fuente de sus males, «cuando es por la ceguera de sus propios corazones» (o, específicamente, por su «codicia e insensatez», en otra traducción) por lo que caen sobre ellos sufrimientos «más allá de lo que está ordenado». Ésta es una afirmación notable pues, si los resultados son de hecho, peores de lo que el destino les reservaba, significa que actuaban la elección y el libre albedrío, y no alguna implacable predestinación. Como ejemplo, Zeus cita el caso de Egisto, quien sedujo a la mujer de Agamenón y asesinó al rey a su regreso, «aunque sabía la ruina que esto entrañaría ya que nosotros mismos enviamos a Hermes a advertirle que no asesinara al hombre ni amara a su mujer, pues Orestes, al crecer, tenía que vengar a su padre y desear su patrimonio[57]». En pocas palabras, aunque Egisto sabía bien los males que resultarían de su conducta, procedió, no obstante ello, y pagó el precio.

La «irreflexión», como lo sugirió Herodoto, es lo que quita al hombre la razón. Los antiguos lo sabían, y los griegos tuvieron una diosa para ella. Llamada Até, fue la hija —y, significativamente, en algunas analogías, la hija mayor— de Zeus. Su madre fue Eris, o la Discordia, diosa de la Lucha (que en algunas versiones es otra identidad de Até). La hija es la diosa, junto a ella, o separado, de la Irreflexión, el Mal, el Engaño y la Ciega Insensatez, que hacen a sus víctimas, «incapaces de elección racional» y ciegas ante las distinciones de la moral y la conveniencia[58].

Dada su herencia combinada, Até tenía una poderosa capacidad de dañar y fue, de hecho, la causa original, antes del Juicio de Paris, de la Guerra de Troya, la primera lucha del mundo antiguo. El relato de Até, tomado de las primeras versiones —la *Ilíada*, la *Teogonía* de Hesíodo, casi contemporáneo de Homero y principal autoridad en genealogía olímpica, y la *Chipria*—, atribuye su acto inicial al despecho, al no haber sido invitada por Zeus a la boda de Peleo y la ninfa Tetis, futuros padres de Aquiles. Entrando en el salón, maliciosamente hace rodar bajo la mesa la Manzana de Oro de la Discordia, con la inscripción «Para la más Bella», lo que inmediatamente despierta la rivalidad de Hera, Atenea y Afrodita. Zeus, como esposo de una y padre de otra de estas damas celosas, y deseando evitarse dificultades si se le pone como juez, envía a las tres contendientes al monte Ida, donde un joven y bello pastor, con fama de experto en cuestiones de amor, puede hacer el difícil juicio. Desde luego, éste es Paris, cuya fase rústica se debe a circunstancias que no nos interesan aquí, y de cuya elección se deriva un conflicto, tal vez mucho mayor del que la propia Até se había propuesto[59].

Sin vacilar ante los daños que pudiera causar, Até, en otra ocasión, inventó una complicada triquiñuela por la cual se difirió el nacimiento de Hércules, hijo de Zeus, y antes de él nació un niño inferior, privando a Hércules de su derecho de primogenitura. Furioso por este truco (que en realidad parece caprichoso, hasta para una inmortal), Zeus expulsó del Olimpo a Até, para que en adelante viviera en la Tierra, entre los hombres. Según su relato, la Tierra se llama el Prado de Até, no el Prado de Afrodita ni el Jardín de Démeter, ni el Trono de Atenea o algún otro título más grato sino que, como los antiguos tristemente sabían que lo era, el reino de la insensatez.

Los mitos griegos enfocaban toda contingencia. Según una leyenda narrada en la *Ilíada*[60], Zeus arrepentido de lo que había hecho, creó a cuatro hermanas llamadas Litai, o Plegarias para el Perdón, que ofrecieron a los mortales los medios de librarse de su locura, pero sólo si ellas respondían. «Seres cojos, arrugados, con la vista baja», las Litai siguen a Até, o la insensatez apasionada (a veces traducida como Ruina o Pecado), como curadoras.

Si un hombre.
Reverencia a las hijas de Zeus cuando se le acercan.
Es recompensado, son atendidas sus plegarias.
Pero si se burla de ellas y las rechaza.
Ellas regresan a Zeus y piden.
Que la locura acose a ese hombre hasta que el sufrimiento.
Le haya quitado la arrogancia.

Mientras tanto, Até vino a vivir entre los hombres y no perdió tiempo en causar la famosa disputa de Aquiles con Agamenón y su consiguiente ira, que llegó a ser el punto principal de la *Ilíada* y que siempre ha aparecido tan des proporcionada. Cuando por fin termina la pugna que tanto ha dañado a la causa griega, prolongando la guerra, Agamenón censura a Até, o el Engaño, por haberse obsesionado él por la muchacha que arrebató a Aquiles[61].

El engaño, hija mayor de Zeus, la maldita.
Que engaña a todos y los descarría.
… me arrebató mí esposa.
Ha enredado a otras ante mí…

Y, podríamos añadir, muchas desde entonces, a pesar de las Litai. Una vez aparece en la terrible visión de Marco Antonio cuando, contemplando la pila de cadáveres a sus pies, prevé cómo «el espíritu de César, sediento de venganza con Até a su lado, gritará “Ruina” y soltará los perros de la guerra[62]».

Los antropólogos han sometido los mitos a infinitas clasificaciones y a algunas teorías con excesiva imaginación. Se dice que, como producto de la psique, son los medios de sacar temores ocultos y realizaciones deseadas, o de reconciliarnos con la

condición humana o de revelar las contradicciones y las dificultades, sociales y personales, a las que los hombres se enfrentan en la vida. Los mitos son considerados como «cartas» o «ritos» o al servicio de otro número de funciones. Todo esto o parte de esto puede ser o no ser válido; de lo que podemos estar seguros es de que los mitos son prototipos de la conducta humana y que un rito al que sirven es el de la cabra atada con un hilo escarlata y enviada al desierto, para que se lleve los errores y los pecados de la humanidad.

La leyenda comparte con el mito y con algo más una conexión histórica, por muy tenue y remota que sea, y casi olvidada. El Caballo de Madera no es un mito en el sentido de Cronos que devora a sus hijos o de Zeus que se transforma en un cisne o en una lluvia de oro con propósitos de adulterio. Es una leyenda sin elementos sobrenaturales salvo la ayuda de Atenea y la intrusión de las serpientes, que fueron añadidas, sin duda, para dar a los troyanos una razón de rechazar el consejo de Laocoonte (y que son casi demasiado impositivas, pues no parecen dejar a los troyanos gran opción sino escoger el curso que los lleva a la ruina).

Y, sin embargo, continúa abierta siempre la opción factible: la de destruir el Caballo. Capis *el Viejo*, lo recomendó, antes de la advertencia de Laocoonte, y Casandra después. Pese a las frecuentes referencias, en la epopeya, a que la caída de Troya estaba escrita, no fue el destino sino la libre elección la que introdujo al Caballo dentro de sus murallas. El «Destino» como personaje de leyenda representa la realización de lo que el hombre espera de sí mismo.

III. LOS PAPAS RENACENTISTAS PROVOCAN LA SECESIÓN PROTESTANTE: 1470-1530

Por la misma época en que Colón descubrió América, el Renacimiento —es decir, el periodo en que los valores de este mundo remplazaron a los del más allá— estaba en pleno florecimiento en Italia. Bajo su impulso, el hombre encontró en sí mismo, y ya no en Dios, al arquitecto y capitán de su propio destino. Sus necesidades, sus ambiciones y deseos, sus placeres y posesiones, su espíritu, su arte, su poder, su gloria, eran la morada de la vida. Su paso por la Tierra ya no servía, como en el concepto medieval, un triste exilio en ruta hacia el destino espiritual de su alma.

Sobre un periodo de sesenta años, aproximadamente de 1470 a 1530, el espíritu secular de la época quedó ejemplificado en una sucesión de seis papas —cinco italianos y un español[63]— que lo llevaron a un exceso de venalidad, inmoralidad, avaricia y una política de poder que resultaría terriblemente calamitosa. Su gobierno desalentó a los fieles, causó descrédito a la Santa Sede, dejó sin respuesta los llamados a la reforma, pasó por alto todas las protestas, advertencias y señales de creciente revuelta, y terminó quebrantando la unidad de la cristiandad y perdiendo la mitad de los partidarios del papa ante la secesión protestante. Su locura fue la locura de la perversión, tal vez, de más graves consecuencias en la historia de Occidente, si la medimos por sus resultados en siglos de continua hostilidad y guerra fratricida.

Los abusos de estos seis papas no brotaron plenamente del alto Renacimiento. Antes bien, fueron un remate de locura sobre hábitos de gobierno papal que se habían desarrollado en los 150 años anteriores, derivados del exilio del papado en Aviñón durante la mayor parte del siglo XIV. El intento de retorno a Roma resultó, en 1378, en su cisma, con un papa en Roma y otro en Aviñón, y en que los sucesores de cada uno, durante más de medio siglo, afirmaban ser el verdadero papa. En adelante, la obediencia de cada país o cada país o cada reino a uno u otro de los candidatos se vería determinada por intereses terrenales, politizando así radicalmente a la Santa Sede. El depender de gobernantes laicos fue un legado fatal del cisma porque los papas rivales encontraron necesario compensar la división de su poder mediante todo tipo de componendas, concesiones y alianzas con reyes y príncipes. Como también se dividieron los ingresos, el cisma comercializó además de politizar al papado, haciendo que los ingresos fuesen su principal preocupación. Desde entonces, la venta de cualquier cosa espiritual o material que estuviese al alcance de la Iglesia, desde absolución y salvación hasta episcopados y abadías, se convirtió en un perpetuo comercio, atractivo por lo que ofrecía, pero repelente por aquello en que había convertido la religión.

Bajo el embriagador humanismo del Renacimiento, los papas —una vez que la Santa Sede fue definitivamente restaurada en Roma en el decenio de 1430—,

adoptaron como suyos los valores y el estilo de vida de los príncipes saqueadores de las ciudades-Estados italianas. Los gobernantes de la vida italiana, elegantes, opulentos, sin principios y en interminables guerras mutuas, no eran, por razón de su desunión y su limitada extensión territorial, más que potentados de la discordia. Al reproducir su avaricia y su lujo, los seis papas no se comportaron mejor que sus modelos y, por su superior categoría, habitualmente lo hicieron peor. Percibiendo las ganancias del cargo, como lebreles lanzados sobre una pista, cada uno de los seis, entre ellos un Borgia y dos Médicis, estuvo obsesionado por la ambición de establecer una fortuna familiar que le sobreviviera. En este afán cada uno, por turnos, se hundió en la política temporal de la época, lo que significa en una serie incesante de combinaciones, intrigas y maniobras sin interés permanente ni principio guía, regulada exclusivamente por el que parecía, de momento, el equilibrio del poder. Como este equilibrio de poder era frágil y fluctuante, aquellos acuerdos estaban en constante estado de cambio y traición, que permitía y en realidad requería el ejercicio de componendas, sobornos y conspiraciones como sustituto de un pensamiento o un programa.

El factor político predominante en el periodo fueron las repetidas invasiones de Italia, en liga con uno u otro de los Estados italianos, por las tres principales potencias —Francia, España y el Imperio de los Habsburgo— que competían por conquistar la península o una parte, de ella. Aunque el papado participó íntegramente en esta lucha, carecía de los recursos militares para que su intervención fuese decisiva. Cuanto más participaba en los conflictos temporales, con resultados siempre perniciosos, más impotente revelaba ser entre los monarcas, y en realidad, más impotente quedó. Al mismo tiempo, retrocedió ante la obvia tarea de la reforma religiosa porque temía perder autoridad, así como la oportunidad de lucro privado. Los papas renacentistas, como italianos, participaron en el proceso que hizo de su país una víctima de la guerra, la opresión extranjera y la pérdida de independencia; como vicarios de Cristo, hicieron de su cargo una burla, y la cuna de Lutero[64].

¿Hubo una opción factible? La opción religiosa en forma de respuesta al persistente grito de reforma era difícil de lograr, por los intereses creados de toda la jerarquía, ya corrompida, pero si era factible. Las voces de advertencia eran fuertes y constantes, y explícitas las quejas contra la negligencia papal. Regímenes ineptos y corrompidos, como los de los últimos Romanov o del Kuomintang casi nunca pueden ser reformados sin totales trastornos o disolución. En el caso del papado renacentista, una reforma iniciada en lo alto por un jefe de la Iglesia, preocupado por su cargo, proseguida con vigor y tenacidad por sucesores de ideales e ideas, habría podido anular las prácticas más detestables, respondido a las peticiones de dignidad en la Iglesia y sus sacerdotes e intentando satisfacer la necesidad de reafirmación espiritual, evitando, posiblemente, la secesión postrera.

En la esfera política, la opción habría sido una consistente política institucional, proseguida con constancia. Si los papas hubiesen dirigido a ello sus energías, en lugar

de disipar sus esfuerzos en las mezquinas pugnas de la avaricia privada, habrían podido aprovechar las hostilidades de las potencias seculares, en interés de los Estados papales. Esto no estaba más allá de su alcance. Tres de los seis —Sixto IV, Alejandro VI y Julio II— eran hombres hábiles y de fuerte carácter. Y, sin embargo, ninguno de ellos, con la excepción parcial de Julio, cumpliría, en lo más mínimo, con las tareas del estadista o se dejaría llevar por el prestigio de la cátedra de San Pedro hasta una visión apropiada de las responsabilidades políticas, y mucho menos, de su misión espiritual.

Podría decirse que la capacidad moral y las actitudes de la época hicieron psicológicamente imposible la opción. En ese sentido, puede decirse que *cualquier* opción no aprovechada está más allá del alcance de las personas en cuestión. Es innegable que los papas renacentistas fueron forjados y dirigidos por su sociedad, pero la responsabilidad del poder requiere, a menudo, el resistir y redirigir una condición de la época. En cambio, como hemos visto, los papas sucumbieron a lo peor que había en la sociedad, y mostraron, ante desafíos sociales visibles y crecientes, una ilimitada tozudez.

La reforma era la preocupación universal de la época, y se expresaba en literatura, sermones, folletos, canciones y asambleas políticas. La reforma, grito de batalla de quienes, en cada época, se han alejado de la Iglesia por su condición mundana, llevados por un anhelo de un culto más puro a Dios, se había generalizado desde el siglo XII. Fue el grito que San Francisco oyó en una visión que tuvo en la iglesia de San Damiano: «Mi casa está en ruinas. ¡Restáurala!». Era una insatisfacción ante el materialismo y el clero indigno, con omnipresente corrupción y afán de lucro a cada nivel, desde la curia papal hasta la parroquia de la aldea: de ahí el grito de reforma de «la cabeza y los miembros». Se ponían dispensas a la venta, los donativos para las cruzadas eran devorados por la curia, las indulgencias se vendían en el comercio común de modo que el pueblo, se quejó el canciller de Oxford en 1450, ya no se preocupaba por los males que pudiera hacer, porque siempre podrían comprar la remisión de la culpa del pecado, por seis peniques, o ganarla «como apuesta en un partido de tenis[65]».

La venta de indulgencias, grabado en madera por Hans Holbein *El Joven*.

Provocaron insatisfacción el ausentismo y la gran división de beneficios, la indiferencia de la jerarquía y su creciente separación del bajo clero, las túnicas de pieles de los prelados y sus enormes séquitos, así como los burdos e ignorantes curas de aldea, las vidas de clérigos entregados al concubinato y al desenfreno, no diferentes de la del hombre ordinario. Esto fue causa de profundo resentimiento porque, en el espíritu común, si no en la doctrina, se suponía que los sacerdotes eran más santos, como intermediarios entre Dios y el hombre. ¿Dónde podía encontrar el hombre perdón y salvación si estos intermediarios no desempeñaban su cargo? La gente se sentía traicionada, ante la diaria evidencia de la brecha que había entre lo que suponíase que eran los agentes de Cristo y aquello en lo que se habían convertido. Fundamentalmente, en palabras de un subprior de Durham, la gente tenía «sed de la palabra de Dios» y no podía recibir de indignos ministros de Dios «la verdadera fe y los preceptos morales en que consiste la salvación del alma[66]». Muchos sacerdotes «nunca han leído el Antiguo Testamento, y apenas conocen el Libro de los Salmos», y muchos subían ebrios al púlpito. Los prelados, que rara vez visitaban sus sedes, no daban preparación ni enseñanza al bajo clero, ni una guía religiosa, por lo que aquéllos a menudo no conocían sus propios deberes ni sabían celebrar los ritos o dar los sacramentos. Aunque a los predicadores legos les estaba prohibído criticar al clero, éste era un tema que solía deleitar a toda una congregación. «Si el predicador dice una palabra contra los clérigos o prelados, instantáneamente despiertan los que estaban dormidos, se alegran los que estaban aburridos… se olvidan hambre y sed» y los más perversos se consideran «justos o santos comparados con los clérigos[67]».

Para el siglo XIV, la protesta había tomado forma y voz en los movimientos disidentes de los lolardos y los husitas, y en grupos laicos como los Hermanos de la Vida Común, donde la auténtica piedad encontró un hogar más acogedor fuera de la Iglesia oficial. Allí ya se expresaban muchas de las disidencias doctrinales que

después marcarían la revuelta protestante: la negativa de la transubstanciación, el rechazo de la confesión, el tráfico de la indulgencia, de las peregrinaciones y de la veneración de santos y reliquias. Ya no era impensable separarse de Roma. En el siglo XIV, el célebre doctor de teología Guillermo de Occam pudo pensar en una Iglesia sin papa, y en 1453, un romano, Stefano Porcaro, encabezó una conspiración que tendía al derrocamiento total del papado (aunque, al parecer, su origen fue más político que religioso). La imprenta y la creciente alfabetización alimentaron la disidencia, especialmente por medio del conocimiento directo de la Biblia en la lengua vernácula. Cuatrocientas de estas ediciones aparecieron en los primeros sesenta años de imprenta, y todo el que sabía leer podía encontrar en la sabiduría de los Evangelios algo que faltaba a la jerarquía de su propia época, envuelta en sus túnicas de color púrpura y rojo.

La propia Iglesia hablaba regularmente de reforma. En los Concilios de Constanza y de Basilea, en la primera parte del siglo XV, renombrados predicadores arengaban cada domingo a los delegados, hablando de prácticas corrompidas e inmorales, particularmente de simonía, de la incapacidad de generar el instrumento salvador del renacimiento cristiano, una cruzada contra los turcos, de todos los pecados que estaban causando la decadencia de la vida cristiana. Pedían acción y medidas positivas. En los Concilios hubo interminables discusiones, se debatieron numerosas propuestas y se emitió gran número de decretos que trataban principalmente de las disputas entre la jerarquía y el papado por la distribución de ingresos y la asignación de beneficios. Sin embargo, no se profundizó hasta los lugares de básica necesidad en cuestiones como la visita de los obispos a sus sedes, la educación del clero menor o la reorganización de las órdenes monásticas.

El alto clero no se mostraba sólidamente indiferente; en él había abades, obispos y hasta ciertos cardenales que eran serios reformadores. También los papas hicieron esporádicos gestos de respuesta. Se redactaron programas de reforma por orden de Nicolás V y de Pío II durante los decenios de 1440 y 1460 —antes de los seis papas que estudiaremos—, en el último caso, por obra de un dedicado reformador y predicador, el cardenal y legado alemán Nicolás de Cusa. Al presentar su plan a Pío II, Nicolás dijo que las reformas eran necesarias «para transformar a todos los cristianos, empezando por el papa, en imágenes de Cristo[68]». Su compañero y reformador, el obispo Domenico Domenichi, autor de un *Tractatus* sobre reforma, para el mismo papa, se mostró igualmente severo. Era inútil, escribió, sostener la santidad del papado, ante príncipes sin ley porque el diablo vive de los prelados y la curia hacía que los laicos llamaran a la Iglesia «Babilonia, ¡la madre de todas las fornicaciones y abominaciones de la Tierra!».

En el cónclave reunido para elegir un sucesor de Pío II en 1464, Domenichi resumió el problema que habría debido ganar la atención de Sixto y sus sucesores: «Hay que reafirmar la dignidad de la Iglesia, resucitar su autoridad, reformar su moral, regular la curia, asegurar el curso de la justicia, propagar la fe», recuperar

territorio papal y, en su opinión, «armar a los fieles para la Guerra Santa[69]».

Pocos de estos fines alcanzarían los seis papas renacentistas. Lo que frustró toda reforma fue la falta de apoyo, si no un disgusto activo, hacia ella por una jerarquía y un papado cuyas fortunas personales estaban comprometidas con el sistema existente y que equiparaban la reforma con los concilios y la devolución de la soberanía papal. Durante todo el siglo que siguió al levantamiento de Hus, estuvo en camino una revolución religiosa, pero los gobernantes de la Iglesia no se dieron cuenta. Consideraron la protesta simplemente como una disidencia que había que suprimir y no como un serio desafío a su validez.

Mientras tanto, una nueva fe, el nacionalismo, y un nuevo desafío en el surgimiento de Iglesias nacionales estaban socavando ya el régimen romano. Bajo la presión política y los tratos que el cisma hizo necesarios, el poder de nombramiento, fuente esencial del poder y los ingresos del papa —que el papado había usurpado al clero local, al que originalmente correspondía—, fue gradualmente cedido a los soberanos laicos o ejercido por órdenes suyas o en su interés. En gran parte ya se había perdido en Inglaterra y en Francia, bajo arreglos forzosos con sus soberanos, y se cedería más aún en este periodo al Imperio de los Habsburgo, a España y a otros potentados extranjeros en el curso de varios tratos políticos.

Hasta un grado insólito en el Renacimiento el bien caminó del brazo del mal en un asombroso desarrollo de las artes combinado con la degradación política y moral y una conducta viciosa. El descubrimiento de la antigua edad clásica con su enfoque en la capacidad humana, no en una fantasmal Trinidad; fue una exuberante experiencia que llevó a abrazar apasionadamente el humanismo, principalmente en Italia, donde se consideró que era un retorno a las antiguas glorias nacionales. Su hincapié en los bienes terrenales significó un abandono del ideal cristiano de la renuncia, y su orgullo en el individuo socavó la sumisión a la palabra de Dios como la transmitía la Iglesia. Al enamorarse de la antigüedad pagana, los italianos de la clase gobernante sintieron menos reverencia por el cristianismo que, como escribió Maquiavelo en los *Discursos*, hace que la «suprema felicidad consista en la humildad, la abnegación y el desprecio de las cosas humanas», mientras que la religión pagana encontraba su supremo bien en la «grandeza del alma, fuerza del cuerpo y todas las cualidades que hacen temibles a los hombres[70]».

Nuevas empresas económicas, siguiendo a la depresión y las miserias del fin de la Edad Media, acompañó al humanismo en la segunda mitad del siglo XV. Se han dado muchas explicaciones de esta recuperación: la invención de la imprenta extendió inmensamente el acceso al conocimiento y a las ideas; los avances de la ciencia aumentaron el entendimiento del universo, y en la ciencia aplicada se encontraron nuevas técnicas; nuevos métodos de financiamiento capitalista estimularon la producción; nuevas técnicas de navegación y construcción de navíos ensancharon el horizonte comercial y geográfico; un poder recién centralizado que se tomó de las

declinantes comunas medievales se encontró a disposición de las monarquías y el creciente nacionalismo del siglo anterior le dio ímpetu; el descubrimiento del Nuevo Mundo y la circunnavegación del globo abrieron panoramas ilimitados. Si éstos fueron causa o coincidencia o un cambio de la marea en la misteriosa pleamar y bajamar de los asuntos humanos, sea como fuere marcaron el principio del periodo que los historiadores llaman la Edad Moderna.

Durante estos sesenta años, Copérnico estableció la verdadera relación de la Tierra con el Sol; navíos portugueses llevaron esclavos, especias, polvo de oro y marfil de África; Cortés conquistó México; los Fúcar de Alemania, invirtiendo las ganancias obtenidas en el comercio de algodón y en la banca y bienes raíces, crearon el más próspero imperio mercantil de Europa, mientras que el hijo de su fundador, llamado Jacobo *el Rico*, destilaba el espíritu de la época jactándose de que continuaría ganando dinero en tanto hubiese aliento en su cuerpo[71]. Su análogo italiano, Agostino Chigi, de Roma, tenía veinte mil hombres a su servicio en las sucursales de sus negocios en Lyon, Londres, Amberes y —sin dejar de hacer negocios con los infieles, siempre que fuesen lucrativo— en Constantinopla y El Cairo[72]. Los turcos, habiendo tomado Constantinopla en 1453 y avanzado a los Balcanes, eran considerados casi como en la actualidad la Unión Soviética, como la amenaza que pesaba sobre Europa, pero, aunque temerosas ante cualquier alarma, las naciones cristianas estaban demasiado inmersas en conflictos mutuos para reunirse en una acción contra ellos.

En España, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla reunieron sus reinos, por matrimonio, reintrodujeron la Inquisición y expulsaron a los judíos; Francisco I de Francia se encontró con Enrique VIII en el Campo del Paño de Oro; Alberto Durero floreció en Alemania, Jerónimo el Bosco y Hans Memling en Flandes. Erasmo, bien recibido en las cortes y capitales por su ingenio escéptico, fue el Voltaire de esta época. Tomás Moro, hacia el fin de los sesenta años, publicó *Utopía*, mientras que Maquiavelo, espíritu opuesto en Italia, mostró una visión más sombría de la humanidad en *El príncipe*. Sobre todo en Italia el arte y la literatura fueron honrados como supremas realizaciones humanas y, así, produjeron una extraordinaria fecundidad de talentos, desde Leonardo hasta Miguel Ángel y Tiziano y una veintena de otros, apenas inferiores a los más grandes. La literatura fue engalanada por las obras de Maquiavelo, por la gran *Historia de Italia*, de Francesco Guicciardini, por las comedias y sátiras de Pietro Aretino, por el muy admirado poema épico *Orlando furioso*, de Ariosto, que trata de la lucha entre cristianos y musulmanes, y por el *Libro del cortesano*, de Castiglione.

De manera extraña, este florecimiento de la cultura no reflejó un brote comparable del comportamiento humano sino, en cambio, una asombrosa baja de nivel. Esto se debió, parcialmente, a la ausencia en Italia de la autoridad central de un monarca, lo que dejó a las cinco principales regiones —Venecia, Milán, Florencia, Nápoles y los Estados papales— más las ciudades-Estados menores, como Mantua,

Ferrara y el resto, en ilimitados e interminables conflictos mutuos. Puesto que el derecho al poder de los príncipes gobernantes se había originado en el grado de violencia que los fundadores habían estado dispuestos a ejercer, en las medidas que adoptaron para mantener o extender su gobierno se mostraron igualmente sin escrúpulos. Secuestros, envenenamientos, traiciones, asesinatos y fratricidios, aprisionamientos y torturas eran métodos cotidianos, empleados sin ninguna compunción.

Para comprender a los papas, examinemos antes a los príncipes. Cuando los súbditos de Galeazzo Maria Sforza, gobernante de Milán, lo asesinaron en una iglesia por sus vicios y opresiones, su hermano, Ludovico il Moro, arrojó en prisión al heredero, su sobrino, y se apoderó de Milán. Cuando la familia Pazzi, de Florencia, antagonista de Lorenzo de Médicis, *el Magnífico*, ya no pudo soportar las frustraciones de su odio, planeó asesinarlo así como a su apuesto hermano Giuliano durante la misa en la catedral. La señal sería la campanilla que se toca a la hora de la elevación, y en este momento, el más solemne de la misa, brillaron las espadas de los atacantes. Giuliano cayó muerto, pero Lorenzo, alerta, se salvó gracias a su espada y sobrevivió para dirigir una venganza de absoluta aniquilación contra los Pazzi y sus partidarios[73]. Con frecuencia se planeaba que los asesinatos se cometieran en iglesias, donde era menos probable que las víctimas estuviesen rodeadas por guardias armados.

Los más terribles de todos fueron los reyes de la casa de Aragón que gobernaron Nápoles. Ferrante (Fernando I), inescrupuloso, feroz, cínico y vengativo, concentró todos sus esfuerzos hasta su muerte, ocurrida en 1494, en 1.ª destrucción de sus adversarios, y en este proceso inició más daños a Italia que ningún otro príncipe por causa de las guerras intestinas. Su hijo y sucesor, Alfonso II, un brutal libertino, fue descrito por el historiador francés Comines como «el hombre más cruel, vicioso y bajo que jamás se haya visto[74]». Como otros de su calaña, abiertamente confesaba su desprecio a la religión. Los *condottieri*, en quienes se basaba el poder de los príncipes, compartían este sentimiento. Como mercenarios que luchaban por dinero y no por lealtad, estaban «llenos de desprecio a todas las cosas sagradas… y no les importaba si fallecían o no expulsados de la Iglesia[75]».

Los hábitos de los soberanos no dejaban de encontrar emulación de sus súbditos. El caso de un médico y cirujano del hospital de San Juan de Letrán, tanto más espeluznante al ser presentado en el tono frío de John Burchard, maestro de ceremonias de la corte papal, cuyo registro diario es la fuente indispensable, revela cómo era la vida renacentista en Roma. «Salía del hospital temprano, cada día por la mañana, en una corta túnica y con una ballesta y disparaba contra todo el que se cruzara en su camino, y se embolsaba su dinero[76]». Colaboraba con el confesor del hospital, quien le nombraba los pacientes que, en la confesión, decían tener dinero, y entonces el médico daba a estos pacientes «un remedio eficaz» y se dividía las ganancias con el clérigo informador. Burchard añade que el médico después fue

ahorcado con otros 17 malhechores.

El poder arbitrario, con su tentación de indulgencia para consigo mismo, su desenfreno y su desconfianza eterna de los rivales, tendía a formar déspotas erráticos y a producir hábitos de insensata violencia, tanto en los gobernantes satélites como en los más grandes. Pandolfo Petrucci, tirano de Siena en el último decenio del siglo XV, gozaba con el pasatiempo de dejar caer bloques de piedra desde cierta altura, sin fijarse en quién estuviera abajo[77]. Los Paglioni de Perusa y Malatesta de Rimini registraron historias sanguinarias de odios y crímenes fratricidas. Otros, como los De Este de Ferrara, la más antigua familia de príncipes, y los Montefeltri de Urbino, cuya corte celebró Castiglione en *El cortesano*, eran honorables y de buena conducta, y hasta amados del pueblo. Decíase que el duque Federico de Urbino era el único príncipe que podía ir sin armas ni escolta o que se atrevía a caminar por un parque público[78]. Tristemente, resulta típico que Urbino fuese objeto de una brutal agresión militar por uno de los seis papas, León X, quien codiciaba el ducado para su propio sobrino.

Al lado de los canallas y de los escándalos, existían, como siempre, decencia y piedad. Ninguna característica se adueña por completo de una sociedad. Muchas personas, de todas las clases sociales, durante el Renacimiento aún rendían culto a Dios, confiaban en los santos, deseaban la paz espiritual y no llevaban vidas de delincuentes. En realidad, precisamente *porque* los sentimientos religiosos y morales auténticos aún existían, fue tan aguda la angustia causada por la corrupción del clero, especialmente de la Santa Sede, y tan poderoso el anhelo de reforma. Si todos los italianos hubiesen seguido el ejemplo amoral de sus jefes, la depravación de los papas no habría sido causa de protesta.

En la larga lucha por poner fin al caos y el desaliento causados por el cisma y restaurar la unidad de la Iglesia, legos y clérigos convocaron a Concilios Generales de la Iglesia, que supuestamente tenían supremacía sobre la Santa Sede, a los que esta institución, la ocupase quien la ocupase, violentamente se resistió. Durante la primera mitad del siglo XV, la batalla conciliar dominó los asuntos de la Iglesia, y aunque los Concilios lograron al final establecer un solo pontífice, en cambio no consiguieron que ninguna de las partes en pugna reconociera la supremacía conciliar. Sucesivos papas se aferraron a sus prerrogativas, se empeñaron en sus actitudes y por virtud de una oposición dividida conservaron su autoridad intacta, aunque no sin cuestionar. Pío II, más conocido como el admirado humanista y novelista Eneas Sylvius Piccolomini, había sido abogado conciliar en los comienzos de su carrera, pero en 1460 emitió, siendo papa, la temida Bula *Exsecrabilis*, con que amenazaba con excomulgar a todo el que apelara, del papado, a un Concilio General. Sus sucesores continuaron considerando a los Concilios casi tan peligrosos como a los turcos.

Nuevamente establecidos en Roma, los papas se volvieron hijos del Renacimiento, superando a los príncipes en su patrocinio a las artes, creyendo, como ellos, que las glorias de la pintura y la escultura, la música y las letras adornaban sus

cortes y reflejaban su munificencia. Si Leonardo da Vinci adornó la corte de Ludovico Sforza en Milán y el poeta Torcuato Tasso la corte de los De Este de Ferrara, otros artistas y escritores acudieron en tropel a Roma, donde los papas dispensaban su patrocinio. Cualesquiera que fuesen sus fallas en el cargo, dieron al mundo legados inmortales en las obras que encargaron: el techo de la capilla Sixtina de Miguel Ángel, las *stanze* del Vaticano, de Rafael, los frescos de la Biblioteca de la catedral de Siena, de Pinturicchio, los frescos de las paredes de la Sixtina, de Botticelli, Ghirlandaio, Perugino, Signorelli. Repararon y embellecieron Roma que, abandonada durante el exilio en Aviñón, había caído en la suciedad y el descuido. Ellos descubrieron sus tesoros clásicos, restauraron iglesias, pavimentaron las calles, reunieron la incomparable Biblioteca Vaticana y, como remate del prestigio papal —e irónicamente, para desencadenar la revuelta protestante— iniciaron la reconstrucción de San Pedro, teniendo como arquitectos a Bramante y a Miguel Ángel.

Creían que por medio de bellezas y grandezas visibles dignificarían el papado, y la Iglesia ejercería su imperio sobre el pueblo. Nicolás V, que ha sido llamado el primer papa renacentista, hizo explícita esta idea en su lecho de muerte en 1455. Pidiendo a los cardenales que continuaran con la renovación de Roma, dijo: «Para crear una convicción sólida y estable debe haber algo que atraiga a la vista. Una fe sostenida exclusivamente por la doctrina nunca dejará de ser débil y vacilante… Si la autoridad de la Santa Sede está visiblemente mostrada en edificios majestuosos… todo el mundo la aceptará y reverenciará. Nobles edificios que combinen el buen gusto y la belleza con imponentes proporciones exaltarán inmensamente la cátedra de San Pedro[79]». La Iglesia se había apartado ya mucho de Pedro el Pescador.

1. Asesinato en una catedral: Sixto IV, 1471-1484

Hasta la elección; en 1471, del cardenal Francesco della Rovere, exgeneral de la orden franciscana, que adoptó el nombre de Sixto IV, los papas de comienzos del Renacimiento, si no habían mostrado mucho celo por la renovación espiritual, sí habían mantenido, en general, el respeto nominal a la dignidad de su cargo. Sixto introdujo el periodo de búsqueda desenfrenada, abierta e implacable de lucro personal y poder político. Había alcanzado fama como predicador y conferenciante en teología en las universidades de Bolonia y de Pavía, y como general de los franciscanos había adquirido buena reputación de hábil y severo administrador. Como fraile, supuestamente lo habían elegido papa como reacción al carácter mundano de su predecesor, Paulo II, patricio y exmercader veneciano. En realidad, debió su elección, antes bien, a las hábiles maniobras del ambicioso, despiadado y muy rico cardenal Rodrigo Borgia, que pronto conquistaría para sí mismo la tiara papal. El apoyo de Borgia a Sixto fue algo que podríamos llamar referencia de carácter, y la historia ha reconocido este nexo llamándolos, junto con Inocencio III, que reinó entre ellos, los «tres genios del mal[80]».

Sixto IV, por Melozzo da Forli. El Papa es mostrado señalando al prefecto de la Librería Vaticana (figura

arrodillada). La figura central vestida de rojo, que permanece de pie, es el sobrino de Sixto, el cardenal Giuliano della Rovere, y futuro Papa Julio II. Las dos figuras a la izquierda son los sobrinos rebeldes, Pietro y Girolamo Riario. Este último fue un cabecilla de la conspiración contra los Pazzi, que fue asesinado en 1488.

El sayal franciscano ocultaba en Sixto un carácter duro, imperioso e implacable; un hombre de fuertes pasiones y de familia numerosa, pobre y exigente. Procedió a enriquecer a sus miembros y, empleando todos los recursos de que ahora disponía, les dio altos cargos, territorios papales y cónyuges de familias nobles. Al subir al trono, asombró a la opinión pública nombrando como cardenales a dos de sus once sobrinos, Pietro y Girolamo Riario, ambos de menos de treinta años, que pronto se hicieron notar por su conducta escandalosa y sus despilfarros. Antes de terminar, Sixto había conferido la púrpura a otros tres sobrinos y a un sobrino nieto, hizo obispo a otro, casó a cuatro sobrinos y dos sobrinas con miembros de las familias gobernantes de Nápoles, Milán, Urbino, y con Orsinis y Farnesios. A sus parientes que no eran miembros del clero los colocó en altos cargos del poder civil, como prefecto de Roma, gobernador del castillo Sant'Angelo y gobernadores de varios de los Estados papales, con acceso a sus ingresos. Elevó el nepotismo a un nuevo nivel[81].

Sixto llenó el Colegio de Cardenales con elementos nombrados por él mismo, creando no menos de 34 durante su papado de trece años, aunque el Colegio sólo debía albergar 24, y a su muerte, sólo quedaron cinco que no hubiesen sido nombrados por él[82]. Dejó establecida la práctica de la selección política con el propósito de favorecer a éste o a aquel príncipe o soberano, y de escoger señores o barones o hijos menores de las grandes familias, sin fijarse en sus méritos o calificaciones sacerdotales. Entregó la sede arzobispal de Lisboa a un niño de ocho años y la sede de Milán a uno de once, hijos ambos de príncipes[83]. Hasta tal punto secularizó el Colegio que sus sucesores siguieron su ejemplo como si fuera la regla. En los veinte años transcurridos durante los reinados de Inocencio VIII y Alejandro VI, no menos de 50 sedes fueron entregadas a chiquillos, que aún no alcanzaban la edad canónica para ser consagrados.

El hábito del despilfarro desenfrenado se convirtió en característica continua de la corte papal, encabezada por Pietro Riario, el sobrino favorito, a quien la nueva fortuna de su familia, al parecer, desequilibró. Toda una horda de recién enriquecidos Della Rovere fueron a engrosar la corte. Los excesos del cardenal Riario llegaron al colmo en 1480, en un banquete, verdadera saturnal, uno de cuyos manjares fue un oso asado, con una vara entre las fauces, con ciervos reconstruidos dentro de su piel, garzas y pavos reales con sus plumas, y una conducta orgiástica de los invitados, apropiada al modelo de la antigua Roma[84]. Los informes de esto fueron tanto más escandalosos en una época de general austeridad causada por los turcos, que habían puesto pie en el tacón de la bota de Italia, donde se apoderaron de Otranto, aunque no lograron sostenerse largo tiempo. El avance de los turcos desde la caída de

Constantinopla generalmente era considerado como castigo de Dios por los pecados de la Iglesia.

Los excesos de la jerarquía fueron promovidos, pero no iniciados, por los Della Rovere; esto ya era un problema en 1460, cuando Pío II, en una carta enviada al cardenal Borgia, lo censuró por una fiesta que había dado en Siena donde «no faltó ninguno de los atractivos del amor» y «para que la lujuria fuera desenfrenada», no se invitó a los esposos, padres y hermanos de las damas presentes. Pío advirtió del «descrédito» de las sagradas dignidades. «Ésta es la razón de que príncipes y poderes nos desprecien y que los legos se burlen de nosotros… El desprecio es el destino del Vicario de Cristo porque parece tolerar estas acciones[85]». Bajo Sixto, la situación no fue nueva; la diferencia fue que, mientras Pío se había preocupado por contener el deterioro, sus sucesores no se preocuparon ni lo intentaron.

El antagonismo fue creciendo lentamente contra Sixto, especialmente en Alemania, donde un antirromanismo, nacido del resentimiento causado por la avidez clerical por el dinero fue agravado por las exacciones financieras de la curia papal, brazo administrativo del papado. En 1479, la Asamblea de Coblenza envió a Roma una *gravamina*, o lista de quejas. En Bohemia, patria de la disidencia husita, apareció un manifiesto satírico en que se equiparaba a Sixto con Satanás, enorgulleciéndose de su «total repudio de la doctrina de Cristo[86]». La Iglesia, acostumbrada a recibir críticas de una u otra fuente durante cinco siglos, había llegado a endurecerse tanto que no le preocupaban los vientos que pudieran soplar sobre el Imperio.

Para asegurarse de una eficiente recabación de ingresos, Sixto creó una Cámara Apostólica de cien juristas para supervisar los asuntos financieros de los Estados papales y los casos jurídicos en que el papado tenía intereses financieros. Dedicó esos ingresos a multiplicar las posesiones de sus parientes y a embellecer las glorias exteriores de la Santa Sede. La posteridad le debe la restauración de la Biblioteca Vaticana, cuyo contenido triplicó, y a la cual convocó a sabios para registrar y catalogar los libros. Reinauguró la Academia de Roma, invitó a hombres célebres a sus aulas, fomentó las representaciones teatrales y comisionó pinturas. Su nombre perdura en la capilla Sixtina, edificada por orden suya para la renovación del antiguo San Pedro. Iglesias, hospitales, puentes caídos y calles lodosas se beneficiaron con sus reparaciones. Si bien admirable en sus intereses culturales, Sixto mostró las peores cualidades del príncipe renacentista en sus odios y maquinaciones, que condujeron a guerras en Venecia y Ferrara y a una interminable campaña por reducir a la familia Colonna, los nobles dominantes de Roma. El más escandaloso de sus asuntos fue su participación en la conjura de los Pazzi, posiblemente a su instigación, para asesinar a los hermanos Médicis. Aliado con los Pazzi por complejos intereses familiares, Sixto aprobó la conspiración, o hasta participó en ella, o al menos, eso se creyó generalmente, debido a lo extremo de su reacción cuando en la conjura sólo cayó uno de los hermanos. Furioso por la violencia de la venganza de los Médicis contra los Pazzi, en que hasta un arzobispo fue ahorcado, pese a la inmunidad

clerical, Sixto excomulgó a Lorenzo de Médicis y a toda Florencia. Esta aplicación de sanción espiritual por motivos temporales, aunque ciertamente no era nueva en las prácticas de la Iglesia, causó gran descrédito a Sixto por el daño hecho a los florentinos y a su comercio y porque surgieron sospechas de que el papa había intervenido personalmente en todo aquello[87]. El piadoso Luis XI, rey de Francia, escribió, preocupado: «¡Pluga a Dios que Vuestra Santidad sea inocente de crímenes tan horribles!»[88]. La idea de que el Santo Padre estuviese planeando asesinatos en una catedral aún no era aceptable, aunque antes de mucho casi no parecería anormal.

La salud interna de la Iglesia no le preocupaba a Sixto, y, basándose en el precedente de *Exsecrabilis*, rechazó rudamente todos los llamados, cada vez más insistentes, a un Concilio. Pero su negativa no acabó con la exigencia. En 1481, el rumor de la reforma era ensordecedor. El arzobispo Zamometic, enviado del emperador, llegó a Roma donde hizo severas críticas a Sixto y a la curia. Encarcelado por orden del papa, en el castillo Sant'Angelo, fue liberado por un cardenal amigo suyo y, aunque conociendo el riesgo, volvió implacablemente al tema. Publicó un manifiesto en que pedía a los príncipes cristianos convocar a una continuación del Concilio de Basilea para impedir que la Iglesia fuese arruinada por el papa Sixto, al que acusó de herejía, simonía, vicios vergonzosos, despilfarrar el patrimonio de la Iglesia, instigar la conspiración de los Pazzi y haber establecido una alianza secreta con el sultán. Sixto contraatacó lanzando un anatema contra la ciudad de Basilea, cerrándola a todos los de fuera y echando nuevamente a la cárcel al desafiante arzobispo; allí, al parecer víctima de malos tratos, falleció dos años después; se dijo que había sido suicidio[89].

La cárcel no acalla las ideas cuyo momento ha llegado, hecho que generalmente no comprenden los déspotas, que, por su naturaleza misma, son gobernantes de poca visión. En el último año de su vida, Sixto rechazó un programa razonable que le habían presentado los Estados Generales de Tours, en Francia. Conmovida por la elocuencia de un orador apasionado, Jean de Rély, la asamblea propuso una reforma para suprimir los abusos fiscales, los beneficios plurales y la odiada práctica de *ad commendam*, por la cual los nombramientos temporales, a menudo de legos, podían hacerse «por recomendación» sin que el nombrado tuviese que desempeñar sus deberes. *Ad commendam*, una de las cuestiones que despertaron pasiones peculiares de su época, era un recurso que Sixto fácilmente habría podido prohibir, ganándose así inmenso crédito entre el movimiento reformista. Ciego ante la oportunidad, desdeñó aquel programa. Pocos meses después moría. Tanto rencor había provocado su reinado que en Roma estallaron motines y saqueos, que durarían dos semanas, encabezados por la facción de Colonna que el papa había tratado de aplastar. Sin que nadie lamentara su muerte, Sixto IV no había hecho nada por la institución a cuya cabeza había estado, aparte de desacreditarla.

2. Aliado del infiel: Inocencio VIII, 1484-1492

Amable, indeciso, sometido a sus consejeros más enérgicos, el sucesor de Sixto formó un contraste con él casi en todo aspecto, salvo que dañó igualmente al pontificado, en este caso por omisión y debilidad de carácter. Su nombre original fue Giovanni Battista Cibo, y fue hijo de una próspera familia genovesa. Al principio no fue señalado para la carrera eclesiástica, pero entró en ella después de una juventud normalmente disipada, durante la cual engendró y reconoció a un hijo y una hija ilegítimos. Ninguna conversión súbita o circunstancias dramáticas le hicieron entrar en la Iglesia, aparte del hecho aceptado de que, para cualquiera con buenas conexiones, la Iglesia ofrecía una buena carrera. Cibo llegó al arzobispado a los 37 años y a un oficio en la curia papal a las órdenes de Sixto, quien, apreciando su naturaleza maleable, le nombró uno de sus muchos cardenales en 1473[90].

Tumba de Inocencio VIII, por Antonio del Poliamolo, en la Basílica de San Pedro.

La elevación al papado de esta persona bastante oscura y mediocre fue un

resultado no planeado, como a menudo ocurre cuando dos candidatos ferozmente ambiciosos se bloquean mutuamente el camino. Estos dos, que después realizarían sus ambiciones, eran el cardenal Borgia, futuro Alejandro VI, y el cardenal Giuliano della Rovere, el más capaz de todos los sobrinos de Sixto, el futuro Julio II. Giuliano, conocido como el cardenal de San Pedro en Vincoli, tan dominante y pugnaz como su tío, pero más eficiente, aún no pudo obtener los votos de una mayoría del Colegio. Tampoco pudo Borgia, pese a cohechos hasta de 25 mil ducados y promesas de ascenso lucrativo que hizo circular entre sus colegas[91]. Como informó el enviado florentino, el cardenal Borgia tenía la reputación de ser «tan falso y orgulloso que no hay peligro de que lo elijan[92]». En esta situación, los dos rivales vieron el peligro de la elección del cardenal Marco Barbo, de Venecia, muy respetado por su noble carácter y estrictos principios, que indudablemente habría limitado la esfera de un Borgia o un Della Rovere y hasta, posiblemente, habría pensado en una reforma. Cuando faltaban cinco votos para que Barbo fuera elegido, Borgia y Della Rovere unieron sus fuerzas en favor del modesto Cibo, indiferentes a la afrenta, para los reformadores, de elegir a un papa que había reconocido hijos ilegítimos. Con sus votos combinados, su candidato fue coronado como Inocencio VIII.

Como papa, Inocencio se distinguió principalmente por su extraordinaria indulgencia hacia su indigno hijo Franceschetto, primera vez que el hijo de un papa había sido públicamente reconocido. En todos sentidos, el papa sucumbió a la energía y voluntad del cardenal Della Rovere. «Enviad una buena carta al cardenal de San Pedro», escribió el enviado de Florencia a Lorenzo de Médicis, «pues él es papa y más que papa[93]». Della Rovere se trasladó al Vaticano y, en dos meses, elevó a su propio hermano, Giovanni, de prefecto de Roma a capitán general de la Iglesia. El otro promotor de Inocencio, el cardenal Borgia, quedó como vicecanciller a cargo de la curia.

Inocencio dedicó toda su atención a otorgar riquezas a Franceschetto, quien era, a la vez, avaro y disoluto, y acostumbraba recorrer las calles de noche rodeado de malos compañeros, con propósitos lujuriosos. En 1486, el papa dispuso la boda de su hijo con una hija de Lorenzo de Médicis y la celebró en el Vaticano con una ceremonia tan elaborada que, debido a la escasez de fondos, se vio obligado a empeñar la tiara papal y los tesoros del Vaticano[94]. Dos años después organizó otra fiesta, no menos extravagante, también en el Vaticano, para la boda de su nieta con un mercader genovés.

Mientras el papa daba rienda suelta a sus caprichos, su vicecanciller, más concentrado en lo suyo, creaba muchos nuevos cargos para funcionarios apostólicos, cuyos aspirantes debían pagar: prueba de que esperaban tener ganancias remunerativas. Se puso a la venta hasta el cargo de bibliotecario vaticano, que hasta entonces se había ocupado por méritos propios. Se estableció una oficina para la venta de favores y perdones, a altos precios; 150 ducados de cada transacción eran para el papa, y lo que quedaba era para su hijo. Cuando alguien criticó el perdón en

lugar de la pena de muerte por asesinato, homicidio por imprudencia y otros delitos graves, el cardenal Borgia defendió aquella práctica diciendo que «el Señor no desea la muerte del pecador sino, antes bien, que viva y pague[95]».

En este régimen y bajo la influencia de su predecesor, el temple moral de la curia se deshizo como la cera, llegando a un grado de venalidad que no podía dejarse de observar. En 1488, a la mitad del reinado de Inocencio, fueron detenidos varios altos dignatarios de la corte papal, y dos de ellos fueron ejecutados por haber falsificado, para la venta, cincuenta bulas papales de dispensa en dos años[96]. La pena capital, que debía mostrar la indignación moral del papa, sólo sirvió para subrayar las condiciones de su reinado.

El Colegio de Cardenales, ahogado bajo el influjo de los cardenales de Sixto, que incluían miembros de las familias más poderosas de Italia, era un escenario de pompa y placer. Aunque algunos de sus miembros eran hombres dignos, sinceros en su vocación, la mayoría eran nobles mundanos y codiciosos, que ostentaban su esplendor, entregados al juego interminable de ejercer influencia en beneficio propio o de sus respectivos soberanos. Entre los parientes de príncipes estaban el cardenal Giovanni d'Aragona, hijo del rey de Nápoles, el cardenal Ascanio Sforza, hermano de Ludovico, regente de Milán, los cardenales Battista Orsini y Giovanni di Colonna, miembros de las dos familias eternamente rivales que gobernaban Roma.

En aquel tiempo, los cardenales no tenían que ser sacerdotes —es decir, calificar por su ordenación para administrar los sacramentos y celebrar la comunión y los ritos espirituales— aunque algunos de ellos pudieran serlo. Los que habían sido nombrados por el episcopado, el nivel más alto del sacerdocio, continuaban ocupando sus sedes, pero la mayoría formaba parte de los dignatarios de la Iglesia sin ninguna función sacerdotal. Tomados entre las primeras filas de la jerarquía, cada vez más dedicada a la administración, la diplomacia y los negocios financieros de la Iglesia, procedían de las familias italianas gobernantes o, de ser extranjeros, habitualmente eran más cortesanos que clérigos. Al avanzar la secularización, fueron cada vez más frecuentes los nombramientos de legos, hijos y hermanos de príncipes o agentes designados de monarcas, que no habían seguido la carrera eclesiástica. Uno de ellos, Antoine Duprat, canciller lego de Francisco I, fue nombrado cardenal por el último de los papas renacentistas, Clemente VII, y entró a su catedral, por vez primera, en su propio funeral[97].

Así como los papas de este periodo, empleando el sombrero rojo como moneda política, aumentaron el número de cardenales, a la vez para ensanchar su propia influencia y para diluir la del Colegio, así también los cardenales reunían diversos cargos —cada uno de los cuales sería un nuevo caso de ausentismo— para aumentar sus ingresos, acumulando abadías, obispados y otros beneficios, aunque según el derecho canónico sólo un clérigo tenía derecho a los ingresos y las pensiones derivados de los bienes de la Iglesia. Sin embargo, el derecho canónico era elástico, como cualquier otro derecho, y «a modo de excepción» autorizaba al papa a conceder

beneficios y pensiones a laicos.

Viéndose como príncipes del ámbito de la Iglesia, los cardenales consideraban su prerrogativa, para no decir su deber, competir en dignidad y esplendor con los príncipes laicos. Quienes podían permitírselo vivían en palacios con varios cientos de servidores, viajaban en un atuendo marcial, con espadas, sabuesos y halcones para la caza, competían al pasar por las calles en el número y la magnificencia de sus servidores montados, cuyo empleo daba a cada príncipe de la Iglesia una facción entre los siempre inquietos ciudadanos de Roma. Patrocinaban bailes de máscaras y músicos y fiestas espectaculares durante el carnaval; daban banquetes al estilo del de Pietro Riario, incluyendo uno del opulento cardenal Sforza, del que un cronista dijo que no podía aventurarse a describirlo «para que no dijesen que estaba contando cuentos de hadas». Jugaban a las cartas y a los dados… y hacían trampa, según una queja de Franceschetto a su padre, después de perder 14 mil ducados en una noche a manos del cardenal Raffaele Riario. Esta acusación tal vez tuviese cierto fundamento, pues otra noche, el mismo Riario, uno de los muchos sobrinos de Sixto, ganó ocho mil ducados jugando con otro cardenal[98].

Para no perder influencia, los cardenales insistieron, como condición al ser elegido Inocencio, en una cláusula que volvía a fijar en 24 su número. Al surgir vacantes, rechazaban a los recién nombrados, lo que vino a limitar el nepotismo de Inocencio. Sin embargo, la presión de los monarcas extranjeros logró imponer algunos candidatos, y entre las primeras selecciones de Inocencio se encontró el hijo natural de su hermano, Lorenzo Cibo. La ilegitimidad era obstáculo canónico al cargo eclesiástico, que Sixto ya había pasado por alto en favor de Cesare, hijo del cardenal Borgia, a quien ayudó a empezar a subir por la jerarquía eclesiástica desde los siete años. Legitimar a un hijo o sobrino llegó a ser cosa de rutina para los seis papas renacentistas: otro principio de la Iglesia pisoteado.

De los pocos nombramientos que le toleraron, el más notable que hizo Inocencio para el Sacro Colegio fue el del nuevo cuñado de Franceschetto, Giovanni de Médicis, de 14 años, hijo de Lorenzo *el Magnífico*. En este caso, no fue el deseo de Inocencio sino la presión de la gran familia Médicis la que logró el nombramiento, como cardenal, del chiquillo para quien su padre había estado acumulando ricos beneficios desde la infancia. Tonsurado —es decir, consagrado para la vida clerical— a los siete años, Giovanni fue nombrado abate a los ocho años, con el encargo nominal de una abadía conferida por el rey de Francia, y a los once fue nombrado *ad commendam* para la gran abadía benedictina de Monte Cassino, y desde entonces su padre había movido todas sus palancas con objeto de obtener para él un cardenalato, como paso hacia el propio papado. El joven Médicis cumpliría con este destino como el quinto de los seis papas de nuestro relato: León X[99].

León X, por Rafael

Después de plegarse a los deseos de Lorenzo, Inocencio, firme por una vez, insistió en que el niño había de aguardar tres años antes de ocupar su lugar, dedicando el tiempo al estudio de la teología y del derecho canónico. El candidato ya era más docto que la mayoría, pues Lorenzo le había dado una buena educación entre distinguidos tutores y sabios. Cuando por fin, en 1492, Giovanni, a los 16 años, ocupó su lugar de cardenal, su padre le escribió una carta seria y reveladora. Advirtiéndole de las malas influencias de Roma, «ese pozo de todas las iniquidades», Lorenzo pedía a su hijo «actuar de tal manera que convenzas a todos los que te vean, de que el bienestar y el honor de la Iglesia y de la Santa Sede te importan más que nada en el mundo». Tras este insólito consejo, Lorenzo pasa a indicar que su hijo tendrá oportunidades «de estar al servicio de nuestra ciudad y nuestra familia», pero que debe cuidarse de las seducciones del mal en el Colegio de Cardenales, que «en este momento es tan pobre en hombres de valor… Si los cardenales fueran lo que debieran ser, todo el mundo estaría mejor, pues siempre elegirían un buen papa logrando así la paz de la cristiandad[100]».

Aquí, expresado por el gobernante secular más notable del Renacimiento italiano, vemos el meollo del problema. Si los cardenales hubiesen sido hombres dignos, habrían elegido papas más dignos, pero unos y otros eran partes del mismo organismo. Los papas *eran* los cardenales en estos sesenta años, elegidos del Sacro Colegio y que, a su vez, nombraban a cardenales de su misma calaña. La insensatez, en forma de dedicación total a mezquinas y miopes luchas por el poder con perverso descuido de las verdaderas necesidades de la Iglesia, se volvió endémica, pasando como una antorcha de cada uno de los seis papas renacentistas al siguiente.

Si Inocencio fue incapaz, ello se debió en parte a la perpetua discordia de los estados italianos y también de las potencias extranjeras. Nápoles, Florencia y Milán generalmente estaban en guerra en una u otra combinación contra uno u otro de los vecinos pequeños; Génova «no vacilaría en incendiar al mundo», según se quejó el papa, que era genovés[101]; la extensión territorial de Venecia era temida por todos. Roma era el eterno campo de batalla de los Orsini y los Colonna; en los Estados más pequeños surgían a menudo hereditarios conflictos internos de las principales familias. Aunque al subir al trono Inocencio deseó seriamente establecer la paz entre los adversarios, no tuvo la resolución necesaria para lograrlo. La energía a menudo le fallaba por causa de recurrentes enfermedades.

La peor de sus preocupaciones fue una campaña de brutal acoso que periódicamente se convertía en guerra abierta, obra del perverso rey de Nápoles, cuyos motivos no parecen más precisos que simple maldad. Empezó con una insolente demanda de ciertos territorios, se negó a pagar el habitual tributo de Nápoles como feudo papal, conspiró con los Orsini para fomentar los disturbios en Roma y amenazó con recurrir a una arma temida de todos: un Concilio. Cuando los barones de Nápoles se levantaron en rebelión contra su tiranía, el papa se puso de parte de ellos, por lo cual el ejército de Ferrante marchó contra Roma y la sitió, mientras Inocencio buscaba frenéticamente aliados y fuerzas armadas. Venecia se mantuvo apartada, pero permitió al papa contratar a sus mercenarios. Milán y Florencia rechazaron toda ayuda, y por complejas razones —tal vez por el deseo de ver debilitados los Estados papales— optaron por Nápoles. Esto fue antes de que Lorenzo de Médicis, el gobernante florentino, estableciera conexiones de su familia con Inocencio, pero éstas no siempre eran decisivas. En Italia, los socios de un día podían ser los adversarios del día siguiente.

La llamada del papa, pidiendo ayuda extranjera contra Ferrante, despertó interés en Francia, basada en la antigua y ya débil pretensión angevina a Nápoles que, pese a los desastres de previos intentos, la Corona francesa no se decidía a abandonar. La sombra de Francia atemorizó a Ferrante, quien pronto, cuando el sitio de Roma había sumido ya a la ciudad en la desesperación, convino en firmar un tratado de paz. Sus concesiones al papa, que parecieron asombrosas, se comprendieron mejor cuando, más adelante, él las violó todas, repudió el tratado y volvió a la agresión.

Ferrante se dirigió al papa con desprecio e insultos abiertos mientras sus agentes provocaban la rebelión en varios Estados papales. Esforzándose por sofocar levantamientos y conflictos en muchos lugares a la vez, Inocencio vaciló y dio largas a todos los asuntos. Redactó una bula para excomulgar al rey y al reino de Nápoles, pero no se atrevió a emitiría. El enviado de Ferrara informó de comentarios hechos en 1487 sobre «la pusilanimidad, impotencia e incapacidad del papa», que si no eran disipados por alguna muestra de valor, dijo, tendrían graves consecuencias[102]. Éstas fueron evitadas cuando Ferrante, en otra total inversión de política, pareció renunciar a la guerra y ofreció un arreglo amistoso que el papa, pese a todas sus humillaciones, se apresuró a aceptar. Para sellar esta frágil amistad, el nieto de Ferrante se casó con una sobrina de Inocencio.

Tales eran los combates de Italia, pero aunque esencialmente frívolos y hasta disparatados, resultaban destructivos, y el papado no se libró de sus consecuencias. La más grave fue su pérdida de categoría. A lo largo del conflicto con Nápoles, los Estados papales fueron tratados como pariente pobre, y el propio papa con menor respeto, como consecuencia de la insolencia de Ferrante. Unos panfletos distribuidos por los Orsini en Roma pedían el derrocamiento del papa, al que llamaban «marino genovés» que merecía ser arrojado al Tíber[103]. Aumentaron las intrusiones de las potencias extranjeras, violando las prerrogativas papales; las Iglesias nacionales cedían beneficios a personas nombradas por ellas mismas, retenían diezmos, regateaban la obediencia a los decretos papales. La resistencia de Inocencio fue débil.

El papa construyó entonces la célebre *villa* y galería de esculturas en la colina del Vaticano, llamada el Belvedere por su soberbia vista de la Ciudad Eterna, y encargó frescos de Pinturicchio y de Andrea Mantegna, que después han desaparecido, como para reflejar el lugar de su patrón en la historia. Inocencio no tuvo tiempo, fondos ni tal vez interés para muchas otras cosas en el patrocinio de las artes, ni para el apremiante problema de la reforma. Su preocupación en esta esfera se concentró en la menor de sus necesidades: una cruzada.

Cierto es que la opinión pública creía en una cruzada como la gran restauración. Los predicadores que, por invitación, acudían al Vaticano unas dos veces al mes para hablar ante la corte como Oradores Sagrados, invariablemente incluían una cruzada en sus exhortaciones. Era deber del Santo Padre, y parte esencial de su cargo, recordaban al pontífice, establecer la paz entre los cristianos; *Pax-et-Concordia* era el propósito del gobierno pontificio. Poner fin a la lucha entre las naciones cristianas constituía la petición más frecuente de los oradores, invariablemente aunada a un llamado a las armas, a los reyes cristianos, contra los infieles. Sólo cuando se les disuadiera de entablar sus guerras podrían unirse los gobernantes seculares contra el enemigo común, el Turco, la «Bestia del Apocalipsis», en palabra de Nicolás de Cussa, «el enemigo de toda naturaleza y humanidad[104]». Se decía que una guerra ofensiva contra los turcos sería la mejor defensa de Italia. Se podrían recuperar Constantinopla y los Santos Lugares, y los otros territorios cristianos perdidos.

La unidad religiosa de la humanidad bajo el cristianismo era el objetivo último, y también esto imponía la derrota del sultán. Toda esta empresa elevaría a la Iglesia por encima de todo pecado e iniciaría —o bien remataría— la reforma.

Inocencio hizo grandes esfuerzos por lanzar a las potencias a una cruzada, como lo había hecho Pío II aun más devotamente, cuando todavía estaba fresca la impresión de la caída de Constantinopla. Y, sin embargo, la misma deficiencia que hizo vanos los esfuerzos de Pío y de otros antes de él, la desunión entre las potencias europeas, no inferior a la existente entre los príncipes de Italia, siguió viva. Pío había escrito: «¿Qué poder mortal sería capaz de poner en armonía a Inglaterra y Francia, genoveses y aragoneses, húngaros y bohemios?»[105]. Ni el papa ni el emperador podían ejercer ya una supremacía. ¿Quién, entonces, podría persuadir a potencias discordantes y hasta hostiles a que participaran en una empresa común? Sin un mando general y una sola disciplina, todo ejército lo bastante grande para ser poderoso se disolvería en su propio caos. Por encima de estas dificultades, faltaba un impulso más fundamental: no la defensa, sino la ofensiva y una fe agresiva habían inspirado las primeras cruzadas. Desde entonces, la Guerra Santa había perdido toda credibilidad, cuando el comercio con los infieles era lucrativo y los Estados italianos negociaban regularmente la ayuda del sultán contra uno u otro de ellos.

Sin embargo, Inocencio, sobre la base de lo que creyó que era el consentimiento del emperador, anunció una cruzada en la bula de 1486, decretando al mismo tiempo un diezmo a todas las iglesias, beneficios y personas eclesiásticas de todos los rangos, que acaso fuera su verdadero propósito. Al año siguiente, logró convocar a un congreso internacional en Roma, que pasó por todas las mociones de planear objetivos, hablar de estrategia, designar las vías de acceso, los comandantes y las dimensiones de los contingentes de cada nación. A la postre, ninguna fuerza se reunió, y mucho menos partió de las costas de Europa. Este fracaso se ha atribuido al conflicto civil que estalló en Hungría y a una renovada disputa entre Francia y el Imperio, pero éstos no son más que pretextos para la falta de impulso. Ninguna Guerra Santa serviría para glorificar al pontificado de Inocencio. En cambio, mediante un giro inverso, el papado llegó a un acomodo antinatural con el enemigo del cristianismo en el notable caso del príncipe Djem.

Djem, hermano del sultán y pretendiente vencido pero aún peligroso, al trono otomano, se había librado de la venganza fraternal y se había refugiado, entre gente de la otra fe, los Caballeros de San Juan, en Rodas. La orden de los Caballeros, aunque originalmente fundada para combatir al infiel, tuvo suficiente criterio para reconocer en Djem a un valioso aliado y llegar a un acuerdo con el sultán, manteniendo a Djem fuera de toda acción beligerante a cambio de un subsidio anual de 45 mil ducados. El Gran Turco, como llegó a ser conocido Djem, al mismo tiempo se convirtió en influencia codiciada por todos. Venecia y Hungría, Francia y Nápoles, y desde luego el papado, contendieron por él. Tras una temporal estadía en Francia, Djem fue conquistado por el papa, junto con su subsidio, al precio de dos

cardenalatos: uno para el gran maestro de Rodas y otro para un candidato del rey de Francia[106].

La intención de Inocencio era emplear a Djem como medio de guerra contra el sultán, sobre un vago entendimiento de que si era ayudado a conquistar el trono por los cristianos, Djem retiraría de Europa las fuerzas turcas, incluso de Constantinopla. Aun si esto hubiese sido creíble, no está claro cómo remplazar a un musulmán por otro constituía una Guerra Santa.

Al llegar el Gran Turco a Roma en 1489 fue recibido con honores reales, suntuosos presentes, el blanco palafrén del papa como su montura y una escolta por Franceschetto al Vaticano. Un gentío entusiasta, si bien desconcertado, atiborraba las calles a su paso, en la creencia de estar contemplando la realización de la familiar profecía de que el sultán vendría a Roma a vivir con el papa, lo que anunciaría la llegada de una paz universal. El papa y los cardenales recibieron en audiencia al huésped, hombre alto, con turbante blanco, de sombrío aspecto, que sólo a veces echaba miradas ardientes entre sus ojos entornados. Fue albergado con su séquito en los apartamentos del Vaticano reservados a huéspedes reales y «se le dieron pasatiempos de todas clases, como casa, música, banquetes y otras diversiones[107]». De este modo, el Gran Turco, hermano de la «Bestia del Apocalipsis», moró en los alojamientos del papa, corazón de la cristiandad.

Las maniobras diplomáticas continuaban en torno suyo. El sultán, temiendo una ofensiva cristiana encabezada por Djem, inició aperturas ante el papa, mandó enviados, y como presente, una preciosa reliquia cristiana, la Lanza Sagrada que, supuestamente, había perforado el costado de Cristo en la cruz, y que fue recibida con inmensas ceremonias en Roma. La presencia de su hermano, bajo custodia papal, sirvió al menos para contener al sultán, mientras Djem vivió, de volver a atacar territorios cristianos. Hasta ese grado, Inocencio logró algo, pero perdió más. El público en general quedó asombrado por aquella relación, y la posición del papa se vio comprometida en la mente del público, por la deferencia mostrada al Gran Turco.

Las enfermedades de Inocencio se volvieron más frecuentes hasta que su fin se hizo obvio en 1492. Convocando a los cardenales a su lecho de muerte, les pidió perdón por sus fallas y los exhortó a buscar un mejor sucesor[108]. Su último deseo fue tan vano como su vida. El hombre al que los cardenales eligieron para la silla de San Pedro estuvo tan cerca del príncipe de las tinieblas como puede estarlo un ser humano.

3. Depravación: Alejandro VI, 1492-1503

Cuando Rodrigo Borgia tuvo 62 años, después de 35 como cardenal y vicecanciller, su carácter, sus hábitos, sus principios —o falta de ellos—, empleo del poder, método de enriquecimiento, mancebas y siete hijos eran lo bastante conocidos de sus colegas en el Colegio y la curia para evocar al joven Giovanni de Médicis, en su primer cónclave, este comentario, al subir Borgia al papado: «Huid, estamos en manos de un lobo[109]». Para el vasto círculo de los príncipes de Italia y los gobernantes de España, —tierra natal de Borgia— y aun por su reputación en el exterior, el hecho de que, aunque culto y hasta simpático, fuese absolutamente cínico y amoral no era ningún secreto ni sorpresa, aunque la fama de su depravación aún no era lo que llegaría a ser. Su marco mental era absolutamente temporal: para celebrar la expulsión de los moros de España en 1492, el año de su elección, no organizó un Te Deum, de acción de gracias, sino una corrida de toros en la Plaza de San Pedro, en que se mataron cinco toros[110].

Alejandro VI, por Pinturicchio, en un fresco de la Resurrección de Cristo, en los Aposentos Borgia del Vaticano.

Después de servir a cinco papas y perder la última elección, Borgia no estaba dispuesto, esta vez, a dejar pasar la tiara. Simplemente compró, con todo el descaro,

el papado, a sus dos rivales más importantes, los cardenales Della Rovere y Ascanio Sforza. Este último, que prefería las monedas a las promesas, se dejó convencer mediante la llegada de cuatro mulas cargadas de lingotes de oro que fueron enviadas desde el palacio de Borgia hasta el de Sforza durante el cónclave, aunque, supuestamente, éste debía celebrarse en una cámara[111]. En años posteriores, al hacerse más conocidos los hábitos del papa, se empezaron a murmurar, y a creer, casi cualesquier monstruosidades acerca de él, y esta caravana de mulas acaso fuera uno de estos rumores. Y, sin embargo, ello tiene una credibilidad inherente, ya que se habría necesitado mucho para convencer a un rival tan rico como Ascanio Sforza, quien, además, recibió la vicecancillería.

El propio Borgia se había beneficiado de nepotismo, pues fue nombrado cardenal a los 26 años por su tío, el viejo papa Calixto III, elegido a los 77 años, cuando ciertas muestras de senilidad indicaron que pronto habría que elegir otro papa[112]. Sin embargo, Calixto tuvo tiempo suficiente para recompensar con la vicecancillería a su sobrino, por haber recuperado ciertos territorios de los Estados papales. Con los ingresos de sus cargos papales, de tres obispados que ocupaba en España y de abadías de España e Italia, de un estipendio anual de ocho mil ducados como vicecanciller y seis mil como cardenal y de sus operaciones privadas, Borgia amasó una riqueza suficiente para que, a lo largo de los años, fuese el miembro más rico del Sacro Colegio. En sus primeros años como cardenal ya había adquirido lo suficiente para construirse un palacio con logias de tres pisos en torno de un patio central donde él vivía entre un suntuoso mobiliario tapizado de satín rojo y terciopelos con bordados en oro, alfombras, salones en que colgaban tapetes de gobelinos, vajillas de oro, perlas y sacos de monedas de oro de las que, según fama, él se jactaba que tenía suficiente para llenar la capilla Sixtina. Pío II comparó esta residencia con la Casa de Oro de Nerón, que en un tiempo se levantara no lejos de allí.

Decíase que Borgia nunca había faltado a un consistorio, las reuniones de negocio de los cardenales, en 35 años, salvo cuando estaba enfermo o lejos de Roma. No había nada en las funciones y oportunidades de la aristocracia papal que él no captara. Inteligente y enérgico, había fortificado los caminos de acceso a Roma y, como legado de Sixto, había cumplido con la compleja tarea de convencer a los nobles y a la jerarquía de España de que apoyaran el matrimonio de Fernando e Isabel y la fusión de sus reinos. Es probable que fuese el más hábil de los cardenales. Alto y robusto, cortés, su apariencia era digna y hasta majestuosa; le encantaban las finas ropas de tafetán color violeta y terciopelo color carmesí, y se fijaba mucho en las apropiadas dimensiones de las bandas de armiño[113].

Según lo describieron sus contemporáneos, habitualmente se mostraba sonriente, de buen humor, hasta alegre, y le gustaba «hacer cosas desagradables de un modo agradable[114]». Orador elocuente, muy leído, era ingenioso y «se esforzaba por brillar en la conversación[115]» tenía «brillante habilidad conduciendo los

asuntos[116]», combinaba el celo con la propia estimación y el orgullo español y tenía un don asombroso para ganarse el afecto de las mujeres, «atraídas a él más poderosamente que el hierro por un imán[117]», lo que parece indicar que dejaba sentir fuertemente cuánto las deseaba. Otro observador dice, un tanto innecesariamente, que «comprendía perfectamente las cuestiones de dinero[118]».

Siendo un joven cardenal, Borgia había tenido un hijo y dos hijas, de madres cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, y después de más de 40 años, otros tres hijos y una hija[119], de su reconocida amante, Vanozza de Cataneis, quien, decíase, había seguido a su madre en ese papel[120]. Todos ellos formaban su familia reconocida. Borgia logró adquirir para su hijo mayor, Pedro Luis, el ducado de Gandía en España y el compromiso matrimonial con una prima del rey Fernando. Cuando Pedro murió joven, su título, sus tierras y su novia pasaron a su hermanastro Juan, el favorito de su padre, destinado a una muerte del tipo que haría célebre el apellido Borgia. César y Lucrecia, los dos célebres Borgia que ayudaron a que el nombre cobrara esta celebridad, eran hijos de Vanozza, junto con Juan y otro hermano, Jofre. La paternidad de un octavo hijo llamado Giovanni, que nació durante el papado de Borgia, parece haber sido algo incierto, aun dentro de la familia. Dos sucesivas bulas papales lo legitimaron como hijo de César, y luego del propio papa, aunque la opinión pública lo consideró como hijo bastardo de Lucrecia[121].

Fuese para darse un velo de respetabilidad, o por el placer de hacer cornudos, a Borgia le gustaba que sus amantes tuvieran maridos, y dispuso dos sucesivos matrimonios para Vanozza mientras era su amante, y otro para su sucesora, la bella Julia Farnesio. A los 19 años, con un cabello dorado que le llegaba a los pies, Julia fue casada con un Orsini en el palacio de Borgia y casi al mismo tiempo se hizo amante del cardenal. Aunque una vida privada licenciosa no fuera ningún escándalo en el alto Renacimiento, la relación entre un anciano, como se le consideraba a los 59 años, y una muchacha cuarenta años más joven resultó verdaderamente ofensiva para los italianos, tal vez porque la consideraran antiartística. Tema de chistes atrevidos, esto ayudó a empañar la reputación de Borgia.

Al ser Borgia elegido papa, el lamentable tráfico que le había valido el trono se volvió conocimiento común, por la furia del decepcionado Della Rovere y sus partidarios. El propio Borgia abiertamente se jactaba de ello. Éste fue un error, porque la simonía era pecado oficial, que daría armas a los enemigos del nuevo papa, las cuales no tardarían en emplear. Mientras tanto, Alejandro VI, como ahora se llamaba, atravesó Roma en una esplendente ceremonia para ser coronado en la basílica de San Juan de Letrán, rodeado por trece escuadrones de caballería, 21 cardenales, cada uno con un séquito de doce, y embajadores y nobles dignatarios que competían en la magnificencia de su atuendo y en la ornamentación de sus cabalgaduras. Las calles estaban decoradas con guirnaldas de flores, arcos de triunfo, estatuas vivas, formadas por jóvenes desnudos, cubiertos de polvo de oro, y

estandartes con el escudo de los Borgia: un toro rojo rampante, en campo de oro[122].

En este punto, pudo sentirse que la sombra de Francia iba alargándose sobre Italia, anunciando ya la época de las invasiones extranjeras que acelerarían la decadencia del papado y someterían Italia a un dominio externo. La península se vería asolada durante los siguientes sesenta años, quebrantada su prosperidad, perdería territorios, vería disminuir su soberanía y se aplazarían cuatrocientos años las condiciones favorables a la unidad italiana: todo ello por ninguna ventaja permanente para ninguno de los bandos en cuestión. Italia, fragmentada por las incesantes guerras civiles de sus príncipes, era blanco vulnerable e invitador. También era envidiada por sus tesoros urbanos, aun si la región no era tan tranquila, fértil, comercialmente próspera y noblemente adornada como en la célebre descripción de su patria hecha por Guicciardini poco antes de la penetración extranjera. Ninguna necesidad económica causó las invasiones, pero la guerra seguía siendo la actividad ya presupuesta de la clase gobernante; indemnizaciones e ingresos que podían esperarse de territorios conquistados serían su fuente de lucro, así como fuente del pago de los costos de la campaña misma. También puede ser que, así como las primeras cruzadas medievales fueron una vía de escape para la agresividad de los nobles, las campañas de Italia simplemente representaban un modo de expansión nacionalista. Francia se había recuperado de la Guerra de los Cien Años, España había expulsado finalmente a los moros, adquiriendo, en el proceso, su cohesión nacional. Italia, bajo su cálido sol, dividida contra sí misma, era lugar atractivo para una agresión.

En Italia, el escándalo de la elección de Alejandro había debido sugerirle que sería útil dedicar cierto tiempo y reflexión al gobierno religioso. En cambio, se dedicó inmediatamente a reparar sus alianzas políticas. Casó a su hija Lucrecia con un Sforza y a su hijo Jofre con una nieta del belicoso rey de Nápoles, y en su primer año como papa ensanchó el Sacro Colegio, causando la rabia y el resentimiento de los cardenales de la oposición que, como partidarios conocidos de Della Rovere en el cónclave, no habían compartido con él la célebre lluvia de oro. Prevaleciendo contra una enconada resistencia, Alejandro nombró once nuevos cardenales, entre ellos a Alejandro Farnesio, hermano de su manceba, retoño de la familia de los De Este, de quince años, y a su propio hijo César, cuya falta de disposición para una carrera eclesiástica fue tan obvia que pronto renunció a ella, a cambio de las ocupaciones, más gratas a él, de la guerra, el asesinato y habilidades similares. Los demás habían sido cuidadosamente seleccionados para complacer a todas las potencias, uno por cada una: el Imperio, Francia, Inglaterra, España, Hungría, Venecia, Milán y Roma, entre ellos varios hombres piadosos y cultos[123]. Estos recién llegados consolidaron el dominio de Alejandro sobre el Colegio, haciendo que Della Rovere, al enterarse de los nombramientos, profiriera «una gran exclamación[124]» y cayera enfermo.

Alejandro acabaría por nombrar un total de 43 cardenales[125], entre ellos 17 españoles y cinco miembros de su propia familia; la suma exacta que cada cual pagó por su capelo fue minuciosamente registrada por Burchard en su diario.

El creciente desinterés del papado en la religión en los 50 años anteriores, su desprestigio y aversión a toda reforma dieron nuevo impulso a los planes franceses de invasión. En el debilitamiento general de la autoridad del papa y sus ingresos, causado por la succión de las iglesias nacionales en el siglo anterior, la Iglesia francesa había conquistado una considerable autonomía. Al mismo tiempo, se veía perturbada por la corrupción eclesiástica en su propio reino. Unos predicadores tronaban contra esta decadencia en encendidos sermones, los críticos más serios la estudiaban, se celebraban sínodos para proponer medidas de reforma… todo ello sin mucho efecto práctico. En aquellos años, escribió un francés, la reforma era el tema más frecuente de conversación[126]. En 1493, cuando se discutía la campaña en que la Corona francesa reclamaría Nápoles, Carlos VIII nombró a una comisión, en Tours, que debía preparar un programa que validaría su marcha por Italia[127] como una cruzada en pro de la reforma, con la intención sobreentendida, si no explícita, de convocar a un Concilio para deponer a Alejandro VI por motivos de simonía[128]. Ésta no fue idea espontánea del rey. Éste, un pobre hombre desgarbado, del decrépito linaje de los Valois, con la cabeza llena de sueños de gloria caballeresca y cruzadas contra los turcos, había añadido la reforma religiosa a sus preocupaciones, bajo la influencia del cardenal Della Rovere que, en su incontenible odio a Alejandro, había ido a Francia con el propósito expreso de combatirlo[129]. Insistió, ante el rey, en que había que deponer a un papa «tan lleno de vicios, tan abominable a los ojos del mundo», para poder elegir a un nuevo papa[130].

Precisamente esta acción, iniciada por los cardenales, contando con el apoyo de Francia, había causado el cisma de reciente memoria, y nada, en la historia del cristianismo, había causado un daño tan irreparable a la Iglesia. Que Della Rovere y su bando pudiese pensar siquiera en una repetición, cualesquiera que fuesen los crímenes de Alejandro, era simple irresponsabilidad, apenas explicable, salvo por efecto de la locura que parecía haberse adueñado de cada uno de los príncipes renacentistas de la Iglesia.

Alejandro tenía buenas razones para temer a la influencia de Della Rovere sobre el rey de Francia, especialmente si dirigía la confusa mente real hacia una reforma de la Iglesia. Según Guicciardini, que no fue ningún admirador de los papas, la reforma era para Alejandro un pensamiento «terrible, más que ningún otro[131]». Considerando que, con el paso del tiempo, Alejandro envenenó, aprisionó o de alguna otra manera anuló a sus adversarios más peligrosos, incluso cardenales, resulta asombroso que no metiese a prisión a Della Rovere, pero su enemigo y sucesor ya era demasiado conocido, y además, tuvo buen cuidado de permanecer fuera de Roma y de convertir su residencia en una fortaleza.

Los informes llegados de Francia pusieron a los Estados italianos en frenética conmoción, combinándose y recombinándose, como preparativos para resistir al extranjero… o, de ser necesario, para unírsele. La gran pregunta para los dirigentes papales y seculares era si podría obtenerse una mayor ventaja poniéndose del lado de Nápoles o de Francia. Ferrante de Nápoles, cuyo reino era el objetivo de los franceses, corrió a establecer tratos y contratos con el papa y los príncipes, pero, como conspirador durante toda su vida, no pudo contenerse de socavar, en secreto, sus propias alianzas. Sus esfuerzos le llevaron a la muerte al cabo de un año, y fue sucedido por su hijo Alfonso. Una mutua desconfianza movía a sus vecinos, mientras se entregaban (como lo escribió George Meredith, en un contexto muy distinto) a «entregarse a vanidades, congregarse en absurdos, planear con miopía y conjurarse en forma demencial[132]».

La decisión de Milán que precipitó la invasión francesa puede calificarse así, en todos aspectos. Empezó con una queja a Ferrante, de su nieta Isabela, hija de Alfonso y esposa del legítimo heredero de Milán, Gian Galeazzo Sforza, de que ella y su esposo estaban siendo privados de su puesto legítimo, y quedando subordinados en todo al regente, Ludovico *el Moro* y su mujer, muy capaz, Beatriz de Este. Ferrante respondió con tan furiosas amenazas que convenció a Ludovico de que su regencia (a la que no tenía intenciones de renunciar) estaría más segura deponiendo a Ferrante y a su familia. Ludovico estableció una alianza con los inconformes barones de Nápoles que compartían sus ideas y, para asegurarse el resultado, invitó a Carlos VIII a entrar en Italia y establecer sus derechos sobre el trono napolitano[133]. Esto implicaba correr un grave riesgo, porque la monarquía francesa, por el linaje de Orleans, tenía mayores derechos a Milán que a Nápoles, pero Ludovico, aventurero de corazón, confió en que se podría contener esta amenaza. Esto resultaría un error, según lo probaron los hechos.

Por tales motivos y cálculos, Italia quedó abierta a la invasión, aunque ésta, en el último momento, estuvo a punto de frustrarse. Los consejeros de Carlos, desconfiando de la empresa, causaron tantas preocupaciones al rey, subrayando las dificultades que le esperaban y la falta de palabra de Ludovico y de los italianos en general, que Carlos contuvo su ejército cuando ya se había puesto en marcha. La oportuna aparición de Della Rovere, ferviente en sus exhortaciones, reanimó su entusiasmo. En septiembre de 1494, un ejército francés de 60 mil hombres atravesó los Alpes llevando consigo, en palabras de Guicciardini, que por una vez no exageró, «la semilla de innumerables calamidades[134]».

Al comienzo, casi cediendo al pánico, Alejandro, después de vacilar, entró en una liga de defensa con Florencia y Nápoles, que se deshizo casi en cuanto se había hecho. Florencia defeccionó, por una crisis de nervios de Pedro de Médicis, el hijo mayor de Lorenzo *el Magnífico*, quien había muerto dos años antes. Desfalleciendo de súbito ante el enemigo, Pedro entró en negociaciones secretas para entregar su ciudad a los franceses. Después de este triunfo en Florencia, el ejército de Carlos

continuó avanzando sin resistencia hacia Roma, donde el papa, después de desesperadas negociaciones para no tener que recibirlo, sucumbió ante un poder superior. El ejército invasor desfiló por Roma, tardando seis horas en pasar, en interminable peregrinación de hombres de caballería y de infantería, arqueros y ballesteros, mercenarios suizos con alabardas y lanzas, caballeros en armadura, guardias reales que llevaban mazas de hierro al hombro, seguidos todos por el temible rumor de 36 cañones que rodaban sobre el empedrado[135]. La ciudad se estremeció. «Las requisiciones son terribles», informó el enviado de Mantua, «innumerables los asesinatos, no se oyen más que quejas y llanto. En todos los recuerdos humanos, la Iglesia nunca se había encontrado en tan desesperada situación[136]».

Las negociaciones entre los vencedores y el papado transcurrían febrilmente. Aunque obligado a abandonar Nápoles y entregar al príncipe Djem (que poco después murió, vigilado por los franceses), Alejandro se mantuvo firme contra dos demandas: se negó a entregar el Castel Sant'Angelo a manos francesas, y a investir formalmente a Carlos con la corona de Nápoles. Bajo la presión en que se encontraba Alejandro, esto requirió fuerza de carácter, aun si tuvo que ceder a los franceses el derecho de paso a Nápoles, recorriendo el territorio papal. El único tema que no se tocó durante todas las sesiones fue la reforma. Pese a constante estímulo del cardenal Della Rovere y su bando, el vacilante y desconcertado rey de Francia no era hombre que impusiera un Concilio, fomentara la reforma o depusiera a un papa. Ese cáliz pasó de los labios de Alejandro; lo dejaron en su trono. Los franceses siguieron adelante hacia Nápoles, sin entablar combate; la única violencia fue la de su propio saqueo y la brutalidad que mostraron en los lugares que fueron tomando en el camino. El rey Alfonso evitó la crisis abdicando e ingresando en un monasterio; su hijo Ferrante II arrojó su espada y huyó.

La realidad de la presencia francesa en el sur de Italia galvanizó al menos una unión de resistencia, iniciada por España. El rey Fernando, determinado a no permitir que los franceses dominaran Nápoles, que España codiciaba, indujo al emperador Maximiliano, que ya temía la expansión francesa, a unirse a él, ofreciendo como cebo a su hija Juana en un matrimonio, que sería de grandes consecuencias, con Felipe, hijo de Maximiliano. Con España y el Imperio como aliados, el papado y Milán pudieron volverse contra Francia. Y cuando también Venecia ingresó, pudo surgir una combinación llamada la Liga de Venecia, después llamada la Liga Santa, en 1495, causando que los franceses, que se habían hecho aborrecer en Nápoles, temieran verse aislados en la bota de Italia. Después de abrirse paso combatiendo en Fornovo, en la Lombardía, única batalla de toda la campaña, combate confuso, sin efectos decisivos, volvieron a Francia. Alfonso y su hijo pronto reaparecieron para seguir gobernando Nápoles.

Aunque nadie, y Francia menos que nadie, obtuvo ventajas de esta aventura, si bien insensata, las grandes potencias, sin desanimarse por los malos resultados,

volvieron una y otra vez a la misma arena, para competir por el cuerpo de Italia. Desde entonces, ligas, guerras, batallas, una confusa diplomacia y alineaciones cambiantes se sucedieron unas a otras hasta culminar en un clímax feroz: el Saco de Roma, en 1527, por tropas españolas e imperiales. Cada giro y maniobra de las guerras de Italia de estos 33 años ha sido devotamente seguido y exhaustivamente registrado en los libros de historia, muy por encima del interés general que puedan ofrecer hoy. La importancia de los detalles en los anales permanentes de la historia es virtualmente nula, salvo como estudio de la capacidad humana para el conflicto. Hubo ciertas consecuencias históricas, algunas importantes y otras menores pero memorables: los florentinos, indignados por la rendición de Pedro, se levantaron contra él, depusieron a los Médicis y declararon una república; el matrimonio entre España y los Habsburgos produjo al futuro emperador Carlos V como factor decisivo del siglo siguiente; Ludovico el Moro, el hombre violento de Milán, pagó su locura en una prisión francesa, donde murió; en Pavía, en la batalla más famosa de todas estas guerras, un rey de Francia, Francisco I, cayó preso y alcanzó la inmortalidad en los libros de citas, diciendo «Todo se ha perdido menos el honor».

Por lo demás, las guerras italianas son significativas por sus efectos sobre la futura politización y decadencia del papado. Adoptando el mismo bando que cualquier Estado secular, entrando en tratos y alianzas, reuniendo ejércitos y combatiendo, llegó a absorberse tanto en las cosas que son del César, con el resultado de que simplemente se le percibió como secular: factor que haría posible el Saco de Roma. En proporción con su concentración en el reino del César, los papas tuvieron menos tiempo o preocupación por las cosas de Dios. Dedicados continuamente a los *quid pro quos* de una alianza a otra, descuidaron más que nunca los problemas eternos de la Iglesia y la comunidad religiosa y casi no advirtieron las señales de la inminente crisis en su propia esfera.

En Florencia, a partir de 1490, las frenéticas prédicas del fraile dominico Girolamo Savonarola, prior de San Marcos, fueron una voz de alarma religiosa que Alejandro desatendió durante siete años, mientras aquélla se adueñaba de toda una ciudad y encontraba ecos por toda Italia[137]. Savonarola no fue tanto un predecesor de Lutero cuanto el tipo de fanático y azote del pecado que puede surgir en cualquier tiempo difícil y que conmueve a la chusma con su fanatismo. Representó a su propia época, ya que su impulso procedió de su indignación ante el rebajamiento y corrupción de la Iglesia, y su afán de una reforma que consideraba necesaria para reabrir el camino del cielo por medio de un clero purificado. Su profecía, de que la reforma iría seguida por un periodo de felicidad y bienestar para toda la cristiandad, ejercía gran atractivo. No predicando ni la reforma doctrinaria ni la separación de Roma, lanzó su ira contra los pecados del pueblo y del clero, cuya fuente encontraba en la perversidad de los papas y de la jerarquía. Sus censuras y profecías apocalípticas, según Pico della Mirandola, «causaban tanto terror, alarma, sollozos y

lágrimas que todos deambulaban por la ciudad como atontados, más muertos que vivos[138]». Su profecía de que Lorenzo *el Magnífico* e Inocencio VIII morirían en 1492, como en breve ocurrió, le dio un poder aterrador[139]. Por inspiración suya se hacían hogueras en que muchedumbres, con sollozos e histeria, arrojaban allí sus objetos valiosos y de lujo, sus cuadros, paños y joyas. Lanzó a bandadas de niños a buscar por la ciudad objetos de «vanidad» que debían quemarse. Pidió a sus seguidores reformar sus propias vidas, renunciar a las fiestas y juegos profanos, a la usura y a las *vendettas*, y restaurar la observancia religiosa.

Cuando mayor era la indignación de Savonarola, era al fustigar a la Iglesia. «Papas y prelados hablan contra el orgullo y la ambición y están hundidos en ellos hasta las orejas. Predican la castidad y tienen mancebas… sólo piensan en el mundo y en las cosas mundanas. No les preocupan las almas». Han convertido a la Iglesia en «casa de infamia… una prostituta que se sienta en el trono de Salomón y llama a los transeúntes. Todo el que puede pagar entra y hace lo que quiere, pero el que desea bien es echado a la calle. Así, oh Iglesia prostituida, has revelado tus abusos ante los ojos del mundo entero y tu aliento emponzoñado sube a los cielos[140]».

Que hubiera algo de verdad en estas palabras no excitaba a Roma, acostumbrada, de tiempo atrás, a las censuras de fanáticos. Sin embargo, Savonarola llegó a volverse peligrosamente político, cuando saludó a Carlos VIII como instrumento de la reforma enviada por el Señor, «como yo lo predije hace tiempo», para curar los males de Italia y reformar la Iglesia[141]. Defender a los franceses fue su error fatal, pues se convirtió en amenaza para los nuevos gobernantes de Florencia, y se hizo notar, con desagrado, por el papa. Aquéllos exigieron su supresión, pero Alejandro, deseoso de evitar un escándalo popular, sólo entró en acción cuando las demandas de Savonarola contra él mismo y contra la jerarquía se hicieron imposibles de pasar por alto, especialmente cuando Savonarola llamó a un Concilio para deponer al papa por motivos de simonía.

Al principio, Alejandro trató de acallar discretamente a Savonarola, tan sólo impidiéndole predicar, pero los profetas que sienten que llevan dentro la voz de Dios no son fáciles de silenciar. Savonarola desafió la orden diciendo que Alejandro, por sus crímenes, había perdido su autoridad de Santísimo Padre y «ya no es cristiano. Es un infiel, un hereje y como tal ha dejado de ser papa[142]». La respuesta de Alejandro fue la excomunión, que Savonarola no tardó en desafiar dando la comunión y celebrando misa. Alejandro ordenó entonces a las autoridades florentinas acallar ellas mismas al predicador, amenazando con excomulgar a toda la ciudad. El sentimiento público se había vuelto ya contra Savonarola debido a una prueba de fuego a la que fue arrastrado por sus enemigos, y que él no pudo sostener. Encarcelado por las autoridades de Florencia y torturado para arrancarle una confesión de engaño, torturado nuevamente por examinadores papales que trataban de arrancarle una confesión de herejía, fue entregado para su ejecución por el brazo secular. Entre silbidos y chirigotas de la multitud, fue ahorcado y quemado en 1498. El trueno había sido acallado, pero quedó la hostilidad a la jerarquía que aquél había hecho sonar.

Los predicadores itinerantes, ermitaños y frailes tomaron el mismo tema. Algunos fanáticos, algunos locos, todos tenían en común su disgusto con la Iglesia y respondían a un vasto sentimiento público. Todo el que adoptara como misión el predicar la reforma estaba seguro de encontrar oídos ávidos. No eran un fenómeno nuevo. Como forma de entretenimiento para el pueblo común, una de las pocas que éste tenía, los predicadores laicos y los frailes predicadores solían, de tiempo atrás, ir de una ciudad a otra, atrayendo a enormes multitudes que escuchaban pacientemente, durante horas, los extensos sermones que aquéllos pronunciaban en las plazas públicas, porque en las iglesias no cabía tanta gente. En 1448, se dijo que hasta quince mil acudieron a oír a un célebre franciscano, Roberto da Lecce, predicar durante cuatro horas en Perusa[143]. Fustigando los males de la época, exhortando a la gente a llevar vidas mejores y abandonar el pecado, los predicadores fueron importantes por la respuesta popular que encontraron. Sus sermones habitualmente terminaban con «conversiones» en masa, y presentes de gratitud al predicador. Una profecía muy frecuente al cambio de siglo fue la del «papa angélico» que iniciaría la reforma, y que iría seguido, como lo prometiera Savonarola, por un mundo mejor. Un grupo de unos veinte discípulos, obreros de Florencia, eligieron a su propio «papa», el cual dijo a sus fieles que, mientras no se realizara la reforma, era inútil ir a la confesión porque no había sacerdotes dignos de este nombre[144]. Sus palabras cundieron, como muestra de un gran cambio que se aproximaba.

Los asuntos de la familia Borgia habían logrado escandalizar a una época acostumbrada a los mayores excesos. Concibiendo que los vínculos matrimoniales con la familia real de Nápoles serían ventajosos, Alejandro anuló el matrimonio de su hija Lucrecia con Giovanni Sforza, para casarla con Alfonso, el heredero de Nápoles. El marido ultrajado, negando ferozmente el cargo de que su boda no se había realizado, resistió al divorcio, fiera y públicamente, pero bajo gran presión política y financiera, organizada por el papa, fue obligado a ceder y hasta a devolver la dote de su esposa. Entre verdaderas bacanales en el Vaticano, Lucrecia fue casada nuevamente, con un joven apuesto al que, según todas las versiones, ella realmente amaba, pero el insulto a los Sforza y la ofensa al sacramento del matrimonio aumentaron el descrédito de Alejandro. Giovanni Sforza vino a acrecentarlo diciendo que Alejandro había sido movido por un deseo incestuoso de su propia hija. Aunque esta versión fuese difícil de sostener, en vista de que ella no tardó en volver a casarse, a esta versión vinieron a añadirse calumnias aún más sucias en torno de Alejandro, que resultaban más creíbles por los vicios de su hijo César.

En el año de la nueva boda de Lucrecia, el mayor de los hijos sobrevivientes del papa, Juan, duque de Gandía, fue encontrado flotando una mañana en el Tíber; su cuerpo mostraba nueve heridas de puñal. Aunque tenía muchos enemigos, gracias a las grandes tajadas de la propiedad papal que su padre le había otorgado, no se identificó ningún asesino. Cuanto más duraron el misterio y los murmullos, más

llegaron las sospechas a centrarse en César, basadas en un supuesto deseo de César de suplantar a su hermano, recibiendo la generosidad paterna, o bien, como resultado de un triángulo incestuoso con hermano y hermana. En el hervidero de los rumores romanos, ninguna depravación parecía excesiva para los Borgia (aunque, desde entonces, los historiadores han absuelto a César del asesinato de su hermano[145]).

Abrumado de pesar —o tal vez atemorizado— por la muerte de su hijo, Alejandro se llenó de remordimientos y cayó en una rara introspección. «El mayor peligro para cualquier papa», dijo ante un consistorio de cardenales, «se encuentra en el hecho que, rodeado como está por aduladores, nunca oye la verdad acerca de su propia persona y acaba por no querer oír de ella[146]». Este mensaje nunca ha sido escuchado por algún autócrata en la historia. En su crisis moral, el papa anunció, además, que el golpe que había sufrido era el juicio de Dios sobre él por sus pecados, y que estaba resuelto a enmendar su vida y reformar la Iglesia. «Empezaremos la reforma con nosotros mismos y luego procederemos por todos los niveles de la Iglesia hasta realizar todo el trabajo». Al punto, nombró una comisión de varios de los cardenales más respetados para establecer un programa, pero aparte de la estipulación de reducir los beneficios plurales, aquello no llegó al fondo del asunto. Empezando por los cardenales, requería la reducción de ingresos, que evidentemente habían subido, hasta seis mil ducados para cada uno; la reducción de sus dependientes a no más de ochenta (al menos doce de los cuales debían estar en las órdenes sagradas) y de los escoltas montados a treinta. Mayor moderación a la mesa, con sólo un platillo hervido y uno asado por cada comida, y el entretenimiento, de músicos y actores, sería remplazado por una lectura de las Sagradas Escrituras. Los cardenales ya no tomarían parte en torneos ni carnavales ni asistirían a teatros seculares ni emplearían a «donceles» variados como sus servidores. Una estipulación, de que habría que romper con todas las concubinas, en los diez días siguientes a la publicación de la bula que encarnaba las reformas, acaso modificara el interés del Santo Padre en el programa. Una nueva provisión, que llamaba a un Concilio para poner en vigor las reformas, bastó para que el papa volviera a la normalidad. La propuesta bula, *In apostolicae sedis specula*, nunca fue emitida, y no volvió a hablarse de reforma[147].

En 1499, los franceses, con un nuevo rey, Luis XII, retornaron, ahora reclamando, por el linaje de Orleans, la sucesión de Milán[148]. Otro clérigo, el arzobispo de Ruán, como principal consejero del rey, era el impulsor de este esfuerzo. Le movía la ambición de ser papa y creía poder alcanzar gran influencia si los franceses se adueñaban de Milán. El papel de Alejandro en la nueva invasión, indudablemente afectado por su experiencia de la última, fue totalmente cínico. Luis había solicitado la anulación de su matrimonio con su esposa, la triste e impedida Juana, hermana de Carlos VIII, para casarse con la mucho más codiciable Ana de Bretaña, viuda de Carlos VIII, para poder unir así, finalmente, su ducado a la Corona de Francia.

Aunque la solicitud de anulación de Luis fue furiosamente condenada por Oliverio Maillard, el finado confesor franciscano del rey, y había causado indignación

en el reino de Francia, que simpatizaba con la reina desdeñada, Alejandro se mostró indiferente a la opinión pública. Vio un medio de llenar de oro sus arcas y de favorecer a César que, habiendo renunciado a su carrera eclesiástica, tenía ambiciones de casar con la hija de Alfonso de Nápoles, residente en la corte francesa. La renuncia —sin precedentes— de César al capelo cardenalicio, que le valió la enemistad de muchos cardenales, provocó en un diarista de los hechos del Vaticano un suspiro que resumió todo el papado renacentista. «Así, ahora, en la Iglesia de Dios, *tutto va al contrario*[149]». A cambio de treinta mil ducados y apoyo al proyecto de César, el papa concedió la anulación solicitada por Luis, más la dispensa de casar con Ana de Bretaña, arrojando un capelo cardenalicio al arzobispo de Ruán, quien se convirtió así en el cardenal de Amboise.

En esta segunda escandalosa anulación y en sus consecuencias, se mezclaron varios tipos de insensatez. Entre un esplendor ducal, César, llevando su dispensa, fue a Francia, donde habló con el rey sobre la proyectada campaña de Milán sobre la base del apoyo papal. La sociedad de Alejandro con Francia, hecha en favor de su hijo, al que ahora describía como más caro para él que nadie en el mundo, enfureció a todo un bando de sus adversarios: los Sforza, los Colonna, los soberanos de Nápoles y, desde luego, España. Actuando a nombre de España, unos enviados portugueses visitaron al papa para censurarle su nepotismo, su simonía y su política hacia Francia que, según afirmaron, ponía en peligro la paz de Italia y, de hecho, toda la cristiandad. También ellos levantaron la amenaza de un Concilio a menos que el papa cambiara de curso. No lo hizo así. Unos severos enviados de España siguieron en la misma misión, ostensiblemente hablando para el bien de la Iglesia, aunque su motivo —frustrar los planes de Francia— era tan político como el de Alejandro. Las conferencias fueron caldeadas; nuevamente se habló, como amenaza, de una reforma por Concilio. Un furioso enviado dijo a Alejandro, en su cara, que su elección era inválida, y nulo su título de papa. A cambio, Alejandro amenazó con hacerle arrojar al Tíber, y censuró al rey y la reina de España en términos insultantes por su intervención[150].

Cuando fracasó la boda de César, por la invencible aversión de la princesa a su pretendiente, la alianza con Francia amenazó con desplomarse, dejando abandonado a Alejandro. Se sintió en tan grande peligro que celebró audiencias acompañado por una guardia armada. Por Roma circularon rumores de que las potencias le retirarían su obediencia, causando así un posible cisma. Sin embargo, el rey de Francia dispuso otro matrimonio para César, con la hermana del rey de Navarra, lo que llenó de regocijo a Alejandro que, a cambio, apoyó las pretensiones de Luis a Milán y se unió a Francia en una liga con Venecia, siempre dispuesta a oponerse a Milán. El ejército francés volvió a cruzar los Alpes, reforzado por mercenarios suizos. Cuando Milán cayó ante su embate, Alejandro expresó estar encantado, pese al odio que esto provocó por toda Europa. Entre guerras y tumulto, los peregrinos que llegaban a Roma para el Año del Jubileo, de 1500, no encontraron seguridad sino, en cambio,

desorden público, asaltos, atracos y asesinatos.

César se había lanzado ahora a una carrera militar para recuperar el dominio de aquellas regiones de los Estados papales que habían estado logrando mayor autonomía[151]. Algunos de sus contemporáneos creyeron que su objetivo era un dominio temporal, quizás un reino para sí mismo en el centro de Italia. El costo de sus campañas fue de inmensas sumas obtenidas de los ingresos papales, que en un periodo de dos meses llegaron a 132 mil ducados: cerca de la mitad del ingreso normal del papado, y en otro periodo de ocho meses, a 182 mil ducados. En Roma era como un soberano, encallecido en la tiranía, un buen administrador ayudado por espías e informantes, fuerte en las artes marciales y capaz de degollar a un toro de un solo tajo. También César amaba las artes, ayudaba a poetas y pintores, y, sin embargo, no vaciló en cortar la lengua y la mano de un hombre que, según le dijeron, había repetido un chiste acerca de él. Un veneciano, del que se suponía que había hecho circular un folleto calumnioso acerca del papa y de su hijo, fue asesinado y arrojado al Tíber. «Cada noche», informó el desolado embajador de Venecia, «se descubren cuatro o cinco hombres asesinados, obispos, prelados y otros, de modo que toda Roma tiembla de miedo de ser asesinada por el duque[152]». Siniestro y vengativo, el duque se deshacía de sus adversarios por los medios más directos, sembrando en su lugar dientes de dragón. Fuese para autoprotección o para ocultar las manchas que le desfiguraban el rostro, nunca salía de su residencia sin llevar una máscara[153].

En 1501, Alfonso, segundo marido de Lucrecia, fue atacado por cinco asaltantes, pero logró escapar, aunque gravemente herido. Mientras era devotamente atendido por Lucrecia, se convenció de que César era el perpetrador y que trataría de matarlo por envenenamiento. Por este temor, Alfonso rechazó a todos los médicos, y, sin embargo, estaba recuperándose, cuando, desde una ventana, vio a su aborrecido cuñado paseándose abajo, en el jardín. Tomando un arco y una flecha, disparó contra César y, fatalmente, falló. Pocos minutos después, fue destrozado por los guardias del duque[154]. Alejandro, tal vez intimidado él mismo por el tigre que había criado, no hizo nada.

La muerte de su yerno no causó grandes remordimientos al papa; antes bien, si hemos de juzgar por el diario de Burchard, esto suprimió sus últimas inhibiciones, si algunas le quedaban. Dos meses después de la muerte de Alfonso, el papa presidió un banquete ofrecido por César en el Vaticano, famoso en los anales de la pornografía, como el *Ballet de las Castañas*, sobriamente registrado por Burchard. Cincuenta cortesanas danzaron después del banquete con los huéspedes, «vestidas al principio, desnudas después». Dispersaron entonces unas castañas entre los candelabros colocados en el piso, «que las cortesanas, a gatas entre los candelabros, recogían, mientras el papa, César y su hermana Lucrecia miraban». Siguieron entonces unos coitos entre invitados y cortesanas, con premios —finas túnicas de seda y capas— a «quienes pudiesen efectuar el acto más a menudo con las cortesanas». Un mes

después, Burchard registra una escena en que llevaron unas yeguas y unos sementales a un patio del Vaticano y se procuró que copularan, mientras, desde un balcón, el papa y Lucrecia, «observaban, riendo a carcajadas, con gran placer». Después siguieron mirando mientras César mataba a todo un grupo de criminales desarmados, a los que, como los equinos, habían llevado al patio[155].

Los gastos del papa agotaron las arcas. El último día del año 1501, Lucrecia, envuelta en brocado de oro y terciopelo carmesí, con armiño y perlas, fue casada por tercera vez con el heredero de los De Este, de Ferrara, en una ceremonia de magnífica pompa seguida por una semana de alegres y suntuosos festivales, fiestas, funciones de teatro, carreras y corridas de toros para celebrar la unión de los Borgia con la familia más distinguida de Italia. El propio Alejandro contó cien mil ducados de oro, ante los hermanos del novio, como dote de Lucrecia[156]. Para financiar tales gastos así como las continuas campañas de César, el papa, entre marzo y mayo de 1503, creó ochenta nuevos cargos en la curia[157], para ser vendidos por 780 ducados cada uno, y nombró nueve cardenales nuevos de un solo golpe, cinco de ellos españoles, recibiendo como pagos por el capelo cardenalicio un total de 120 mil a 130 mil ducados. En el mismo periodo, se obtuvieron grandes riquezas a la muerte del rico cardenal veneciano Giovanni Michele, quien expiró después de dos días de violentos dolores intestinales; generalmente se creyó que César lo había envenenado, por su dinero.

Aquél fue el último año de la vida de Alejandro. Lo rodeaban hostilidades. Los Orsini, con muchos partidarios, habían entablado una larga guerra contra César. Tropas españolas habían desembarcado en el sur y luchaban contra los franceses por el dominio de Nápoles, que poco después conquistarían, estableciendo el dominio español del reino por tres siglos y medio. Los clérigos serios, que se preocupaban por la fe, hablaban insistentemente de un Concilio: un tratado del cardenal Sangiorgio, uno de los nombrados por el propio Alejandro, afirmaba que la continua negativa papal a convocar a un Concilio dañaba a la Iglesia y escandalizaba a todo los cristianos, y si todos los remedios fallaran, los propios cardenales tenían el derecho de convocar a un Concilio[158].

En agosto de 1503, a la edad de 73 años, Alejandro VI murió, no de envenenamiento como inmediatamente se supuso, sino probablemente de susceptibilidad, a su edad, a las fiebres del verano romano. La emoción pública, liberada como por la muerte de un monstruo, se expresó en horribles relatos de un cuerpo negro, hinchado, con la lengua saliendo de una boca babeante, tan horrible que nadie se atrevía a tocarlo, y que hubo que arrastrar por una cuerda atada en torno de los pies[159]. Se dijo que el difunto pontífice había obtenido la tiara mediante un pacto con el diablo, contra el precio de su alma. Las hojas de escándalo, a las que eran muy afectos los romanos, aparecieron cada día en torno del cuello del Pasquino, antigua estatua desenterrada en 1501 que servía a los romanos como lugar donde colgar sus sátiras anónimas.

César, pese a su poderío militar, resultó incapaz de sostenerse sin el apoyo de Roma, donde un viejo enemigo había sucedido a su benévolo padre. Ahora, los dientes del dragón se levantaron contra él. Se rindió en Nápoles, contra la promesa española de un salvoconducto, promesa pronto violada por sus captores, que lo llevaron a una cárcel de España. Habiendo escapado después de dos años, llegó hasta Navarra y ahí murió, en una batalla, al año siguiente.

Tantos habían sido los crímenes de Alejandro, que el juicio de sus contemporáneos solía ser extremoso, pero Burchard, su maestro de ceremonias, no fue ni adversario suyo ni apologista. La impresión que deja su diario, escrito en un tono imparcial, sobre el papado de Alejandro es de continua violencia, asesinatos en las iglesias, cadáveres en el Tíber, lucha de facciones, incendios y saqueos, arrestos, torturas y ejecuciones, combinado todo ello con escándalos, frivolidades y continuas ceremonias: recepción de embajadores, príncipes y soberanos, obsesiva atención al atuendo y a las joyas, protocolo de procesiones, entretenimientos y carrera de caballos en que los cardenales ganaban premios, todo ello con el registro de los costos y finanzas.

Ciertos historiadores revisionistas han simpatizado con el papa Borgia y se han esforzado por rehabilitarlo mediante complicados argumentos para refutar las acusaciones contra él, tildándolas de exageraciones, falsificaciones o chismes o una malicia inexplicable hasta que, a la postre, todo se desvanece en una nube de invenciones. La revisión no puede explicar una cosa: el odio, la repugnancia y el temor que Alejandro había engendrado cuando le llegó la hora de su muerte.

En los libros de historia, el pontificado se detalla mediante guerras y maniobras políticas. Casi no se menciona la religión, salvo alguna diferencia ocasional a la observancia del ayuno en la Cuaresma, por Alejandro, o su preocupación por mantener la pureza de la doctrina católica mediante la censura de los libros. Tal vez lo más indicado sea dejar la última palabra a Egidio de Viterbo, general de los agustinos y figura importante en el movimiento de reforma. En un sermón, dijo que Roma, bajo Alejandro VI, no conoce «Ni ley ni divinidad; reinan el oro, la fuerza y Venus[160]».

4. El guerrero: Julio II, 1503-1513

Así como la tiara papal lo había eludido dos veces, el cardenal Della Rovere ahora la perdió por tercera vez. Su adversario más poderoso, y un contendiente soberbio, era el cardenal francés d'Amboise. También César Borgia que dominaba un sólido grupo de once cardenales españoles, era una tercera fuerza, sombríamente decidida a elegir a un español que fuera su aliado. Fuerzas armadas de Francia, España, de los Borgia, de los Orsini y de varias facciones italianas ejercieron presión en favor de sus diversos intereses, mediante una presencia intimidadora. Dadas las circunstancias, los cardenales se retiraron a su cónclave, dentro de los muros fortificados del castillo Sant'Angelo, y sólo después de alquilar tropas mercenarias para su protección, se trasladaron al Vaticano[161].

Julio II, por Rafael. Detalle de La Misa de Bolsena, un fresco de una de las Estancias de Rafael en el Vaticano. Las dos figuras que hay justo a la derecha de la túnica del Papa representan al Cardenal Raffaele Riario y al Cardenal Suizo Matthäus Schiner.

Hubo muchos que habrían podido ser en esta elección. Una vez más, surgió un papa accidental, cuando los principales candidatos se anularon unos a otros. Los votos españoles fueron anulados por tumultuosos gentíos, que gritaban su odio a los

Borgia, lo que hacía imposible la elección de otro español. D'Amboise fue anulado por las abiertas advertencias de Della Rovere de que su elección resultaría en el traslado del papado a Francia. Los cardenales italianos, aunque abrumadora mayoría del Colegio, se dividieron en apoyo de diversos candidatos. Della Rovere recibió la mayoría de los votos, pero le faltaron dos para alcanzar los dos tercios necesarios. Encontrándose bloqueado, dio su apoyo al piadoso y digno cardenal de Siena, Francesco Piccolomini, cuya avanzada edad y mala salud parecían indicar un breve reinado. En esta situación, Piccolomini fue elegido, y tomó el nombre de Pío III en honor de su tío, el antiguo Eneas Silvio Piccolomini, que había sido Pío II[162].

El primer anuncio público del nuevo papa fue que se dedicaría inicialmente a la reforma, empezando en lo alto, por la corte papal. Hombre culto y leído, como su tío, aunque de temperamento más estudioso y reservado, Piccolomini había sido cardenal durante más de cuarenta años. Activo al servicio de Pío II, pero fuera de lugar en la mundana Roma de los años siguientes, se había quedado en Siena durante los últimos pontificados. Aunque poco conocido, gozaba de una reputación de bondad y castidad, instantáneamente apreciada por el anhelo público de un «buen» papa, que sería lo opuesto de Alejandro VI. El anuncio de su elección provocó tumultos de regocijo popular. Los prelados reformistas se sintieron felices de que por fin el gobierno de la Iglesia se hubiese confiado a un pontífice que era «depósito de todas las virtudes y morada del Espíritu Santo de Dios[163]». Todos están llenos, escribió el obispo de Arezzo, «con las más altas esperanzas de reforma de la Iglesia y el retorno de la paz[164]». La vida religiosa y ejemplar del nuevo papa prometía «una nueva época en la historia de la Iglesia».

Esta nueva época no sería. A los 64 años, Pío III era viejo para su época, y estaba debilitado por la gota. Bajo la carga de audiencias, consistorios y las largas ceremonias de consagración y coronación, fue debilitándose día tras día y falleció, habiendo reinado durante 26 días.

El fervor y la esperanza con que se había recibido a Pío III eran medida del anhelo del cambio, y suficiente advertencia de que un papado que se concentrara en cosas temporales no estaba sirviendo a los intereses fundamentales de la Iglesia. Si esto fue reconocido, tal vez por una tercera parte del Sacro Colegio, éstos no eran más que paja al viento de una sola y feroz ambición. En la nueva elección, Giuliano della Rovere, empleando «inmoderadas y totales promesas[165]», cohecho, cuando fue necesario, y para asombro general, arrastrando a todas las facciones y anteriores adversarios a su propio campo, obtuvo por fin la tiara papal. Fue elegido en un cónclave de menos de 24 horas, el más breve en la historia. Un ego monumental se expresó en el cambio de su nombre, por sólo una sílaba, para recibir el nombre papal de Giulio, o Julio II.

Julio se encuentra entre los grandes papas por causa de sus realizaciones temporales, entre ellas su fértil asociación con Miguel Ángel, pues el arte, después de la guerra, es el gran inmortalizador de reputaciones. Sin embargo, tanto como sus tres

predecesores, se olvidó de los fieles que estaban a su cargo. Sus dos pasiones absorbentes, no motivadas por avaricia personal ni por nepotismo, eran la restauración de la integridad política y territorial de los Estados papales y el embellecimiento de su Sede y perpetuación de sí mismo por medio de los triunfos del arte. Logró importantes resultados en estos esfuerzos que, siendo visibles, han recibido amplia difusión, como suelen hacerlo las marcas visibles de la historia, mientras que el aspecto importante de su reinado, su falta de visión ante la crisis religiosa, ha sido pasado por alto, como suelen, asimismo, pasar las cosas invisibles de la historia. Las metas de su política eran enteramente temporales. Pese a su fuerza dinámica, perdió la oportunidad, como escribió Guicciardini, de «promover la salvación de las almas para las cuales era el vicario de Cristo en la Tierra».

Impetuoso, violento, autocrático, sin escrúpulos, difícil de contener, Julio era un activista, demasiado impaciente para consultar a nadie y casi nunca escuchaba consejos[166]. En cuerpo y alma, informó el embajador de Venecia, «tiene la naturaleza de un gigante. Todo lo que ha estado pensando la noche anterior ha de efectuarse inmediatamente a la mañana, e insiste en hacerlo todo por sí mismo». Ante resistencia u opiniones contrarias, «se muestra sombrío y cambia de conversación o interrumpe al que está hablando con una campanilla que mantiene sobre la mesa cercana[167]». También él padecía de gota, así como de una enfermedad de los riñones y otros achaques, pero ninguna enfermedad del cuerpo contenía su espíritu. Sus apretados labios, el color de su piel, sus «terribles» ojos oscuros, marcaban un temperamento implacable, que no estaba decidido a ceder ante ningún obstáculo. *Terribilità* era la palabra con que los italianos lo describían.

Habiendo quebrantado el poderío de César Borgia, Julio procedió a neutralizar a las facciones de los barones romanos, en guerra, mediante juiciosos matrimonios de los parientes de Della Rovere con Orsinis y Colonnas. Reorganizó y fortaleció la administración papal, mejoró el orden en la ciudad por medio de severas medidas contra los bandidos y los asesinos pagados y duelistas que habían florecido en tiempo de Alejandro. Contrató la Guardia Suiza, protectora del Vaticano, y efectuó giras de inspección por los territorios papales.

Su programa por consolidar el gobierno papal empezó con una campaña contra Venecia para recuperar las ciudades de la Romaña, que Venecia había arrebatado a la Santa Sede, y en esta aventura contó con la ayuda de Francia, en alianza con Luis XII. Emprendió negociaciones, en diplomacia local o multinacional: para neutralizar a Florencia, para comprometer al emperador, para activar a sus aliados, para dislocar a sus adversarios. En sus intereses comunes si bien conflictivos, todos los participantes en las guerras de Italia tenían designios sobre las extendidas posesiones de Venecia, y en 1508 los bandos se fundieron en una coalición llamada la Liga de Cambray. Las guerras de la Liga de Cambray en los cinco años siguientes muestran toda la coherencia lógica de los libretos de ópera. Fueron dirigidos en gran parte contra Venecia hasta que los bandos se volvieron contra Francia. El papado, el

Imperio, y España y un importante contingente de mercenarios suizos tomaron parte en un cambio de alianza tras otro. Mediante una magistral manipulación de las finanzas, la política y las armas, ayudado por la excomunión cuando el conflicto se ponía difícil, el papa logró recuperar, a la postre, los Estados del patrimonio que Venecia había absorbido.

Mientras tanto, y contra todo consejo, la pugnacidad de Julio se extendió a la recuperación de Bolonia y de Perusa, las dos ciudades más importantes del dominio papal, cuyos déspotas, además de oprimir a sus súbditos, virtualmente se desentendían de la autoridad de Roma. Anunciando su intención de ponerse al mando personalmente, y rechazando las escandalizadas objeciones de muchos de los cardenales, el papa asombró a Europa al ponerse a la cabeza de su ejército en su marcha hacia el norte en 1506.

Años de beligerancia, conquistas, pérdidas y violentas disputas le aguardaban. Cuando en el curso normal de la política italiana Ferrara, feudo papal, cambió de bando, Julio, movido por la rabia ante la rebelión y el progreso dilatorio de sus fuerzas punitivas, volvió a ponerse al mando, al frente de su ejército. Con casco y cota de malla, el papa de barba blanca, que acababa de levantarse de una enfermedad, tan cerca de la muerte que se habían tomado ya disposiciones para convocar a un cónclave, dirigió un sitio, entre la nieve, soportando los rigores de un severo invierno[168]. Estableciendo su cuartel general en una choza de campesino, continuamente estaba a caballo, dirigiendo las tropas y las baterías, galopando entre sus soldados, reconviniéndolos o alentándolos y guiándolos personalmente a través de una brecha en la fortaleza. «Ciertamente, era muy insólito ver a un Sumo Sacerdote, el vicario de Cristo en la Tierra… empleado, en persona, en dirigir una guerra excitada por él mismo entre cristianos… y no reteniendo de Pontífice más que el nombre y las ropas[169]».

Los juicios de Guicciardini están imbuidos por su desprecio a todos los papas de su época, pero a muchos otros el espectáculo del Santo Padre como guerrero e instigador de guerras les resultaba desalentador. Los buenos cristianos se escandalizaron.

Julio fue impulsado en esta empresa por su furia contra los franceses que, mediante una larga serie de disputas, se habían vuelto sus enemigos y a los que se había unido Ferrara. El agresivo cardenal d’Amboise, tan resuelto a ser papa como Julio antes que él, había convencido a Luis XII de exigir tres cardenalatos franceses como precio por su ayuda. Contra su voluntad, Julio aceptó por contar con la ayuda francesa, pero las relaciones con su viejo rival se habían enconado, y surgieron disputas. Dijose que las relaciones del papa con la Liga dependían de si su odio a d’Amboise resultaba mayor que su enemistad contra Venecia. Cuando Julio apoyó a Génova en sus esfuerzos por sacudirse el yugo francés, Luis XII, espoleado por d’Amboise, hizo mayores reclamaciones de derechos franceses en la asignación de beneficios. Al extenderse el área de conflicto, Julio comprendió que los Estados

papales nunca quedarían firmemente establecidos mientras los franceses ejerciesen poder en Italia. Habiendo sido antes el «fatal instrumento» de su invasión, ahora dedicó todos sus esfuerzos a expulsarlos. La inversión de su política, que requería todo un nuevo conjunto de alianzas y acuerdos, atemorizó a sus compatriotas y hasta a su enemigo. Luis XII, según dijo Maquiavelo, por entonces enviado florentino en Francia, «está resuelto a reivindicar su honor aun si pierde todo lo que posee en Italia[170]». El rey, vacilando entre la moral y los procedimientos militares, amenazó a veces con «colgar a un concilio del cuello (del papa)» y en otros momentos, con d'Amboise a su lado, amenazó con «conducir un ejército hasta Roma y deponer personalmente al papa[171]». La visión no sólo de triunfar sino remplazar al papa trató al cardenal d'Amboise. También él se había contagiado del virus de la locura… o de la ambición, uno de sus grandes componentes.

En julio de 1510, Julio rompió relaciones con Luis, cerrando la puerta del Vaticano al embajador francés. «Los franceses en Roma», informó alegremente el enviado de Venecia, «salieron a hurtadillas, con aspecto de cadáveres[172]». Julio, por lo contrario, se sintió robustecido por visiones de él mismo obteniendo gloria como libertador de Italia. En adelante, *Fuori i barbari!* (¡Fuera los bárbaros!) fue su grito de batalla[173].

Audaz en su nueva causa, ejecutó una inversión completa para unirse con Venecia contra Francia. Ayudado también por España, siempre deseosa de echar de Italia a los franceses, la nueva combinación, llamada la Liga Santa recibió la adición de los suizos. Reclutados por Julio, en condiciones de subsidio anual, durante cinco años, tenían por comandante al marcial obispo de Sión, Matthäus Schiner[174]. Éste, espíritu afín al del papa, odiaba a sus poderosos vecinos, los franceses, aún más que Julio, y dedicó sus talentos, en cuerpo y alma, a derrotarlos. Desgarbado, de nariz larga, con energías ilimitadas, era un intrépido soldado y un fascinante orador, cuya elocuencia antes de las batallas movía a sus tropas, «como el viento mueve las olas». La lengua de Schiner, se quejó el siguiente rey de Francia, Francisco I, causó a los franceses más dificultades que las formidables albardas suizas. Julio le nombró cardenal al ingresar en la Liga Santa. En años posteriores y en batallas contra Francisco I, Schiner entró en combate llevando su capelo y sus rojas ropas cardenalicias, después de anunciar a sus tropas que deseaba bañarse en sangre francesa.

La adición de otro clérigo marcial, el arzobispo Bainbridge, de York, a quien Julio nombró cardenal al mismo tiempo que elevó a Schiner, hizo más profunda la impresión de un pontificado adicto a la espada. «¿Qué tienen en común el casco y la mitra?», preguntó Erasmo, refiriéndose claramente a Julio, aunque aguardando, prudentemente, a que hubiese muerto para preguntarlo. «¿Qué asociación hay entre la cruz y la espada, entre el Libro Sagrado y el escudo? ¿Cómo te atreves, obispo, que ocupas el lugar del apóstol, a enseñar la guerra a tu pueblo?»[175]. Si Erasmo, siempre aficionado a la ambigüedad, pudo decir tanto, muchos otros se sintieron aún más incómodos. En Roma aparecieron versos satíricos que se referían al heredero armado

de San Pedro, y en Francia surgieron caricaturas y burlas, instigadas por el rey, quien aprovechó la imagen de Julio como guerrero para hacer propaganda. Se dijo que «adopta la pose del guerrero pero sólo parece un monje bailando con espuelas[176]». Serios clérigos y cardenales le rogaron no conducir ejércitos en persona. Pero fueron en vano todos los argumentos acerca de no provocar la desaprobación del mundo o dar nuevas razones a quienes agitaban para deponerlo.

Julio perseguía sus objetivos, con absoluto desdén de los obstáculos que sólo ayudaban a que pareciera más irresistible, pero en su afán olvidó el propósito fundamental de la Iglesia. La locura, en uno de sus aspectos, es el apego obstinado a un mal objetivo. Giovanni Acciaiuoili, por entonces embajador de Florencia en Roma, sintió que las cosas ya estaban fuera de todo control. Educado en la teoría florentina de la ciencia política basada en cálculos racionales, el embajador encontró, en los violentos giros de la política de Julio y en su comportamiento, frecuentemente diabólico, una perturbadora prueba de que los hechos estaban sucediendo «fuera de toda razón[177]».

Como constructor y patrocinador de las artes, el papa era tan apasionado y arbitrario como en su política. Muchos se pusieron contra él por su decisión de demoler la antigua basílica de San Pedro para remplazarla por un edificio más grandioso, apropiado a una más extensa Santa Sede y una Roma que él convertiría en capital del mundo. Más que ello, albergaría su propia tumba, la cual sería construida durante su vida según un diseño de Miguel Ángel que sobrepasaría, en palabras de Vasari «en belleza y magnificencia, abundancia de adornos y riqueza de estatuaria, a todo mausoleo antiguo e imperial». De doce metros de altura, adornada por cuarenta estatuas de tamaño más que natural, rematada por dos ángeles que sostendrían el sarcófago, el artista esperaba que fuera su obra maestra, y el cliente, su apoteosis. Según Vasari, el diseño de la tumba precedió al diseño de la nueva iglesia, y entusiasmó tanto al papa que concibió el plan de una nueva San Pedro, que la alojara dignamente[178]. Si el motivo de su papado, como afirman sus admiradores, fue la mayor gloria de la Iglesia, él la identificó con la mayor gloria del supremo pontífice: él mismo.

Su decisión fue muy deplorada, no porque la gente no deseara una hermosa iglesia nueva, dijo un crítico, «sino porque lamentaba que fuera derribada la anterior, tan reverenciada como era por todo el mundo, ennoblecida por los sepulcros de tantos santos, e ilustre por tantas cosas que se habían hecho en ella[179]».

Como siempre, pasando por encima de toda desaprobación, Julio siguió adelante, encargando el diseño arquitectónico a Bramante, y espoleando todo con tal vehemencia que 2500 trabajadores trabajaron, en cierto momento, demoliendo la antigua basílica. Bajo su presión e impaciencia, el contenido acumulado de siglos —tumbas, pinturas, mosaicos, estatuas— fue descartado sin ningún inventario, y perdido irremisiblemente, lo que valió a Bramante el título de *il ruinante*[180]. Si Julio

compartió el título, ello no le importó en lo más mínimo. En 1506 descendió por una escala hasta el fondo de un empinado pozo construido para sostener pilotes del nuevo edificio, y puso allí la primera piedra de la «catedral del mundo», inscrita, desde luego, con su nombre. El costo de la construcción superó con mucho los ingresos papales y hubo que hacerle frente mediante un recurso de grandes consecuencias: la venta pública de indulgencias. Extendida a Alemania en el siguiente pontificado, completó la desilusión de un indignado clérigo, precipitando el documento que mayor escisión causaría en la historia de la Iglesia.

En Miguel Ángel el papa había reconocido a un artista incomparable desde el momento de su primer escultura en Roma, la *Pietà* réquiem en mármol que nadie desde tal día puede contemplar sin emoción. Terminada en 1499 por encargo de un cardenal francés que deseaba contribuir con una gran obra a San Pedro, a su partida de Roma, hizo célebre a Miguel Ángel a los 24 años, y fue seguida, cinco años después, por su poderoso *David*, para la catedral de su originaria Florencia. Claramente, el papa supremo debía de ser glorificado por el artista supremo, pero los temperamentos de los dos *terribili* chocaron. Después de que Miguel Ángel pasó ocho meses cortando y transportando los mármoles más finos de Carrara, para la tumba, Julio abandonó súbitamente el proyecto, se negó a pagar o a hablar al artista, que volvió furioso a Florencia, jurando nunca más trabajar para el papa. Nadie puede saber qué ocurrió en el sombrío y truculento cerebro de Della Rovere, y su arrogancia no le permitió ofrecer ninguna explicación a Miguel Ángel[181].

Sin embargo, al ser conquistada Bolonia, el triunfo había de ser celebrado por la misma gran mano. Tras repetidos y tercos rechazos y gracias a los persistentes esfuerzos de los intermediarios, Miguel Ángel fue reconquistado y consintió en modelar una enorme estatua de Julio, el triple del tamaño natural, como lo encargaba el propio Julio. Cuando el modelo la vio, en barro aún, Miguel Ángel preguntó si podía colocarle un libro en la mano izquierda. «Ponme una espada allí», respondió el papa-guerrero, «yo no sé nada de letras[182]». Fundida en bronce, la colosal figura fue derribada y fundida cuando la ciudad cambió de manos durante las guerras y convertida en un cañón, burlescamente llamado *La Giulia* por los enemigos del papa.

De acuerdo con el espíritu renacentista, el papado de Julio, que llevó adelante la obra de su tío Sixto IV, consagró energías y fondos a la renovación de la ciudad. Por doquier se veían albañiles construyendo. Los cardenales crearon palacios, agrandaron y restauraron iglesias. Surgieron iglesias nuevas o reconstruidas como Santa María del Popolo y Santa María della Pace. Bramante creó el jardín de esculturas del Belvedere y las logias que lo conectan con el Vaticano. Fueron llamados, para ornamentar, grandes pintores, escultores, talladores y orfebres. Rafael exaltó la Iglesia en frescos para los departamentos papales, recién ocupados por Julio porque se negó a vivir en la misma morada de su difunto enemigo Alejandro. Miguel Ángel, arrastrado una vez más contra su voluntad por el tozudo papa, pintó el techo de la Sixtina, atrapado por su propio arte, y trabajó solo, en un andamiaje, durante cuatro

años, sin permitir más que al papa inspeccionar su avance. Subiendo por una escala hasta la plataforma, el anciano papa solía criticar al pintor y pelearse con él, y vivió lo necesario para presenciar la revelación cuando «todo el mundo llegó corriendo» a contemplar y a reconocer la maravilla de la nueva obra maestra.

El arte y la guerra absorbieron los intereses y los recursos del papa, con gran descuido de la reforma interna. Mientras el exterior florecía, el interior entraba en decadencia. Apareció por entonces un extraño recordatorio de la locura en la antigüedad: la estatua clásica de mármol del *Laocoonte* fue redescubierta como para advertir a la Iglesia… como su prototipo había antes advertido a Troya. Fue desenterrada por un pacífico amo de casa llamado Felice de Fredi, cuando estaba limpiando su viña de antiguas paredes, en la vecindad de los antiguos Baños de Tito, construidos sobre las ruinas de la Casa de Oro de Nerón. Aunque la escultura estaba rota, en cuatro pedazos grandes y tres más pequeños, no había romano que no conociera una estatua clásica al verla. Inmediatamente se envió noticias al arquitecto del papa, Giuliano de Sangallo, quien al punto se lanzó a caballo, con su hijo, acompañado por Miguel Ángel, que en aquel momento estaba de visita en su casa. Mientras desmontaba, Sangallo echó una mirada a los pedazos semienterrados y gritó: «¡Es el *Laocoonte* que describe Plinio!». Los observadores miraban llenos de emoción y de angustia mientras iban limpiando la estatua, y luego informaron al papa, quien la compró al punto por 4140 ducados.

El antiguo *Laocoonte*, cubierto de tierra, fue recibido regiamente. Llevado al Vaticano entre multitudes jubilosas y por caminos cubiertos de flores, fue reconstruido y colocado en el jardín de esculturas de Belvedere, junto con el *Apolo de Belvedere*, «las dos primeras estatuas del mundo». Tal fue el triunfo que De Fredi y su hijo fueron recompensados con una pensión anual vitalicia de 600 ducados (que se obtendría de los derechos de peaje por las puertas de la ciudad), y el papel del descubridor fue anotado, por él mismo, en su lápida mortuoria[183].

De la antigua maravilla surgieron nuevos conceptos del arte. Su angustiado movimiento influyó profundamente sobre Miguel Ángel. Los escultores más importantes acudieron a examinarlo; los orfebres hicieron copias; un cardenal con aficiones poéticas le escribió una oda («del corazón de poderosas ruinas, ¡mirad!/El tiempo ha traído de nuevo *Laocoonte* a su hogar»)[184]; Francisco I trató de obtenerlo como precio de la victoria obtenida sobre el siguiente papa[185]; en el siglo XVIII fue la pieza principal de estudios efectuados por Winchelmann, Lessing y Goethe; Napoleón se lo llevó, tras un transitorio triunfo, al Louvre, de donde, a su caída, regresó a Roma. El *Laocoonte* era arte, estilo, virtud, lucha, antigüedad, filosofía, pero, como voz de advertencia contra la autodestrucción, nadie atendió a él.

Julio no fue Alejandro, pero su autocracia y belicosidad habían provocado casi no menor antagonismo. Los cardenales disidentes estaban pasándose al bando de Luis XII, quien estaba dispuesto a arrojar a Julio antes de que Julio lo arrojara a él de

Italia. La deposición era ya objetivo declarado, como si el aterrador ejemplo del cisma del siglo anterior nunca hubiese ocurrido. La secularización había resultado demasiado bien; el aura del papa se había desvanecido hasta que, a los ojos de los políticos, si no a los ojos populares había llegado a no diferenciarse de ningún otro príncipe o soberano, y se podía tratar con él en las mismas condiciones. En 1511, Luis XII, asociado al emperador de Alemania y a nueve cardenales disidentes (tres de los cuales le negarían después su consentimiento), convocó a un Concilio General. Se llamó a prelados, órdenes, universidades, gobernantes seculares y al papa mismo para asistir en persona o por medio de delegaciones, con el propósito declarado de una «Reforma de la Iglesia en la Cabeza y los Miembros». Esto lo comprendieron todos como eufemismo, por no decir guerra contra Julio.

Julio se encontraba ahora en la misma posición en que una vez había tratado de colocar a Alejandro, mientras las tropas francesas avanzaban, y se preparaba un Concilio. Se hablaba abiertamente de deposición y de cisma. El Concilio, patrocinado por los franceses, en que los cardenales cismáticos adoptaban la posición de que Julio no había cumplido con su promesa original de celebrar un Concilio, se reunió en Pisa. Tropas francesas volvieron a entrar en la Romaña; Bolonia volvió a caer en manos del enemigo. Roma tembló sintiendo aproximarse su ruina. Agotado por sus esfuerzos en el frente de batalla, cansado y enfermo a los 68 años, viendo bajo ataque su territorio y su autoridad, Julio, como último recurso, tomó la única medida a la que tanto se habían resistido él y sus predecesores: convocó a un Concilio General que se habría de reunir en Roma bajo su propia autoridad. Éste fue el origen, más por desesperación que por convicción, del único gran esfuerzo hecho en asuntos religiosos por la Santa Sede durante este periodo. Aunque minuciosamente circunscrito, llegó a ser un foro, si no una solución, de todos los problemas.

El Quinto Concilio Laterano, como fue llamado, se reunió en San Juan de Letrán, la primera iglesia de Roma, en mayo de 1512. En la historia de la Iglesia, la hora era tardía, y hubo muchos que la reconocieron como tal, con una urgencia cercana a la desesperación. Tres meses antes, el diácono de San Pablo, en Londres, John Colet, erudito y teólogo, predicando ante una convención de clérigos sobre la necesidad de reforma, había gritado: «¡Nunca necesitó más vuestros esfuerzos el estado de la Iglesia!». En la fiebre de los ingresos, afirmó, «en la desalada carrera de beneficio a beneficio», en avidez y corrupción, la dignidad de los sacerdotes se había deshonrado, los laicos se habían escandalizado, el rostro de Cristo había sido manchado, la influencia de la Iglesia destruida, peor que por la invasión de herejías porque cuando el mundo absorbe al clero, «la raíz de toda vida espiritual se extingue[186]». Éste era, en verdad, el problema.

Una terrible derrota en la Romaña, poco antes de que se reuniera el Concilio Laterano, agudizó el sentido de crisis. El Domingo de Pascua, sin que los suizos hubiesen salido aún al campo, los franceses, con ayuda de cinco mil mercenarios alemanes, abrumaron a los ejércitos papal y español en una sanguinaria y terrible

batalla en Ravena. Fue un mal presagio. En un tratado dedicado al papa en vísperas del Concilio, un jurista boloñés advertirá: «A menos que, reflexionando, reformemos, un Dios justo se vengará terriblemente, no antes de mucho[187]».

Egidio de Viterbo, general de los agustinos, que pronunció la oración inaugural en el Concilio Laterano en presencia del papa, era otro de los que veían la Divina Providencia en la derrota de Ravena y no vaciló en decirlo en palabras de inconfundible desafío al anciano que ocupaba el trono. La derrota mostraba, dijo Egidio, la vanidad de depender de armas mundanas, e invocó a la Iglesia para que recuperara sus verdaderas armas, «piedad, religión, probidad y plegaria», la armadura de la fe y la espada de la luz. En su actual estado, la Iglesia yacía en tierra, «como las hojas muertas de un árbol en invierno… ¿Cuándo ha habido entre el pueblo mayor descuido y mayor desdén a lo sagrado, a los sacramentos y a los sagrados mandamientos? ¿Cuándo han estado nuestra religión y nuestra fe más expuestas a la burla, aun de las clases más bajas? ¿Cuándo, oh dolor, ha habido una escisión más desastrosa en la Iglesia? ¿Cuándo ha sido la guerra más peligrosa, más poderoso el enemigo, más crueles los ejércitos?… ¿Veis la matanza? ¿Veis la destrucción, y el campo de batalla cubierto por miles de cuerpos mutilados? ¿Veis que en este año la Tierra ha absorbido más sangre que agua, más sangre que lluvia? ¿Veis que en la tumba yace tanta fuerza cristiana como bastaría para emprender la guerra contra los enemigos de la fe…?» [Es decir, contra Mahoma, «el enemigo público de Cristo»] [188].

Egidio pasó entonces a saludar al Concilio como al aguardado anuncio de reformas. Como sempiterno reformador y autor de una historia del papado, compuesta con el propósito expreso de recordar a los papas su deber al respecto, era un clérigo de gran distinción, y lo bastante interesado en las apariencias del clero que para mantener su palidez ascética, según se decía, inhalaba humo de paja mojada[189]. Después, León X lo nombraría cardenal. Escuchando las voces del Concilio Laterano, a una distancia de 470 años, difícil resulta saber si sus palabras eran la elocuencia practicada de un predicador renombrado, pronunciando sus frases clave, o un apasionado y auténtico grito, pidiendo un cambio de curso antes de que fuese demasiado tarde.

Pese a toda su solemnidad y ceremonias, y a cinco años de trabajo y a muchos oradores serios y sinceros, el Quinto Laterano no lograría paz ni reforma. Continuando durante el siguiente papado, reconoció la multitud de los abusos y pidió su corrección en una bula de 1514. Ésta cubría, como de costumbre, la «nefanda plaga» de la simonía, la percepción de beneficios múltiples, el nombramiento de incompetentes o indignos abades, obispos y vicarios, el descuido del oficio divino, las vidas lujuriosas de los clérigos y hasta la práctica *ad commendam*, que en adelante sólo se otorgaría en circunstancias excepcionales. A los cardenales, como clase especial, se les ordenaba abstenerse de lujos y pompas, de servir como partidarios de príncipes, enriquecer a sus parientes con los ingresos de la Iglesia, así como los

beneficios plurales y el ausentismo. Se les ordenaba adoptar una vida sobria, celebrar el oficio divino, visitar sus iglesias y pueblos titulares al menos una vez al año, y donar para el mantenimiento al menos de un sacerdote, conseguir clérigos dignos para los oficios que estaban a su cargo y obedecer las reglas para el debido ordenamiento de sus casas. Es un cuadro de lo que estaba mal en cada nivel.

Unos decretos ulteriores, más dedicados a acallar las críticas que a la reforma, indicaron que las censuras de los predicadores habían empezado a doler. En adelante, se prohibía a los predicadores profetizar o predecir la llegada del Anticristo o el fin del mundo. Habían de atenerse a los Evangelios y abstenerse de denuncias escandalosas de las fallas de los obispos y otros prelados y las injusticias de sus superiores, y se les ordenaba no mencionar nombres. La censura de los libros impresos fue otra medida que pretendía contener los ataques a los clérigos que ocupaban altos cargos de «dignidad y confianza[190]».

Pocos de los decretos del Concilio fueron más que letra muerta. Un serio esfuerzo por ponerlos en práctica habría dejado alguna impresión, pero no causó ninguna. Considerando que León X, el papa que por entonces lo presidió, se dedicaba a todas las prácticas prohibidas por la regla, puede verse que faltaba la voluntad. El cambio de curso debe proceder de la voluntad regente o de una irresistible presión externa. La primera no estaba presente en el papado renacentista; la segunda se aproximaba.

En la batalla de Ravena, el vital comandante francés, Gaston de Foix, cayó muerto, y sus fuerzas, perdiendo ímpetu, no explotaron debidamente su victoria. D'Amboise había muerto, Luis vacilaba e iba disminuyendo el apoyo al Concilio de Pisa, condenado como cismático y nulo por el papa. Cuando veinte mil suizos llegaron a Italia, la marea cambió. Los franceses, vencidos en la batalla de Novara, ante Milán, y obligados por los suizos a abandonar el ducado, expulsados por Ginebra, rechazados hasta la base de los Alpes, «se desvanecieron como la bruma ante el sol[191]»… al menos, momentáneamente. Ravena y Bolonia devolvieron su lealtad al papa, toda la Romaña fue reabsorbida por los Estados papales; el Concilio de Pisa recogió sus sotanas y huyó sobre los Alpes, hasta Lyon, donde pronto se escindió. Por el subyacente temor a otro cisma y la superior categoría y dignidad del Concilio Laterano, nunca había tenido un fundamento firme.

El indomable y viejo papa había alcanzado sus fines. En Roma hubo celebraciones por la fuga de los franceses; brillaron fuegos de artificio, los cañones dispararon desde el castillo Sant'Angelo y multitudes que gritaban «¡Julio! ¡Julio!» lo saludaron como libertador de Italia y de la Santa Sede. En su honor se organizó una procesión de agradecimiento, en que se le presentó en el atuendo de un emperador secular, con cetro y globo como emblemas de la soberanía, escoltado por figuras que representaban a Escipión, vencedor de Cartago, y a Camilo, quien salvó de los galos a Roma[192].

La política seguía imperando. La Liga Santa quedó mutilada cuando Venecia, en un cambio súbito, se alió con Francia, contra su vieja rival, Génova. En su último

año, el papa estableció unas complejas conexiones con el emperador y con el rey de Inglaterra, y no mucho después de su muerte, los franceses volvieron, y la guerra se reanudó. No obstante, Julio había logrado contener el desmembramiento del territorio papal y consolidar la estructura temporal de los Estados papales y por esto ha recibido una alta calificación en la historia. En los libros de referencia se le encuentra designado como «verdadero fundador del Estado papal» y hasta como «Salvador de la Iglesia». Que el costo fue bañar su patria en sangre y violencia y que todas las ganancias temporales no pudieran impedir que la autoridad de la Iglesia se desmoronara en el núcleo, diez años después, son cosas que, por lo visto, no entran en esta estimación.

Cuando Julio falleció en 1513, fue honrado y llorado por muchos, porque se pensaba que los había librado del odiado invasor. Poco después de su muerte, Erasmo ofreció la opinión contraria en un diálogo satírico llamado *Julius Exclusus*, que, aunque publicado anónimamente, le ha sido atribuido a él por los enterados. Al identificarse a las puertas del cielo, ante San Pedro, dice Julio: «he hecho más por la Iglesia y por Cristo, que ningún papa anterior a mí… Anexé Bolonia a la Santa Sede, vencí a los venecianos. Engañé al duque de Ferrara. Derroté a un Concilio cismático mediante un falso Concilio mío. Expulsé de Italia a los franceses y también habría expulsado a los españoles si el destino no me hubiese traído aquí. He tirado de las orejas a todos los príncipes de Europa. He roto mis tratados, mantenido grandes ejércitos en el campo, cubrí a Roma de palacios… Y todo esto lo he hecho por mi mismo. No debo nada a mi cuna, pues no sé quién fue mi padre; nada a la cultura, pues no tengo ninguna; nada a la juventud, pues ya era viejo cuando empecé; nada a la popularidad, pues fui odiado por todos… Ésta es la modesta verdad y mis amigos de Roma me llaman más dios que hombre[193]».

Los defensores de Julio II le acreditan el haber seguido una política consciente basada en la convicción de que «la virtud sin el poder», como dijo un orador en el Concilio de Basilea medio siglo antes, «será burlada, y que el papa de Roma sin el patrimonio de la Iglesia sería simple esclavo de reyes y príncipes», en suma, que para ejercer su autoridad, el papado debía alcanzar solidez temporal antes de emprender una reforma[194]. Éste es el argumento más persuasivo de la *realpolitik*, que, como la historia lo ha demostrado, tiene un corolario: el proceso de conquistar el poder emplea medios que degradan o embrutecen al que lo busca, quien despierta para encontrar que ha alcanzado el poder al precio de perder la virtud… o todo propósito moral.

5. La escisión protestante: León X, 1513-1521

«Dios nos ha dado el papado: disfrutémoslo», escribió el excardenal Giovanni de Médicis, ahora papa León X, a su hermano Giuliano[195]. Se ha discutido la autenticidad de esta observación, pero nadie niega que es perfectamente característica. El principio de León era disfrutar de la vida. Si Julio fue guerrero, el nuevo papa fue hedonista, y la única similitud entre ambos fue que sus intereses básicos eran igualmente seculares. Todo el interés de Lorenzo *el Magnífico* en la educación y el avance del más brillante de sus hijos había producido un culto *bon vivant* dedicado a patrocinar el arte y la cultura y a satisfacer sus gustos, fijándose tan poco en los costos como si la fuente de sus ingresos fuese alguna mágica cornucopia. León, uno de los grandes derrochadores de su época, indudablemente el más despilfarrador que haya ocupado el trono papal, fue muy admirado por su generosidad en el Renacimiento, y sus partidarios llamaron Edad de Oro a su reinado. Fue de oro por las monedas que caían en sus bolsillos, por comisiones, fiestas y entretenimientos continuos, la reconstrucción de San Pedro y las mejoras de la ciudad. Como el dinero para pagar esto no tenía una fuente mágica, sino que procedía de las extorsiones e inescrupulosos diezmos impuestos por agentes papales, el añadido a otros descontentos, consistió en llevar el reinado de León a la culminación como el último de la cristiandad unida bajo la Sede romana[196].

El lustre de un Médicis en el trono papal, que llevaba consigo el brillo del oro, el poder y el patrocinio de la gran casa florentina, auguraba, según creíase, un pontificado feliz que prometía paz y benevolencia en contraste con la sangre y los rigores de Julio. Conscientemente planeada para reforzar esta impresión, la procesión de León al Laterano, después de su coronación, fue la suprema fiesta renacentista. Representó lo que la Santa Sede significaba para su ocupante, en su última hora sin divisiones: un pedestal para mostrar las bellezas y los deleites del mundo, y un triunfo de esplendor en honor de un papa Médicis.

Mil artistas decoraron el camino con arcos, altares, estatuas y coronas de flores, y de unas réplicas de las «bolas de prestamistas», emblemáticas de los Médicis, brotaba vino. Cada grupo de la procesión —prelados, nobles legos, embajadores, cardenales con sus séquitos, dignatarios extranjeros— iba rica y espléndidamente ataviado, como nunca; los clérigos rivalizaban en magnificencia con los legos. Por encima se agitaba un brillante despliegue de estandartes, con los signos heráldicos eclesiásticos y principescos. En seda roja y armiño, de dos en dos, 112 caballerizos escoltaban a León, sudoroso pero feliz, sobre su caballo blanco. Sus mitras, tiaras y orbes requerían cuatro portadores para llevarlas a la vista de todos. La caballería y los soldados de infantería prolongaban el desfile. La munificencia de los Médicis estaba

a cargo de chambelanes papales que arrojaban monedas de oro a los espectadores. Un banquete en el Laterano y una procesión de regreso, iluminada por antorchas y fuegos de artificio, daban fin a la fiesta. La celebración costó cien mil ducados; una séptima parte de la reserva que Julio había dejado en la tesorería[197].

Desde entonces, el dispendio no hizo más que aumentar. Se calculó que los planes del papa para San Pedro, en exuberantes diseños de Rafael, sucesor de Bramante, costaría más de un millón de ducados. Para la celebración de una real boda francesa, dispuesta para su hermano Giuliano, el papa gastó 150 mil ducados: cincuenta por ciento más de los gastos anuales de la casa papal, y el triple de lo que habían sido éstos en tiempos de Julio. Tapetes de oro y seda para los salones superiores del Vaticano, bordados por encargo en Bruselas, con base en dibujos de Rafael, costaron la mitad de lo que la boda de su hermano. Para estar a la altura de sus gastos, su cancillería creó más de dos mil cargos vendibles durante su papado, incluyendo una orden de 400 caballeros papales de San Pedro, que pagaron mil ducados cada uno por el título y los privilegios, más un interés anual de diez por ciento sobre el precio de compra. El total obtenido de todos estos cargos vendidos se ha calculado en tres millones de ducados. El séxtuplo del ingreso anual del papado… y aún resultó insuficiente[198].

Para glorificar a su familia y a su ciudad natal con un monumento, en reconocimiento de si mismo y del «divino artista» que, como él, era florentino, León inició la que sería la obra de arte insuperada de su época: la capilla de los Médicis, creada por Miguel Ángel, en la iglesia de San Lorenzo, donde ya estaban enterradas tres generaciones de Médicis. Habiendo sabido que el mármol más bello se obtenía en la cordillera de Pietrasanta, a 160 kilómetros, en la Toscana, aunque Miguel Ángel decía que sería demasiado costoso llevarlo de allí, León no estaba dispuesto a admitir nada menos. Hizo construir un camino, por campo abierto, exclusivamente para el mármol, y logró llevar suficiente para hacer cinco incomparables columnas[199]. En esta etapa, se quedó sin fondos, además de haber dicho que Miguel Ángel era «un hombre imposible de tratar[200]». Prefirió la amable cortesanía de Rafael y las fáciles bellezas de su arte. Se detuvo el trabajo en la capilla, para ser reanudado y completado durante el papado del primo de León, Giulio, el futuro Clemente VII.

Para la Universidad de Roma, León reclutó más de cien sabios y profesores para los cursos de derecho, letras, filosofía, medicina, astrología, botánica, griego y hebreo, pero debido a la corrupción de algunos de los nombrados y a la escasez de fondos, el programa, como tantos de sus proyectos, pronto se frustró, tras un brillante principio. Ávido coleccionista de libros y manuscritos, cuyos contenidos a menudo citaba de memoria, León fundó una imprenta para imprimir los clásicos griegos que despertaban en él tanto entusiasmo. Dispensó privilegios y fondos como confeti, cubrió de favores a Rafael, empleó brigadas de ayudantes para que ejecutaran sus diseños de ornamentos, escenas y figuras, pisos decorados y tallas para el palacio papal. Habría nombrado cardenal a Rafael si el artista no hubiese fallecido a los 37

años, según se dijo, por sus excesos amorosos, antes de envolverse en la púrpura[201].

Los gastos más conspicuos e inútiles de los potentados, para simplemente causar efecto, fueron un gesto habitual de la época. En un banquete inolvidable ofrecido por el plutócrata Agostino Chigi, los platos de oro, después de que en ellos se sirvieron lenguas de loro y peces llevados desde Bizancio, fueron arrojados por las ventanas al Tíber… poco menos que gasto último, ya que bajo la superficie se había colocado una red para recuperarlos[202]. En Florencia, el dinero se perfumaba. El apogeo de la ostentación fue el Campo del Paño de Oro, preparado para el encuentro de Francisco I y Enrique VIII en 1520. Dejó a Francia un déficit de cuatro millones de libras, que necesitaron casi una década para pagarse. Como Médicis, nacido entre el gasto conspicuo, a León, si hubiese sido lego, no se le podría censurar por haber reflejado su época, hasta el grado de exceso neurótico. Pero fue simple locura no percibir ninguna contradicción de su papel en un despliegue de ultramaterialismo, o siquiera considerar seriamente que, por su posición como cabeza de la Iglesia, el efecto de todo esto sobre el pueblo podía ser negativo. Despreocupado, indolente, inteligente, al parecer sociable y cordial, León era descuidado en su oficio pero muy concienzudo en el ritual religioso, pues guardaba los ayunos y celebraba misa diariamente y, en una ocasión, al enterarse de una victoria turca, caminó descalzo por la ciudad a la cabeza de una procesión que llevaba reliquias para rogar a Dios que los liberara del peligro del Islam. El peligro le recordó a Dios. Por lo demás, la atmósfera de su corte era de relajación. Los cardenales y los miembros de la curia que formaban el público de los oradores sacros conversaban durante los sermones, que en tiempos de León se redujeron a media hora y después a quince minutos.

El papa gozaba con los concursos de versos improvisados, jugaba a las cartas, prolongaba los banquetes con música y, especialmente, toda forma de teatro. Le encantaban la risa y la diversión, escribió un biógrafo contemporáneo suyo, Paolo Giovio, «fuese por una inclinación natural a este tipo de pasatiempo o porque creyera que evitando preocupaciones y cuidados, podría así alargar sus días». Su salud era preocupación de todos porque, aunque sólo de 37 años al ser elegido, sufría de una desagradable úlcera anal que le causaba grandes dificultades en las procesiones, aunque hubiese ayudado a su elección porque permitió a sus médicos difundir el rumor de que no viviría largo tiempo (factor siempre persuasivo entre los demás cardenales). Físicamente no se parecía al ideal renacentista de noble virilidad que Miguel Ángel encarnó en la figura de su hermano para la capilla de los Médicis, aunque no tuviese gran parecido con el original. («Dentro de mil años», dijo el artista, «¿a quién le preocupará si éstos fueron sus rasgos verdaderos?»[203]). León era de corta estatura, gordo y fofo, con una cabeza demasiado grande y unas piernas demasiado cortas para su cuerpo. Sus manos, suaves y blancas eran su orgullo: las cuidaba continuamente y las adornaba con anillos resplandecientes[204].

A León le encantaba cazar, acompañado de séquitos de cien o más: con halcón en Viterbo, cacería de ciervos en Corneto, pesca en el lago de Bolsena. En el invierno, la

corte papal gozaba con programas musicales, lecturas de poesía, *ballets* y obras de teatro, incluyendo las atrevidas comedias de Ariosto, Maquiavelo, y La Calandria, obra del antiguo tutor de León, Bernardo da Bibbiena, quien acompañó al papa a Roma y fue nombrado cardenal[205]. Cuando Julián de Médicis llegó a Roma con su esposa, el cardenal Bibbiena le escribió: «Alabado sea Dios, pues aquí sólo nos falta una corte con damas[206]». Toscano hábil y culto, competente diplomático de gran ingenio, ánimo y gustos mundanos, Bibbiena fue el más íntimo compañero y consejero del papa.

El amor de León a los clásicos y al teatro llenó Roma con interminables espectáculos en extraña mezcla de paganismo y cristianismo: espectáculos basados en la mitología antigua, mascaradas de carnaval, dramas sobre la historia de Roma, espectáculos de la Pasión presentados en el Coliseo, oraciones clásicas y espléndidas fiestas de Iglesia. Ninguna fue más memorable que la célebre procesión del elefante blanco que llevaba regalos al papa del rey de Portugal para celebrar la victoria sobre los moros. El elefante, guiado por un moro, con otro sobre los hombros, llevaba bajo un castillo cubierto de joyas un arca decorada con torres y pretiles de plata, que contenía ricas vestimentas, cálices de oro y libros finamente encuadernados, para deleite de León. En el puente de Sant'Angelo, el elefante, obedeciendo una orden, se inclinó tres veces ante el papa, y roció a los espectadores con agua entre gritos de júbilo[207].

En ocasiones, el paganismo invadió el Vaticano. En el curso de una de las Oraciones Sagradas, el orador invocó a los «inmortales» del panteón griego, causando risas y cierta ira entre el público, pero el papa escuchó complaciente, y toleró el error «dada su buena naturaleza[208]». Le gustaba que los sermones fuesen, ante todo, cultos, que reflejaran el estilo y el contenido clásico.

En asuntos políticos, la laxa actitud de León no obtuvo triunfos y anuló algunos de Julio. Su principio era evitar dificultades hasta donde pudiera, y aceptar lo inevitable. Su método seguía al de los estadistas Médicis que permitía, por no decir prescribía, entrar en componendas con ambos bandos. «Habiendo hecho un tratado con un bando», solía decir León, «no hay razón por la que no se trate con el otro[209]». Aunque reconociendo los derechos franceses a Milán, entró secretamente en tratos con Venecia para expulsar a los invasores franceses. Cuando se alió con España, del mismo modo se coludió con Venecia para expulsar de Italia a los españoles. El disimulo se volvió su hábito, más pronunciado conforme el papado se metía en más dificultades. Evasivo y sonriente, eludía las preguntas y nunca explicaba cuál era su política, si es que tenía alguna.

En 1515 volvieron los franceses, con Francisco I a la cabeza de un impresionante ejército de tres mil caballeros nobles, buena artillería y una infantería de mercenarios alemanes, decididos a reconquistar Milán. Tras una juiciosa consideración, el papa se unió a los no muy enérgicos miembros de la Liga Santa en la resistencia, dependiendo de los suizos como fuerza combativa. Por desgracia, en la enconada

batalla de Marignano, fuera de Milán, los franceses salieron victoriosos. Aunque el combate duró dos días las fuerzas papales, acampadas en Piacenza, a menos de ochenta kilómetros, no tomaron parte.

Una vez más dominando el gran ducado del norte, los franceses lo sellaron mediante un tratado de «paz eterna» con los suizos. Ahora estaban en posición demasiado fuerte para que el papa pudiese enfrentarse a ellos, por lo que León, razonablemente, cambió de bando y, reuniéndose con Francisco en Bolonia, llegó a un acomodo que en gran parte era una cesión. Entrego Parma y Piacenza, durante largo tiempo disputadas por Milán y el papado, y zanjó la vieja pugna por los derechos franceses concernientes a nombramientos e ingresos eclesiásticos. Una provisión destinada a mejorar la calidad de los nombrados, requería que los obispos tuviesen más de veintisiete años y fuesen expertos en teología o derecho, pero estas condiciones podían suspenderse convenientemente si los nombrados eran parientes de sangre del rey o de los nobles[210]. Estas reformas, emprendidas con tal espíritu, como las del Concilio Laterano, constituyeron una endeble mejora.

En general, el Concordato de Bolonia, aun cuando la Iglesia francesa encontrara objetables algunas de sus estipulaciones, constituyó un nuevo rendimiento de poder eclesiástico por el papado, así como la reconquista de Milán por los franceses constituyó la última reducción —durante este periodo— de la independencia italiana. Aunque este resultado fuese, sin duda, obvio para sus críticos enconados como Maquiavelo y Guicciardini, si es que León lo notó, no pareció preocuparle mayormente. *Fuori i barbari* no era su grito de batalla. Él prefería la armonía. Siempre incapaz de rehusar, prometió, a petición de Francisco, cederle el *Laocoonte*, planeando hacer una copia, que después ordenó al escultor Baccio Bandinelli (y que hoy se encuentra en los Uffizi[211]). Obtuvo una princesa francesa para su hermano y otra para su sobrino Lorenzo, y se mantuvo en buenas relaciones con los franceses hasta que el poder cambió, con el ascenso de Carlos V como emperador en 1519, lo que venía a unir los tronos español y Habsburgo. Considerando conveniente volver a cambiar de bando, León procedió a aliarse con el nuevo emperador. Las guerras continuaron, en gran parte como conflicto de las grandes potencias que ventilaban su rivalidad en suelo italiano, mientras que los Estados italianos, en su eterna separación, cambiaban de manos entre ellos.

La peculiar pasión familiar de los papas, que al parecer les hacia considerar más importante lograr fortunas familiares para ellos, que los asuntos de la Santa Sede, fue plenamente compartida por León, para su ruina[212]. No teniendo hijos propios, enfocó sus esfuerzos en sus parientes más cercanos, empezando con su primo hermano Julio de Médicis, hijo bastardo de aquel Julián que fue muerto en la catedral por los Pazzi. León anuló la barrera del nacimiento mediante una declaración en que decía que los padres de Julio habían estado legalmente casados, aunque en secreto, y así legitimado, Julio llegó a cardenal y a principal ministro de su primo, acabando por

ocupar el trono, con el nombre de Clemente VII. En total, León distribuyó entre su familia cinco cardenalatos, a dos primos hermanos y a tres sobrinos, cada uno de ellos hijo de una de sus tres hermanas. Esto fue simple rutina. La dificultad vino cuando, a la muerte de su hermano, León resolvió que su sobrino común Lorenzo, hijo de su difunto hermano Piero, fuese el transmisor de las fortunas de los Médicis. Obtener el ducado de Urbino para Lorenzo se volvió la obsesión de León.

Arrancando por la fuerza de las armas el dominio al duque existente, al que excomulgó, el papa cedió el territorio y el título a Lorenzo, exigiendo al Colegio de Cardenales que confirmara el hecho. El duque, un Della Rovere sobrino de Julio, que compartía el vigor de su difunto tío, contraatacó. Cuando su enviado llegó a Roma, llevando el desafío del duque a Lorenzo, fue aprisionado a pesar de un salvoconducto y torturado para arrancarle información[213]. Para proseguir su guerra por Urbino, el papa fijó impuestos a todos los Estados papales, alegando que el duque era un rebelde. Esta desvergonzada campaña volvió la opinión en contra suya, pero, como Julio o como cualquier otro autócrata, León pasaba por alto el efecto de sus acciones sobre el público. Con una constancia que muy pocas veces mostró, llevó adelante la guerra durante dos años[214]. Al término de ese tiempo, Lorenzo y su esposa francesa habían muerto, dejando sólo una hija en tierna edad, cuyo inesperado destino, como Catalina de Médicis, consistiría en casarse con el hijo de Francisco 1, volviéndose reina —y gobernante— de Francia. Sin embargo, esta vuelta de la rueda de la fortuna llegó demasiado tarde para León; tampoco pudo impedir la decadencia de los Médicis. En la vana guerra por Urbino, León había invertido un total de 800 mil ducados, cayendo en una deuda que significó la ruina financiera del papado. Esto no lanzó al culpable al retiro sino, por medio de recursos más tortuosos, al mayor escándalo de la época.

La conspiración de los Petrucci fue un asunto oscuro y sórdido que ha desconcertado a todos los historiadores hasta la fecha. León declaró que, mediante la traición de un sirviente, había descubierto una conspiración de varios cardenales, conjurados para asesinarlo. La conspiración, encabezada por el joven cardenal Alfonso Petrucci, de Siena, que alimentaba un odio personal, dependía de un veneno que sería inyectado por un médico sobornado al pinchar un carbunclo que el papa tenía en una nalga. Se hicieron detenciones, se torturó a informadores, y los cardenales sospechosos fueron rudamente interrogados. Atraídos a Roma con un salvoconducto, Petrucci y otros de los acusados fueron a dar a prisión; León condonó esta violación alegando que ningún envenenador podía considerarse libre de riesgos. Las audiencias produjeron horribles revelaciones; se arrancaron confesiones; y los supuestos informes de las actas asombraron y aterrorizaron a los romanos. Obligado a declararse culpable, el cardenal Petrucci fue ahorcado con un paño de seda roja, a manos de un moro, porque el protocolo no permitía a ningún cristiano dar muerte a un príncipe de la Iglesia. Ante este ejemplo, los otros cardenales acusados aceptaron su perdón al costo de enormes multas, hasta de 150 mil ducados el más rico, el

cardenal Rafaele Riario, otro más de los *nipoti* de Sixto IV, en este caso, un sobrino nieto[215].

Tan inverosímil era la conjura que no pudo evitarse la conclusión de que el papa, tal vez basándose en chismes de algún informador, había promovido todo aquello para obtener las multas. Recientes investigaciones efectuadas en los archivos del Vaticano parecen indicar que acaso la conjura fuese real, pero lo que cuenta es la impresión que produjo en su época. Después de la indignación pública causada por la guerra de León por Urbino, la conspiración de los Petrucci acabó de desacreditar al papado, además de causar alarma y antagonismo entre los cardenales. Fuese para aplacar su hostilidad o para contener la bancarrota, o las dos cosas, León, en un acto de asombrosa audacia, creó 31 nuevos cardenales en un solo día, recibiendo de ellos más de 300 mil ducados[216]. Se dijo que toda esta creación fue concebida por el cardenal Giulio de Médicis como escalón en su propio camino hacia el papado. Para entonces, la desmoralización era tal que en el Colegio de Cardenales no surgió ningún movimiento de rebelión.

El jovial León, enredado en sus propias transacciones, se volvió menos jovial, o tal vez nunca había sido tan benigno como se le supusiera. El asunto de los Petrucci no fue el único contratiempo. Para incorporar Perugia a los Estados papales, había que eliminar a su gobernante dinástico, Gianpaolo Baglioni. Este «monstruo de iniquidad» no merecía piedad, pero el papa volvió a recurrir a la traición. Invitó a Baglioni a Roma con un salvoconducto, lo aprisionó a su llegada y, tras las torturas habituales, lo mandó decapitar[217].

La menor de las preguntas que surge es cómo alguien confiaba en los salvoconductos de la época. La pregunta mayor es: ¿qué tipo de apostolado de la cristiandad creían estar cumpliendo el supremo pontífice y sus cuatro predecesores? Elevados a la cátedra de San Pedro, los Santos Padres de los fieles tenían un deber para con sus electores, al que parecen rara vez haber dedicado un pensamiento. ¿Qué decir de los creyentes que los miraban con respeto, que deseaban reverenciar la santidad y confiar en el papa como su supremo sacerdote? Un sentido de «la perpetua majestad del pontificado» según la frase de Guicciardini, parece haber significado sólo sus atributos tangibles para estos papas. No mostraron ninguna pretensión de santidad, algún alarde de vocación religiosa, mientras los que estaban a su cargo nunca lo habían afirmado más estentóreamente.

Despreocupado, León pasó por alto la indignación despertada por sus métodos, y no hizo ningún intento por contener sus despilfarros. Nunca trató de economizar; nunca redujo el tren de vida de su familia o dejó de apostar. En 1519, en medio de la bancarrota, organizó una corrida de toros —legado de Alejandro a la Santa Sede—, el domingo de carnaval, con atuendos resplandecientes donados a todos los toreros y sus peones por un papa que ya estaba irremisiblemente sumido en deudas[218].

El año del escándalo de los Petrucci fue 1517, año destinado a establecer una nueva página en la historia. Desde el comienzo del siglo, la insatisfacción contra la

Iglesia se había generalizado, expresándose, clericalmente, en sínodos y sermones, popularmente en pasquines y sátiras, cartas, epigramas, canciones y las profecías apocalípticas de los predicadores. Para todos, salvo para los gobernantes de la Iglesia, era claro que se aproximaba una disensión[219]. En 1513, un predicador italiano la sintió cerca, y predijo la caída de Roma y de todos los curas y frailes en un holocausto que no dejaría vivo a un solo clérigo digno, y no se diría misa durante tres años. La respetable clase media estaba indignada por el insensato despilfarro y las deudas del papado, y cada clase y grupo de cada nación se resentía por los insaciables impuestos del papa.

Al reinaugurarse el Concilio Laterano, presidido por León, los predicadores hicieron explícito el descontento popular. Se repitió la advertencia de Giovanni Cortese, consejero jurídico de la Curia, quien, al ser elegido León, le había advertido que la tarea de la reforma se había aplazado ya peligrosamente. Muchos años después, Cortese, siendo cardenal, prepararía la agenda para el Concilio de Trento, en donde se trató de reparar el daño. En un notable discurso al término del Laterano, en marzo de 1517, Gianfrancesco Pico della Mirandola, señor de un pequeño ducado y sobrino de un tío célebre, concluyó un resumen de todas las reformas necesarias con una sucinta declaración de la elección que había que hacer entre lo secular y lo religioso: «Si queremos recuperar al enemigo y al apóstata para nuestra fe, es más importante restaurar la moral caída a su antigua regla de virtud que llevar nuestra flota al mar Euxino». Si abandonaba sus tareas, concluyó el orador, severo sería el juicio que cayera sobre la Iglesia. Representando al devoto cristiano laico, el discurso de Pico indicó la difusión del descontento[220].

Escandalizados por los valores mundanos del papado, humanistas e intelectuales se volvieron, como Jacques Lefèvre, de Francia, a las Sagradas Escrituras, para buscar el significado de su fe, o como Erasmo, hacia la sátira que, aunque acaso motivada por auténtico desaliento religioso, ayudó a reducir el respeto a la iglesia. «En cuanto a estos Supremos Pontífices que ocupan el lugar de Cristo», escribió en los Coloquios, «si la sabiduría descendiera sobre ellos, ¡cuántas molestias les causaría!… Les haría perder toda esa riqueza y honores, todas esas posesiones, carros triunfales, oficios, dispensas, tributos e indulgencias…». Requeriría plegarias, vigilias, estudios, sermones «y mil tareas molestas de esa índole». Se quedarían sin empleo copistas, notarios, abogados, secretarios, arrieros, palafreneros, banqueros, alcahuetes… «iba yo a añadir algo más tierno, pero que suena más duro, me temo, a los oídos[221]».

Las guerras de los papas también les valieron las burlas de Erasmo, dirigidas como iban contra los llamados enemigos de la Iglesia. «Como si la Iglesia tuviese enemigos más pestilentes que los pontífices impíos que, por su silencio, permiten que Cristo sea olvidado, lo encadenan mediante reglas mercenarias… y vuelven a crucificar con su vida escandalosa». En una carta privada, resumió la cuestión: «La monarquía del papa en Roma, tal como está ahora, es una pestilencia para el

cristianismo[222]».

Escribiendo en los mismos años, 1510-1520, Maquiavelo encontró pruebas de decadencia en el hecho de que «cuanto más cerca está la gente de la Iglesia de Roma, que es la cabeza de nuestra religión, menos religiosa es». Todo el que examinara la brecha entre los principios en que se fundó la religión cristiana y su aplicación actual por la Iglesia «juzgará que su ruina y su castigo se aproximan». La ira de Maquiavelo va contra el daño causado a Italia. «El mal ejemplo de la corte de Roma ha destruido toda piedad y religión en Italia», resultando en «infinitos males y desórdenes que mantienen dividido nuestro país». Ésta es «la causa de nuestra ruina». La Iglesia, cada vez que teme una pérdida de poder temporal, nunca lo bastante fuerte para ser suprema, pide ayuda extranjera y «esta bárbara dominación hiede en las narices de todos[223]».

La acusación quedo resumida en una frase de Guicciardini: «La reverencia al papado se ha perdido por entero en los corazones de los hombres[224]».

El abuso que precipitó el rompimiento último fue la comercialización de indulgencias, y el lugar en que ocurrió el rompimiento, como todos lo saben, fue Wittenberg, en el nordeste de Alemania. El lugar en que más poderoso era el sentimiento antirromano, y más explícita la protesta, era en los principados alemanes, debido a la ausencia de un poder nacional centralizado que fuese capaz de resistir a los impuestos papales, como en Francia. Asimismo, las exacciones de Roma eran mayores por causa de antiguas conexiones con el Imperio y las grandes posesiones que allí tenía la Iglesia. Además de sentirse directamente robada por los agentes papales, la población sentía su fe insultada por el ruido de las monedas en todo lo que se relacionaba con la Iglesia, por la perversión de Roma y de sus papas y su negativa a reformar. Podía esperarse una revuelta contra la Santa Sede, advirtió Girolamo Alessandro, nuncio papal ante el Imperio y futuro obispo y cardenal. En 1516 escribió al papa que, en Alemania, miles sólo estaban aguardando el momento de hablar abiertamente. León, entre dinero y monumentos de mármol, no le escuchó. Al cabo de un año, llegó el momento esperado, por medio de su agente en la venta de indulgencias papales en Alemania: Johann Tetzel.

Las indulgencias no eran nuevas, ni habían sido inventadas por León. Originalmente concedidas como licencias de toda o una parte de las buenas obras que se pedían a un pecador para satisfacer una penitencia impuesta por su confesor, las indulgencias llegaron gradualmente a ser consideradas como una liberación de la propia culpa del pecado. Éste fue un uso severamente condenado por puristas y disidentes. Más objetable fue la venta comercial de una gracia espiritual. La gracia en un tiempo concedida a cambio de donativos píos para reparaciones de iglesias, hospitales, rescate de cautivos de los turcos y otras buenas obras se había convertido en un vasto tráfico, de cuyas ganancias la mitad o tercera parte iba a parar

habitualmente a Roma y el resto al dominio local, con diversos porcentajes para los agentes y vendedores de perdones que tenían la concesión. La Iglesia se había convertido en una máquina de hacer dinero, declaró John Colet en 1513[225], y el dinero era considerado como el factor eficaz, en lugar del arrepentimiento y las buenas obras. Empleando charlatanes, engañando a los crédulos, este tráfico llegó a ser uno de los males persistentes de la religión organizada.

Cuando los vendedores de perdones autorizaron la creencia —nunca explícitamente afirmada por los papas— de que las indulgencias podían encargarse de pecados futuros, aún no cometidos, la Iglesia llegó al punto de virtualmente fomentar el pecado, como sus críticos no dejaron de indicarlo[226]. Para ensanchar el mercado, Sixto IV declaró en 1476 que las indulgencias se aplicaban a las almas del Purgatorio, haciendo que la gente común creyera que había de pagar por el alivio de sus parientes fallecidos. Cuanto más plegarias y misas e indulgencias compraran por los difuntos, más breve sería su estadía en el Purgatorio, y, puesto que esto favorecía a los ricos, naturalmente los pobres se resintieron, llegando los más susceptibles, cuando se presentó el momento, a rechazar todos los sacramentos oficiales.

Julio ya había emitido una distribución de indulgencias para ayudar a pagar la nueva catedral de San Pedro. En su primer año en el trono, León autorizó otra emisión con el mismo propósito, y una vez más en 1515, para su venta especial en Alemania, para costear su guerra por Urbino. Ofreciendo «completa absolución y remisión de todos los pecados», ésta debería venderse en un insólito plazo de ocho años. Las disposiciones financieras, de bizantina complejidad, estaban destinadas a capacitar a un joven noble, Alberto de Brandeburgo, hermano del elector de Brandeburgo, a pagar tres beneficios para los cuales lo había nombrado el papa. A los veinticuatro años Alberto había recibido los arzobispados de Maguncia y de Magdeburgo y el obispado de Halberstadt, por un precio total que diversamente se ha afirmado que fue de 24 mil o de 30 mil ducados. Esta transacción que representaba simonía, beneficios plurales y un aspirante no calificado, fue arreglada mientras el Concilio Laterano se dedicaba a proscribir esas prácticas. Alberto, incapaz de reunir el dinero, había pedido prestado a los Fúcar, a quienes ahora debería de pagar, con las ganancias obtenidas de las indulgencias.

Tetzel, monje dominico, era un promotor que habría causado envidia a Barnum[227]. Al llegar a una ciudad, era saludado por una procesión ya preordenada de clérigos y laicos que salían a saludarlo agitando banderas y con velas encendidas, mientras las campanas de la iglesia tocaban alegremente. Viajando con un cofrecillo con cinturón de metal y una bolsa de recibos impresos, y precedido por un monje que llevaba la Bula de Indulgencias sobre un cojín forrado de terciopelo, se establecía en la nave de la iglesia principal, frente a una enorme cruz, levantada para la ocasión y envuelta con el estandarte del papa. A su lado un agente de los Fúcar llevaba cuenta minuciosamente del dinero que los compradores dejaban caer en un cuenco colocado sobre el arcón, y cada cual recibía una indulgencia impresa, tomándola de la

bolsa[228].

«Tengo aquí», gritaba Tetzel, «los pasaportes… que conducen al alma humana a los goces celestiales del Paraíso». Por un pecado mortal, debían hacerse siete años de penitencia. «¿Quién vacilará, entonces, en asegurar por un cuarto de florín una de estas cartas de remisión?». Exaltándose decía que si un cristiano había dormido con su madre y puesto dinero en el cuenco del papa, «el Santo Padre tiene poder en el Cielo y la Tierra para perdonar el pecado y, si él lo perdona, Dios también debe hacerlo». En nombre de los difuntos afirmó que «en cuanto la moneda suena en el cuenco, el alma por la que pagó vuela directo del Purgatorio al Cielo[229]».

El sonido de estas monedas hizo saltar a Lutero. La burda equiparación hecha por Tetzel de lo mercenario con lo espiritual fue la expresión última del mensaje que emanaba del papado desde hacía cincuenta años. No fue la causa sino la señal de la secesión protestante, cuyas causas doctrinarias, personales, políticas, religiosas y económicas eran viejas y variadas y habían tardado en desarrollarse.

En respuesta a la campaña de Tetzel, Lutero, en 1517, clavó sus 95 tesis en la puerta de la catedral de Wittenberg, tildando de sacrílego el abuso de las indulgencias, aunque, al principio, sin sugerir una ruptura con Roma. En el mismo año, el Quinto Concilio Laterano celebró su sesión final: la última oportunidad de la reforma. El desafío de Lutero provocó un contraataque de Tetzel en que afirmó la eficacia de las indulgencias, lo que fue seguido por una respuesta de Lutero, en un escrito en lengua vernácula, *Indulgencia y gracia*. Sus compañeros los agustinos entraron en el debate, otros oponentes participaron en la disputa y, al cabo de dos meses, un arzobispo alemán, en Roma, pidió que se redactaran actas de herejía. Lutero, convocado a Roma en 1518, pidió ser escuchado en su tierra natal, a lo que accedieron; el delegado papal en Alemania y las autoridades laicas, para no exacerbar los sentimientos durante la inminente reunión de la Dieta alemana que, supuestamente, votaría en cuestión de impuestos. La muerte del emperador Maximiliano, poco después, que requirió la elección de un sucesor en la Dieta, fue una razón más para evitar dificultades.

Sátira luterana sobre la reforma papal; grabado en madera del libro «Ratschlag von den Kirchen». (Sobre los Concilios de la Iglesia, de Martín Lutero), 1538.

Inmerso, como sus predecesores, en el drama italiano, el papa no estaba enterado de las cosas ni era capaz de comprender la protesta que había estado desarrollándose durante siglo y medio desde que Wycliffe había repudiado el sacerdocio como necesario para la salvación, así como los sacramentos y el propio papado. León apenas se enteró del escándalo que había en Alemania, salvo como una herejía que había que suprimir como cualquier otra. Su respuesta fue una bula, publicada en noviembre de 1518, en que excomulgaba a todos los que no predicaran ni creyesen que el papa tenía el derecho de conceder indulgencias. Esto fue tan eficaz como la admonición de Canuto a las olas. Sin embargo, León pronto se preocuparía más por la muerte de Rafael que por el desafío de Lutero[230].

Una vez que la protesta se manifestó, al punto siguió la revuelta contra Roma. Cuando se pidió, en 1518, a la Dieta de Augsburgo, que votase por un impuesto especial para una cruzada contra los turcos, replicó que el verdadero enemigo del cristianismo era «el perro infernal de Roma[231]». En sus audiencias, celebradas en Leipzig en 1519, Lutero repudió la autoridad del papado y también del Concilio General, y después publicó, en 1520, su definitiva declaración de la posición

protestante, *A la nobleza cristiana de la nación alemana*. Afirmando que el bautismo consagraba como sacerdote a cualquier hombre, con acceso directo a la salvación, denunció al papa y la jerarquía por todos sus pecados e injusticias, y pidió el establecimiento de unas Iglesias nacionales independientes de Roma. Su doctrina, adoptada por otros rebeldes y reformadores de la Iglesia, corrió en un torrente de hojas ilustradas y panfletos y escritos, que caían en manos de ávidos lectores en pueblos y ciudades, desde Bremen hasta Núremberg. En Zúrich, ciudad Suiza, otro protestante, Ulrico Zwinglio, que ya predicaba las mismas tesis que Lutero, extendió la protesta, que pronto caería en disputas doctrinarias que fragmentarían para siempre el movimiento.

El Vaticano, informado de la disidencia por los enviados papales, se vio enfrentándose a «un jabalí salvaje que ha invadido la viña del Señor», como lo describió en una nueva bula, *Exsurge Domine*, en 1520. Una vez examinada, la bula condenaba 41 de las tesis de Lutero como heréticas o peligrosas y le ordenaba retractarse. Cuando Lutero se negó, fue excomulgado, y se pidió al brazo secular castigarlo como hereje declarado. El nuevo emperador, Carlos V, joven pero prudente, nada deseoso de atraerse la ira popular, pasó aquel carbón ardiente a la Dieta de Worms, donde Lutero, en 1521, una vez más se negó a retractarse. Carlos V, como devoto católico, se vio obligado a denunciarlo, tal vez menos por razones de ortodoxia que a cambio de un pacto político con el papa, para unirse a él y expulsar a los franceses de Milán. El Edicto de Worms, obedientemente puso a Lutero y sus seguidores bajo prescripción en el Imperio, lo que pronto fue anulado por sus amigos, que se lo llevaron a lugar seguro.

Las fuerzas imperiales triunfaron sobre los franceses en Milán en 1521, permitiendo a sus aliados papales recuperar las joyas del norte de su patrimonio: Parma y Piacenza. Celebrando característicamente la victoria mediante uno de sus predilectos banquetes —que duraron toda la noche— en diciembre, León pescó un resfriado que se convirtió en fiebre, y poco después falleció. En siete años había gastado, según calculó su contralor de finanzas, el cardenal Armellini, cinco millones de ducados, dejando deudas por más de ochocientos mil. Entre su muerte y su entierro, el acostumbrado saqueo, ya habitual a la muerte de un pontífice, fue tan absoluto que las únicas velas que pudieron encontrarse para iluminar su féretro eran unas ya usadas, en un reciente funeral de un cardenal[232]. Su absoluta extravagancia, sin tener siquiera la justificación de un propósito político, como en el caso de Julio, fue el compulsivo afán de gastar de un hijo consentido de la riqueza y la manía adquisitiva de un coleccionista y conocedor de arte. En contraste con el plato de oro de Chigi, él no tenía una red tendida en el río. Alimentó inmortales obras de arte, pero por mucho que éstas hayan embelesado al mundo, la función propia de la Iglesia era distinta.

León dejó el papado y la Iglesia en la «peor reputación posible», escribió un historiador de la época, Francesco Vettori, «por el continuado avance de la secta

luterana». Un libelo sugirió que si el papa hubiera vivido más tiempo, también habría vendido Roma, y luego a Cristo y luego a él mismo[233]. La gente en las calles abucheó a los cardenales que acudían al cónclave para elegir a su sucesor[234].

6. El saco de Roma: Clemente VII, 1523-1534

En este tardío momento, como si el destino estuviese tentando a la Iglesia, un reformador fue elegido papa, no por intención consciente sino por una casualidad, cuando los principales contendientes cayeron en un empate. Cuando ni el cardenal Alejandro Farnesio ni Julio de Médicis pudieron obtener una mayoría y el belicoso cardenal Schiner no fue elegido por dos votos, se propuso el nombramiento de alguien que no estuviese presente, «simplemente para pasar la mañana» como dice Guicciardini. Alguien mencionó el nombre del cardenal Adriano de Utrecht, nacido duque, excanciller de la Universidad de Lovaina, extutor de Carlos V y, de momento, su virrey en España. Cuando alguien elogió las virtudes de este personaje, austero, reformador, pero poco conocido, los cardenales empezaron a votar por él, uno tras otro, hasta que, de pronto, descubrieron que lo habían elegido: ¡a un perfecto desconocido, y lo que era peor, un extranjero! Cuando este notable resultado no se pudo explicar racionalmente, se atribuyó a la intervención del Espíritu Santo[235].

Clemente VII, por Sebastiano del Piombo.

Quedaron horrorizados la curia, los cardenales, los ciudadanos y todos los que esperaban beneficiarse del patrocinio papal; los romanos se indignaron ante el advenimiento de un extranjero, por tanto, dijeron, «bárbaro», y el propio papa elegido no pareció impaciente de subir al trono. En cambio, los reformadores, alentados por la reputación de Adriano, por fin tuvieron esperanzas. Redactaron unos programas para un Concilio de reforma, con listas de reglas de la Iglesia, durante largo tiempo desdeñadas, necesarias para limpiar de corrupción al clero. Su argumento quedó resumido en la severa advertencia de uno de sus consejeros: «Bajo pena de condenación eterna el papa debe nombrar pastores, no lobos[236]».

Adriano no apareció en Roma hasta finales de agosto de 1521, casi ocho meses después de su elección, en parte debido a un brote de peste. Al punto hizo clara su intención. Dirigiéndose al Colegio de Cardenales en su primer consistorio, dijo que los males del clero y el papado habían llegado a tal clímax que, en palabras de San Bernardo, «los que estaban empapados en el pecado ya no podían percibir el hedor de sus propias iniquidades[237]». Afirmó que la mala reputación de Roma era la comidilla de todo el mundo e imploró a los cardenales que suprimieran de sus vidas la corrupción y el lujo, como su sagrado deber, poniendo un buen ejemplo al mundo uniéndose a él en la causa de la reforma. Su público se mostró sordo a sus súplicas. Nadie estaba dispuesto a separar la fortuna personal del cargo eclesiástico, o a prescindir de las anualidades e ingresos de los beneficios plurales. Cuando el papa anunció medidas de austeridad para todos, sólo encontró una sorda resistencia.

Adriano persistió. Los funcionarios de la curia, los antiguos favoritos, y hasta cardenales fueron convocados, para censurarlos o para juicios y castigos. «Todo el mundo tiembla», informó el embajador veneciano, «debido a las cosas hechas por el papa en el plazo de ocho días[238]».

Adriano dictó reglas que prohibían la simonía, reducían los gastos, combatían la venta de dispensas e indulgencias, nombraban sólo a clérigos calificados para obtener beneficios, limitando uno a cada uno, sobre la nueva teoría de que los beneficios eran para los sacerdotes, y no los sacerdotes para los beneficios[239]. En cada uno de sus esfuerzos, se le dijo que quedaría en bancarrota o debilitaría a la Iglesia. Tan sólo atendido por dos ayudantes personales, aislado por el lenguaje, despreciado por su desinterés en las artes y las antigüedades, contrario en todo a los italianos, no pudo hacer nada aceptable. Su carta a la Dieta alemana en que exigía la supresión de Lutero como había sido decretada por la Dieta de Worms fue pasada por alto, mientras que su reconocimiento de que en la Iglesia romana «se había abusado de las cosas sagradas, se habían transgredido los mandamientos y todo había sido para mal» le enajenó a la corte papal[240]. Contra protestas y manifestaciones populares, *pasquinate* satírico, insultos en las paredes y la no cooperación de los dignatarios, Adriano encontró el sistema demasiado arraigado para poder desalojarlo. Tristemente

reconoció: «¡Cuánto dependen los esfuerzos de un hombre de la época en que se juega su destino!»[241]. Totalmente frustrado, el extranjero murió, sin que nadie lo llorara, en septiembre de 1523, después de un año y dos semanas en su cargo.

Roma volvió a la normalidad. El cónclave, sin correr más riesgos, eligió otro Médicis, el cardenal Julio, quien perversamente escogió el nombre del criminal, si bien capaz, primer antipapa del cisma: Clemente VII. El reinado del nuevo Clemente resultó una pirámide de catástrofes. El protestantismo continuó avanzando. Los Estados alemanes —Hesse, Brunswick, Sajonia, Brandeburgo— uno tras otro firmaron la confesión de Lutero, rompiendo con Roma y desafiando al emperador. La ventaja económica lograda al no tener que mantener ya las propiedades eclesiásticas y al eliminar los impuestos papales les interesó tanto como la doctrina, mientras que las pugnas doctrinarias, que reflejaban la disputa de Zwinglio y de Lutero, plagaron al movimiento desde que nació. Mientras tanto, la Iglesia de Dinamarca virtualmente se separó, y la doctrina reformada avanzó continuamente en Suecia En 1527, Enrique VIII, en una acción de enormes consecuencias, pidió al papa anular su matrimonio con Catalina de Aragón, quien, por desgracia para Clemente, era la tía de Carlos V. De otra manera el papa bien habría podido decidir, como sus predecesores, que en tales casos la conveniencia era la mejor parte de un principio. Pero Carlos V doble monarca del Imperio y de España parecía más poderoso que Enrique VIII, haciendo que el papa se negara continuamente a rechazar el divorcio por motivos, según afirmó, de su respeto al derecho canónico. Hizo la elección mala y perdió Inglaterra.

El cargo supremo, como el desastre súbito, a menudo revela al hombre, y reveló que Clemente era menos adecuado para el puesto de lo que se esperaba. Bien enterado y eficiente como subordinado, escribe Guicciardini, una vez en el cargo cayó víctima de la timidez, la perplejidad y una habitual irresolución[242]. Careció de apoyo popular porque, frustrando las esperanza puestas en un Médicis, «no se desprende de nada ni cede la propiedad de otros, por tanto, el pueblo de Roma gruñe[243]». La responsabilidad le volvió «moroso y desagradable», lo que no fue sorprendente, ya que en su conducción de la política cada elección resultó errónea y el resultado de cada aventura fue peor que el anterior. «Se convirtió de un grande y renombrado cardenal», escribió Vettori, «en un pequeño y despreciado papa[244]».

La rivalidad de Francia y de la combinación Habsburgo-España estaba en su apogeo en plena Italia. Tratando de confrontar uno contra el otro, según la costumbre italiana, Clemente sólo logró ganarse la desconfianza de ambos y perder en uno y otro a un aliado fiel. Cuando Francisco renovó la guerra por Milán en 1524, su triunfo inicial decidió a Clemente, pese al reciente pacto del papado con el Imperio, a entrar en un tratado secreto con Francisco a cambio de su promesa de respetar los Estados papales y el gobierno de Florencia por los Médicis, interés básico de Clemente. Al descubrir el doble juego del papa, Carlos juró ir a Italia en persona a «vengarme de quienes me han injuriado, particularmente ese necio papa[245]». Al año siguiente, en

la decisiva y climática batalla de Pavía, los españoles-imperiales derrotaron y tomaron preso al rey de Francia. Tras este desastre de su aliado, Clemente llegó a un nuevo acuerdo con el emperador, mientras conservaba la secreta esperanza de que Francia no tardaría en restablecer el equilibrio de poder, permitiéndole recuperar su capacidad de maniobrar entre los dos. Al parecer nunca vio ventaja en la constancia, ni desventaja en la infidelidad, sino tan sólo los dictados momentáneos de la caprichosa fortuna.

La Batalla de Pavía, 1525, tapiz de Bruselas.

Un año después Carlos liberó de prisión a Francisco, a cambio de su promesa, incluida en un tratado, de renunciar a las pretensiones de Francia a Milán, Génova, Nápoles y todo el resto de Italia, aparte de ceder Borgoña. No era una promesa que probablemente cumpliera el orgulloso rey de Francia al volver a su patria, y efectivamente, no la cumplió. Al recuperar el trono inició aperturas hacia Clemente, quien vio su esperada oportunidad de liberar al papado del pesado dominio español, aun cuando la pasada experiencia de invitar a Francia a entrar en Italia traía malos recuerdos. Sin embargo, se asoció con Francisco en una Liga Santa con Venecia y Florencia, a condición de que tomara las armas contra el emperador, mientras el papa lo absolvía de violar la palabra dada a su captor. Huelga decir lo que los Estados italianos participaron en todos estos acuerdos y cuando se llegó a las hostilidades, fueron pisoteados y violados.

En 1527 casi ninguna parte de Italia se había librado de la violencia sobre vidas y tierras, saqueo, destrucción, miseria y hambre. Las regiones que se habían salvado aprovechaban la miseria de las demás. Dos enviados ingleses, viajando por la Lombardía informaron que «los mejores campos para viñas y trigos que pueden verse están tan desolados que en todos esos lugares [no] vimos mujer ni hombre en el campo, ni criatura que se moviera, y, en los grandes pueblos, cinco o seis personas miserables», y en Pavía, niños llorando en las calles y muriendo de hambre[246].

Después de que los errores de Clemente allanaron el camino, la propia Roma se veía devorada por la guerra. Fuerzas imperiales integradas por lansquenetes alemanes y compañías españolas, al mando de un renegado francés, el condestable de Borbón, aprovecharon los Alpes para combatir contra la Liga Santa y adueñarse de Roma y

del papado, adelantándose a todo intento similar de los franceses. Según resultó, las promesas de Francia habían sido muy superiores a su agotada capacidad: ningún ejército francés entraría en Italia en aquel año para apoyar al papa. Al mismo tiempo, y probablemente con discreta ayuda de Carlos V, un levantamiento del bando de Colonna, favorable a los imperiales, estalló en Roma encabezado por el cardenal Pompeo Colonna, cuya furia de ambición y odio a los Médicis le hicieron concebir un plan para causar la muerte de Clemente e imponer su propia elección en un cónclave, por la fuerza de las armas. Sus exploradores provocaron el desorden, atacaron y mataron a conciudadanos, saquearon el Vaticano, pero no vieron al papa, que escapó por un pasaje privado —construido para tales casos por Alejandro VI—, para refugiarse en el castillo Sant'Angelo. Envueltos en ropas papales, algunos de los hombres de Colonna se paseaban burlonamente por la plaza de San Pedro. Se establecieron condiciones y los saqueadores se retiraron, después de lo cual el papa, sin duda absolviéndose a sí mismo, violó los acuerdos y reunió fuerzas suficientes para saquear las propiedades de los Colonna[247].

El ataque de Colonna no sugirió a Clemente que hubiese la necesidad de organizar la defensa. Se aferró a las negociaciones. En los meses siguientes, sus maniobras y tratados con el embajador español que actuaba a nombre de Carlos V, y con este y aquel Estado, son demasiado tortuosos para seguirlos y, en todo caso, resultarían vanos. Una política concertada y una acción resuelta habrían podido incapacitar a los invasores en Lombardía, cuyas fuerzas mixtas eran mutuamente hostiles, mal pagadas, indisciplinadas, hambrientas y amotinadas. Lo único que los contenía era la promesa de sus comandantes de saquear y obtener ricos rescates en Roma y Florencia. Lo malo era que las fuerzas disponibles de la Liga Santa no estaban en mejor condición, y la unidad y la jefatura como siempre brillaban por su ausencia. Carlos V, educado en la ortodoxia española, y renuente a atacar la Santa Sede, aceptó un armisticio de ocho meses a cambio del pago de sesenta mil ducados a sus hombres. Furiosas por este aplazamiento del saqueo, las tropas se amotinaron y marcharon sobre Roma. Su avance por el sur fue activamente ayudado, con alimentos y paso libre que les ofrecieron los duques de Ferrara y Urbino a cambio de lo que habían sufrido a manos de los papas Médicis.

Los comandantes de la fuerza imperial, temerosos de la barbarie que sentían que se preparaba a volcarse sobre la Ciudad Eterna, quedaron asombrados al no ver señales de defensa, no recibir ningunas aperturas para parlamentar, ninguna respuesta a su ultimátum. Roma estaba desmoralizada; entre sus varios miles de hombres armados, no fue posible reunir ni siquiera quinientos hombres en bandas para defender o al menos para volar los puentes. Al parecer, Clemente contaba con la condición sagrada de Roma como su escudo defensivo, o bien quedó paralizado por su irresolución. «Estamos al borde de la ruina», escribió un secretario de Estado al nuncio papal en Inglaterra. «El destino ha soltado sobre nosotros todo tipo de mal de modo que es imposible aumentar ya nuestra miseria. Me parece a mí que la sentencia

de muerte se ha pronunciado contra nosotros y que sólo estamos aguardando su ejecución, que ya no puede tardar[248]».

El 6 de mayo de 1527, los invasores hispano-germanos hicieron brechas en las murallas y se precipitaron en la ciudad. La orgía de barbarie humana que siguió en la Sede de San Pedro, capital del cristianismo durante 1200 años, fue una medida de hasta dónde la imagen de Roma había sido envilecida por sus gobernantes. Matanza, saqueo, incendio y violación fueron incontrolables; los jefes fueron incapaces y su comandante, el condestable de Borbón, murió a causa de un disparo hecho el primer día desde los muros, de Roma[249].

La ferocidad y sed de sangre de los atacantes «habría movido a compasión a las piedras», según un informe que aparece en los archivos de Mantua, «escrito con mano temblorosa[250]». Los soldados saquearon casa tras casa, matando a todo el que ofreciera resistencia. Las mujeres fueron violadas, cualquiera que fuese su edad. Gritos y lamentos llenaban cada barrio; en el Tíber flotaban los cadáveres. El papa, los cardenales, la curia y funcionarios legos se apiñaron en Sant'Angelo con tal prisa que un cardenal fue levantado en una cesta después que bajó el «rastrillo». Se fijaron rescates a los ricos y se inventaron torturas atroces para hacerles pagar; si no podían se les mataba. Sacerdotes, monjes y otros miembros del clero fueron ultimados con brutalidad extra; las monjas fueron arrastradas a los burdeles o vendidas a los soldados en las calles. Los palacios fueron saqueados, quedando en llamas; iglesias y monasterios perdieron sus tesoros, las reliquias eran pisoteadas, tras despojarlos de sus ornamentos enjoyados, las tumbas fueron abiertas en busca de más tesoros, y el Vaticano sirvió como establo. Archivos y bibliotecas fueron incendiados, y sus contenidos dispersados o sirvieron como lecho para los caballos. Viendo aquella escena, hasta un Colonna lloró. «El infierno no tiene nada que pueda compararse con el actual estado de Roma», informó un veneciano[251].

Los luteranos entre los temidos lansquenetes se complacían en la escena, parodiaban los ritos papales, desfilaban por las calles en los ricos atuendos de los prelados, y las túnicas y los capelos cardenalicios, precedidos por uno que imitaba al papa montado en un asno. La primera oleada de matanzas duró ocho días. Durante semanas Roma estuvo humeante, con el olor de los cadáveres no enterrados a los que iban a mordisquear los perros. La ocupación duró nueve meses, infligiendo daños irreparables. Se calcula que dos mil cadáveres fueron arrojados al Tíber, y 9800 fueron enterrados, y que la rapiña y los rescates costaron entre tres y cuatro millones de ducados. Sólo cuando apareció la peste y se agotaron los alimentos, dejando atrás el hambre, retrocedieron las hordas, saciadas y ebrias del «pestilente matadero» en que habían convertido a Roma.

El saqueo también lo fue de autoridad espiritual. Los vándalos que perpetraron el saqueo de 455 d. C. eran extranjeros llamados bárbaros, pero éstos eran correligionarios cristianos, impelidos, al parecer, por un afán extraordinario de humillar a los manchados señores de la Iglesia. También Troya había creído, un día,

en un sagrado velo de protección; cuando llegó el momento, Roma contó con su condición sagrada, pero encontró que también ésta se había desvanecido.

Nadie pudo dudar de que el saqueo había sido un castigo divino por los pecados mundanos de los papas y la jerarquía eclesiástica, y pocos cuestionaron la opinión general de que la falla venía de dentro. Los agresores estuvieron de acuerdo. Aterrado por los hechos y temeroso del disgusto del emperador ante «estos ultrajes a la religión católica y la sede apostólica», el comisario del ejército imperial escribió a Carlos V: «En realidad, todos están convencidos de que esto ha ocurrido como juicio de Dios contra la gran tiranía y los desórdenes de la corte papal[252]». Una visión más triste fue expresada por el cardenal Cayetano, general de los dominicos, y portavoz de la reforma en el Laterano, legado papal en Alemania en los tratos con Lutero: «Pues nosotros que debimos ser la sal de la Tierra hemos decaído hasta que no somos buenos para nada fuera de ceremonias externas[253]».

La humillación de Clemente fue doble. Hubo de aceptar las condiciones impuestas por los vencedores y quedarse preso en Sant'Angelo hasta encontrar fondos para pagar su rescate, mientras que a la noticia de su impotencia, Florencia se apresuró a expulsar a los agentes del régimen Médicis y a restablecer una república. Por doquier, un cambio de opinión, contra el escándalo de ver aprisionado al papa hizo que el emperador abriera las puertas de Sant'Angelo, de donde, disfrazado de mercader, Clemente salió escoltado rumbo a un mísero refugio en Orvieto, donde permaneció, aún esperando que Francia acudiera a restablecer el equilibrio. Al año siguiente acudió, en realidad Francisco, lanzando un ejército contra Nápoles. Cuando nuevamente fue derrotado, y nuevamente tuvo que renunciar a sus derechos en Italia, el papa fue obligado a entrar en acuerdos con Carlos V, ahora el indisputado señor de Italia. Entre el frío y la miseria, durmiendo sobre paja, fue a Bolonia a buscar el mejor acuerdo posible, ahora con poco espacio para maniobrar. Fue obligado a investir a Carlos como rey de España, con el reino de Nápoles, y coronarlo emperador. A cambio, Carlos aportaría la ayuda militar necesaria para restaurar a los Médicis en Florencia. En algo Clemente se salió con la suya, como papa aún conservaba autoridad para negar el Concilio General, para la reforma, que Carlos le pedía. Su objeción subyacente era personal: el temor de que su cuna ilegítima, tan desenvueltamente pasada por alto por León, pudiese invocarse para invalidar su título.

En adelante, la principal actividad de Clemente fue una guerra para restaurar el dominio de su familia en Florencia. Bajo el mando imperial, los restos de las tropas que habían saqueado Roma se encontraron entre las que pusieron sitio a su ciudad natal que, después de resistir diez meses, fue obligada a rendirse[254]. Clemente gastó en esta empresa tanto como León en Urbino, y con fines similares de poder familiar. Las dificultades de la sucesión Médicis, que ahora se basaban en dos dudosos bastardos, uno de ellos mulato, le distrajeron del problema del avance protestante, o de toda seria consideración de cómo debía hacerle frente la Iglesia. En sus últimos

años los Estados alemanes llegaron a un total divorcio del papado, y formaron la Liga Protestante.

Clemente murió despreciado por la curia (según dice Guicciardini), sin la confianza de los monarcas, detestado por los florentinos que celebraron su muerte con fogatas, y por los romanos que lo consideraron responsable del saqueo[255]. Arrastraron su cadáver de la tumba y lo dejaron mutilado con una espada a través del corazón[256].

El Saco, terrible en sus repercusiones físicas, había aparecido inconfundiblemente como un castigo. La importancia de la secesión protestante se tardó más tiempo para ser comprendida en la Iglesia. Se necesitan tiempo y perspectiva antes de que el hombre comprenda lo que ha hecho. El papado fue comprendiendo lentamente su mal gobierno. A mediados del pontificado del sucesor de Clemente, Pablo III (el excardenal Alejandro Farnesio), casi treinta años después de la abierta ruptura de Lutero, al convocar al Concilio de Trento en 1544, empezó la larga y laboriosa recuperación «de lo que se había perdido».

¿Qué principios de insensatez surgen de la historia de los seis papas renacentistas? Primero, debe reconocerse que sus actitudes hacia el poder y su resultante conducta fueron forjadas, en grado insólito, por las costumbres y las condiciones de su tiempo y su entorno. Desde luego esto puede decirse de cualquier persona y en cualquier tiempo, pero más aún en este caso porque las costumbres y condiciones de la clase gobernante italiana de la época eran, o así nos parecen, en realidad exóticas. Los determinantes locales de la conducta papal —en relaciones exteriores, luchas políticas, creencias, modales y relaciones humanas— deben precisarse, si se quiere que aparezcan los principios guía.

La locura de los papas no fue tanto la práctica de una política contraproducente cuanto un rechazo de toda política continua o coherente, fuese política o religiosa, que pudiese mejorar su situación o contener el creciente descontento. Una locura básica fue el desdén de los movimientos y sentimientos que se desarrollaban a su alrededor. Se mostraron sordos a toda desafección, ciegos a las ideas que pudiesen surgir, inaccesibles a todo desafío, no les preocupó el desaliento que causaba su conducta ni la creciente rabia ocasionada por su mal gobierno, determinados a no cambiar, casi estúpidamente tercos en mantener un sistema corrompido. No pudieron cambiarlo porque fueron parte de él, brotaron de él, dependieron de él.

Sus grotescos despilfarros, su obsesión por el lucro personal fue un segundo factor no menos importante. Una vez, cuando se le censuró por anteponer el poder temporal del papado a «el bienestar de la verdadera Iglesia que consiste en la paz del cristianismo», Clemente VII replicó que si hubiese actuado así le habrían quitado hasta su último centavo, que habría sido «incapaz de recuperar nada que fuese mío[257]». Ésta puede ser la excusa de los seis. Ninguno tuvo el ingenio para ver que la cabeza de la Iglesia tenía una tarea mayor que la búsqueda de lo «mío». Cuando se

antepone el interés privado a los intereses públicos, y la ambición privada, la avaricia y la fascinación de ejercer el poder determinan la política, el interés público necesariamente pierde, y nunca más manifiestamente que con la continuada locura desde Sixto hasta Clemente. La sucesión de un papa a otro multiplicó el daño. Cada uno de los seis dejó intacta su concepción del papado. Para cada uno —con visión un poco mayor en el caso de Julio— el vehículo del gobierno de la Iglesia, la Sede de San Pedro, fue el botín supremo. Durante sesenta años este concepto no fue penetrado por ninguna duda, por ninguna ilustración. Los valores del tiempo lo llevaron a sus extremos, pero el interés personal es de todos los tiempos y se convierte en locura cuando llega a dominar el gobierno.

La ilusión de la permanencia, la inviolabilidad de su poder y categoría, fue una tercera locura. Cada pontífice supuso que el papado era eterno; que siempre se podrían suprimir los desafíos, como lo habían hecho durante siglos la Inquisición, la excomunión y la hoguera. Que el único verdadero peligro era la amenaza de una autoridad superior en forma de Concilio, al que sólo había que eludir o contener para quedar seguros. Ningún entendimiento de la protesta, ningún reconocimiento de su propia impopularidad o vulnerabilidad pasó por esas seis cabezas. Su visión de los intereses de la institución que habían sido nombrados para gobernar fue tan miope que casi equivale a perversidad. No tuvieron un sentido de misión espiritual, no dieron una guía religiosa significativa, no prestaron ningún servicio moral al mundo cristiano.

Sus tres actitudes principales —ceguera ante la creciente desafección de sus fieles, la supremacía del autoengrandecimiento, la ilusión de su invulnerabilidad— son aspectos persistentes de la insensatez. Aunque en el caso de los papas renacentistas, esto fue engendrado y exagerado por la cultura circundante, todos son independientes del tiempo y recurrentes en el gobierno.

IV. LOS INGLESES PIERDEN ESTADOS UNIDOS

1. Quién está dentro, y quién está fuera: 1763-1765

El interés de la Gran Bretaña con respecto al territorio en el continente americano en el siglo XVIII consistía, sin duda, en mantener su soberanía, y, de acuerdo con todas las razones de comercio, paz y lucro, mantenerla con la buena voluntad y deseo voluntario de las colonias. No obstante, a lo largo de los quince años de relaciones que fueron deteriorándose hasta culminar en un disparo que se oyó en todo el mundo, sucesivos ministros británicos, ante constantes advertencias de hombres y hechos, repetidas veces tomaron medidas que sólo podían dañar esa relación. Estas medidas, aunque fuesen justificables en principio, hasta el punto de que destruyeron la buena voluntad y la conexión voluntaria fueron demostrablemente improcedentes en la práctica, además de ser imposibles de aplicar excepto por la fuerza. Y como fuerza sólo podía significar enemistad, el costo del esfuerzo, aun de haberse logrado el éxito, claramente era más alto que la posible ganancia. A la postre, Gran Bretaña hizo rebeldes donde antes no los había habido[258].

La cuestión principal, como hoy lo sabemos, fue el derecho del Parlamento como supremo cuerpo legislativo del Estado —pero no del Imperio, según los colonos— de fijar impuestos a las colonias. La metrópoli exigía ese derecho y los colonos lo negaban. Si este «derecho» existía —o no— institucionalmente, es imposible de responder en forma definitiva y, para los propósitos de esta investigación, ello no interesa. Lo que estaba en juego era un vasto Imperio territorial, plantado por un vigoroso y productivo pueblo de sangre británica. Como Laocoonte contemporáneo, el inevitable Edmund Burke lo percibió y dijo: «La retención de América valía mucho más a la metrópoli, económica, política y hasta moralmente, que ninguna suma que hubiese podido conseguir mediante impuestos o aun que cualquier llamado principio de la Constitución[259]». En suma, aunque la posesión era de mayor valor que el principio, sin embargo, lo menor fue antepuesto a lo mayor, y se buscó lo imposible sacrificando lo posible. Este fenómeno es uno de los más comunes entre las locuras de gobierno.

«Un gran imperio y mentes pequeñas van juntos». Edmund Burke, del estudio de Sir Joshua Reynolds.

Las dificultades surgieron del triunfo británico de 1763 sobre los franceses y los indios en la Guerra de Siete Años. Con la cesión de Canadá y tierras internas por Francia, la Gran Bretaña quedó en posesión de las grandes llanuras, a través de las planicies Allegheny, de los valles del Ohio y Misisipi poblados por indómitas tribus indias y por unos 8000 o 9000 católicos francocanadienses. Los franceses, aún no enteramente expulsados del continente, conservaban la Louisiana y la embocadura del Misisipi, desde donde, posiblemente, podrían emprender una campaña de retorno. La administración y la defensa de la nueva área significaría mayores gastos para los ingleses por encima del pago de intereses sobre la deuda nacional, que los costos de la guerra casi habían duplicado, de 72 millones de libras a 130 millones de libras. Al mismo tiempo, la cuenta del presupuesto se había decuplicado, pasando de 14.5 millones de libras a 145 millones.

La necesidad inmediata de la victoria fue establecer una fuerza armada calculada en diez mil hombres en la América del Norte para la defensa contra los indios y el resurgimiento de los franceses, y al mismo tiempo, colectar ingresos en las colonias para pagar dicha defensa. Para su propia defensa, como la veían los ingleses. La simple insinuación de un ejército permanente, que en la mentalidad del siglo XVIII evocaba las peores connotaciones de tiranía, al punto pondría en estado de alerta y de desconfianza a los colonos que tenían ideas políticas. Sospechaban que los británicos

desconfiaban de ellos, ahora que se habían librado de la amenaza de los franceses, suponiendo que albergaban la intención de sacudirse el yugo británico y por ello creían que la metrópoli estaba planeando «poner sobre nosotros un gran número de tropas bajo pretexto de defendernos pero, en cambio, destinadas a ser un freno sobre nosotros[260]»; mantenerlos, según escribió otro colono, «en apropiada sujeción[261]». Aunque esta idea ciertamente no estaba ausente de algunas cabezas inglesas, no parece haber sido tan básica y determinante como lo creían los susceptibles norteamericanos. La actitud del gobierno metropolitano no era tanto de temor a una rebelión colonial cuanto un sentido de que no debía permitirse que, por no dar un adecuado apoyo a la defensa, continuaran fraccionándose las colonias, y que se necesitaban medidas para que las colonias soportaran su parte correspondiente de la carga.

La perspectiva de unos impuestos despertó en las colonias aún más oposición que la perspectiva de un ejército permanente. Hasta entonces, los fondos para el gobierno local de las varias colonias habían sido aprobados y asignados en sus propias asambleas. Excepto en forma de derechos aduanales que regulaban el comercio para beneficio de la Gran Bretaña, las colonias no habían estado sometidas a impuestos metropolitanos, y el hecho de que esto no hubiera ocurrido fue creando gradualmente la suposición de que no existía tal «derecho». Los colonos, no representados en el Parlamento, fincaron su resistencia en el principio del derecho inglés a que no se les fijaran impuestos, como no fuese por sus propios representantes, pero el fundamento fue la reacción universal a todo nuevo impuesto: no pagaremos las colonias, aunque jurando su lealtad a la Corona, se consideraban independientes del Parlamento y sus asambleas se consideraban iguales a él. Sin embargo, no se habían estipulado los derechos y obligaciones de aquella relación, y, para evitar la definición, los dos bandos, a cada lado del océano, se las habían arreglado para seguir unidos, aunque no siempre muy armoniosamente, sin que nadie estuviese seguro de las reglas, pero en cuanto se sugirió un prospecto de un impuesto, así como el ejército permanente, esto fue denunciado en las colonias como una violación de sus libertades, como un avance de la tiranía. Se habían echado las bases del conflicto.

A estas alturas, es necesario entrar en ciertos detalles de los límites, la envergadura y los azares de este ensayo. Lo que sigue no pretende ser otro relato más, debidamente equilibrado, de los acontecimientos que precipitaron la Revolución norteamericana, de los que ya existe superabundancia. Mi tema es más limitado: una elucidación de la insensatez del bando británico, porque en ese bando fue donde se siguió una política contraria a su interés. Los norteamericanos reaccionaron excesivamente, cometieron torpezas, riñeron, pero actuaron, si no siempre admirablemente, sí en su interés, sin perderlo de vista. Si la locura que nos interesa es la contradicción del interés propio, en este caso debemos seguir a los ingleses.

Lo primero que debe decirse acerca de la relación británica con América es que, aunque las colonias eran consideradas de vital importancia para la prosperidad y el

rango mundial de la Gran Bretaña, se les prestaba muy poca o ninguna atención. El problema norteamericano, aunque fuese haciéndose cada vez más agudo, nunca —salvo durante un breve periodo de tumulto, al rechazar la Ley Postal— fue interés primario de la política británica hasta el real rompimiento de las hostilidades. El problema, importantísimo y omnipresente que absorbía toda la atención era el juego de las facciones, la obtención de cargos, la manipulación de conexiones, la formación y el rompimiento de alianzas políticas; en suma, el asunto más urgente, más vital y más apasionante que ningún otro, de quién está dentro, quién está fuera. A falta de partidos políticos en toda forma, la formación de un gobierno estaba más sujeta a maniobras personales, más de lo que ha estado desde entonces. «Las cábalas parlamentarias», que plagaron los doce primeros años del rey Jorge III, escribió lord Holland, sobrino de Charles James Fox, «siendo meras pugnas por obtener el favor y el poder, causaron más sangre y rencores personales entre individuos, que las grandes cuestiones de política y principio que surgieron de las guerras norteamericana y francesa[262]».

El segundo interés era el comercio. Se sentía que el comercio era la sangre vital de la prosperidad inglesa. Para una nación isleña, representaba la riqueza del mundo, el factor que establecía la diferencia entre las naciones ricas y las pobres. La filosofía económica de la época (que después se llamaría mercantilismo) sostenía que el papel de las colonias en el comercio era servir como fuente de materias primas y mercados para los productos manufacturados ingleses, y nunca usurpar la función manufacturera. Esta simbiosis era considerada inalterable. El transporte, en ambas direcciones, en naves inglesas y la reexportación de productos coloniales a través de la Gran Bretaña hacia mercados extranjeros eran aspectos del sistema, el cual era regulado por unas treinta Leyes de Navegación y por la Junta de Comercio, el arma[263] más organizada y profesional del gobierno inglés. Los comerciantes de la colonia y los capitanes mercantes, a quienes las Leyes de Navegación prohibían exportar así fuese un clavo de herradura, como producto manufacturado, y comerciar con el enemigo durante las interminables guerras de Inglaterra en la primera parte del siglo, recurrían, ya rutinariamente, al contrabando y la piratería. Las alcabalas se evadían o se pasaban por alto, y no producían más que unas míseras 1800 libras anuales para el Tesoro británico. Un remedio a esta situación ofrecía esperanzas de llenar las agotadas arcas después de la Paz de 1763.

Desde antes de que terminara la Guerra de Siete Años, un esfuerzo por aumentar los ingresos llegados de las colonias provocó un grito de indignación que habría de alimentar la futura resistencia. Para imponer la recaudación de los derechos aduanales, los británicos emitieron Decretos de Asistencia, u órdenes de cateo, que permitían a los empleados de las aduanas entrar en las casas, los talleres y los almacenes, en busca de bienes de contrabando. Los comerciantes de Boston, que, como toda la costa del este, vivían del comercio que evadía las aduanas, desafiaron los Decretos en tribunales, con James Otis como su defensor. Su oración, «un torrente

de imperiosa elocuencia», enunció el principio colonial básico de que «impuestos sin representación es tiranía[264]». Desde entonces fue clara la señal de que habría dificultades en América para todo el que supiera verla.

Otis no la inventó. Los gobernadores coloniales —si no sus jefes en la metrópoli, quienes no suponían que los provincianos tuviesen o pudiesen siquiera tener opiniones políticas— reconocían bien la aversión de los norteamericanos a todo impuesto no fijado por ellos mismos, e informaron, desde 1732, que «el Parlamento no encontrará fácil poner en vigor semejante Ley[265]» Las indicaciones fueron bastante claras para *sir* Robert Walpole, principal estadista de la época que, cuando se le sugería poner impuestos a los norteamericanos, replicó: «¡No! Es medida demasiado arriesgada para mi; la dejaré a mis sucesores[266]». Las propuestas de impuestos se hicieron más frecuentes durante la Guerra de Siete Años como reacción a lo avaro de las colonias en aportar hombres y fondos para mantener la guerra, pero ninguna se adoptó porque el gobierno metropolitano por entonces no podía arriesgarse a perder la voluntad de los quisquillosos provincianos.

Seis meses después de la frase de Otis, Inglaterra adoptó la primera de la que sería una larga serie de medidas contraproducentes, cuando el procurador general en Londres declaró que los Decretos de Asistencia eran legales para imponer las Leyes de Navegación. El resultante costo en mala voluntad superó con mucho a los ingresos recabados en las siguientes tarifas y multas.

La Cámara de los Comunes, en el reinado de Jorge III, por Karl Anton Hickel, 1793, muestra a William Pitt *El Joven* dirigiéndose a la Cámara.

Mientras tanto, el Tratado de Paz de 1763 había causado divisiones, siendo

considerado demasiado blando por William Pitt, arquitecto y héroe nacional de las victorias de la Gran Bretaña en la guerra. Bajo los célebres truenos de su sarcástica oratoria, la Cámara de los Comunes se estremeció y los ministros palidecieron, pero aun así votaron por el Tratado de Paz por mayoría de cinco a uno, principalmente por un deseo de volver a los gastos de tiempos de paz y a un menor impuesto sobre la tierra. Todo ello resultó ilusorio. En cambio, lord Bute, nombrado por Jorge III para remplazar a Pitt, quien, resentido, se apartó al no ser atendido en la cuestión de la guerra, fijó una alcabala en la Gran Bretaña sobre la sidra, con calamitosos efectos. Como los Decretos en América, esta ley capacitaba a los inspectores a visitar los lugares y hasta a vivir con los poseedores de las fábricas de sidra para llevar la cuenta del número de galones que producían. Tan ruidosas y violentas fueron las protestas de los ingleses contra esta invasión, que hubo que llamar a las tropas a las tierras con pomares, mientras que en Westminster Pitt fue inspirado a hacer su inmortal declaración de principio: «El hombre más pobre en su choza puede desafiar toda la fuerza de la Corona. Puede ser frágil; su tejado puede tambalearse; el viento puede pasar por ella y entrar la tormenta; la lluvia puede entrar… ¡pero el rey de Inglaterra no puede entrar allí; todas sus fuerzas no se atreven a cruzar el umbral de la humilde morada!»[267]. Ésta fue la voz que, de no ser por trágicas fallas en el hombre habría podido prevenir todos los errores.

Como nadie había calculado cuánto produciría el impuesto a la sidra, no era claro cuánto del déficit podría compensarse antes de que el sentimiento popular derribara al gobierno. El ministro del Tesoro era un conocido libertino, *sir* Francis Dashwood, que pronto sería quinceavo barón de Despensas. Fundador del notorio Hellfire Club, que se entregaba a todo tipo de desenfrenos en un monasterio reconstruido, no era un financiero competente: su conocimiento de la contabilidad, dijo un contemporáneo suyo, «se limitaba a pagar las cuentas de la taberna», y una suma de cinco cifras era para él «un secreto impenetrable[268]». Al parecer, intuyó que el impuesto a la sidra no le daría la gloria; dijo: «La gente me señalará diciendo: “Allí va el peor ministro del Tesoro que jamás tuviéramos”[269]».

«¡Oh Dios, todo ha terminado!» Frederick, Lord North, por Nathaniel Dance, *circa* 1770.

La conciencia de su incapacidad para la labor de gobierno comúnmente afligía a los nobles lores que ocuparon los cargos, sobre todo cuando su única cualidad era su noble cuna. La importancia extra de una noble cuna era aceptada por todas las clases en el mundo del siglo XVIII, desde el hacendado hasta el rey; la ilustración de la época no llegó hasta el igualitarismo. Jorge III lo puso en claro: «Lord North no podrá pensar seriamente que un caballero privado como el señor Penton puede ponerse en el camino del hijo mayor de un conde, e indudablemente si esa idea se sostiene es diametralmente opuesta a lo que yo he sabido toda mi vida[270]».

Augustus Henry Fitzroy, 3.er duque de Grafton, por Pompeo Batoni, 1762.

Charles Watson-Wentworth, 2.o marqués de Rockingham, del estudio de Sir Joshua Reynolds, 1771.

Sin embargo, como calificación para ocupar un cargo, la aristocracia no engendraba necesariamente confianza en sí misma. La consideración a la cuna y las

riquezas impelió al marqués de Rockingham y al duque de Grafton al cargo de primer ministro, y al duque de Richmond al cargo de secretario de Estado, durante el decenio de 1760. Rockingham, aun siendo primer ministro (el título de Premier, aunque describiera el cargo, no se empleaba), tenía la mayor dificultad para hablar de pie, y Grafton se quejaba regularmente de no sentirse capaz de desempeñar la tarea. El duque de Newcastel, que heredó posesiones en doce condados y un ingreso de cuarenta mil libras anuales y que sirvió varias veces como primer ministro y ejerció patrocinio político durante cuarenta años, era timorato, ansioso, celoso y, probablemente, el único duque de quien se sabe que, dondequiera que fuese, esperaba ser tratado con desprecio. Lord North, quien encabezó el gobierno durante la década crucial de 1770, protestando casi todo el tiempo, y el propio Jorge III se alejaron de sus responsabilidades diciendo que estaban por encima de su capacidad.

¡George, es un rey! George III, del estudio de Allait Ramsay, *circa* 1767.

El impuesto a la sidra provocó el tumulto final que llevó a la caída del aborrecido conde de Bute, de quien se sospechaba que quería derrocar al rey, sosteniendo como los *tories* la «prerrogativa» real. Renunció en 1763, y fue sucedido por el cuñado de Pitt, George Grenville. Aunque el impuesto a la sidra claramente había sido un fracaso y fue derogado en dos años, el gobierno, en su busca de ingresos, probaría los mismos métodos fiscales en América.

George Grenville, cuando aceptó el primer cargo, a los 51 años, era un hombre

serio, laborioso, diletante, inflexiblemente honrado entre hombres venales, de estrecho criterio, mojigato y pedante. Economista por temperamento, decía que su regla era vivir de sus ingresos y ahorrar su salario. Aunque ambicioso, carecía de los dones que allanan el camino a la ambición. Horace Walpole, el hombre mejor informado de todos, lo consideraba «el hombre de negocios más capaz de la Cámara de los Comunes[271]». Aunque no fuese noble ni heredero de un título, Grenville, por medio de sus antecedentes y su familia, estaba conectado con las familias gobernantes *whigs*, que monopolizaban los cargos del gobierno. Su madre era una Temple, a través de la cual su hermano mayor, Richard, heredó el título de lord Temple; su tío materno, el vizconde Cobham, era propietario de Stowe, una de las posesiones más soberbias de la época. George siguió el camino clásico, pasando por Eton y Christ Church, Oxford, estudió derecho en el Inner Temple y fue recibido por la Barra a los 23 años, ingresó al Parlamento a los 29 en 1741, por el burgo de su familia, que representó hasta su muerte, aspiró a un ministerio con la intención insólita de ganárselo mediante el dominio de su cargo, ocupó la mayor parte de los puestos importantes bajo la égida de Pitt, que se había casado con su hermana, mientras que él no olvidó casarse con una hermana del conde de Egremont, importante secretario de Estado.

«Ceguera intencional». Lord George Germain, grabado después de George Romney.

Ésta era la pauta de los ministros británicos. Procedían de unas 200 familias, con 174 títulos nobiliarios en 1760, se conocían unos a otros, de la escuela y la universidad, estaban emparentados por medio de cadenas de primos, parientes

políticos, padres adoptivos y hermanos de segundos y terceros matrimonios, se casaban unos con las hermanas, las hijas y las viudas de otros, y constantemente intercambiaban amantes (una señora Armstead sirvió en ese papel a lord George Germain, a su sobrino el duque de Dorset, a lord Derby, al príncipe de Gales y a Charles James Fox, con quien acabó por casarse[272]), se nombraban unos a otros para ocupar los cargos, y se concedían puestos y pensiones. De unas veintisiete personas que ocuparon los más altos cargos en el período de 1760-1780, veinte habían asistido a Eton o a Westminster, habían pasado a Christ Church o a Trinity College en Oxford o a Trinity o Kings en Cambridge, y las más de las veces habían hecho el Gran Viaje en Europa. Dos de los veintisiete eran duques, dos marqueses, diez condes, había un noble escocés y un irlandés, seis eran hijos menores de nobles y sólo había cinco plebeyos, entre ellos Pitt, el estadista más notable de la época, y tres por la vía del derecho llegaron a lores cancilleres. Como única educación profesional abierta a los hijos menores de la aristocracia y los caballeros-plebeyos (se podía entrar sin preparación en el ejército y en el clero), el derecho era el único camino para los ambiciosos.

Los pares del reino y otros propietarios de confortables fincas disfrutaban de ingresos anuales de quince mil libras o más de las rentas, minas y riquezas de sus propiedades. Administraban grandes casas, granjas, establos, jaurías, parques y jardines, recibían a innumerables invitados, empleaban ejércitos de servidores, palafreneros, guardabosques, jardineros, labradores y artesanos. El marqués de Rockingham, el hombre más rico que ocupara un cargo en ese período, con excepción de los duques, recibía un ingreso de cerca de veinte mil libras anuales de sus propiedades en Yorkshire, Northamptonshire e Irlanda, vivía en una de las mansiones más grandes de Inglaterra, se casó con una rica heredera, disponía de tres burgos parlamentarios, con 23 beneficios y cinco capellanías, y sirvió como lord teniente del West Riding de Yorkshire y de la ciudad de York.

¿Por qué entraban en el gobierno estos poseedores de fortunas, privilegios y grandes posesiones? En parte, porque consideraban que el gobierno era su esfera y su responsabilidad. El principio de *noblesse oblige* tenía sus raíces en la obligación feudal que originalmente obligaba a los nobles a servir en el consejo del rey, y durante largo tiempo habían gobernado como terratenientes y jueces de paz en sus propios condados. El gobierno iba con el título territorial; era el empleo de los caballeros, el deber de la nobleza campesina, en la elección de 1761, 23 hijos mayores de la aristocracia entraron en la Cámara de los Comunes en su primera oportunidad después de llegar a los 21 años y todos ellos, salvo 2, menores a los 26 años[273].

Por otra parte, el alto cargo ofrecía los medios de mantener a los parientes que de ellos dependían. Como los bienes inmuebles correspondían por derecho de primogenitura al hijo mayor, la riqueza privada rara vez bastaba para mantener a los hijos menores, sobrinos, primos pobres y sirvientes con merecimientos. Era necesario

el «cargo», por que esos dependientes no tenían otros medios de mantenerse. Salvo el derecho, no había profesiones en que se prepararan a los aristócratas. Por medio del patrocinio y de las conexiones en la corte, un ministro podía mantenerse. Las sinecuras de obligaciones un tanto misteriosas eran ilimitadas. *Sir* Robert Walpole, ministro predominante en el reinado anterior, distribuyó entre sus tres hijos, incluyendo a Horace, los puestos de auditor de Bolsa, ujier de Bolsa, y encargado de los Recibos, mientras que dos de sus hijos compartían el cargo de cobrador de Aduanas. George Selwyn, elegante libertino y conocedor de ejecuciones en público, fue nombrado y sirvió como registrador del Tribunal de la Cancillería en Barbados sin honrar nunca la isla con su presencia[274]. Una razón de la escasez de los ingresos que llegaban de las aduanas de América era que los hombres nombrados para el puesto de recaudador a menudo se quedaban cómodamente en sus casas de Inglaterra dejando sus deberes a sustitutos mal pagados y fáciles de sobornar.

Más que el patrocinio, el señuelo del poder y la categoría han embrujado a hombres de todos tiempos y condiciones, en circunstancias confortables, no menos que a los menesterosos. El conde de Shelburne, uno de los ministros más inteligentes de la época, lo dijo con toda claridad: «El único placer que espero de mi empleo no es el lucro sino actuar un papel adecuado a mi rango y a mi capacidad, tal como es[275]». La aristocracia de la Inglaterra del siglo x[276] sucumbió a este señuelo como otros hombres; hasta el temor del duque de Newcastle al cargo fue dominado, dice Horace Walpole, por «su pasión por pasar a la primera fila del poder[277]». Entraban jóvenes, rara vez preparados para sus tareas, podían ponerse inquietos o aburrirse ante las dificultades y habitualmente se retiraban, durante medio año, a los encantos de sus casas de campo, sus caballos de carreras, cotos de caza e intentos de pintar paisajes Los temperamentos y las capacidades individuales diferían tanto como en cualquier otro grupo: algunos eran concienzudos, algunos eran descuidados para con sus deberes, unos eran liberales, reaccionarios otros, entregados unos al juego y a la bebida, otros más sesudos, capaces, mejor educados que otros, pero en general su actitud hacia el gobierno no era precisamente profesional. En realidad la profesión del gobierno no existía; la idea habría escandalizado a quienes lo practicaban. Los placeres sociales solían ser lo primero; se atendía al cargo en el tiempo restante. Las reuniones del gabinete no programadas y ocasionales, generalmente se celebraban a la hora de la comida en la residencia londinense del primer ministro. El sentido de compromiso no siempre era muy fuerte. Lord Shelburne, en quien sí lo era, una vez se quejó ante un colega de lo irritante que era que lord Camden y el duque de Grafton «vinieran (a Londres), con sus opiniones de eruditos a la violeta, a superarnos en votos en el gabinete[278]».

Cuando el juego se puso de moda en el mundo elegante, cuando las damas llenaban sus casas con partidas de naipes que anunciaban en los periódicos[279] y los hombres se quedaban hasta el amanecer en Brooks, apostando enormes sumas a una

carta o en insensatas apuestas acerca de la lluvia del día siguiente o la cantante de ópera de la siguiente semana, cuando era fácil perder fortunas y estar endeudado era condición normal, ¿cómo se adaptaban esos hombres, una vez ministros, a las cifras implacables de las cuentas y las tasas impositivas y la deuda nacional?

Unas circunstancias aristocráticas no fomentaban el realismo en el gobierno En el hogar, una palabra o una inclinación de cabeza hacia los sirvientes lograba el fin deseado. Por orden de *Capability* Brown o de otro pintor de paisajes, se modificaban tierras para que tuviesen graciosas inclinaciones, se creaban lagos, panoramas, grupos de árboles; se trazaban graciosas curvas de un lago a una casa. Cuando el pueblo de Stowe estorbó el panorama planeado por el dibujante, todos sus habitantes fueron trasladados a unas casas nuevas a tres kilómetros de allí, y el viejo pueblo fue arrasado y en su lugar se plantaron árboles[280]. Lord George Germain, el ministro encargado de las operaciones militares de la Revolución norteamericana, nació en Sackville y creció en Knole, dominio familiar tan extenso, con sus siete patios y múltiples tejados de diferentes alturas, que desde cierta distancia parecía un pueblo. Durante su niñez su padre plantó en un gran arranque las semillas de 200 perales, 300 manzanos, 200 cerezos, 500 acebos, 700 avellanos, otros 1000 acebos para proteger el jardín de la cocina, y 2000 ayas para el parque[281].

Los gustos no se limitaban en todos los casos a los paisajes y los clubes. Se suponía que la educación en la escuela y la universidad había dado un respetable conocimiento de los clásicos latinos y de algunos griegos; y el Gran Viaje al continente, cierto conocimiento de las artes, embellecido por la compra de pinturas y copias de las esculturas clásicas, para traer a casa. El Viaje solía incluir Roma, que no parecía haber cambiado mucho desde los papas renacentistas. Su gobierno era «el peor posible», escribió un visitante inglés. «De toda la población, una cuarta parte son sacerdotes, una cuarta son estatuas, y una cuarta son gente que no hace nada[282]».

Los gobernantes británicos, si lo querían, podían contar con consejo de fuera de su propia clase, empleando a distinguidos intelectuales en calidad de asesores. Rockingham, cuando fue lanzado al principal cargo, después de Grenville, y tal vez consciente de sus limitaciones, tuvo el acierto de seleccionar a un joven y brillante jurista irlandés, Edmund Burke, como su secretario privado. Lord Shelburne empleó a Joseph Priestley, hombre de ciencia, como su bibliotecario y compañero en andanzas literarias, asignándole una casa y una anualidad de por vida. El general Henry Seymour Conway, secretario de Estado y futuro comandante en jefe, nombró al filósofo de la política David Hume como su subsecretario departamental y, a petición de Hume, asignó una pensión de cien libras anuales a Jean Jacques Rousseau, que por entonces estaba en Inglaterra. El propio Conway, como autor ocasional, escribió una comedia adaptada del francés y presentada en el Drury Lane. El conde de Dartmouth, secretario de Estado en el gabinete de su hermanastro lord North, fue el principal benefactor de la escuela para indios de Eleazar Wheelock, que

llegaría a ser Dartmouth College. Posó para 18 retratos[283], uno de ellos pintado por Rommey, y fue constante mecenas del poeta William Cowper, a quien aseguró una sinecura y un hogar tranquilo para pasar allí sus arranques de locura.

La capa superior del gobierno, pese a sus gustos cultivados, produjo durante este periodo pocos grandes intelectos. El doctor Johnson declaró que sólo había conocido a «dos hombres que se habían elevado considerablemente sobre el nivel común»: William Pitt y Edmund Burke, ninguno de los cual pertenecía por completo a la capa superior[284]. Pitt sugirió un factor, sin duda subjetivo, con su observación de que casi no conocía un muchacho «que no hubiese quedado acobardado para toda la vida en Eton[285]». Él conservó a sus hijos en el hogar para educarlos en privado. El estado mental común fue mejor comprendido por William Murray, el jurista escocés, como conde de Mansfield, futuro juez y lord canciller. Sin mucho éxito había tratado de dirigir un curso de estudio de historia, oratoria y los clásicos para su sobrino, el futuro marqués de Rockingham, y le escribió cuando éste cumplió 21 años: «No podrías ofrecerme una vista más insólita, que un hombre de tu edad rodeado por todos los señuelos e instrumentos de la locura, y que se atreviese a ser sabio; que en un periodo de insatisfacción, se atreviera a pensar[286]» Tal era el estado del periodo 1760-1780; atreverse a ser sabio y atreverse a pensar, no era su fuerte. Pero, para el caso, ¿cuán a menudo lo ha sido en cualquier periodo?

El joven monarca que presidía todas estas disposiciones no era muy admirado en estos años. Al subir Jorge III al trono en 1760 a la edad de 21 años, a Horace Walpole le pareció alto, elegante, digno y «amable», pero esa amabilidad era penosamente forzada. Sin padre desde la edad de 12 años, Jorge había crecido en una atmósfera del mayor rencor entre su abuelo Jorge II y su padre, Federico, príncipe de Gales.

El odio entre padre e hijo, aunque bastante común entre la realeza, era extremo en este caso, y dejó al joven Jorge con una hostilidad hacia todos los que hubiesen servido a su abuelo, y convencido de que el mundo cuyo gobierno heredaba él era profundamente perverso, y que mejorar su calidad moral era su deber. En el estrecho círculo de familia de Leicester House, no recibió una buena educación, no tuvo contactos con el mundo exterior, y creció terco, limitado, perturbado e inseguro de sí mismo. Le gustaba retirarse a su estudio, informó su tutor, lord Waldegrave, «para disfrutar melancólicamente de su propio mal humor». Rara vez hacía mal, «excepto cuando confundía lo injusto con lo justo» y, cuando esto ocurría, «era difícil desengañarlo porque es extraordinariamente indolente y tiene grandes prejuicios[287]».

Los grandes prejuicios en una mentalidad mal formada son peligrosos para el gobierno, y aún más si se combinan con una posición de poder. Jorge, en un ensayo de su juventud, acerca del rey Alfredo, escribió que cuando éste subió al trono «casi no había hombre en un cargo que no fuese totalmente inapropiado para él y, en general, sumamente corrompido en su cumplimiento». Suprimiendo a los incorregibles, «regenerando» a los demás, Alfredo había «elevado la gloria y

felicidad de su país» con ayuda del Todopoderoso que «arruina los planes de los hombres ambiciosos, soberbios y falaces[288]». Tal era la idea que Jorge tenía de sus ministros, y tal sería su propio programa. Debía limpiar el sistema, restaurar el gobierno justo —el suyo propio— y cumplir con la orden de su madre: «Jorge, sé un *Rey*». Sus esfuerzos, desde el primer día de su reinado, por derribar a los grandes *whigs* que complacientes gobernaban mediante una continua distribución de favores, tomando los favores en sus propias manos, convenció a muchos, no sorprendentemente, de su intención de restaurar el absolutismo real, que con tal costo había sido vencido el siglo anterior.

Necesitando un padre sustituto, Jorge se había aferrado al conde de Bute con una adoración neurótica que tenía que terminar, como terminó, en una gran desilusión. Después, hasta que encontró al más apacible lord North, Jorge desconfió de cada primer ministro o los despreció, o cayó en total dependencia, y como tenía poderes para nombrar y despedir dentro de ciertos límites, sus cambios mantuvieron muy inestable al gobierno. Como Pitt había abandonado el círculo del príncipe de Gales para servir a Jorge II, Jorge le llamó «el más negro de los corazones», «verdadera víbora en la hierba[289]», y juró hacer que otros ministros «pagaran sus ingratitudes». Jorge confesaba a menudo a Bute la tortura de su desconfianza e irresolución, pero al mismo tiempo estaba convencido de su propia justicia, basada en que no deseaba más que el bien, y por tanto todo el que no estuviese de acuerdo con sus ideas era un canalla. No era éste un soberano que fácilmente comprendiera o tratara de comprender a sus súbditos coloniales que se insubordinaran.

Una debilidad del gobierno de Inglaterra era la falta de cohesión o de un concepto de responsabilidad colectiva. Los ministros eran nombrados por la Corona como individuos y seguían sus propias ideas de política, frecuentemente sin consultar a sus colegas. Como el gobierno se derivaba de la Corona, los aspirantes a los altos cargos habían de caer en la gracia de alguien y trabajar en sociedad con el rey, lo cual en tiempos de Jorge III resultó labor más peliaguda de lo que había sido bajo los primeros hannoverianos obtusos nacidos en el extranjero. Dentro de ciertos límites, el soberano era jefe del Ejecutivo con derecho de escoger sus propios ministros, aunque no exclusivamente sobre la base del favor real. El primer ministro y sus asociados debían contar con el apoyo de los electores en el sentido de que, aun sin un partido político, habían de contar con una mayoría en el Parlamento y depender de ella para lograr la aprobación de sus medidas políticas. Aun cuando esto se lograra, el errático y emocional ejercicio de los derechos de elección del rey causó extrema incertidumbre de los gobiernos en sus primeras décadas, en que se engendró el conflicto norteamericano, aparte de causar rencores personales en la lucha de las facciones por obtener favores y poder.

El gabinete era un cuerpo inestable, en continuos cambios, no encargado de una política específica. Su jefe era simplemente llamado primer ministro; la resistencia al título de premier, que Grenville llamó «odioso», fue un legado del periodo de veinte

años de *sir* Robert Walpole y el temor a mayor concentración de poder en un solo hombre. La función, hasta el punto en que se debía ejercer, correspondía al primer lord del Tesoro. El gabinete en funciones nombraba a cinco o seis, incluyendo, aparte del primer lord, a dos secretarios de Estado para asuntos internos y externos —extrañamente designados como departamentos del Norte y el Sur—, al lord canciller para cuestiones de derecho y al lord presidente del Consejo, o sea, el Consejo Privado, numeroso grupo variable de ministros, exministros y funcionarios importantes del reino. El primer lord del Almirantazgo, que representaba el servicio principal, era a veces, aunque no siempre, miembro del gabinete interior. El ejército tenía un secretario de Guerra sin escaño en el gabinete y un pagador general, quien, mediante el control de pagas y abastos, ocupaba el cargo más lucrativo del gobierno, pero no tenía ningún representante en los consejos de política. Hasta 1768, ningún departamento fue específicamente encargado de la administración de las colonias o de aplicar las medidas correspondientes. Los asuntos coloniales, pragmáticamente, recayeron en la Junta de Comercio y Plantaciones; no menos pragmáticamente, la armada, que mantenía el contacto a través del océano, servia como instrumento de política.

Lores jóvenes, subsecretarios, comisionados de juntas y aduanas, desempeñaban la diaria labor del gobierno, sugerían y redactaban las leyes del Parlamento. Estos miembros del servicio civil, hasta llegar a empleados inferiores, eran nombrados gracias a patrocinio y «conexiones», así como los gobernadores coloniales y su personal, con los oficiales del Almirantazgo y las colonias. La «conexión» era el fundamento de la clase gobernante y el término importante de la época, a menudo en detrimento de las funciones. Esto no dejó de ser advertido. Cuando el duque de Newcastle pidió al almirante George Anson que nombrara para su personal a un miembro del Parlamento, sin condiciones, para asegurarse su voto, el almirante, que llegaría a ser primer lord después de su célebre viaje alrededor del mundo, claramente expresó que aquél sería un flaco servicio para la marina. «Debo rogar a Vuestra Gracia que considere seriamente cuál sería la condición de vuestra flota si atendiésemos a estas recomendaciones de los burgos, que son tan frecuentes»; la costumbre «ha causado más daño al público que la pérdida de un voto en la Cámara de los Comunes[290]».

Más allá de los ministros, más allá de la Corona, el Parlamento gozaba de la supremacía, difícilmente conquistada el siglo anterior al costo de una revolución, una guerra civil, un regicidio, una restauración y una segunda expulsión real. En la calma que al fin cayó bajo el gobierno de los importados hannoverianos, la Cámara de los Comunes ya no sería el encendido tribunal de una gran lucha constitucional. Se había asentado convirtiéndose en un cuerpo más o menos satisfecho o estático de miembros que debían sus escaños a sus «conexiones» y a los «burgos podridos[291]», controlados por sus familias, y elecciones compradas y que daban sus votos a cambio del patrocinio del gobierno, en forma de puestos, favores y pagos directos en dinero.

En 1770, se ha calculado que 190 miembros de la Cámara de los Comunes ocupaban puestos remunerativos en el centro mismo del gobierno. El sistema, aunque su corrupción fuese regularmente denunciada, era tan omnipresente y rutinaria, que ya no parecía vergonzoso.

Sus miembros no estaban asociados en partidos políticos en toda forma, ni se apegaban a principios políticos identificables. Su identidad procedía de grupos sociales o económicos o hasta geográficos: el caballero campesino, las clases mercantiles y negociantes de las ciudades; los 45 miembros llegados de Escocia, un grupo de plantadores de las Indias Occidentales que vivían en hogares ingleses, de sus ingresos llegados de las islas: un total de 558 en los Comunes. En teoría sus miembros eran de dos clases: caballeros del condado o el ducado, de los cuales dos eran elegidos por cada condado, y burgueses que representaban los burgos, es decir, cualquier pueblo que por su constitución estuviera representado en el Parlamento. Como se exigía a los caballeros del condado poseer tierras que les dejasen 600 libras anuales, pertenecían al patriciado próspero o eran hijos de pares del reino. Unidos a ellos en sus intereses estaban los miembros de los pequeños burgos, pero tenían tan pocos votantes que se les podía comprar, o eran tan minúsculos que el terrateniente local los tenía en un puño. Por lo general elegían miembros pertenecientes al patriciado que pudiesen favorecer sus intereses en Westminster. Por tanto, el patriciado terrateniente o el partido campesino constituía, por mucho, el grupo más numeroso en la Cámara de los Comunes, y afirmaba representar la opinión popular, aunque en realidad sólo eran elegidos por unos 160 mil votantes.

Los más grandes burgos urbanos tenían un sufragio virtualmente democrático y celebraban elecciones reñidas, a veces tumultuosas. Sus miembros eran juristas, comerciantes, contratistas, propietarios de barcos, oficiales del ejército y la marina, funcionarios del gobierno y ricachones del comercio de la India. Aunque influyentes en sí mismos, representaban a un grupo aún menor de electores, apenas más de unos 85 mil, porque el partido campesino había logrado mantener a la población urbana en gran parte carente de voto.

Se calculaba que una mitad de los escaños podía ser comprada y vendida mediante un patrocinio vívidamente revelado en las instrucciones de lord North a la Secretaría del Tesoro en la época de la elección general de 1774. Debía informar a lord Falmouth, que dominaba seis escaños del Cornualle, que North aceptaba las condiciones de 2500 libras para ocupar los tres escaños con sus propios protegidos; además, que «el señor Legge sólo puede permitirse 400 libras. Si entra por los Lostwithiel, costará al público unas 2000 guineas. Gascoign encontrará el rechazo de Tregony si paga 1000 libras»; además, «que Cooper sepa que usted prometió 2500 o 3000 libras por cada uno de los [cinco] escaños de lord Edgcumbe. Yo iba a pagarle 12 500 libras, pero él exigió 15 000[292]».

Los patrones políticos dominaban a veces hasta siete y ocho escaños, a menudo

en grupos de familia que dependían de un par que hubiese en los Lores, cuyos miembros actuaban unidos bajo la dirección de su patrón, aunque cuando un asunto se ponía incendiario, dividiendo la opinión, los individuos a veces votaban según sus propias convicciones. Los caballeros de los condados cuyos electorados eran demasiado numerosos para que un solo patrón pudiese dominarlos, y treinta o cuarenta burgos independientes, no controlados por ninguna mansión, se consideraban el partido campesino. Allí existía aún la idea *tory*, residuo del partido de la Corona del siglo XVII, exiliado del gobierno central y ahora un poco agreste. Acostumbrados de largo tiempo al gobierno local, los condados se enfurecían ante toda intervención de Londres y, por principio, despreciaban la corte y la capital, aunque esto no fuera incompatible con apoyar a los ministerios *whig*. Sin apego a ninguna facción, sin líderes, sin solicitar títulos ni «cargos», sirviendo a sus votantes, los miembros del condado votaban de acuerdo con tal interés y con sus propias creencias. Un miembro del Parlamento, de Yorkshire, escribió en una carta que había estado «sentado doce horas en la Cámara de los Comunes sin moverme, con lo que quedé muy satisfecho, pues me dio algún poder, de los varios argumentos de ambos lados, para determinar más claramente por mi voto mi opinión[293]». Los que piensan por sí mismos son capaces de superar a la corrupción comprada… siempre que haya bastante.

La primera preocupación de George Grenville al ocupar su cargo fue la solvencia financiera de Inglaterra. Con la Paz de París, logró reducir el ejército, de 120 a 30 mil hombres; su economía a expensas de la armada, que incluyó una drástica reducción de las instalaciones y el mantenimiento de los muelles, tendría consecuencias lamentables al llegar la hora de la acción. Al mismo tiempo, preparó unas leyes para poner impuestos al comercio norteamericano, sin desconocer los sentimientos que probablemente causaría. Agentes o cabilderos contratados por las colonias para representar sus intereses en Londres, ya que no tenían representación en el Parlamento, eran a menudo miembros del Parlamento u otras personas con acceso al gobierno. Richard Jackson, destacado comerciante y jurista, miembro del Parlamento, agente en diversos momentos de Connecticut y Pennsylvania, Massachusetts y Nueva York, era el secretario privado de Grenville. «Tengo acceso casi a cualquier lugar al que los amigos de las colonias quisiesen tener acceso», escribió a Franklin, «pero no creo causar una impresión proporcional a mis Esfuerzos[294]». Él y sus colegas hacían lo que podían, contra una nube de indiferencia, por dar a conocer en la capital la opinión de los colonos.

Además de tener a Jackson como contacto, Grenville mantenía correspondencia con gobernadores de las colonias y con el supervisor general de Aduanas en las colonias del norte, cuyos consejos solicitó antes de redactar una ley en que se impusiesen las aduanas. No era ningún secreto que los norteamericanos considerarían el cobro forzoso (que durante tanto tiempo había estado en desuso) como forma de

impuesto que estaban resueltos a resistir. La orden preliminar de Grenville de noviembre de 1763, en que daba instrucciones a los funcionarios de la aduana de cobrar íntegros los derechos existentes, causó, según el gobernador Francis Bernard de Massachusetts, «mayor alarma» en América de la que había causado la toma del fuerte William Henry por los franceses seis años antes. Para que quedara constancia, se pidió a la Junta de Comercio ver por qué método «menos Gravoso y más Tolerable a las colonias» podrían contribuir a los costos de los «Establecimientos Militares y Civiles[295]». Como no había manera en que la carga resultase más tolerable, y Grenville ya había llegado a una decisión, no es probable que se esperase seriamente una respuesta.

Si la perspectiva de unos disturbios no preocupaba gravemente a nadie en el gabinete, ello era porque, como dijo razonablemente Grenville, «A nadie le gusta que le fijen impuestos», y porque, en todo caso, estaba convencido de que América podía y debía contribuir a los costos de su propio gobierno y su defensa[296]. Sus dos secretarios de Estado, el conde de Halifax y el conde de Egremont, no eran hombres para disuadirlo. Lord Halifax había heredado su título a los 23 años y lo había enriquecido adquiriendo una esposa que, de la fortuna de su padre, magnate de los textiles, le heredó una inmensa fortuna de 110 mil libras. Con estas calificaciones, sirvió como mayordomo de la Real Cámara y encargado de las Jaurías y en otros puestos ornamentales de la corte hasta que la rueda de la fortuna política lo llevó a la presidencia de la Junta de Comercio, donde se encontraba en el momento de la fundación de Nueva Escocia, cuya capital fue bautizada en su honor. Considerado débil pero amable, era un gran bebedor y fue víctima de una temprana senilidad, de la que moriría a los cincuenta y cinco años, mientras servía en el primer gabinete de su sobrino, lord North.

La embriaguez, vicio de la época, a menudo acortaba la vida, o la capacidad del hombre. Ni siquiera se salvó de ella el universalmente admirado marqués de Granby, comandante en jefe de las fuerzas armadas en Inglaterra en 1766-1770, noble soldado de noble carácter: según Horace Walpole, «sus constantes excesos al beber apresuraron su salida del mundo, a los 49 años[297]». En la elección general de 1774, Charles James Fox, que tampoco era precisamente abstemio, se quejó de la hospitalidad que había tenido que mostrar tratando de conseguir votos. Ocho invitados llegaron una tarde, se quedaron de las tres a las diez, y se bebieron «diez botellas de vino y dieciséis fuentes de ponche, cada una de las cuales era para cuatro botellas»: el equivalente de nueve botellas por persona[298].

El otro secretario de Estado de Grenville, el conde de Egremont, su cuñado, era incompetente y arrogante por igual, a imitación de un abuelo suyo conocido como «el orgulloso duque de Somerset». Según el siempre mordaz Horace, era una mezcla «de orgullo, mal carácter y estricta buena educación… sin conocimiento de los negocios ni la menor idea de habilidades parlamentarias» y, además, se decía de él que no era digno de confianza[299]. Despreciaba a los norteamericanos, pero desapareció de sus

asuntos cuando un ataque de apoplejía, causado por una comilona (según Walpole), le hizo desaparecer, mientras aún se estaba redactando la Ley de Ingresos.

Su sucesor, el conde de Sandwich, que antes y después sería primer lord del Almirantazgo, sólo se diferenciaba en temperamento. Cordial, amable y corrompido, utilizó su control de nombramientos y provisiones de la armada para el lucro privado. Aunque no era un *diletante*, sino un laborioso entusiasta de la flota, sus inveteradas triquiñuelas dejaron los muelles en un estado escandaloso, defraudados a los proveedores e incapaces de navegar los barcos. El estado de la marina, como se reveló durante la guerra con los norteamericanos, le valdría un voto de censura en ambas cámaras. En la vida social era compañero del círculo Hellfire de Dashwood, y tan aficionado al juego que, sin darse tiempo para comer en toda forma, metía un pedazo de carne entre dos rebanadas de pan para comer mientras jugaba, ligando así su nombre al del bocadillo que se ha hecho ya indispensable en el mundo occidental.

Mientras se estaba preparando la Ley de Ingresos bajo la égida de estos ministros, se adoptó una medida, que causaría infinitas discordias, sin ninguna ley del Parlamento. La Proclama de Fronteras de 1763 prohibía los asentamientos de blancos al Oeste de los Alleghenies, reservando estas tierras a los indios. La Proclama motivada por el feroz levantamiento indio llamado la Rebelión de Pontiac, que arrastró a las tribus desde los Grandes Lagos hasta Pennsylvania y en cierto momento amenazó con expulsar de la zona a los ingleses, pretendía aplacar a los indios, impidiendo que los colonos invadieran sus cotos de caza y los provocaran a renovar la guerra. Otro levantamiento indio podría ser un buen pretexto para los franceses, además de requerir nuevos gastos para combatirlo, que la Gran Bretaña ya no podía permitirse. Además del motivo declarado existía un deseo de restringir a los colonos a la costa del Atlántico, donde continuarían importando bienes británicos, e impedir que deudores y aventureros atravesaran las montañas e instalaran una colonia libre de la soberanía inglesa en el corazón de Norteamérica. Allí, por el contacto con los puertos de mar, fabricarían sus propios artículos de primera necesidad para; según la predicción de la Junta de Comercio, «infinito perjuicio de la Gran Bretaña[300]».

La Proclama no podía ser muy bien recibida por unos colonos que ya estaban formando compañías de acciones, para promover la emigración con fines de lucro o, como George Washington y Benjamín Franklin, obteniendo cesiones de tierras a través de las montañas, para especular con ellas. Para el inquieto colono, aquello era una indignante intromisión. Un siglo y medio de conquistar las selvas no había hecho que los norteamericanos aceptaran la idea de que un gobierno lejano, de lores vestidos con calzón de seda, tuviese el derecho de impedirles tomar posesión de tierras que ellos podían conquistar con el hacha y el fusil. En la Proclama no vieron la protección de los indios —a quienes sus propias fuerzas voluntarias habían combatido mejor que los casacas rojas durante la Rebelión de Pontiac— sino los corrompidos planes de Whitehall por entregar grandes tierras de la Corona a los favoritos de la corte.

Se supone que conocerse es generar un entendimiento mutuo, y que participar en la misma lucha engendra la camaradería, y sin embargo, lo opuesto fue el resultado del contacto entre los soldados regulares y las fuerzas de provincia en la Guerra de Siete Años. Al término de las operaciones, se comprendieron, respetaron y simpatizaron menos que antes. Naturalmente, a los colonos les irritaba el esnobismo del ejército británico, los oficiales que se negaban a otorgar igual graduación a oficiales de la colonia, los rituales de «limpiar y pulir» (las tropas británicas usaban 6500 toneladas de harina anuales para blanquear sus pelucas y calzones[301]), la extensión del mando supremo sobre las fuerzas provinciales y los aires superiores en general. Eso era de esperar.

Por otra parte, el desprecio del inglés al soldado colonial, que a la postre (con ayuda francesa) haría rendirse a la espada británica, era el error de juicio más extraño, profundo y nocivo de los años que condujeron al conflicto. ¿Cómo el general Wolfe, el héroe que a los 32 años tomó Quebec y murió en el campo de batalla, pudo llamar a los *rangers* que combatieron a sus órdenes «los peores soldados del universo»? En otra carta añadió: «Los norteamericanos son en general los perros más cobardes, más sucios y más despreciables que puedas concebir… son más bien un estorbo que una fuerza para el ejército[302]». Sucios, sin duda lo eran los campesinos-leñadores, en comparación con sus casacas rojas con sus pelucas empolvadas. Un exterior brillante se había vuelto, hasta cierto punto, la norma de un ejército europeo que llegaría a determinar el juicio. *Sir* Jeffrey Amherst tenía una «muy pobre opinión» de los *rangers*[303], y el sucesor de Wolfe, el general James Murray, declaró que los norteamericanos eran «muy impreparados y muy impacientes por la guerra[304]». Otros, que prestaron servicio en los bosques y campos de Norteamérica al lado de los *rangers*, les llamaron chusma, malos soldados, cobardes. Tales juicios se exageraron más en la metrópoli, hasta llegar a célebres jactancias como la del general Thomas Clarke, edecán del rey, quien, en presencia de Benjamín Franklin, dijo que «con mil granaderos él se comprometía a ir de un extremo de América al otro y castrar a todos los varones, parcialmente por la fuerza, parcialmente con un poco de halago[305]».

Una posible causa de este fatal error de juicio se ha encontrado en la distinta naturaleza del servicio militar que experimentaban, por una parte, profesionales británicos y, por la otra, unos provincianos reclutados por sus asambleas locales, bajo contrato para una misión específica, un tiempo limitado y condiciones prescritas de paga y abasto. Cuando esto fallaba, como en todas las guerras tiene que fallar, las tropas coloniales vacilaban, se negaban a seguir y, si no se satisfacían sus quejas, simplemente se marchaban a sus casas, no como desertores solitarios y ocultos, sino abiertamente, en un organismo como respuesta natural a la violación de contrato. Esta conducta era totalmente incomprensible para los húsares, dragones ligeros y granaderos, imbuidos por el orgullo y la tradición de sus regimientos. Los comandantes británicos trataban de aplicar las Reglas y Artículos de la Guerra; los coloniales, soldados decididamente civiles y resueltos a que nada los convirtiese en

soldados de línea, las rechazaban tercamente, llegando, de ser necesario a la deserción en masa. De ahí surgió su reputación de chusma[306].

Otra causa de mala voluntad fue el esfuerzo de la Iglesia anglicana por establecer un episcopado en Nueva Inglaterra. Con la peculiar capacidad de la religión para estimular odios y enemistades, la perspectiva episcopal despertó la más enconada desconfianza entre los norteamericanos. Para ellos un obispo era como una cabeza de puente de la tiranía, un instrumento para suprimir la libertad de conciencia (que nadie practicaba menos que los habitantes de Nueva Inglaterra), una puerta oculta al papismo y una fuente segura de nuevos impuestos para apoyar la jerarquía existente. De hecho, el gobierno británico, en contraste con la Iglesia, no tenía la menor intención de fomentar un episcopado americano separado. Sin embargo, «¡Nada de obispos!» siguió siendo un grito tan poderoso como «¡Nada de impuestos!» o como después «¡Nada de té!». Hasta los mástiles de la marina británica fueron motivo de fricción, por causa de la Ley de los Pinos Blancos que prohibía derribar árboles altos, para que crecieran y con ellos pudieran hacerse grandes mástiles.

Es posible que estas diversas querellas se hubiesen arreglado en caso de que, al término de la Guerra de Siete Años, cuando se reconoció la necesidad de una administración uniforme y reorganizada, se hubiese creado un Departamento Americano que prestase continua atención y una administración coherente a las colonias. El momento era difícil. Había que incorporar un enorme territorio nuevo; las diversas cédulas de las colonias ya habían causado dificultades. Mas nadie trató de satisfacer esta necesidad. Las iniquidades de lord Bute y las consiguientes maniobras de sus colegas y sus rivales absorbían toda actividad política. Los facciosos asuntos del Imperio se dejaban a la Junta de Comercio, que tan sólo en el año de 1763 tuvo tres presidentes sucesivos.

La Ley de Ingresos presentada al Parlamento en febrero de 1764 contenía estipulaciones que habrían de causar problemas. Reducía la tarifa —durante largo tiempo olvidada— puesta a la melaza, pivote del comercio en Nueva Inglaterra, pero requería cobrar un nuevo impuesto de tres peniques por galón; los juicios de aquellos que fuesen sospechosos de violar esta regla eran transferidos de los tribunales de derecho común, en que los jurados o los conciudadanos del acusado no se mostraban muy inclinados a acusar, y ahora serían jurisdicción de un Tribunal especial del Almirantazgo, en Halifax, sin jurados, con jueces que no se dejarían cohechar por comerciantes coloniales, y los acusados tendrían que viajar para ir a defender su causa. La Ley no disimulaba, sino que proclamaba su propósito: «aumentar el ingreso en América para pagar los gastos de defender, proteger y asegurar la misma». Ésta era su plataforma, sin embargo, era claro que, aunque el derecho de la Corona a regular el comercio era más o menos reconocido por los norteamericanos, éstos tendían a reservarse el derecho de fijar impuestos para aumentar el ingreso del erario. Más agudo era su temor a la ruina de un comercio lucrativo mientras los derechos aduanales habían sido poco más que una ficción, pero al que no quedaría ningún

margen de ganancia si se aplicaba una tarifa de tres peniques por galón.

Los agentes de las colonias en Inglaterra ya habían afirmado que un comercio decreciente no beneficiaría a Inglaterra, e insistieron en que la melaza no podía tolerar un impuesto de más de un penique por galón, aunque los mercaderes pudiesen «tolerar silenciosamente» dos peniques[307]. Localmente, las asambleas de Massachusetts y Nueva York ya estaban protestando contra la violación de sus «derechos naturales» en el principio de imposición y pidiendo a Connecticut y Rhode Island unirse a la protesta contra una «Herida Mortal a la Paz de estas Colonias». Se oponían al principio tanto como a la amenaza real contra sus bolsillos porque creían que la aceptación de un precedente de impuestos fijados por el Parlamento abriría el camino a futuras cargas y nuevas imposiciones. Sin embargo, la opinión colonial apenas se sabía o se consideraba en Londres.

La Junta de Comercio estableció el impuesto en tres peniques y la Ley de Ingresos (generalmente conocida en adelante como la Ley del Azúcar) fue aprobada por el Parlamento en abril de 1764, con sólo un voto negativo, de un miembro llamado John Huske, que había nacido en Boston.

La Ley traía consigo un gran peligro —aún sólo en embrión— al anunciar que iría seguida por una Ley Postal. Ésta no era un horrible instrumento para torturar norteamericanos sino uno de los numerosos recursos *ad hoc* empleados en Inglaterra, en este caso, un impuesto a las cartas, testamentos, contratos, facturas y otros documentos jurídicos o enviados por correo. Grenville insertó el anuncio porque en realidad estaba consciente de una cuestión futura acerca del derecho del Parlamento para fijar impuestos a súbditos no representados, que él mismo consideraba fuera de toda duda, y esperaba, «en nombre de Dios», que la cuestión no causara alboroto en el Parlamento[308]. Una premisa del gobierno de Inglaterra en una época cansada de luchas era mantener una base general de política aceptable que no fuese a abrir viejas heridas, el eterno deseo de obtener un «consenso». A Grenville le preocupaba menos la reacción colonial que la perturbación del apacible Parlamento. Incluyó el aviso de la Ley Postal en la Ley de Ingresos, tal vez con la esperanza de que su puesta en vigor pudiese establecer sin problemas el principio del derecho del Parlamento a fijar un impuesto al ingreso, o acaso intentara insinuar a las colonias que se fijaran impuestos ellas mismas, aunque las siguientes acciones de Grenville no confirman esto. Alguien ha sugerido un motivo más maquiavélico: que él sabía que la noticia provocaría tal protesta colonial que uniría al Parlamento en una furibunda afirmación de su propia soberanía.

En realidad, los gritos fueron estruendosos y continuos, mas cuando se oyeron, toda la atención de Inglaterra estaba absorbida en un asunto que abrió todas las heridas cerradas del país: el caso Wilkes. No es que John Wilkes distrajese la atención que estaba prestándose a América, porque hasta entonces no se le estaba prestando casi ninguna. Las medidas de 1763-1764 no fueron irrazonables, ni fueron una locura en sí mismas, salvo al no tomar en cuenta la calidad, el temperamento y

las vitales preocupaciones locales de la gente a que se aplicaban. Pero atender a preocupaciones locales no forma parte de la naturaleza de un gobierno imperial. Los colonos no eran un «pueblo alborotado y salvaje», sino los retoños de disidentes excepcionalmente enérgicos y emprendedores, de cuna británica. Esencialmente el problema era de actitud. Los ingleses se comportaban, y lo que es más, pensaban en términos imperiales, como gobernadores hacia los gobernados. Los colonos se consideraban iguales, les irritaba toda intromisión y creían oler la tiranía en cada brisa que les llegara del otro lado del Atlántico.

La libertad era el sentimiento político más intenso de la época. El gobierno era mal visto; aunque las calles de Londres eran escenario de asaltos y robos, era poderosa la resistencia a la policía, y cuando después de días de violencia, incendios y muertes, durante los motines de Gordon de 1780, lord Shelburne sugirió que había llegado el momento de poner una policía organizada, lo vieron como si estuviese proponiendo una cosa sólo apropiada para el absolutismo francés. La idea de un censo fue considerada como intolerable intromisión[309]. Dar información a «gente del censo y cobradores de impuestos» fue denunciado por un miembro del Parlamento[310] en 1753 como «totalmente subversivo a los últimos restos de la libertad inglesa». Si cualquier funcionario pidiera información acerca de su hogar y su familia, había que rechazársela y, si el funcionario persistía, había que arrojarlo al abrevadero de los caballos. Sentimientos como éstos fueron los que animaron el fervor con respecto a los impuestos y a Wilkes.

El caso Wilkes, que llegaría a ser asunto constitucional de alarmante virulencia, fue importante para los norteamericanos porque había que crear aliados a la causa de la «libertad». Como los derechos parlamentarios, representados por Wilkes, y los derechos norteamericanos fueron considerados, unos y otros, como cuestiones de libertad, quienes llegaron a ser adversarios del gobierno en el asunto de Wilkes se volvieron *ipso facto* amigos de la causa norteamericana. El propio John Wilkes era miembro del Parlamento, hombre vulgar pero ingenioso y mundano, del tipo de hombres que alcanza la notoriedad a base de insultos. En 1763, en su periódico *The North Briton*, publicó un feroz ataque a las condiciones del acuerdo con Francia al término de la Guerra de Siete Años, entrelazado con insultos al rey. Fue arrestado de acuerdo con una ley general, por cargo de libelo sedicioso, y aprisionado en la Torre de Londres. El juez Pratt (futuro lord Camden) ordenó su liberación por razón de privilegio parlamentario. Expulsado de la Cámara de los Comunes por la mayoría gubernamental huyó a Francia, mientras en Inglaterra se le procesaba *in absentia* por libelo contra el rey y, de manera poco pertinente, por obscenidad, pues había publicado en privado un pornográfico *Ensayo sobre las mujeres*, que su examigo lord Sandwich insistió en leer en voz alta, palabra por palabra, en la Cámara de los Lores.

Por estas razones, Wilkes fue convicto y sentenciado, quedando proscrito, lo que causó una crisis cuando la oposición parlamentaria, ahora libre de defenderlo, se unió en torno a una resolución que declaraba ilegal su arresto por una orden general.

Cuando esto fue apretadamente derrotado por una mayoría del gobierno, de apenas catorce, el voto reveló la debilidad del patrocinio cuando la Cámara pensó que se estaba abusando de sus derechos. Airado, el rey ordenó a Grenville despedir a todos aquellos votantes renegados que ocupaban cargos cerca de la familia real o en el gabinete, creando un núcleo de oposición que no dejaría de crecer. Jorge III no fue el más astuto de los políticos.

2. «Afirmar un derecho que sabéis que no se puede ejercer»: 1765

El impuesto postal introducido por Grenville en 1765, será recordado «mientras dure el globo». Así lo proclamó Macaulay en uno de sus llamados a la grandeza histórica[311]. Tal fue el acto, escribió, destinado a «producir una gran revolución, cuyos efectos serán sentidos largo tiempo por toda la especie humana», y censuró a Grenville por no prever las consecuencias. Esto es también retrospectiva; ni siquiera los agentes de las colonias las previeron. Pero los ingleses sí tenían suficiente información para prever una resuelta resistencia de los norteamericanos, con perspectivas de serias dificultades.

Se estaban recibiendo y publicando informes en la *London Chronicle* y otros periódicos acerca del resentimiento provocado en la colonia por la Ley del Azúcar y de su indignación por la propuesta Ley Postal. Categóricas protestas fueron presentadas por Massachusetts, Rhode Island, Nueva York, Connecticut, Pennsylvania, Virginia y Carolina del Sur, en cada una de las cuales se afirmaba el «derecho» de fijarse impuestos y se negaba el derecho del Parlamento. La falacia inherente a la posición del gobierno británico fue expuesta por el infortunado Thomas Hutchinson, teniente gobernador de Massachusetts, quien habría de sufrir, por su colonia, más de lo que merecía. Señaló, en un tratado, del que envió copias al gobierno de Londres, que el ingreso era un objetivo falaz, porque el provecho natural que Inglaterra obtenía del comercio colonial, el cual estaba en peligro por una mala voluntad, era mayor que lo que pudiese rendir el impuesto[312]. Figura trágica, vilipendiada por un bando y olvidada por otro, Hutchinson identificó así, temprano, la locura de Inglaterra. También fue evidente para otros. Benjamin Franklin anotó en un memorando dirigido a si mismo que, aunque los norteamericanos de momento gustaban de las modas, las costumbres y las manufacturas inglesas, «sobrevendrá un disgusto de todo esto. El comercio sufrirá más de lo que dejen los impuestos». Añadió una observación que habría debido ser como el credo para el gobierno británico: «Más vale no hacer todo lo que se tiene derecho a hacer[313]». Ésta era en esencia la tesis de Burke: que no es necesario demostrar los principios cuando la demostración resulta inconveniente.

Para cuando las protestas y peticiones fueron recibidas en Londres —cruzar el océano hacia el este requería de cuatro a seis semanas, y más aún en sentido contrario—, Grenville estaba ya preparando la Ley Postal. Y ansiosos por impedirla, cuatro de los agentes, Benjamín Franklin, Richard Jackson, Charles Garth, un miembro del Parlamento que era agente de Maryland y de Carolina del Sur, y Jared Ingersoll, recién llegado de Connecticut, fueron a visitarlo en masa. Las discusiones enfocaron

la opción: que las colonias se fijaran impuestos ellas mismas. Interrogados por Grenville sobre si podrían decir cuánto estaba cada una dispuesta a cobrar, los agentes, que no habían recibido instrucciones al respecto, no pudieron dar respuesta, lo que en realidad deseaba Grenville. Lo que quería era establecer el derecho del Parlamento a fijar impuestos, para entonces y para después. No insistió en la pregunta y se mostró deliberadamente vago al responder a las preguntas de los agentes sobre las cantidades necesarias[314].

Aquí, desde el principio mismo, estaba la opción factible. Si lo que deseaba Inglaterra era recibir ingresos de las colonias para pagar los costos de sus propias defensas, lo que era bastante razonable, pudo y debió dejar que las propias colonias los fijaran. Éstas estaban dispuestas a responder. La Asamblea de Massachusetts pidió al gobernador Francis Bernard, en 1764, convocar a una sesión especial en que la colonia se fijara impuestos a sí misma en lugar de que se los fijara el Parlamento, pero el gobernador, aunque partidario de tal procedimiento, se negó por considerar que aquello sería inútil sin requisiciones específicas de Grenville[315]. De Pennsylvania le llegaron a su agente en Londres instrucciones de mostrar su disposición a cobrar impuestos, si esto se pedía de manera oficial y por una suma específica. «La mayor parte de las colonias», según el agente Charles Garth, «han mostrado su inclinación a ayudar a la Madre Patria si se mandan instrucciones apropiadas[316]».

La firmeza de la objeción de las colonias se hizo igualmente explícita Cuando Thomas Whately, secretario del Tesoro y miembro del Parlamento responsable de redactar la Ley Postal, preguntó a los agentes cuál sería la probable reacción de las colonias, ellos le dijeron que el impuesto no era muy «conveniente» ni «prudente». Ingersoll, de Connecticut, dijo que las colonias de Nueva Inglaterra estaban «llenas de las más terribles aprensiones de que se diera semejante paso», y si se daba muchos caballeros con propiedades habían dicho que «se irían con sus familias y sus fortunas a algún reino extranjero[317]». Whately no se dejó impresionar porque, como dijo indiscutiblemente, «algunos impuestos son absolutamente necesarios[318]». Tendría que oír aún más cosas. El representante de la propia Inglaterra, el gobernador real de Rhode Island, Stephen Hopkins, declaró en un folleto inédito, *The Rights of the Colonies Exumnined*, la oposición firme de los súbditos norteamericanos de Su Majestad a los impuestos salvo que sean fijados «por sus propios representantes como lo son otros súbditos libres de Vuestra Majestad[319]». La Asamblea de Rhode Island envió este escrito a su agente en Londres junto con una petición al rey, en que confirmaban esas ideas. Asimismo, la Asamblea de Nueva York, en una petición enviada al rey y a ambas Cámaras del Parlamento, expresó su «más seria Súplica» de que, aparte de la necesaria regulación del comercio, el Parlamento «dejara al poder legislativo de la Colonia imponer todas las demás Cargas a su propio pueblo que requieren las Exigencias públicas[320]».

El doctor Able, con el Boston Port Bill sobresaliendo de su bolsillo, se esfuerza por derramar té en la garganta de América. América es sujetada por los tobillos por el señor Sandwich, que mira debajo de su falda, y sujetada por las muñecas por el señor Mansfield con peluca y ropas de juez. A la izquierda, figuras que representan a Francia y España miran con interés mientras Britannia cubre sus ojos. En el suelo se encuentra un documento desgarrado con la inscripción «Boston Petition».

Había pruebas de sobra de que los impuestos fijados por el Parlamento tropezarían con una obstinada resistencia en las colonias. Esto se pasó por alto porque los políticos consideraban a la Gran Bretaña como soberana y a los coloniales como súbditos, porque los norteamericanos no eran tomados muy en serio, y porque Grenville y sus socios, teniendo ciertas dudas ellos mismos sobre los derechos del caso, deseaban obtener el ingreso en tal forma que estableciera el dominio eminente del Parlamento. Fue un caso típico y, a la postre, contraproducente, de proceder contra todas las indicaciones negativas. Grenville no hizo «requisiciones desde aquí» a las colonias, pidiéndoles que ellas mismas se fijaran el impuesto, y al rechazar esta opción abrió el camino de la Revolución.

Los sabios de Gotham, publicado el 16 de febrero de 1776. Los ministros sacrifican a la gansa que pone el huevo de oro, detrás una imagen en la pared del león británico dormido. A cada lado de la imagen hay versículos que explican la fábula. En el suelo hay un mapa etiquetado «América del Norte» sobre el que un perro orina.

En el Parlamento, las peticiones coloniales fueron rechazadas, sin oírlas, diciendo que trataban de una ley monetaria que no admitía peticiones. Jackson y Garth hablaron en la Cámara negando el derecho del Parlamento a fijar impuestos «a menos que o hasta que a los norteamericanos se les permita enviar miembros al Parlamento». Pero levantándose para contestar, el presidente de la Junta de Comercio, Charles Townshend, que pronto sería figura importante en el conflicto, provocó el primer momento de emoción en el drama norteamericano. Preguntó si los norteamericanos, «hijos llevados allí por nuestras armas, se negarían a contribuir con su trabajo para aliviarnos de la pesada carga bajo la cual nos encontramos».

«Él pasa para el individuo más listo de Inglaterra» Charles Townshend, escuela británica, pintor desconocido.

Incapaz de contenerse, el coronel Isaac Barré, fiero exsoldado tuerto que había peleado con Wolfe y Amherst en América, se puso en pie de un salto. «¿Llevados allí por vuestro Cuidado? ¡No! Vuestras Opresiones los llevaron a América… ¿Alimentados por *vuestra* Indulgencia? Crecieron allí porque los abandonasteis… ¿Protegidos por *vuestras* armas? Ellos noblemente tomaron las armas en defensa vuestra… Y creedme, y recordad que este día os lo digo, el mismo espíritu de libertad que movió a ese pueblo al principio, lo acompañará aún… Son un pueblo celoso de sus libertades y las reivindicará si un día son violadas. Pero el tema es demasiado delicado y no diré más[321]». Estos sentimientos, observó Ingersoll, fueron expresados espontáneamente, «con tanta fuerza y firmeza, y la interrupción fue tan bellamente súbita, que toda la Cámara se quedó un rato asombrada, contemplándolo intensamente y sin responder Palabra[322]». Tal vez fue aquél el primer momento en que algunos cuantos comprendieron lo que se avecinaba.

Barré, que contemplaba al mundo con un «brillo salvaje» desde un rostro marcado por el proyectil que le quitó el ojo en Quebec, se convertiría en uno de los principales defensores de los colonos y oradores de la oposición. De antepasados hugonotes, nacido en Dublín y educado en el Trinity College de Dublín (descrito por el padre de Thomas Sheridan como mitad pelea de osos y mitad burdel[323]),

abandonó el ejército cuando su ascenso fue bloqueado por el rey y fue elegido al Parlamento por la influencia de lord Shelburne, también nacido en Irlanda. Su resuelto apoyo a los norteamericanos, unido al de otro paladín, de cierta índole, se conmemora en el pueblo de Wilkes Barré en Pennsylvania.

Una advertencia más explícita fue oída en la segunda exposición, cuando el general Conway protestó acaloradamente contra la exclusión de las peticiones coloniales y pidió que fueran escuchadas. «¿De quién si no de ellos hemos de conocer las circunstancias de las colonias, y las fatales consecuencias que pueden acompañar a este impuesto?», preguntó[324]. Y desde luego su moción fue rechazada por una bien instruida mayoría. Soldado profesional, parece haber sido el primero en captar la posibilidad de unas «fatales consecuencias». Conway era primo e íntimo amigo de Horace Walpole, hombre apuesto, simpático, honorable, que, habiendo votado contra el gobierno en el caso Wilkes, fue uno de aquéllos a quienes la venganza real privó de un puesto en la corte y también del mando de su regimiento, del que dependían sus ingresos. Sin embargo, rechazó toda ayuda financiera de sus amigos y se unió con Barré, Richard Jackson y lord Shelburne en el núcleo de aquellos que empezaban a oponerse a la política del gobierno hacia los norteamericanos y que se reunían bajo el techo de Shelburne.

El conde de Shelburne, de 32 años por entonces, era el más inteligente de los discípulos de Pitt y, después de él, el más independiente entre los ministros, tal vez porque no fue becado en Westminster ni en Eton, aunque él mismo dijo que su temprana educación en Irlanda fue «descuidada en sumo grado». Considerado como excesivamente astuto y conocido como *el Jesuita*, no contaba con la simpatía ni la confianza de sus colegas. Lo necesitaban por su talento, por lo que nunca estuvo largo tiempo sin empleo, y pese a aquella desconfianza, llegaría al cargo de primer ministro en 1782, a tiempo para negociar el tratado que confirmó la independencia norteamericana. La poca simpatía que inspiraba tal vez se debió a un temor a sus ideas, que solían ser cínicas acerca de los hombres y progresistas en materia de política. Votó contra la expulsión de Wilkes, favoreció la emancipación de los católicos, el libre comercio y hasta, en contraste con Burke, la Revolución francesa cuando llegó.

Aunque poseedor de enormes rentas en Irlanda e Inglaterra, y uno de los más ricos propietarios ausentistas de tierras irlandesas, fue el único ministro, según Jeremy Bentham, que no temió al pueblo, y el primero, según Disraeli, en comprender la creciente importancia de la clase media. Siguió el estilo noble haciendo que su finca fuese pintada por *Capability* Brown, su casa de campo diseñada por Robert Adam y su retrato pintado por Joshua Reynolds, varias veces. Fue más allá de tal estilo acumulando una vasta biblioteca llena de libros, mapas y manuscritos, cuya venta en pública subasta después de su muerte duró 31 días, y una colección de documentos históricos comprados para la nación mediante una concesión especial del Parlamento. Como Pitt y Burke, no tuvo dificultad en discernir

lo inconveniente de coaccionar a los colonos y no vaciló en advertir en sentido contrario.

En la tercera exposición, la Ley Postal, primer impuesto directo fijado a los colonos de Norteamérica, fue aprobada por 249 contra 49 (la habitual mayoría de cinco contra uno) por quienes, dijo Horace Walpole, era «poco comprendida… y menos observada[325]». Los profesionales la comprendieron bastante bien. Fue la «gran medida» de la sesión, dijo Whately, porque estableció «el derecho del Parlamento de fijar un impuesto interno a las colonias[326]». Un colega suyo, Edward Sedgewich, subsecretario de Estado, reconoció que aquello se había hecho deliberadamente, y ante poderosa resolución de las asambleas norteamericanas, «porque se pensó establecer el derecho por una nueva ejecución de él[327]».

Los norteamericanos reaccionaron extensa y ruidosamente. Como la ley no sólo requería poner un sello a toda materia impresa y a documentos jurídicos y de negocios, sino que se extendía a cosas como documentos de barcos, licencias para tabernas y hasta dados y naipes, tocaba toda actividad de todas las clases y todas las colonias, no sólo Nueva Inglaterra, y llegando después de la Ley del Azúcar confirmó las sospechas de un deliberado plan de los ingleses de empezar por socavar la economía y después esclavizar las colonias. La Cámara de Burgueses de Virginia, que se reunió para denunciar la ley, oyó a Patrick Henry bordear la traición en las célebres palabras que recordaron a Jorge III el destino de César y de Carlos I. Cuando Boston se enteró de las resoluciones de Virginia, «la voz universal de todo el pueblo», escribió Hutchinson, las apoyó en la convicción de que «si ha de entrar en vigor la Ley Postal, entonces todos seremos esclavos[328]». Se organizaron grupos de «Hijos de la Libertad» en los pueblos para fomentar la resistencia. Como respuesta a un movimiento general para obligar a renunciar a los agentes postales, verdaderas multitudes pillaron, arruinaron sus casas y desfilaron con las figuras de los agentes, para colgarlos en efigie. Atendiendo la advertencia, los agentes en Boston y Newport renunciaron en agosto, y para noviembre, cuando la Ley entró en vigor, no quedaba ningún agente para velar por ella.

Agitadores y libelistas mantenían al rojo vivo las pasiones. Casi ninguna familia, desde Canadá hasta Florida, no había oído de la ley, aunque muchos tenían una idea nebulosa de su contenido. Un caballero campesino cuyo sirviente tuvo miedo de ir al granero una noche le preguntó: «¿Miedo de qué?». «De la Ley Postal», replicó el sirviente[329]. En Connecticut, tres de cada cuatro estaban dispuestos a empuñar la espada, según dijo Ezra Stiles, predicador y futuro presidente de Yale[330]. Más asombroso y —para cualquier inglés capaz de notarlo— ominoso fue el acuerdo de nueve colonias en un Congreso de la Ley Postal celebrado en octubre en Nueva York. Después de sólo dos semanas y media de discusiones, se unieron en una petición de rechazo, y también convinieron en abandonar la problemática distinción que figurara tanto tiempo en toda la disputa norteamericana entre la imposición «externa» aceptable en forma de tarifas al comercio y la imposición «interna» inaceptable fijada

a los procesos del interior.

Por encima de todas las palabras y peticiones, la protesta eficaz era el boicoteo, que se ha conocido como la no importación. Ya puesto en movimiento como respuesta a la Ley del Azúcar, un programa destinado a las reducir las importaciones de artículos ingleses fue ahora adoptado formalmente por grupos de comerciantes de Boston, Nueva York y Filadelfia. La llamada recorrió las colonias, llevada por vientos de entusiasmo. Las mujeres llevaron sus ruecas a la sala del Ministro o al tribunal para competir en el número de madejas que podían producir para remplazar las telas inglesas. Hilaban lino para hacer camisas «lo bastante finas para los mejores caballeros de América[331]». Al término del año, las importaciones eran por 305 mil libras menos que el año anterior, de un total de cerca de dos millones.

¿Qué había pasado con la opción de que disponían los ingleses? Era, como muchos pensaban, dar a los norteamericanos la representación en el Parlamento que ellos pedían y dejar que luego siguieran los impuestos. De un solo plumazo, esto habría invalidado la resistencia norteamericana. Aunque existían otras dinámicas de conflicto, nada exaspera los ánimos tanto como el dinero, y el impuesto era la cuestión más vibrante de los norteamericanos. Estaban dispuestos a exigir el derecho de representación, pero la verdad es que realmente no lo deseaban. El Congreso de la Ley Postal convino en declararlo «impráctico».

En todas las discusiones sobre la representación, mucho se hablaba sobre la distancia de tres mil millas, donde «los mares rugen y los meses pasan» entre la orden y la ejecución[332]. Y, sin embargo, la distancia no impedía a los norteamericanos pedir muebles, vestidos y libros ingleses, adoptar las modas inglesas, enviar a sus hijos a escuelas inglesas, mantener correspondencia continua con sus colegas de Europa, enviar especímenes botánicos, absorber ideas y en general mantener una íntima relación cultural. No era tanto el «vasto y azaroso océano» el disuasivo cuanto la creciente percatación, en las colonias, de que lo que en realidad deseaban era menos intromisión y mayor gobierno local. Aunque no se pensaba en la separación, y mucho menos en la independencia, muchos no deseaban una conexión más íntima, pues temblaban ante la corrupción de la sociedad inglesa. John Adam pensó que Inglaterra había llegado a la misma etapa que la república romana, «ciudad venal, madura para la destrucción[333]». Visitantes norteamericanos en Inglaterra se escandalizaron ante la corrupción de la política, los vicios, la brecha entre la «riqueza, magnificencia y esplendor» de las clases acomodadas y la «extrema miseria y los males de los pobres… asombrosa en un lado y repugnante en el otro».

El sistema de patrocinios les parecía hostil y peligroso para la libertad, pues cuando el gobierno se basaba en un apoyo comprado, la verdadera libertad política era letra muerta. Los ingleses eran el único pueblo que había conquistado esa libertad; en toda la polémica de los norteamericanos en aquellos años se nota un sentido de la misión de su patria, como heredera, de mantener y conservar esa libertad para la humanidad. Se creyó que unos miembros de las colonias en el

Parlamento probablemente serían corrompidos por la decadencia inglesa y en la práctica serían una inerme minoría, siempre superada en votos. También era claro que si las colonias adquirían su representación, ya no tendrían motivos para resistir al derecho del Parlamento a fijar impuestos. Los norteamericanos reconocieron esto antes que los ingleses, que, en realidad, nunca consideraron seriamente la ventaja que tendrían con admitir una representación norteamericana.

Una vez más el obstáculo fue la actitud; los ingleses no podían imaginar a los norteamericanos en un nivel de igualdad. Aquellos rudos provincianos, «guías de los transportes de nuestros [presos]», agitadores «con modales no mejores que los de los mohawks», ¿debían ser invitados, preguntó el *Gentleman's Magazine*, a ocupar los «más altos puestos de nuestra comunidad[334]»? Para el *Morning Post*, los norteamericanos eran una «raza híbrida de irlandeses, escoceses y alemanes, mezclada con presidiarios y parias[335]». Más profundo que el desdén social era el temor a los colonos como «niveladores» de clase, cuya representación en el Parlamento animaría a pueblos y distritos ingleses, hasta entonces no representados, a exigir escaños, destruyendo los derechos de propiedad en los burgos y socavando así el sistema.

Los ingleses habían inventado una conveniente teoría de la «representación virtual» para cubrir a las masas carentes de votos o a los miembros que las representaban[336]. Se sostenía que cada miembro de la Cámara representaba todo el cuerpo político, no unos votantes en particular, y si Manchester, Sheffield y Birmingham no tenían escaños y Londres sólo tenía seis, mientras que Devon y Cornwall tenían setenta, aquéllos debían consolarse al saber que estaban «virtualmente representados» por los caballeros de los campos. Estos caballeros, en general, que soportaban el principal peso del impuesto a la tierra, estaban en favor de fijar impuestos a las colonias para que soportaran su parte de la carga, y firmemente creían en la afirmación de la soberanía parlamentaria.

Una opción ante el conflicto, a la que prestaron atención los hombres graves, y que propusieron, fue una unión colonial seguida de alguna forma de federación con la Gran Bretaña, y con representación colonial en un parlamento imperial. En 1754, Benjamín Franklin, asesorado por Thomas Hutchinson, propuso un Plan de Unión para hacer frente a la amenaza francesa e india, en el Congreso de Albany, y no encontró partidarios. Durante la crisis de la Ley Postal, esta idea fue retomada por personas que ocupaban puestos de responsabilidad en las colonias, preocupadas por la creciente desavenencia con la metrópoli. El propio Franklin, Thomas Pownall, un exgobernador de Massachusetts, que ahora era miembro del Parlamento, Thomas Crowley, comerciante cuáquero familiarizado con las colonias americanas, y Francis Bernard, gobernador de Massachusetts, propusieron diversos planes para la racionalización del gobierno colonial y la solución definitiva, mediante debate, de los derechos y obligaciones recíprocas, conducentes a la federación. Pownall se quejó en una crisis ulterior, en 1775, de que como en el gobierno nadie prestaba atención a sus

ideas él dejaría de expresarlas. Francis Bernard, quien formuló un plan detallado de 97 proposiciones[337] que envió a lord Halifax y a otros, fue informado por Halifax de que el plan «era la mejor cosa de su índole que jamás hubiese leído», pero no volvió a oír hablar de ello[338].

Benjamín Franklin apremió a sus corresponsales ingleses a reconocer lo inevitable del crecimiento y desarrollo norteamericanos, y a no promulgar leyes destinadas a obstaculizar su comercio y manufacturas, pues la expansión natural las barrería, sino, en cambio, a esforzarse por lograr un mundo atlántico poblado por norteamericanos e ingleses poseedores de iguales derechos en que los colonos enriquecerían a la metrópoli y extenderían su «imperio por todo el globo atemorizando a todo el mundo[339]». Tal era una espléndida visión que le había fascinado desde el Plan de Unión de Albany. «Aún soy de la opinión», escribió años después en su autobiografía, «de que el Plan de Unión habría llevado la felicidad a ambos lados del océano, de haber sido adoptado. Las colonias así unidas habrían sido lo bastante fuertes para defenderse solas; no habrían sido necesarias las tropas de Inglaterra, desde luego, la ulterior pretensión para fijar impuestos a América y la sangrienta pugna que ocasionó se habrían evitado». Franklin termina con un suspiro: «Pero tales errores no son nuevos, la historia está llena de los errores de los Estados y los príncipes[340]».

Se empezó a hablar de abrogación en Inglaterra casi en cuanto entró en vigor la Ley Postal. Cuando la no importación dejó vacíos los puertos, y embarcadores, agentes y obreros perdieron su empleo y los comerciantes perdieron dinero, la Gran Bretaña despertó ante el sentimiento norteamericano. Durante los seis meses siguientes, la Ley Postal fue tema importante en la prensa. Con la pasión que en el siglo XVIII despertaban los principios políticos, todas las cuestiones, los derechos del Parlamento, la iniquidad del impuesto sin representación, la «representación virtual», el impuesto externo contra el interno se debatieron en comentarios, columnas y furiosas cartas.

Gran repercusión tuvo un escrito publicado por Soame Jenyns, comisionado de la Junta de Comercio, quien insistió en que tanto el derecho a fijar impuestos como la ventaja de ejercerlo eran «proposiciones tan indiscutiblemente claras», que no había que defenderlas, de no ser por los argumentos que las desafiaban con «una insolencia igual a su absurdo». La frase «libertad de un inglés», se burlaba Jenyns, había sido empleada recientemente «como término sinónimo de blasfemia, cobardía, traición, libelo, cerveza fuerte y sidra», y el argumento norteamericano de que no es posible fijar al pueblo impuesto sin su consentimiento era «lo opuesto de la verdad, pues nadie que yo conozca paga impuestos por su propio consentimiento[341]».

Lord Chesterfield, observando las cosas, como Horace Walpone, desde bambalinas, tuvo modo de captar la esencia en contraste con la relamida etiqueta que predicó a su sobrino. El «absurdo» de la Ley Postal, escribió a Newcastle, era tan grande como el «daño que hacía, al afirmar un derecho que se sabe que no se puede

ejercer[342]». Aun de ser efectivo, escribió, el impuesto no produciría más de 80 mil libras anuales (el gobierno no habría contado con más de unas 60 mil), lo que no podía compensar la pérdida en comercio, para la Gran Bretaña, al menos por un millón anual (en realidad, serían dos millones). Una verdad más amarga fue expresada por el general Thomas Gage, comandante de las fuerzas británicas en las colonias, quien en noviembre informó que la resistencia había cundido por todas las colonias, y que «a menos que la ley se aplique por su propia naturaleza, no podrá imponerla más que una muy considerable fuerza militar[343]». Los caballeros de Inglaterra no podían comprender esta necesidad ante una chusma.

Para la época en que la Ley Postal de Grenville había engendrado la crisis, él ya había perdido su cargo. El rey, irritado y harto del hábito de Grenville de darle lecciones sobre economía política, se enfureció cuando el nombre de su madre fue borrado por la facción de Grenville —por complicadas razones políticas— de una Ley de Regencia redactada a consecuencia de una enfermedad del rey a comienzos de 1765[344]. Jorge lo despidió, por desgracia antes de conseguir a alguien lo bastante enterado de los conflictos causados por la Ley de Regencia que pudiese formar un gabinete en su lugar. Sin saber qué hacer, Jorge se volvió hacia su tío, el duque de Cumberland, persona de capacidad excepcional entre los hannoverianos, y de considerable prestigio. El duque ofreció el cargo de primer ministro a Pitt, quien obstinadamente lo rechazó por razones que no son fáciles de adivinar en este carácter complejo y sobrio. Tal vez hubiese optado ya por la derogación si no estuviese seguro de que pudiese imponerla, y era demasiado orgulloso para llegar a un acuerdo o, dado que había estado lejos de los asuntos públicos el año anterior, acaso intervinieran las perturbaciones físicas y a veces mentales que le afligieron de cuando en cuando.

Algunos historiadores han sugerido que, si Pitt hubiese tomado posesión del cargo en 1765, el curso de todo el siguiente decenio habría sido distinto, pero tal es una suposición que depende de que él continuara en el cargo, lo que, como pronto lo demostraron los hechos, no podría ser. La intransigencia de Pitt y sus exageradas demandas de «mano libre» indiscutiblemente habrían debilitado el gobierno durante el conflicto con las colonias. Con su inmensa popularidad, reputación e influencia, y su incomparable dominio de la Cámara de los Comunes, fue una figura épica que pudo conquistar pero no pudo salvar un Imperio.

Pitt debió su ascenso como hijo menor de lo que lord Chesterfield llamaba «una familia muy nueva» a su fuerza de carácter y a sus propias habilidades. Su abuelo, llamado *Diamante* Pitt, fue un magnate de la Compañía de las Indias Orientales, de temperamento brutal y hábitos bárbaros y tiránicos, que hizo la fortuna de la familia en el comercio con la India y conservó parte del mando durante un tiempo, como gobernador de Madrás. El diamante que le hizo célebre fue comprado por la Corona francesa por más de dos millones de libras. En Inglaterra, la familia adquirió el «burgo podrido» de Old Sarum en Wiltshire, cuyo escaño ocupó Pitt desde 1735. Lo recibió a los 27 años de su hermano mayor, quien, habiendo disipado su fortuna y

perdido la voluntad de todos sus amigos en el proceso, se retiró al extranjero «en muy malas circunstancias», y sufrió intermitentes accesos de locura; «aunque no confinado, se vio en la necesidad de llevar una vida muy retirada». El toque de locura en la sangre, se debiera o no al abuelo, también se manifestó en las hermanas de Pitt, una de las cuales fue confinada y las otras dos poco más o menos[345].

A lo largo de toda su vida, Pitt sufrió de una gota que a veces lo incapacitaba, y que lo había afligido desde sus días de escuela en Eton. Poco frecuente en la juventud, la gota a esa edad era prueba de un caso grave. Sus recurrentes dolores causaban la irritabilidad que es común entre los que la sufren, y hubo que construir un banquillo y una enorme bota en la parte delantera del carruaje de Pitt y su silla de manos[346].

Su carrera pública cobró notoriedad por su muy comentado rechazo, como pagador de las Fuerzas, a recibir comisiones o a conservar, para inversión personal, las sumas asignadas a la paga, que eran costumbres ya viejas en el cargo. Como secretario de Estado durante la Guerra de Siete Años, logró compartir el mando con el duque de Newcastle como primer ministro, porque Newcastle se atuvo a su especialidad, conceder favores, dejando la política a Pitt.

Pitt fue movido por la convicción de que el destino de Inglaterra era la supremacía marítima y que sus recursos podrían prevalecer en la rivalidad con Francia mediante la destrucción del comercio y las bases comerciales francesas. Con apasionada asignación de fondos y fuerzas a este objeto, y la infusión de sus propias convicciones, que una vez expresó en la frase «yo sé que puedo salvar a este país, y que sólo yo puedo hacerlo[347]», pobló la flota, reclutó a sus conciudadanos para remplazar a los mercenarios extranjeros, y convirtió una desorganizada campaña en una guerra nacional y una aurora de victoria. Louisburg, en cabo Bretón, Guadalupe, Ticonderoga, Quebec, Minden en Europa, el triunfo naval en la bahía de Vizcaya: tal serie de triunfos, escribió Horace Walpole, que «nos veíamos obligados a preguntar cada mañana qué victoria habría habido por temor de perdernos una[348]». Las banderas francesas capturadas colgaban de San Pablo entre el rugir de la multitud. Los abastos se aprobaban sin discusión. Pitt dominaba a sus colegas y, como *el Gran Común* era el ídolo del público, que admiraba su falta de títulos y sentía que tenía en él un representante. Esta sensación llegó hasta Nueva Inglaterra, donde, según Ezra Stiles, era «idolatrado». Fort Duquesne, tomado a los franceses en 1758, fue rebautizado como Fort Pitt, y se llamó Pittsburgh a su pueblo, construido de madera.

Sólo cuando intentó declarar la guerra a España, la otra rival marítima, su predominio falló contra la resistencia al aumento de impuestos y contra la determinación del nuevo rey de librarse de los *Whigs* de Newcastle y tomar el patrocinio en sus propias manos. Cuando Pitt renunció en 1761, los aplausos siguieron su carruaje desde el palacio, las damas agitaban sus pañuelos desde las ventanas, el pueblo «se aferró a las ruedas, dio la mano a los palafreneros y hasta besó sus caballos[349]».

En adelante Pitt se mostró demasiado inflexible, demasiado arrogante y demasiado vanidoso para entrar en el regateo por un cargo. No embonaba en el sistema, no teniendo ningún interés en grupos y cábalas. Su interés estaba en una política dominada por él mismo. Al dejar su cargo en 1761, dijo a la Cámara que no gobernaría donde no se atendían sus consejos. «Siendo responsable, *yo* dirigiré, no seré responsable de nada que no dirija[350]». Un miembro pensó que aquélla era «la declaración más insolente jamás hecha por un ministro», pero fue típica de Pitt, quien era del raro tipo incapaz de actuar en asociación con otros. «Libre de todo partido estoy y quiero estar totalmente aislado», dijo, y más claramente, en otra ocasión: «No puedo soportar el menor toque de mando[351]». Tal vez estuviese hablando aquí con cierto dejo de megalomanía. Acaso Pitt sufriera de lo que en nuestro tiempo se llamaría delirios de grandeza y depresión maniaca, pero éstos no tenían nombre en su época y no eran reconocidos como enfermedad mental.

Alto, pálido, de rostro delgado, con nariz aguileña y ojos penetrantes, los tobillos hinchados por la gota que le hacía bambolearse al caminar, era orgulloso, imponente, apareciendo siempre en ropas oficiales y peluca, «sabio y terrible como un Catón[352]». Siempre estaba actuando, siempre envuelto en la artificialidad, tal vez para ocultar al volcán que había en su interior. Su mirada de desprecio o indignación podía helar al adversario, su invectiva y sarcasmo eran «terribles»; tenía la misma calidad de *terribilità* de Julio II. Su talento para la oratoria, en una época en que el éxito político residía en ella, era literalmente mágico aunque pocos podrían explicar por qué. Su elocuencia, vehemente, feroz, original, audaz, podía conquistar el apoyo de los independientes del Parlamento. Teatral y hasta bombástico en su lenguaje, pronunciado con gestos y tonos de actor, empleando «frases muy brillantes y asombrosas», sus mejores discursos fueron improvisados, aunque, de una frase particularmente notable, dijo a Shelburne que «tres veces la había probado en el papel» antes de decidirse a emplearla[353]. En un susurro, su voz llegaba hasta los escaños más remotos, y cuando se elevaba como la de un gran órgano en todo su registro, su volumen llenaba la Cámara y podía oírse en el vestíbulo y por las escaleras. Todos guardaban silencio para escuchar cuando Pitt se levantaba a tomar la palabra.

A falta de Pitt, el duque de Cumberland reunió un gabinete mixto, y los tres cargos principales fueron ocupados por amigos personales del hipódromo y del ejército, ninguno de los cuales había ocupado antes cargos ministeriales. El principal era un joven grande del reino, el marqués de Rockingham, uno de los nobles más ricos de Inglaterra, con baronías en tres condados, con fincas en Irlanda y Yorkshire, lord teniente de su condado natal, un título irlandés y los títulos apropiados de caballero de la Jarretera y lord de la Real Cámara, que añadir a la lista. A los 35 años era un «nuevo *whig*», de la generación joven, no experimentado, e incierto de cómo proceder. Los secretarios de Estado eran el general Conway, que había sido edecán

del duque, y Augustus Henry Fitzroy, tercer duque de Grafton, otro cliente del hipódromo como Rockingham, a quien Cumberland trajo del Jockey Club. Joven de 30 años, de costumbres un tanto laxas, Grafton no tenía grandes ambiciones de que su nombre pasara a la historia y estaba más interesado en las carreras que en el gobierno, pero, por un sentido de «nobleza obliga», estaba dispuesto a servir a su país hasta donde pudiera. Cuando sus títulos le valieron una elección unánime como canciller de la Universidad de Cambridge en 1768, el poeta Thomas Gray, autor de la «Elegía en un atrio de pueblo», cuyo nombramiento consiguió Grafton como profesor *regius* de historia, escribió una oda a la que se puso música para la toma de posesión del duque. En el gobierno Grafton se sentía menos feliz, incómodo en sus cargos y dado a frecuentes propuestas de renunciar.

Encabezando a los amigos del rey en el gabinete, como lord canciller, estaba el gotoso, soez y fanfarrón lord Northington, que aunque frecuentemente se ponía difícil después de beber, había ocupado todos los diversos puestos jurídicos en los últimos nueve años y estaba dispuesto a reconocer los excesos del oporto diciendo: «Si yo hubiese sabido que estas piernas un día iban a soportar a un lord canciller, habría tenido más cuidado con ellas cuando era joven[354]». El secretario de Guerra, que aceptó este cargo por voluntad expresa del rey, era el vizconde Barrington, hombre amable, con un hermano almirante y otro obispo. Afirmó que su principio era no rechazar ningún cargo, sobre la teoría de que «algún cambio de la fortuna puede hacer de mí un papa[355]». Se quedó en el Ministerio de Guerra, aún aguardando, los trece años siguientes: una de las gestiones más largas del periodo. La desunión permisible dentro de un gabinete queda ilustrada por el hecho de que él pusiera como condición para aceptar el cargo el que se le permitiera votar contra el gabinete en la cuestión de la Ley Postal y de las garantías generales.

El nuevo gabinete, dividido y débil, entró en la crisis de la Ley Postal, perdiendo a Cumberland por defunción después de sólo cuatro meses, lo que dejó a Rockingham sin protección ni guía. Trató, vanamente, de reclutar a Pitt, y cuando repetidas veces preguntó qué debía hacer con la derogación, Pitt se negó a comunicarse con él. Sufriendo de cierta debilidad, abandonó los asuntos públicos en 1765.

La no importación iba afectando la economía, preocupando a comerciantes y mano de obra. En la prensa aparecieron artículos alarmantes, inspirados en muchos casos por una campaña de los comerciantes organizados, que pedían la derogación, e informaban de cierres de fábricas y de un ejército de desempleados que se preparaba a marchar sobre Londres para obtener la derogación mediante amenazas de violencia a la Cámara de los Comunes. Los comerciantes de Londres formaron un comité para que escribiera a sus colegas en treinta ciudades manufactureras o portuarias, proponiéndoles pedir la derogación al Parlamento. El gobierno se encontró dividido entre los «Hombres del Asunto Postal» y los «Hombres Contra el Asunto Postal», con Rockingham, Grafton, Conway y el viejo duque de Newcastle en favor de la

derogación, contra los Hombres del Asunto Postal, que proponían una demostración de soberanía y argüían que la derogación destruiría la autoridad de la Gran Bretaña y daría a las colonias ímpetu hacia una total independencia. Abiertamente en contra de la facción de Rockingham, lord Northington anunció que no asistiría a más reuniones del gabinete, pero que, antes que renunciar, se quedaría para intrigar hasta alcanzar la caída del gabinete.

Aunque Rockingham no poseía opiniones bien definidas, sí adquirió una política, por transfusión de su secretario, Edmund Burke. Logró convencerse de que la violenta reacción norteamericana indicaba que todo intento por poner en vigor aquella ley sería inconveniente, que Inglaterra cometería un error si perdía su tráfico colonial por mala voluntad y que lo mejor sería restaurar la armonía mediante la derogación. Por conciliación, explicaba Burke, se podrían reconciliar los dos principios *whig* de libertad del sujeto y soberanía del Parlamento.

Con una mayoría decidida a dar a los colonos una lección de soberanía y ávida de una reducción de su propio impuesto a la tierra a consecuencia de los ingresos llegados de América, la esperanza de mover al Parlamento a votar en favor de la derogación era ínfima. Grenville tronó acerca de los «escandalosos tumultos e insurrecciones» de Norteamérica, y lord Northington declaró que «abandonar la ley» mediante la derogación significaría para la Gran Bretaña «ser conquistada en América y convertirse en provincia de sus propias colonias». Ya no fue necesario conocer la opinión de Pitt durante el descanso de Navidad, y cuando el Parlamento volvió a reunirse el 14 de enero de 1766, Rockingham, tratando de mantener un gobierno debilitado por la disensión, no sabía qué hacer.

Apareció Pitt. Hubo silencio en los escaños. Pitt dijo que la cuestión a la que se enfrentaban era «de mayor importancia que la que jamás ocupara la atención de esta Cámara», desde que sus propias libertades estuvieran en juego en la revolución del siglo pasado y que «el resultado decidirá el juicio de la posteridad sobre la gloria de este reino y la sabiduría del gobierno durante el reinado presente». Los impuestos no eran «parte del poder gobernante o legislativo»; era un «don voluntario» de asambleas representativas. La idea de «virtual representación de América en esta Cámara es la idea más despreciable que jamás entrara en la cabeza de un hombre y no merece seria refutación». Refiriéndose a ciertas observaciones de Grenville, en que denunciara a aquellos ingleses que habían alentado la resistencia colonial, dijo: «Me alegra que América haya resistido. Tres millones de personas tan inertes a todos los sentimientos de libertad que son capaces de someterse voluntariamente a ser esclavos habrían sido buenos instrumentos para esclavizar a los demás». Un miembro gritó que debían enviar a la Torre de Londres al orador, evocando, según un testigo, «gritos de aclamación como nunca había yo oído». Sorprendido, pero sin apartarse de su tema, Pitt procedió a afirmar que la Ley Postal debía ser derogada «absoluta, total, inmediatamente» y al mismo tiempo acompañada de una declaración de «autoridad

soberana sobre las colonias… en términos tan enérgicos como puedan concebirse y que se extienda a todo punto de legislación… que podremos controlar su comercio, confinar sus manufacturas, y ejercer todo poder salvo el de tomarles dinero de sus bolsillos sin su consentimiento».

Había ahí una sutil ofuscación. Atar su comercio, por derechos aduanales, ¿no era otro modo de sacarles el dinero de los bolsillos sin su consentimiento? Si el Parlamento tenía el supremo poder legislativo, ¿cómo podían los impuestos no ser «parte de tal poder soberano»? Grenville, considerando estos puntos, se negó a aceptar la discusión entre impuestos internos y externos. Pitt era un convencido mercantilista y su respuesta fue inequívoca: «Que quede claro para siempre; la fijación de impuestos es de ellos, la regulación comercial es de nosotros». Su distinción no convenció a otros. «Si comprendes la diferencia», escribió lord George Germain a un amigo, «es algo más de lo que yo puedo hacer, pero te aseguro que fue muy hermoso cuando lo oí[356]».

Aquello le bastó a Rockingham; le habían dado la señal. Una declaración de soberanía parlamentaria, que se esperaba satisficiera la demanda de energía, fue inmediatamente redactada e introducida junto con la Ley de derogación. Se logró el renuente consentimiento del rey, informándole que la elección era de derogación o de imposición que requeriría fuerzas militares adicionales, para las que no sería fácil encontrar fondos. La Cámara reanudó el debate. En los Lores, el duque de Bedford, jefe de la facción de Grenville, insistió en que la Ley Postal «si se tolera que sea derogada pondrá punto final a un periodo del Imperio británico en América[357]». Sin embargo, Rockingham había hallado aliados. Favoreció la campaña de los comerciantes para cambiar el hincapié, de los controvertidos «derechos» a las consecuencias económicas. Alcaldes y ciudadanos destacados de las provincias de 35 ciudades llegaban cada día a presentar la petición de su ciudad en favor de la derogación. Se presentaron cartas de comerciantes norteamericanos a embarcadores ingleses en que cancelaban pedidos. Más de cien comerciantes se reunieron en Londres para ejercer, mediante su presencia en la Galería de Visitantes, una presión silenciosa[358]. Se tenía aguardando a veinte jinetes, para ir a difundir las noticias del voto.

Cuarenta testigos, entre ellos agentes coloniales, comerciantes y norteamericanos visitantes, fueron llamados a atestiguar sobre la no importación. Entre ellos, Benjamín Franklin, en su célebre presentación de febrero de 1766, firmemente dijo a la Cámara que los norteamericanos nunca pagarían los derechos postales «a menos que sean obligados por la fuerza de las armas», y las fuerzas armadas serían inútiles porque «no pueden obligar a comprar estampillas a un hombre que decide prescindir de ellas. No encontrarán una rebelión; en realidad podrán hacer una[359]». Tal pudo ser el epitafio de la Gran Bretaña durante la década, porque en el momento en que Franklin hablaba «una abrumadora mayoría» de sus conciudadanos, como ha declarado un historiador inglés, «nunca había considerado la idea de romper la

conexión con la metrópoli[360]».

El dilema era auténtico. Dejar en vigor la ley sería asegurar, como dijeron los testigos, un duradero desafecto y hasta «total desavenencia» en las colonias, mientras que conceder la derogación seria reconocer una plena autoridad en América. Horace Walpole, en sus memorias escritas dos años después, añadió otro factor digno de tomarse en cuenta: la aplicación que podía «encender una rebelión» podía ser causa de que las colonias «se arrojaran en los brazos de Francia y de España». Por otra parte, la derogación de una ley de ingresos «sentaría un precedente de la índole más fatal[361]».

La Ley de Declaración, que afirmaba que «El Parlamento de la Gran Bretaña ha tenido, tiene y por derecho debe tener pleno poder y autoridad para hacer leyes y estatutos de fuerza y validez suficientes para obligar a las colonias y al pueblo de América en cualquier caso», obtuvo la unánime aprobación de los Comunes y los votos en los Lores de todos, salvo de cinco, entre los cuales es interesante que se encontrara lord Cornwallis. Otros fueron lord Camden, el exjuez Pratt, único ministro que habló contra la Declaración, insistiendo en que el fundamento mismo de la objeción era que impuestos sin representación era algo ilegal y que «hay algunas cosas que no podemos hacer[362]». El hecho de que la Declaración no mencionara los impuestos, punto central de la disputa, fue cuestionado por el procurador general, Charles Yorke, quien promovió a insertar «el caso de tributación», pero fue rechazado con el argumento de que «en todos los casos» cabría ese punto. Ello satisfizo a suficientes miembros para obtener una mayoría en favor de la derogación. Pero, aunque conveniente, la Declaración era precipitada porque inmovilizaba al Parlamento en una posición que evitaba todo acuerdo. Volvería en los recuerdos de muchos que habían votado en favor de ella, cuando en la década siguiente el bando de Rockingham estaba tratando de evitar la guerra. Por el momento logró su propósito. La derogación fue aprobada contra 167 empecinados. Los Lores aún resistieron y sólo dieron su asentimiento cuando el rey fue inducido a permitir que se supiera que estaba en favor de la derogación.

La cosa se había consumado. El rostro del general Conway resplandecía, informó Burke, «como si fuera la cara de un ángel[363]». Los mensajeros se alejaron al galope llevando las buenas noticias, las campanas repicaron en Bristol, los capitanes de barcos izaron sus banderas y dispararon salvas, hurras resonaron en los puertos de mar, y cuando la noticia llegó a América el regocijo fue doble. El propio John Hancock, que era armador mercante, dio una gran fiesta con vino de Madera y fuegos artificiales, bandas de milicianos desfilaron con bombos y platillos, las tabernas se llenaron de celebrantes, se ofrecieron bailes de gala, se dieron gracias al rey y al Parlamento y por toda Nueva Inglaterra se predicaron quinientos sermones de acción de gracias. Se renovaron los pedidos de mercancías inglesas y se entregaron a los pobres las ropas hechas en casa que producían comezón[364]. Ocho meses después, John Adam escribió que ahora el pueblo estaba «tan apacible y sumiso al gobierno

como cualquier pueblo bajo el Sol»; la derogación había «calmado toda oleada de desorden popular[365]». La Ley de Declaración no produjo ningún efecto por la razón misma de que no contenía ninguna referencia a los impuestos. Los norteamericanos tal vez supusieron que simplemente era un gesto de orgullo herido, que no tendría aplicación.

¿Cómo debemos evaluar la Ley Postal y su derogación? Aunque adoptada ante informes que aseguraban dificultades, la política en que se basó la ley no fue aún la clásica locura en el sentido de insensata persistencia en una conducta claramente contraproducente. Era natural desear que de las colonias llegaran ingresos, y natural tratar de obtenerlos. La derogación tampoco llegó a ser una locura, porque careció de una alternativa clara. Ponerla en vigor era imposible; rechazarla era inevitable. No era de buen augurio porque los norteamericanos, por muy alegres que se mostraran, difícilmente podrían evitar la conclusión de que la supremacía parlamentaria era vulnerable a los motines, la agitación y el boicoteo. Y, sin embargo, por entonces la gran mayoría, aparte de los pocos activistas, nunca había pensado en rebelión o separación, y si no hubiesen seguido más provocaciones inglesas, es probable que nunca se hubiese desarrollado un combate en Lexington Common.

3. La insensatez a toda vela: 1766-1772

Después de un error tan absoluto que hubo que retractarse, los políticos británicos bien podrían haber hecho una pausa para reconsiderar la relación existente con las colonias y preguntarse qué curso debían seguir para obtener, por una parte, una benéfica lealtad y, por la otra, asegurarse la soberanía. Muchos ingleses fuera del gobierno consideraban este problema, y Pitt y Shelburne, que pronto llegarían al poder, subieron a sus cargos con la intención de aplacar la desconfianza y restaurar la ecuanimidad en las colonias. El destino, como sabemos, se inmiscuyó.

La política no se reconsideró porque el grupo gobernante no tenía el hábito de la consulta con un propósito establecido, tenían al rey encima de ellos y se hallaban en pugna entre sí. No se les ocurrió que pudiese ser sabio evitar toda medida provocativa durante tiempo suficiente para tranquilizar a las colonias de Inglaterra acerca del respeto a sus derechos, sin dejar excusa a los agitadores. La violenta reacción a la Ley Postal sólo confirmó a los ingleses en su creencia de que las colonias, encabezadas por «hombres perversos e intrigantes» (como dice una resolución de la Cámara de los Lores), tendían a la rebelión[366]. Ante la amenaza, o lo que se considera como una amenaza, los gobiernos habitualmente tratan de aplastarla, rara vez de examinarla, comprenderla y definirla.

Una nueva provocación surgió en la anual Ley de Alojamiento de 1766 para el alojamiento, aprovisionamiento y disciplina de las fuerzas británicas. Contenía una cláusula en que requería a las asambleas coloniales ofrecer cuarteles y abastos como velas, combustible, vinagre, cerveza y sal a los soldados regulares No habría tenido mucho que pensar el Parlamento para reconocer que esto seria considerado como otra forma de impuesto interno, como inmediatamente ocurrió en Nueva York, donde había los principales acantonamientos de tropas. Los colonos pronto vieron que se les pedía pagar todos los costos del ejército en América como un «dictado» del Parlamento. La Asamblea de Nueva York se negó a asignar los fondos requeridos, lo cual causó gran ira en Inglaterra, como nuevo testimonio de desobediencia e ingratitud. «Si llegamos a perder la superintendencia de los colonos, la nación se pierde», declaró Charles Townshend ante tumultuosos aplausos en la Cámara[367]. El Parlamento respondió con la Ley de Suspensión de Nueva York, que declaraba nulos y vanos los actos de la Asamblea hasta que aprobara los fondos. Una vez más la madre patria y sus colonias se encontraban en pugna.

Por entonces ocurrió un disturbio político cuando el rey, habiendo encontrado causa para disputar con Rockingham, obedeció las instrucciones de la Providencia de «despedir a mi gabinete[368]». Unas negociaciones inmensamente complicadas pusieron a Pitt a la cabeza de un heteróclito gabinete mientras que los Rockingham,

insultados, se pasaron a la oposición. El nuevo gobierno contenía más discordantes opiniones y personajes de lo habitual, porque Pitt, en situación de regatear enérgicamente sus términos y resuelto a mandar sin ataduras, deliberadamente reunió un grupo mixto que pudiese dominar libre de toda «conexión». El costo financiero fue caro porque hubo que dar buenas pensiones a los más obcecados, para persuadirlos de que dejaran el sitio a sus sucesores.

Por una parte, Shelburne entró como secretario de Estado, con responsabilidad por las colonias; se conservó a Grafton y Conway, y lord Camden, otro miembro del círculo de Pitt, fue nombrado lord canciller. Por otra parte, lord Northington, agente del rey, fue nombrado lord presidente del Consejo; se encontró un lugar para el hermano de lord Bute; el impredecible Charles Townshend fue canciller de la Tesorería y el conde de Hillsborough, tan hostil a las colonias como favorable les era Shelburne, ingresó como presidente de la Junta de Comercio. Hillsborough era una mezcla de «arrogancia, estupidez, obstinación y pasión», según Benjamín Franklin[369], al que trató rudamente. Las diferencias privadas de estos hombres, más obvias entonces que ahora, inspiraron la elaborada frase sarcástica de Burke acerca de «una pieza de mosaicos diversificados, un pavimento teselado… aquí un pedazo de piedra negra, allá un pedazo de piedra blanca…»[370]. Desde luego, Burke era un decepcionado seguidor de Rockingham.

Lo que abrió el paso a la insensatez no fue el mosaico, sino la caída de Pitt. Con catastróficos efectos sobre su popularidad, Pitt aceptó un título nobiliario y salió de la Cámara de los Comunes para ingresar en la Cámara de los Lores como conde de Chatham. Su decisión se debió en parte a un deseo de evitarse —por causa de su mala salud— la tarea extra del primer ministro: ser jefe de la Cámara de los Comunes. El público reaccionó como si Jesucristo se hubiese unido a los mercaderes del templo. Se cancelaron las fiestas en que se celebraba el retorno del héroe, las colgaduras fueron arrancadas de la Sala de Guildhall y surgieron libelos, escritos insultantes. Se consideró que *el Gran Común* había abandonado al mismo pueblo que lo había considerado su representante, que se había vendido a la corte por un título nobiliario.

«Sé que puedo salvar a este país, y que sólo yo puedo hacerlo». William Pitt, Primer Conde de Chatham, por Richard Brompton, 1772.

En los Lores, con un público menor y menos sensible, el nuevo conde causó menos efecto como orador y perdió su base acostumbrada en la otra Cámara, más populosa. La gota lo atacó con fuerza; se volvió malhumorado y moroso; empezó a tratar a sus colegas con dureza, tiránicamente. Dijo el general Conway, «Lenguaje como el de lord Chatham, nunca se había oído al oeste de Constantinopla[371]». Víctima de dolores crónicos, herido por la condena popular y un sentido de pasada grandeza, frustrado por el giro negativo de los acontecimientos en América, cayó en la depresión, no asistió a las reuniones de gabinete, se mostró inaccesible, aunque no dejó de comunicar en una carta su ira contra «el espíritu de infatuación que se ha apoderado de Nueva York… Su espíritu de desobediencia creará justamente un gran fermento aquí… La última Ley Postal ha atemorizado a esa gente irritable y desconfiada, haciéndolos perder la cabeza[372]».

Sin su amo, el heteróclito gobierno cayó en desorden. «Continuas cábalas, facciones e intrigas entre los que están dentro y los que están fuera» dijo Benjamín Franklin, «mantienen todo en estado de confusión[373]». El duque de Grafton, que para su desgracia había aceptado la Tesorería, para la cual sabía que no era capaz[374], con el objeto de dejar a Pitt libre de todo cargo administrativo, ahora a los 32 años tuvo que actuar como jefe. Si bien sintiéndose más desconcertado que nunca en ese

papel, iba a Londres «sólo una vez a la semana o cada dos semanas a firmar papeles en la Tesorería, y con la misma poca frecuencia a ver al rey[375]». Aplazó una reunión del gabinete para acudir a las carreras a Newmarket y una segunda vez porque celebraba una gran fiesta en sus posesiones. La nave del gobierno quedó virtualmente sin piloto. Lord Shelburne, que había empezado a trabajar por medio de los agentes coloniales para restaurar la buena voluntad en las colonias, cayó junto con sus colegas. Lord Camden, quien aparte de la ley era una especie de diletante en política, no se pronunció. No quedó nadie que fuese capaz de contener al miembro más brillante e irresponsable del gabinete, Charles Townshend.

Townshend, «deleite y adorno de los Comunes y encanto de toda sociedad privada», según dijo Burke[376], podía pronunciar un discurso asombroso aun en estado de ebriedad, y tenía inteligencia y capacidad que le habrían podido llevar, según Horace Walpole, a ser, «el hombre más grande de su época[377]», si sus defectos hubiesen sido tan sólo moderados. Pero no lo eran. Era arrogante, ligero, sin escrúpulos, y su palabra no valía nada; solía invertir su actitud en 180 grados si le parecía conveniente. «¿Hará menos daño Charles Townshend en el Ministerio de Guerra o en la Tesorería?», preguntó una vez el duque de Newcastle, al considerarlo para ocupar un cargo[378]. Buscado por sus habilidades, había ocupado varios cargos en la Junta de Comercio, el Almirantazgo y el Ministerio de Guerra, entre renuncias y negativas a servir. «No estudiaba nada con cuidado y atención», escribió Walpole, «tenía facultades que abarcaban todo el conocimiento con tal rapidez que parecía crear conocimiento en lugar de buscarlo», y con tan abundante ingenio «que en él parecía pérdida de tiempo el pensar[379]». El brillo de estos talentos ocultaba una escasez de sustancia, como lo sugirió David Hume en la frase «pasa por ser el hombre más listo de Inglaterra[380]».

La falla era la «inmoderada pasión» de Townshend «por la fama», lo que acaso tuviera que ver con el hecho de que era un hijo menor y posiblemente con el tener padres tan notablemente escandalosos que vivían separados. Su padre, disoluto y excéntrico, el tercer vizconde Townshend, era, como dijo Walpole a un amigo, «no el menos loco de vuestros conciudadanos[381]». Otra falla del hijo era que padecía desmayos, lo que hoy se habría considerado epilepsia aunque Walpole lo describiera con bastante desenvoltura: «Cae víctima de un ataque, resucita, truena en el Capitolio…»[382]. Emulando a Pitt, pero sin el sentido de dirección de éste, Townshend estaba dispuesto a «*no* tener partido, *no* seguir jefes, a ser gobernado absolutamente por mi propio juicio[383]». Y como coincidencia, el juicio era la más débil de sus facultades.

Estando en la Junta de Comercio, donde sus diversos periodos hicieron que se le considerara como el más enterado de los asuntos de América, había sido el primero en 1763 en proponer aumentar los ingresos de las colonias para costear su defensa y también pagar salarios fijos a los funcionarios y jueces coloniales, haciendo así que

«ya no dependieran del capricho de ninguna Asamblea». Ésta era la pesadilla de las colonias, considerada como paso inconfundible hacia la supresión de sus derechos.

Townshend resucitó ahora ambas ideas, descuidadamente, casi sin planearlo Cuando en enero de 1767 presentó su presupuesto que pedía una continuación del impuesto sobre la tierra, de cuatro chelines, provocó grandes murmullos de descontento entre los miembros campesinos. Siempre ansioso de ser popular, dijo que el impuesto debería reducirse a tres chelines si el gobierno no tenía que gastar más de 400 mil libras en la administración de las colonias. Ante esto, Grenville, quien recordaba el destino de la Ley Postal, se apresuró a sugerir que el presupuesto podría reducirse si a las colonias correspondía la mayor parte del costo de su defensa y administración. Como diciendo «ésa no es ninguna dificultad», Townshend, para asombro de sus colegas en el gabinete, garbosamente «se comprometió a encontrar en América un ingreso suficiente para los propósitos requeridos». Aseguró a la Cámara que podría hacerlo «sin ofender» a los norteamericanos, con lo que quería decir por medio de un impuesto externo mientras al mismo tiempo decía que la distinción de lo interno y externo era «ridícula en opinión de todos, salvo de los norteamericanos[384]». Para entonces, los propios norteamericanos hablan borrado la distinción en el Congreso de la Ley Postal y en discursos públicos, pero la opinión de los norteamericanos no era factor del que Townshend se tomara la molestia de informarse.

Ante la perspectiva de aligerar sus propios impuestos, la Cámara sin más aceptó la garantía de Townshend, con mayor razón puesto que había quedado impresionada por el testimonio curiosamente complaciente de Benjamín Franklin durante las audiencias de la Ley Postal, en el sentido de que las colonias no se opondrían a unos impuestos externos, ni aun para causar ingresos. Espoleado por los cesados Rockinghams y los Bedford de la derecha[385], que deseaban causar dificultades al gobierno, los miembros campesinos presentaron una moción de reducir el impuesto a la tierra, de cuatro chelines a tres chelines por libra, privando así al gobierno de cerca de 500 mil libras anuales y poniendo al canciller de la Tesorería ante la necesidad de cumplir su promesa.

Sin consultar a sus colegas del gabinete ni notificarles su intención, Townshend propuso una serie de derechos aduanales a las importaciones que entraran a las colonias americanas, sobre cristales, pinturas, plomo, papel y todos los tipos de té, con el propósito declarado no de controlar el comercio sino de aumentar los ingresos[386]. Según sus propios cálculos, la ganancia esperada era de 20 mil libras por el impuesto al té y poco menos de 20 mil libras del resto, en total 40 mil libras, o sea una décima parte del costo total de gobernar las colonias y menos de una décima parte de la pérdida del reducido impuesto a la tierra. Por esta mísera cantidad, que apenas reduciría y muy probablemente aumentaría el déficit nacional, al costar más el cobro que lo que produciría, Townshend estaba dispuesto a arruinar lo que la derogación de la Ley Postal se había propuesto ganar. Como casi todas las locuras, el

interés egoísta paralizó la preocupación por el interés superior del Estado. En ausencia de Chatham, Townshend vio un camino abierto para llegar a primer ministro y, con ese fin, un modo de aumentar su prestigio en la Cámara de los Comunes, el «templo elegido» de la fama, como lo llamó Burke.

Su propuesta parece haber anonadado a sus colegas, en el sentido literal de que los dejó mudos. Aunque elevar los ingresos llegados de las colonias, reconoció Grafton, iba «contra la decisión conocida de cada miembro del gabinete», y la acción unilateral del canciller «era tal que confío, ningún gabinete se someterá a ella», el gabinete en realidad sí se sometió[387]. Cuando Townshend amenazó con renunciar a menos que se le permitiera cumplir su promesa, el gabinete, en la creencia de que su partida causaría la caída del gobierno, aceptó mansamente. Como siempre ha ocurrido, conservar el cargo fue la preocupación principal.

En su estado de ánimo prevaleciente, el Parlamento se sintió feliz de dar a los norteamericanos otra lección, aunque la última le hubiese sido contraproducente. En mayo de 1767, la Ley de Ingresos, que incluía las Tarifas de Townshend, fue aprobada en ambas Cámaras fácilmente y sin causar división, es decir, sin necesidad de contar los votos. Como tratando deliberadamente de mostrarse provocador, Townshend despertó la fobia a América en el preámbulo a la ley, donde anunció que los ingresos se utilizarían para aumentar las ganancias y ayudar a enfrentarse al costo de la defensa de las colonias y «para subvenir al costo de la administración de justicia y apoyo de la nómina civil». Sin esta afirmación, sus tarifas tal vez no hubiesen causado ningún escándalo. Ahora, la locura iba a toda vela.

¿Cómo pudo suceder? El propio Townshend era un ambicioso sin escrúpulos; la verdadera responsabilidad fue del gobierno y del Parlamento. Resulta endeble la excusa que el duque de Grafton presenta en sus memorias, cuando dice que sólo Chatham tenía autoridad para despedir a Townshend y que «nada más que ello habría podido impedir la medida». Un gabinete unido con sentido de responsabilidad del gobierno simplemente habría aceptado la renuncia con que Townshend amenazaba y buscado otro medio de supervivencia. El Parlamento de Inglaterra, la asamblea representativa más antigua de Europa en cuestión de experiencia nacional, habría podido pensar en las consecuencias antes de apresurarse a aprobar. Ni siquiera los Rockingham elevaron la voz para contener la medida. «Los amigos de América son muy pocos», escribió Charles Garth, agente de Carolina del Sur, «para tener una parte en una lucha con el canciller de la Tesorería[388]». Artículos airados en la prensa y escritos de indignación exigían que se obligara a las colonias ingratas a reconocer la soberanía británica. Antes que conciliarse con los norteamericanos, el gobierno y el Parlamento estaban dispuestos a darles una buena paliza. Las Tarifas de Townshend llegaban en momento oportuno.

Su autor no vivió para presenciar el destino de sus medidas. Contrajo lo que se llamaba una «fiebre» en aquel verano y, tras varias aparentes recuperaciones, su inconstante carrera, breve pero de tal importancia para Norteamérica, terminó con su

muerte, en septiembre de 1767, a la edad de 42 años. «El pobre Charles Townshend al fin se encuentra asentado», comentó un miembro del Parlamento[389].

Durante todos estos acontecimientos, nadie pudo comunicarse con el gran Chatham. El aturdido duque de Grafton no dejó de preocuparse por verlo, por consultarlo, aunque fuese por media hora, por diez minutos, y el rey añadió sus súplicas en carta tras carta, hasta proponiendo visitar en persona al enfermo. Las respuestas llegaron de *lady* Chatham, amante esposa del enfermo, y bendición de su torturada existencia, quien se negó, en su nombre, por causa de su «absoluta incapacidad… agravamiento de enfermedad… indecible aflicción». Algunos colegas pensaron que tal vez estuviese ganando tiempo, pero cuando por fin Grafton, tras repetidas presiones, fue admitido para una visita de pocos momentos, encontró a un hombre acabado «con los nervios y el ánimo afectados en grado terrible… el gran espíritu estaba quebrantado, y debilitado por el desorden[390]».

Aislado en Pynsent, Chatham en un violento giro, ordenó al jardinero que cubriera de plantas verdes la desnuda colina que limitaba su vista. Cuando se le dijo que «todos los invernaderos de este condado no cubrirían una centésima parte» de lo que se necesitaría, ordenó al hombre, no obstante, traer árboles de Londres, de donde fueron conducidos en carreta[391]. Pynsent, era una propiedad legada a Pitt por su irascible propietario, un pariente de lord North, quien se enfureció tanto por el voto de North en favor del impuesto a la sidra que lo mandó quemar en efigie y lo quitó de su testamento, dejando su finca al héroe nacional[392]. Para ocuparla Pitt había vendido su propia posesión de Hayes, donde había gastado grandes sumas comprando casas cercanas para «librarse del vecindario». Ahora lo poseyó un insistente deseo de recuperar Hayes y no descansó hasta que su esposa, obligada a valerse de la influencia de sus hermanos, con quienes Chatham había reñido, logró persuadir al nuevo propietario de volver a venderla.

Sin sentirse más feliz en Hayes, víctima de la gota y de la desesperación, Chatham no podía soportar ningún contacto. Se negó a ver a nadie, a comunicarse con nadie, no podía tolerar a sus propios hijos en la casa, no hablaba a los sirvientes y a veces ni siquiera a su mujer. Había que mantener calientes en todo momento sus alimentos para llevarlos a horas irregulares, cuando él sonaba su campanilla. Su violento carácter estallaba ante la menor falta. Durante varios días seguidos permanecía viendo por la ventana. No admitía a ningún visitante, pero lord Camden, informado de su estado, dijo: «Entonces, está loco[393]». Otros dijeron que «tenía gota en la cabeza».

La gota en los días de grandes comilonas y mucha bebida de vinos fortificados desempeñó un papel en el destino de las naciones. Fue una de las causas de la abdicación del emperador Carlos V en la época de los papas renacentistas. Un importante médico de los tiempos de Chatham, el doctor William Cadogan, sostuvo que esta enfermedad tenía tres causas: «indolencia, intemperancia y enfado» (en los tiempos modernos se ha comprobado que se trata de una producción excesiva de

ácido úrico en la sangre que, al no ser absorbido, causa inflamación y dolor), y que una vida frugal y activa era el mejor preventivo y la posible cura. El que el ejercicio físico y una dieta vegetariana sirviera de remedio era sabido, pero la teoría de los opuestos, uno de los preceptos menos útiles de la medicina del siglo XVIII, fue preferida por el médico de Chatham, un tal doctor Addington. Especialista en locura, o «loquero», tenía la esperanza de provocar un violento ataque de gota, basándose en la teoría de que esto expulsaría el desorden mental; por tanto, prescribió dos vasos de vino blanco y dos de oporto diarios, el doble de lo que solía tomar su paciente, con vino de madera y oporto a intervalos. El paciente también debía seguir comiendo carne y evitar todo ejercicio a la intemperie, con el resultado natural de que la gota empeoró. Chatham no participó en el gobierno durante 1767 y 1768. El que sobreviviera con el régimen del doctor Addington y llegara a recuperar su cordura, representa uno de los ocasionales triunfos del hombre sobre la medicina[394].

La locura, aunque a veces relacionada con la gota (probablemente por el dolor) no era infrecuente entre la clase gobernante del siglo XVIII. Dos figuras centrales en la crisis norteamericana, Chatham durante ella y Jorge III después, mostraron síntomas de locura, y en Norteamérica, James Otis, que había estado haciendo cosas extrañas durante algún tiempo, definitivamente enloqueció en 1768[395]. El sobrino de Walpole, el conde de Oxford, de quien heredaría el título, tenía accesos intermitentes de locura[396], así como los dos hermanos de lord George Germain, uno de los cuales, heredero del condado de Sackville, derribó todos los árboles de Knole y fue declarado mentalmente incapaz por su familia y, a la postre, falleció de «un ataque». El otro, lord John Sackville, víctima de la melancolía, pasó su vida viajando por Europa, en el encierro y la pobreza, «luchando contra la locura[397]». La duquesa de Queensberry era «muy lista, muy caprichosa y casi loca[398]». El poeta William Cowper, como ya lo hemos notado, estaba loco así como también lo estaba el poeta menor Christopher Smart, a quien el doctor Johnson visitó en Bedlam. Lord George Gordon, quien encabezó los motines de Gordon en 1780, era considerado como demente[399]. Tales casos, aunque ocasionales, mencionados en las memorias, tal vez no representen una gran frecuencia, pero sí muestran la probabilidad de que otros casos no se hayan mencionado. Sobre la base de tales testimonios no podemos decir nada definitivo de la locura en la clase gobernante, pero sí que si Chatham hubiese gozado de buena salud, la historia de los Estados Unidos habría sido distinta.

Las Tarifas de Townshend provocaron una reacción tardía en las colonias. Muchos ciudadanos y futuros monarquistas, preocupados por la acción de la chusma contra vidas y propiedades durante la crisis de la Ley Postal, habían empezado a temer que el movimiento «patriótico» fuese la vanguardia de la clase «niveladora[400]». No tenían ningún interés en provocar una ruptura con la Gran Bretaña. Antes que aceptar la suspensión, la Asamblea de Nueva York se había limitado a cumplir con la Ley de Alojamiento. Sin embargo, pronto surgieron

fricciones, por el acoso de los agentes de la nueva Junta Aduanal de América creada junto con la Ley Townshend para administrar las nuevas tarifas. Al mismo tiempo, se habían legalizado las órdenes de asistencia, que hacían legal el cateo en los domicilios. Ávidos de hacer fortuna, a base de las multas que pudieran imponer, los agentes aduanales, con inaudito celo, detenían e inspeccionaban todo lo que flotaba, abordaban navíos en cada puerto y cada día, sin excluir las lanchas que transportaban pollos a través de los ríos.

Mientras la indignación crecía, la causa norteamericana de pronto encontró una voz que todos tuvieron que escuchar. Se oyó en las *Farmer's Letters*, que empezaron a aparecer en la *Chronicle* de Pennsylvania en diciembre de 1767, escritas por John Dickinson, abogado de Filadelfia, de una próspera familia campesina y futuro delegado al Congreso Continental. Las cartas exponían el argumento de las colonias con tal claridad y fuerza de persuasión que pasaron a unirse a la histórica compañía de los escritos que persuaden y mueven a los pueblos a la acción. Por todas las colonias fueron reproducidas en los periódicos, y el gobernador Bernard de Massachusetts envió un conjunto completo al agente Richard Jackson en Londres, advirtiendo que, a menos que se les pudiera refutar, llegarían a ser «una Declaración de Derechos en opinión de los americanos».

El tema de Dickinson era la necesidad de unión entre las colonias para protestar por la Ley de Derogación de Nueva York, a la que llamó «golpe espantoso», y la Ley de Ingresos. Afirmaba que todo impuesto fijado para obtener ingreso era anticonstitucional y, por tanto, que no existía diferencia entre las Tarifas de Townshend y la Ley Postal. Las colonias no debían ninguna contribución para costos de gobernar, ya que la Gran Bretaña obtenía ganancias controlando su comercio. Aplicar esos ingresos a la lista civil y los salarios de los jueces era el «peor golpe», absolutamente destructivo de todo control local, y que potencialmente reduciría a las colonias a la condición de la pobre Irlanda. El punto más convincente de Dickinson fue su sugerencia de que la razón de que las tarifas fuesen tan pequeñas era que los ingleses esperaban hacerlas pasar virtualmente inadvertidas, estableciendo así un precedente para futuros impuestos. Por tanto, había que rechazarlas al punto.

Sus lectores entraron en acción aun si el argumento de Dickinson dio a Townshend un motivo para su política más racional que el que en realidad tenía. Los norteamericanos tendían a ver un plan consciente de esclavizarlos en cada medida de los ingleses. Suponían que los británicos eran más racionales, así como el gobierno inglés suponía que ellos eran más rebeldes, de lo que en realidad ocurría.

El efecto de las *Farmer's Letters* fue levantar la resistencia a la Ley de Ingresos, poner a Sam Adams a arengar a la chusma y arrancar a la Asamblea de Massachusetts una carta circular en que invitaba a las demás colonias a resistir a todo impuesto. La respuesta de Inglaterra procedió de una figura de reciente importación, lord Hillsborough, a quien el destino parece haber seleccionado para asegurar que la muerte de Townshend no acabara con la serie de errores. Hillsborough había pasado a

controlar los asuntos norteamericanos en lugar de lord Shelburne, a quien el duque de Grafton, bajo presión del rey y de los Bedford (cuya alianza necesitaba Grafton), se había visto obligado a despedir. Grafton, que no era hombre violento, escindió el cargo de Shelburne para crear un nuevo puesto de secretario para las Colonias, para el cual fue nombrado Hillsborough. Como poseía un título irlandés con grandes propiedades, Hillsborough se oponía a toda actitud blanda hacia las colonias, por el temor, compartido por otros terratenientes irlandeses, de que sus aparceros emigraran a América, reduciendo así sus rentas. Aunque había ocupado muchos cargos, no en conocido por su tacto o por la claridad de su razón; el propio Jorge III, que compartía la misma deficiencia, dijo que no conocía «hombre de menos juicio que lord Hillsborough[401]». Este inconveniente pronto se dejó sentir.

En una carta perentoria, el nuevo secretario ordenó a la Asamblea de Massachusetts rescindir su carta circular so pena de disolución si se negaba e informó a otros gobernadores que cualquier asamblea que siguiera el sedicioso ejemplo de Massachusetts también sería disuelta. El tono punitivo de su carta y su implicación de que los norteamericanos serían obligados a aceptar el impuesto o ver clausuradas sus asambleas representativas provocó indignación, donde antes casi no la había habido. Cuando Massachusetts se negó estentórea y apasionadamente a rescindir, Pennsylvania y otras colonias que no habían atendido a su primer llamado ahora adoptaron resoluciones, siguiendo el modelo de Massachusetts, en abierto desafío a Hillsborough. El interés de mantener el Imperio no lo estaba haciendo bien en sus manos.

Al mismo tiempo, la Junta de Aduanas pidió en febrero de 1768 un barco de guerra y tropas para su protección. La llegada del barco británico *Romney* al puerto de Boston, procedente de Halifax, envalentonó a la Junta de Aduanas para apoderarse del barco *Liberty* de John Hancock, provocando tal motín que los comisionados de aduanas huyeron a bordo del *Romney* temiendo perder la vida. Ante el creciente desorden, el general Gage ordenó que llegaran dos regimientos de Halifax; dos más llegaron de la metrópoli en noviembre. «¡Tener aquí un ejército de planta! ¡Santo Dios!», escribió un bostoniano, después de ver a los casacas rojas desfilar por la ciudad. «¿Qué puede ser peor para un pueblo que ha probado la dulzura de la libertad?». Ello podría «apresurar esa independencia que de momento los más fogosos de nosotros aún rechazan[402]».

Sin ningún plan o decisión, el uso de las fuerzas armadas para la coacción había pasado a ser parte del conflicto. La imprudencia de este procedimiento perturbó a muchos ingleses, entre ellos al duque de Newcastle, ahora de 75 años, que había administrado las colonias como secretario de Estado durante un cuarto de siglo y creía que debía evitarse toda «medida de poder y fuerza» en los tratos con ellas. «La medida de conquistar las colonias y obligarlas a someterse está ganando aceptación», escribió a Rockingham. «Yo, en conciencia, debo protestar contra ello y espero que nuestros amigos consideren bien las cosas antes de que cedan a tan destructiva

medida[403]».

El peso del gabinete, gradualmente influido por los Bedford y los amigos del rey, empezó a inclinarse en otro sentido. Conway, el único que había tratado de contener a Townshend y de oponerse a la Ley de Suspensión de Nueva York, renunció como secretario de Estado, aunque conservando un puesto menor. Su lugar fue ocupado por un lord amante del oporto y de poca importancia salvo como «conexión» de Bedford con el vizconde Weymouth, cuya especialidad era jugar durante toda la noche y perder tan continuamente que su casa estaba siempre rodeada por los alguaciles. Como secretario de Estado no abandonó sus hábitos, acostándose a las seis de la mañana y levantándose después del medio día, «con total descuido de los asuntos a su cargo, que eran atendidos, hasta donde podían serlo, por el señor Wood, su subsecretario[404]». El puesto vacío de Townshend como canciller de la Tesorería fue ocupado por lord North, persona equilibrada, tranquilizadora, con bastante sentido común y pocas opiniones definidas, aunque inclinándose al bando de los que no se comprometen. Otros dos lugares fueron ocupados por pares de la facción de Bedford: el conde Gower, cuando murió lord Northington, y el conde de Rochford, reciente embajador en España, que, para irse de Madrid, tuvo que empeñar su vajilla de plata y sus joyas por seis mil libras para pagar sus deudas. Ahora se le nombró secretario de Estado cuando Shelburne, único miembro del gabinete que se oponía a las medidas coercitivas de Hillsborough, por último renunció —o fue empujado— después de ocupar la parte que le dejaron de su cargo durante ocho meses. Informado de su partida, Chatham, que estaba recobrándose, envió el Sello Privado, renunciando oficialmente a su cargo.

El gobierno que había sido de Chatham estaba ahora en manos de la Banda de Bloomsbury, llamada así porque el duque de Bedford residía en Bloomsbury Square. El propio duque, aparte de su gran riqueza y los muchos puestos que había ocupado en el reinado anterior, y aparte de sus poderes, posiciones y títulos en Bedfordshire, debía su influencia a un sentido supremamente desarrollado de su categoría y de confianza en sí mismo. Decíase que era el único que podía hablar abiertamente contra Pitt en sus grandes días. Había servido como lord presidente del Consejo y como verdadera cabeza del gobierno de Grenville, generalmente llamado el gabinete de Bedford, pero ahora, víctima de la gota, ejercía su influencia por medio de sus partidarios, mientras él pasaba casi todo su tiempo en Woburn Abbey, su casa de campo.

Junto con su cuñado el conde Gower y su yerno, el cuarto duque de Marlborough, controlaba trece escaños en la Cámara de los Comunes. Aunque inteligente y generoso, Bedford era violento, obstinado y tenía prejuicios. Pero su séquito incluía a verdaderos expertos en arreglar contratos y elecciones y los más resueltos abogados en coaccionar a las colonias. Seis fragatas y una brigada, no dejaban de decirle al rey, bastarían para suprimir la insolencia norteamericana.

El rey Jorge sólo tenía una idea de política respecto a sus colonias; que era «deber

ineludible de sus súbditos en América, obedecer las Leyes de la Legislatura de la Gran Bretaña» y que el rey «espera y requiere una tranquila obediencia a las mismas[405]». En la conducción del gobierno, su influencia fue más perniciosa, pues estaba convencido de su deber real de purificarlo según el modelo de su ídolo de sus días de escuela, Alfredo *el Grande*. Por medio de los Bedford, ahora intervendría más que nunca, nombrando y despidiendo ministros a su capricho, controlando todo patrocinio, no aceptando política colectiva del gabinete sino tratando con ministros individuales, tan sólo por referencia a sus propios departamentos y hasta sugiriendo quién había de hablar en los debates en la Cámara de los Comunes. Sus elegidos para los cargos solían ser cortesanos de categoría que le hubiesen caído en gracia pero cuyo talento o preparación para gobernar no solían ser mayores que los suyos propios.

Las protestas de los norteamericanos a cada impuesto y cada medida probaron a los Bedford que los colonos estaban dispuestos a quebrantar el sistema mercantilista y a obtener libre comercio, y que gritarían «¡Tiranía!» a cada acción del Parlamento. Si se mostraban con mano débil, su protesta no dejaría pronto ni un atisbo de soberanía.

Con respecto al comercio, estas aprensiones no eran erróneas. Romper el yugo mercantilista desarrollando industrias locales era, en realidad, una idea que había echado raíces entre los norteamericanos, movidos por el éxito de la no importación. La Gran Bretaña, al provocar el giro de los colonos hacia telas y otros bienes hechos por ellos mismos, había lanzado contra ella misma el impulso hacia la independencia comercial que estaba precisamente resuelta a impedir. Hasta para Pitt, la regulación mercantilista siempre había constituido la esencia de la política colonial. «Ni un clavo, ni una herradura», declaró una vez, debía permitirse a las colonias que fabricaran[406]. Ahora el impulso cobraba nueva fuerza. En agosto y septiembre de 1768, los comerciantes de Boston y de Nueva York convinieron en no hacer más importaciones de la Gran Bretaña hasta que fuesen rechazadas las Tarifas de Townshend. Los comerciantes de Filadelfia se unieron a este acuerdo, pocos meses después, seguidos por la mayor parte de las demás colonias, en el curso de 1769. En realidad, los tejidos en casa por grupos organizados de «Hijas de la Libertad» habían continuado desde la Ley Postal. La clase de graduados de Harvard College en 1768 y la primera clase de graduados y el presidente del Rhode Island College (hoy Brown) en 1769, aparecieron, todos, en ropas de fabricación norteamericana[407].

En la metrópoli, el retorno de Wilkes volvió a causar gran resentimiento contra el gobierno cuando Wilkes fue reelegido al Parlamento por Middlesex, condado de Londres, y reexpulsado por la mayoría del gobierno en la Cámara. Al punto a su causa se unieron todos los adversarios de la prerrogativa real, dando fuerza al movimiento radical en pro de las reformas parlamentarias para remplazar al sistema de patrocinio por unas auténticas elecciones. Todas las causas de la «Libertad»,

incluyendo a los amigos de América que se oponían a la coacción, se unieron, prestándose fuerza unos a otros.

El grito «¡Wilkes y Libertad!» resonó cuando el protagonista volvió a presentarse por Middlesex, fue apoyado por sus votantes, con aire de desafío, nuevamente fue expulsado, nuevamente elegido y una tercera vez expulsado. Llegó a ser a la vez un símbolo constitucional y un héroe popular, foco del descontento de los Comunes. Cuando el gobierno presentó su propio candidato para Middlesex y lo declaró elegido anulando los votos de Wilkes, tumultos y agitación recorrieron Londres. La ciudad «es diaria escena de motines y confusión sin ley», escribió Benjamín Franklin. «Gentíos patrullan las calles al mediodía, algunos derribando a todos los que no griten en favor de Wilkes y la Libertad». Carboneros, marinos, estibadores y toda clase de amotinados, volcaban carruajes, saqueaban las tiendas, irrumpían en las residencias de los nobles mientras el gabinete estaba «dividido en sus opiniones» y temeroso de lo que pudiera seguir[408].

Por su fatua supresión del voto de Middlesex, el gobierno causó el grito de alarma acerca de las libertades inglesas. Se confirmó que existía una conexión con las libertades norteamericanas constantemente mencionadas entre los wilkesistas por los agentes norteamericanos más activos. «Las personas que traten de esclavizar a América tendrán que esclavizarnos si está a su alcance», dijo un pañero y elector de Londres durante la cuenta de los votos en 1768[409]. Los 236 concejales elegidos y 26 regidores, en su mayoría tenderos y artesanos que eran sus propios patrones, que integraron el Juzgado Londinense del Consejo Común, condenaron virtualmente cada medida de coacción a las colonias[410].

A la cabeza de estos abogados estaba el propio lord alcalde, el fogoso comerciante William Beckford, que, como casi todos los partidarios de las colonias de Norteamérica, había llegado a ese cargo por medio de su defensa de Wilkes; oponerse al gobierno en un punto era oponérsele en ambos. Como retoño de una próspera familia jamaiquina de plantadores de caña de azúcar y como el mayor terrateniente de la isla, Beckford aumentó su fortuna en el comercio inglés, pasó de regidor a alguacil a lord alcalde y dirigió al rey la protesta de la *city* de Londres contra el fraude en la elección del Middlesex. Aunque Walpole dijera, en tono esnob, que él actuaba movido por «un confuso montón de conocimientos… tan poco corregidos por el juicio que sus absurdos se destacaron más por obra de su vanidad[411]», Beckford constituyó una voz audaz entre los críticos de la política hacia las colonias de Norteamérica. Los radicales ingleses reflejaron la opinión de los colonos de una conspiración de los ministros para suprimir sus libertades. Josiah Wedgwood, destacado radical, pensaba que la Ley Townshend era un esfuerzo deliberado con tal fin, aunque también creyera que saldría contraproducente, ya que aceleraría en un siglo la independencia de las colonias.

El *London Magazine* de agosto de 1768 comparó a los autores y partidarios de «las actuales medidas impolíticas hacia América» con la Corona y sus «miserables

ministros» del siglo XVII. «Por nuestras propias observaciones nos aventuraremos a decir que nueve personas de cada diez, aun en este país, son amigos de los americanos» y creen que «tienen el derecho de su parte[412]». Nueve de diez ciertamente era una exageración; algunos periódicos estimaron la proporción a la inversa. Ralph Izard, norteamericano residente en Londres, juzgó que cuatro de cada cinco británicos se oponían a los colonos y que el apoyo del Parlamento al gobierno reflejaba correctamente la opinión pública[413]. Cuando la oposición no produjo regularmente más que 80 votos, «pueden contar con ello, la medida no se considera mala, pues la corrupción no llega tan al fondo». Difícil es juzgar la opinión pública por la prensa de la época porque muchos de los artículos pronorteamericanos eran anónimos o escritos con seudónimos por norteamericanos que vivían en Londres. Sin embargo, los impresores ingleses no habrían dado tanto espacio a párrafos y cartas favorables a las colonias si una sección importante de la opinión pública no se hubiese opuesto a la política del gobierno.

Debe añadirse que la preocupación política de la opinión pública a menudo es sobrestimada por la posteridad. El verdadero interés en 1768 entre la clase gobernante no eran los norteamericanos y ni siquiera Wilkes sino el escándalo causado por el duque de Grafton que «desafió toda decencia» escoltando a su amante, Nancy Parsons, a la ópera en presencia de la divorciada duquesa y de la reina. Grafton al menos estaba divorciado, no así la mayoría de quienes mantenían amantes, pero esto no acalló el escándalo. Nancy, hija de un sastre de Bond Street y examante de un mercader de las Indias Occidentales, también era conocida como señora Hoghton, habiendo adquirido su condición marital a su manera, pero ello tampoco redujo el escarnio de la sociedad. El hecho de que Grafton la «hiciera desfilar» en público y la sentara al extremo de su mesa provocó una indignación peculiar[414]. Tal fue la sensación de la temporada. Nancy dejó tamañitos a los turbulentos colonos.

Indignadas protestas en el Parlamento de voces de Virginia, Pennsylvania y otras colonias mostraron que la resistencia a la Ley de Ingresos estaba cundiendo, y las frías cifras confirmaron el hecho. De 1768 a 1769, las exportaciones inglesas a América se redujeron a una tercera parte de 2 400 000 libras a 1 600 000 libras. Nueva York redujo sus importaciones a una séptima parte de lo que habían sido en 1764, de 482 mil libras en aquel año a 74 mil libras en 1769. Las importaciones de Boston se redujeron a la mitad, y las de otras colonias, donde el cumplimiento de la no importación fue desigual, se redujeron menos. Los ingresos obtenidos de las Tarifas de Townshend en su primer año sumaron 16 mil libras, en comparación con los gastos militares para América, de 170 mil. Hasta Hillsborough, como secretario para las Colonias, tuvo que reconocer que la Ley Townshend era «tan anticomercial que él deseaba que nunca hubiese existido[415]», mientras que el nuevo canciller de la Tesorería, lord North, dijo que las tarifas eran «tan ridículas que estaba asombrado de que algún día hubiesen sido aprobadas por el Parlamento británico[416]». Ambos caballeros habían votado en favor de la ley que ahora deploraban.

En lugar de mostrarse conciliador para terminar pronto con la no importación, el gobierno mostró instintos punitivos. Habiéndose colocado en una posición de desafío ante sus súbditos, se sintió obligado a dar una muestra de autoridad, tanto más cuanto que temía que la protesta norteamericana, sí tenía éxito, inspirara el espíritu de emulación a las chusmas inglesas e irlandesas Como Roboam, Hillsborough creía que una demostración efectiva debía ser lo más ruda posible. Resucitó, de la época autocrática de Enrique VIII, un antiguo estatuto que establecía que en Inglaterra serían juzgadas las personas acusadas de traición fuera del reino, y esto fue promovido por el duque de Bedford como resolución parlamentaria con referencia a los delitos de Massachusetts[417]. Los Comunes estuvieron de acuerdo, los chathamistas del grupo de Grafton en el gobierno al parecer no plantearon ninguna objeción y la orden fue debidamente trasmitida al gobernador Bernard en Boston. Como es natural, la reacción fue violenta. ¡Unos ciudadanos arrancados de sus casas y entregados para su juicio en un medio hostil, a cinco mil kilómetros de sus amigos y defensores! ¡Aquí estaba la tiranía sin tapujos!

Al mismo tiempo, en Inglaterra iba tomando cuerpo el temor básico al impulso dado a la industria norteamericana en el movimiento contra la importación. Habiendo provocado imprudentemente el boicoteo, gobierno y parlamento empezaron a considerar ahora cómo deshacer el daño mediante una derogación. La experiencia de la Ley Postal fue repetida, como si el establecimiento gobernante de Inglaterra padeciese la compulsión del jugador de seguir poniendo sus fichas en los mismos cuadros en que había perdido antes. El proceso de derogar la Ley Townshend requirió más de un año, de marzo de 1769 a mayo de 1770, lapso durante el cual otras medidas adoptadas para disciplinar a las colonias fueron tan contraproducentes como la que estaba siendo cancelada.

Para entonces, tantas insensateces acumuladas ya habían sido plenamente percibidas y explícitas e irrisoriamente denunciadas en los debates del año. Los oradores de la oposición se escandalizaban contra el gobierno por el desconocimiento de Wilkes, considerado como una «violación del derecho sagrado de elección» y como «burla de toda la Constitución», y se sintieron libres de censurar al gobierno, con igual severidad, sobre el asunto de América. Burke mostró su sarcasmo, y el coronel Barré su desprecio; el lord alcalde Beckford observó que «era una extraña muestra de política gastar 500 mil libras anuales para ayudar a los funcionarios de aduanas a cobrar 295, que era todo lo producido allí por los impuestos[418]». El héroe de los debates no fue ninguno de ellos, sino el exgobernador Thomas Pownall, quien habló basado en su experiencia de siete años pasados en América administrando cuatro diferentes colonias. En argumentos y testimonios largos, coherentes, irrefutables, tal vez fuese el único en hablar con auténtico desinterés y verdadera preocupación por restaurar las buenas relaciones con las colonias[419]. Otros críticos, con violentas invectivas y exagerada simpatía a los oprimidos colonos —a quienes

Barré describió como el pueblo «honrado, fiel, leal y, hasta el momento, súbdito irreprochable, de Massachusetts»— estaban más interesados en derribar al gobierno que en reconciliarlo con las colonias. El gobierno pasó por alto, complaciente, la crisis, sintiéndose seguro en su gran mayoría.

Pownall expuso todas las locuras. En lugar de ordenar el alojamiento y abasto de tropas por la Ley de Alojamiento, que instantáneamente causó protestas coloniales, el proceso debiera dejar «al propio pueblo hacerlo a su manera y por su propio modo de hacer las cosas» como lo había hecho durante la Guerra de Siete Años. El oficial al mando y cualquier grupo de soldados debían tener facultades para tratar con los magistrados locales para alojar sus tropas mediante un acuerdo mutuo. Al promover la derogación de la Ley Townshend, mostró cómo el preámbulo, al anunciar que el propósito era obtener ingresos para el gobierno civil, constituía un «cambio total» del sistema por el cual las colonias siempre habían gobernado a sus servidores públicos por sus propios magistrados, que tenían autorización y fondos para gobernar. Al cambiar tal sistema, la ley no sólo era innecesaria, ya que la Ley de Declaración ya establecía la soberanía del Parlamento, sino también «injusta y motivo de queja en cualquier grado».

Con respecto al comercio, mostró cómo la ley era «directamente contraria a todos los principios de comercio con respecto a vuestros propios intereses»: servía como pretexto a los fabricantes norteamericanos, favorecía el contrabando y el recurrir a mercados extranjeros, hacía que las colonias fuesen «cada día menos benéficas y ventajosas para nosotros y a la postre quebrantará su dependencia de nosotros». Si se perdía esta ocasión para rectificar el error, «se habrá perdido para siempre. Si esta sesión termina sin que el Parlamento haga nada, los asuntos de América tal vez sean impracticables para siempre. Podéis ejercer el poder, pero no podréis nunca gobernar a un pueblo renuente». Casi sin proponérselo, Pownall había formulado un principio digno de la atención de todos los que gobiernen en cualquier época: que el gobierno debe conducirse con respeto a los sentimientos de los gobernados, y si los pasa por alto, será a su propio riesgo.

Pese a que la moción de Pownall obtuvo general aprobación (o tal vez por causa de ello), el Ministerio se quejó de que ya estaba demasiado avanzada la sesión para debatir cuestión de tal importancia, para la cual no estaba preparado, y presentó una moción de dejarlo para la siguiente sesión. Éste fue un error, porque su propio deseo era poner fin a la no importación tan pronto como fuera posible. El gabinete abordó el problema durante el receso. Grafton y su grupo, que votaron por la total derogación, fueron superados en votos por Hillsborough, North y los tres ministros de Bedford, quienes insistieron en conservar el impuesto al té para retener el preámbulo como muestra del derecho de fijar impuestos al ingreso. Se adoptó una resolución penosa, intermedia: que no podía tomarse ninguna medida «que derogara en alguna forma la autoridad legislativa de la Gran Bretaña sobre las colonias»; al mismo tiempo, no era la intención fijar «mayores impuestos» a las colonias de América por sus ingresos, y

sí era la intención en la siguiente sesión del Parlamento de «abordar los derechos fijados al papel, el cristal y las pinturas». Cuando Hillsborough informó de la propuesta de derogación a los gobernadores coloniales, se las arregló para estropear el efecto omitiendo las «expresiones conciliatorias» que el grupo de Grafton había logrado introducir[420]. Como la omisión del té indicaba que la Ley en conjunto no había sido derogada, las colonias no se convencieron de que debían de suspender la no importación.

«Si mostrarais constancia en cualquier programa», escribió desalentado Thomas Hutchinson a Richard Jackson, «llegaríamos a algún tipo de acuerdo en las colonias… Permitidme rogaros, derogad todas las leyes que hoy están en vigor, como queráis», pero aplicad las que queden con eficacia. «Cuanto más tardéis, más difícil será[421]». Él estaba cerca de las pruebas en Boston, donde la prensa informó que 300 «madres de familia», conscientes de que el consumo del té apoyaba: a los comisarios de las aduanas «y otras armas de poder», habían convenido en prescindir del té «hasta que aquéllos, junto con el ejército permanente de Boston, se vayan y sea derogada la Ley de Ingresos[422]».

Apenas había vuelto a reunirse el Parlamento, y renovado el debate sobre las colonias, cuando una crisis dejó vacío el gabinete de Grafton, su jefe nominal, y sus socios. Chatham, volviendo de las sombras, había expresado su, alarma por el éxito logrado por los norteamericanos abasteciéndose con sus propias manufacturas, y dijo, haciendo eco al principio de Pownall, que «el descontento de dos millones[423] de personas merecía consideración, y había que suprimir sus bases». Tal sería el único medio de contener las «combinaciones y manufacturas» en Norteamérica[424]. Sin embargo, Chatham dedicó lo mejor de su elocuencia al desconocimiento de Wilkes, y cuando propuso una moción condenando dicho desconocimiento, el lord canciller Camden, con independiente valor, votó por la moción, contra el gobierno del que era miembro y naturalmente, fue despedido de su puesto. Tal vez él recibiera con agrado este resultado, pues en el Parlamento había confesado que a menudo en el gabinete se limitaba a mover la cabeza, en silencio, para mostrar su desaprobación de ciertas medidas que, bien sabía, una oposición abierta sería incapaz de prevenir[425].

El resultado fue una tragedia. Cuando a Charles Yorke, exprocurador general e hijo de un anterior lord canciller, se le ofreció el puesto que era la ambición de su vida, en un gobierno al que él, su familia y sus amigos se oponían, y fue apremiado por el rey con la promesa de ennoblecerlo, él aceptó, contra su conciencia. Aquella noche, tras las censuras de sus socios y torturado por la duda, se suicidó. Grafton, como el que había ofrecido el puesto a Yorke, conmovido por su muerte y desalentado por la incapacidad para contener los hechos políticos, renunció seguido por los dos generales, Conway y Granby[426].

El nuevo primer ministro, cuyo nombre quedaría unido para siempre a la Revolución norteamericana, fue el amable lord North, quien durante sus años, cada

vez más desalentado, en el cargo, había obtenido una clara idea de cuáles debían ser las principales virtudes de un ministro… y estaba seguro de que no las tenía. En una de sus periódicas cartas al rey en que le pedía autorización para renunciar, escribió que el cargo era para «un hombre de grandes habilidades, confiado en ellas, que pueda elegir decisivamente y poner autoritariamente sus decisiones en práctica… y ser capaz de formar planes sabios y de combinar y conectar toda la fuerza de las operaciones del gobierno». Era una excelente prescripción, y concluía diciendo: «Ciertamente, yo no soy ese hombre[427]».

Sin embargo, como elección personal del rey, North duraría, aunque contra su voluntad, doce críticos años en el cargo que había visto cinco ocupantes en la última década. Mofletudo y corpulento, de ojos saltones, se parecía notablemente a Jorge III, lo que era causa, a menudo, de sugerencias desagradables que se referían a la íntima conexión de los padres de North con la casa de Federico, príncipe de Gales, padre de Jorge III. Al nacer North, su padre, el conde de Guilford, sirvió al príncipe como lord de la Real cámara. A North se le dio el nombre de Federico por el príncipe, quien fue su padrino, si no es que hubo otro parentesco entre ellos. Además del parecido físico, North y Jorge III padecieron ceguera en sus últimos años[428].

En su temperamento, lord North, por fortuna, no se parecía al rey, y era conocido, en palabras de Gibbon, por «lo feliz de su incomparable temperamento[429]». Se decía que sólo un hombre, un mayordomo ebrio y estúpido, había logrado provocar su ira; incorregible, siempre perdonado, aquel hombre moriría aún al servicio de North[430]. Elegido por el «burgo de bolsillo» de Banbury (controlado por su familia), con trece votos, North entró en la Cámara de los Comunes a los 22 años y representó el mismo burgo durante el resto de su vida. Al ser nombrado primer ministro, tenía 38 años, era torpe de movimientos, con mala vista y una lengua demasiado larga para su boca «lo que hacía su pronunciación un tanto borrosa, aunque no totalmente indistinta». Habiéndose educado en Eton, en Oxford y en un Gran Viaje de tres años, conoció el griego y el latín, hablaba francés, alemán e italiano, y cuando estaba bien despierto, salpicaba sus discursos con alusiones clásicas, frases extranjeras y rasgos de ingenio y buen humor.

Cuando lord North no podía esconderse de las cargas de su puesto, se refugiaba de ellas durmiendo en la primera banca durante los debates. Un día, habiendo pedido que lo despertaran cuando Grenville en el curso de un interminable y pesado discurso llegara a los tiempos modernos, y habiendo sentido un codazo cuando el orador estaba citando un precedente de 1688, murmuro «cien años demasiado pronto», y volvió a caer en el sopor[431]. Llevó este hábito a las reuniones de gabinete donde, según Charles James Fox, que después trabajaría para él, «estaba tan lejos de encabezar las opiniones de los otros ministros, que rara vez daba la suya y por lo general dormía la mayor parte del tiempo que pasaba con ellos[432]». Esto no conduciría a una firme política colectiva.

Las opiniones de North, aunque rara vez expresadas, eran firmemente de derecha.

Votó por el impuesto a la sidra, por la expulsión de Wilkes, por la Ley Postal y contra su derogación. Aunque se oponía a un acuerdo con los norteamericanos, en la práctica estaba dispuesto a llegar, por la vía de la conciliación, hacia un posible terreno medio, y de «corazón deseaba derogar toda la Ley» Townshend si podía hacerlo sin abandonar «ese justo derecho que yo siempre desearé que posea la Madre Patria: el derecho de fijar impuestos a los norteamericanos[433]». Aunque no fuese miembro de la camarilla de Bedford, fue aceptable para ésta, pues de otro modo nadie lo habría nombrado primer ministro. Su principal incapacidad fue la larga y autoritaria vida de su padre, que llegó a los 86 años privando a su hijo de la herencia de una fortuna considerable, hasta que ya fue viejo y ciego, a dos años de su propia muerte. El resultado fue que con una numerosa familia que mantener y una importante posición que guardar, North se encontró en aprietos financieros durante toda su vida política, dependiendo de su cargo y obligado a complacer al rey que, aunque con bondad y tacto, dio a su primer ministro veinte mil libras para pagar sus deudas[434]. En tales circunstancias, no era muy probable encontrar independencia de pensamiento o acción.

Cuando el debate se renovó, de marzo a mayo de 1770, los oradores de la oposición, implacables, pintaron los hechos del gobierno en América, desde la Ley Townshend, como una serie de medidas políticas parciales, contradictorias, irresolutas y en algunos casos como acción anticonstitucional y juicios contrarios a los intereses de la Gran Bretaña; en suma, como insensatez[435]. El terrible coronel Barré fustigó al gabinete por arrogarse el derecho de informar a los norteamericanos de su intención de suprimir las tarifas antes de que el Parlamento hubiese actuado, inspirándoles así «la más despreciable idea de las medidas del Parlamento y la imbecilidad de aquellos que por gobierno legítimo lo administran». Los censuró, además, por haber desenterrado un estatuto «del tiránico reino de Enrique VIII» y, sin embargo, «con debilidad no menos notable de su perversión… no tuvieron resolución para ponerlo en vigor[436]».

Pownall explicó que era el preámbulo a la Ley «el que causa el escándalo y la alarma en América»; para suprimirlo había que derogar toda la Ley Townshend y excluir el té, y promovió hacerlo[437]. Grenville, reconociéndose como originador de la controversia con las colonias, ofreció la útil opinión de que una derogación parcial no satisfaría a las colonias, mientras que, la derogación total no «salvaría suficientemente la dignidad de la nación», y por tanto se abstendría de votar. Un miembro independiente, *sir* William. Meredith, declaró que el gobierno «tan perversa, tan inflexiblemente persistía en el error en cada ocasión» que causaba sorpresa, según la frase de Dryden, «que “nunca se desviaba hacia el sentido común” ni atinaba con lo adecuado, ni siquiera por accidente». Puesto que las tarifas al té, añadió, nunca pagarían los costos de cobrarlas y las deficiencias tendrían que salir «de las arcas de este reino», el resultado sería simplemente «saquearnos a nosotros mismos[438]». Aunque la mayoría del gobierno triunfó sobre el sentido común,

derrotando la moción de Pownall por 204 contra 142, el sentido común había causado impresión, pues los votos en favor de los norteamericanos fueron casi el doble que el número habitual[439].

Pownall volvió a la ofensiva cuando el debate se centró en la política hacia Norteamérica[440]. Mostró que la verdadera aprensión de las colonias, aparte de los impuestos, era un «designio [inglés] por alterar su constitución civil». Esto se confirmaba en la orden de Hillsborough de disolver sus asambleas y en el preámbulo a la Ley Townshend, que según temían «harían inútiles todas sus asambleas». Para entonces habían llegado noticias a Inglaterra sobre la llamada Matanza de Boston, que había caldeado los ánimos hasta tal punto que, para evitar nuevos incidentes, los casacas rojas enviados a amedrentar Boston habían tenido que refugiarse, no con mucha gloria para las armas británicas, en la seguridad del castillo William, en el puerto de Boston. Esta retirada dio oportunidad «al infinito ingenio y befa» de Edmund Burke, quien entre todos los oradores de su época es el más conocido de la posteridad.

Las ideas de Burke tenían la gran ventaja de ser expresadas con gran dominio y acierto del lenguaje. Si sus ideas hubiesen sido confusas, las bellezas verbales no habrían ayudado, pero su pensamiento político era agudo e incisivo. Aunque frecuentemente prolijo y exagerado, sus observaciones llegarían a ser epigramas de tan bien redactadas. Tenía un modo de «llegar al tema como una serpiente», dijo Oliver Goldsmith, quien lo consideraría tan buen conservador como el doctor Johnson[441]. Éste estuvo de acuerdo: «Burke habla porque su espíritu está lleno de cosas. Ningún hombre con sentido común podría encontrarse con el señor Burke por accidente, bajo una entrada para evitar la lluvia, sin quedar convencido de que es el primer hombre de Inglaterra[442]». Sin embargo, a menudo hablaba con tal extensión que se vaciaba la Cámara y con tal vehemencia que sus amigos tenían que tirarle de los faldones de la casaca para contenerlo; pero su ingenio y su inteligencia prevalecían. La mordacidad de sus discursos sobre América, escribió Horace Walpole, provocaban «continuas carcajadas aun de lord North y de los propios ministros[443]». Lo conmovedor de su elocuencia «arrancó lágrimas de hierro a las mejillas de Barré»; su desprecio habría excitado hasta a personas ajenas, si no hubiesen estado excluidas de cierto debate, «a hacer pedazos a los ministros cuando salían de la Cámara».

Burke no tuvo dificultades para presentar como estúpido al gobierno, con su lista de absurdos castigos a las colonias: cómo la Asamblea de Massachusetts, tras recibir órdenes de rescindir su resolución sediciosa o ser disuelta, fue autorizada a volver a reunirse sin rescindir nada; cómo las demás asambleas, bajo la misma amenaza, desafiaron el castigo y «trataron con desprecio la carta del secretario de Estado»; cómo los castigos del estatuto de Enrique VIII «nunca fueron puestos en ejecución como bien se sabía que no lo serían»; cómo una flota y un ejército enviados a Boston

a sofocar la situación «hoy se retiran de la ciudad»; en suma, cómo «lo maligno de vuestra voluntad es aborrecido y la debilidad de vuestro poder es condenado», lo que siempre ha sido el caso del «gobierno sin sabiduría[444]».

Desde luego, la mayoría derrotó las ocho resoluciones de censura de Burke, y el mismo destino tuvo una censura similar presentada en la Cámara de los Lores por el joven duque de Richmond, recluta nuevo e importante, aunque tal vez demasiado independiente, favorable a la causa norteamericana, que llegaría a ser eminente adversario de la política del gobierno.

Las distracciones de los ricos. Caballos de carrera pertenecientes a Charles Lennox, 3er duque de Richmond, de George Stubbs, 1761.

Richmond era un personaje brillante, que personificaba en muchas formas la irrealidad del gobierno inglés del siglo XVIII. Había recibido tantos bienes de la fortuna que estorbaban su desempeño en cualquier tarea. Bisnieto de Carlos II por su amante Louise de Kéroualle, duquesa de Portsmouth, hermano de la bella *lady* Sarah Lennox, con quien Jorge III quiso casarse, era digno, cortés, notablemente apuesto y junto con su esposa (también de familia ducal) formaba «la pareja más bella de Inglaterra». Duque a los quince años, coronel de su regimiento a los 23, embajador en Francia y durante un breve tiempo secretario de Estado a las órdenes de Rockingham a los 31 años, tenía juventud, apostura, grandes riquezas, alto rango, valor militar, inteligencia y capacidad de trabajo, toda una red de conexiones políticas y «toda la sangre de los reyes desde Bruce hasta Carlos II». No es de sorprender que, con todos esos atributos, le faltara tacto, fuese violento, incapaz de inclinarse ante otros o ante las necesidades políticas, intolerante ante los defectos de los demás y dado a disputar con su familia, amigos, subordinados, y hasta con el rey en el primer año de su reinado, por lo que renunció a un puesto en la morada real y en adelante seria perseguido por la animosidad del rey.

Decidido a exponer todo abuso, Richmond acosó al ejército, el Almirantazgo y la Tesorería con sus preguntas indiscretas, que no le hicieron muy popular. Solía llegar a la ciudad en la mañana de un debate, enterarse de las cuestiones en un rápido estudio y hablar con profundidad sobre ellas aquella misma tarde. Sin embargo, cuando fallaban sus propósitos y objetivos, pronto se mostraba amargado, lo que hacía que repetidas veces amenazara con retirarse enteramente de la política. Padeció períodos de depresión, uno de ellos en 1769, cuando escribió a Rockingham: «Por algún tiempo al menos debo ceder a mi actual disposición a la que no daré nombre[445]». En su hogar, en Sussex, gastó grandes sumas en poner nuevas alas a la Goodwood House, en las perreras y una pista de hipódromo, en yates, en cazar y en la milicia local, y tras heredar una gran posesión, valuada en 68 mil libras, con un ingreso anual adicional de 20 mil libras, por ingresos de carbón, se encontró cuarenta años después con una deuda de 95 mil libras. Su interés en el gobierno, como el de otros de su índole, a menudo era inferior al que le inspiraban otras cuestiones. Era irrazonable de parte de Burke, le escribió una vez Richmond, desear que fuera a Londres antes de que se reuniera el Parlamento. Su opinión tenía «poco peso», y por tanto, no tenía ningún objeto que conferenciara con sus asociados en política. «No, dejadme disfrutar aquí hasta que llegue la reunión y luego, a vuestro deseo, iré a la ciudad y no me meteré en nada unos cuantos días[446]».

Incontenible en el debate de 1770, describió la conducta del gabinete en América como de un «siniestro canalla o un incorregible demente» y, en una u otra forma, «los ministros son una desgracia para el hombre mismo de gobierno». Propuso dieciocho resoluciones de censura para todos los actos y medidas tomadas desde 1768, y concluyó que «estos muchos y mal juzgados procedimientos han sido causa principal de los mencionados desórdenes[447]». Incitado a replicar, Hillsborough hizo la usual defensa de la necesidad de establecer la autoridad, y añadió la acusación de que «nuestros patriotas» de la oposición estaban estimulando la protesta colonial y «poniendo continuamente obstáculos en el camino de la reconciliación» movidos por «el patriota deseo de entrar en el lugar… de hecho, señores míos, todo su patriotismo es una despreciable codicia de empleo… para que puedan ocupar cargos[448]».

Aunque sin duda subestimando la resistencia de las colonias, Hillsborough tuvo un argumento válido acerca de los motivos de la oposición. Sin embargo, su «codicia» de cargos no era tan poderosa como su inercia de organización política Eran incapaces porque, debido a rencores y diferencias, no podían encontrar un terreno común para formar un frente sólido. «Dowdeswell [excanciller de la Tesorería bajo Rockingham] sentía endemoniado rencor contra lord Chatham», escribió por entonces Richmond a Rockingham, «y Burke es muy combustible[449]». Burke no podía soportar la arrogancia de Chatham, y Chatham no podía soportar como aliado en igualdad de circunstancias a un intelectual independiente. Aunque Rockingham tratara de hacer ingresar a Chatham en un grupo que trabajara unido bajo su guía,

Chatham sólo estaba dispuesto a aceptar en condiciones que establecieran su propio dominio. Shelburne, disgustado al encontrarse siempre impotente en perpetua minoría, se fue al extranjero con Barré en 1771. Richmond y Rockingham fueron atraídos por las hectáreas de sus posesiones y, como dijo una sátira contemporánea:

> *Con lebrel y como estos chiquillos se van de pinta.*
> *Y por una cacería de zorros abandonan la cúpula de San Esteban*[450].

En Norteamérica, ninguna protesta intensificada surgió cuando el Parlamento sostuvo el preámbulo de Townshend y el impuesto del té. Como a menudo ocurre, el curso lógico de los hechos sufrió giros y desviaciones. Entre la clase acomodada colonial, el temor a la chusma y disturbios sociales había empezado a socavar el apoyo al movimiento «patriota». Se redujo su ímpetu. Cansándose de la no importación, Nueva York propuso una conferencia de los puertos marinos del norte para decidir una política común. Unos agitadores impidieron que acudieran unos comerciantes de Boston y Filadelfia, también impacientes por reanudar el comercio. Cuando la propuesta conferencia no pudo reunirse, Nueva York, antes que dejarse engañar, «muriendo de hambre con la exigua dieta del patriotismo», abandonó la no importación y abrió sus puertos en 1772. Por separado, y en diferentes momentos, las otras colonias la siguieron, la agitación se aplazó y la ausencia de unidad confirmó a los ingleses en su suposición de que las colonias nunca se unirían en un frente común y que el sentimiento leal y el interés económico prevalecerían sobre el impulso sedicioso.

Con el Parlamento caldeado por el caso Wilkes, la política de lord North mantendría los asuntos de las colonias fuera de la Cámara de los Comunes, y durante dos años, debido a este estancamiento en las colonias, lo logró. Éste habría podido ser un periodo de acuerdos y posible reunión si se hubiese hecho un esfuerzo positivo. Las colonias tenían interés en que se atendieran sus quejas, en tener autonomía en sus propios asuntos, y no en la independencia. Por lo contrario, el Congreso de la Ley Postal había afirmado que «ardientemente» deseaban la «perpetua continuación» del antiguo nexo con Inglaterra. Hasta la Asamblea de Massachusetts, la más agresiva, había rechazado en 1768 «el más lejano pensamiento de independencia», afirmando que las colonias «la rechazarían si se les ofreciera y la considerarían como el mayor infortunio si se les obligara a aceptarla[451]». Jorge III, lord North, Hillsborough y los Bedford no estaban dispuestos a hacer un esfuerzo positivo o un gobierno creador. En aquel estancamiento, las velas de la locura fueron plegadas por un momento… hasta el asunto de la *Gaspée* en 1772.

4. «¡Recordad a Roboam!»: 1772-1775

La *Gaspée* era una goleta aduanera británica, a las órdenes de un belicoso comandante, el teniente Dudington, quien cumplía con su tarea como si llevase una orden del rey de exterminar todo contrabando en las mil islas e islotes de la bahía de Narragansett. Abordando y examinando todo navío que encontrara, amenazando con echar de aquellas aguas a los recalcitrantes, provocó un anhelo de venganza en los habitantes de Rhode Island que encontró su momento cuando la goleta encalló abajo de Providence. En pocas horas, los marinos locales organizaron ocho partidas de hombres que atacaron el barco, hirieron al teniente Dudington, los llevaron a él y a su tripulación a la costa e incendiaron la *Gaspée*[452].

Como tantas veces, la respuesta de Inglaterra empezó severamente y terminó con debilidad. El procurador general y el subfiscal de la Corona decidieron que el ataque a la *Gaspée* era un acto de guerra contra el rey, y por tanto, considerado como traición, lo que exigía que los culpables fuesen enviados para su juicio a Inglaterra. Antes, había que descubrirlos. Una proclama real ofrecía una recompensa de 500 libras y el perdón del rey a los informantes, y una imponente Comisión de Investigación, integrada por el gobernador de Rhode Island y los principales jueces de Nueva York, Nueva Jersey y Massachusetts y la Corte del Vicealmirantazgo de Boston fue nombrada para juzgar a los sospechosos. Este anuncio hizo renacer toda sospecha, antes dormida, de una conspiración contra la libertad. Rhode Island, que junto con Massachusetts era la más intratable de las colonias, se estremeció con gritos de «¡Tiranía!» y «¡Esclavitud!». «Diez mil muertes por el *haltar* y la *ax*», proclamaba el *Newport Mercury* en escandalosas cursivas, eran preferibles a «una miserable vida de esclavitud en cadenas bajo una runfla de algo peor que tiranos egipcios[453]». Ningún informante se presentó; no pudieron descubrirse sospechosos aunque no había vecino que no supiese quiénes eran. Tras varias vanas sesiones en Newport, la Corte de Investigación, con todas sus pelucas y sus púrpuras, se retiró mansamente para nunca volverse a reunir. Otro castigo más que no se aplicaba, confirmando la impresión de Inglaterra como despótica en su intención y a la vez ineficaz en su ejecución.

La consecuencia fue importante porque los gritos de protesta de Rhode Island causaron que se diera un paso decisivo hacia la unidad. Siguiendo un modelo creado entre los pueblos de Massachusetts, la Cámara de Burgueses de Virginia invitó a las colonias a formar Comités de Correspondencia para consultarse sobre actos conjuntos y métodos de resistencia. Thomas Jefferson y Patrick Henry formaron parte del Comité de Virginia. Éste fue el principio del avance hacia la unión intercolonial, que la Gran Bretaña confiaba en que nunca podría ocurrir, y en cuya imposibilidad se

basaba su confianza. Los Comités despertaron poca atención salvo en los momentos de conflicto, y los asuntos norteamericanos, en general, también. Las cartas de la señora Delany, dama con buenas conexiones, esposa de un diácono anglicano que durante todo este periodo mantuvo una activa correspondencia con sus amigos y parientes en los círculos sociales y literarios, no mencionan para nada a América.

Los dos funcionarios del gobierno colonial inmediatamente responsables de la orden de la *Gaspée*, Edward Thurlow, procurador general, y Alexander Wedderburn, subfiscal de la Corona, eran una pareja desagradable. Thurlow, incontenible en sus tiempos de chico de escuela, expulsado de la Universidad de Cambridge por insolente y mala conducta, sobrio y apegado a la letra de la ley, tenía mal carácter y, según fama, el peor vocabulario de todo Londres[454]. Sin embargo, era una figura impresionante, aunque según Charles James Fox su profunda voz y solemne aspecto resultaban engañosos, «ya que nadie podía ser tan sabio como él parecía[455]». Su manera de tratar a los acusados en el Tribunal era frecuentemente ofensiva. En política, era inflexible en su demostración de la soberanía británica sobre las colonias norteamericanas y, aunque se sabía que lord North lo detestaba, el rey acabó por recompensar su firme apoyo nombrándolo lord canciller y dándole un título de barón. Wedderburn, no menos partidario de la coacción sobre América, era un escocés de voraces ambiciones, dispuesto a emplear todos los medios, a hacer de parásito o engañar a cualquier socio, con tal de abrirse paso. «Tenía algo», dijo un conocido suyo, «que hacía que ni siquiera los traidores confiaran en él[456]». Aunque despreciado por el rey, también él llegaría a lord canciller.

Y, sin embargo, fue el gabinete, donde Thurlow y Wedderburn no ocupaban ningún lugar, el que ordenó la Corte de Investigación y la convocatoria a los juicios en Inglaterra, así como fue «el buen lord Dartmouth», como sucesor de Hillsborough, el que firmó la orden[457]. Como respuesta a un ataque al Estado, actuaron convencidos de la justicia, y si tal fue la respuesta adecuada desde el punto de vista de un gobernante, fue simple locura como política práctica. En vista de la conocida indignación ante la idea de transportar norteamericanos para juzgarlos en Inglaterra, y la obvia irrealidad de esperar que unos habitantes de Rhode Island señalaran a sus compatriotas para que sufrieran tal destino, el mal estuvo, una vez más, «en afirmar un derecho que sabéis que no se puede ejercer». Esto fue evidente en Newport, centro de comunicaciones costeras, desde donde se difundió la impresión de que la metrópoli era ineficiente.

Lord Dartmouth, aunque medio hermano de lord North, con quien había crecido y compartido el Gran Viaje, era un serio amigo de las colonias norteamericanas, tal vez como resultado de haber ingresado a los metodistas, cuyas misiones y prédicas en Norteamérica eran una importante actividad. Amable y piadoso (se decía de él que era el modelo del virtuoso *sir* Charles Grandison en la novela de Samuel Richardson de tal nombre), Dartmouth era apodado *el Salmista*. Había sido presidente de la Junta

de Comercio en el gabinete de Rockingham, aunque se le atribuía muy poca capacidad administrativa. Lord North lo nombró secretario de Estado para las Colonias cuando Hillsborough, como resultado de una intriga en contra suya lanzada por los Bedford por razones de cargo, y no de política, se vio obligado a renunciar. Único pronorteamericano en el gabinete, Dartmouth «desea sinceramente un buen entendimiento con las colonias», escribió Benjamín Franklin, «pero su fuerza no es igual a sus buenos deseos», y aunque quiere «la mejor medida, fácilmente se le convence de que actúe por la peor». Gradualmente, cuando la intransigencia de los norteamericanos fue socavando su bienintencionado paternalismo, acabaría por volverse contra la conciliación y en favor de la represión.

En este punto, el té se convirtió en el catalizador. Las dificultades financieras y los notorios abusos de la Compañía de las Indias Orientales y sus complejas conexiones financieras con la Corona habían constituido, durante años, un problema casi tan espinoso como el de Wilkes, y sólo nos interesan aquí porque precipitaron el periodo del que ya no hubo retorno en la pugna británico-norteamericana. Para evadir la tarifa del té, los norteamericanos habían estado introduciendo de contrabando un té holandés, lo que había reducido la venta del té de la Compañía casi en dos tercios. Para rescatar a la Compañía, cuya solvencia era esencial para Londres, en una cantidad de 400 mil libras anuales, lord North inventó un sistema por el cual el té excedente que se almacenara en los depósitos de la Compañía podría venderse directamente a Norteamérica, evitando así gastos de aduana a Inglaterra y los ingleses. Si esta tarifa se reducía a tres peniques por libra, el té podría venderse por diez chelines en lugar de veinte, por libra. Considerando la extraordinaria afición de los norteamericanos al té, se esperaba que este precio reducido superaría su resistencia patriótica a pagar la tarifa. Se informaba que un millón de norteamericanos tomaban té dos veces al día y, según un escrito de Filadelfia, «las mujeres son tan esclavas de él que preferirían prescindir de la comida que de una taza de té[458]». Desde el desplome de la no importación, el comercio restaurado, aparte del té, había apaciguado a ambos bandos y muchos pensaban que las pasadas dificultades pertenecían a la historia. Por consiguiente, la Ley del Té de mayo de 1773 pasó por el Parlamento sin la menor idea de que provocara otro estallido en Norteamérica.

Una de las principales dificultades de la relación imperial-colonial fue que los británicos estaban irremisiblemente mal informados —y así siguieron— acerca del pueblo al que insistían en gobernar. Sólo unos quince años habían transcurrido, dijo el coronel Barré a Josiah Quincy, agente de Massachusetts, desde que dos tercios del pueblo de la Gran Bretaña creía que los norteamericanos eran negros[459]. Norteamericanos que vivían en Londres, como Arthur Lee de Virginia, parcialmente educado en Inglaterra y que vivió allí desde diez años antes de las hostilidades, y Henry Laurens, rico comerciante-plantador de Charleston y futuro presidente del Congreso Continental, y otros plantadores de Carolina del Sur, como Ralph Izard y

Charles Pinckney, se asociaban principalmente con comerciantes y hombres de la *City*. Shelburne y otros de sus partidarios, aunque amigos de Burke, no tenían ingreso en la sociedad aristocrática que, a su vez, no sabía nada de ellos.

Escritos y peticiones, como las *Letters* de Dickinson, la *Summary View of the Rights of British America* de Jefferson, y muchos otros sobre cuestiones y sentimientos de las colonias se publicaban en Londres, pero los pares del reino y gentiles hombres campesinos casi nunca los leían. A agentes especiales como Josiah Quincy las más de las veces se les negaba audiencia en los Comunes, por uno u otro asunto técnico. «En todas las compañías yo me he esforzado por presentar el verdadero estado de cosas del Continente y de los auténticos sentimientos de sus habitantes», escribió Quincy, pero añadió que no podía garantizar el éxito de sus esfuerzos[460]. Convencidos del prejuicio de «nuestra preeminencia inherente», según la frase de Hillsborough[461], los ingleses seguían pensando en los norteamericanos como unos sucios y ruidosos agitadores, sin considerar los ejemplos que había entre ellos, como Benjamín Franklin, de hombres de talentos tan diversos y sagacidad política tan grande como la de cualquier cabeza en Europa, y totalmente dedicados al objetivo de la reconciliación.

También la actitud de los amigos de las colonias era errónea. Rockingham consideraba a la Gran Bretaña como la madre y a las colonias como «los hijos [que] deben ser obedientes[462]». Chatham compartía esta opinión, aunque si uno de los dos hubiese visitado Norteamérica, asistido a las asambleas coloniales y experimentado el humor de la gente, tal vez ese conocimiento habría servido como remedio. Es un hecho asombroso que, aparte de oficiales del ejército y de la armada, ningún ministro de un gobierno británico, desde 1763 a 1775, ni mucho menos antes o después, visitaran nunca las provincias transatlánticas de las que, en su opinión, dependía el Imperio.

Estaban más dispuestos a mantener una mano firme porque creían que los norteamericanos pugnaban por la rebelión y que su independencia sería la ruina de Inglaterra. La insistencia de Chatham en la reconciliación se basaba en su temor de que si Norteamérica fuese impelida a resistir por la fuerza y se perdiera el Imperio, Francia o España lo adquirirían y «si esto ocurre se acabó Inglaterra[463]». Perdiendo ese poderío, quedaría aislada de todo desarrollo como potencia mundial. Sombríamente, el rey pensaba algo así cuando escribió, «Debemos mantener las colonias en orden antes de enzarzarnos con nuestros vecinos».

También en otro sentido sentía Chatham, como otros muchos, que el destino de Inglaterra era inseparable del de las colonias, «pues si no se tolera libertad en América, se marchitará y morirá en este país[464]». Tal era el argumento de la libertad. El argumento del poder sostenía que, si no se les fijaban impuestos, las colonias atraerían a muchos hábiles artesanos y fabricantes ingleses a asentarse allí, que prosperarían y acabarían por dominar, dejando a la vieja Inglaterra como «un pobre, desierto y deplorable reino[465]». Las cartas a la prensa repetían este tema, algunas de

ellas prediciendo que pronto las colonias sobrepasarían en población a la metrópoli «y, entonces, ¿cómo los gobernaremos?», o hasta se convertirían en sede del Imperio después de dos siglos[466]. Si los norteamericanos llegaban a superar numéricamente a los ingleses, declaraba la *St. James Chronicle* en vísperas de la Navidad de 1772, entonces sólo interés y amistad naturales en alguna forma de comunidad mantendrían a Norteamérica apegada a Inglaterra, por lo que unidas podrían «desafiar al mundo en armas».

La Ley del Té resultó una asombrosa decepción. En lugar de aceptar alegremente el té barato, los norteamericanos estallaron, airados, no tanto por un sentimiento popular como por la agitación inspirada por los comerciantes, que se veían eliminados como mayoristas y consideraban arruinado su comercio por escasez de ventas, por culpa de la Compañía de las Indias Orientales. Propietarios y fabricantes de navíos, capitanes y tripulaciones, que vivían del contrabando, también se sintieron amenazados. Los agitadores políticos, encantados al encontrar una nueva causa, les dieron toda la razón. Lanzaron el horrorizado grito de «Monopolio», hablando de que Norteamérica había caído en las garras de una Compañía notoria por su «avaricia negra, sórdida y cruel». Si dominaba el té, pronto se extendería también a las especias, sedas, porcelana y otros artículos. Una vez que el té de la India fuese aceptado en Norteamérica la tarifa de tres peniques «entraría en el bastión de nuestras libertades sagradas» y lograría así el propósito del Parlamento: obtener impuestos para aumentar sus ingresos; y sus autores no desistirían «hasta haberlo conquistado todo[467]».

Los pacificadores, en las colonias, trataron de lograr la devolución de los barcos que transportaban el té, antes de transportar a tierra ningún cargamento o pagar tarifas. Esto se logró en muchos puertos, excepto en Boston, mediante la amenaza de las multitudes y atemorizando a los representantes de la Compañía con renunciar como abastecedores de los comerciantes al menudeo. En Boston, dos de los consignatarios eran hijos del gobernador Hutchinson, que había llegado a creer en una actitud firme ante los agitadores. Se mostraron dispuestos a recibir la entrega. El primer barco cargado de té atracó en un muelle de Boston el 1.º de diciembre de 1773, seguido por otros dos. Como los cargamentos, una vez descargados, después de un periodo establecido podían ser decomisados por los encargados de las aduanas por no pagar derechos, los patriotas sospecharon que los comisionados venderían el cargamento confiscado, bajo cuerda, para obtener ingresos. Para adelantárseles y también para intimidar a los posibles compradores, abordaron los barcos durante la noche del 16 de diciembre y en el incidente que para siempre quedaría en los libros de historia como la Fiesta del Té de Boston, abrieron las cajas de té y arrojaron el contenido al agua.

Las noticias de este ataque a la propiedad, al llegar a Londres el 20 de enero, exasperaron a los ingleses. Arruinaban los planes de un tranquilo establecimiento de

un impuesto, ponían en peligro las finanzas de la Compañía de las Indias Orientales y probaban que el pueblo de Massachusetts era de incorregibles insurrectos. El interés de Inglaterra habría podido sugerir en este punto la revisión de la serie de resultados cada vez más negativos obtenidos en las colonias, con objeto de redirigir el curso de los acontecimientos, que se volvía alarmante. Esto habría necesitado pensamiento, pero la pausa para pensar con serenidad no es un hábito de los gobiernos. Los ministros de Jorge III no fueron una excepción.

Se lanzaron entonces a toda una serie de medidas, generalmente llamadas las Leyes Coactivas o Punitivas, y en Norteamérica las Leyes Intolerables, que sirvieron para fomentar el antagonismo en la dirección que ya había señalado, dejando atrás todo camino que hubiese podido conducir a otros resultados.

Como acto de guerra contra propiedad de la Corona, la Fiesta del Té fue catalogada como otro acto de traición. Decidiendo juiciosamente evitarse el embarazo de los procedimientos de la *Gaspée*, el gabinete eligió, en cambio, castigar a todo Boston por Ley del Parlamento. Por consiguiente, se presentó la orden de cerrar el puerto de Boston a todo comercio hasta que se hubiese pagado una indemnización a la Compañía de las Indias Orientales, así como a los comisionados de aduana por los daños sufridos y hasta que «paz y obediencia a las leyes» se hubiesen asegurado lo suficiente para poder comerciar con seguridad y cobrar debidamente todas las tarifas.

Mientras se preparaban la cuenta, el gabinete, no habiendo aprendido nade los diez años de airadas protestas transcurridos desde el primer impuesto de Grenville, como de costumbre, no esperaba encontrar dificultades. Los ministros creyeron que las otras colonias condenarían la destrucción de la propiedad perpetrada por los bostonianos, que no intervendrían en favor suyo y que en realidad se sentirían felices recibiendo el té desviado a sus puertos por el cierre de Boston. Nunca ha habido mayor triunfo de la testarudez. Responder con ira y acción positiva al gran robo en los muelles era natural y era legal, pero suponer que la Ley del Puerto de Boston contribuiría a controlar la situación o a estabilizar el Imperio o que sería considerada con ecuanimidad por los vecinos de Massachusetts, era permitir que la reacción emotiva prevaleciera sobre todas las indicaciones o las evidencias recientes.

El emocionalismo siempre es colaborador de la insensatez. Se mostró en este momento en las terribles burlas de que Benjamín Franklin fue blanco en las audiencias del asunto de las cartas de Hutchinson. Estas cartas, dirigidas a Thomas Whately, secretario del Tesoro, en que se le recomendaban medidas más enérgicas para suprimir la rebelión de Massachusetts, habían sido adquiridas, bajo cuerda, por Franklin, y al ser publicadas causaron que Massachusetts, furioso contra Hutchinson, pidiera al Parlamento su despido como gobernador. Wedderburn dirigió el interrogatorio de Franklin en las audiencias sobre la petición, en una Cámara llamada la Cabina, ante 35 miembros del Consejo Privado, el mayor número que jamás asistiera a tales y un ávido público de pares del reino, miembros del Parlamento y otros invitados. Respondieron con verdadero deleite y abiertas risas cuando

Wedderburn se elevó, a través de bromas y pullas, hasta alturas de brillante y malévola invectiva, presentando al norteamericano más influyente que había en Londres como ladrón y traidor[468]. Según se dijo, lord North fue el único que no rió. Franklin fue despedido al día siguiente de su puesto de subjefe de Correos de las colonias, lo que no hizo nada por alentar al hombre que era el más decidido partidario de un acomodo, y Franklin no lo olvidó. Cuatro años después, al firmar el tratado de Alianza con Francia que confirmaba el nacimiento de su nación, se puso la misma ropa de terciopelo de Manchester que había llevado el día en que fue acusado por Wedderburn[469].

El sentimiento contra Boston era tan poderoso en el gobierno que la Ley del Puerto no encontró desaprobación en sus dos primeras lecturas. Hasta Barré y Henry Conway hablaron en favor de una firme acción. A la tercera lectura, los oradores de la oposición por fin levantaron su voz, señalando que otros puertos habían enviado el té de regreso a Inglaterra y pidiendo que se diera a Boston una oportunidad de pagar la indemnización antes de cortarle el Comercio[470]. La afirmación más importante fue hecha por una persona con experiencia en el lugar, el exgobernador George Johnstone de West Florida, quien advirtió «que el efecto de la presente Ley debe producir una Confederación General, y resistir el poder de este país[471]». Pocos atendieron su profecía. Los oradores de la oposición, reconoció Burke, que fue uno de ellos, «causaron tan poca impresión» que no hubo que dividir a la Cámara para la votación. En los Lores, Shelburne, Camden y el duque de Richmond lamentaron esta ley, sin mayor efecto. La Ley del Puerto de Boston fue aprobada limpiamente por el Parlamento.

Tres Leyes Coactivas más siguieron en rápida sucesión. Primero vino la Ley Reguladora de Massachusetts, que virtualmente anulaba la situación de la colonia de la bahía: derechos de elección y funcionarios, representantes, jueces y jurados, y el derecho básico de convocar a reuniones del Ayuntamiento, todo lo que había estado a «la única disposición de su propio gobierno interno», según la frase de Burke, fue tomado por la Corona, actuando por medio del gobernador. No es exagerado pensar que esto indicó a las demás colonias que lo que se le estaba haciendo a Massachusetts se les podría hacer a ellas. Siguió la Ley de Administración de la Justicia, que permitía a funcionarios de la Corona acusados de delitos en Massachusetts, si afirmaban que no serían juzgados imparcialmente allí, ser juzgados en Inglaterra o en otra colonia. Esto era un insulto, si se considera que Boston, con anterioridad, había dado al capitán Preston, comandante de la «matanza», un juicio justo, defendido por John Adams y lo había dejado libre. Luego, la Ley de Alojamiento anual añadía una nueva provisión que, en caso de negarse a aportar cuarteles, autorizaba el alojamiento de tropas en los hogares de ciudadanos, tabernas y otros edificios. Al mismo tiempo, se dieron órdenes al general Gage de dirigirse a Boston para recibir de manos de Hutchinson el cargo de gobernador.

De todas estas medidas, la que causó más furioso resentimiento (aunque no fuese una de las Leyes Coactivas) fue la simultánea Ley de Quebec que extendía las fronteras de Canadá hasta el río Ohio, donde Virginia y otras colonias tenían derechos territoriales. La ley también establecía los términos del gobierno civil en Canadá, estableciendo el derecho de fijar impuestos por el Parlamento, de juicio sin jurado, a la manera francesa, y tolerancia de la religión católica. Como 95 por ciento de los canadienses eran católicos, ésta fue una medida de tolerancia sorprendentemente sensata, pero ponía en manos de los colonos y sus amigos en Inglaterra una cuestión candente. Se oyeron gritos de «Papismo[472]». Se dijo que la Inquisición llegaría a Pennsylvania, se previó la «matanza de San Bartolomé» en Filadelfia, se invocó a Babilonia, «un ejército papista» y «hordas papistas» fueron descritas por lord Camden como dispuestas a subvertir las libertades de las colonias protestantes. En cuanto a la eliminación del juicio por jurado, la *St. James Chronicle* la declaró «cláusula tan escandalosa que no parece redactada por un inglés». Un motivo para esta acción, tan extrañamente inoportuna, que otorgaba favores a los canadienses, tal vez fue la esperanza de ganarse su lealtad para que ayudasen a contener toda revuelta norteamericana. Y, sin embargo, si alguna intención quedaba de calmar y a la postre reconciliarse a las colonias, la aprobación de la Ley de Quebec, además de las Leyes Coactivas, fue un perfecto modelo de cómo no se debe proceder.

Resulta imposible saber hasta qué punto la ineptitud del gobierno fue simple ignorancia y cuánta fue provocación deliberada, como la oposición firmemente lo creyó. El gobernador Johnstone observó una vez, desalentado en los Comunes, que él había notado «una gran disposición en esta Cámara proceder en este negocio sin saber nada de la constitución de América[473]». La ignorancia fue ciertamente un factor.

Las medidas de marzo-junio de 1774 llevaron a la oposición un verdadero temor y advertencias explícitas de nefastas consecuencias. El inminente uso de la fuerza pudo sentirse, y la perspectiva de emplearla contra gente de sangre y tradición inglesa horrorizó a muchos. John Dunning, abogado liberal que había sido procurador general del gabinete de Grafton y que después resumiría las cosas hacia el fin de la guerra, en la memorable Resolución Dunning, vio en las Leyes Coactivas una corriente hacia «guerra, grandes venganzas y odios contra nuestros propios súbditos[474]». A otros les preocupaba la absoluta imposibilidad de imponerse. El comandante William Howe, que había escalado las Alturas de Abraham con Wolfe en Quebec, dijo a sus votantes, mientras hacia campaña para la elección de 1774, que todo el ejército británico no bastaría para someter a Norteamérica[475]. El general John Burgoyne, que también ocupaba un escaño en el Parlamento, dijo que le gustaría «ver a América convencida por la persuasión y no por la espada[476]».

También a los ministros se les advirtió. Henry Laurens, consultado por Dartmouth sobre el probable efecto de las Leyes Coactivas, profetizó, así como lo había hecho el gobernador Johnstone en el Parlamento, que el pueblo «desde Georgia hasta New

Hampshire se vería movido a formar tal unión y falange de resistencia» que hasta entonces se había pensado que sólo un milagro podría formar[477]. Pero el destino de las advertencias en asuntos políticos es ser vanas cuando los que oyen desean creer otra cosa. Al formular la maldición de Casandra —que ella diría la verdad, pero no le creerían—, los antiguos griegos mostraron su notable visión de la psique humana.

En el debate del 19 de abril de 1774, sobre la moción planteada por la oposición, de suprimir la tarifa al té, Burke pronunció el discurso que sería fundamento de sus opiniones sobre la cuestión norteamericana. Fue una inmensa perorata sobre las sucesivas leyes y derogaciones, las vacilaciones y equívocos, las amenazas vanas, las falsas suposiciones y la historia de la política colonial, llegando hasta las Leyes de Navegación y adelantándose hasta el «destemplado vigor y demencial prisa con que estáis corriendo hacia vuestra ruina». Nunca, afirmó, «los servidores del Estado han contemplado todos vuestros complicados intereses en una sola visión conectada… Nunca han tenido un sistema de justicia e injusticia, sino que sólo han inventado ocasionalmente alguna miserable versión para el día, con objeto, principalmente, de salir con disimulo de unas dificultades en que orgullosamente se habían metido… Por tal administración, por la irresistible operación de consejos débiles… han conmovido los pilares de un imperio comercial que abarcaba el globo».

En cuanto a la supuesta afirmación de autoridad —lo que hoy se llamaría credibilidad— dijo, en palabras cuyo eco no se extinguiría: «Ellos os dicen que vuestra dignidad va en esto… Esta dignidad es una terrible carga para vosotros pues últimamente ha estado en guerra con vuestros intereses, vuestro sentido de igualdad y hasta vuestra idea de una política[478]».

Esa «terrible carga» ha abrumado a los políticos en cada siglo. Benjamín Franklin, hombre sabio y uno de los pocos que derivaron de la experiencia política sus principios, y que fue capaz de afirmarlos, escribió durante la crisis de la Ley Postal que no debía suponerse que el honor y la dignidad quedarían mejor servidos «persistiendo en una medida errónea una vez adoptada que rectificando un error en cuanto se le descubre[479]».

En Norteamérica, la Ley del Puerto de Boston causó gran solidaridad. En mayo, Rhode Island emitió el primer llamado a un congreso intercolonial, mientras que en las ciudades de Connecticut se celebraban indignadas reuniones y se juraba enviar dinero y provisiones a Boston y «salpicar los altares americanos con sangre de nuestros corazones» si llegaba a ser necesario[480]. El viejo combatiente de indios y *ranger* de la Guerra de Siete Años, coronel Israel Putnam, presidente del Comité de Correspondencia de Connecticut, personalmente llevó 130 ovejas a lo largo de 160 kilómetros, desde su hogar en Pomfret hasta Boston[481]. Baltimore envió mil bushels de trigo y de las trece colonias llegaron presentes. Los dirigentes patriotas reclamaron un completo rechazo al té por todas las colonias, se suspendió el contrabando, la «nociva basura» fue quemada en parques públicos y sustituida por unas pociones, nada apetitosas, llamadas Té de la Libertad.

La convocatoria a un congreso pronto fue apoyada por Nueva York y Filadelfia, y obtuvo aceptación de doce colonias durante el verano. Muchos norteamericanos se habían convencido de que, como lo escribió Jefferson en un borrador de instrucciones para los delegados que Virginia enviaría al congreso, la serie de opresiones británicas, «proseguidas inalterablemente a través de todo cambio de ministros, prueba demasiado claramente un plan deliberado y sistemático de reducirnos a la esclavitud[482]».

Esto llegó a ser artículo de fe en Norteamérica. George Washington lo apoyó, hablando de «un plan regular y sistemático [de] ponernos las cadenas de la esclavitud[483]». Tom Paine sostuvo que «era fija determinación del gabinete británico pelear con América en cada caso» para suprimir sus libertades y controlar su aumento de población y propiedad[484]. Esta acusación fue conveniente porque justificaba la rebelión última, y en realidad, si la Gran Bretaña hubiese estado siguiendo un plan de provocar a las colonias a la insurrección para subyugarías, entonces su conducción de la política nos parecería racional. Por desgracia para la razón, no es posible reconciliar esta versión con las anulaciones, las contradicciones, lo inconsistente o individual de las decisiones. En lugar de ser «deliberada y sistemática» la política inglesa, se quejaban sus críticos, era exactamente lo opuesto. «¡Cuánta ley y cuánta derogación!», gritaba Burke, «cuánto desafío y cuánta sumisión; cuánto hacer y cuánto deshacer; cuánto estirar y cuánto aflojar… Abracemos algún tipo de sistema antes de terminar esta sesión… Sostengamos alguna clase de conducta coherente[485]».

Los norteamericanos, creyendo por lo contrario que la política de Inglaterra *sí* era coherente, avanzaron hacia la ruptura abierta. Al unir a las colonias en un conjunto, las Leyes Coactivas lograron la misma cohesión en el adversario que el ataque japonés a Pearl Harbor realizó dos siglos después… y a la postre, con el mismo resultado. El primer Congreso Continental de 56 miembros, que representaba a todas las colonias, salvo a Georgia, se reunió en Filadelfia en septiembre de 1774. Declararon que todas las leyes del Parlamento con respecto a las colonias, desde 1763, habían violado los derechos norteamericanos, y se comprometieron a renovar la no importación hasta que todas fuesen derogadas. Si en un año no se atendían sus quejas, pasarían a la no relación, es decir, el cese de exportaciones así como de importaciones. Adoptaron diez resoluciones sobre los derechos del autogobierno, incluso la fijación de impuestos por sus propias legislaturas y, bajo presión de los radicales, adoptaron las Resoluciones tomadas por el condado de Suffolk en Massachusetts, que declaraba inválidas y anticonstitucionales las Leyes Coactivas, no autorizaba obediencia hasta que fuesen derogadas y recomendaba a los ciudadanos armar y formar una milicia para defenderse en caso de ser atacados. Aunque reconociendo su lealtad a la Corona, se consideraban un «dominio» no sujeto al Parlamento. Para no disgustarse con los conservadores que había entre ellos, no emitieron un llamado de independencia, «fantasma tan espantable», declaró John

Adams, «que una persona delicada que lo viese a la cara caería con convulsiones[486]».

Sin embargo, algunos estaban dispuestos, como lo dijo Jefferson en sus instrucciones a los delegados de Virginia, para «una unión en un plan generoso[487]». Sus condiciones eran que no debía haber limitación al comercio exterior de las colonias ni impuestos o regulación a sus propiedades «por ningún poder de la Tierra salvo el nuestro». Joseph Galloway, de Pennsylvania, líder de los conservadores en el Congreso, presentó oficialmente un plan similar de «Propuesta de Unión entre la Gran Bretaña y sus Colonias», pero encontró muy pocos delegados que lo apoyaran[488]. Eran hombres que no tenían deseos de mezclarse con una Inglaterra a la que consideraban corrompida, decadente y enemiga de la libertad. Escribió Franklin a Galloway: «Cuando considero la extrema corrupción prevaleciente entre todos los órganos de hombres de este viejo y descompuesto Estado» con sus «innumerables e innecesarios puestos, enormes salarios, pensiones, gratificaciones, cohechos, pugnas insensatas, expediciones absurdas, cuentas falsas o falta de cuentas, contratos y empleos [que] devoran todos los ingresos…» vería más males que beneficios en una unión más íntima[489].

Al intensificarse la crisis de las relaciones, la idea de unión encontró partidarios entre los pensadores progresistas de Inglaterra. En 1776, Adam Smith la propondría en *La riqueza de las naciones*, como medio «hacia la prosperidad, hacia el esplendor y hacia la duración del Imperio». El mismo año, el doctor Richard Price, jefe intelectual de los anticonformistas, propuso la unión anglo-norteamericana sobre una base de igualdad en sus *Observations on the Nature of Civil Liberty and War with America*. Basado en la Ilustración, fundamentó su caso en las libertades cívicas que «dan la razón y la equidad y los derechos de la humanidad».

Aquí estaba la opción frente a la fuerza, por una parte, y a la rebelión, por la otra, aunque tal vez fuese excesivo decir que era factible en aquella época. La opinión mayoritaria en la Gran Bretaña no toleraba ni por un momento la idea de igualdad con los norteamericanos, y en ningún caso habría podido llegarse a una federación, pues nadie que tuviese poder en Inglaterra habría concedido el derecho de regular el comercio. Sin embargo, éstas no eran las condiciones de todos, y sí en ambos lados hubiese habido deseo y voluntad de lograrla, lentamente se habría podido elaborar alguna forma de federación. Por entonces, era demasiado pronto. Ideas fijas y tendencias iban en contra de ella, y la tecnología de la comunicación intercontinental aún estaba cien años adelante.

Inglaterra vio una traición en la desagradable unidad del Congreso Continental. Para entonces, recurrir a la fuerza se había convertido en idea generalmente aceptada. Habían estado llegando cartas cada vez más alarmantes del general Gage, informando que «la Llama de la Sedición» cundía con rapidez, que no estaba confinada a una «facción» de agitadores, sino que era compartida por la generalidad de los aparceros y granjeros de Massachusetts y sus vecinas, que estaban reuniendo armas y

municiones y hasta artillería y, por último, que había que considerar a toda Nueva Inglaterra en rebelión abierta. En noviembre, el rey reconoció que «los golpes deberán decidir» si las colonias quedaban sometidas o independientes, y que «no lamentaba que pareciera ya trazada la línea de conducta[490]».

El gabinete llegó a la decisión de enviar tres barcos de guerra con refuerzos, pero mientras cada quien hacía campaña para las elecciones de aquel otoño, la acción fue diferida hasta que se reuniera el nuevo Parlamento. Mientras tanto, dentro del gabinete, si no en el Gabinete Interior, el vizconde Barrington, desde hacía mucho tiempo secretario de Guerra, hizo sonar una nota disidente. Aunque antes estuviese en favor de la línea dura ante las colonias de Norteamérica, fue uno de los pocos —en cualquier grupo— que permitió que hechos y acontecimientos penetraran en su pensamiento y lo influyeran. En 1774 había llegado a creer que tratar de coaccionar a las colonias hasta el punto de la resistencia armada sería desastroso. No se había vuelto amigo de los norteamericanos ni cambiado sus lealtades políticas; simplemente, había llegado a la conclusión profesional, como lo explicó a Dartmouth en dos cartas de noviembre y de diciembre de 1774, de que una guerra por tierra en Norteamérica sería inútil, costosa e imposible de ganar. Inútil, porque era claro que Inglaterra nunca podría fijar impuestos internos; costosa e imposible de ganar, porque cuando se conquista una región hay que ocuparla mediante grandes ejércitos y fortalezas, «cuyos gastos serían ruinosos e interminables», además de producir «los horrores del derramamiento de sangre de una guerra civil». El único objetivo de la guerra, para los ingleses, era demostrar su supremacía sin poder aplicarla; «repito, nuestra pugna es simplemente una cuestión de honor» y «nos costará más de lo que pudiésemos ganar aun triunfando».

Barrington propuso que en lugar de reforzar al ejército en Massachusetts, las tropas fuesen retiradas de Boston, dejando a tal ciudad en su actual «desastroso estado» hasta que se mostrara más dispuesta a cooperar. Sin unos pequeños éxitos y la «violencia de la persecución» que animara a las colonias, su rebelión, iría diluyéndose y, acabarían por mostrarse dispuestos a tratar.

La marca característica de tantas locuras —la desproporción entre el esfuerzo y la posible ganancia— y la «terrible carga» del honor fueron aquí claramente expresadas por Barrington, pero, puesto que su cargo no era político sino tan sólo administrativo, sus opiniones no tuvieron ningún efecto. Obligado a aplicar una política en la que no creía, pidió renunciar, pero el rey y North se aferraron a él, deseando no revelar que entre sus filas había dudas[491].

En la *City*, la opinión popular estaba en favor de las colonias hasta el punto de que los ciudadanos de Londres escogieron como *sheriffs* a dos norteamericanos, Stephen Sayre, de Long Island, y William Lee, de Virginia[492]. A los candidatos a los escaños de Londres se les pidió firmar un compromiso de apoyar una propuesta de ley que daría a los norteamericanos el derecho de elegir su propio Parlamento y fijarse sus propios impuestos. Con convicción igual, si bien opuesta, un londinense

más notable, el doctor Samuel Johnson, expresó su idea de que los norteamericanos eran «una raza de presidiarios y debían estar agradecidos por todo lo que les permitamos, como no sea ahorcarlos[493]». Su tronante escrito *Taxation No Tyranny* deleitó a los caballeros campesinos, a las universidades y el clero anglicano y a toda la comunidad firmemente antinorteamericana. Sin embargo, en privado reconoció a Boswell que «la administración es débil y tímida» y, al avanzar el año, que «el carácter de nuestro actual gobierno en este momento es de imbecilidad».

La última oportunidad para que Inglaterra protegiera sus propios intereses y captara una opción factible se ofreció cuando el Parlamento fue reunido en enero de 1775 por el estadista más notable de su época, lord Chatham, ahora enfermo y achacoso. El 20 de enero propuso el inmediato retiro de las tropas británicas de Boston como prueba de que Inglaterra podía permitirse «hacer el primer avance en favor de la concordia». Dijo que las tropas constituían una provocación, sin ser eficaces. Debían ir de un poblado a otro imponiendo una sumisión temporal, «¿pero cómo lograréis obtener la obediencia del país que dejéis detrás…?». La resistencia a «vuestro arbitrario sistema de tributación podía haberse previsto». ¿Qué fuerzas se requerirían ahora para imponerlo? «¡Qué, señores míos, unos cuantos regimientos en América y 17 mil o 18 mil hombres en la patria! Esta idea es ridícula». Sería imposible someter una región que cubría más de 2900 kilómetros, densamente poblada, valerosa e infundida con el espíritu de la libertad. Establecer «el despotismo sobre tan poderosa nación sería vano, sería fatal. A la postre nos veremos obligados a retirarnos: retirémonos cuando podamos, no cuando tengamos que hacerlo[494]».

Tal era la magistral elocuencia del viejo Pitt, pero arrogante en su maestría, había pasado por alto las necesidades políticas, no había reunido partidarios que votaran por su moción y ni siquiera dijo a nadie, salvo a Shelburne, que iba a hablar o a presentar una moción. Todo lo que dijo a Shelburne fue que iba a tocar a la puerta de «este maldito gabinete dormido[495]». Su realismo era duro, su visión precisamente en el blanco, pero la Cámara no deseaba realidades; deseaba castigar a los norteamericanos. Ante la inesperada moción de Chatham, «la oposición no hizo más que mirarse y encogerse de hombros; los cortesanos se miraron y rieron», escribió Walpole[496], y la moción obtuvo sólo 18 votos frente a 68 en contra.

Aunque hubiese perdido su dominio mágico, Chatham no había perdido el sentido de que «Sé que yo puedo salvar a este país y sólo yo puedo hacerlo». Después de consultar en privado a Benjamín Franklin y a otros norteamericanos, presentó el 1.º de febrero un proyecto de ley para zanjar la crisis norteamericana, el cual proponía la derogación de las Leyes Coactivas, la libertad de todo impuesto sin consentimiento, el reconocimiento del Congreso Continental que entonces sería responsable de evaluar a las colonias para su autotributación para obtener ingresos para la Corona a cambio de sus gastos, y un sistema judicial independiente con jurado y sin el traslado de acusados para juzgarlos en Inglaterra. La regulación del comercio exterior y el derecho de desplegar un ejército cuando fuese necesario quedarían en manos de la

Corona. Lord Gower, jefe de la facción de Bedford desde la muerte del duque, «se levantó acaloradamente» para condenar la propuesta de Ley como traición a los derechos del Parlamento. «Todo nexo de interés, todo motivo de dignidad y todo principio de buen gobierno», afirmó, requerían la afirmación de la «supremacía legislativa intacta, no disminuida[497]».

Treinta y dos pares votaron en favor del plan de solución de Chatham, aunque, desde luego, fue rechazado por la mayoría. Él no podía salvar un Imperio contra su voluntad. Amargado por las burlas que oyó en el debate, desahogó su frustración en una acusación sumaria, tan terrible y total como la que cualquier gobierno pueda haber oído: «Toda vuestra conducta política ha sido una continua serie de debilidad, temeridad, despotismo, ignorancia, vanidad, negligencia, y notorio servilismo, incapacidad y corrupción».

Al día siguiente, el gobierno presentó una propuesta de ley que declaraba en rebelión a Nueva Inglaterra y pedía más fuerzas para reducirla a la obediencia. Los votos negativos en los Comunes ascendieron a 106, aunque la propuesta pronto fue aprobada junto con una Ley de Contención para hacer presión económica excluyendo a las colonias de Nueva Inglaterra de las pesquerías de Terranova y prohibiéndoles comerciar si no era con puertos británicos. El gabinete nombró a tres oficiales para servir en Norteamérica. Los comandantes William Howe, John Burgoyne y Henry Clinton. Por entonces era inimaginable que el futuro les deparara el retiro y una rendición.

Al mismo tiempo, fueron enviados tres regimientos para reforzar al general Gage, y el rey pidió a *sir* Jeffery Amherst, excomandante en jefe durante la Guerra de Siete Años, que volviera a ponerse al mando de las fuerzas en Norteamérica, basado en la teoría ambivalente de que, como alguien conocido y que gozaba de confianza en las colonias, podría atraer a «un pueblo engañado a la debida obediencia sin ponerle un cuchillo en la garganta[498]». Fuese por dudar del resultado o por disgusto de esta política, Amherst, aunque se le ofreció un título nobiliario, se negó a servir contra los colonos, «a quienes debía tanto[499]». No sería el último en tal rechazo.

De pronto North también pareció vacilar. Empujado por Dartmouth, que aún estaba buscando un acuerdo pacífico, presentó su propia Proposición Conciliadora, que ofrecía una exención de impuestos a cualquier colonia en particular que recabara sus propios ingresos para administración y defensa en cantidades que el rey y el Parlamento aprobaran. «Incertidumbre, sorpresa y consternación se mostraron en cada rostro[500]» hasta que quedó en claro de que la idea del plan era dividir a las colonas unas contra otras y que, puesto que no se ofrecía derogar las Leyes Coactivas, de ningún modo sería aceptado.

Burke prolongó la última oportunidad en un gran esfuerzo y otro enorme derroche de elocuencia, pues él sólo sabía hablar como un torrente. Su principal argumento fue «la absoluta necesidad de mantener una concordia en este Imperio por una unidad de espíritu». Esto sólo podría lograrse, afirmó, poseyendo la soberanía, pero no

ejerciéndola. Les gustara o no, existía un espíritu de libertad norteamericano; sus antepasados habían emigrado por él, y seguía siendo más poderoso entre los colonos ingleses que probablemente en ningún otro pueblo de la Tierra. «No se le puede borrar, no se le puede suprimir, por tanto el único modo que nos queda es atenernos a él o, si lo queréis, someterse a él como un mal necesario». Llegó aquí a su gran prescripción: «La magnanimidad en política es, no pocas veces, la más auténtica sabiduría; y un gran Imperio se lleva mal con espíritus mezquinos». Que sean derogadas las Leyes Coactivas, que los norteamericanos se fijen sus propios impuestos «por concesión y no por imposición». «Dadles libertad y una oportunidad de hacerse ricos y nos darán tantas más riquezas contra Francia y España[501]».

La magnanimidad pide grandes espíritus. Jorge III y sus ministros y su mayoría en el Parlamento, sin atender a la razón ni a su interés último, procedieron por el curso de la supresión. Era claro que aun si sus tropas lograban triunfar, lo que consideraban dudoso soldados de tanta experiencia como Amherst y Howe, perderían, por la enemistad creada. Esto no era una percepción oculta. «Es el tipo de guerra en que aun la victoria nos arruinará» escribió Walpole por aquellos días a su amigo Horace Mann[502]. ¿Por qué el rey y su gabinete no percibían esto? Porque no podían pensar más allá que en afirmar la supremacía y suponían, sin pensarlo, que su victoria militar sobre la «chusma» era cosa natural. Nunca dudaron de que los norteamericanos sucumbirían ante las armas británicas. Éste fue el factor gobernante. Un coronel Grant, que dijo que había servido en Norteamérica y conocía bien a los colonos, aseguró a la Cámara de los Comunes que «no pelearían. Nunca se atreverían a enfrentarse a un ejército inglés y no poseían ninguna de las condiciones necesarias para ser buenos soldados[503]». La Cámara de los Lores oyó el mismo tipo de cosas. Lord Sandwich, en respuesta a un miembro de la oposición que le advertía que las colonias contaban con números ilimitados de hombres, dijo fatuamente: «¿Qué significa eso? Son hombres indisciplinados, toscos y cobardes», y tanto mejor porque «si no huyeran, morirían de hambre, obedeciendo nuestras propias medidas[504]». Él y sus colegas se alegraron de que la interminable disputa con las colonias por fin fuese decidida por la fuerza, lo que a los que se sienten más fuertes siempre les ha parecido la solución más fácil.

Además, seguían creyendo, como dijo lord Gower, que el lenguaje enérgico de los colonos «era el lenguaje de la chusma y de unos cuantos jefes de facción» y que los delegados al Congreso Continental, «lejos de expresar el verdadero sentimiento de la parte respetable de sus votantes», habían sido elegidos «por una especie de fuerza en que la gente valiosa temía interponerse[505]». Aunque pudo haber cierta validez en su idea acerca de la gente valiosa, no fue tan determinante o tan general como él lo supuso.

La tibieza de los preparativos fue producto de todas estas suposiciones. Aunque el estallido de las hostilidades era consecuencia predecible de las Leyes Coactivas del año anterior, en el ínterin no se habían tomado medidas para los preparativos

militares. El fanfarrón Sandwich, que durante largo tiempo fuese un defensor de la acción enérgica, no había hecho nada como primer lord del Almirantazgo para preparar la marina, esencial para todo transporte y bloqueo. En realidad, había reducido su fuerza en cuatro mil hombres, una quinta parte del total, todavía en diciembre de 1774. «Dimos un paso tan decisivo como el del Rubicón», diría el general Burgoyne pocos meses después, «y ahora nos encontramos hundidos a la vez en una guerra más grave sin una sola requisición, salvo la de la pólvora, para llevarla adelante[506]».

En abril de 1775, el general Gage, al enterarse de que los rebeldes habían almacenado una gran cantidad de armas en Concord, a unos treinta kilómetros, tomó la obvia decisión de enviar una fuerza para destruir tales almacenes. Pese a que trató de proceder en secreto, se encendieron las luces de alarma, los mensajeros partieron al galope, los *Minute Men* se reunieron en Lexington, intercambiaron disparos y se dispersaron. Aunque los casacas rojas marcharon sobre Concord, los campesinos, alertas, se levantaron en armas; hombres armados con mosquetes acudieron de cada poblado y de cada granja y se lanzaron contra las tropas británicas que retornaban, en implacable persecución con mortífera puntería, hasta que los propios casacas rojas tuvieron que ser rescatados por dos regimientos enviados desde Boston. «La horrible tragedia ha comenzado», reconoció tristemente Stephen Sayre cuando noticias de los hechos llegaron a Londres[507].

En Inglaterra al parecer aún había dudas de que la guerra hubiese empezado sin remisión, y estos hechos inspiraron una última y apasionada llamada al sentido común, de John Wesley, el dirigente metodista. En una carta enviada el 14 de junio a lord Dartmouth, escribió Wesley: «Dejando aparte toda consideración de justicia e injusticia, yo pregunto: ¿es de sentido común emplear la fuerza contra los americanos? Ni veinte mil hombres ni el triple de tal cifra, combatiendo a tres mil millas de su patria y sus abastos, podría tener siquiera esperanzas de conquistar a una nación que lucha por su libertad». Por los informes de sus predicadores en Norteamérica sabía que los colonos no eran campesinos que huían a la vista de una casaca roja o al sonido de un mosquete, sino duros fronterizos, capacitados para la guerra. No seria fácil vencerlos, «No, señor mío, están terriblemente unidos. Por Dios», concluyó Wesley, «¡recordad a Roboam! ¡Recordad a Felipe II! ¡Recordad al rey Carlos I!»[508].

5. «… Una enfermedad, un delirio»: 1775-1783

Una crisis no necesariamente purga de su locura a un sistema; viejos hábitos y actitudes son resistentes. La conducción de la guerra por el gobierno se caracterizaría por su lentitud, su negligencia, su división de opiniones y su fatal error al juzgar a su adversario. Una laxa administración en la metrópoli se tradujo en una laxa conducción en el campo. Desde el principio, los generales Howe y Burgoyne no habían tenido mucha fe; cuando Howe estuvo al mando, su indolencia se volvió proverbial. Otros militares dudaron de que las fuerzas de tierra pudiesen conquistar Norteamérica. El subjefe, general Edward Harvey, había juzgado que todo el proyecto era «una idea tan bárbara como la que más se haya opuesto al sentido común[509]».

Los ministros subestimaron la tarea y sus necesidades. Materiales y hombres eran inadecuados, los navíos estaban en mal estado, eran muy pocos, la mayoría de su tripulación no estaba bien capacitada; los problemas de transporte y comunicación no fueron debidamente apreciados en Londres, donde la dirección de la guerra se mantuvo a una distancia tal que se necesitaba de dos a tres meses para recibir respuestas a las órdenes. En general, el desempeño fue afectado por la renuencia de los soldados a entablar una guerra contra súbditos del mismo rey. «El ardor de la nación en esta causa», reconoció lord North después de Lexington y Bunker Hill, «no se ha elevado al nivel que hubiésemos querido[510]». Los pobres resultados del reclutamiento, que produjo menos de 200 hombres en tres meses, condujo al uso de mercenarios hessianos de Alemania (que llegarían a ser un tercio de todas las fuerzas británicas en Norteamérica). Aunque el empleo de mercenarios era habitual en las guerras británicas en una época en que el servicio militar era tenido en muy poca estima por el hombre común, el empleo de los hessianos hizo más que ninguna otra medida por provocar el antagonismo de los colonos, convencerlos de la tiranía británica y endurecer su resolución. La Revolución norteamericana, dados sus propios errores y fallas, sus cábalas y decepciones, sucedió por virtud de los errores de Inglaterra.

Sólo cuatro meses después de Lexington y Concord, y un mes después de llegar noticias de la batalla de Bunker Hill, las colonias fueron declaradas en «abierta y reconocida rebelión»; el ínterin transcurrió en una política ambivalente, querellas por puestos y habituales ausencias por la temporada de caza de guaco y la pesca del salmón. Durante ese tiempo, el rey había estado pidiendo una declaración de rebelión y de determinación de aplicar «con vigor toda medida que tienda a someter a aquel pueblo engañado[511]» Como secretario de las Colonias, lord Dartmouth aún estaba buscando alguna apertura para un arreglo no violento; los moderados fuera del

gabinete y los experimentados subsecretarios esperaban evitar la ruptura; los Bedford exigían acción; lord Barrington insistía en que sólo se podría someter a las colonias mediante acción naval, por medio de un bloqueo e interrupción del comercio; los hermanos Howe —el general *sir* William y el almirante lord Richard—, nombrados comandantes en jefe respectivamente de las fuerzas de tierra y de mar en Norteamérica, creían que un acuerdo negociado sería preferible a una lucha y estaban buscando un nombramiento conjunto de comisionados de paz para lograr este fin; lord North, siempre opuesto a lo definitivo, estaba tratando de aplazar todo lo que fuese irreversible.

Contra la presión del gabinete de Bedford y el rey, lord North tuvo que ceder. La Proclama de Su Majestad para Suprimir la Rebelión y la Sedición fue emitida el 23 de agosto. Al anunciar que los colonos «traidoramente» habían hecho la guerra a la Corona, se aferraba a la idea de que el levantamiento era obra de una conspiración de «hombres peligrosos e intrigantes» pese a la lluvia de informes que llegaba del general Gage y de gobernadores que había en el lugar, en el sentido de que incluía a toda clase e índole de hombres. La insistencia en una idea fija pese a todas las pruebas en sentido contrario es la fuente del alto engaño que caracteriza a la demencia. Al ocultar la realidad, subestima el grado de esfuerzo necesario.

Mientras tanto, en Filadelfia los moderados del Congreso Continental lograron obtener la Petición de la Rama de Olivo, que profesaba su lealtad a la Corona, pedía al rey suspender las hostilidades y rechazar las medidas opresivas aplicadas desde 1763, expresando la esperanza de que se llegara a una reconciliación. La negativa de Jorge III a recibir la petición cuando llegó a Londres en agosto y su Proclama para Suprimir la Rebelión, que siguió al cabo de pocos días, pusieron fin a la apertura de los colonos, valiera lo que valiera. En el Parlamento, una moción presentada por la oposición para considerar la Rama de Olivo como base para negociaciones, chocó con el habitual rechazo de la mayoría.

Siguiendo la Proclama, la acción definitiva fue el traslado de Dartmouth al cargo de lord del Sello Privado y su remplazo como secretario de las Colonias por un vigoroso partidario de «poner de rodillas a los rebeldes» mediante la fuerza armada, lord George Germain[512]. Sackville de Knole de nacimiento[513] e hijo menor del séptimo conde y primer duque de Dorset, había logrado dejar atrás ciertos rumores sobre un Consejo de Guerra y un ostracismo, para lograr colocarse bien al lado del rey, y, dándole siempre los consejos que deseaba oír, obtuvo el crítico puesto de secretario de las Colonias en el gabinete.

Como teniente general y comandante de la caballería británica en la batalla de Minden en 1759, lord George se había negado inexplicablemente a obedecer la orden de su superior, el príncipe Fernando de Brunswick, de lanzar una carga de caballería para rematar una victoria sobre los franceses. Despedido del servicio, llamado cobarde por la sociedad, procesado por desobedecer órdenes, fue declarado, por veredicto del Consejo de Guerra, «inepto para servir a Su Majestad en cualquier

capacidad militar», y esta sentencia fue registrada en los libros de todo regimiento británico. «Siempre os dije», escribió su pobre hermano lord John, cuya salud mental no era buena, «que mi hermano George no valía mas que yo[514]».

Aunque el sambenito de cobardía parecía extraño tras una esforzada carrera militar de más de veinte años, lord George nunca explicó su conducta en Minden. Duro y arrogante, procedía de un antepasado que «vivió en el mayor esplendor que cualquier noble en Inglaterra[515]», de un abuelo que logró evitar una acusación de asesinato sólo por la intercesión de su amigo Carlos II, de un padre creado duque cuando George tenía cuatro años y cuya casa estaba tan atestada de visitantes y solicitantes que un domingo daba la apariencia de ser una recepción real. Lord George, que no era hombre agradable, ya se había hecho enemigo por sus críticas de sus colegas oficiales, y sin embargo, al cabo de algunos años, con el apoyo de Sackville y una voluntad agresiva, logró superar su desgracia y recuperar la categoría debida a su rango y familia. Endurecido si no escarmentado por su experiencia, ahora sería el ministro a cargo de una guerra.

Lord George, opuesto como el resto del gabinete y los amigos del rey a todo esfuerzo de conciliación, resistió vigorosamente al plan de una comisión de paz que le pedía tratar con las colonias. Cuando lord North le transmitió este argumento, con el que previamente se había comprometido, Germain insistió en redactar las instrucciones. Sus condiciones pedían que las colonias reconocieran, antes de ningún acuerdo, la «suprema autoridad de la legislatura para hacer leyes obligatorias para las colonias en todos los casos[516]». Puesto que su constante rechazo de este principio durante diez años es lo que las había llevado a la rebelión, era bastante claro, como señaló lord North, que esta fórmula condenaría al fracaso a la comisión de paz. Dartmouth dijo sin ambages que renunciaría como lord del Sello Privado si se mantenían las instrucciones; North insinuó que él también renunciaría si se iba su medio hermano.

Siguieron unas interminables discusiones de los términos: si la frase «en todos los casos» debía permanecer o desaparecer; si la aceptación del principio de supremacía por las colonias debía preceder o ser parte de las negociaciones; si los comisionados debían tener toda clase de poderes; si el almirante Howe debía ocupar el mando naval y al mismo tiempo ser miembro de la comisión de paz. Junto con estas disputas había intrigas sobre quiénes debían ocupar puestos en la corte y en el subgabinete, puestos a los que habían renunciado los adversarios de la guerra, mientras que el Parlamento, al reunirse en enero de 1776, pasó el tiempo disputando sobre elecciones y los altos precios que cobraban los príncipes alemanes por la contratación de sus tropas. Las propuestas de paz que finalmente fueron redactadas no llegaron más allá que el plan de conciliación de North, del año anterior, ya rechazado por el Congreso Continental. Ni el rey ni el gabinete pensaron siquiera en considerar las condiciones de los colonos para alcanzar una forma de autonomía bajo la corona. La comisión de paz se dedicó principalmente a tratar de causar un efecto entre el público, y a la ilusión aún

persistente de dividir a las colonias. Bajo la imperiosa dirección de Germain, escribió el doctor Joseph Priestley, el científico amigo de Franklin, no podía esperarse «nada parecido a razón y moderación». «Todo respira rencor y desesperanza[517]».

Para cuando se resolvieron los problemas de condiciones y nombramientos, en mayo de 1776, los acontecimientos ya los habían dejado atrás. El escrito de Thomas Paine, *Common Sense*, pidiendo audazmente la independencia, había electrizado a los colonos, convencido a miles de la necesidad de la rebelión y les había llevado, con sus mosquetes, a los centros de reclutamiento. George Washington había sido nombrado comandante en jefe; el fuerte Ticonderoga se había rendido a la compañía de 83 hombres de Ethan Allen; cuando los colonos lograron llevar, en forma notable, sus cañones de Ticonderoga a las alturas de Dorchester, el general William Howe tuvo que evacuar Boston; fuerzas británicas de combate estaban ganando en el sur y en Canadá. En junio, el Congreso Continental exigió una resolución de Richard Henry Lee, de Virginia, de que las Colonias Unidas «son, y por derecho deben ser, estados libres e independientes». El 2 de julio fue aprobada en forma unánime la formal Declaración de Independencia, y sólo se añadieron ciertos retoques en una segunda votación el 4 de julio.

En septiembre, después de la victoria de Howe en la batalla de Long Island, su hermano el almirante arregló, en su otra capacidad de comisionado de paz, una conferencia con Franklin y con John Adams, como representantes del Congreso Continental, pero como no tenía autoridad para negociar a menos que las colonias volvieran a la lealtad y revocaran la Declaración de Independencia, la reunión fue inútil. Así, ambos bandos pasaron por alto un último intento de contener y luego de invertir la ruptura.

Los que se oponían a la guerra hablaban claro desde el principio, aunque eran superados por los partidarios de la guerra. Siguiendo el ejemplo de Amherst, otros del ejército y la armada se negaron a servir contra los norteamericanos[518]. El almirante Augustus Keppel, que había luchado en toda la Guerra de Siete Años, declaró que no lucharía en ésta. El conde de Effingham renunció a su comisión en el ejército, renuente a portar armas en «lo que no es una causa clara». El hijo mayor de Chatham, John, que servía en un regimiento en Canadá, renunció y volvió a su patria, mientras que otro oficial, que se quedó con el ejército en Norteamérica, expresó la opinión de que «ésta es una guerra impopular, y los hombres de capacidad no quieren arriesgar sus reputaciones tomando parte activa en ella». Esta libertad de acción encontró a su principal justificante en el general Conway, quien declaró en el Parlamento que, aunque un soldado debía obediencia muda en una guerra extranjera, en caso de conflicto interno debía convencerse de que la causa era justa, y él personalmente «nunca podría sacar su espada» en el conflicto presente[519].

Estos sentimientos se debían a la convicción de que los norteamericanos estaban luchando por las libertades de Inglaterra. Interdependientes, unos y otros podrían ser «encerrados en una tumba», dijo el orador de la oposición lord John Cavendish, o

durar por siempre[520]. Los cuatro miembros londinenses del Parlamento y todos sus *sheriffs* y regidores siguieron siendo decididos partidarios de las colonias. Tanto en los Comunes como en los Lores surgieron mociones que se oponían a la contratación de mercenarios extranjeros sin previa aprobación del Parlamento. El duque de Richmond pidió en diciembre de 1776 un acuerdo basado en concesiones a Norteamérica, cuya resistencia llamó «perfectamente justificable en todo sentido político y moral[521]». Se hizo una suscripción pública para las viudas y los huérfanos y los padres de los norteamericanos «inhumanamente asesinados por las tropas del rey cerca de Lexington y Concord[522]».

Reconociendo la contradicción del propio interés en la guerra norteamericana, una caricatura política de 1776 presentaba dormido al león británico mientras sus ministros se dedicaban a matar a la gallina de los huevos de oro. También observadores como Walpole percibieron la contradicción. Se ganara o se perdiera a Norteamérica, la Gran Bretaña no podía esperar «buen resultado», pues el país, si era gobernado por un ejército, en lugar de invitar colonos y comercio, «quedará desierto y será una carga para nosotros, como Perú o México, con todas sus minas lo han sido para España[523]». «¡Oh, la insensatez, la locura, la culpa de habernos hundido en este abismo!»[524]. Hasta Boswel en privado consideró que las medidas del gobierno eran «mal digeridas y violentas» y el gabinete «loco al emprender esta guerra desesperada[525]».

La opinión imperante en favor de la guerra no era menos explícita y sí era más general. No todos se habrían unido al doctor Johnson en su destemplado arranque, «Estoy dispuesto a amar a toda la humanidad *excepto a un norteamericano*[526]», ni llegado al extremo absurdo del marqués de Carmarthen, uno de los amigos del rey, quien preguntó en un debate: «¿Con qué propósito se toleró que [los colonos] fueran a tal país, si el provecho de su trabajo no volvía aquí a sus señores?»[527]. Pero gradaciones de tales sentimientos eran vastamente compartidas. (Un notable factor de la actitud británica fue una total ignorancia de cómo y por qué se habían establecido las colonias).

El sentimiento de los negociantes se expresó en Bristol, por los votantes de Burke, a los que él se dirigió en su *Letter fo the Sheriffs of Bristol*, con implacable lógica y poco efecto, pues los mercaderes, comerciantes y empleados del activo puerto enviaron un voto de adhesión al rey, pidiéndole firmeza. La aristocracia campesina y la alta sociedad estuvieron de acuerdo. Todas las mociones de la oposición fueron rechazadas, rutinariamente, en el Parlamento, donde la mayoría sostuvo lealmente al gobierno, no sólo por una lealtad comprada sino por la hosca convicción del Bando de los Campos de que la supremacía debía ser total y sometidas las colonias.

La impotencia de la oposición, que contaba con unos cien miembros, no sólo se debió al poder de quienes ocupaban los cargos, sino a su propia falta de cohesión.

Chatham, en otro de sus periodos de debilidad, estuvo fuera de combate desde la primavera de 1775 hasta la primavera de 1777, pero, como Hamlet, no estaba tan loco que cuando el viento soplaba en su favor, él no pudiera diferenciar un halcón de una sierra de mano[528]. Después de la Declaración de Independencia Norteamericana, predijo ante su médico el doctor Addington, que a menos que Inglaterra cambiara de política, Francia abrazaría la causa de los norteamericanos. Sólo estaba aguardando a que Inglaterra estuviese más enredada en esta «ruinosa guerra contra sí misma» antes de intervenir abiertamente[529].

Y, sin embargo, estando activo, Chatham siempre jugo su propia mano, negándose a toda asociación. Su arrogancia y su negativa a actuar como jefe dejó a la oposición expuesta a la separación y a los devaneos de sus figuras principales. Richmond, que había surgido como la voz más agresiva y franca en los Lores, odiaba a Chatham, y, por temperamento no era ni jefe ni seguidor. Charles James Fox, joven estrella ascendente de la oposición, deslumbraba en los Comunes con su ingenio y sus invectivas, como lo hiciera antes Townshend, pero también él desempeñaba un papel de solista. Otros se mostraban ambivalentes. Aunque creían en la justicia de la causa norteamericana, no dejaban de temer que una victoria de la democracia norteamericana representara una amenaza para la supremacía parlamentaria y un peligroso estímulo para el movimiento de reforma.

Tener una pobre opinión de su propio gobierno y verse siempre superado en votos, resultaba desalentador. Richmond lo confesó en una réplica a Rockingham, quien estaba tratando de mantener el frente de la oposición y le había llamado a ir a votar en el caso de un proyecto de ley que prohibiera todo comercio con las trece colonias durante la rebelión. «Confieso que me siento lánguido ante este asunto de América», escribió. No tenía objeto oponerse a aquella Ley; «hay que oponerse a todo el sistema[530]». No acudió a Londres, y luego se fue a Francia, a encargarse de ciertos legalismos con respecto a un título francés que poseía. Podría ser «cosa muy feliz de tener», escribió a Burke, pues acaso no estuviese lejos el día «en que Inglaterra quedará reducida a un estado de esclavitud», y si él se encontrara «entre los proscritos… y América no quede abierta a nosotros, Francia es un buen retiro, y tener allí un título nobiliario ya es algo». Con la Revolución Francesa asomando ya en la próxima década probablemente ninguna profecía histórica haya sido jamás tan perfectamente invertida. «Acerca de la política inglesa», concluyó Richmond, «debo confesar francamente que estoy asqueado y exhausto al ver su lamentable estado[531]».

Rockingham, como dirigente, se sintió tan frustrado que en 1776 propuso una «secesión» por los adversarios de la guerra, es decir, un deliberado ausentismo del Parlamento como su protesta más visible contra la política ministerial. También en esto fue imposible lograr solidaridad; sólo sus propios partidarios lo aceptaron. Dignos y majestuosos, los *whigs* de Rockingham se retiraron a sus posesiones, pero

después de un año de ineficiencia, regresaron. Eran «personas amables» escribió Charles Fox a Burke, pero «inapropiadas para atacar una ciudadela[532]». Burke, estableciendo un punto esencial acerca de estos hombres como ministros, replicó que sus virtudes eran el resultado de «abundantes fortunas, rango asegurado y hogares tranquilos[533]».

La labor de someter a los rebeldes no avanzaba. Pese a todas sus desventajas en escasez de armas y abastecimientos, de tropas entrenadas y disciplinadas y alistamientos a corto plazo, que constituían su peor factor en contra, tenían una causa por la que luchar, un comandante de estatura heroica y voluntad inquebrantable y ocasionales victorias, asombrosas, aunque limitadas, como las de Trenton y Princeton, para levantar la moral. Los enemigos extranjeros de la Gran Bretaña estaban aportando armas, y cuando los ingleses recurrieron al pillaje deliberado y al reclutamiento de indios para tácticas terroristas, estimularon el espíritu combativo de los norteamericanos, cuando vacilara bajo presión. La sobreestimación británica del apoyo interno que podían esperar de los leales y el no movilizar y organizar a una fuerza combativa de leales —que se debía en parte al desprecio que tenían hacia los colonos, así fuera a los de su propio bando— les hizo depender del dilatado transporte transatlántico de europeos. El temor de que Francia y España aprovecharan sus dificultades por medio de una ofensiva naval o de una invasión requería mantener para su defensa tropas y barcos (que escaseaban) en aguas inglesas. El costo de toda la empresa alarmó a muchos. «Los amigos pensantes del gobierno no están nada optimistas», escribió Edward Gibbon, que había sido elegido al Parlamento en 1774, como partidario de North.

En febrero de 1777, el general Burgoyne llegó a Inglaterra para planear con Germain una campaña decisiva que, logrando una unión en el Hudson de fuerzas británicas que descendieran de Canadá y de otras que subieran de Nueva York, aislaría a Nueva Inglaterra del resto de las colonias, y pondría fin a la guerra antes de la Navidad. Burgoyne regresó a encabezar a la fuerza del norte en una marcha, apuntando a Albany, pero el movimiento de pinzas sufrió la fatal deficiencia de no tener más que un brazo. El grueso del ejército del sur, a las órdenes del comandante *sir* William Howe, que había planeado su propia campaña sin mencionarla a su colega, iba avanzando en la otra dirección, contra Filadelfia. *Sir* Henry Clinton, al mando de las fuerzas que quedaban en Nueva York, no podía subir por el Hudson sin el principal ejército. Burgoyne había empezado en junio. Al avanzar el verano, los informes empezaron a ser inquietantes: los abastos de Burgoyne empezaron a escasear peligrosamente; un intento de adueñarse de ciertos depósitos en Bennington fue derrotado con pérdidas; un ejército norteamericano iba cobrando mayor fuerza. Howe seguía ocupado en Pennsylvania; Clinton, aunque pareciera sufrir súbitas parálisis de su voluntad, hizo un avance de último minuto, hacia el norte, llevado por la desesperación; aún no se lograba una unión. Washington, trabando combate con Howe fuera de Filadelfia y descubriendo, por sus movimientos, que no había peligro

de que Howe se volviera hacia el norte, escribió al general Putnam, al enterarse de la victoria de Bennington, que esperaba que «toda la fuerza de Nueva Inglaterra surgirá ahora… y aplastará por completo al general Burgoyne[534]».

Menos preocupado por estos acontecimientos que por la amenaza de Francia, lord Chatham se puso en pie el 29 de noviembre de 1777 para exigir un «inmediato cese de las hostilidades». Hablando antes de que se supiera del acontecimiento que constituiría el giro decisivo de la guerra y justificaría su argumento, dijo: «Sé que la conquista de la América inglesa es una imposibilidad. Me aventuro a decir que *no podéis* conquistar América». La defensa de unos derechos inalienables no era rebelión. La guerra era «injusta en sus principios, impracticable en sus medios, y ruinosa en sus consecuencias». El empleo de «mercenarios, hijos de la rapiña y el saqueo», había provocado un incurable resentimiento. «Si yo fuese norteamericano como soy inglés, mientras una tropa extranjera desembarcara en mi patria, ya jamás depondría mis armas, ¡jamás… jamás… jamás!». Al insistir en la sumisión, la Gran Bretaña perdería todo beneficio que pudiese obtener de las colonias mediante su comercio y su apoyo contra los franceses y sólo obtendría, para si, una renovación de la guerra contra Francia y España. El único remedio era dar por terminadas las hostilidades y negociar un tratado. Chatham no pidió el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos como condición para el acuerdo, pues hasta el día de su muerte creyó en la inalterable relación de la colonia y la Corona y, en paráfrasis de un sucesor suyo, le habría agradado declarar que no había servido como primer ministro para presenciar la liquidación del Imperio británico. Su propuesta de poner fin a las hostilidades no agradó a los lores, que rechazaron su moción por cuatro contra uno[535].

En los Comunes, Charles Fox siguió en esa misma vena, en un análisis militar que los hechos, asombrosamente, confirmarían. La conquista de Norteamérica, afirmó, estaba «en la naturaleza de las cosas absolutamente imposibles» porque había «un error fundamental en los procedimientos que siempre impiden a nuestros generales actuar con éxito[536]»: que estaban colocados demasiado lejos para poder ayudarse entre sí. Doce días después llegó un correo con la terrible noticia de que el general Burgoyne, con lo que le quedaba de su fuerza menoscabada, hambrienta y superada en número, se había rendido ante el Ejército Continental en Saratoga, cerca de Albany, el 17 de octubre. El general Clinton, que sólo había podido llegar hasta Kingston, ochenta kilómetros por debajo de Albany, el día anterior había emprendido el camino de regreso a Nueva York, en busca de refuerzos.

El resultado de Saratoga fue una incomparable alza de la moral norteamericana, que vino a caldear la sangre, agotada por las nieves y miserias de aquel invierno pasado en Valley Forge. Saratoga costó a los ingleses —por las bajas y las condiciones de la rendición, que pedían a los hombres de Burgoyne deponer las armas y ser embarcados de vuelta a Inglaterra, bajo promesa de no volver a servir en la guerra contra los norteamericanos— todo un ejército de casi ocho mil hombres.

Ante todo, confirmó el peor temor de Inglaterra: la entrada de los franceses en la guerra, aliados con los norteamericanos. Dos semanas después de saberse de la rendición, los franceses, temerosos de que la Gran Bretaña ofreciese ahora condiciones de paz aceptables a sus antiguas colonias, se apresuraron a informar a los enviados norteamericanos de su decisión de reconocer a los nuevos Estados Unidos, y tres semanas después, de su disposición a formar una alianza con ellos. El tratado, que por lo que contó al dar existencia a una nueva nación fue uno de los más importantes de la historia, se negoció en menos de un mes. Además de reconocer la independencia norteamericana e incluir los habituales artículos sobre amistad y comercio, establecía que en caso de guerra entre la Gran Bretaña y Francia, ninguna de las partes signatarias firmaría una paz separada.

La predicción de Chatham, de la entrada de Francia en la escena, quedaba confirmada, pero desde antes de que esto se supiera se había levantado en la Cámara de los Lores el 11 de diciembre de 1777 para repetir su opinión de que Inglaterra había entablado una guerra «ruinosa». La nación había sido traicionada, afirmó, en un devastador resumen que podría aplicarse a las guerras y locuras de muchas épocas, antes y después, «por las artes de la imposición, por su propia credulidad, por los medios de falsa esperanza, falso orgullo y prometidas ventajas de la naturaleza más romántica e improbable[537]».

En Inglaterra, el hecho increíble de que un ejército británico se hubiese rendido ante unos colonos asombró al gobierno y al público y despertó a muchos que, hasta entonces, apenas habían pensado en la guerra. «No tienes idea del efecto de esta noticia sobre el espíritu de la gente en la ciudad», escribió un amigo a George Selwyn. «Quienes nunca sintieron antes, sienten ahora. Quienes eran casi indiferentes a los asuntos de América ahora han despertado de su letargo y ven a qué terrible situación estamos reducidos». Las acciones bajaron, un «desaliento universal» imperó en la *City*, la gente murmuraba de una «nación deshonrada» y acerca de un cambio de gobierno[538]. Gibbon escribió que, aunque la mayoría se había sostenido en el Parlamento, «de no haber sido por la vergüenza, no se habrían encontrado veinte hombres en la Cámara que no estuviesen dispuestos a votar por la paz», aun «en las condiciones más humildes[539]».

La oposición volvió a sus virulentos ataques, fustigando individualmente a cada ministro y colectivamente al gobierno por la mala dirección de la guerra y por las medidas que habían llevado a ella. Burke acusó a Germain de haber perdido Norteamérica por «ceguera voluntaria[540]». Fox pidió el despido de Germain; Wedderburn, que acudió en defensa de Germain, desafió a Burke a duelo; Barré dijo que el plan de campaña era «indigno de un ministro británico y demasiado absurdo hasta para un jefe indio». El propio Germain se sintió fulminado, pero sobrevivió al ataque general, con apoyo del rey y de North. Pudieron ver que si toda la responsabilidad se le atribuía a Germain, luego se atribuiría a sus superiores: ellos mismos.

También el gobierno sobrevivió, sobre su estructura cuidadosamente formada de votos. Aunque hablaran de la guerra con embarazo, los del partido del campo se sentían más incómodos aún ante la idea del cambio, y aunque sobrecargados con una guerra que estaba costándoles dinero en lugar de dejarles ingresos, mostraron disciplina. Sólo el rey, que adoptó su aire justiciero, se mostró ajeno a la angustia general. «Sé que estoy cumpliendo con mi deber y por tanto nunca desearé retirarme», había dicho a North al comienzo de la guerra[541], y eso era todo lo que necesitaba saber. Ninguna noticia podía hacer mella en su armadura. El rey estaba convencido de la rectitud y por tanto del necesario triunfo de sus actos. Después, al serle adversa la fortuna, creyó que una victoria de la independencia norteamericana significaría la disolución del Imperio bajo su soberanía y rogó al cielo que «me guíe para actuar de tal modo que la posteridad no me atribuya la caída de este Imperio antes respetable[542]». La perspectiva de una derrota bajo «mi» mando no gusta a ningún gobernante, y antes que enfrentarse a ella, Jorge intentó obstinadamente prolongar la guerra mucho después de haberse desvanecido toda esperanza de triunfo.

La renuncia de Howe, el regreso de Burgoyne, la desconfianza y desilusión de Clinton, las recriminaciones e investigaciones oficiales siguieron como secuela de Saratoga. Los generales, que achacaban sus derrotas a la ineptitud del gabinete, fueron tratados benignamente, no sólo por el sentimiento general de que la culpa era en realidad de Germain, sino también porque ocupaban escaños en el Parlamento y el gobierno no quería lanzarlos a la oposición. El que Germain no coordinara la campaña de Howe en Filadelfia con la de Burgoyne en el Hudson había sido, claramente, la clave del desastre, y como su extraña conducta en Minden, no parecía tener ninguna explicación… como no fuera su languidez.

Más adelante, para complacer a los muchos a quienes disgustaba Germain, corrió un rumor de que, durante el planeamiento inicial, Germain, en camino a sus posesiones rurales, se había detenido en su oficina para firmar unos papeles. Su subsecretario, William Knox, le había indicado que no se había escrito ninguna carta a Howe, en que se le informara del plan y de lo que, en consecuencia, se esperaba de él. «Su señoría ha empezado a hacerlo, y D'Oyley [un segundo secretario] lo miró fijamente», y luego se apresuró a escribir el despacho, para que lo firmara su señoría. Sintiendo «una particular aversión a dejarse desviar en cualquier ocasión», lord George bruscamente se negó porque aquello significaría que «mis pobres caballos deben quedarse en la calle todo el tiempo y yo llegaré tarde». Dio instrucciones a D'Oyley de escribir la carta a Howe, incluyendo las instrucciones de Burgoyne, «lo que debe revelarle todo lo que desee saber». La carta, que debía haberse ido junto con los despachos, perdió el barco, y sólo llegó a manos de Howe hasta mucho después[543].

Sería tentador afirmar que el bienestar de los caballos de tiro perdió a los Estados Unidos para los ingleses, pero la distancia, el tiempo, el incierto planeamiento y la incoherente guía militar constituyeron las mayores fallas. La despreocupación de lord

George por sus despachos sólo fue síntoma de un descuido general. También sería tentador decir que este descuido puede atribuirse a los excesivos privilegios de los ministros georgianos, pero entonces, ¿qué decir de otra famosa falla de las comunicaciones, a saber, cuando los comandantes norteamericanos no fueron advertidos de un probable ataque a Pearl Harbor? La falla de comunicaciones parece ser endémica a la condición humana.

La necesidad inmediata era liberar a la Gran Bretaña de una guerra sin provecho para que quedara libre de enfrentarse al desafío francés, y la única manera de lograrlo era un acuerdo con las colonias. Entre crecientes rumores de un tratado franco-norteamericano, North, que después de Saratoga, había perdido toda esperanza de victoria, estaba tratando de reunir otra comisión de paz contra la resistencia de Germain, Sandwich, Thurlow y otros empecinados opuestos a todo trato con los rebeldes. Aunque North se devanaba los sesos pensando en los términos que pudieran ofrecerse —no tan mortificantes que el Parlamento los rechazara y, sin embargo, lo bastante atractivos para ser aceptados por los norteamericanos—, por medio del servicio secreto se supo de la firma de la alianza entre Francia y los Estados Unidos.

Diez días después, North presentó al Parlamento un conjunto de propuestas para la comisión de paz, haciendo concesiones tan extensas que si se hubieran hecho antes se habría podido evitar la guerra. Eran virtualmente las mismas de la ley de asentamiento de Chatham que el Parlamento había rechazado el año anterior. Renunciaban al derecho de fijar impuestos, aceptaban tratar con el Congreso como cuerpo constitucional, suspender las Leyes Coactivas, la Ley del Té y otras medidas objetables aprobadas desde 1763, discutir sobre la admisión de representantes norteamericanos en la Cámara de los Comunes y nombrar unos comisionados de paz con plenas facultades para «actuar, discutir y concluir cualquier punto[544]», No concedían, como Chatham tampoco había concedido, la independencia ni el control del comercio. La intención era recuperar las colonias, no perderlas.

Un «pleno silencio melancólico» reinó en la Cámara, tras oír la larga explicación de North, que duró dos horas[545]. Él pareció haber abandonado los principios que el gobierno había estado sosteniendo durante diez años. «Semejante manojo de imbecilidades nunca desgració a una nación», comentó acerbamente el doctor Johnson[546]. Sus amigos quedaron confundidos, sus adversarios vacilaron y Walpole, como coro griego, hizo el comentario. Llamó a aquél día «ignominioso» para el gobierno y un reconocimiento de que «la oposición había tenido razón de principio a fin». Pensó que las concesiones eran tales que los norteamericanos las aceptarían, «y sin embargo, amigo mío», escribió a Mann, «esta acomodaticia facilidad tuvo un defecto: llegó demasiado tarde», Ya se había firmado el tratado con Francia; en lugar de paz habría una guerra mayor. La Cámara se mostró dispuesta a aprobar el plan «con una rapidez que no servirá para alcanzar el tiempo pasado[547]». Tenía razón: los errores históricos a menudo son irrevocables.

Abandonar una política que está fracasando es, a menudo, más laudable que ignominioso, si el cambio es auténtico y se lleva adelante con un propósito. La comisión de paz era algo menos. North, siempre amable pero incierto, no tenía mano firme. Entre el torbellino de los debates y la ira de los empecinados de su gabinete, North vaciló, modificó términos, retiró los poderes discrecionales a los comisionado y prometió que no se hablaría de independencia; a los norteamericanos habría que tratarlos «como súbditos, o absolutamente nada». Fijó doce meses, a partir de junio (estaban en marzo), como tiempo límite para la misión, lo que no parecía mostrar gran prisa. En realidad, la fortuna de la guerra era lo bastante cambiante y la situación norteamericana lo bastante incierta para permitir que el rey y los demás empecinados se convencieran de que aún podían prevalecer.

Muchos sospecharon, como dijo John Wilkes (que por fin había pasado a ocupar un escaño en el Parlamento), que el único propósito de la comisión de paz era «mantener en paz las ideas de la gente… no recuperar las colonias». Se necesitaba cierto alarde para evitar que los partidarios del gobierno se dispersaran. La caída de los Bedford pareció posible, y habría sido forzosa si la acción política de la oposición hubiera sido tan enérgica como sus palabras. En el debate eran soberbios, y en la realidad, eran débiles, por estar incurablemente divididos ante el asunto de la independencia. Chatham, seguido por Shelburne y otros, permanecía inalterablemente opuesto al desmembramiento del Imperio que él había llevado al triunfo en la Guerra de Siete Años. Rockingham y Richmond habían llegado a creer que las colonias se habían perdido para siempre y que lo único que quedaba era reconocer su independencia «instantánea y públicamente» para apartar de Francia sus simpatías, y concentrar todas sus fuerzas contra el principal adversario[548].

El 7 de abril de 1778, Richmond pronunció un discurso de gran pasión y urgencia, pidiendo al rey despedir al gabinete actual, retirar las tropas de las colonias, reconocer su independencia y negociar para «recuperar su amistad de corazón, si no su lealtad».

Chatham habría debido estar de acuerdo porque la concentración contra Francia siempre había sido su objeto y porque era obvio que la Declaración de Independencia y los Artículos de Confederación de las colonias no podrían ser anulados salvo por una derrota militar, que el propio Chatham había declarado imposible. Y, sin embargo, la indignación personal superó a la lógica, el desmembramiento del Imperio era intolerable para él. Informado por Richmond de que él iba a plantear el reconocimiento de la independencia, Chatham reunió sus menguantes fuerzas, se invistió de todos los restos de su antigua autoridad en una triste ofensiva contra su propio bando y contra la historia.

Sostenido por su hijo de diecinueve años, que pronto haría que el nombre de William Pitt volviese a ser el terror de Europa, y por uno de sus yernos, se dirigió cojeando a su escaño, como siempre, solemnemente vestido, con las piernas envueltas en franela. Bajo una enorme peluca, la mirada penetrante aún brotaba de

unos ojos hundidos en un rostro desencajado. Al terminar de hablar el duque de Richmond, Chatham se levantó, pero su voz fue al principio inaudible, y cuando se pudieron percibir las palabras, fueron confusas. Habló de «ignominiosa rendición», de los derechos y las más bellas posesiones de la nación y de «caer postrados ante la Casa de Borbón[549]». Luego se extravió, repitió frases, musitó algo entre dientes mientras, a su alrededor, los pares del reino, por piedad o por respeto, guardaban un silencio embarazoso, tan profundo que parecía tangible. Richmond respondió cortésmente. Implacable, Chatham volvió a levantarse, abrió la boca sin proferir sonido, se llevó una mano al pecho, y se desplomó al suelo. Llevado a una residencia cercana, Se recuperó lo bastante para ser conducido a su casa de campo en Hayes, donde en las tres siguientes semanas fue hundiéndose lentamente en la muerte. Al fin, pidió a su hijo que le leyera de la *Ilíada*, acerca de la muerte de Héctor.

El país, olvidando la decadencia y las fallas del gran estadista, sintió una ominosa pérdida. El Parlamento votó, en forma unánime, por un funeral oficial y entierro en la abadía de Westminster. «Ha muerto», escribió el autor desconocido de las *Letters of Junius*, olvidando por una vez su habitual acrimonia, «y con él han muerto el sentido y el honor y el carácter y el entendimiento de la nación[550]». El doctor Addington pensó que su muerte era una merced de la Providencia, «para que no fuese espectador de la ruina total de un país que no le habían permitido salvar[551]».

Resulta asombroso ver cuán a menudo la perspectiva de perder las colonias de Norteamérica inspiró predicciones de ruina, y cuán erróneas fueron, pues la Gran Bretaña sobreviviría a esta pérdida bastante bien y procedería a dominar el mundo y a su apogeo como potencia imperial en el siglo siguiente, «Ya no seremos un pueblo poderoso o respetable», declaró Shelburne, si se reconocía la independencia norteamericana. Ese día «se puso el Sol de la Gran Bretaña[552]». Richmond previó la alianza franco-norteamericana como «medida que será nuestra ruina[553]». Walpole regó sus cartas con sombríos pronósticos, diciendo «de cualquier manera que termine esta guerra, será fatal para nuestro país», o, poco antes del fin, previó siniestras consecuencias de la derrota: «Quedaremos reducidos a una islita miserable, y de un poderoso Imperio nos hundiremos en la insignificancia de un país como Dinamarca o Cerdeña[554]». Desaparecidos su, comercio y su marina, la Gran Bretaña perdería las Indias Orientales, y «entonces Francia nos dictará nuestro deber más imperiosamente de lo que lo hicimos con Irlanda».

Estas sombrías expectativas procedían de dos suposiciones de la época: que el comercio con las colonias era esencial para la prosperidad de la Gran Bretaña, y que las monarquías borbónicas de Francia y de España constituían una peligrosa amenaza. Aunque sólo faltaran once años para la Revolución Francesa, ésta aún era inimaginable; antes bien, los ingleses se consideraban en una etapa de decadencia. Quejándose de la apatía pública en una carta a Rockingham, Burke escribió que sin un gran cambio del carácter y los jefes nacionales, la nación se deslizaría «desde el más alto punto de grandeza y prosperidad hasta el más bajo estado de imbecilidad y

bajeza… Estoy seguro de que si no se toman grandes e inmediatos trabajos para prevenirlo, tal será el destino de este país[555]». Puesto que ningún esfuerzo consciente puede contener una decadencia nacional, si en realidad está ocurriendo, Burke en este caso estaba diciendo insensateces, lo que, dada su enorme producción de palabras, frecuentemente hacía.

En mayo, la muerte de Chatham abrió una oportunidad a Rockingham para afirmar su autoridad, unir facciones, ganarse partidarios del gobierno que estaban dudando de la guerra y de sus gastos. El rey había dicho que eran necesarios algunos cambios, y ésta fue la oportunidad de Rockingham de presionar, pidiendo un cargo, con una política de poner fin a las hostilidades y reconocer la independencia inevitable de las colonias. Fox trató de persuadir de ello al vacilante marqués, sugiriendo que propusiera un parcial remplazo de ministerios al rey para no escandalizarlo y conservar su apoyo. Rehusar un cargo, si se ofrecía, «de una manera congruente con su honor privado», dijo Fox, «era irreconciliable con el deber de un hombre público[556]». También Burke trató de tocar el tema de la responsabilidad congruente, pero, tanto en Rockingham como en Richmond, aunque vieran las cosas claramente y percibieran los remedios, el sentido del deber cívico tendía a desvanecerse cuando la perspectiva era deprimente o desagradables las necesidades políticas. Los partidarios de Rockingham no estaban dispuestos, y sus propios principios y condiciones para aceptar cargos le impidieron obtenerlos. La oposición «tiene que estar inerte», escribió Walpole[557]. La oportunidad se perdió y los ministros del rey, «aunque despreciados por doquier y por todo el mundo», según Fox, «seguirán siendo ministros[558]».

Fue debidamente nombrada una comisión de paz, encabezada por Frederick Howard, quinto conde de Carlisle, joven elegante y rico, propietario del espléndido castillo Howard y, por los demás, conocido tan sólo como yerno de lord Gower. Le ayudarían dos hombres tenaces y más experimentados: el exgobernador Johnstone, que simpatizaba con la oposición, y William Eden, consumado político y subsecretario, encargado de la información secreta en la guerra, exsecretario de la Junta de Comercio, excondiscípulo de Carlisle y amigo de Wedderburn, Germain y North[559]. Los procedimientos combinados de este grupo y del gobierno que los envió confirman la impresión de que una locura generalizada y peculiar estaba dominando los acontecimientos.

Cuando los comisionados, al llegar a Filadelfia, pidieron que se celebrara una conferencia con representantes del Congreso Continental, se les dijo que las únicas condiciones que estaban a discusión eran el retiro de las fuerzas británicas y el reconocimiento de la independencia de las colonias. El gobernador Johnstone intentó entonces sobornar a dos importantes figuras del Congreso, Joseph Reed y Robert Morris, para que persuadieran al Congreso a aceptar las condiciones británicas de negociación. Este insulto, al ser revelado, aumentó el disgusto de los norteamericanos

hacia el gobierno británico, creando un escándalo que hizo que Johnstone renunciara a la comisión. Mientras tanto, sin informar a los comisionados, Germain había emitido unas órdenes secretas a *sir* Henry Clinton, sucesor de Howe, para enviar ocho mil hombres para fortalecer las Indias Occidentales contra Francia, reduciendo así sus fuerzas en Filadelfia, de catorce mil a seis mil hombres, haciendo que la ciudad ya no fuera defendible y, por tanto, le obligaba a evacuarla.

Carlisle, obligado a ir a Nueva York, se enfureció por esta situación embarazosa, al no haber sido informado de antemano de las intenciones de Germain. Lo único que podía hacer llegar a un acuerdo a los norteamericanos era la perspectiva de una vigorosa acción militar si se negaban, y retirada ahora esta sanción, se encontraba en el papel de tigre sin dientes. Su hijita Caroline, escribió él en privado, podría haber dicho al gobierno que en tales condiciones la Comisión de Paz era una farsa[560]. Escribiría después: «Nuestras ofertas de paz tenían demasiado la apariencia de ruegos de piedad de un Estado vencido y exhausto[561]». Tal no sería el último ejemplo de la peculiar locura de retirar fuerzas mientras se trataba de hacer que el enemigo aceptara condiciones. En una de las ironías maliciosas de la historia, los Estados Unidos que nacieron de esta locura la repitieron contra un enemigo doscientos años después, y con los mismos resultados.

Carlisle y sus colegas pusieron a su misión tan buena cara como pudieron, indicando que las causas de la guerra ya habían desaparecido: la tarifa del té y las otras leyes punitivas habían sido derogadas, se había declarado una «exención de todo impuesto por el Parlamento de la Gran Bretaña», estaba abierta a discusión la representación en el Parlamento y el propio Congreso había sido reconocido como cuerpo legítimo. Sin embargo, sin un reconocimiento de la independencia, el Congreso sostuvo su negativa a tratar o siquiera a conferenciar. En último recurso, los comisionados apelaron a las colonias, pasando por encima del Congreso, rogándoles tratar separadamente, en la creencia de que la mayoría de los norteamericanos realmente deseaban volver a su antigua lealtad. Emitieron una proclama pública, el 3 de octubre de 1778, la cual, después de reiterar la supresión de las quejas originales y prometer perdón por todas las traiciones cometidas antes de tal fecha, trataba de reanimar la amenaza de una acción punitiva: pues, cuando un país «se hipoteca junto con sus recursos a nuestros enemigos… la Gran Bretaña puede, por todos los medios que estén a su alcance, destruir o inutilizar una conexión trazada para su ruina[562]».

La verdadera intención oculta tras esta amenaza fue expresada por Carlisle en la primera redacción de la proclama[563], proponiendo que como resultado de la «malicia y perfidia» de las colonias al entrar en tratos con Francia y su obstinación perseverando en la rebelión, la Gran Bretaña no tenía más remedio que emplear la «extremidad de la desgracia… por un programa de devastación universal», y aplicar «este terrible sistema» en el mayor grado al que sus ejércitos y su flota pudieran llegar. Él creía que este argumento «tendrá *efecto*», pero evidentemente le recomendaron moderar su lenguaje. Para que la proclama fuese conocida, se enviaron

copias de ella a todos los miembros del Congreso Continental, a George Washington y a todos los generales, a todos los gobernadores y asambleas de provincia, a los ministros del Evangelio y a los comandantes de las fuerzas británicas y los campos de prisioneros.

Como cada colonia ya había sufrido el pillaje deliberado y la destrucción de hogares y propiedades, a manos de británicos y hessianos, el incendio de aldeas y la ruina de granjas, campos y bosques, la amenaza de una fuerza debilitada no produjo gran terror. Antes bien, el Congreso recomendó a las autoridades de los estados que se publicara el texto británico en las gacetas locales «para convencer más plenamente al buen pueblo de estos estados de los designios insidiosos de los comisionados[564]». No habiendo logrado nada en seis meses, fuese por designio o por errores, la Comisión de Paz retornó a su patria en noviembre.

Es posible que la misión realmente se hubiera propuesto fracasar. Y sin embargo, Eden escribió a su hermano que, si «mis deseos y cuidados» pudieran lograrlo, «este noble país… pronto volvería a pertenecer a la Gran Bretaña». Lamento «de corazón que nuestros gobernantes en lugar de hacer el Viaje por Europa no terminaran su educación en torno de la costa y los ríos del Lado Occidental del Atlántico[565]». En privado escribió a Wedderburn, haciendo la asombrosa confesión de que «es imposible ver lo que yo puedo ver de este Magnífico País y no volverse casi loco ante la larga Serie de Errores y Aberraciones por las cuales lo hemos perdido[566]».

Tal es una carta reveladora. He aquí a un miembro de los círculos internos del gobierno, reconociendo no sólo que las colonias ya estaban perdidas, sino que los errores de su gobierno las habían perdido. La confesión de Eden revela el lado trágico de la locura: que sus perpetradores a veces comprenden aquello en que se han metido, pero no pueden ya romper la pauta. La guerra inútil continuaría, al costo de más vidas, devastación y un odio cada vez más profundo, durante cuatro años. A lo largo de estos años, Jorge III simplemente no pudo concebir que estuviese contemplando la derrota. Aunque el Parlamento y el público se hartaron cada vez más de la guerra, el rey persistió en su continuación, en parte porque creía que la pérdida del Imperio causaría vergüenza y ruina, y más aún porque no podía vivir con la idea de que sería *su* reinado el que para siempre llevaría el estigma de aquella pérdida.

Al persistir, el rey pudo consolarse con el hecho de que los norteamericanos a menudo se encontraban en dificultades. Sin fondos centrales, el Congreso no podía mantener bien pagados o abastecidos sus ejércitos, lo que significaba deserciones y otro invierno de privaciones, peor que el de Valley Forge, con las raciones a una octava parte de lo normal, y motines en más de una ocasión. Washington se veía víctima de cábalas políticas, traicionado por Benedict Arnold, desobedecido por el general Charles Lee, sometido a ataques dispersos pero enconados de los monarquistas y los grupos indios, decepcionado por la falla de su intento de combinarse con la flota francesa para recuperar Newport y por los triunfos ingleses en las Carolinas, incluyendo la toma de Charleston. Por otra parte, tenía ahora el

inmenso apoyo de las fuerzas francesas, navales y de tierra, que alteraron la balanza de la guerra, y se le habían unido el barón Von Steuben y otros profesionales europeos que convirtieron a los harapientos norteamericanos en formaciones disciplinadas. En 1779, el Congreso nombró a John Adams para negociar la paz sobre la base de la independencia y el total retiro británico, mas para el rey y los ministros de la línea dura esto seguía siendo impensable.

Los ingleses, con un primer ministro que detestaba su puesto y que sólo anhelaba verse liberado y no tener que ver nada más con la guerra, y con su ministro de Guerra, Germain, del que desconfiaba y que le era profundamente antipático, que aún estaba bajo una nube de investigaciones, no estaban bien equipados para ganar. Eran incapaces de formar una estrategia general para la guerra y sólo podían pensar en salvar algunas colonias para la Corona, tal vez en el sur, y en continuar una guerra de acoso y perturbación del comercio hasta que los colonos cedieran. Comandantes y ministros por igual, todos salvo el rey, sabían que esto era simple ilusión; que someter al país estaba más allá de sus fuerzas. Mientras tanto, los franceses habían aparecido en el Canal. Aunque lord Sandwich se había jactado de que tenía 35 navíos, con sus tripulaciones listas para la guerra, el almirante Keppel no descubría más que seis «listos, a ojo de un marino», y los muelles carentes de almacenes, cuando los franceses entraron en guerra. La batalla de Ushant, en junio de 1778, terminó sin vencedor, aunque los ingleses se animaron un poco, declarando que había sido suya la victoria.

Peor que la guerra eran los acontecimientos políticos en la Gran Bretaña. El movimiento por la reforma política, animado por la revuelta norteamericana, cundió por el país, con demandas de Parlamentos anuales, sufragio para todos los hombres, eliminación de los «burgos podridos», abolición de sinecuras y contratos concedidos a miembros del Parlamento. La elección de 1779 creó enconados sentimientos entre los partidos. Las mayorías del gobierno se redujeron. La protesta tuvo un clímax en la Petición de Yorkshire de febrero de 1780, que exigía un alto a las apropiaciones y pensiones hasta que se pusiesen en vigor las reformas[567]. Peticiones como la de Yorkshire inundaron Westminster, llegando de otros 28 condados y de muchas ciudades. Se formaron asociaciones permanentes de reforma. Al rey se le vio, como en los días de Bute, como promotor del absolutismo. La audaz resolución de Dunning sobre el poder de la Corona, de que «había aumentado, está aumentando y hay que disminuirla», fue aprobada por una estrecha mayoría entre muchos miembros campesinos[568]. En junio, como respuesta a la derogación de ciertas leyes penales contra los católicos y contra la terrible agitación de lord George Gordon, las chusmas se reunieron y estalló un terrible motín A los gritos de «¡Nada de papismo!» y exigencias de derogación de la Ley de Quebec, atacaron a los ministros, les arrancaron las pelucas, saquearon sus casas, incendiaron capillas católicas, tomaron por asalto el Banco de Inglaterra y durante tres días mantuvieron aterrorizada a la ciudad hasta que las tropas pudieron dominarlas.

La impopularidad del gobierno y de la guerra creció con estos acontecimientos, mientras otros disturbios se preparaban. España declaró la guerra a la Gran Bretaña, Holanda estaba ayudando a los rebeldes, Rusia disputaba el bloqueo británico de las colonias, y la propia guerra en Norteamérica se prolongaba vanamente.

En mayo de 1781, lord Cornwallis, comandante en el sur, se lanzó a consolidar su frente abandonando Carolina del Sur para irse a Virginia, donde estableció una base en Yorktown, en la costa, a la entrada de la bahía de Chesapeake. Desde allí podía mantener contacto por mar con las fuerzas de Clinton en Nueva York. Reforzado por otras tropas británicas del área, sus hombres sumaban ahora 7500. A Washington, acantonado por entonces junto al Hudson, se le unió el conde de Rochambeau, con tropas francesas llegadas de Rhode Island, para un ataque planeado a Nueva York. En aquel momento, una comunicación del almirante De Grasse en las Indias Occidentales les informó que se hacía a la vela con tres mil soldados franceses rumbo a la bahía de Chesapeake y que podían llegar allí a finales de agosto. Washington y Rochambeau dieron vuelta y marcharon sobre Virginia, a donde llegaron a principios de septiembre, bloqueando a Cornwallis por tierra.

Mientras tanto, una flota británica se encontró con De Grasse, y hubo una acción frente a la bahía de Chesapeake, y tras ciertos daños mutuos, volvió a Nueva York a hacer reparaciones, dejando a los franceses dominar las aguas frente a Yorktown. Cornwallis estaba bloqueado ahora por mar y tierra. Un desesperado esfuerzo por abrirse paso en botes de remo a través del río York fue frustrado por una tormenta. Su única esperanza era el retorno de la flota británica, que le llevara ayuda de Nueva York. La flota no llegó. El ejército aliado, de unos nueve mil norteamericanos y cerca de ocho mil franceses, avanzó contra los casacas rojas de Yorktown. Cornwallis, aguardando rescate, fue acortando progresivamente sus líneas, mientras los sitiadores avanzaban. Después de tres semanas, la situación de los ingleses se volvió desesperada. El 17 de octubre de 1781, cuatro años exactamente después de Saratoga, Cornwallis parlamentó antes de rendirse y dos días después, en una ceremonia histórica, su ejército depuso las armas mientras una banda tocaba, como todos lo saben, una melodía llamada «The World Turned Upside Down». La flota que transportaba las fuerzas de Clinton desde Nueva York llegó cinco días después, cuando era demasiado tarde.

«¡Oh Dios, todo ha terminado!», gritó lord North cuando le llegó la noticia el 25 de noviembre. Sin duda, fue un grito de alivio. No todos comprendieron, a la vez, que todo había pasado, pero el cansancio de una lucha en que siempre habían llevado la peor parte y la demanda de ponerle fin empezó a abrirse paso en el propio rey. Una lluvia de mociones de la oposición, para poner fin a las hostilidades, fue ganando votos lentamente cuando los caballeros campesinos, temerosos de más y más impuestos, abandonaron al gobierno. En diciembre, una moción contra la guerra obtuvo 178 votos. En febrero de 1782, el independiente general Conway puso fin a la cuestión. Así como había sido el primero, por la época de la Ley Postal, en prever las

«fatales consecuencias» que acecharían al gobierno por el camino que había tomado, así también le tocó ahora avisar de su fin. Propuso «Que la guerra en el continente de Norteamérica ya no sea proseguida con el impracticable propósito de reducir a la obediencia a los habitantes de aquel país». En un discurso de apoyo, tan elocuente y eficaz como cualquiera que en la Cámara se recordara, despertó en sus miembros tal fervor que logró llevarlos a una mayoría de un voto: la cuenta fue de 194 contra 193. La oposición, por fin unida olfateando los futuros cargos, se lanzó contra la mínima mayoría del gobierno. Los votos de censura se sucedieron, pero tras el escándalo producido por la moción de Conway, el gobierno se recuperó apenas lo necesario para sostenerse[569].

Cuando lord North, al que el rey mantenía en el cargo, pidió al Parlamento otro gran préstamo de guerra, la Cámara finalmente vaciló, la mayoría del gobierno se desintegró y el rey, consternado, redactó (aunque no llegó a enviarlo) un mensaje de abdicación. En él decía que el cambio de sentimiento en la Cámara de los Comunes le incapacitaba de conducir eficazmente la guerra y de hacer una paz que no fuese destructiva «para el comercio así como para los derechos esenciales de la nación británica[570]». Al mismo tiempo, expresó su fidelidad a la Constitución, pasando por alto el hecho de que, a menos que abdicara, la Constitución le obligaba a obedecer la opinión del Parlamento.

En marzo se derrumbó el precario predominio del gobierno. Un proyecto de ley que autorizaba a la Corona a hacer la paz fue aprobado el 4 de marzo, sin división. El 8 de marzo, el gobierno, apenas por diez votos, sobrevivió a un voto de censura. El 15 de marzo, ante una moción de expresar falta de confianza en unos ministros que habían gastado cien millones de libras para perder trece colonias, el margen se redujo a nueve. Se dio noticia de que se presentarían otras dos mociones de «no confianza». Antes, lord North por fin había informado al rey, resuelta y definitivamente, que renunciaría, y el 20 de marzo, antes de otra prueba de confianza, presentó su renuncia y la de su gabinete. El 27 de marzo tomó posesión un nuevo gobierno encabezado por Rockingham, con Shelburne y Fox como secretarios de Estado, Camden, Richmond, Grafton, Dunning y el almirante Keppel en otros puestos, el general Conway como comandante en jefe, y Burke y Barré como pagadores del ejército y de la armada, respectivamente.

Aun teniendo en el poder a tales partidarios de Norteamérica —como lo habían sido estando en la oposición—, el reconocimiento dado por Inglaterra a la independencia de sus antiguas colonias fue muy poco elegante. No fue nombrado ningún ministro, par o siquiera miembro del Parlamento o subsecretario para encabezar las negociaciones de paz. El único enviado a inaugurar conversaciones preliminares con Franklin en París fue un próspero mercader y contratista del ejército británico llamado Richard Oswald[571]. Amigo de Adam Smith, que lo recomendó a Shelburne, sin el apoyo de una delegación oficial seguiría siendo el único negociador.

Rockingham falleció súbitamente en julio de 1782, y fue sucedido como primer

ministro por Shelburne, quien no se atrevió a reconocer irrevocable y explícitamente la independencia. Pensó ahora en una federación, pero era demasiado tarde para una política que la Gran Bretaña habría podido emplear antes. Los norteamericanos insistieron en que su condición de independientes; era *sine qua non*, y que sería reconocida en el preámbulo, y así ocurriría. Con cierta reticencia, se iniciaron en septiembre las negociaciones con Franklin, Adams, Laurens y John Jay, y el Tratado de París fue concluido en noviembre, para entrar en vigor en enero de 1783. El comentario final del rey no fue más elegante. Escribió a lord Shelburne diciendo que se sentía menos desventurado acerca del «desmembramiento de América, separándose de este Imperio», sabedor de que «la canallada parece ser el rasgo característico de sus habitantes hasta tal punto que a la postre no será un mal que se vuelvan ajenos a este reino[572]».

En suma, las locuras de la Gran Bretaña no fueron tan perversas como las de los papas. Los ministros no fueron sordos al creciente descontento, porque no tuvieron oportunidad de serlo; expresado por sus pares, resonó en sus oídos en cada debate y se les manifestó rudamente, en las acciones de chusmas y en motines. Ellos no respondieron, por virtud de su mayoría en el Parlamento; pero se preocuparon por la pérdida, se esforzaron y gastaron por evitarla y no pudieron disfrutar de las ilusiones de invulnerabilidad de los papas. Tampoco fue su pecado capital la avaricia privada, aunque estuvieron tan expuestos como casi todos los hombres a los aguijones de la ambición. Acostumbrados a la riqueza, las propiedades y los privilegios, muchos de ellos desde la cuna, no fueron impulsados por un afán de lucro que llegara a ser una obsesión fundamental.

Dada la intención de conservar la soberanía, la insistencia en el derecho de fijar impuestos fue justificable *per se*; pero fue la insistencia en un derecho «que sabéis que no se puede ejercer», y ante la evidencia de que el intento sería fatal para la lealtad voluntaria de las colonias, eso fue simple locura. Además, faltó más método que motivación. La aplicación de la política fue volviéndose cada vez más inepta, ineficaz y profundamente provocativa. A la postre, todo acabó en mera actitud.

La actitud fue un sentido de superioridad tan denso que resultó impenetrable. Un sentimiento de esta índole conduce a la ignorancia del mundo y de los demás, porque suprime la curiosidad. Los gabinetes de Grenville, Rockingham, Chatham-Grafton y North pasaron por todo un decenio de creciente conflicto con las colonias sin que ninguno de ellos enviase un representante, mucho menos un ministro, al otro lado del Atlántico para conocer, discutir, descubrir lo que estaba estropeando y hasta comprometiendo la relación y cómo se le podía hacer frente. No estaban interesados en los norteamericanos porque los consideraban como chusma o, en el mejor de los casos, como niños a quienes era inconcebible tratar como iguales, o hasta luchar con ellos. En todos sus comunicados, los ingleses no se decidieron a referirse al comandante en jefe adversario como «el general», sino sólo como «el señor»

Washington. En su caprichosa lamentación de que «nuestros gobernantes» no hubiesen recorrido Norteamérica en lugar de Europa para terminar su educación, William Eden estaba suponiendo que una visión de la magnificencia del país les habría causado más deseos de retenerlo, pero nada sugiere que ello hubiese mejorado las relaciones con el pueblo.

Los norteamericanos eran los colonizadores de un territorio considerado tan esencial que su pérdida sería la ruina, pero la muralla de la superioridad inglesa impidió el conocimiento y promovió una fatal subestimación. Al resentirla en las negociaciones de paz, escribió John Adams: «El orgullo y la vanidad de tal nación es una enfermedad; es un delirio; ha sido halagado e inflamado tanto tiempo por ellos mismos y por otros que lo pervierte todo[573]».

La incapacidad para el gobierno, aunque locura involuntaria, fue una locura del sistema, peculiarmente vulnerable a la falta de una cabeza eficaz. En su época más dinámica, Pitt había logrado el triunfo de Inglaterra en la Guerra de Siete Años, y su hijo mantendría las riendas eficazmente contra Napoleón. En el ínterin, un gobierno inerte se arrastró cometiendo toda clase de errores. Duques y nobles lores en el reinado de Jorge III no aceptaron bien la responsabilidad oficial. Grafton, en su renuencia, sentido de incapacidad y asistencias una vez a la semana, Townshend en su brutalidad, Hillsborough en su arrogante tozudez, Sandwich, Northington, Weymouth y otros en sus apuestas y francachelas. Germain en su arrogante incapacidad, Richmond y Rockingham en su alejamiento y devoción a las aficiones de sus casas de campo, el pobre lord North en su intenso desagrado de su empleo, hicieron un caso de una situación que habría sido difícil hasta para los más sabios. Es inevitable la impresión de que el nivel de inteligencia y competencia británicas en los puestos civiles y militares del periodo 1763-1783, era, en general, aunque no en cada caso, sumamente bajo. Si esto fue mala fortuna o se debió al dominio casi exclusivo de los ultraprivilegiados en cargos de poder, no es algo muy claro. Los subprivilegiados y la clase media a menudo no lo hacen mejor. Lo claro es que cuando a la incapacidad va unida la complacencia en sí mismo, el resultado es la peor combinación posible.

Por último, estuvo la «terrible carga» de la dignidad y el honor; de atribuir falsos valores a éstos y confundirlos con el interés egoísta; de sacrificar lo posible en aras del principio, cuando el principio representa «un derecho que sabéis que no se puede ejercer». Si lord Chesterfield pudo observar esto en 1765 y Burke y otros repetidas veces abogaron por la conveniencia, en vez de por la falsa muestra de autoridad, la negativa del gobierno a ver por sí mismo tiene que ser considerada como locura. Persistieron en primero perseguir y después combatir por un objetivo que seria dañino ganaran o perdieran. El propio interés aconsejaba retener las colonias con toda buena voluntad, y si esto era considerado como la clave de la prosperidad británica y, sin embargo, incompatible con la supremacía legislativa, entonces ésta se tendría que

dejar de ejercer, como tantos lo recomendaban. La conciliación, dijo una vez Rockingham, podría lograrse mediante «un consenso tácito», y mucho que permaneciera «sin comprobar[574]».

Aunque la guerra y la humillación envenenaron las relaciones anglonorteamericanas durante largo tiempo, la Gran Bretaña aprendió por la experiencia. Cincuenta años después, tras un periodo de difíciles relaciones con el Canadá, la condición de Comunidad británica empezó a surgir del Informe Durham, que resultó del reconocimiento, por Inglaterra, de que cualquier otro curso conduciría a una repetición de la rebelión norteamericana. La pregunta obsesiva que queda en el aire es si los ministros de Jorge III hubieran sido distintos de lo que fueron, se habría alcanzado alguna otra categoría o forma de unión entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos y, en tal caso, si ello habría creado el predominio de una potencia transatlántica que hubiese disuadido a los demás de todo desafío y tal vez evitado la Gran Guerra de 1914-1918 y sus interminables consecuencias.

Se ha dicho que si los protagonistas de Hamlet y Otelo se invirtieran, no habría tragedia: Hamlet no habría tardado en descubrir las intenciones de Yago, y Otelo no habría vacilado en matar al Rey Claudio[575]. Si los actores británicos, antes y después de 1775, hubiesen sido distintos de lo que fueron, habría habido estadistas, no víctimas de la locura, con una secuela de consecuencias distintas que llegaría hasta la actualidad. Lo hipotético tiene cierto encanto, pero la realidad del gobierno es la que hace historia.

V. LOS ESTADOS UNIDOS SE TRAICIONAN EN VIETNAM

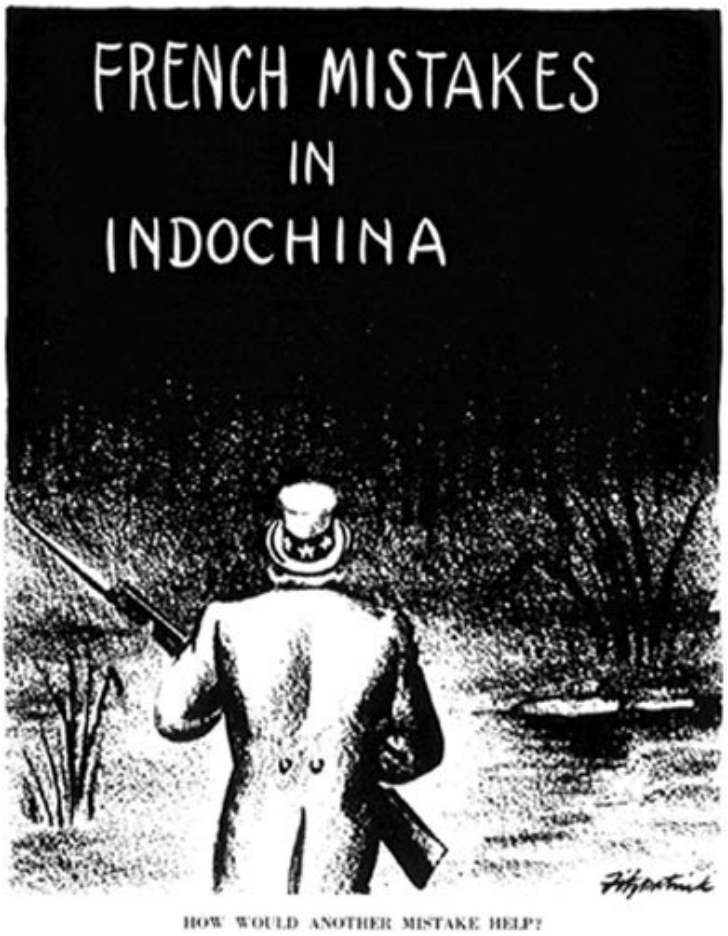
1. En embrión: 1945-1946

La ignorancia no fue un factor en la empresa norteamericana en Vietnam, proseguida a lo largo de cinco sucesivas presidencias, aunque sí llegaría a convertirse en excusa. Tal vez hubiera ignorancia del país y de su cultura, pero no ignorancia de las contraindicaciones y hasta de las barreras que se oponían a alcanzar los objetivos de la política norteamericana. Todas las condiciones y las razones que hacían imposible un buen resultado fueron reconocidas o previstas en uno u otro momento durante los treinta años de participación. La intervención norteamericana no fue un avance que fue hundiéndose, poco a poco, en un pantano inesperado. En ningún momento estuvieron los políticos en el desconocimiento de los azares, los obstáculos y los acontecimientos negativos. La información norteamericana fue adecuada, y llegó continuamente del teatro de los hechos a la capital; se enviaron, repetidas veces, misiones especiales de investigación, y nunca faltaron reportajes independientes para contraequilibrar al optimismo profesional, cuando éste prevaleció. La locura no consistió en buscar un objetivo ignorando los obstáculos, sino en la persistencia en la empresa, pese a que se acumulaban las pruebas de que el objetivo era inalcanzable y a que el efecto era desproporcionado a los intereses norteamericanos y, a la postre, nocivos para la sociedad, la reputación y el poder de los Estados Unidos en el mundo.

La pregunta que se plantea es: ¿Por qué cerraron los ojos los políticos ante la evidencia y sus implicaciones? Éste es el síntoma clásico de la locura: el negarse a sacar conclusiones de la evidencia, y la adicción a lo contraproducente. El «porque» de esta negativa y de esta adicción podrá revelarse si volvemos a narrar el relato de la política norteamericana en Vietnam.

El comienzo estuvo en la inversión, ocurrida durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, de la previa determinación del presidente Roosevelt de no permitir (ciertamente, no ayudar a) la restauración del gobierno colonial francés en Indochina. El motivo de la inversión fue la creencia —en respuesta a estridentes demandas francesas y al orgullo francés herido, resultante de la ocupación alemana— de que era esencial fortalecer a Francia como pivote en la Europa Occidental contra la expansión soviética que, al acercarse la victoria, se habría convertido en la preocupación dominante en Washington. Hasta entonces, la repugnancia que Roosevelt sentía hacia el colonialismo, y su intención de eliminarlo en Asia habían sido firmes (y causa de disputas graves con la Gran Bretaña). Roosevelt creía que el mal gobierno de Indochina por los franceses representaba el colonialismo en su peor aspecto. Indochina «no debe volver a Francia», dijo a Cordell Hull, secretario de Estado, en enero de 1943; «el caso es perfectamente claro. Francia ha tenido este país —con treinta millones de habitantes— durante casi cien años, y hoy el pueblo está

peor que como estaba al principio. Tienen derecho a algo mejor que eso[576]».



Errores franceses en Indochina (¿Como ayudaría otro error?). Caricatura de Fitzpatrick, 8 de junio de 1954.

«¿Qué es tan gracioso, Monsieur? Sólo estoy tratando de encontrar mi camino». Caricatura de Mauldin, 25 de noviembre de 1964.

El presidente «ha sido más explícito sobre el tema», informó Churchill a Anthony Eden, «que sobre ningún otro asunto colonial, y me imagino que uno de sus principales objetivos de guerra es liberar de Francia a Indochina[577]» Y así era. En la Conferencia del Cairo en 1943, los planes que el presidente tenía para Indochina motivaron unas grandes mayúsculas en el diario del general Stilwell: «¡NO VOLVER A FRANCIA!»[578]. Roosevelt propuso una administración fiduciaria «de 25 años o hasta que la hayamos puesto en pie, como las Filipinas». Esta idea alarmó a los ingleses y no provocó el menor interés en otra potencia que había gobernado Vietnam: China. «Le pregunté a Chiang Kai-shek si deseaba Indochina», contó Roosevelt al general Stilwell «y él me dijo, a quemarropa, "¡En ninguna circunstancia!". Precisamente así: ¡En ninguna circunstancia!»[579].

La posibilidad de un autogobierno no parece habérsele ocurrido a Roosevelt, aunque Vietnam —la nación que unía la Cochinchina, Anam y Tonkín— había sido, antes de la llegada de los franceses, un reino independiente con una larga devoción al autogobierno en sus muchas pugnas contra el dominio chino. Esta deficiencia del enfoque de Roosevelt al problema fue típica de la actitud prevaleciente en aquella

época sobre los pueblos sometidos. Cualquiera que fuese su historia, no se les consideraba «listos» para el autogobierno hasta que los hubiese preparado la tutela de Occidente.

Los ingleses se mostraron tercamente opuestos a la administración fiduciaria por considerarla «mal precedente» para su propia devolución de la India, de Birmania y Malasia, y Roosevelt no insistió. No tenía prisa en añadir otra controversia al problema de la India, que enfurecía a Churchill cada vez que el presidente lo tocaba. En adelante, con una Francia liberada, que resurgió en 1944, encabezada por el implacable Charles de Gaulle, que insistía en su «derecho» a la devolución, y con China eliminada por sus flaquezas, ya para entonces demasiado obvias, el presidente no supo qué hacer.

La administración fiduciaria internacional fue desplomándose lentamente, por causa de su impopularidad. A los asesores militares de Roosevelt les disgustaba porque sentían que podría llegar a poner en peligro la libertad de los Estados Unidos de controlar islas que habían sido japonesas, como bases navales. Los europeístas del Departamento de Estado, siempre francófilos, adoptaron absolutamente la premisa del ministro francés de Relaciones Exteriores, Georges Bidault, de que a menos que hubiese una «cordial cooperación con Francia», una Europa dominada por los soviéticos amenazaría la «civilización occidental[580]». La cooperación, en términos de los europeístas, significaba satisfacer las demandas de Francia. Por otra parte, sus colegas encargados de la política del Lejano Oriente (después llamada Sudeste de Asia) repetían que el objetivo de la política norteamericana debía ser la final independencia, tras alguna forma de gobierno interino que «enseñase» a los vietnamitas a «reanudar las responsabilidades del autogobierno[581]».

En la pugna de políticas, el futuro de los asiáticos no podía contrapesar la gran sombra soviética que se levantaba sobre Europa. En agosto de 1944, en la Conferencia de Dumbarton Oaks sobre la organización de la posguerra, la propuesta norteamericana para las colonias no mencionó siquiera una independencia futura y sólo ofreció una débil administración fiduciaria que se estableciera con el consentimiento «voluntario» de la antigua potencia colonial[582].

Ya Indochina empezaba a mostrar una renuencia a las soluciones que se haría más profunda en los treinta años siguientes. Durante la guerra, por acuerdo con los japoneses, conquistadores de Indochina, y con el gobierno de Vichy, la administración colonial francesa con sus fuerzas armadas y colonos civiles se había quedado en el país como gobernante delegado. Y cuando, de último momento, en marzo de 1945, los japoneses les quitaron todo poder, algunos grupos franceses se unieron a la resistencia de los aborígenes encabezados por el Viet-Minh, coalición de grupos nacionalistas (incluso comunistas) que habían estado agitando en favor de la independencia desde 1939 y dirigiendo la resistencia contra los japoneses. El SEAC (Comando del Sudeste de Asia), controlado por los ingleses, estableció contacto con ellos, pidiendo su colaboración. Como ahora cualquier ayuda a los grupos de

resistencia inevitablemente favorecería el retorno de los franceses, Roosevelt no intervino; no deseaba verse «mezclado», liberando de los japoneses a Indochina, según dijo, irritado, a Hull en enero de 1945[583]. Rechazó una petición francesa de barcos norteamericanos para transportar tropas francesas e indochinas y negó ayuda a la resistencia; luego, dio marcha atrás, insistiendo en que toda ayuda debía limitarse a una acción contra los japoneses, y no ser estructurada como mejor conviniera a Francia[584].

Y, sin embargo, ¿quién debía intervenir una vez que se ganara la guerra contra el Japón? La experiencia tenida con China en el año anterior había sido decepcionante, mientras los franceses elevaban voces cada vez más agrias e imperativas. Atrapado entre la presión de sus aliados y su propio y profundo sentimiento de que Francia no debía «regresar», Roosevelt, agotado, cerca de su fin, trató de evitar toda declaración explícita, y de aplazar las decisiones.

En Yalta, en febrero de 1945, cuando todos los demás problemas aliados iban complicándose, al acercarse la victoria, la conferencia evitó el tema, dejándolo para la próxima conferencia de Organización de las Naciones Unidas, en San Francisco. Aún preocupado por el problema, Roosevelt discutió acerca de él con un asesor del Departamento de Estado, preparándose para la reunión de San Francisco. Aceptó entonces la sugerencia de que la propia Francia podría encargarse de la administración «con la condición de que la independencia sea la meta última». Cuando se le preguntó si aceptaría la condición de «dominio», dijo que no, «debe ser la independencia… y puede decir eso en el Departamento de Estado[585]». Un mes después, el 15 de abril de 1945, Roosevelt falleció.

Con el camino ahora despejado, el secretario de Estado, Stettinius, dijo a los franceses en San Francisco, diez días después de la muerte de Roosevelt, que los Estados Unidos no cuestionaban la soberanía francesa sobre Indochina[586]. Respondió así a un berrinche (cuidadosamente preparado) por De Gaulle, ante el embajador de los Estados Unidos en Paris, en que el general dijo que él tenía una fuerza expedicionaria dispuesta a embarcar hacia Indochina, y cuya partida estaba siendo bloqueada porque los norteamericanos no le prestaban transportes, y que «si ustedes están contra nosotros en Indochina» esto causaría «una terrible decepción» en Francia, que entonces podría derivar hacia la órbita soviética. «No queremos volvernos comunistas… pero espero que ustedes no nos empujen[587]». Este chantaje era primitivo, pero estaba bien calculado para lo que los europeístas, entre los diplomáticos norteamericanos, querían oír. En mayo, en San Francisco, el secretario de Estado en funciones, Joseph Grew, dinámico exembajador en Japón y sagaz veterano del Servicio Exterior, aseguró a Bidault, con notable aplomo, que «no hay ningún antecedente ni declaración oficial en el sentido de que este gobierno cuestione, ni siquiera por implicación, la soberanía francesa sobre esa zona[588]». Reconocimiento es cosa bastante distinta de no cuestionamiento. En manos de un experto, así es como se hace la política.

Roosevelt había tenido razón acerca del historial de los franceses en Indochina; era el que mostraba mayor explotación en Asia. El gobierno francés se había concentrado en promover la producción de los artículos —arroz, carbón, caucho, seda y ciertas especias y minerales— cuya exportación fuese más lucrativa, mientras manipulaba la economía del país como mercado para los productos franceses. Aquello daba una vida agradable y cómoda a unos 45 mil burócratas franceses, habitualmente los de talento mediocre, entre los cuales un estudio francés efectuado en 1910 descubrió a tres que podían hablar un vietnamita razonablemente aceptable[589]. Reclutaba como intérpretes e intermediarios a toda una burocracia de vietnamitas «leales» de la clase superior aborigen, concediendo empleos así como concesiones de tierra y becas para educación superior, especialmente a quienes se convertían al catolicismo. Había eliminado las tradicionales escuelas de aldea en favor de una educación al estilo francés que, por falta de profesores calificados, sólo llegaban, aproximadamente, a una quinta parte de la población en edad escolar y, según un escritor francés, dejaba a los vietnamitas «más ignorantes de lo que habían estado sus padres antes de la ocupación francesa[590]». Sus servicios públicos médicos y de salud apenas funcionaban, con un médico para 38 mil habitantes, en comparación con uno para tres mil en las Filipinas gobernadas por los Estados Unidos. Había sustituido el tradicional sistema judicial por un código legal francés, y había creado un Consejo Colonial en la Cochinchina, a cuya minoría de miembros vietnamitas se llamaba «representantes de la raza conquistada[591]». Ante todo, por medio del desarrollo de grandes plantaciones, propiedad de ciertas compañías, y las oportunidades de corrupción que se abrían a quienes colaboraran, había transformado a un campesinado terrateniente en unos aparceros sin tierra que eran más de cincuenta por ciento de la población en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

Los franceses llamaban la *mission civilisatrice* a su sistema colonial, lo que satisfacía su propia imagen, si no la realidad. No carecía de adversarios declarados entre la izquierda francesa; o entre los gobernadores y servidores civiles bien intencionados de la colonia que hacían esfuerzos de reforma de cuando en cuando, que los intereses creados del Imperio se encargaban de frustrar.

Protestas y levantamientos contra el gobierno francés empezaron desde el principio mismo. Un pueblo orgulloso de haberse sacudido un dominio chino que había durado cien años y de posteriores y más breves conquistas chinas, que frecuentemente se había rebelado, deponiendo a opresivas dinastías aborígenes y que aún celebrara a los héroes y revolucionarios y las tácticas guerrilleras que habían obtenido esos triunfos, no aceptó pasivamente un gobierno extranjero, mucho más ajeno a él que el de los chinos. Dos veces, durante el decenio de 1880 y luego en 1916, los propios emperadores vietnamitas habían fomentado revueltas, que fracasaron.

Aunque los colaboradores se enriquecían con mendrugos de la mesa de Francia, en otros latía la sangre, sintiendo el impulso nacionalista del siglo XX. Se formaron

sectas, partidos, sociedades secretas —nacionalistas, constitucionalistas, cuasirreligiosas— que agitaron, encabezaron manifestaciones y huelgas, fueron a parar a las cárceles francesas, se enfrentaron a la deportación y a los pelotones de fusilamiento. En 1919, en la Conferencia de Paz de Versalles. Ho Chi Minh trató de presentar una moción en favor de la independencia vietnamita, pero nadie le permitió siquiera hablar. Ingresó entonces en el Partido Comunista Indochino, organizado desde Moscú durante los veinte, como el partido chino, que gradualmente fue poniéndose a la cabeza del movimiento de independencia y que fomentó insurrecciones campesinas a comienzos de los treinta. Miles de campesinos fueron a parar a las cárceles, muchos fueron ejecutados y unos quinientos recibieron sentencias de cadena perpetua.

Los sobrevivientes, que aprovecharon una amnistía cuando un gobierno del Frente Popular subió al poder en Francia, reconstruyeron lentamente el movimiento y formaron la coalición del Viet-Minh en 1939. Cuando Francia se rindió a los nazis en 1940, el momento pareció propicio para reanudar las revueltas. También este movimiento fue ferozmente suprimido, pero su espíritu y objetivos renacieron en una nueva resistencia a los japoneses, en que los comunistas, encabezados por Ho Chi Minh, desempeñaron un papel más activo. Como en China, la invasión japonesa les dio una bandera nacionalista, y cuando el gobierno colonial francés dejó entrar, sin lucha, a los japoneses, los grupos de resistencia sintieron un gran desprecio y encontró nuevas oportunidades.

Durante la guerra, grupos norteamericanos clandestinos de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) operaron en Indochina, ayudando a la resistencia. Por medio de paracaídas aportaron armas y, en una ocasión, quinina y sulfas que salvaron la vida de Ho Chi Minh, tras un ataque de malaria y de disentería. Hablando con oficiales de la OSS, Ho dijo que conocía la historia de la lucha de los Estados Unidos por su propia independencia del yugo colonial, y que estaba seguro de que «los Estados Unidos ayudarían a derrocar a los franceses y a establecer un país independiente». Impresionado por el compromiso norteamericano con las Filipinas, dijo que creía que «los Estados Unidos estaban en favor de los gobiernos libres y populares por todo el mundo y que se oponían al colonialismo en todas sus formas[592]». Desde luego, ésta no era una charla desinteresada. Quería que su mensaje llegara mucho más lejos; necesitaba armas y ayuda para un gobierno que, según dijo, estaba «organizado y listo para hacerse cargo». Los oficiales de la OSS se mostraron favorables a él, pero su jefe de distrito en Indochina, el coronel Paul Halliwell, insistió en una política de «no prestar ayuda a individuos como Ho que eran conocidos comunistas y, por tanto, perturbadores[593]».

En Potsdam, en julio de 1945, inmediatamente antes de la derrota japonesa, la cuestión de quién debía hacerse cargo de Indochina y aceptar la rendición del Japón fue resuelta por una decisión secreta de los aliados de que la zona por debajo del paralelo 16 sería colocada bajo mando británico y al norte del paralelo 16 bajo el

mando chino. Como los ingleses estaban obviamente dedicados a la restauración colonial, esta decisión aseguraba el regreso de Francia. Los Estados Unidos aceptaron porque Roosevelt había muerto, porque el sentimiento norteamericano siempre se preocupa más por hacer regresar sus soldados a la patria que por echarse nuevos compromisos después de una guerra y porque, dado el debilitamiento de Europa, los Estados Unidos no querían entrar en pugna con sus aliados. Bajo la presión de la oferta francesa de un cuerpo de ejército de 62 mil hombres para el frente del Pacífico, al mando de un héroe de la liberación, el general Jacques Leclerc, los Jefes Conjuntos, en Potsdam, aceptaron en principio, sobre el entendimiento de que la fuerza estaría bajo mando norteamericano o británico en un área que después seria determinada, y que no habría transportes antes de la primavera de 1946[594]. No era ningún secreto que esa zona sería Indochina y que la misión sería su reconquista.

De este modo, la restauración francesa se deslizó dentro de la política norteamericana. Aunque el presidente Truman se propuso realizar los deseos de Roosevelt, él no tuvo un sentimiento de cruzada personal contra el colonialismo ni encontró directivas escritas que le dejara su predecesor. Además, estaba rodeado por jefes militares que, según el almirante Ernest J. King, jefe de Estado Mayor Naval, «de ningún modo están en favor de mantener fuera de Indochina a los franceses[595]». Antes bien, pensaban en un poder militar occidental que reemplazara a los japoneses.

La aceptación, por los Estados Unidos, se confirmó en agosto cuando el general De Gaulle descendió en Washington y fue informado por el presidente Truman, ahora totalmente adoctrinado en la amenaza de expansión soviética, de que «mi gobierno no ofrece ninguna oposición al regreso del ejército y la autoridad de Francia a Indochina[596]». De Gaulle se apresuró a anunciar esta declaración en una conferencia de prensa al día siguiente, añadiendo que «desde luego [Francia] también se propone introducir un nuevo régimen» de reforma política, «mas para nosotros la soberanía es cuestión importante[597]».

De Gaulle fue sumamente explícito. Había dicho a los Franceses-Libres, en su conferencia de Brazzaville en enero de 1944, que debían reconocer que la evolución política de las colonias había sido apresurada por la guerra y que Francia le haría frente en forma «noble y liberal» pero sin intención de renunciar a su soberanía. La Declaración de Brazzaville sobre política colonial declaraba que «los objetivos de la *mission civilisatrice*… excluyen toda idea de autonomía y toda posibilidad de desarrollo fuera del bloque del Imperio francés. Hay que excluir todo autogobierno en las colonias, aun en el futuro más distante[598]».

Una semana después de que los japoneses se rindieron en agosto de 1945, un congreso del Viet-Minh en Hanoi proclamó la República Democrática de Vietnam y, después de asumir el poder en Saigón, declaró su independencia, citando las primeras frases de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776. En un mensaje a las Naciones Unidas, transmitido por la OSS, Ho Chi Minh advirtió que si las Naciones Unidas no cumplían la promesa de su carta y no concedían la

independencia a Indochina, «seguiremos luchando hasta conseguirla[599]».

Un conmovedor mensaje a De Gaulle, enviado en nombre del último emperador, el flexible Bao Dai, quien primero sirvió a los franceses, luego a los japoneses y después amablemente abdicó en favor de la República Democrática, no fue menos profético: «Comprenderá mejor usted si puede ver lo que está ocurriendo aquí, si puede sentir este deseo de independencia que está en el corazón de todos los hombres y que ninguna fuerza humana puede ya contener. Aun si llega usted a restablecer aquí un gobierno francés, ya no será obedecido: cada aldea será un nido de resistencia, cada antiguo colaborador un enemigo, y sus funcionarios y colonos pedirán, por sí mismos, abandonar esta atmósfera que no podrán respirar[600]».

Aquélla fue otra profecía más que cayó en oídos sordos. De Gaulle, que recibió el mensaje estando en Washington, sin duda no lo transmitió a sus anfitriones norteamericanos, pero nada sugiere que, de haberlo hecho, ello habría tenido el menor efecto. Pocas semanas después, Washington informó a unos agentes norteamericanos en Hanoi que se estaban adoptando medidas para «facilitar la recuperación del poder por los franceses[601]».

La autodeclarada independencia duró menos de un mes. Transportados desde Ceilán, por C47 norteamericanos, un general inglés y tropas británicas, con unas cuantas unidades francesas, entraron en Saigón el 12 de septiembre, con el complemento de 1500 soldados franceses que llegaron en barcos de Francia dos días después. Mientras tanto, el grueso de dos divisiones francesas había partido de Marsella y de Madagascar a bordo de dos transportes norteamericanos en el primer acto de verdadera ayuda de los Estados Unidos[602]. Puesto que los embarques eran controlados por los jefes conjuntos y la decisión política ya se había tomado en Potsdam, el SEAC pudo pedir y recibir los transportes, entre los que había disponibles en el fondo común. Después, el Departamento de Estado, cerrando la puerta, dijo al Departamento de Guerra que iba en contra de la política norteamericana «emplear navíos o aviones, bajo bandera norteamericana, para transportar tropas de cualquier nacionalidad de ida o vuelta de las Indias Orientales Holandesas o la Indochina francesa, o permitir el uso de tales transportes para llevar armas, municiones o equipo militar a esas zonas[603]».

Hasta la llegada de los franceses, el comando británico en Saigón utilizaba unidades japonesas, cuyo desarme fue aplazado, contra el régimen rebelde[604]. Cuando una delegación del Viet-Minh visitó al general Douglas Gracey, comandante británico, con propuestas de mantener el orden, «Decían, “bienvenidos” y todas esas cosas», recordó el general. «Era una situación desagradable, y pronto los eché[605]». Esta observación, aunque característicamente británica, fue reveladora de una actitud que se infiltraría afectando profundamente el futuro esfuerzo norteamericano tal como se desarrolló en Vietnam. Encontrando su expresión en los términos «sucios» y «simios», reflejó no sólo la idea de los asiáticos como inferiores a los blancos, sino

del pueblo de Indochina (y por tanto, sus pretensiones de independencia), como de menor importancia que, por ejemplo, los japoneses o los chinos. Los japoneses, pese a sus indecibles atrocidades, tenían cañones y acorazados e industria moderna; los chinos eran a la vez admirados por la influencia de los misioneros y temidos como el Peligro Amarillo, y había que apreciarlos, aunque fuese por su enorme país y su número de población. Sin tales virtudes, los indochinos imponían menos respeto. Barruntado ya en las palabras del general Gracey, el resultado seria una fatal subestimación del adversario.

Las divisiones francesas llegaron de Europa en octubre y noviembre, algunas de ellas llevando uniformes de fabricación norteamericana[606] y equipo norteamericano. Se dedicaron al antiguo asunto de la supresión armada durante los primeros y feroces días de detenciones y matanzas. Mientras recuperaban el dominio de Saigón, el Viet-Minh retrocedió a los campos, pero esta restauración colonial fue incompleta. En la zona septentrional asignada a los chinos, los vietnamitas, con armas entregadas por los japoneses al rendirse, y que los chinos les vendieron, conservaron el dominio del gobierno provisional de Ho en Hanoi. Los chinos no intervinieron y, cargados con el botín de la ocupación, acabaron por retirarse por la frontera.

En la confusión de personas y partidos, las unidades de la OSS sufrían por «falta de directiva» de Washington, reflejando la confusión de la política interna norteamericana. El anticolonialismo tradicional había dejado ciertos restos de ambivalencia, pero lo que inclinó la balanza de la política fue la suposición de que una Francia «estable, fuerte y amiga» era esencial para llenar el vacío en Europa[607]. A finales de 1945 se vendió equipo por 160 millones de dólares a los franceses para emplearlo en Indochina, y a las unidades de la OSS que quedaron se les dieron instrucciones de servir como «observadores en las misiones punitivas contra los rebeldes anamitas[608]». Ocho llamados separados, enviados por Ho Chi Minh al presidente Truman y al secretario de Estado, en un periodo de cinco meses, pidiendo apoyo y ayuda económica no recibieron respuesta, por el motivo de que su gobierno no era reconocido por los Estados Unidos[609].

Esto no se hizo en plena ignorancia de las condiciones de Vietnam. Un informe enviado en octubre por Arthur Hale, del Servicio de Información de los Estados Unidos en Hanoi, ponía en claro que las promesas francesas de reforma y cierta vaga forma de autonomía, con que había contado la política norteamericana, no serian satisfactorias[610]. El pueblo deseaba la salida de los franceses. Unos letreros que decían «¡Independencia o Muerte!» en todos los poblados y aldeas del norte «parecen gritar, ante el pasante, desde cada pared y ventana». La influencia comunista no se ocultaba; la bandera del Gobierno Provisional se parecía a la bandera soviética, folletos marxistas podían verse sobre los escritorios de los funcionarios, pero lo mismo podía decirse de la influencia norteamericana. La promesa hecha a los filipinos era tema constante y se sentía un vigoroso entusiasmo por las hazañas norteamericanas en la guerra y por la capacidad productiva y el progreso técnico y

social de los Estados Unidos. Sin embargo, dada la falta de respuesta norteamericana al Viet-Minh, e incidentes como «el reciente embarque de tropas francesas a Saigón en navíos norteamericanos», la buena voluntad iba desapareciendo. El informe de Hale también sería profético: si los franceses vencían al Gobierno Provisional, «puede suponerse como certidumbre que el movimiento de independencia no morirá». Esta certidumbre existió desde el comienzo.

Otros observadores estuvieron de acuerdo. Los franceses podían tomar las ciudades en el norte, escribió un corresponsal del *Christian Science Monitor*, «pero es sumamente dudoso que logren sofocar en conjunto el movimiento de independencia. No tienen tropas suficientes para derrotar a cada banda de guerrilleros en el norte y han mostrado poca capacidad para hacer frente a la lucha de guerrillas[611]».

Cuando a Charles Yost, funcionario político en Bangkok y futuro embajador ante la ONU, el Departamento de Estado le pidió una evaluación del prestigio de los Estados Unidos en Asia, que, según se sospechaba, iba «deteriorándose gravemente[612]», Yost confirmó la impresión del Departamento, y también él citó el empleo de navíos norteamericanos para transportar tropas francesas y «el uso de equipo norteamericano por estas tropas». La buena voluntad hacia los Estados Unidos como defensores de los pueblos sometidos había sido muy grande después de la guerra, pero el hecho de que los Estados Unidos no apoyaran el movimiento nacionalista «no parece que vaya a contribuir a la estabilidad del sudeste de Asia a largo plazo». La restauración de regímenes coloniales, advirtió Yost, no era apropiada para las condiciones existentes, «y por esta razón no es posible mantenerla salvo por la fuerza[613]».

El apoyo político al esfuerzo francés fue algo considerado como la necesidad más apremiante, sobre la que parecía una menor. George Marshall, secretario de Estado, reconoció la existencia de «ideas y métodos coloniales peligrosamente caducos en la zona», pero «por otra parte… no nos gustaría ver administraciones de Imperios coloniales suplantadas por una filosofía y unas organizaciones políticas que emanen del Kremlin y controladas por éste[614]». Éste era el meollo de la cuestión. Los franceses bombardearon a Washington con «pruebas» de los contactos de Ho Chi Minh con Moscú, y Dean Acheson, subsecretario de Estado, no tuvo la menor duda. «Tenga en cuenta», cablegrafió a Abbot Low Moffat, jefe de asuntos del sudeste de Asia, que fue a Hanoi en diciembre de 1946, «los claros antecedentes de Ho como agente del comunismo internacional, y que no muestran ningún arrepentimiento[615]».

Moffat, partidario de la causa asiática, informó que en conversación privada Ho había negado que el comunismo fuese su meta, diciendo que si podía conseguir la independencia, ello le bastaría como objetivo de toda su vida. «Tal vez», había añadido sagazmente, «dentro de cincuenta años los Estados Unidos serán comunistas, y entonces Vietnam también pueda serlo». Moffat concluyo que el grupo que estaba al frente de las cosas en Vietnam «en esta etapa es nacionalista ante todo» y que un Estado nacionalista eficaz debía preceder a un Estado comunista, que como objetivo

«por el momento debe ser secundario[616]». La historia no puede decirnos si estaba engañado, pues ¿quién puede estar seguro de que por la época en que Ho estaba buscando el apoyo norteamericano el desarrollo de la República Democrática de Vietnam (RDV) fuese tan irrevocablemente comunista como la volvería el curso de los acontecimientos?

El afán de los franceses de recuperar su Imperio se derivaba, tras la humillación de la Segunda Guerra Mundial, de una sensación de que estaba en juego su futuro como gran potencia, pero comprendieron la necesidad de algún ajuste, al menos para cubrir las formas. Durante unas treguas temporales con el Viet-Minh en 1946, trataron de negociar una base de acuerdo, con promesas de alguna forma no especificada de autogobierno en alguna fecha, tampoco especificada, y con una redacción tal que no fuese tocado el asunto de la soberanía. Éstas eran «concesiones en el papel», según la oficina del Lejano Oriente del Departamento de Estado. Al fracasar las negociaciones, se reanudaron las hostilidades y a finales de 1946 estaba ya en su apogeo la primera guerra de Indochina, también llamada guerra francesa. Nadie se hacia ilusiones. Si los franceses volvían a las medidas represivas y a la política de fuerza del pasado, informó el cónsul norteamericano en Saigón, «no puede esperarse una normalización de la situación en el futuro predecible, y seguirá un periodo de guerra de guerrillas[617]». El propio comandante francés encargado de efectuar la reconquista sintió o vio la verdad. Tras observar la situación, el general Leclerc dijo a su asesor político: «Se necesitarían 500 mil hombres para hacerlo y ni aun entonces podría hacerse[618]». En una sola frase definió el futuro, y su cálculo seguiría siendo válido cuando 500 mil norteamericanos se encontraran en el teatro de los hechos, dos décadas después.

¿Ya era una locura la política norteamericana en 1945-1946? Aun juzgando según las ideas de la época, la respuesta tiene que ser afirmativa, pues la mayoría de los norteamericanos interesados en la política extranjera comprendían que la época colonial había llegado a su fin y que su reanudación era lo mismo que volver a sentar a Humpty-Dumpty sobre la pared[619]. Por muy apremiantes que fuesen los argumentos en favor de apoyar a Francia, hubo una locura en atar la política del país a una causa que toda la información indicaba que no tenía ya esperanzas. Los políticos trataron de asegurarse de no estar uniendo los Estados Unidos a tal causa. Se reconfortaron en las promesas francesas de futura autonomía, o bien en la idea de que Francia carecía de poder para recuperar su Imperio y, a la postre, tendría que entrar en negociaciones con los vietnamitas. Truman y Acheson aseguraron al público norteamericano que la posición del país estaba «basada en la suposición de que la afirmación de los franceses de que cuentan con el apoyo de la población de Indochina será confirmada por los acontecimientos futuros[620]». Por tanto, no era ningún crimen ayudarla, para tener una poderosa presencia en Europa… aunque ésta fuese una proposición condenada al fracaso.

La opción estaba presente y disponible: obtener para los Estados Unidos una envidiable supremacía entre las naciones occidentales y confirmar el fundamento de una buena voluntad en Asia alineándose con los movimientos de independencia, y aun apoyándolos. Si esto parecía lo indicado para algunos, particularmente en la oficina del Lejano Oriente, no era menos persuasivo para otros para quienes el autogobierno por los asiáticos no era algo en que se pudiese basar una política, y era insignificante en comparación con la seguridad de Europa. En Indochina, elegir la opción habría requerido imaginación, que nunca tiene muchos partidarios en los gobiernos, y una disposición a correr el riesgo de apoyar a un comunista cuando el comunismo aún parecía un bloque sólido. Tito era entonces su única astilla, y no se veía la posibilidad de otra desviación. Además, aquello dividiría a los Aliados. En cambio, se escogió apoyar a Humpty-Dumpty, y una vez adoptada y aplicada una política, toda actividad ulterior se convierte en esfuerzo por justificarla.

Una inquietante sospecha de que se estaba cometiendo una locura había de obsesionar a los norteamericanos en Vietnam de principio a fin, revelándose en ciertas órdenes políticas a veces extrañas. En un resumen de la posición norteamericana, hecho para diplomáticos en París, Saigón y Hanoi, la oficina de asuntos franceses, en 1947, redactó para el secretario George Marshall una directiva, verdadero ejemplo de ganas de creer en algo combinadas con incertidumbre. Según decía, los movimientos de independencia de las naciones nuevas del sudeste de Asia representaba una cuarta parte de los habitantes del mundo, y esto era «factor importantísimo para la estabilidad mundial»; creía que la mejor salvaguardia para evitar que esta lucha sucumbiera a las tendencias antioccidentales y a la influencia comunista era una continuada asociación con las antiguas potencias coloniales; por un lado, reconocía que la asociación «debe ser voluntaria», y por el otro, que la guerra de Indochina sólo podría destruir la cooperación voluntaria, e «irrevocablemente enemistarnos con los vietnamitas»; decía que los Estados Unidos deseaban ser útiles, pero sin querer intervenir ni ofrecer una solución propia y, sin embargo, estaban «inevitablemente preocupados» por los acontecimientos de Indochina[621]. Puede dudarse de que los servicios exteriores extranjeros encontrasen muy instructivo este documento.

2. La autohipnosis: 1946-1954

La Guerra Fría entró en su madurez con el discurso de Churchill sobre la «Cortina de Hierro», pronunciado en Fulton, Misuri, en marzo de 1946, en que declaró que nadie conocía «los límites, si los hay, a [las] tendencias expansivas y proselitistas» de la Unión Soviética y de su Internacional comunista.

La situación era en realidad alarmante. La visión que Roosevelt tuviera, para la posguerra, de una sociedad de los que fueran aliados durante la guerra para mantener el orden internacional se había desvanecido, como bien lo supo antes de morir, cuando en su último día en Washington reconoció que Stalin «ha violado cada una de las promesas que hizo en Yalta». Para 1946, el dominio soviético se había extendido sobre Polonia, la Alemania Oriental, Rumanía, Hungría, Bulgaria, Albania, y más o menos sobre Yugoslavia. Los partidos comunistas nacionales de Francia e Italia aparecían como nuevas amenazas. Desde la embajada norteamericana en Moscú, George Kennan formuló una «contención paciente pero firme y vigilante de las tendencias expansionistas rusas». En 1947, el secretario Marshall dijo que los Estados Unidos debían desarrollar «un sentido de responsabilidad por el orden y la seguridad mundiales», y un reconocimiento de la «importancia abrumadora» de las acciones y omisiones de los Estados Unidos a este respecto. Moscú respondió con una declaración de que todos los partidos comunistas del mundo se unirían en resistencia común contra el imperialismo yanqui. Se anunció la Doctrina Truman, que comprometía a los Estados Unidos a apoyar a los pueblos libres que se resistieran a ser subyugados por «minorías armadas» o por presión, externa, y fue adoptado el Plan Marshall para dar ayuda económica que reanimara a los países debilitados de Europa. Se lanzó un gran esfuerzo y se logró impedir la toma del poder comunista en Grecia y Turquía.

En febrero de 1948, la Rusia soviética absorbió Checoslovaquia. Los Estados Unidos volvieron a imponer la conscripción para el servicio militar. En abril de ese año, Rusia impuso el bloqueo de Berlín. Los Estados Unidos respondieron con el audaz puente aéreo y siguieron volando durante un año, hasta que se retiró el bloqueo. En 1949 se formó la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), como defensa común contra un ataque contra cualquiera de sus países miembros.

El acontecimiento que alteró el equilibrio de fuerzas fue la victoria comunista en China, en octubre de 1949, lo que resultó tan pasmoso como Pearl Harbor. Una histeria por la «pérdida» de China se adueñó de los Estados Unidos, y furibundos portavoces del cabildeo chino en el Congreso y del mundo de los negocios fueron las voces más estridentes en la vida política. La cosa fue tanto más desalentadora cuanto que pocas semanas antes, en septiembre, Rusia había logrado explotar una bomba atómica. Al iniciarse 1950, el senador Joseph McCarthy anunció que tenía una lista

de 205 comunistas «con credencial» que trabajaban en el Departamento de Estado, y durante los cuatro años siguientes los norteamericanos se le unieron, antes que oponerse a su persecución de sus conciudadanos como infiltradores comunistas de la sociedad norteamericana. En junio de 1950, Corea del Norte, estado cliente de los soviéticos, invadió a Corea del Sur, cliente de los norteamericanos, y el presidente Truman ordenó una respuesta militar bajo la autoridad de las Naciones Unidas. Durante estos años abyectos, los Rosenberg fueron acusados de traición, quedaron convictos en 1951 y después fueron ejecutados, cuando el presidente Eisenhower se negó a conmutar una sentencia de muerte que dejaría dos niños huérfanos.

Éstos fueron los componentes de la Guerra Fría que forjaron el curso de los acontecimientos en Indochina. Su idea central era que cada movimiento que pudiera atribuirse a los comunistas representaba una conspiración para la conquista mundial, bajo la égida de los soviéticos. El efecto de la victoria de Mao en China pareció una terrible confirmación y, al ser seguido por el ataque a Corea del Sur, produjo un período de pánico en la política norteamericana con respecto al Asia. Ahora quedaba en «claro» para el Consejo de Seguridad Nacional (NSC) que «el sudeste de Asia es el blanco de una ofensiva bien coordinada dirigida por el Kremlin[622]». Indochina fue considerada como el foco, en parte porque ya se había efectuado allí una guerra en que tropas europeas se enfrentaban a una fuerza indígena encabezada por comunistas. Aquello fue declarado la «zona clave», que, si se permitía que cayera en manos de los comunistas, arrastraría tras de si a Birmania y Tailandia[623]. Al principio se consideró que la ofensiva comunista había sido preparada por la Rusia soviética. Después de que tropas chinas entraron en combate en Corea, China pareció el principal motor, con Vietnam como su siguiente blanco. Ho y el Viet-Minh tomaron un aspecto más siniestro como agentes de la conspiración comunista internacional, *ipso facto* hostil a los Estados Unidos. Cuando fuerzas anfibias de la China comunista se apoderaron de la isla de Hainán en el golfo de Tonkin, hasta entonces conservada por Chiang Kai-shek, aumentó el nivel de alarma. Como respuesta, el 8 de mayo de 1950 el presidente Truman anunció la primera concesión de ayuda militar a Francia y a los Estados Asociados de Indochina, por valor de diez millones de dólares.

Los Estados Asociados, que comprendían Laos, Camboya y Vietnam, fueron una creación de Francia en el año anterior, según el Acuerdo del Elíseo, que había reconocido la «independencia» de Vietnam, resucitando a Bao Dai como su jefe de Estado. Entonces, la Unión Soviética y China, en febrero de 1950, pronto reconocieron a la República Democrática de Hanoi como gobierno legítimo, lo cual fue seguido, el mismo mes, por el reconocimiento de Bao Dai por los Estados Unidos. Del acuerdo del Elíseo no resultó ninguna transferencia de poderes o de autoridad administrativa a manos vietnamitas, y los franceses conservaron el dominio del ejército vietnamita como antes. El régimen de Bao Dai, con funcionarios más eficientes para el cohecho que para el gobierno, fue inepto y corrupto. Y sin embargo,

los norteamericanos trataron de convencerse de que Bao Dai era una válida opción nacionalista ante Ho Chi Minh y que, así, podrían apoyar a Francia, patrocinadora de Bao Dai, sin incurrir en el estigma de colonialismo. Sin embargo, como la opción esperada, la solución en favor de Bao Dai resultó vana, según lo reconoció la propia figura titular. «Las actuales condiciones políticas», dijo Bao Dai a uno de sus asesores, el doctor Phan Quang Dan, «hacen imposible convencer al pueblo y a las tropas de que tienen algo valioso por lo cual luchar[624]». Si aumentaba su ejército como lo apremiaban los norteamericanos, ello podría ser peligroso porque podría pasarse en masa al Viet-Minh. El doctor Dan, sincero nacionalista, se mostró más elocuente. El ejército vietnamita, dijo, con oficiales franceses y virtualmente sin jefes propios, estaba «sin ideología, sin objetivo, sin entusiasmo, sin espíritu de lucha y sin apoyo popular[625]».

El gobierno norteamericano no ignoraba este estado de cosas. Robert Blum, de la Misión Técnica y Económica norteamericana acreditada ante Vietnam, informó que el gobierno de Bao Dai «ofrece pocas esperanzas de desarrollar competencia o de ganarse la lealtad de la población», que la situación «no muestra perspectivas considerables de mejorar», que en aquellas circunstancias no era probable que los franceses lograran alguna victoria militar decisiva, lo que le llevaba a la sombría conclusión de que «es remoto alcanzar los objetivos de los Estados Unidos[626]». Después de 18 meses de amarguras, Blum retornó a su patria en 1952.

Aunque los departamentos de Washington continuamente se aseguraban unos a otros que el «desarrollo de un auténtico nacionalismo» en Indochina era esencial para su defensa, y repetidas veces trataron de empujar a Francia y al propio y pasivo Bao Dai para que avanzaran más activamente en esa dirección, continuaron pasando por alto las implicaciones de sus propios conocimientos. A falta de apoyo popular para el régimen de Bao Dai, el espectro de un agresivo comunismo exigía ayudar a Francia contra el Viet-Minh. Inmediatamente después de la invasión de Corea, Truman anunció el primer envío de personal norteamericano a Indochina. Este grupo, llamado el Grupo de Asesoramiento de Ayuda Militar (MAAG), que empezó con 35 hombres al estallar la guerra de Corea, y que llegaría a contar con cerca de 200, supuestamente introduciría conocimientos y técnicas norteamericanos —que los franceses no querían, y que causaron perpetua irritación— y supervisaría el uso del equipo norteamericano, cuya primera entrega fue enviada por avión en julio a Saigón. Por insistencia francesa, el material fue entregado directamente a los propios franceses, y no a los Estados Asociados, lo que demostró demasiado patentemente la ficción de independencia.

Con este paso dado en el terreno de la lucha, los políticos norteamericanos se sintieron impelidos a afirmar los intereses norteamericanos que lo justificaran. Del gobierno empezaron a llover declaraciones políticas acerca de la vital importancia del sudeste de Asia; fue presentada como una zona «vital para el futuro del mundo libre», cuya posición estratégica y ricos recursos naturales debían seguir a disposición de las

naciones libres, y negados al comunismo internacional[627]. El presidente Truman dijo al pueblo norteamericano, por la radio, que los dirigentes comunistas del Kremlin estaban entregados a una «monstruosa conspiración para sofocar la libertad por todo el inundo». Si lo lograban, los Estados Unidos se encontrarían entre «sus primeras victimas». Dijo que la situación era un «peligro claro y presente», y planteó el argumento de Múnich, que para entonces ya era de rigor: si las naciones libres hubiesen actuado unidas a tiempo para aplastar la agresión de los dictadores, se habría evitado la Segunda Guerra Mundial[628].

La lección podría haber sido cierta, pero no estaba bien aplicada. La agresión de los treinta en Manchuria, el norte de China, Etiopía, la Renania, España y los Sudetes fue abierta, con invasiones armadas, aviones y bombas, y fuerzas de ocupación; la planeada agresión contra Indochina de 1950 era un estado mental autoinducido por los observadores. En una reveladora apreciación, el Consejo de Seguridad Nacional en febrero de 1950 dijo que la amenaza a Indochina sólo era una fase de los «anticipados» planes comunistas de «apoderarse de todo el sudeste de Asia[629]». Y sin embargo, un grupo del Departamento de Estado que investigó la infiltración comunista del sudeste de Asia en 1948 no encontró ningunas huellas del Kremlin en Indochina. «Si hay una conspiración dirigida por Moscú en el sudeste de Asia», dijo, «Indochina es, hasta ahora, una anomalía[630]».

Sin embargo, que el peligro ruso en el mundo era real, y que el sistema comunista era hostil a la democracia y a los intereses de los Estados Unidos, que el comunismo soviético era expansionista y tendía a absorber a los Estados vecinos y a otros Estados vulnerables, eran cosas indiscutibles. Que se les hubiese unido, en agresiva sociedad, la China comunista, era condición natural, pero exagerada y que pronto demostraría ser errónea. Es indiscutible que era correcto y apropiado, por interés nacional, que los políticos norteamericanos trataran de contener este sistema adversario y sofocarlo donde fuera posible. Sin embargo, que el sistema comunista amenazaba la seguridad de los Estados Unidos desde Indochina era una extrapolación rayana en la locura.

La seguridad de los Estados Unidos entró en la ecuación cuando China entró en la guerra de Corea, acontecimiento que, según el presidente Truman, ponía a los Estados Unidos en «grave peligro» de una «agresión comunista». No cabe duda de que cuando el general MacArthur cruzó el paralelo 38, entrando en territorio ocupado por los comunistas —la acción que provocó la entrada de China en la guerra— puso la seguridad de China en grave peligro, desde el punto de vista chino, pero rara vez se toma en cuenta el punto de vista del adversario cuando surge la paranoia de guerra. Desde el momento en que los chinos trabaron combate contra norteamericanos, Washington fue poseído por la suposición de que el comunismo chino estaba en marcha y volvería a surgir sobre la frontera del sur de China, en Indochina.

El gobierno de Truman, vilipendiado y acusado de haber «perdido» China y haber

provocado el ataque a Corea por el discurso de Acheson sobre el «perímetro» —dejando a Corea fuera de tal perímetro—, el gobierno resolvió mostrarse combativo, enfrentándose a la conspiración comunista. La amenaza a todo el sudeste de Asia se convirtió en una doctrina. Los gobernantes soviéticos, dijo Truman al Congreso en un mensaje especial, en que anunció un programa de 930 millones de dólares en ayuda militar y económica para el sudeste de Asia, habían reducido ya a la China a la condición de satélite, estaban preparando el mismo destino para Corea, Indochina, Birmania y las Filipinas, y amenazando así con «absorber la mano de obra y los vitales recursos del Oriente en el designio soviético de conquista mundial». Esto «privaría a las naciones libres de algunas de sus materias primas más vitalmente necesarias» y transformaría a los pacíficos millones de orientales en «peones del Kremlin[631]». El siempre moderado Acheson hizo eco a esta retórica en repetidas ocasiones. Encontró pruebas de la conspiración comunista en el reconocimiento de Ho Chi Minh por Rusia y China, que debía «suprimir cualesquier ilusiones» sobre el nacionalismo de Ho, revelándolo «en sus verdaderos colores como el enemigo mortal de la independencia de los naturales de Indochina[632]».

Una nueva voz, la de Dean Rusk, subsecretario de Estado para Asuntos del Lejano Oriente, que resultaría el más firme, el más convencido, el más sincero, el más rígido y el más duradero de todos los políticos ante las cuestiones de Vietnam, encontró un modo de poner la lucha por la independencia de Vietnam, fuente de tanta ambivalencia norteamericana, bajo la nueva luz. La cuestión, dijo ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, no era el colonialismo francés, sino saber si el pueblo de Vietnam sería «absorbido por fuerza de un nuevo colonialismo del imperio comunista soviético[633]» El Viet-Minh era un «instrumento del Politburó» y, por consiguiente, «parte de una guerra internacional[634]».

Por medio de estos argumentos, el gobierno norteamericano se convenció a sí mismo de que era un interés vital de su patria mantener a Indochina fuera de la órbita comunista y que, por tanto, la victoria francesa en Indochina, colonial o no, era «esencial para la seguridad del mundo libre» (no se discutía la cuestión de por qué estaba luchando Francia si en realidad Vietnam debía ser «independiente»). Esto pasó al público en un editorial del *New York Times* que proclamaba: «Debe ser claro hoy para todos los norteamericanos que Francia está ocupando una sección de vanguardia, de vital importancia para todo el mundo libre». Aunque no hubiese impulso para enviar tropas norteamericanas, los Estados Unidos estaban resueltos a «salvar para el Occidente el cuenco de arroz indochino, la posición estratégica, el prestigio que podrían perderse por todo el sudeste del Asia y hasta Túnez y Marruecos[635]». El NSC trazó por entonces una perspectiva en que se mostraba que hasta Japón sucumbiría si quedaba aislado del caucho, el estaño y el petróleo de Malasia y de Indonesia y sus ricas importaciones de arroz de Birmania y Tailandia[636].

El proceso de autohipnosis llegó a su conclusión lógica: si en realidad la conservación de Indochina libre de todo control comunista era tan vital para el interés

norteamericano, ¿no debía el país participar activamente en su defensa? Una intervención armada, dado el peligro de que pudiera precipitar una respuesta china militar como había ocurrido en Corea, no provocó ningún entusiasmo entre el *establishment* militar del país. «Nada de guerras de tierra en Asia» era un viejo y establecido dogma del ejército. No faltaban voces cautelosas. Allá en 1950, en la época de la intervención china en Corea, un memorando del Departamento de Estado, redactado por John Ohly, subdirector de la Oficina de Ayuda de Defensa Mutua, había sugerido las ventajas de echar una segunda mirada al destino de Indochina. El país no sólo podía fracasar, dilapidando recursos en el proceso, sino que también estaban los Estados Unidos avanzando en un punto en que sus responsabilidades «tenderían a suplantar en lugar de complementar a las de los franceses», y podría convertirse en chivo expiatorio de los franceses, siendo absorbido a una intervención directa. «Estas situaciones tienen cierto modo de convertirse en bola de nieve», concluía Ohly[637]. Como es el destino de tantos memorandos escritos con clarividencia, su consejo no causó ningún efecto, si es que alcanzó siquiera al escalón superior, sino que se quedó, silencioso, en los archivos donde la historia confirmaría cada una de sus palabras.

Antes de concluir su mandato, el gobierno de Truman adoptó un documento político escrito por el NSC, que recomendaba, en caso de abierta intervención de los chinos en Indochina, que los Estados Unidos emprendieran acción naval y aérea en apoyo de los franceses y contra blancos de la China continental, pero sin mencionar fuerzas de tierra[638].

El ascenso de los republicanos encabezados por el general Eisenhower en la elección de 1952 llevó al poder a un gobierno empujado desde la derecha por extremistas del anticomunismo y los cabilderos de China. Las opiniones de estos cabilderos quedaron ejemplificadas en una observación del nuevo subsecretario de Estado, Walter Robertson, ferviente partidario de Chiang Kai-shek, quien, cuando se presentó un cálculo de la CIA sobre la producción de acero de la China Roja, replicó indignado que las cifras tenían que ser erróneas porque «ningún régimen tan malévolo como el de los comunistas chinos podrá producir nunca cinco millones de toneladas de acero[639]». Los extremistas estaban encabezados por el senador William Knowland de California, jefe de la mayoría del Senado, que acusó a los demócratas de «dejar a Asia en peligro de una conquista soviética[640]», tronaba regularmente contra la China Roja y juró exigir cuentas al gobierno si la República Popular de Mao fuese admitida en la ONU. La presión de la extrema derecha sobre el gobierno fue un factor constante. Éste era, «la gran bestia que había que temer», como Lyndon Johnson, bajo mucho menos presión, atestiguaría casi quince años después[641].

También los republicanos llevaron al cargo a un político dominante en asuntos extranjeros, John Foster Dulles, hombre dedicado a la ofensiva, por preparación y temperamento. Si Truman y Acheson adoptaron hasta el exceso la retórica de la

Guerra Fría, ello fue al menos parcialmente como reacción por haber sido acusados de pertenecer al «partido de la traición», como McCarthy llamaba a los demócratas, y al peculiar frenesí nacional por la «pérdida» de China. Dulles, el nuevo secretario de Estado, era por naturaleza un extremista de la Guerra Fría, hombre tronante con los instintos de un bravucón, deliberadamente combativo porque así creía que debían conducirse las relaciones exteriores. La política de vivir al borde de la guerra fue su contribución, la contraofensiva (más que la contención) fue su política, y «una pasión por dominar los hechos» fue su motor[642].

Secretario de Estado John Foster Dulles dejando una sesión de la Conferencia de Ginebra, abril de 1954.

Siendo Dulles senador en 1949, tras la caída de la China Nacionalista, declaró que «nuestro frente en el Pacífico» estaba ahora «expuesto a ser rodeado desde el Oriente… Hoy, la situación es crítica[643]». Su concepto de rodeo era un avance de los comunistas chinos contra Formosa y desde allí a las Filipinas, y una capacidad, si se les permitía pasar más allá de la China continental, «de avanzar y seguir avanzando». Cuando las fuerzas de MacArthur en Corea fueron rechazadas por los chinos, la estimación del enemigo por Dulles se volvió horripilante. Los bandidos de Huk en las Filipinas, la guerra de Ho Chi Minh en Indochina, un levantamiento comunista en Malasia, una revolución comunista en China y el ataque a Corea formaban «parte de una sola pauta de violencia planeada durante 35 años y finalmente llevada a su consumación de lucha y desorden» a través de toda Asia[644].

Esta fusión de los diversos países del Asia oriental como si no tuviesen individualidad, historia, ni diferencias o circunstancias propias fue el pensamiento —mal informado y vano, o falso, a sabiendas— que creó la teoría del dominó, permitiéndole convertirse en dogma. Como los orientales en general se parecen, a ojos de los occidentales, se esperaba que actuaran de manera similar, con la uniformidad de piezas de dominó.

Dulles, hijo de un ministro presbiteriano, pariente de misioneros y devoto creyente, poseía el celo y la gazmoñería que permiten tales conexiones, lo que no excluía la conducta, en algunos de los pactos oficiales, de un verdadero canalla. Su idea de Chiang Kai-shek y de Syngman Rhee era que «estos dos caballeros son equivalentes modernos de los fundadores de la Iglesia. Son caballeros cristianos que han sufrido por su fe[645]». Lejos de ser una causa de sufrimiento, su fe adoptada se volvió, en realidad, fuente de poder para ambos.

Bajo el titulo de «Una política de audacia», Dulles publicó en la revista *Life*, en 1952, su idea de que, con respecto a los países dominados por los comunistas, los Estados Unidos debían de mostrar que «desean y esperan que ocurra una liberación»; desde luego, «liberación» significaba el derrocamiento de los regímenes comunistas. Como autor de la sección de política extranjera del programa republicano de aquel año, rechazaba la contención como «negativa, vana e inmoral», y hablaba en una confusa jerga de fomentar «influencias liberadoras… en el mundo cautivo», lo cual causaría tales presiones que «los gobernantes serían impotentes para continuar sus monstruosas vías y constituiría el principio del fin[646]». Si la retórica era más que las habituales jactancias, aun para una plataforma del año de elecciones, caracterizaron al hombre que sería un político, y no sólo un oficinista, secretario de Estado durante los siete años siguientes. Durante su periodo, Dulles llegó a ser el supremo funcionario de relaciones públicas de la intervención norteamericana en Vietnam.

La muerte de Stalin, ocurrida en marzo de 1953, fue el hecho que abrió un camino a la Conferencia de Ginebra de 1954 y a un acuerdo internacional sobre la guerra en Indochina. La tensa confrontación en Europa se relajó cuando el nuevo primer ministro ruso, Georgi Malenkov, aprovechó la oración fúnebre para hablar de la necesidad de una «coexistencia pacífica». El ministro de Relaciones Exteriores, Molotov, siguió con ciertas aperturas en favor de una conferencia de las potencias. El presidente Eisenhower respondió —para gran contrariedad de Dulles— con un discurso en que se regocijaba por las señales de distensión y expresaba el deseo de los norteamericanos de que, una vez concluido en Corea «un armisticio honorable», surgiera una «paz total y verdadera» por toda Asia y el mundo. *Pravda* e *Izvestia* le hicieron el cumplido de imprimir textualmente el discurso. Dulles había tratado de escribirlo en una condición que vinculara el acuerdo norteamericano con un armisticio en Corea, dependiendo de la explícita promesa del Kremlin de poner fin a la rebelión del Viet-Minh contra los franceses[647]; estaba haciendo su habitual suposición de que Moscú tiraba de las cuerdas en Hanoi. En este caso, su sugestión

no prevaleció, pero su premisa de la Unión Soviética como omnipotente cerebro criminal de una conspiración mundial nunca vaciló.

La conclusión del armisticio de Corea en julio de 1953 había causado una nueva alarma de que China pudiese transferir sus fuerzas para ayudar a una victoria comunista en Vietnam. El Viet-Minh había logrado abrir líneas de abastecimiento hacia China y estaba recibiendo combustible y munición, que habían aumentado, de unas cuantas decenas de toneladas al mes a más de quinientas toneladas mensuales. La opción de la intervención militar norteamericana fue acaloradamente debatida en el gobierno. Como brazo que soportaría la carga de la guerra en tierra, y tras la sombría experiencia de la guerra limitada en Corea, el ejército no deseaba volver a luchar con tales restricciones. La División de Planes del Estado Mayor tocó el asunto central cuando pidió una «revaluación de la importancia de Indochina y del sudeste de Asia en relación con el posible costo de salvarla[648]». La misma preocupación en un tiempo había obsesionado a lord Barrington cuando arguyó que si la Gran Bretaña hacía la guerra a sus colonias, «la pugna nos costará más de lo que pudiésemos ganar nunca con un triunfo[649]». Esta cuestión crucial del valor relativo nunca fue debidamente respondida para el caso de Vietnam, como nunca lo había sido en el caso de las colonias.

Aunque varios comandantes de la marina y de la aviación pidieron una decisión en favor del combate el vicealmirante A. C. Davis, asesor en asuntos militares extranjeros de la Secretaria de la Defensa recomendó que toda participación en la guerra de Indochina «fuese evitada a todo costo practico», pero si la política nacional no dejaba alternativa, «los Estados Unidos no deben engañarse creyendo en la posibilidad de una participación parcial como sólo unidades navales y del aire». Recordó al grupo que para que la fuerza aérea valiera algo, requeriría bases de tierra, y las bases requerirían personal de fuerzas en tierra, y éstas requerirían para su protección unidades de combate en tierra. «Hay que comprender que no hay manera barata de hacer una guerra, una vez entablada[650]».

La «participación parcial» era la objeción clase (no sin razón). Los jefes del Pentágono, asesorando al ejecutivo deploraron una defensa «estática» de Indochina, declarando su convicción de que la guerra debía ser llevada al agresor, «en este caso, la China comunista». Éste era el enemigo en Asia; en opinión del Pentágono, los vietnamitas no eran mas que peones Los jefes añadieron una advertencia que resonaría a lo largo de los años siguientes: «Una vez comprometidos fuerzas y prestigio de los Estados Unidos no será posible retirarse sin haber alcanzado la victoria[651]».

Los factores que podían hacer elusiva cualquier victoria eran bien conocidos de Washington; es decir, conocidos si suponemos que los jefes y presidentes de Departamento disponen de la información que han enviado a gente del gobierno para recabar. Un informe de la CIA hablando de la «xenofobia» de la población indígena, decía que «aun si los Estados Unidos derrotaran a las fuerzas de tierra del Viet-Minh

la acción de los guerrilleros podría continuar indefinidamente», lo que impediría el dominio de la región por fuerzas no comunistas. En tales circunstancias los Estados Unidos «acaso tengan que mantener un compromiso militar en Indochina durante los próximos años».

El debate de los departamentos —de Estado, de la Defensa, el Consejo de Seguridad Nacional y agencias de espionaje— continuó sin una solución, enredado en un nudo de condicionales: ¿qué pasaba si los chinos entraban en guerra, qué pasaba si los franceses pedían participación activa norteamericana o, por lo contrario, se retiraban como lo estaba exigiendo una poderosa corriente de la opinión francesa, abandonando así Indochina al comunismo? Se examinaba toda contingencia; un Grupo de Trabajo interagencial entrego exhaustivos informes sobre sus estudios Una vez mas pocos se hicieron ilusiones. Se reconoció que los franceses sólo podían ganar si lograban la auténtica colaboración política y militar del pueblo vietnamita Que esto no estaba ocurriendo y que, dada la renuencia de los franceses a transferir autoridad auténtica, no era probable que ocurriera; que no estaban surgiendo auténticos jefes no comunistas aborígenes; que el esfuerzo francés estaba deteriorándose y que, por sí solas la acción naval y del aire de los Estados Unidos no podría invertir la marea en favor de Francia La conclusión a la que llegó el presidente Eisenhower fue que la intervención armada norteamericana debía depender de tres requerimientos: acción conjunta con sus aliados, aprobación del Congreso y «aceleración», por los franceses, de la independencia de los Estados Asociados[652].

En el ínterin, mientras el desplome de Francia parecía inminente, aumentaba la ayuda norteamericana. Bombarderos, aviones de transporte, navíos, tanques, camiones, armas automáticas, armas pequeñas y municiones, proyectiles de artillería, radios, equipo de hospital y de ingeniería más apoyo financiero fueron continuos en 1953. En los tres años anteriores, trescientos cincuenta navíos (o sea, más de dos por semana) habían estado entregando material de guerra a los franceses. Sin embargo, en junio de 1953, un cálculo de la Inteligencia Nacional juzgó que el esfuerzo francés «probablemente se deterioraría» durante los doce meses siguientes y, si las corrientes continuaban, luego «se deteriorarían muy rápidamente»; que la «apatía popular» continuaría y que el Viet-Minh «conservaría la iniciativa militar[653]». Esta estimación de inteligencia, fuese tomada como prescripción de retirarse de una causa inherentemente viciada, o de aumentarla por medio de más ayuda, al menos habría debido resultar en nuevas y más serenas reflexiones. El que no fuera así sé debió al miedo de que poner fin a la ayuda significaría perder la cooperación de Francia en Europa.

«Los franceses nos chantajearon», como dijo Acheson[654]. La ayuda en Indochina fue el precio francés por ingresar en la Comunidad de Defensa Europea (CDE). La política norteamericana en Europa estuvo atada a este programa de una coalición integrada por las principales naciones, que Francia temía y a la que resistió porque incluía a su reciente vencedor Alemania. Si los Estados Unidos deseaban la

participación de Francia con sus doce divisiones para la OTAN, a su vez debían pagarle por contener al comunismo —e incidentalmente, conservar su Imperio— en Asia. La CDE sólo funcionaria sí Francia ingresaba en ella. Los Estados Unidos estaban comprometidos con ella, y pagaron.

La razón de que los franceses, con superior armamento y recursos norteamericanos, estuviesen teniendo tan mala actuación no estaba por encima de toda conjetura. El pueblo de Indochina, del que más de 200 mil habitantes se hallaban en el ejército colonial junto con unos 80 mil franceses, 48 mil norteafricanos y 20 mil miembros de la Legión Extranjera, simplemente no tenía ninguna razón para luchar por Francia. Los norteamericanos siempre estaban hablando de la liberación del comunismo, mientras que la libertad que la masa de los vietnamitas deseaba era la liberación de sus explotadores, fuesen franceses o indígenas. La suposición de que la humanidad en general compartía la idea occidental democrática de libertad era un engaño norteamericano. «La libertad que acariciamos y defendemos en Europa», declaró el presidente Eisenhower al tomar posesión de su cargo, «no es diferente de la libertad que está en peligro en Asia[655]». Estaba en un error, la humanidad puede tener un terreno común, pero sus necesidades y aspiraciones varían de acuerdo con las circunstancias.

No hubo ningún engaño o ignorancia sobre la renuencia a combatir en los Estados Asociados. Un oficial de alta graduación, el comandante Thomas Trapnell, volviendo de prestar servicio en el MAAG en 1954, informó de una guerra de paradojas, en que «no hay voluntad general de ganar de parte de los vietnamitas», y en que «el jefe de los rebeldes es más popular que el jefe del Estado vietnamita[656]». Sin embargo, su reconocimiento de una total falta de voluntad no impidió que este oficial recomendara llevar adelante la guerra con mayor vigor. También Eisenhower tuvo que reconocer en una conferencia de prensa una «falta de entusiasmo que quisiéramos que hubiese allí[657]». En sus memorias, publicadas en 1963 (mucho antes de que sus sucesores metiesen al país en la guerra), reconoció que «la masa de la población apoyaba al enemigo» haciendo imposible que los franceses dependieran de tropas vietnamitas. La ayuda norteamericana «no pudo conjurar este defecto[658]».

En 1953, la opinión interna francesa había llegado a cansarse y disgustarse de una interminable guerra por una causa inaceptable para muchos ciudadanos de Francia. Iba creciendo la convicción de que Francia no podía, al mismo tiempo, mantener cañones en Indochina y cañones para la defensa de Europa mientras al mismo tiempo atendía a la alimentación y las necesidades internas. Aunque los Estados Unidos estuviesen pagando la mayor parte de la cuenta, el pueblo francés, espoleado por propaganda comunista, estaba elevando un creciente clamor contra la guerra y haciendo presión política por un acuerdo negociado.

Dulles entonces hizo esfuerzos desesperados por mantener luchando a los franceses, para que no fuese a convertirse en realidad la terrible perspectiva de ceder

Indochina a los comunistas. A comienzos de 1954, cuarenta bombarderos B-26, con 200 técnicos de la fuerza aérea de los Estados Unidos en ropas de civiles, fueron enviados a Indochina, y el Congreso asignó 400 millones de dólares más otros 385 millones para financiar la ofensiva planeada por el general Henri Navarre, en un último y febril esfuerzo militar francés. Para cuando ocurrió la catástrofe final en Dien Bien Phu, pocos meses después, la inversión norteamericana en Indochina desde 1946 había alcanzado los dos mil millones de dólares y los Estados Unidos estaban pagando 80 por ciento de los gastos franceses de la guerra, sin contar la ayuda a los Estados Asociados que pretendía estabilizar sus gobiernos y fortalecer sus resistencias al Viet-Minh[659]. Como gran parte de tal ayuda, el grueso de él fue a parar a los bolsillos de los oficiales corrompidos. Como lo había predicho el memorando de Ohly, los Estados Unidos estaban acercándose ineluctablemente al punto de suplantar en vez de suplementar a los franceses en lo que seguía siendo, quisiéranlo o no, una guerra colonial.

Viendo lo que estaba mal, los funcionarios norteamericanos no dejaban de Insistir en sus interminables escritos políticos dirigidos entre si y en sus avisos y exhortaciones a los franceses en el sentido de que había que «acelerar» una genuina independencia. Vemos aquí la locura en todo su esplendor. ¿Cómo se podía persuadir a los franceses de que lucharan con más energía para conservar Vietnam y, simultáneamente, se comprometieran con una auténtica independencia? ¿Por qué habían de hacer mayor esfuerzo por retener una posesión colonial si no iban a conservarla?

Esta contradicción era bastante clara para los franceses que, estuviesen en pro o en contra de la guerra, deseaban alguna forma de soberanía limitada que mantuviera a Indochina dentro de la Unión Francesa (eufemismo inventado en la posguerra para no decir Imperio). El orgullo francés, la gloria francesa, el sacrificio francés (para no mencionar el comercio francés) lo exigían, tanto más cuanto que Francia temía el ejemplo (para Argelia) si Indochina lograba liberarse. En la política norteamericana, el absurdo subyacente de esperar a la vez batalla y renuncia de parte de los franceses fue posible porque los norteamericanos pensaban en la guerra sólo como una lucha contra el comunismo, que podía incluir la independencia, y cerraban los ojos ante lo que evidenciaba ser uno de los últimos estertores del colonialismo, lo que obviamente no podía admitir.

Hipnotizado por una visión de intervención de los chinos, Dulles y el almirante Arthur Radford, presidente de los Jefes Conjuntos de Estado Mayor, y otros creían que, mientras los chinos no entraran en la guerra, aleccionados por sutiles advertencias de una represalia «masiva» —esto quería decir nuclear— o por otra acción de los Estados Unidos contra su territorio continental, en Indochina la balanza acabaría por inclinarse en favor de los franceses. Característicamente, esto era pasar por alto el Viet-Minh y cien años de nacionalismo vietnamita (error de cálculo que haría emperrarse a los Estados Unidos hasta el fin).

Al mismo tiempo, unos políticos comprendieron, como lo muestran sus angustiados memorandos, que los Estados Unidos estaban quedando manchados, ante los asiáticos, como socios en la guerra del hombre blanco; que el triunfo francés, por medio del plan Navarre, era ilusorio; que, a pesar del optimismo expresado por el general «Iron Mike» O'Daniel, jefe del MAAG, crecientes abastos norteamericanos no podrían asegurar la victoria del general Navarre. La ayuda norteamericana seguía siendo ineficaz, por diversas razones. Sabían que a menos que se cortaran los abastos chinos, que ahora llegaban a 1500 toneladas mensuales, Hanoi no cedería; estaban penosamente conscientes del creciente desafecto del público francés y de la Asamblea Nacional de Francia, y de la posibilidad de que la guerra fuera terminada por una crisis política, dejando a los Estados Unidos con un esfuerzo vano o bien la opción de llevar adelante por sí solos una malhadada causa. Sabían que, sin apoyo de los Estados Unidos, los Estados Asociados no podían sostenerse. En este conocimiento y esta conciencia, ¿cuál era la razón de la continuada inversión norteamericana en un cliente no viable, del otro lado del mundo?

Habiendo inventado a Indochina como blanco principal de una agresión comunista coordinada y habiendo repetido en todo consejo político y declaración pública la suposición fundamental de que salvarla del comunismo era vital para la seguridad de los Estados Unidos, el país cayó en la trampa de su propia propaganda. La exagerada retórica de la Guerra Fría había embrujado a sus formuladores. El gobierno creyó, o se había convencido bajo la guía de Dulles, que contener el avance del pulpo comunista en el sudeste de Asia era un imperativo. Más aún: «perder» Indochina tras la «pérdida» de China habría provocado una catástrofe política. También los liberales se unieron en este consenso. El juez William O. Douglas, tras visitar cinco regiones del sudeste de Asia en 1953, pronunció su juicio de que «cada frente es en realidad un acto abierto de una conspiración comunista por extender el imperio ruso… la caída de Vietnam hoy, pondría en peligro todo el sudeste de Asia[660]». El senador Mike Mansfield, que normalmente era una influencia serenadora en política extranjera, y miembro influyente del Comité de Relaciones Exteriores con un especial interés en Asia desde sus años de profesor de historia del Lejano Oriente, regresó en 1953 de un estudio de la situación en el lugar. Dijo al Senado que «La paz mundial está en la balanza», por los caminos de la expansión comunista en el Lejano Oriente; «Por tanto, la seguridad de los Estados Unidos no está en Indochina menos en peligro que en Corea». Se estaba dando ayuda en el conflicto como reconocimiento de la «gran importancia [de Indochina] para el mundo no comunista y para nuestra propia seguridad nacional[661]».

La matriz de esta exageración fue el estado de la Unión bajo las garras de la Gran Bestia. La cacería de brujas del macartismo del Comité de Actividades Antinorteamericanas de la Cámara, los soplones, las listas negras y los vociferantes de la derecha republicana y del cabildeo de China, la secuela de carreras arruinadas, habían hundido al país en un ataque de cobardía moral. Cada quien, con su cargo o

fuera de él, temblaba para demostrar sus credenciales anticomunistas. Los angustiados incluían a Dulles que, según uno de sus socios, vivía en constante aprensión de que el siguiente ataque de McCarthy fuese contra él[662]. Con menos intensidad, llegó hasta el presidente, como lo muestra la silenciosa resignación de Eisenhower cuando McCarthy atacó al general Marshall. Nada era tan ridículo, escribió una vez Macaulay, como el público británico en uno de sus periódicos arranques de moral… y nada fue tan perverso, podría añadirse, como el público norteamericano en sus arranques de los cincuenta.

Durante el gobierno de Eisenhower, el New Look había invadido la estrategia militar. El New Look era nuclear, y la idea fundamental, como fue elaborada por un comité de estrategas y jefes del gabinete, era que, en la confrontación con el comunismo, las nuevas armas ofrecían un medio de hacer la potencial represalia norteamericana una amenaza más seria y la guerra misma más enconada, más rápida y más barata que cuando dependía de vastos preparativos tradicionales y «procedimientos caducos[663]». Eisenhower estaba profundamente preocupado ante la perspectiva de unos presupuestos deficitarios, así como su secretario del Tesoro, George Humphrey, quien dijo sin ambages que no resultaría defensa sino desastre de «un programa militar que no tomara en cuenta los recursos y los problemas de nuestra economía… levantando majestuosas defensas y muros para la protección de un país que estuviera en bancarrota[664]». (Eso fue hace treinta años). El New Look fue motivado tanto por la economía interna como por la Guerra Fría.

Pretendiendo hacer una advertencia a Moscú, Dulles hizo pública la estrategia en su memorable discurso sobre la «represalia masiva» de enero de 1954. La idea fue poner en claro ante cualquier «agresor potencial» la certidumbre y la fuerza de una respuesta norteamericana, pero el trueno del cañón fue ahogado por el rugir y la confusión que causó el discurso. La mitad del mundo pensó que aquello era puro *bluff* y la otra mitad temió que no lo fuera. En este marco, se aproximó la crisis en los asuntos de Indochina.

En noviembre de 1953, el general Navarre había enviado 12 mil soldados franceses a ocupar la zona fortificada en Dien Bien Phu en el extremo norte, al oeste de Hanoi. Su propósito era provocar al enemigo a un combate frontal, pero esta posición, rodeada por alto terreno en una región en gran parte dominada por el Viet-Minh, fue una elección precipitada, que resultaría desastrosa. Por entonces, en una conferencia de ministros de Relaciones Exteriores en Berlín, Molotov propuso extender las discusiones para que cubrieran los problemas de Asia en una conferencia entre cinco potencias que incluyera la República Popular de China.

Preocupados por perturbadores informes de Dien Bien Phu, y por la extrema presión interna por poner fin a la guerra, los franceses se aferraron a la oportunidad de negociar. La propuesta de las cinco potencias horrorizó a Dulles, quien consideraba inaceptable todo acuerdo con comunistas, y no podía pensar siquiera en

sentarse a discutir con chinos, lo que habría podido considerarse como implícito reconocimiento de la República Popular. Creía que las aperturas de Rusia desde el discurso de coexistencia pacífica de Malenkov era una «campaña por una paz falsa[665]» y una treta destinada a hacer que sus adversarios bajaran la guardia. Se propuso resistir a la conferencia de las cinco potencias por medio de todo recurso de intimidación que tuviera en su arsenal mientras al mismo tiempo trataba de mantener a Francia totalmente comprometida con la guerra y, sin embargo, no tan irritada por la presión norteamericana que comprometiese la CDE. Como el gobierno francés, para salvar su piel política, estaba dispuesto a mantener a Indochina en su agenda, Dulles sólo pudo persistir al costo de una pugna a la que no podía arriesgarse. Tuvo que ceder. Se programó la conferencia de las cinco potencias para Ginebra a finales de abril.

La perspectiva de tener que reconocer una presencia comunista en Vietnam y de Francia abandonando la guerra produjo un espasmo de horror en los centros de planificación de la política norteamericana. Tomaron forma los planes de contingencia para una intervención armada norteamericana que remplazara a la francesa, y el esforzado presidente de los Jefes Conjuntos presentó un documento político en preparación para la Conferencia de Ginebra que llevaba la exageración hasta cumbres nunca alcanzadas. Excomandante de portaaviones en la Segunda Guerra Mundial, el almirante Radford, resultó súbito apóstol del poderío aéreo y del New Look, y su percepción política fue melodramática. Ofreciendo las razones para la intervención norteamericana, arguyó que si se permitía que Indochina quedara en manos de los comunistas, a ello «inevitablemente seguiría» la conquista de todo el sudeste de Asia; luego seguirían resultados a largo plazo, que incluirían las «más graves amenazas» a «fundamentales» intereses de seguridad de los Estados Unidos en el Lejano Oriente hasta «para la estabilidad y seguridad de Europa». La «comunización del Japón» seria un resultado probable. El control del arroz, el estaño, el caucho y el petróleo del sudeste de Asia y de la capacidad industrial de un Japón comunizado capacitarían a la China Roja a «construir una monolítica estructura militar más formidable que la del Japón antes de la Segunda Guerra Mundial». Entonces dominaría el Pacífico occidental y gran parte de Asia y ejercería una amenaza que llegaría a extenderse hasta el Medio Oriente[666].

Los espectros que atestaban la imaginación del almirante Radford —que hasta hoy han estado lejos de concretarse— plantean una pregunta importante para el estudio de la locura. ¿Qué nivel de percepción, qué ficción o fantasía entra en la política? ¿Qué vapores extraños encubren las estimaciones razonables de la realidad? ¿Qué grado de convicción o, por lo contrario, de exageración consciente entra en acción? ¿Se cree en el argumento, o se emplea su inventiva retórica para proponer un deseado curso de acción?

No es seguro que las ideas de Radford fuesen forjadas por Dulles, o las de Dulles por Radford, pero de uno u otro modo reflejaron la misma reacción excesiva. Dulles

dedicó entonces sus energías a asegurarse de que la Conferencia de Ginebra no llegara al menor acuerdo con Hanoi, a ninguna relajación de los franceses, y a que el terrible peligro inherente en la reunión fuese comprendido por sus conciudadanos. Convocó a congresistas, periodistas, hombres de negocios y otras personas de prestigio, para darles informes sobre lo que los Estados Unidos tenían en juego en Indochina. Les mostró mapas en color sobre la influencia comunista, irradiando en una oleada roja desde Indochina hasta Tailandia, Birmania, Malasia e Indonesia. Sus portavoces enumeraron las materias primas estratégicas que serían adquiridas por Rusia y China, mientras las perdía el Occidente, y plantearon el espectro, si los Estados Unidos no apoyaban a los contrafuertes, de los comunistas atravesando Asia, de Japón a la India. Según alguien que lo escuchó, Dulles dejó la impresión de que, si los Estados Unidos no mantenían a los franceses en línea, entonces tendrían que comprometer sus propias fuerzas en el conflicto[667]. Esta impresión fue transmitida al vicepresidente Nixon que, en un discurso supuestamente extraoficial pero que fue muy citado, dijo, en una especie de prólogo a la guerra del Ejecutivo: «Si para evitar una mayor expansión comunista por Asia e Indochina hemos de correr el riesgo, hoy, de mandar a nuestros muchachos, creo que el Ejecutivo tendrá que adoptar esta decisión, que es políticamente mal vista, y hacerlo[668]».

El presidente hizo la más importante contribución a la hipnosis en una conferencia de prensa del 7 de abril de 1954, cuando empleó la frase «piezas de dominó que caen» para expresar las consecuencias si Indochina fuese la primera en caer. La teoría de que los países vecinos del sudeste de Asia sucumbirían uno tras otro por alguna inmutable ley de la naturaleza ya había sido expresada de tiempo atrás. En la conferencia de prensa de Eisenhower se le dio un nombre que fue tan inmediatamente aceptado en los anales del país como la Puerta Abierta. Nadie dudó de que esto fuera realista, aunque sí encontró cierto escepticismo en el extranjero, como lo dice Eisenhower en sus memorias. «Nuestra principal tarea era convencer al mundo de que la guerra del sudeste de Asía era un paso agresivo de los comunistas para subyugar toda esta región». Los norteamericanos «así como los ciudadanos de los tres Estados Asociados debían quedar convencidos del verdadero significado de la guerra[669]». En otras palabras, había que extender la hipnosis, y transmitir el «verdadero significado de la guerra», por intrusos en un pueblo en cuyo suelo se había luchado durante siete años. La necesidad de tanto explicar y tanto justificar parece indicar una falla inherente que, con el tiempo, había de ensancharse.

En previsión de Ginebra, el Viet-Minh reunió sus fuerzas para una confrontación importante. Mediante acoso y artillería logró poner sitio a Dien Bien Phu, destruyó las pistas de los aeropuertos franceses en marzo de 1954, cortó la línea de abastecimientos franceses, con ayuda de nuevos abastos chinos, que llegaron a un máximo de cuatro mil toneladas mensuales durante la batalla, reduciendo a la fortaleza a la desesperación[670].

La crisis hizo eco en Washington. El general Paul Ely, jefe del Estado Mayor

francés, llegó con la explícita solicitud de un ataque aéreo norteamericano para liberar a Dien Bien Phu. La emergencia movió al almirante Radford a ofrecer un ataque de B-29 que partirían del Campo Clark, en Manila[671]. Ya había planteado tentativamente entre unos cuantos oficiales selectos, en la Defensa y el Estado, la posibilidad de pedir la aprobación francesa, en principio, de emplear armas tácticas atómicas para salvar la situación en Dien Bien Phu[672]. Un grupo de estudio del Pentágono había concluido que tres de tales armas, debidamente empleadas, bastarían para «aplastar allí el esfuerzo del Viet-Minh», pero la opción no fue aprobada y ni siquiera transmitida a los franceses[673]. La propuesta de MacArthur, de una intervención tradicional de la fuerza aérea, que llegó a adquirir la dignidad histórica de un nombre en código, Operación Buitre, no fue autorizada por los jefes conjuntos en grupo y, como después lo explicó el almirante, sólo era «conceptual». Ely partió sin llevarse nada definido salvo una promesa de 25 bombarderos adicionales para que los emplearan los franceses.

Al mismo tiempo, Dulles estaba tratando de obtener unas condiciones que permitieran la intervención armada de los Estados Unidos en caso de un desplome francés. Convocó a ocho miembros del Congreso, incluso a los líderes de la mayoría y de la minoría del senado, William Knowland y Lyndon Johnson, a una conferencia secreta y les pidió una resolución conjunta del Congreso que permitiera el empleo de potencial del aire y naval en Indochina. Radford, que estuvo presente, explicó la naturaleza de la emergencia y propuso un ataque aéreo de 200 aviones que partirían de los portaaviones que se hallaban en el mar del Sur de la China. Dulles, a todo voltaje, expresó su visión de un rodeo si Indochina se perdía. Al descubrir que el plan de Radford no contaba con la aprobación de los otros jefes conjuntos y que Dulles no tenía aliados para una acción unida, los congresistas se limitaron a decir que probablemente obtendrían la resolución si se encontraban aliados y si los franceses prometían continuar en el campo y «acelerar» la independencia[674].

En París, el gabinete francés llamó al embajador Douglas Dillon a una reunión de emergencia en domingo para pedirle la «inmediata intervención armada de la fuerza aérea norteamericana, partiendo de portaaviones». Dijeron que el destino del sudeste de Asia y de la inminente Conferencia de Ginebra «dependían de Dien Bien Phu[675]». Reuniéndose con Dulles y Radford, Eisenhower se mostró aferrado a sus condiciones para una intervención. Su firmeza tenía dos bases: un respeto innato a los procesos constitucionales del gobierno y el reconocimiento de que una acción del aire y naval provocaría la entrada en acción de fuerzas de tierra, a cuyo empleo él se oponía. Dijo en una conferencia de prensa en marzo que «no habrá participación de los Estados Unidos en la guerra a menos que sea el resultado del proceso constitucional, que el Congreso tiene que declarar. Pongamos esto en claro; y ésta es mi respuesta». Además, estuvo de acuerdo con la conclusión militar de que una acción aérea y naval sin fuerzas de tierra no podría alcanzar el objetivo norteamericano, y no creía que debieran volver a comprometerse fuerzas de tierra

como en Corea sin perspectivas y un resultado decisivo[676].

En las discusiones militares, el resuelto adversario de combates en tierra era el jefe de Estado Mayor del Ejército, general Matthew B. Ridgway, quien había salvado la situación en Corea. Enviado a recibir de manos de MacArthur el mando, puso orden en el Octavo Ejército y lo encabezó en una lucha que frustró el intento de Corea del Norte por adueñarse del país. El resultado, si no fue una victoria, al menos restauró el *statu quo ante*, y contuvo al comunismo. Las ideas de Ridgway eran categóricas y luego fueron confirmadas por un equipo de investigación que él envió a Indochina en junio, cuando llegó a ser crítica la cuestión de la intervención norteamericana. El equipo, encabezado por el general James Gavin, jefe de planes y desarrollo, informó que una fuerza de combate norteamericana de tierra sufriría «grandes bajas» y requeriría cinco divisiones para empezar, y otras diez una vez que hubiese entrado en acción. La zona estaba «prácticamente desprovista de todas esas instalaciones que las fuerzas modernas como las nuestras encuentran esenciales para la guerra. Sus telecomunicaciones, caminos, ferrocarriles y todas las cosas que hacen posibles las operaciones de una fuerza moderna son casi inexistentes». Crear esta subestructura requeriría «enormes esfuerzos de ingeniería y logística» a un gran costo, y en opinión del grupo, «esto no debe hacerse[677]».

Eisenhower estuvo de acuerdo, y no sólo por razones militares. Creía que una intervención unilateral de los Estados Unidos sería políticamente desastrosa. «En ningún caso deben los Estados Unidos apoyar, por sí solos, el colonialismo francés», dijo a uno de sus amigos. «La acción unilateral de los Estados Unidos en casos de esta índole nos destruiría». También debía aplicarse el principio de acción unida, subrayó Eisenhower, en caso de una abierta agresión china[678].

La amenaza de un acuerdo con el comunismo puso a Dulles en una verdadera fiebre de actividad para reunir aliados, especialmente los ingleses, para formar una acción unida, mantener en combate a los franceses, espantar a los chinos mediante amenazas de intervención, hablando de armas atómicas, aplastar la coalición, la partición, el cese de fuego o cualquier otro compromiso con Ho Chi Minh y, en general, sabotear la Conferencia de Ginebra, antes o después de reunida.

Como las fibras de una tela que absorben un colorante, los políticos de Washington estaban ahora tan absolutamente imbuidos, por tantas y repetidas afirmaciones, de la vital necesidad de salvar del comunismo a Indochina que llegaron a creer en ello, no lo cuestionaron y estaban dispuestos a actuar por ello. Pero la retórica se había convertido en una doctrina y, en la excitación de la crisis arrancó al Comité Especial Presidencial sobre Indochina un consejo político, con respecto a la Conferencia de Ginebra, que en su arrogancia y obsesión parece obra de lord Hillsborough que hubiese vuelto a la vida El Comité, que comprendía a los departamentos de la Defensa y de Estado, y la CIA, incluía entre sus miembros al subsecretario de la Defensa Roger Kyes, al almirante Radford, al subsecretario de Estado Walter Bedell Smith, al subsecretario Walter Robertson y a Allen Dulles y el

coronel Edward Lansdale de la CIA. El 5 de abril de 1954 recomendó como primer principio que «sea política de los Estados Unidos no aceptar nada menos que una victoria militar en Indochina». Considerando que los Estados Unidos no eran uno de los beligerantes, al parecer entró un elemento de fantasía en esta demanda.

En segundo lugar, si no obtenían el apoyo de Francia a su posición, los Estados Unidos debían «iniciar pasos inmediatos con los gobiernos de los Estados Asociados, hacia una continuación de la guerra en Indochina para que incluya una participación activa de los Estados Unidos» con o sin el consentimiento francés. En el lenguaje más llano, esto significaba que los Estados Unidos habían de hacerse cargo de la guerra a petición de los Estados Asociados. Además, no habría «cese de fuego en Indochina antes de la victoria», ya llegase la victoria por «triunfal acción militar o por claro reconocimiento de derrota por los comunistas». Como, dado que Dien Bien Phu estaba a punto de caer, la acción militar no parecía indicar precisamente el triunfo, y como el reconocimiento de derrota por el Viet-Minh era una hipótesis hecha de aire, y como los Estados Unidos no estaban en posición de decidir si habría o no un cese de fuego, esta estipulación era totalmente absurda. Por último, para combatir cierta pasividad con respecto a la tesis de los Estados Unidos, el Comité urgía a emprender esfuerzos «extraordinarios» para «dar vitalidad en el sudeste de Asia al concepto de que el imperialismo comunista es una amenaza trascendental para cada uno de los Estados del Sudeste de Asia[679]».

No se conoce el destino de este documento, si fue discutido, rechazado o adoptado. Ello no importa, pues el hecho de que se le pudiese formular refleja el pensamiento —o lo que pasa por pensamiento de gobierno— que condicionó los acontecimientos y allanó el camino a la futura intervención norteamericana en Vietnam.

Vanos fueron los esfuerzos por lograr una acción unida. Los ingleses se mostraron recalcitrantes y, sin dejarse convencer por la opinión norteamericana de que Australia, Nueva Zelanda y Malasia eran candidatos para la lista del dominó, se negaron rotundamente a comprometerse en cualquier curso de acción antes del resultado de las discusiones de Ginebra. Los franceses, pese a su crisis y a su solicitud de un ataque aéreo, se negaron a invitar a los Estados Unidos a tomar parte en su guerra, sintiendo que una sociedad en toda forma dañaría su prestigio, que ninguna nación toma tan en serio como los franceses. Deseaban que Indochina siguiese siendo su asunto propio y no parte de un frente unido contra el comunismo. La renuencia con que Dulles tropezó en ambos casos fue, en parte, creación suya porque la alarma creada por su discurso de la «represalia masiva» del mes de enero anterior hizo que los aliados se preocuparan, pensando que los Estados Unidos podrían iniciar la guerra atómica.

El 7 de mayo cayó Dien Bien Phu, dando al Viet-Minh un asombroso triunfo en apoyo de sus reclamaciones en Ginebra. Desafiándolo todo, Dulles aseguró en una

conferencia de prensa que «el sudeste de Asia podía quedar seguro, tal vez sin Vietnam, Laos y Camboya[680]»: en otras palabras, las fichas de dominó no caerían como se había esperado.

En los días sombríos que siguieron a la noticia de Dien Bien Phu, se iniciaron en Ginebra las conversaciones sobre Indochina, al más alto nivel, con Francia representada por el primer ministro Joseph Laniel, y las otras poten cías por sus ministros de Relaciones Exteriores: Anthony Eden y Molotov como copresidente, Dulles y el subsecretario Bedell Smith por los Estados Unidos, Chou En-lai por China, Pham Van Dong por el Viet-Minh, y representantes de Laos, Camboya y los Estados Asociados de Vietnam. Grande era la atención porque el primer ministro Laniel tenía que pedir un cese del fuego para salvar a su gobierno, mientras que los norteamericanos estaban haciendo esfuerzos por impedirlo. Los europeos presionaron, fue difícil encontrar unas condiciones aceptables para ambos bandos, se abandonó el gobierno de coalición en favor de una partición, se disputaron ferozmente la línea de demarcación y las zonas de retiro, hubo discusiones y los ánimos se caldearon.

Al transcurrir las semanas, el gobierno de Laniel cayó y fue remplazado por el de Pierre Mendès-France, quien creía que la continuación de la guerra en Indochina «hace mucho menos por bloquear el camino al comunismo en Asia que abrirlo en Francia[681]». Anunció que pondría fin a la guerra en treinta días (para el 21 de julio), o renunciaría, y dijo sin ambages a la Asamblea Nacional que si no se obtenía en Ginebra un cese del fuego, sería necesario que la Asamblea autorizara la conscripción para complementar al ejército profesional que estaba en Indochina[682]. Dijo que su último acto antes de renunciar sería presentar un proyecto de ley con tal propósito y se pediría a la Asamblea que votara el mismo día. Imponer la conscripción para una guerra ya mal vista no era una medida que los miembros desearan considerar siquiera. Con esa amenaza en el bolsillo, Mendès-France partió inmediatamente rumbo a Ginebra tratando de cumplir con el plazo fijado por él mismo.

En la Conferencia eran enormes los antagonismos. Se insistió en la partición de Vietnam como único medio de separar a los beligerantes; los franceses exigían el paralelo 18 —en oposición al paralelo 13, después 16, que pedía el Viet-Minh—, lo que habría incluido en su zona a la antigua capital de Hué. Los Estados Asociados no quisieron comprometerse con ninguna decisión. Dulles, negándose a participar en cualquier concesión a los comunistas, se fue y luego volvió. Estando en Washington, renovó sus ataques a toda intervención china. «Si ocurriera tan abierta agresión militar», dijo en un discurso público, «ello sería una deliberada amenaza a los propios Estados Unidos[683]». Por ello, firmemente colocó la seguridad de los Estados Unidos en el limbo de Indochina.

Al acercarse en Ginebra el plazo fijado por Mendès, el desacuerdo amenazó por la línea de demarcación y por la época de las elecciones de la final reunificación. Hubo regateos y conferencias bilaterales tras bambalinas. La Unión Soviética,

avanzando hacia una distensión de las relaciones después de Stalin, ejerció presión sobre Ho Chi Minh. Chou En-lai, delegado de China, dijo a Ho que iba en su interés quedarse con la mitad de una tajada para echar a los franceses y mantener fuera a los norteamericanos y que a la postre obtendría la tajada completa[684]. Ho finalmente se dejó convencer, muy de mala gana, en favor del paralelo 17 y un periodo de dos años antes de las elecciones. Se llegó a un acuerdo a tiempo para una declaración final del 21 de julio que puso fin a la guerra francesa. Hasta el punto en que Francia tenía que reconocer la derrota concediendo la mitad de Vietnam a los rebeldes, el resultado fue más dañino para su prestigio que si lo hubiese concedido voluntariamente desde el principio. En este error, la seguirían después los Estados Unidos.

El Acuerdo de Ginebra declaraba un cese del fuego, confirmaba bajo auspicios internacionales la independencia de Laos y Camboya y dividía a Vietnam en zonas separadas del Norte y del Sur, con la especificación de que «la demarcación militar es provisional y de ninguna manera debe interpretarse en el sentido de que constituye una frontera política o territorial». El Acuerdo permitía además a las fuerzas francesas permanecer hasta que los Estados Asociados pidieran su retirada, establecía elecciones para julio de 1956, límites y regulaciones a las bases militares, los armamentos y personal del extranjero y una Comisión Internacional de control que supervisaría el cumplimiento de los términos. Ni el gobierno de Hanoi ni el de Saigón firmaron el acuerdo, como tampoco los Estados Unidos, que no pasarían de una sombría declaración de no valerse de «la amenaza o el empleo de la fuerza» contra los acuerdos.

El convenio de Ginebra puso fin a una guerra evitando una mayor participación de China o de los Estados Unidos, pero al no dejar satisfechos a unos patrocinadores ansiosos por aplicarlo, e incluyendo partes insatisfechas que ya pensaban invertirlo, nació defectuoso. Los Estados Unidos no eran los menos insatisfechos.

Ginebra representó una derrota para Dulles en todos los aspectos de su política hacia Indochina. No había logrado impedir el establecimiento de un régimen comunista en Vietnam del Norte, no convenció a la Gran Bretaña ni a nadie más para una acción unida, no mantuvo a Francia activa en el campo, no obtuvo del presidente la aprobación para una intervención militar norteamericana, y ni siquiera se ganó a la CDE, que la Asamblea francesa brutalmente rechazó en agosto. Estos resultados causaron poca impresión; Dulles no estaba dispuesto a inferir de ellos alguna razón para reexaminar su política. Como en el caso de Felipe II, «ninguna experiencia del fracaso de su política pudo conmover su fe en su excelencia esencial». Convocó a una conferencia de prensa en Ginebra, no para «lamentar el pasado», sino para «aprovechar la futura oportunidad de impedir que la pérdida de Vietnam del Norte condujera a la extensión del comunismo por todo el sudeste de Asia y el Pacífico del sudoeste». La cantinela era la misma de antes. Sin embargo, adujo una lección, tomada de la experiencia: «que la resistencia al comunismo necesita el apoyo popular… y que el pueblo necesita sentir que está defendiendo sus propias

instituciones nacionales». Tal era en realidad la lección y no habría podido ser mejor planteada, pero como los hechos lo mostrarían, sólo había sido planteada y no aprendida.

3. Creando al cliente: 1954-1960

En esta etapa, habiendo sido inútiles ocho años de esfuerzos norteamericanos para ayudar a los franceses, y habiendo fallado el esfuerzo francés a un costo, en soldados de la Unión francesa, de 50 mil muertos y cien mil heridos[685], los Estados Unidos habrían podido ver indicaciones para retirarse de los asuntos de Indochina. Estaba fresco el ejemplo de la futilidad en China, donde un esfuerzo más grande y prolongado por dirigir los destinos de tal país había sido disipado por la revolución comunista como arena al viento. No se había aprendido nada de la experiencia china: que los deseos occidentales tal vez no se aplicaran a la situación, que la política exterior también es el arte de lo posible. El gobierno norteamericano no reaccionó al levantamiento chino ni al nacionalismo vietnamita *per se*, sino a la intimidación de la más estruendosa derecha en el interior y al temor del público al comunismo que aquélla aprovechó y que reflejó. Las fuentes sociales y psicológicas de tal temor no son nuestro tema, pero en ellas se encuentran las raíces de la política norteamericana en Vietnam.

Los Estados Unidos no habían pensado en retirarse de Indonesia (sic) ni en aceptar el acuerdo de Ginebra. La tarea inmediata de Dulles, en su opinión, era doble: crear una organización colonial del tratado del sudeste de Asia, como la OTAN, que diera autoridad, de antemano, a la defensa colectiva —o a su imagen— contra el avance del comunismo en la zona; y en segundo lugar, asegurar el funcionamiento de un Estado nacional válido en Vietnam del Sur, capaz de sostener el frente contra el norte y, a la postre, recuperar todo el país. El secretario de Estado ya estaba entregado a ambos esfuerzos antes de la Declaración de Ginebra.

Dulles había empezado a agitar en favor de un pacto de seguridad mutua del sudeste de Asia en mayo, como parte de su campaña por contrarrestar lo de Ginebra. Conscientemente o no, estaba actuando para colocar a los Estados Unidos en posición como la potencia dominadora de la situación, en remplazo de las potencias coloniales. Deseaba una base jurídica internacional para la intervención, como había existido en Corea por causa de la violación de una frontera establecida por la ONU. Las implicaciones de esto alarmaron a los observadores, entre otros al *Saint Louis Post-Dispatch*, que en una serie de editoriales, antes del cese del fuego logrado en Ginebra, preguntó si el propósito de Dulles era «dar un método de puerta de salida por el cual los Estados Unidos pueden intervenir en la guerra de Indochina». ¿Desea el pueblo de los Estados Unidos «organizar el curso de las fuerzas armadas contra la revuelta interna del tipo que inició la guerra de Indochina»? Respondiendo por la negativa, el *Post-Dispatch* reiteró el tema «Ésta es una guerra en la que no debemos mezclarnos[686]». Previó que esa intervención comprometería a los Estados Unidos

con una guerra «limitada» que probablemente «sólo podría ganarse haciéndola ilimitada». Para mayor hincapié, el periódico publicó una caricatura de Daniel Fitzpatrick que mostraba al Tío Sam contemplando una negra marisma llamada «Errores Franceses en Indochina». Preguntaba la caricatura: «¿Cómo ayudaría otro error?». El hecho de que esta caricatura ganara un Premio Pulitzer es prueba de que su mensaje, ya desde 1954, no era oscuro.

Una tragedia mayor que un simple error pudo ver el mismo año un observador profundamente preocupado por la relación de los Estados Unidos con Asia. En su libro *Wanted: An Asian Policy*, Edwin O. Reischauer, especialista en el Lejano Oriente y futuro embajador en Japón, ubicó la tragedia en el hecho de que el Occidente hubiese permitido que el nacionalismo indochino se convirtiera en causa comunista. Esto es lo que había resultado del apoyo norteamericano a los franceses en «una defensa extremamente ineficaz y, a la postre, inútil del *statu quo*». El resultado «muestra cuán absurdamente errados hemos estado al combatir el nacionalismo asiático en lugar de ayudarlo[687]».

Bajo la incansable mano organizadora de Dulles, una conferencia para establecer la Organización del Tratado del Sudeste de Asia (SEATO), se reunió en Manila en septiembre de 1954. Al incluir sólo tres naciones asiáticas, sólo dos —Tailandia y las Filipinas— del sudeste de Asia (la tercera era Pakistán) y sólo una contigua a Indochina y ninguna de la propia Indochina, desde el principio careció de cierta autenticidad. Los otros miembros eran la Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda y los Estados Unidos. Combativo como siempre, Dulles informó a los delegados que su propósito era estar de acuerdo, por adelantado, en una respuesta «tan unida, tan fuerte y tan bien colocada» que cualquier agresión contra la zona del tratado perdería más de lo que pudiese ganar[688]. Como los miembros asiáticos de la conferencia no contaban con un apreciable poder militar, y los otros no se encontraban en posición geográfica para desplegarla o bien ya estaban retirándose de la zona, y como los propios Estados Unidos no tenían un compromiso formal de fuerzas para la defensa del sudeste de Asia, la demanda del secretario era un verdadero engaño. En el Artículo IV, núcleo operativo del Tratado, consiguió el compromiso de cada miembro de «enfrentarse al peligro común de acuerdo con sus procesos constitucionales». Ésta no era exactamente la espada desnuda Excalibur.

En un protocolo separado, Dulles se las arregló para poner los Estados Asociados de indochina bajo la protección del Artículo IV y definir sus obligaciones, a su propia satisfacción, como un «claro y definitivo acuerdo de parte de los signatarios» de acudir en ayuda de cualquier miembro del pacto que fuese víctima de una agresión. En términos reales, como dijo un delegado del Departamento de la Defensa, el vicealmirante Davis, el Tratado dejaba al sudeste de Asia «no mejor preparado que antes para enfrentarse a la agresión comunista[689]».

Mientras tanto, había surgido un nuevo primer ministro de Vietnam del Sur, quien desde el principio hasta su violento fin fue cliente de los Estados Unidos. Elegido no

entre el país sino en el círculo de exiliados vietnamitas del exterior, fue elevado, mediante manipulación francesa y norteamericana en que Francia fue un socio muy renuente. Para motivar mayor energía y dependencia de Vietnam del Sur, los Estados Unidos estaban resueltos a suprimir la presencia francesa, aparte de la lamentable necesidad de conservar fuerzas armadas francesas hasta que pudiese ocupar su lugar un ejército vietnamita de confianza, cuyos oficiales y entrenamiento correrían por cuenta de los Estados Unidos. Según los acuerdos de Ginebra, los franceses estaban obligados a supervisar el armisticio y las elecciones, y para ellos fue difícil no suponer que, durante el periodo de transición, sus nexos comerciales, administrativos y culturales se podrían mantener y desarrollar hacia una voluntaria inclusión de Indochina en la Unión francesa.

Los Estados Unidos deseaban lo contrario, y encontraron un buen peón en Ngo Dinh Diem, ardiente nacionalista de una familia católica, de mandarines, cuyo padre había sido un lord Chamberlain en la corte imperial de Annam. Diem había sido gobernador de provincia en el servicio colonial francés y ministro del Interior a las órdenes de Bao Dai, pero había renunciado en 1933 como protesta contra el régimen francés y la cancelación de las reformas prometidas. Se retiró a Japón y después de su retorno había rechazado una oferta japonesa, en 1945, de formar un gobierno encabezado por el siempre disponible Bao Dai. Tan nacionalista como ferviente anticomunista, también había rechazado la opción de unirse a Ho Chi Minh, quien le había ofrecido un puesto en Hanoi. Ésta no cooperación causó su arresto y detención durante seis meses, por el Viet-Minh. Reconocido como el principal nacionalista no comunista, se había negado a servir según el Acuerdo del Elíseo, por considerarlo igualmente incompatible con la soberanía, y en 1949 volvió a partir al exilio en Japón. En 1950 fue a los Estados Unidos, donde por virtud de un hermano suyo que era obispo católico, entró en contacto con el cardenal Spellman de Nueva York[690].

Introducido por el cardenal en círculos influyentes, Diem conoció al juez Douglas en Washington poco después de que éste descubrió los «cinco frentes» del sudeste de Asia. Impresionado por la visión de Diem, de un futuro para su país que combinara la independencia con la reforma social, Douglas creyó haber encontrado al hombre que podía ser la verdadera opción, tanto frente al pelele francés Bao Dai como al comunista Ho Chi Minh. Informó de su descubrimiento a la CIA y presentó su candidato a los senadores Mansfield y John F. Kennedy, ambos católicos[691]. En adelante, Diem estuvo ya en marcha.

Ahí estaba, por fin, el candidato norteamericano, válido nacionalista vietnamita cuya francofobia le absolvía de toda mancha de colonialismo y cuya aprobación por el cardenal Spellman certificaba su anticomunismo. Estaba a salvo del senador McCarthy. Fue a Europa en 1953 a promover su candidatura entre los expatriados vietnamitas que había en Francia y estuvo activamente cabildeando en París en 1954 durante la tregua de Ginebra, cuando era urgente descubrir a un jefe prometedor. Diem ciertamente no había sido elegido por los franceses, pero la necesidad que

Francia tenía de un cese del fuego era más importante que su repugnancia al candidato. Con apoyo norteamericano y con las cábalas de varias facciones entre los expatriados, mientras se acercaba el plazo fijado por Mendès-France, Diem fue renuentemente aceptado. Bao Dai, que aún era jefe de Estado en un confortable retiro en la Riviera, fue convencido de que lo nombrara primer ministro, poco antes de que se firmara el Acuerdo de Ginebra.

En torno de esta figura, a lo largo de los nueve años siguientes, se centró y se desplomó el esfuerzo por construir un viable Estado democrático autosostenible en Vietnam del Sur. Diem demostró estar mal preparado. Viviendo de la teoría y de altos principios, no tenía ninguna experiencia de un gobierno nacional independiente; compartía el antagonismo general a los franceses y, sin embargo, heredó el legado colonial por medio de la clase de la que se benefició y a la que pertenecía; era un devoto católico en una sociedad en gran parte budista; tenía que enfrentarse a las divisivas sectas y facciones de tipo mafioso con ejércitos privados y métodos gansteriles. Rígido en sus ideas, no acostumbrado a tratar, desconocedor de la democracia en la práctica, era incapaz de enfrentarse a disidencia u oposición, salvo por la fuerza o por mandato. En una de las tristes traiciones que el alto cargo inflige a las buenas intenciones, las circunstancias lo convirtieron en un dictador, sin darle el puño de hierro del dictador.

Ahora, con un embajador norteamericano y toda una embajada en Saigón, con una proliferación de asesores y dependencias además del MAAG, la política norteamericana se insertó más resueltamente que nunca, considerando como su primera tarea la preparación de un ejército vietnamita eficaz y, según se esperaba, leal y motivado. El MAAG deseaba hacerlo por sí solo sin participación de los franceses, basándose en la teoría de que la influencia norteamericana así se diferenciaría de la francesa. Nadie pensó en que el país heredaría el desagrado que todos sentían ante la intrusión blanca. Los norteamericanos se consideraban tan «distintos» de los franceses[692] que debían ser recibidos como verdaderos partidarios de la independencia vietnamita, mientras se olvidaba el hecho de que eran los Estados Unidos los que habían hecho regresar a los franceses y financiado su guerra. Al ayudar a un Vietnam del Sur independiente a establecerse, se pensó que los Estados Unidos demostrarían sus buenas intenciones.

Los requerimientos del programa de preparación hicieron salir a luz la renuencia de los políticos militares en Washington a comprometerse más. Pero dada la misión, un buen soldado la lleva adelante sin preguntar. El general O’Daniel, comandante del MAAG, trazó un plan de procedimientos y requerimientos para el programa de preparación y pidió que se mandara más personal antes de que el acuerdo de Ginebra redujera las adiciones de personal.

Con amplios informes acerca del ambiente y de las inciertas lealtades del ejército vietnamita, los Jefes Conjuntos se mostraron totalmente escépticos; no querían ser responsables del fracaso o, aún peor, en caso de un choque, de tener que llevar tropas

norteamericanas para rescatar a una fuerza inadecuada, Concluyeron en un inequívoco memorando de agosto de 1954 que era «absolutamente esencial» tener «un gobierno civil estable razonablemente fuerte al mando», y que era «vano esperar que una misión de entrenamiento los Estados Unidos lograra el éxito» a menos que la nación en cuestión pudiese cumplir eficazmente con todas las funciones necesarias para reclutamiento y mantenimiento. Previeron «un completo vacío militar» si se retiraban las tropas francesas y sí los Estados Unidos se ponían al frente, una lamentable «responsabilidad [norteamericana] por cualquier fracaso del programa», y juzgaron, en conclusión, que los Estados Unidos «no debían participar». Se apresuraron a añadir, con el cuidado que los asesores del gobierno tienen de no mostrarse nunca demasiado claros, que si «las consideraciones políticas son lo primero» ellos «aceptarían la asignación de una misión de entrenamiento[693]». En el proceso oficial, el consejo suele ser flexible porque tiene miedo a la falta de opciones.

Siguieron unas enconadas discusiones acerca de los niveles de fuerza que habría que entrenar, y el costo de mantener en el lugar al ejército francés —cien millones de dólares para 1955, 193 millones para 1956— y el momento en que los franceses debían empezar a retirarse por fases, mientras que las dudas del éxito entre los Jefes Conjuntos se hacían cada vez mayores. En noviembre de 1954, dada la caótica situación política interna de Vietnam, no encontraron «garantías… de un apoyo leal y eficaz para el gobierno de Diem» o de «estabilidad política y militar dentro de Vietnam del Sur». A menos que los propios vietnamitas mostraran el deseo de resistir al comunismo, «ninguna cantidad de presión y ayuda externa podrán aplazar una completa victoria comunista en Vietnam del Sur[694]». En retrospectiva, es imposible no preguntar por qué el gobierno norteamericano pasó por alto el consejo de las personas nombradas para darlo.

Abrumado por sus adversarios y rivales internos, y por la incompetencia, disensión y corrupción, Diem también tuvo que enfrentarse a un influjo de cerca de un millón de refugiados llegados del norte durante los 300 días Acuerdo de Ginebra autorizaba para el intercambio de poblaciones. Como respuesta a la propaganda católica, basada en el lema de que «Cristo se ha ido al sur» y «la Virgen María se ha ido al sur[695]», el movimiento de masa fue 85 por ciento católico. Sin embargo, representaba un grupo considerable que no quería vivir bajo el comunismo, y al dar a Diem un cuerpo coherente de apoyo en realidad lo ayudó a consolidar su régimen, aunque el hecho de que él los favoreciera dándoles cargos oficiales provocó antagonismo. Los Estados Unidos aceptaron gran parte de la carga; la marina transportó 300 mil refugiados, y su reasentamiento fue ayudado por una gran recabación de fondos entre instituciones católicas de caridad y otras.

«Altos oficiales llegados de Washington», después de visitar Saigón, según un informe, en privado indicaron su conclusión de que «probablemente habrá considerar a Vietnam como una pérdida[696]». La política norteamericana, ante consejos contradictorios, luchando con el problema de cómo fortalecer y estabilizar a Diem, de

cómo retener las fuerzas francesas mientras se eliminaban sus intereses, de qué decidir acerca de la preparación necesaria para el ejército vietnamita, de qué grado de inversión hacer en general, se encontró en medio de un pantano. Los franceses, a quienes nunca gustó Diem, declararon, en palabras del primer ministro Faure, que era «no sólo incapaz sino demente[697]». En cambio, el senador Mansfield, después de un segundo viaje de estudio, informó que era un auténtico nacionalista cuya supervivencia era esencial para la política norteamericana. Sin embargo, el informe Mansfield al Senado fue menos alentador que el del año previo. Dijo que la situación se había «deteriorado gravemente» debido a una «continua subestimación» de la fuerza política y militar del Viet-Minh. Por causa de la insatisfacción con la política de Diem, parecía haber «pocas esperanzas de alcanzar nuestros objetivos en Indochina en el futuro próximo». Si Diem caía, dijo Mansfield, sus sucesores serían aún menos democráticos, y en tal caso los Estados Unidos «debían considerar una inmediata suspensión de toda ayuda a Vietnam y a las fuerzas que allí se encuentran de la Unión francesa». Concluyó con una fría dosis de sentido común: «A menos que haya esperanzas razonables de alcanzar nuestros objetivos, el continuo gasto de los recursos de los ciudadanos de los Estados Unidos es injustificado e inexcusable[698]».

Eisenhower vacilaba. Dirigió una carta a Diem en octubre, expresando su grave preocupación por el futuro de un país «temporalmente dividido por una artificial agrupación militar» (no la «frontera internacional» que sus sucesores gustaban de mencionar), pero afirmando que estaba dispuesto a trabajar con Diem en la elaboración de «un programa inteligente de ayuda norteamericana entregada directamente a su gobierno», siempre que Diem diera garantías de los «niveles de desempeño» que su gobierno mantendría si se le otorgaba la ayuda. Con poca confianza en las promesas, el presidente envió al general J. Lawton Collins, colega suyo de la Segunda Guerra Mundial, en misión especial para fijar las relaciones con los franceses y ver qué se podía al esperar de Diem.

El informe de Collins fue negativo. Encontró a Diem «incapaz de afirmar el tipo de jefatura que puede unificar este país y darle una oportunidad de competir con el control duro, eficaz y unificado de Ho Chi Minh[699]». Las opciones abiertas a la política norteamericana, como él las veía, eran o bien apoyar a Diem durante un tiempo sin mayor compromiso, y si él no lograba hacer progreso, llevar de regreso a Bao Dai, y si esto era inaceptable, «recomiendo una reevaluación de nuestros planes para ayudar al sudeste de Asia, con especial atención a las propuestas anteriores», a saber, «el gradual retiro del apoyo de Vietnam». Ésta era «la menos deseable [pero] con toda franqueza, y en vista de lo que he observado allí, ésta puede ser la única solución[700]».

Cuando se le pidió quedarse a elaborar un programa de apoyo con el general Ely, comandante francés, Collins reafirmó su consejo cinco meses después. Vietnam no podría salvarse del comunismo, informó, a menos que se pusiera en acción un buen programa de reformas políticas, económicas y militares, basado en una absoluta

coordinación entre vietnamitas, norteamericanos y franceses, y si esto no se lograba, «a mi juicio, deberemos retirarnos de Vietnam[701]».

¿Por qué, a la luz de todas estas dudas y negativas, no aprovecharon los Estados Unidos la oportunidad para retirarse? No lo hicieron porque siempre surgía el argumento de que, si se retiraba el apoyo norteamericano, Vietnam del Sur se desintegraría, y el frente contra el comunismo cedería en Indochina, mientras se enfrentaba a una nueva amenaza en otra parte. La crisis de Quemoy-Matsu por las islas situadas frente a las costas de China estalló por entonces, llevando a Dulles a su máxima paranoia y al «borde» —en sus propias palabras— de la guerra con la China Roja. La crisis sofocó todo impulso de considerar Vietnam con realismo o de considerar la proposición del general Collins.

El propio Collins, aunque convencido de la incapacidad de Diem, estaba trabajando enérgicamente por hacer que el régimen calificara como cliente digno del apoyo norteamericano, y en respuesta a su presión se estableció un programa de reforma agraria, y fue nombrada una asamblea provisional encargada de redactar una constitución. Washington observó estas señales de progreso y, motivado también por el deseo de frustrar las aperturas de los franceses a los rivales de Diem, oficialmente confirmó el apoyo norteamericano a su gobierno. Al mismo tiempo, en febrero de 1955, se tomó la decisión de iniciar el entrenamiento de un ejército vietnamita «completamente autónomo», y con ello se dio un paso más en los asuntos de Vietnam.

Cuando los norteamericanos asumieron la responsabilidad, esto ya había entrañado toda clase de intervenciones, como operaciones de cobertura. Un equipo de combate que se llamó a sí mismo la Misión Militar de Saigón había empezado a operar en Vietnam del Norte bajo la dirección del general O'Daniel y el mando del coronel Lansdale, oficial de la fuerza aérea y después de la CIA que había encabezado actividades contra las guerrillas de Huk en las Filipinas. Concebidas y organizadas antes del Acuerdo de Ginebra, sus operaciones fueron efectuadas durante un año después de que las estipulaciones de Ginebra las hacían ilegítimas. Las asignaciones originales de la Misión eran «emprender operaciones paramilitares contra el enemigo», aunque técnicamente hablando los Estados Unidos, como no beligerantes, no tenían «enemigo». Este propósito fue modificado, después de Ginebra, para que dijera «preparar los medios» para tales operaciones. Con ese fin, la Misión de Lansdale se dedicó al sabotaje de camiones y vías férreas, emprendió el reclutamiento, preparación e infiltración de dos encubiertos equipos «paramilitares» sudvietnamitas y estableció para su uso escondrijos de abastos, armas y municiones introducidos de rondón[702]. Puesto que el Acuerdo de Ginebra había prohibido la introducción de todo material de guerra y de personal después del 23 de julio de 1954, y como los Estados Unidos se habían comprometido a no «perturbar» estas estipulaciones, la Misión, después de tal fecha, violó el compromiso. Esta violación, aunque no muy odiosa *per se* y bastante normal si la nación hubiese estado en guerra,

inició la serie de falsedades que se irían ensanchando hasta manchar la reputación y el respeto propio de los Estados Unidos.

Sin embargo, era posible otra opción frente al hecho de apoyar a un cliente enfermo, lo que en realidad fue intentado por los franceses. Ahora, un acomodo con Hanoi era abiertamente el objetivo de Francia, no sólo por las inversiones y los intereses comerciales franceses que había en el norte y en el sur, sino también para poner a prueba la filosofía política de coexistencia pacífica de Mendès-France. El gobierno de Francia, informó al embajador Douglas Dillon desde París, estaba cada vez más «dispuesto a explorar y considerar… un final acercamiento entre norte y sur[703]», y en busca de este objetivo envió a una figura importante, Jean Sainteny, a Hanoi. Sainteny, exfuncionario colonial y oficial de la Francia Libre durante la guerra, había mantenido relaciones con Ho Chi Minh y había servido durante la guerra de Indochina como comisionado francés para el norte. Ostensiblemente, su misión en Hanoi consistía en proteger los intereses de los negocios franceses, pero el embajador Dillon se enteró de que Sainteny había convencido a su gobierno de que Vietnam del Sur estaba condenado y que «el único medio posible de salvar algo era hacerle el juego al Viet-Minh y tratar de desatarlo de todo lazo comunista, con la esperanza de crear un Vietnam titoista que cooperara con Francia y que llegara, incluso, a adherirse a la Unión francesa[704]».

Aunque la solución titoista pueda parecer hoy ilusoria, no lo era más que la creencia norteamericana en formar una poderosa y capaz opción democrática frente al régimen de Ho Chi Minh en el de Diem; un plan podía ponerse a prueba tan fácilmente como el otro. El programa francés no funcionó porque Mendès-France cayó de su cargo en 1955 y porque los hombres de negocios franceses, incapaces de obtener ganancias dadas las restricciones comunistas, gradualmente se retiraron del norte mientras que el dominio francés en general iba siendo reducido por los Estados Unidos.

Sin embargo, el fracaso no necesariamente significa que la meta fuese inalcanzable. Por entonces, el primer objetivo de Ho era obtener y mantener la independencia de Vietnam ante Francia, así como el del mariscal Tito era independizar de Rusia a Yugoslavia. Si los Estados Unidos podían ayudar a Tito, ¿por qué tenían que aplastar a Ho? La respuesta es que la autohipnosis había funcionado: mezclada con una vaga sensación del Peligro Amarillo avanzando con hordas de chinos, ahora comunistas, esto pareció particularmente siniestro en el comunismo en Asia. Como su agente, Vietnam del Norte tuvo que seguir siendo «el enemigo».

El cliente no lo estaba haciendo bien. Un intento de golpe de Estado por los adversarios de Diem, en abril de 1955, una crisis de gabinete y la activa deslealtad de su jefe de Estado Mayor revivieron la angustia norte americana. Según un corresponsal del New York Times, su gobierno «había demostrado ser inepto, ineficiente e impopular», las «posibilidades de salvarlo eran minúsculas» y «una

guerra civil amenaza con dividir al país[705]». Hasta Dulles había dicho al general Collins, cuando éste se fue a ocupar su puesto, que «las posibilidades de que salvemos la situación allí no son más de una en diez». A la luz de las futuras dificultades de Diem, concluyó entonces que «el único problema grave que no hemos resuelto es el de una jefatura indígena[706]». No se le ocurrieron las implicaciones de esta asombrosa evaluación.

Washington se encontraba en un problema, vanamente buscando una opción frente a Diem, cuestionando angustiosamente si debía invertir más apoyo a un régimen tambaleante. Se volvió a llamar, para consultarlo, al general Collins. En una conferencia de prensa, el presidente Eisenhower permitió echar una ojeada casi dolorosa a sus vacilaciones: «En Vietnam se han presentado muchas dificultades. Algunos han abandonado el gabinete y así… hay una situación extraña, casi inexplicable… No puedo decir cuáles son los términos exactos de nuestra futura política[707]».

Había aquí otra oportunidad para retirarse. El gobierno de Diem no había cumplido con los «niveles de actuación», a los que Eisenhower había condicionado la ayuda norteamericana. Las implicaciones de la derrota francesa, la negativa de los británicos a comprometerse en una acción unida, la débil sociedad de las naciones de la OTAN… ¿Por qué no sumó todas estas cosas el gobierno de Eisenhower y, dado el gran prestigio del presidente en el interior, por qué no se apartó de algo en que tenía todo que perder? En la burocracia, indudablemente nadie sumó dos más dos; y, además, prevalecía el temor de ser tildado de «blando ante el comunismo».

El que Diem lograse aplastar el golpe de Estado con tropas leales a la fuente de la generosidad norteamericana, le dio un respiro. Él apretó las riendas a su gobierno, incluyendo a sus tres hermanos para remplazar adversarios, y adoptó la apariencia de un «hombre fuerte». Los Estados Unidos, no teniendo así que reflexionar, públicamente reafirmaron su apoyo, principalmente porque temieron las consecuencias de permitir su caída. Donald Heath, nuevo embajador en Saigón, planteó así la elección: comprometer «más de trescientos millones de dólares más nuestro prestigio nacional» para conservar a un Vietnam libre era un juego, pero retirar el apoyo sería peor, puesto que ello ayudaría a una toma comunista del poder[708]. La elección, como tan a menudo, fue entre dos hechos indeseables.

El temor a un escándalo interno siempre imponía esta elección. Mansfield, senador influyente, «cree en Diem», según se decía, y era desagradable pensar en la reacción del cardenal Spellman si se abandonaba a su protegido. «¡Ay! de los recién traicionados millones de indochinos», había declarado después de Ginebra, «que deben aprender hoy los horribles hechos de la esclavitud de sus ávidos amos comunistas» como repetición de las «agonías y las infamias infligidas a las indefensas víctimas de la bestial tiranía de la Rusia Roja». El comunismo había estado siguiendo un «calendario cuidadosamente fijado para la ejecución de un plan mundial». Los dirigentes rojos sabían lo que querían con «terrible claridad» y lo

buscaban con «violenta constancia». El cardenal había continuado hablando en este tono, exaltando, unánimemente, a una convención de la Legión Norteamericana[709]. A mediados de 1955, cuando Eisenhower estaba preparando su segunda campaña presidencial, no tenía el deseo de permitir más discursos de esta índole.

La adopción del cliente hizo que los Estados Unidos apoyaran la trascendental negativa de Diem a permitir que se celebraran unas elecciones nacionales, en 1956, como se había acordado en Ginebra[710]. Vietnam del Norte, con una población de 15 millones contra 12 millones de Vietnam del Sur, y el reconocimiento general de la mayor popularidad del Viet-Minh, había contado con estas elecciones para adueñarse de todo el país. Cuando en julio de 1955 invitó al sur a consulta para los operativos del hecho, Diem se negó por motivo de que ninguna elección efectuada bajo el régimen de Hanoi permitiría una votación libre, y que los resultados forzosamente superarían a los votos del sur y que, en todo caso, él no estaba obligado por el Acuerdo de Ginebra. Aunque válida, su objeción perdió parte de su fuerza cuando tres meses después, en un referéndum celebrado en el sur para deponer al ausente Bao Dai como jefe de Estado y conferir la presidencia a Diem, se logró el resultado deseado por medio de lo que un observador extranjero llamó métodos «escandalosos[711]» que entregaron 98,8 por ciento del voto. Evidentemente, no podía esperarse en ninguno de los dos bandos una libre expresión de la voluntad de los votantes, ni habría podido ser de otro modo en un país carente de experiencia democrática. Como solución para el conflicto civil de Vietnam, la elección —que supuestamente sería supervisada por una impotente Comisión de Control Internacional— nunca fue más que una burla planeada en Ginebra como experiencia desesperada para permitir la partición temporal y un cese del fuego.

Nadie dudó de que si se celebraban elecciones, como informó un funcionario, «la abrumadora mayoría de los vietnamitas votaría por los comunistas[712]». En un discurso en que se oponía a otorgar categoría igual para un régimen comunista, el senador John F. Kennedy reconoció «la popularidad y prevalencia» del partido de Ho Chi Minh «por toda Indochina»: lo que le pareció razón para *no* admitir su participación en un gobierno nacional[713]. Eisenhower, informado por sus asesores de que Ho ciertamente ganaría la elección, «se negó a aceptar» (según el general Ridgway) que se celebraran[714]. Aunque Diem no necesitaba los consejos de los norteamericanos al respecto, su negativa se basó en apoyo norteamericano. Para 1956 había más pruebas de violentas medidas en el norte, incluso una difundida matanza de terratenientes, según el modelo chino. Pudo suponerse que en una elección se recurriría a tácticas terroristas. En julio de 1956, el Departamento de Estado anunció oficialmente que «Apoyamos plenamente al presidente Diem en su posición de que cuando no existen condiciones que eviten la “intimidación o coerción”… no puede haber libre elección[715]».

La consecuencia fue que, al no haber reunificación mediante elección, Vietnam

del Norte recurrió a otros medios: alentar la insurgencia, lo que fue seguido por la llamada Guerra de Liberación. En este asunto no puede achacarse ninguna gran locura a los Estados Unidos, salvo que, al apoyar la decisión de Diem, parecieron compartir lo que los críticos de la guerra afirmarían como descarada supresión de la voluntad del pueblo, dejando al norte sin otra opción que la insurgencia. No fue supresión, porque la voluntad del pueblo no habría tenido una libre voz, en ningún caso. La no celebración de elecciones fue excusa y no causa de una guerra renovada. «Lograremos la unidad», había advertido el viceprimer ministro de Vietnam del Norte, Pham Van Dong, «no hay fuerza en el mundo, interna o externa, que pueda hacer que nos desviemos de nuestro camino[716]».

En los cinco años siguientes, con una lluvia de fondos norteamericanos que pagaba de 60 a 75 por ciento de su presupuesto, incluyendo el costo total del ejército, y que soportaba una balanza comercial desfavorable, Vietnam del Sur pareció florecer con orden y prosperidad no previstos. Las fuerzas armadas de Francia, bajo insistente presión norteamericana, gradualmente se fueron retirando por fases, hasta que el Alto Mando francés fue disuelto en febrero de 1956. Los Amigos Norteamericanos de Vietnam, organizados por los Servicios Católicos de Alivio y el Comité Internacional de Rescate (formado originalmente para salvar víctimas del nazismo y con una lista de los nombres liberales más respetables desde el principio), hicieron correr el rumor, con ayuda de un agente de relaciones públicas en Saigón, con una iguala de tres mil dólares mensuales, hablando del «milagro» de Vietnam del Sur. Durante estos cinco años pareció que se habían logrado progresos, y que la cosa resultaría.

Detrás del milagro, los hechos eran menos favorables. Unas mal planeadas reformas agrarias indispusieron a los campesinos más que ayudarlos; los programas de «denuncias comunistas» en que se inducía a los vecinos a informar unos sobre otros en interminables intervenciones de funcionarios corrompidos en las vidas de los campesinos causaron irritación contra Diem. Fueron arrestados críticos y disidentes, enviados a «campos de reeducación» o acallados de cualquier otro modo. El flujo de importaciones pagadas por los Estados Unidos se utilizó como instrumento político para obtener el apoyo de la clase media por medio de un generoso abasto de bienes de consumo. Un estudio efectuado por politólogos norteamericanos informó que Vietnam del Sur «se está volviendo un mendicante eterno» que dependía del apoyo exterior, y concluía que la «ayuda norteamericana ha construido un castillo en la arena[717]».

El descontento de los campesinos fue terreno favorable a los insurgentes. Operando en movimiento, los partidarios del Viet-Minh originarios del sur, que se habían quedado detrás de la partición, formaron grupos guerrilleros a los que se unieron sus partidarios que se habían ido al norte tras la partición y, después de recibir entrenamiento y adoctrinación, volvieron a situarse sobre la frontera. Para

1959, los insurgentes controlaban grandes zonas de Vietnam del Sur. «Si se traza una línea de pincel a través del sur», dijo un agente de información al senador Mansfield, «cada pelo del pincel tocará a un Viet-Minh».

En los mismos años también el norte sufrió de enajenación, debido en parte a la escasez de alimentos como resultado de haber quedado aislado del «cuenco de arroz» del sur, y en parte a la opresión comunista. En una confesión pública hecha ante colegas del partido, el general Giap reconoció en 1956 que «Ejecutamos a demasiada gente honrada… recurrimos al terror… a los castigos disciplinarios… la tortura[718]». Las tensiones internas mantenían a Hanoi demasiado preocupado en su propio territorio para lanzar una guerra contra el sur, pero la reunificación seguía siendo la meta fija. Mientras aplastaba la resistencia y establecía su dominio durante el periodo 1955-1960, Hanoi aumentaba y preparaba sus fuerzas, acumulaba armas recibidas de China y, gradualmente, establecía conexiones con los insurgentes del sur.

Para 1960, se calculaba que había activos en el sur entre cinco mil y diez mil guerrilleros, llamados por el gobierno de Saigón «Viet-Cong», con el significado de «comunista vietnamita». Mientras que el ejército vietnamita, asesorado por norteamericanos, permanecía básicamente acantonado a lo largo de la línea de separación, para rechazar todo ataque al estilo Corea, los insurgentes sembraban el caos. Según Saigón, el año anterior habían asesinado a mil cuatrocientos oficiales y civiles y secuestrado a otros setecientos. Ineficaces resultaron las más drásticas medidas de Diem, incluso sentencias de muerte contra terroristas, subversivos y «murmuradores», y la reubicación de comunidades campesinas en grupos fortificados. La población no sentía una lealtad activa hacia Diem o, por otra parte, hacia el comunismo o a la causa de reunificación. Deseaba seguridad, tierra y sus cosechas. «La situación puede resumirse», informó la embajada norteamericana en enero de 1960, «en el hecho de que el gobierno ha solido tratar a la población con desconfianza u obligarla y ha sido recompensado con apatía y resentimiento[719]».

En aquel año, el Manifiesto de los Dieciocho, emitido por un Comité por el Progreso y la Libertad que incluía a diez exmiembros del gabinete, pedía la renuncia de Diem y unas reformas drásticas. Diem hizo arrestar a los Dieciocho[720]. Seis meses después, un golpe militar intentó derrocarlo, por motivo de que «se había mostrado incapaz de salvar al país del comunismo y de proteger la unidad nacional[721]». Con ayuda de tropas llevadas de fuera de la ciudad, Diem suprimió el golpe en 24 horas. Recibió las felicitaciones de Washington, expresando la esperanza de que con su poderío fortalecido, ahora podría proceder a una «rápida aplicación de reformas liberales[722]». Esta esperanza norteamericana se manifestaba con monótona regularidad, siempre con la insinuación de que la continuación de la ayuda dependía de los «niveles de desempeño». Y, sin embargo, cuando no hubo reformas, la ayuda norteamericana no se suspendió, por temor de que, de retirarla, Diem caería.

La confianza norteamericana ante la Unión Soviética sufrió otro *shock* en 1957 cuando los soviéticos lanzaron el Sputnik a órbita, a una altura de ochocientos

kilómetros, y a una velocidad, alrededor del globo, de treinta mil kilómetros por hora. En el año anterior a este hecho (desalentador para los norteamericanos), fuerzas armadas soviéticas se habían adueñado de Hungría mientras que los Estados Unidos, pese a las fanfarronadas de Dulles, se quedaban pasivos. En el año que siguió al Sputnik, comunistas encabezados por Fidel Castro, subieron al poder en Cuba, mientras los Estados Unidos miraban impotentes, aunque sólo estuviesen a 150 kilómetros. Y, sin embargo, los comunistas en el remoto Vietnam eran considerados como amenaza directa a la seguridad norteamericana.

En consultas entre Washington y Saigón, se desarrolló un plan de contraguerrilla o contrainsurgencia que coordinara la labor de las dependencias norteamericanas con el ejército vietnamita. Para este programa, se duplicó a 685 miembros el personal del MAAG. El nuevo embajador, Elbridge Durbrow, tenía sus dudas. En su opinión, no debía entregarse la ayuda militar que el plan pedía, pues no sería efectiva sin una mejora de la situación política. Pero Diem ejerció el perverso poder de los débiles: cuanto mayores eran sus dificultades, más apoyo exigía… y recibía. En una relación de dependencia, el protegido siempre puede dominar al protector con la amenaza de desplomarse.

En septiembre de 1960, el Congreso del Partido Comunista celebrado en Hanoi pidió la caída del régimen de Diem y del «régimen imperialista norteamericano». En diciembre, a esto le siguió la formación del Frente de Liberación Nacional (FLN) de Vietnam del Sur. Aunque nominalmente originario del sur, hizo eco al grito que pedía la caída de Diem y del «régimen colonial camuflado de los imperialistas yanquis» y anunció un programa de diez puntos, de reformas sociales marxistas, en los habituales términos de «democracia», «igualdad», «paz» y «neutralidad[723]». De este modo se declaró una guerra civil abierta precisamente cuando un nuevo presidente, John F. Kennedy, subía al poder en los Estados Unidos.

4. «Casados con el fracaso»: 1960-1963

El nuevo gobierno subió al poder equipado con intelecto, más pragmatismo que ideología y la más pequeña mayoría electoral del siglo XX: cerca de medio por ciento. Como el presidente, sus asociados eran activistas, estimulados por las crisis y ávidos por tomar medidas activas. Según los registros, no celebra ron ninguna sesión dedicada a un reexamen del compromiso que habían heredado en Vietnam, ni se preguntaron hasta qué punto estaban los Estados Unidos comprometidos o cuál era el grado de interés nacional que había en juego. Y tampoco, según aparece en las montañas de memorandos, discusiones y opciones que inundan los escritorios, se echó una ojeada general a una estrategia generalizada. Antes bien, la política se desarrolló en arranques *ad hoc*, de un mes a otro. Un funcionario de la Casa Blanca de la época, interrogado en años siguientes sobre cómo se definía el interés norteamericano en el sudeste de Asia en 1961, replicó que era «simplemente algo dado, presupuesto y no discutido[724]». Lo dado era que había que contener el avance del comunismo doquier apareciera, y Vietnam era entonces el lugar de la confrontación. Si no se le contenía allí, la vez siguiente sería más poderoso.

Siendo un joven congresista, Kennedy había visitado Indochina en 1951, y llegado a la conclusión, obvia para la mayoría de los observadores norteamericanos, de que contener el avance del comunismo hacia el sur era «construir un poderoso sentimiento nacional no comunista». Actuar «aparte de unas metas innatamente nacionalistas, desafiándolas, significa estar condenados al fracaso». Resulta un hecho desalentador que, durante toda la larga locura de Vietnam, los norteamericanos no dejaran de prever el resultado y actuaron sin referencia a sus propias previsiones.

Ya en 1956, Kennedy se había acercado más a la ortodoxia de la Guerra Fría, hablando menos de «poderoso sentimiento nacional», y más del dominó en toda una variedad de metáforas: Vietnam era la «piedra angular del mundo libre en el sudeste de Asia, la piedra de toque del arco, el dedo en el dique». A la habitual lista de vecinos que caerían «si la roja marejada del comunismo inundaba Vietnam» añadió la India y Japón. La corriente de la retórica le llevó a caer en dos trampas: Vietnam era un «campo de prueba de la democracia en Asia» y «una prueba de la responsabilidad norteamericana y su determinación en Asia[725]».

Dos semanas antes de que Kennedy entrara en la Casa Blanca, el primer ministro soviético, Nikita Jrúschov, ofreció el desafío decisivo de la época en su anuncio de que las «guerras de liberación» nacionales serian el vehículo para hacer avanzar la causa comunista. Estas «guerras justas», añadió, ocurrieran en Cuba, Vietnam o Argelia, recibirían todo el apoyo soviético. Kennedy respondió en su discurso de toma de posesión con una alarmante referencia a la defensa de la libertad «en su hora

de máximo peligro».

La primera confrontación fue, por desgracia, un fracaso grotesco y humillante. Iniciado por Eisenhower, el intento hecho en abril de 1961 por liberar a Cuba del comunismo en la bahía de Cochinos fue una aventura conjunta de exiliados cubanos y de la CIA, con medios increíblemente insuficientes y procedimientos tomados con excesiva confianza. Aunque no fuese plan de Kennedy, él fue informado antes de tomar posesión y, habiendo recibido su venia —impelido por el terrible impulso que hace más fácil llevar adelante que interrumpir una locura—, fue su propia responsabilidad. La invasión fue como un barrunto de Vietnam, al subestimar al adversario. El régimen de Castro demostró estar bien organizado, en guardia, alerta y dispuesto al combate. Los desembarcos pronto fueron descubiertos y tropezaron con vigorosa oposición, y el esperado levantamiento o bien fue eficazmente suprimido o nunca ocurrió. Castro demostró, en realidad, ser más popular entre sus nacionales que los exiliados a quienes los Estados Unidos estaban apoyando: otra situación que se repetiría en Vietnam. Con admirable resolución, Kennedy tomó la difícil decisión de no enviar la fuerza aérea y los *marines* al rescate, dejando perecer a muchos. El efecto de este espectacular fracaso en los primeros noventa días del nuevo gobierno sería hacer que todos sus miembros resolvieran demostrar su energía en la lucha contra el comunismo.

Kennedy, ni liberal ni conservador, era hombre de rápida inteligencia y poderosa ambición que expresaba muchos altos principios en forma convincente, con elocuencia y hasta pasión, mientras sus actos no siempre estaban a la misma altura. En los altos cargos del gobierno y en el personal de la Casa donde fuera posible, una actitud resuelta, como la suya propia. En su mayoría hombres de su misma edad, poco más de 40 años, no eran los filósofos sociales, innovadores e idealistas del New Deal. En el bando de Kennedy, el término que solía aplicarse al idealista era «corazón sangrante». El New Deal era otra época; la Guerra Mundial y la Guerra Fría habían intervenido, y la extrema derecha aún rugía. Los nuevos miembros del gobierno, fuesen becarios Rhodes, académicos de Harvard y Brookings o reclutas de Wall Street, la política y el derecho, debían ser realistas, refinados, pragmáticos y resueltos. La resolución fijaba el tono, y cualesquiera que fuesen sus diversos caracteres y capacidades, el grupo de Kennedy la adoptó, como la corte en torno de un monarca o un grupo de trabajo en torno de un jefe dominante a quien los miembros deben su nombramiento.

Operación Rolling Thunder. El Secretario de Defensa Robert S. McNamara y el general Earle G. Wheeler, observan a los aviones despegando del portaaviones estadounidense Independence, el 18 de julio de 1965, para atacar blancos en Vietnam del Norte.

Robert McNamara, prodigio de la Escuela de Negocios de Harvard, de «análisis de sistemas» para la fuerza aérea durante la Segunda Guerra Mundial, y que rápidamente había avanzado a la presidencia de la Ford Motor Company, fue un característico y extraordinario ejemplo, como secretario de la Defensa. Preciso y positivo, con cabello lacio echado hacia atrás y gafas sin aro, McNamara era un especialista en administrar por medio de «control estadístico», como lo había demostrado en la fuerza aérea y en la Ford. Todo lo que se pudiera cuantificar era su especialidad. Aunque se decía que era tan sincero como un profeta del Antiguo Testamento, tenía la impaciencia que dan los éxitos ininterrumpidos, y su genio para las estadísticas le dejaba poco respeto para las variables humanas y poco espacio para cosas impredecibles. Su confianza en lo instrumental del material de guerra era absoluta y completa. «Tenemos la capacidad de borrar del siglo XX a cualquier sociedad», dijo una vez en un informe del Pentágono[726]. Era este don de certidumbre el que hizo a dos presidentes considerar inapreciable a McNamara, haciendo de él la piedra de toque de la guerra.

No menos importante fue el hombre que no fue secretario de Estado, Adlai Stevenson, quien por ser reflexivo fue considerado como un Hamlet, un hombre indeciso y algo imperdonable: «blando». Aunque bien recomendado para el Departamento de Estado por el ala del partido de que formaba parte Eleanor Roosevelt, fue evitado y el nombramiento, en cambio, fue para Dean Rusk. Sereno, juicioso, reservado, Rusk no compartía el estilo de Kennedy, pero tenía la ventaja de la experiencia en el Departamento de Estado y categoría como presidente de la Fundación Rockefeller, y nunca habría constituido un desafío para el presidente, como si habría podido serlo Stevenson. Rusk, como coronel encargado de planificación de la guerra en el teatro de operaciones China-Birmania-la India,

durante la guerra, había tenido oportunidad de aprender de la experiencia norteamericana en China, pero lo que él principalmente aprovechó de esa experiencia fue una pronunciada y rígida animadversión al comunismo chino. Como subsecretario de Asuntos del Lejano Oriente, por la época de beligerancia de China durante la guerra de Corea, Rusk había predicho, firme y equivocadamente que los chinos no entrarían en ella, y después experimentó un profundo sentido de responsabilidad por las bajas que ello causó.

Al mando del Consejo de Seguridad Nacional, con oficina en la Casa Blanca, estaba McGeorge Bundy, de Boston, hombre frío, confiado, impecable y capaz de utilizar su preparación mental con tal eficacia que un excondiscípulo suyo, en Groton, dijo que hubiera sido capaz de ser el decano de la escuela a los doce años[727]. En realidad, llegó a ser el decano de Harvard a los 34. Aunque Bundy era un republicano en política y por antecedentes de familia, que dos veces había votado por Eisenhower sobre Stevenson, esto no importó; en realidad, casi fue una recomendación para Kennedy, quien deseaba establecer conexiones con la derecha respetable. Con su exigua mayoría popular y una mayoría de sólo seis en el Senado, creía que los problemas de su gobierno procederían básicamente de la derecha, y se sentía obligado a hacer aperturas amistosas. Una de las más extremas fue el nombramiento, como jefe de la CIA, de John McCone, reaccionario millonario republicano de California, discípulo de la represalia masiva, quien, en opinión del neandertalense senador Strom Thurmond, «encarna lo que ha hecho grande a los Estados Unidos[728]».

Como el presidente, muchos de sus asociados eran veteranos de combate de la Segunda Guerra Mundial, habiendo servido como oficiales y pilotos de la marina, como bombarderos y navegantes, y en el caso de Roger Hilsman, nuevo subsecretario de Estado para Asuntos del Lejano Oriente, como jefe de una unidad de la OSS, tras las líneas japonesas en Birmania. Acostumbrados al éxito en la guerra y en sus carreras posteriores, no esperaban menos en Washington. Ninguno de los importantes recién llegados había ocupado jamás un cargo electivo. El poder y la categoría entusiasmaron a estos hombres y a sus camaradas. Les gustaban las urgencias, hasta el agotamiento, del gobierno; les gustaba llamarse «administradores de crisis»; hacían grandes esfuerzos, aplicaban sus capacidades y su inteligencia, crea ron la reputación de ser «los mejores y los más brillantes»… y descubrirían tristemente, como otros antes y después de ellos, que antes de que ellos dominaran las circunstancias, las circunstancias los dominaron a ellos: que el gobierno, en palabras de un miembro del grupo, J. K. Galbraith, era rara vez más que una lección entre «lo desastroso y lo intragable[729]».

La escalada empezó, disimuladamente, en los primeros días de Kennedy en el cargo, cuando aprobó un plan de contrainsurgencia previamente redactado por el Pentágono para vigorizar las operaciones de Vietnam del Sur contra el Viet-Cong. Autorizaba personal y gastos norteamericanos adicionales para entrenar y equipar una

Guardia Civil vietnamita de 32 mil hombres para actividades antiguerrilleras, y para aumentar en 20 mil hombres el ejército vietnamita. La aprobación del presidente fue en respuesta a un informe del general Lansdale de mayor actividad del Viet-Cong. Aunque creía en Diem como necesaria figura gobernante, Lansdale había visto que estaba perdiendo terreno, no dispuesto a entablar el tipo de lucha al que debía enfrentarse, temeroso de ceder autoridad si instituía reformas políticas. Ni sus asesores vietnamitas ni norteamericanos habían comprendido que se necesitaran tácticas distintas de las simples formaciones militares para enfrentarse a la guerra de guerrillas en Vietnam y la propaganda del enemigo. Al leer el informe, comentó Kennedy: «Esto es lo peor que ha habido hasta hoy, ¿no es así?»[730].

Lansdale propuso una total renovación del papel de los asesores, que pusiera norteamericanos con experiencia y dedicados que «conozcan y realmente quieran a Asia y los asiáticos» en el campo, para trabajar y vivir junto con los vietnamitas y «tratar de influirlos y guiarlos hacia los objetivos políticos de los Estados Unidos». Esbozó un programa de procedimientos y de personal[731]. Muy impresionado, Kennedy trató de imponer el programa, a cargo del propio Lansdale, o bien a cargo de una fuerza de trabajo interdepartamental de Washington, para Vietnam, pero las barreras burocráticas de los departamentos de Estado y de la Defensa se mantuvieron firmes. El programa de Lansdale no se aplicó, pero aun si se hubiera aplicado, por muy sincero y favorable que fuera, sufría de la compulsión misionera de guiar a los vietnamitas «hacia los objetivos políticos de los Estados Unidos» y no hacia los suyos propios. También esta falla, con sus implicaciones, fue reconocida por Kennedy cuando dijo: «Si algún día se convirtiera en la guerra del hombre blanco, la perderíamos, como los franceses la perdieron hace una década[732]». He aquí un caso clásico de ver la verdad y actuar sin referencia a ella.

Uno de los grandes misterios de la época es que los norteamericanos no encontraron ningún significado a la derrota del ejército profesional francés, incluso la Legión Extranjera, a manos de pequeños guerrilleros asiáticos, ni siquiera uniformados. ¿Cómo pudieron olvidar así a Dien Bien Phu? Cuando David Schoenbrun, corresponsal de la CBS, que había cubierto la guerra francesa en Vietnam, trató de convencer al presidente de las realidades de esa guerra y de la pérdida de oficiales franceses, equivalentes, cada año, a toda una generación de St. Cyr, respondió Kennedy: «Bueno, señor Schoenbrun, ésos fueron los *franceses*. Estaban luchando por una colonia, por una causa innoble. Nosotros estamos luchando por la libertad, para liberarlos del comunismo, de China, por su independencia[733]». Como los norteamericanos creían que eran «distintos», olvidaron que también ellos eran blancos.

A falta del programa de Lansdale, se añadió personal de planta al MAAG para acelerar el programa de entrenamiento, aumentando su número a más de tres mil, y fue enviado un grupo de cuatrocientos hombres del Centro Especial de Entrenamiento de Guerra, de Fort Bragg, a Vietnam, para operaciones de contrainsurgencia. Esta

violación a las reglas de Ginebra fue justificada alegando que también Vietnam del Norte estaba infiltrando armas y hombres a través de la frontera.

La teoría y la estrategia militares pasaron por un gran cambio al subir Kennedy al poder. Aterrados por los planes basados en «represalia masiva», que los militares de Eisenhower habían adoptado porque prometían soluciones rápidas y menos gasto en los preparativos, Kennedy y McNamara buscaron antes las ideas de la nueva escuela de la defensa que los intelectuales expresaban en su doctrina de la guerra limitada. Su objetivo no era la conquista sino la coacción; se utilizaría la fuerza sobre una base racionalmente calculada para alterar la voluntad y las capacidades del enemigo hasta el punto en que «las ventajas de terminar el conflicto serían mayores que las ventajas de continuarlo[734]». La guerra sería racionalmente «administrada» en tal forma que enviara mensajes al otro beligerante, que respondería racionalmente al dolor y el daño sufrido desistiendo de las acciones que los habían causado. «Nos han metido en una camisa de fuerza de racionalidad», escribió el formulador de la doctrina William Kaufman[735]. Tal era una condición que convenía exactamente al secretario McNamara, sumo sacerdote de la administración racional. Pero hubo algo que no se tomó en cuenta: el otro bando. La guerra es una polaridad. ¿Qué pasa si el otro bando no responde racionalmente al mensaje de la coacción? Una apreciación del factor humano no era el fuerte de McNamara, y la posibilidad de que la especie humana no sea racional era demasiado excéntrica y perturbadora para programaría dentro de su análisis.

Promovido por el desafío de las guerras de liberación de Jrúschov, surgió un subproducto de la teoría de la guerra limitada: la contrainsurgencia, que floreció en el gran culto de los años de Kennedy, con el presidente mismo como su profeta. Los hombres «que no toleraban errores» de su gobierno, abrazaron la doctrina con activo entusiasmo. Ello les mostraría alertas ante las nuevas condiciones de la pugna. Se enfrentarían a los insurgentes en su propio terreno, tratarían las causas sociales y políticas de la insurgencia en los países en desarrollo, tomarían a los comunistas en el baño, como una vez dijo Disraeli de los *whigs* y se llevarían sus ropas.

Estimulado por el informe de Lansdale, el presidente leyó los tratados de Mao y del *Che* Guevara sobre la guerra de guerrillas y pidió que los leyeran en el ejército[736]. Por orden suya, se estableció un Programa Especial de Contrainsurgencia que inculcara el reconocimiento «por todo el gobierno de los Estados Unidos de que la insurgencia subversiva (“guerras de liberación”) es una forma importante de conflicto político-militar, igual en importancia a la guerra tradicional». La doctrina debía reflejarse en la organización, el entrenamiento y el equipo de las fuerzas armadas y las agencias civiles de los Estados Unidos en el extranjero, de tal manera que surgieran programas de prevención o destrucción de la insurgencia o la agresión indirecta, con referencia especial a Vietnam, Laos y Tailandia. Al descubrir que el enrolamiento en Fort Bragg era de menos de mil

hombres, el presidente ordenó que su misión se extendiera, y se restauró la boina verde de las Fuerzas Especiales, como símbolo del nuevo programa. Su representante militar especial, el general Maxwell Taylor, propagó este evangelio, así como otros discípulos, incluso Robert Kennedy, apartándose de su papel de procurador general.

General Maxwell D. Taylor y Walt Rostow con el general Duong («Big») Mirth, comandante de las fuerzas de campo survietnamitas, en el club de oficiales en Saigón, octubre de 1961.

Escritos sobre doctrina y métodos llovieron de la pluma de Walt Rostow, el voluble profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts que ocupaba el puesto de número dos del Consejo de Seguridad Nacional. Hablando de la guerra de guerrillas en los ejercicios de graduación en Fort Bragg, en junio de 1961, puso el «proceso revolucionario del Tercer Mundo bajo el ala norteamericana llamándolo "modernización"». Los Estados Unidos, afirmó, estaban dedicados a la proposición de que «se permitirá a cada nación forjar, a base de su propia cultura y sus ambiciones, el tipo de sociedad moderna que desee». Los Estados Unidos respetan «la unicidad de cada sociedad», buscan naciones que «se pongan de pie… para proteger su propia independencia», estén dispuestos a «proteger la independencia del proceso revolucionario que hoy va adelante[737]». Ni el propio Thomas Jefferson habría podido expresar mejor los verdaderos principios de su patria… planteados aquí por alguien que constantemente apoyaba su contradicción en la práctica.

Aunque la doctrina subrayara las medidas políticas, la contrainsurgencia en la práctica era militar. Puesto que no gozó de gran favor ante el *establishment* militar, que no gustaba de ver mandos de *élite* o intrusiones en su rutina regular y consideraba toda esta insistencia en la reforma como un obstáculo a la tarea de entrenar hombres a disparar y marchar, en operación la contrainsurgencia no estuvo a la altura del celo elevado de la teoría. Mucho se habló de «ganarse la lealtad» del pueblo para su

gobierno, pero un gobierno cuya lealtad había de ser ganada por extranjeros no parecía una buena proposición.

En realidad, ¿qué podían ofrecer los Estados Unidos a una población apática o enajenada? Control de inundaciones, desarrollo rural, grupos juveniles, limpieza de los suburbios, mejor trasporte de las costas, ayuda educativa se encontraron entre los programas patrocinados por los Estados Unidos, todos ellos muy dignos pero no esenciales. Para contrarrestar con éxito a los insurgentes, la contrainsurgencia habría tenido que redistribuir tierra y propiedades a los campesinos, redistribuir poder quitándoselo a los mandarines y las mafias, desbandar las fuerzas de seguridad que estaban llenando las prisiones de Saigón: en pocas palabras, rehacer el antiguo régimen y comprometerlo con una causa, como diría Lansdale, «que ejerza mayor atractivo para el pueblo que la causa comunista[738]». Diem y su familia, especialmente su hermano menor Ngo Dinh Nhu y Madame Nhu y sus compañeros de la clase gobernante no tenían tales intenciones, como tampoco las tenían sus patrocinadores norteamericanos.

Los Estados Unidos seguían exigiendo la reforma como *quid pro quo* de la ayuda norteamericana, como si una reforma significativa que pudiese «conquistar la lealtad» de la población fuera algo que podía lograrse en unos cuantos meses. Transcurrieron unos 25 siglos en Occidente, con un ritmo de cambio mucho más rápido que en el Oriente, antes de que el gobierno empezara a actuar en interés de los necesitados. La razón de que Diem nunca respondiera al llamado norteamericano de reforma fue porque sus intereses se oponían. Se opuso a la reforma por la misma razón que los papas renacentistas, porque disminuiría su poder absoluto. La insistencia norteamericana en su necesidad de un apoyo popular era simple ruido en sus oídos, algo que no tenía que ver con las circunstancias asiáticas. Asia presupone una obligación de los ciudadanos de obedecer a sus gobiernos; la democracia occidental considera al gobierno como representación de sus ciudadanos. No había un terreno de encuentro, ni era probable que lo hubiera. Pero, como Vietnam del Sur era una barrera para el comunismo, los Estados Unidos, ciegos ante lo obvio, persistieron en tratar de que el gobierno de Diem estuviera a la altura de las esperanzas norteamericanas. La utilidad de la «perseverancia en el absurdo», dijo una vez Edmund Burke, «es más de lo que yo puedo discernir[739]».

Con una crisis a punto de surgir por la amenaza de «pérdida» de Laos, los Jefes Conjuntos en mayo de 1961 dijeron que si se quería salvar al sudeste de Asia de los comunistas, habría que desplegar suficientes fuerzas de los Estados Unidos para disuadir de toda acción a Vietnam del Norte y China y ayudar a la preparación de los sudvietnamitas para una contrainsurgencia más activa. En el Pentágono se iniciaron discusiones sobre «las dimensiones y composición que serían deseables en caso de un posible compromiso de fuerzas de los Estados Unidos con Vietnam[740]». Ésta era planeación de contingencia, mientras que en aquel verano la atención enfocaba Laos, más que Vietnam.

Laos fue el ratón que rugió. En esta alta tierra, sin salida al mar, que se encuentra a lo largo entre Vietnam y Tailandia, con una población que se creía que apenas tendría más de dos millones, surgió otro espectro comunista. Éste fue el Pathet Lao, la versión laosiana nacionalista comunista del Viet Minh. Como Laos toca China en su frontera septentrional y se abre a Camboya en el sur, cobró a ojos extranjeros, una importancia extraordinaria como corredor a través del cual podrían lanzarse comunistas de Ho y de Mao, en algún terrible día de avance Rojo. Sin perturbar mucho la tranquila vida de los laosianos, la soberanía vacilaba entre múltiples rivales, cuyas figuras principales eran el gobernante legítimo, el príncipe Souvanna Phouma, neutralista en la política de la Guerra Fría; su medio hermano, otro príncipe que era jefe del Pathet Lao; y un tercer aspirante, que era el cliente de los Estados Unidos y que llevaba ya cierto tiempo en el lugar, instalado a base de manipulaciones de la CIA, y después fue arrojado.

Como los medios hermanos estaban negociando una coalición que habría podido neutralizar a su país y dejar al Pathet Lao como dueño de los pasos de montaña, Laos de pronto se convirtió, durante el periodo de Eisenhower-Dulles en una pequeña Ruritania oriental, «un factor vital en el mundo libre», un «baluarte contra el comunismo», «un bastión de libertad». Dinero y material de guerra de los Estados Unidos inundaron a estos bandos, dejándolos asombrados. Informando a Kennedy antes de que tomara posesión, Eisenhower ascendió al país a la categoría de pieza básica del dominó diciendo: «Si permitimos que Laos caiga, entonces tendremos que borrar toda la zona». Recomendó que se hiciera todo esfuerzo por persuadir a los miembros de la SEATO a unirse en una acción común, pero llegó a pensar en «nuestra intervención unilateral» si no lo hacían[741]. Puesto que Laos era de terreno escarpado, inalcanzable para un poder naval y aéreo basado en el Pacífico, claramente no era lugar para poder combatir con eficiencia, la asombrosa observación de Eisenhower (en contraste con su resistencia a una intervención activa en el mucho más accesible Vietnam) sugiere que Laos ejercía cierta peculiar fascinación sobre las mentes de los hombres.

En uno de aquellos periodos de frenesí que periódicamente enturbian las relaciones internacionales, la situación, para 1961, había llegado a una crisis de complejas cábalas. La coalición en Laos amenazaba con convertirse en *casus belli*. El Acuerdo de Ginebra fue invocado por la Gran Bretaña y Francia, y se convocó a una conferencia de catorce naciones en Ginebra. En Washington, las reuniones duraban hasta bien entrada la noche en la Casa Blanca. Kennedy, aún reponiéndose del fracaso de bahía de Cochinos, de pocos días antes, estaba resuelto a demostrar que los Estados Unidos iban en serio contra el comunismo y a evitar un escándalo de la derecha si la coalición se lograra. Autorizó el movimiento de la séptima flota al sur del mar de la China, y helicópteros y unidades de combate a Tailandia e incluso el estado de alerta a las fuerzas que había en Okinawa[742].

Cuando fue aconsejado por el general Lyman K. Lemnitzer, nuevo presidente de

los Jefes Conjuntos, en el sentido de que si China y Vietnam del Norte intervinieran, se les podía contener mediante armas nucleares, Kennedy asombrado, aceptó una visión menos inflada del asunto[743]. Decidió aceptar la neutralización y el regreso de Souvanna Phouma, y envió al veterano diplomático Averell Harriman a Ginebra para tratar de llegar a un acuerdo en sentido. La solución era factible por resultar aceptable tanto a los soviéticos como a los Estados Unidos y porque los laosianos preferían que los dejaran en paz, en vez de luchar. Aunque la neutralización bloqueó el camino a la intervención, también tuvo un efecto negativo: al dejar en el lugar al Pathet Lao, hizo surgir dudas, en las naciones locales de la SEATO sobre la firmeza del compromiso de los Estados Unidos contra el comunismo en Asia. Estas dudas, mencionadas en voz alta, produjeron una gran impresión sobre el siguiente visitante: el vicepresidente Lyndon Johnson.

Johnson fue enviado en mayo de 1961 a Taiwán, Vietnam del Sur y los vecinos de la SEATO a convencer a toda la región del apoyo norteamericano. El interés del vicepresidente y su experiencia en los asuntos exteriores eran mínimos. Cuando se veía obligado a prestar atención, como senador y jefe de la mayoría, adaptaba su actitud a la tradicional ortodoxia de la Guerra Fría. Aunque los asuntos exteriores no eran para él su principal interés —el principal interés de Johnson era el avance de su propia carrera—, el dogma de la Guerra Fría organizó sus impresiones y reacciones. Sus declaraciones públicas iban dedicado al más bajo común denominador del público, como cuando en Saigón anunció que Diem era «el Winston Churchill de Asia[744]». Menos exagerado, su informe al presidente era abiertamente intervencionista. Estaba dispuesto a que los Estados Unidos asumieran la carga de la responsabilidad por Asia. «La clave de lo que hacen los asiáticos en defensa de la libertad del sudeste de Asia», escribió, «es la confianza en los Estados Unidos, No hay alternativa a la guía de los Estados Unidos en el sudeste de Asia. La guía en los países en particular… se basa en el conocimiento y fe en el poderío, la voluntad y el entendimiento de los Estados Unidos». Aunque sus palabras pudieran mostrar una profunda ignorancia sobre en qué se basa la jefatura en Asia, expresan perfectamente el sentido de omnipotente capacidad que los Estados Unidos creyeron tener después de la Segunda Guerra Mundial. Habían aplastado las máquinas de guerra de Alemania y Japón, atravesado océanos para hacerlo, restaurado Europa, gobernado Japón: eran como un Paul Bunyan sobre dos hemisferios.

«Recomiendo», continuaba Johnson categóricamente, «que avancemos con prontitud con un gran esfuerzo para ayudar a estos países a defenderse a sí mismos… No puedo recomendar demasiado la extrema importancia de seguir esta misión con otras medidas, otras acciones, otros esfuerzos»… puede presumirse que militares. Con realismo que no siempre conservaría, recomendaba que la decisión «se tome con absoluta conciencia de los grandes y continuados costos en dinero, en esfuerzo y prestigio de los Estados Unidos», y que «En algún punto podremos encontrarnos ante la nueva decisión sobre si comprometer grandes fuerzas de los Estados Unidos en la

zona o cortar nuestras pérdidas y retirarnos si nuestros otros esfuerzos fallan».

Advirtió: «Es inconfundible lo profundo y duradero del efecto de los hechos recientes en Laos… han creado dudas y preocupación acerca de las intenciones de los Estados Unidos por todo el sudeste de Asia». Sin ninguna experiencia de los hábitos del habla orientales que ocultan un núcleo de sustancia —o a veces ninguna sustancia bajo una forma voluminosa, Johnson creyó todo lo que se le decía, diciendo que era «de primera importancia», que su misión «diera frutos inmediatamente». Propuso que los «verdaderos enemigos» —hambre, ignorancia, pobreza y enfermedad— fuesen combatidos mediante un «uso imaginativo de la capacidad científica y tecnológica norteamericana», y concluyó: «la batalla contra el comunismo debe entablarse en el sudeste de Asia con la fuerza y determinación necesarias para triunfar allí o los Estados Unidos inevitablemente tendrán que perder el Pacífico» —entregó así seis mil millas de océano junto con Okinawa, Guam, Midway y Hawái— «y retirar nuestras defensas a San Francisco[745]».

Éste fue un verdadero popurrí de ideas característicamente norteamericanas. El simplista «esto o lo otro» acerca de vencer al comunismo o rendir el océano Pacifico probablemente no influyó sobre el presidente, que no simpatizaba con su vicepresidente, y viceversa. Pero las dudas de la disposición norteamericana que tanto afectaron a Johnson plantearon la cuestión de la credibilidad que había de crecer tanto que, al fin, parecía ser lo único por lo que estaban luchando los Estados Unidos.

La credibilidad surgió en la crisis de Berlín de aquel verano cuando, tras una difícil y amenazante reunión con Jrúschov en Viena, Kennedy dijo a James Reston: «Ahora tendremos un problema para hacer creíble nuestro poder, y Vietnam parece el lugar indicado[746]». Pero Vietnam nunca fue el lugar indicado, porque el propio gobierno norteamericano nunca creyó por completo en lo que estaba haciendo. El contraste con Berlín fue demasiado obvio. «No podemos permitir y no permitiremos que los comunistas nos arrojen de Berlín, ni gradualmente ni por la fuerza», dijo Kennedy el 25 de julio de 1961, y estaba dispuesto mentalmente, según sus asociados, a arriesgarse a la guerra, y aun a la guerra nuclear, por el asunto[747]. Pese a todas las protestas de idéntica firmeza, Vietnam nunca recibió categoría comparable a la política norteamericana, mientras que al mismo tiempo ningún gobierno norteamericano estuvo dispuesto nunca a dejarlo ir. Fue esta escisión la que complicó todo el esfuerzo, empezando por el propio Kennedy.

Berlín dio otra lección en el hecho de que «el punto esencial», en palabras del subsecretario de la Defensa, Paul Nilze, «era que el valor para el Occidente de las defensas de Berlín era mucho mayor que el valor para la Unión Soviética de tomar Berlín[748]». Su información tal vez sugiriera que el valor para Vietnam del Norte de adueñarse del país por el que había luchado tanto tiempo era mucho mayor para ellos que el valor de frustrarlos lo era para los Estados Unidos. Estaban luchando en su propia tierra, determinados a ser, por fin, sus amos. Buena o mala, una firmeza de propósito absoluto estaba del lado de Hanoi, y porque era inquebrantable,

probablemente prevalecería. Ni Nitze ni ningún otro percibió la analogía.

En Vietnam del Sur, «La situación empeora y empeora casi semana a semana», lo que hace recordar a Chungking, escribió el corresponsal Theodore White a la Casa Blanca en agosto de 1961. «Los guerrilleros dominan ahora casi todo el delta del sur, hasta tal punto que no pude encontrar ni un norteamericano que me llevara fuera de Saigón en su auto, ni aun de día, sin un convoy militar[749]». Esto pudo equipararse a la «sombría evaluación» del general Lionel McGarr, ahora jefe del MAAG, quien estimaba que Diem controlaba sólo 40% del Vietnam del Sur y que los insurgentes habían inmovilizado 85% de sus fuerzas militares[750].

En la carta de White también se hablaba de una «descomposición política de proporciones formidables», y de su propio asombro de que, aun cuando «muchachos de 20 a 25 años están bailando el *jitterbug* en los clubes nocturnos de Saigón» a 30 kilómetros de allí, «los comunistas, por su lado, parecen capaces de encontrar gente dispuesta a morir por su causa». Ésta es la discrepancia que empezaba a preocupar a otros observadores. Para terminar, preguntaba Rostow, si decidiéramos intervenir, «¿tenemos él personal adecuado, los instrumentos adecuados y la adecuada claridad de objetivos para intervenir con éxito?» «Claridad de objetivos» era la cuestión decisiva.

Dudoso, Kennedy envió la primera y más conocida de toda una interminable serie de misiones oficiales de alto nivel para evaluar las condiciones de Vietnam. El secretario McNamara iría después no menos de cinco veces en 24 meses, y misiones de nivel secundario fueron y vinieron de Saigón como abejas alrededor de un panal. Con la embajada, el MAAG, agencias de información y de ayuda ya en el lugar enviando informes, la incesante necesidad que había en Washington de nuevas evaluaciones prueba la incertidumbre que reinaba en la capital.

La misión del general Maxwell Taylor y de Walt Rostow en octubre de 1961 fue provocada, nominalmente, por la petición de Diem de un tratado de defensa bilateral y la posible introducción de tropas norteamericanas de combate a las que hasta entonces se había mostrado opuesto. Una intensificación de ataques del Viet-Cong y el temor a una infiltración a través de la frontera de Laos había provocado su alarma. Aunque con la actitud ambivalente, Kennedy, buscando obtener credibilidad en Vietnam, por el momento estuvo en favor de aumentar el esfuerzo y deseaba más confirmación que información, como lo indica su elección de los enviados. Taylor obviamente fue escogido para hacer una estimación militar. Apuesto y tranquilo, con penetrantes ojos azules, era admirado como un «soldado-estadista» que hablaba varios idiomas, que podía citar a Polibio y a Tucídides, y había escrito un libro, *The Uncertain Trumpet*. Había mandado la 101 División Aerotransportada en la Segunda Guerra Mundial, había sido superintendente de West Point, sucesor de Ridgway en Corea, jefe de Estado Mayor durante los últimos años de Dulles. Sin sentir ninguna simpatía hacia la doctrina de la represalia masiva, se retiró en 1959 para ser presidente del Centro Lincoln para las Artes Representativas, en Nueva York. Esta

culta figura ejerció una atracción natural sobre Kennedy, pero pese a toda su reputación de general intelectual, y no de hombre violento, sus ideas y recomendaciones solían ser convencionales.

Su compañero de viaje Walt Rostow (bautizado así por Walt Whitman) era un convencido creyente en la capacidad de los Estados Unidos para guiar y desarrollar a todo el mundo subdesarrollado. Verdadero halcón en la causa de contener al comunismo (antes de que la palabra «halcón» se pusiera de moda), ya había propuesto un plan que requeriría la introducción de 25 mil soldados norteamericanos. Como seleccionador de blancos en la guerra europea, había surgido como un entusiasta de la fuerza aérea, aunque los estudios efectuados durante la posguerra sobre bombardeos estratégicos habían llevado a la conclusión de que los resultados no eran decisivos. Rostow era un positivista, un doctor Pangloss que, según fue descrito por un colega suyo, diría al presidente, al enterarse de un ataque nuclear contra Manhattan, que se había realizado la primera fase de la renovación urbana, sin ningún costo para la tesorería[751]. Cuando sus actividades izquierdistas de sus días de estudiante fueron mencionadas, por la oficina de seguridad, una y otra vez, Kennedy se quejó: «¿Por qué siempre están señalando como blando a Walt? ¡Diablos!, es el principal apóstol de la Guerra Fría que yo tengo[752]». Que Rostow encontraría razones para seguir adelante en Vietnam era conclusión que podía darse por descontada.

Acompañada por oficiales del Departamento de Estado, de la Defensa, de los Jefes Conjuntos y de la CIA, la misión visitó Vietnam del Sur durante una semana, del 18 al 25 de octubre, y se retiró a las Filipinas a redactar su informe[753]. Este documento, junto con los cables llamados «Sólo Ojos» enviados por Taylor al presidente, con anexos y suplementos de miembros individuales de la misión, ha desafiado desde entonces toda capacidad de hacer un resumen coherente. Decía un poco de todo, combinaba los síes con los noes, el pesimismo con el optimismo, y en general, con muchas cortapisas y condiciones, argüía que el programa para «salvar a Vietnam del Sur» sólo funcionaría mediante la infusión de fuerzas armadas norteamericanas para convencer a ambos bandos de que los Estados Unidos iban en serio. Recomendaba el inmediato despliegue de ocho mil soldados «para contener la corriente descendente» del régimen y «un gran esfuerzo conjunto por tratar a la agresión del Viet-Cong». Muy precisamente, preveía las consecuencias: el prestigio de los Estados Unidos, que ya estaba en juego, estaría más comprometido. Si el objetivo último era eliminar la insurgencia en el sur, «No hay límite para nuestra posible participación (¡a menos que ataquemos la fuente, Hanoi!)». Aquí llegó formulado, en declaraciones y entre paréntesis, el futuro problema militar.

El informe contenía otras formulaciones igualmente vastas aunque menos bien consideradas. Sin haber visto el terreno ni la base industrial del enemigo, Taylor informaba que Vietnam del Norte era «extremadamente vulnerable a los bombardeos tradicionales». Rara vez ha debido el juicio militar tanto a la imaginación.

Al referirse al papel de agresor de Hanoi a través de una «frontera internacional» el informe tomaba la retórica inventiva que había caracterizado el asunto de Vietnam durante toda su duración. La Declaración de Ginebra había establecido específicamente que la línea de separación era «provisional» y que no debía interpretarse en el sentido de que «constituiría una frontera política o territorial». Eisenhower la había reconocido específicamente como tal y nada más. Y sin embargo, como el interés «vital» de la nación, la «frontera internacional» era una de las invenciones que los políticos empleaban para justificar el argumento de la intervención, o para convencerse siquiera de que tenían un argumento. Rostow ya lo había utilizado en su discurso pronunciado en Fort Bragg. Rusk lo utilizó tres meses después de Taylor en un discurso público en que fue más lejos que nadie al hablar de «agresión externa» a través de «fronteras internacionales[754]». Mediante un uso repetido, la transformación de la línea de separación en una frontera internacional llegaría a ser la norma.

Al describir la actuación militar de Vietnam del Sur como «desalentadora», y al hacer el reconocimiento ya rutinario de que «sólo los vietnamitas pueden vencer al Viet-Cong», Taylor declaró que los norteamericanos «como amigos y socios pueden mostrarles cómo puede hacerse esta tarea». Éste fue el engaño elemental en que se basó todo el esfuerzo.

La pauta que la intervención militar seguiría quedó así establecida por el asesor elegido. Nadie recomendó lo contrario, como lo había hecho Ridgway inequívocamente en el pasado. Los miembros de la misión que pertenecían al Departamento de Estado decían en sus anexos que la situación se estaba «deteriorando» con los crecientes triunfos del Viet-Cong, y señalaban que el esfuerzo comunista empezaba al más bajo nivel social, en las aldeas. Allí era donde «la batalla se debe perder y ganar»; el hecho de que tropas extranjeras, aunque pudiesen ayudar, no podían ganar tal batalla debía excluir «toda participación plena de los Estados Unidos por eliminar la amenaza del Viet-Cong». No obstante, el autor de este informe, Sterling Cottrell, presidente de la Fuerza de Trabajo de Vietnam, interdepartamental, apoyó plenamente la marcha adelante prescrita por Taylor y Rostow[755]. Antes de reconocer la inferencia que salta a la vista, el funcionario de segundo nivel generalmente preferirá asociarse a la opinión de sus superiores.

También el secretario Rusk, pese a su total compromiso de contener el comunismo, consideró desaconsejable comprometer demasiado el prestigio norteamericano por lo que él llamó «un caballo perdedor[756]». Esta falla del cliente le irritará, pues en otra ocasión, atestiguando ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, meditó en voz alta acerca de ver a los Estados Unidos siempre atados a aliados débiles del antiguo régimen y la necesidad de determinar en qué circunstancias «podéis o debéis invertir en un régimen cuando sabéis en lo más profundo de vuestro corazón que ese régimen no es viable[757]». A la política exterior

norteamericana nunca se le planteó una pregunta más significativa que, como podía esperarse, quedó sin respuesta.

Las reacciones de los Departamentos gubernamentales al informe de Taylor, empezando con la de McNamara, fueron confusas. La preparación y los hábitos mentales, habían formado en McNamara a un hombre de la creencia implícita de que, dados los necesarios recursos materiales y equipo y el análisis estadístico correcto de los factores relativos, la tarea —cualquier tarea— podía realizarse. Como respuesta, él y los Jefes Conjuntos establecieron un punto fundamental declarando que la intervención militar requería un claro compromiso con un objetivo, en este caso, impedir la caída de Vietnam del Sur en manos del comunismo. Calcularon que las fuerzas necesarias, tomando en consideración las posibles reacciones soviéticas y chinas alcanzarían un probable límite de seis divisiones, o 205 mil hombres, que debían ser reforzados por una advertencia a Hanoi de que su continuo apoyo a la insurgencia del Viet-Cong en el sur «conduciría a una represalia punitiva contra Vietnam del Norte[758]».

Kennedy estaba consciente de la opción militar y tal vez pidiera, de palabra, un consejo modificado. Complaciente, McNamara reconsideró y, junto con Rusk, entregó un segundo memorando en que sugería que por el momento el despliegue de fuerzas de combate podría diferirse, pero que se debía preparar para su introducción en cualquier momento. Advirtiendo así en ambos sentidos, los dos secretarios, que no pensaban lo mismo, dijeron que sin un poderoso esfuerzo de Vietnam del Sur, «fuerzas de los Estados Unidos no podrían realizar su misión en medio de una población apática u hostil». Por otra parte, la caída de Vietnam del Sur «socavaría la credibilidad de los compromisos norteamericanos por doquier» y «estimularía controversias internas[759]». Ofreciendo un poco de todo y evitando un categórico Sí o No, esto convino bien a la incertidumbre de Kennedy. Dudando de la eficacia de una «guerra del hombre blanco» y advertido por Taylor de la inevitable necesidad de reforzar, no quiso que su gobierno se viese enredado en aquel compromiso distante y poco prometedor. Y sin embargo, la posibilidad de apartarse siempre pareció peor: pérdida de fe en el escudo norteamericano en el extranjero y acusaciones en el interior de debilidad y vacilación ante el comunismo.

El instinto de Kennedy le hacía ser cauteloso, tendiente a la ambivalencia. Al principio aceptó el diferir una fuerza de combate, evitando cuidadosamente toda negativa explícita que pudiese abrir las puertas a la ira de la derecha. Informó a Diem que se le enviarían asesores y tropas técnicas adicionales, con la esperanza de que esto «galvanice y complemente» el esfuerzo vietnamita, al que «ninguna cantidad de ayuda exterior puede sustituir». La opción de las tropas de combate quedó en receso. En la referencia regular a las reformas políticas y administrativas, el presidente pidió una «demostración concreta» de progreso y añadió un recordatorio de que los asesores eran más apropiados para «tropas blancas extranjeras que… para misiones que incluyen buscar personal del Viet-Cong oculto entre la población vietnamita», lo

que era verdad pero no muy sincero, ya que esto era lo que las Fuerzas Especiales de contrainsurgencia supuestamente tenían que hacer. En un lenguaje vago —pero no lo suficiente— Kennedy trató de alentarse asegurando a Diem que «estamos preparados para ayudar a la República de Vietnam a proteger a su pueblo y a conservar su independencia[760]». En efecto, se aferró al objetivo sin emprender acciones.

Diem reaccionó mal y «pareció preguntarse», según el embajador norteamericano, «si los Estados Unidos estaban preparándose para retirarse de Vietnam como, sugirió, lo habíamos hecho en Laos[761]». Había que mantener la credibilidad y contener el deterioro. Sin ningún plan de misión o decisión bien clara, las tropas empezaron a partir. Los equipos de instrucción de los Estados Unidos requerían unidades de apoyo de combate, el reconocimiento aéreo requería escoltas de cazas y equipos de helicópteros, la contrainsurgencia requería seiscientos Boinas Verdes para entrenar a los vietnamitas en operaciones contra el Viet-Cong. El equipo siguió el mismo ritmo: lanchas de asalto y botes de patrulla naval, transportes blindados, aeroplanos capaces de despegar en un corto espacio, transportes, camiones, instalaciones de radar, tiendas Quonset, aeropuertos. Empleado en apoyo de las operaciones de combate del ejército sudvietnamita, todo esto requería personal de los Estados Unidos que, queriéndolo o no, entró en una guerra. Cuando las unidades de las Fuerzas Especiales dirigieron a las unidades del ejército de Vietnam del Sur contra los guerrilleros y tropezaron con fuego del enemigo, lo devolvieron. Lo mismo hicieron los helicópteros cuando encontraron fuego enemigo.

Una intensificada actividad requería más que un comando de entrenamiento. En febrero de 1962, un comando de campo, con el acrónimo de MACV (Military Assistence Command Vietnam), se sobrepuso al MAAG, encabezado por un general de tres estrellas, Paul D. Harkins, exjefe de Estado Mayor de Maxwell Taylor en Corea. Si se necesita una fecha para el comienzo de la guerra norteamericana en Vietnam, servirá el establecimiento de Mac-Vee, como llegó a ser conocido.

A mediados de 1962, los soldados norteamericanos en Vietnam eran ocho mil, a fin del año más de once mil, diez meses después, 17 mil. Los soldados de los Estados Unidos servían junto con unidades del ejército sudvietnamita en cada nivel, desde batallón hasta división y Estado Mayor. Planeaban operaciones y acompañaban a las unidades vietnamitas al campo, de seis a ocho semanas a la vez. Transportaban tropas y abastos por avión, construían pistas de aterrizaje en la selva, transportaban equipos de evacuación médica y rescate por helicóptero, entrenaban pilotos vietnamitas, coordinaban el fuego de artillería con el apoyo aéreo, introdujeron vuelos de defoliación al norte de Saigón. También sufrieron bajas: catorce muertos o heridos en 1961,109 en 1962, 489 en 1963[762].

Ésta era una guerra del Ejecutivo, sin autorización del Congreso, y ante las evasiones o negativas del presidente, fue una guerra virtualmente sin conocimiento del público, aunque no sin noticias. Acusado por el Comité Nacional Republicano de

«no ser franco ante el pueblo de los Estados Unidos» acerca de la participación en Vietnam[763], e interrogado sobre si no era tiempo de «dejar los pretextos» acerca de sus «asesores», Kennedy, evidentemente picado, replicó en una conferencia de prensa en febrero de 1962: «No hemos enviado allí tropas de combate, en el sentido generalmente entendido de la palabra. Hemos aumentado nuestra misión de entrenamiento y nuestro apoyo logístico…». Y esto era «todo lo franco que podía ser» sin contradecir el infalible pretexto: «las necesidades de nuestra seguridad en la zona[764]». Ello no satisfizo a nadie. «Los Estados Unidos están participando en una guerra no declarada en Vietnam del Sur», escribió el mismo día James Reston. «Esto es bien sabido de los rusos, de los comunistas chinos y de todos los demás interesados, salvo del pueblo norteamericano».

Durante un tiempo, la infusión norteamericana logró fortalecer el esfuerzo vietnamita. Las operaciones empezaron a salir bien. El programa de «aldea estratégica», el más aclamado y favorecido del año, patrocinado por Nhu, hermano de Diem, y muy admirado por los norteamericanos, logró en realidad rechazar al Viet-Cong en muchos lugares, si bien no le valió simpatías al gobierno de Diem entre la población rural. Planeado para aislar a los guerrilleros, apartándolos del pueblo, privándolos de alimento y de reclutas, el programa reubicó por la fuerza a aldeanos llevándoselos de sus propias comunidades a unas «agrovillas» fortificadas de unas 300 familias, a menudo con sólo lo que llevaban puesto, mientras las antiguas aldeas eran incendiadas para privar de refugio al Viet-Cong. Además de pasar por alto el apego del campesino a su tierra ancestral y su renuencia a abandonarla por cualquier razón, el programa impuso trabajos forzados para construir las «agrovillas». Habiendo hecho un elaborado esfuerzo al que se habían asignado grandes esperanzas, las «aldeas estratégicas» costaron tanto en indignación del pueblo cuanto ganaron en seguridad.

Con el ejército sudvietnamita bajo tutela norteamericana, aumentando sus misiones mientras que la tasa de defecciones del Viet-Cong ascendía y muchas de sus bases quedaban abandonadas, volvió la confianza. El año de Saigón fue 1962, que, sin sospecharlo, sería el último. El optimismo norteamericano creció. Portavoces del ejército y de la embajada emitieron pronunciamientos positivos. Decíase que la guerra estaba «doblando la esquina». La cuenta de cadáveres del Viet-Cong contra el ejército de Vietnam del Sur fue calculada en cinco contra tres. El general Harkins se mostraba provocador. El secretario McNamara, en un viaje de inspección efectuado en julio, declaró, muy característicamente: «Toda medida cuantitativa que tenemos muestra que estamos ganando esta guerra[765]». En una conferencia militar celebrada en el cuartel general del comandante en jefe, en el Pacífico, en Honolulu, de vuelta a su patria, empezó a planear para una gradual retirada de la participación militar de los Estados Unidos en 1965.

Al nivel más real, coroneles, oficiales no comisionados y reporteros de la prensa se mostraban más dudosos. Las dudas más convincentes eran las de J. K. Galbraith,

quien, camino a la India como embajador por la época informe de Taylor en noviembre de 1961, recibió la solicitud de Kennedy de detenerse en Saigón para hacer otra evaluación. Galbraith tuvo la impresión de que Kennedy deseaba algo negativo, y lo vio implacablemente. La situación era «ciertamente una olla de víboras». Los batallones de Diem eran «remolones constantes». Los jefes del ejército provincial combinaban el mando militar con el gobierno local y la avaricia política; la información sobre las operaciones de los insurgentes era «inexistente». La realidad política era una «total estasis» que brotaba de la mayor necesidad de Diem de protegerse de un golpe, que de proteger al país ante el Viet-Cong. La ineficacia e impopularidad de su gobierno condicionaban la eficacia de la ayuda norteamericana. Cuando Diem atravesaba Saigón, sus movimientos, que recordaban a los del emperador del Japón, «requerían quitar la ropa que estaba secándose a lo largo, del camino, cerrar todas las ventanas, una orden al pueblo de no asomarse, limpiar las calles y un pelotón de motociclistas para protegerlo a su paso». El esfuerzo de obtener una reforma con promesas de ayuda era inútil porque Diem «no reformará ni en lo administrativo ni en lo político en ninguna forma efectiva. Y es porque no puede. Es ingenuidad política esperarlo. Siente que no puede soltar poder porque entonces sería derrocado».

Galbraith recomendó resistir a toda presión que tratara de introducir tropas norteamericanas porque «nuestros soldados no pueden enfrentarse a la vital debilidad». No tenía ninguna solución a «la caja en que estamos encerrados», salvo refutar el argumento de que no había otra opción que Diem. Consideraba esencial un cambio y un nuevo comienzo, y aunque nadie pudiera prometer una transición segura, «Hoy estamos casados con el fracaso[766]».

Nuevamente en marzo de 1962, escribió pidiendo que los Estados Unidos mantuvieran abierta la puerta a cualquier tipo de arreglo político con Hanoi y «aferrar la oportunidad» si alguna aparecía. Pensaba que Jawaharlal Nehru ayudaría y que Harriman debía acercarse a los rusos para descubrir si Hanoi retiraría al Viet-Cong a cambio del retiro norteamericano y un acuerdo de hablar acerca de la unificación final.

Al volver a la patria en abril, propuso a Kennedy un acuerdo internacionalmente negociado, para un gobierno no alineado según el modelo de Laos. Al seguir apoyando un gobierno ineficaz, predijo, «Remplazaremos a los franceses como la fuerza colonial de la zona y nos desangraremos, como los franceses». Mientras tanto, había que resistir a todos los esfuerzos por comprometer a los soldados norteamericanos a combatir, y sería bueno disociarse de acciones tan irritantes como la defoliación y las «aldeas estratégicas[767]».

La propuesta de Galbraith, por escrito, fue combatida por los Jefes Conjuntos, que la consideraban como un esfuerzo por romper «lo que hoy es un compromiso bien sabido de tomar una actitud enérgica contra el comunismo en el sudeste de Asia». Citaron como prueba la malhadada promesa del presidente a Diem de mantener la

independencia de la república. Pidieron que no hubiese ningún cambio en la política norteamericana sino que, en cambio, fuese «proseguida vigorosamente hasta una triunfal conclusión[768]». Éste era el consenso general; Kennedy no lo refutó, y la sugestión de Galbraith cayó en el olvido.

La triunfal conclusión ya estaba desvaneciéndose como cosa imposible. El descontento crecía en torno de Diem como vapores de una marisma. Los campesinos se indispusieron más aún por la conscripción para el servicio militar impuesta por Saigón en lugar del tradicional servicio de seis meses cada año que permitía a los hombres volver a sus casas para trabajar los campos. En febrero de 1962, dos oficiales disidentes de la fuerza aérea bombardearon y ametrallaron el palacio presidencial, en un vano intento por asesinar a Diem. Los reporteros norteamericanos estaban examinando las grietas y encontrando las insuficiencias y falsedades que había en el compulsivo optimismo de los informes oficiales. En creciente frustración, mandaron informes cada vez más despectivos. Como uno de ellos escribiría largo tiempo después: «Mucho de lo que los periodistas consideraron como mentiras era exactamente lo que la misión realmente creía y estaba diciendo a Washington», sobre la base de lo que le decían los comandantes de Diem[769]. Puesto que por todo el país había agentes de información norteamericanos, no era ninguna excusa tomar como artículo de fe los mandamientos de Diem, pero habiendo comprometido la política norteamericana con Diem, como en otro tiempo con Chiang Kai-shek, los funcionarios sentían la misma renuencia a reconocer su inadecuación.

El resultado fue una guerra de prensa: cuanto más se enfurecían los periodistas, más escribían «relatos indeseables». El gobierno envió a Robert Manning, subsecretario de Estado Para Asuntos Públicos, experiodista, a Saigón para tratar de calmar la tormenta, en la esperanza —según un memorando escrito por Manning— de «ver minimizada la participación norteamericana en Vietnam, y hasta representada como algo menos de lo que es en realidad[770]». Aunque el público prestó poca atención, unos cuantos cobraron conciencia de que algo andaba mal en aquella remota empresa. Empezó a surgir disidencia, aquí y allá, pequeña, dispersa y de poca importancia. El público en general sabía vagamente que en algún lugar del Asia se estaba combatiendo al comunismo, y en general aprobaba el esfuerzo. Vietnam era un lugar distante, no visualizado, poco más que un nombre en los periódicos.

Un crítico individual, el de mayor categoría y conocimiento, fue el senador Mike Mansfield, ahora jefe de la mayoría y el senador más profundamente preocupado por Asia. Mansfield sintió que los Estados Unidos, basados en la antigua tradición de los misioneros, estaban obsesionados por su celo de mejorar Asia, reanimado por la cruzada anticomunista, y que tal esfuerzo sería ruinoso tanto para los Estados Unidos como para Asia[771]. Al volver en diciembre de 1962 de un viaje de inspección hecho a solicitud del presidente, su primera visita desde 1955, dijo al Senado que: «Después de siete años y dos mil millones de ayuda norteamericana… Vietnam del Sur no parece más estable que como estaba al principio». Tiró una bofetada a los optimistas

y otra contra las aldeas estratégicas, con respecto a las cuales «las prácticas del gobierno central, hasta la fecha, no son tranquilizadoras[772]».

Ante Kennedy en persona se mostró más explícito, diciendo que la infusión de tropas norteamericanas llegaría a dominar una guerra civil que no era asunto del país. Hacerse cargo de ella «dañaría al prestigio norteamericano en los Estados Unidos y no ayudaría a los sudvietnamitas tampoco a ponerse en pie». Cada vez más preocupado, poniéndose rojo mientras Mansfield hablaba, Kennedy lo interrumpió bruscamente: «¿Espera usted que yo tome todo esto como usted lo dice?». Como todos los gobernantes, deseaba ver confirmada su política y se indignó con Mansfield, como lo confesaría después ante un ayudante, por estar en tan completo desacuerdo, «y airado conmigo mismo porque me encontré en acuerdo con él[773]».

Nada cambió. El presidente envió a otros investigadores, Roger Hilsman, jefe de Inteligencia del Departamento de Estado, y Michael Forrestal, del equipo de Bundy, personal más cercano a la opinión de Mansfield que a la de Taylor y a Rostow. Informaron que la guerra duraría más tiempo, costaría más dinero y vidas de lo que se había previsto, y que «el lado negativo de la ecuación sigue siendo terrible»; pero como ocupantes de cargos, sin la independencia de Mansfield, no disputaron la política prevaleciente[774].

Enterradas en el informe intensamente detallado de Hilsman se encontraban muchas negativas específicas, pero no se tomó ninguna medida para adaptarlo a la información llevada por los investigadores. Toda adaptación es penosa. Para el gobernante es más fácil, una vez que ha adoptado una casilla política, permanecer dentro. Para el funcionario menor, que cuida su puesto, lo mejor es no hacer grandes olas, ni presionar con pruebas que el jefe tenga renuencia a aceptar. Los psicólogos han llamado «disonancia cognoscitiva» al proceso de analizar una información discordante, disfraz académico para «no me confundan con los hechos». La disonancia cognoscitiva es la tendencia a «suprimir, glosar, rebajar o alterar cuestiones que producirían un conflicto o “dolor psicológico” dentro de una organización». Hace que las alternativas sean «rechazadas ya que hasta el pensar acerca de ellas entraña conflictos». En las relaciones de subordinado y superior dentro del gobierno, su objeto es el desarrollo de una política que no perturbe a nadie. Ayuda al gobernante en su pensamiento parcial, definido como «una alteración inconsciente en la estimación de las probabilidades[775]».

Kennedy no era un hombre obcecado; estaba consciente de las negativas y preocupado por ellas, pero no hizo ninguna adaptación, y ninguno de sus principales asesores le sugirió alguna. Dentro de la rama ejecutiva nadie pidió una retirada, en parte por temor a fomentar el comunismo y el daño al prestigio norteamericano, en parte por temor a las represalias internas. Y por otra razón, la más duradera en la historia de la insensatez: la ventaja personal, en este caso, un segundo periodo presidencial. Kennedy era lo bastante sagaz para comprender las señales de fracaso,

para sentir en Vietnam un continuo desastre. Estaba irritado, sintiéndose atrapado allí, ansioso de no estropear las posibilidades de un segundo periodo. Le habría gustado ganar, o encontrar una razonable imitación del triunfo, reducir las pérdidas y salir del paso.

La corriente de su pensamiento surgió en un desayuno dado al Congreso en la Casa Blanca en marzo de 1963, cuando Mansfield renovó sus argumentos. Llevándolo aparte, el presidente le dijo, tal vez porque sabía que esto era lo que quería oír el influyente senador, que empezaba a pensar en una completa retirada militar. «Pero no puedo hacerlo hasta 1965. Hasta después de que me hayan reelegido». Hacerlo antes causaría «un escándalo de los conservadores» en su contra. Ante su ayudante Kenneth O'Donnell, repitió Kennedy: «Si yo tratara de salirme hoy, por completo, podríamos tener otro fantasma de Joe McCarthy en nuestras manos»; sólo después de la reelección, y dijo tajante: «Así pues, más vale asegurarnos de que me reelijan[776]». Ante otros amigos reveló sus dudas, pero arguyó que no podía entregar Vietnam a los comunistas y pedir a los votantes norteamericanos que lo reeligieran.

Su posición era realista, si no precisamente un perfil de valor. Faltaba más de año y medio para la reelección. Continuar durante ese tiempo invirtiendo recursos norteamericanos e, inevitablemente, vidas en una causa en que ya no tenía mucha fe, antes que arriesgarse a perder un segundo periodo presidencial, decididamente iban en su propio interés, y no en el de su país Muy pocos han sido los gobernantes capaces de invertir tal orden.

En el ínterin, la suprema confrontación de la crisis de los proyectiles cubanos había sido magistralmente resuelta, y su fracaso para Jrúschov y su triunfal resultado para los Estados Unidos habían aumentado la confianza y el prestigio del gobierno. Una razón de que los soviéticos hubiesen retrocedido ofreció la misma lección que Berlín: colocar los proyectiles en Cuba fue una jugada audaz, no de vital interés para la URSS, mientras que impedir los sitios de lanzamiento tan cercanos a las costas de los Estados Unidos si era de interés vital para ellos. Sobre la base de la ley del interés vital, podía predecirse que los Estados Unidos, a la postre, tuviesen que retroceder en Vietnam y que Vietnam del Norte prevalecería.

Con el golpe sufrido por el comunismo en Cuba y un renovado prestigio norteamericano, aquél habría sido un momento propicio para retirarse de Vietnam, con esperanzas de superar todo escándalo en el interior. Pero ésta era la época del optimismo oficial, en que nadie hablaba de retirarse. Por entonces, Kennedy dio instrucciones a Michael Forrestal de ir preparando un plan para la retirada, después de las elecciones, diciendo que necesitaría un año para preparar su aceptación por el Congreso y por sus aliados en Asia y Europa[777]. De esto no salió nada, pero cuando se le preguntó en privado cómo lograría la retirada sin dañar el prestigio norteamericano, contestó: «Muy fácil, pongan un gobierno allí que nos pida

retirarnos[778]». En público estaba diciendo que para los Estados Unidos retirarse «significaría un desplome no sólo de Vietnam del Sur sino del sudeste de Asia. Por tanto, nos quedaremos[779]». Estaba pensando en los dos sentidos, y nunca resolvería la dualidad.

Un factor constante en el proceso político fue el temor de lo que hiciera China. La escisión chino-soviética ya era obvia, y cuando la amenaza rusa pareció conjurada en un periodo de *détente*, los chinos, tras la cortina de ruptura de relaciones, parecían más amenazadores que antes. La impresión de Corea no se había desvanecido; el alarde de belicosidad por Quemoy-Matsu, la anexión del Tíbet, la guerra en las fronteras de la India formaban, en conjunto, un cuadro de infinitos dolores. Cuando, en una entrevista por televisión, se preguntó a Kennedy si tenía alguna razón para dudar de la validez de la teoría del dominó, él dijo: «No, creo en ella, creo en ella… China parece tan grande tras las fronteras que si Vietnam del Sur cayera, no sólo le daría una mejor posición para guerra de guerrillas en Malasia, sino que también causaría la impresión de que la ola del futuro en el sudeste de Asia era de China y de los comunistas[780]».

En realidad, si los norteamericanos hubiesen tenido el valor de aceptar a un Vietnam del Norte poderosamente nacionalista, comunista o no, una nación vigorosa, independiente, intensamente antichina habría sido una barrera mucho mejor contra la temida expansión china que un país dividido, en guerra, que ofrecía toda oportunidad de intervención del otro lado de sus fronteras. Esto no se les ocurrió a los mejores y más brillantes. China, en todo caso, se encontraba entonces luchando con el problema económico en que la había dejado el Gran Salto Adelante, y no estaba en condición de emprender aventuras extranjeras. «Conoce a tu enemigo» es el precepto más importante en toda relación adversa, pero es hábito particular de los norteamericanos, al enfrentarse a la «amenaza roja», romper relaciones y tratar a base de ignorancia.

El *establishment* militar, cumpliendo con la orden dada por McNamara en Honolulu, estaba ocupado redactando un plan general, absorbiendo kilómetros de memorandos y meses de trabajo en papeles, para el retiro de un total no muy convincente de mil hombres al final de 1963 y la formación y financiamiento del ejército de Vietnam del Sur hasta el punto en que, según se esperaba, por su preparación y su número podría encargarse de la guerra. Mientras que el MACV y el CINCPAC y el Departamento de la Defensa estaban hundidos hasta las rodillas en cifras y acrónimos e intercambio de documentos, el progreso se estancaba en Vietnam del Sur y producía la crisis que terminó con la caída y la muerte de Diem, arrastrando detrás la responsabilidad moral de los Estados Unidos.

El mandato de Diem, nunca totalmente aceptado por la mezcla de sectas, religiones y clases, finalmente fue quebrantado por la revuelta budista del verano de 1963. El largo resentimiento causado por el trato de preferencia dado a los católicos por los franceses y continuado por Diem, incendió la causa budista, dándole un atractivo entre los aborígenes. En mayo, cuando en Saigón se prohibieron

celebraciones del nacimiento de Buda, estallaron motines y tropas del gobierno dispararon contra los manifestantes, matando a varios de ellos. Renovados motines y la ley marcial recibieron terrible notoriedad pese al desesperado acto de autoinmolación de un monje budista que se prendió fuego en una plaza pública de Saigón. La protesta cundió reuniendo a todos los oponentes del régimen: anticatólicos, antioccidentales, disidentes de las clases media y baja. Surgieron represión y violencia, que todos supieron que eran guiados por Nhu, el hermano de Diem, culminando en un ataque a la principal pagoda budista y el arresto de cientos de monjes. El ministro de Relaciones Exteriores y el embajador en los Estados Unidos renunciaron en señal de protesta. El gobierno de Diem empezó a desmoronarse.

El servicio de información norteamericano, que no parece muy capaz de descubrir el sentimiento popular, no había previsto la revuelta. Dos semanas antes de que estallara, el secretario Rusk, engañado por el optimismo del MACV, llegó a hablar del «movimiento continuo» en Vietnam del Sur «hacia un sistema constitucional basado en el consentimiento popular» y los testimonios de un alza de la moral, que indicaban que el pueblo iba «camino del éxito[781]».

Diem también tenía enemigos en el ejército. Parecía inminente un golpe de los generales. El esfuerzo de guerra se redujo mientras el gobierno luchaba contra conspiraciones y cábalas. Nhu y la siniestra Madame Nhu empezaron a aparecer en informes del servicio de inteligencia en que se decía que se comunicaban con el enemigo y se sospechaba que con objeto de alcanzar un arreglo «neutralista» por medio de intermediarios franceses, para mejorar su propia situación[782]. Toda la inversión de los Estados Unidos parecía en peligro. ¿Era éste el protegido preferido para la construcción de una nación, el candidato en quien podía confiarse que cerrara el camino al norte, implacablemente motivado?

En Washington, se caldearon las discusiones sobre qué hacer, tanto más cuanto que el gobierno, de hecho, no sabía qué curso adoptar. ¿Habría una opción frente a Diem? Si se quedaba en su lugar, ¿se podría vencer a la insurgencia, bajo su gobierno? La discusión se concentró en los pros y los contras de Diem y cómo librarse de los Nhu, y no en alguna reconsideración de lo que los Estados Unidos estaban haciendo en aquella *galère*. Menos por su opresión a los budistas que por sus aperturas neutralistas, había que eliminar a los Nhu. La esperanza consistía en obligar a Diem en aquel punto mediante una juiciosa reducción de la ayuda, pero Diem, confiado en los compromisos de los Estados Unidos contra los comunistas, se mostró impertérrito ante estas amenazas. En el Departamento de Estado surgió ansiedad y nerviosismo, pensando que Diem pudiese ver en aquellas amenazas una señal de que era inminente una acción contra él y los Nhu y «emprendiera alguna acción fantástica, como pedir ayuda a Vietnam del Norte para expulsar a los norteamericanos[783]». Esta interesante idea sugiere cierta fragilidad en el sentido que el propio Washington tenía acerca de su papel en Vietnam.

Gradualmente los políticos llegaron a la conclusión, no de que Vietnam del Sur como barrera contra el comunismo era una mala idea, sino que Diem lo era y tenía que irse con la ayuda de los Estados Unidos. En suma, Washington apoyaría el golpe militar. Era una suposición de la derecha —o si no de la derecha, del imperativo pragmático— proteger la inversión en una compañía cliente hasta que fallara la administración.

Un típico agente de cobertura de la CIA, el coronel Lou Conein, entabló relaciones con los generales conspiradores[784], y el nuevo embajador Henry Cabot Lodge vigorosamente se puso al frente de las cosas, absolutamente convencido de poner fin a la asociación de los Estados Unidos con «este régimen represivo con sus bayonetas en cada esquina[785]». Respondiendo a sus consejos, Washington le envió instrucciones de que si Diem no se libraba de los Nhu «estamos dispuestos a aceptar la obvia implicación de que ya no podemos mantener más a Diem», dándole facultades para decir a «los comandantes militares apropiados que les daremos apoyo directo en cualquier periodo interino de descomposición del mecanismo del gobierno central». En el estilo de «Sí o No» de las instrucciones del gobierno, la Casa Blanca dijo a Lodge que no debía «tomarse ninguna iniciativa» para «alentar encubiertamente un golpe», pero por otra parte había que hacer «esfuerzos urgentes de cobertura» para «establecer contactos con una posible jefatura distinta», que desde luego debía ser «totalmente segura y plenamente negable[786]».

Como reciente candidato republicano a la vicepresidencia, Lodge había sido nombrado embajador no sólo por su capacidad política y su dominio del francés, sino como medio de hacer que su partido se comprometiera en la red vietnamita. Sin dejarse empujar, tuvo cuidado de que el gobierno de Kennedy pusiese las cosas bien claras para que después no pudiese repudiarlo. «Nos hemos lanzado», cablegrafió, «en un curso del que no hay ningún regreso honroso: el derrocamiento del gobierno de Diem[787]». Informó que el coronel Conein había establecido el contacto deseado con el jefe del golpe, el general *Big* Minh, quien había esbozado tres posibles planes de acción, de los cuales el primero era el «asesinato» de los Nhu sin derrocar a Diem; «éste era el plan más fácil de lograr[788]».

En las continuas conferencias celebradas en Washington, ocasionalmente surgía una cuestión más importante que el destino de Diem y de los Nhu, como cuando Robert Kennedy dijo que la cuestión principal era saber si «algún gobierno podía resistir a los comunistas. Si esto no era posible, era el momento de retirarse por completo de Vietnam en lugar de aguardar». Si se podía resistir con un gobierno distinto, entonces debía el país seguir adelante con sus planes de cambio, pero Robert Kennedy consideraba que la cuestión básica «no se había contestado[789]».

Algunos trataron de responder. Oficiales de campo que habían acompañado al combate unas unidades del ejército sudvietnamita, y vieron, con amargura, que el entrenamiento y las armas norteamericanas no podían aportar la voluntad de

combatir, hicieron todo lo posible por eludir la supresión de informes negativos, de la que se encargaba el general Harkins, y enviaron sus relatos de un lamentable desempeño en el campo de batalla, como instructivos para el Pentágono. Uno en particular, la batalla de Ap Bac en enero de 1963, en que participó un batallón del ejército sudvietnamita de dos mil hombres, equipado con artillería y transportes blindados, en que se había esperado demostrar triunfalmente el recién adquirido poder de fuego y agresividad del ejército. Atrapadas bajo el súbito fuego de 200 guerrilleros del Viet-Cong, las tropas sudvietnamitas se ocultaron tras unos helicópteros que había en tierra, se negaron a levantarse y disparar, y desobedecieron la orden de contraatacar. El jefe de provincia, al mando de una unidad de la Guardia Civil, se negó a permitir a su tropa trabar combate. En el tiroteo, tres oficiales asesores norteamericanos murieron[790]. El combate de Ap Bac reveló las fallas del ejército sudvietnamita, la inutilidad del programa norteamericano y la vacuidad del optimismo del cuartel general, aunque a nadie se permitió decirlo. El coronel John Van, oficial norteamericano de más alta graduación en Ap Bac, se hallaba de regreso en el Pentágono en el verano de 1963, tratando de informar al alto mando. Como Maxwell Taylor era el particular protector del general Harkins y sostenía sus ideas, el mensaje de Van no fue escuchado[791]. Un portavoz del Departamento de la Defensa anunció que «se ha dado vuelta a la esquina, definitivamente hacia la victoria», y el CINCPAC previó la derrota «inevitable» del Viet-Cong[792].

También los funcionarios de ayuda al extranjero mostraron su desaliento. Rufus Phillips, director de programas rurales, informó que el programa de aldeas estratégicas estaba en «ruinas», y dejó en claro que la guerra no era básicamente militar, sino un conflicto político por la lealtad del pueblo y que el régimen de Diem iba perdiendo[793]. John Macklin, director del Servicio de Información de los Estados Unidos, quien había estado de vacaciones en 1962, como corresponsal del *Time*, tratando de ayudar a volver al pueblo vietnamita contra el Viet-Cong, renunció después de 21 meses por «desesperación[794]».

El jefe del Grupo de Trabajo interdepartamental sobre Vietnam, Paul Kattenburg, sobresaltó en una conferencia a Rusk, McNamara, Taylor, Bundy, el vicepresidente Johnson y otros presentes con su recomendación de que, dada la certidumbre de que no era posible separar a Diem de su hermano y que recibiría menos y menos apoyo del pueblo, y seguiría «cuesta abajo», mejor sería que los Estados Unidos decidieran salirse ahora mismo. Ninguno de los presentes estuvo de acuerdo, y la sugerencia fue firmemente rechazada por Rusk, quien dijo que la política debía proceder sobre la suposición de que «no nos saldremos hasta que hayamos ganado la guerra[795]». Después, Kattenburg salió del Grupo de Trabajo y fue transferido a otro puesto, prediciendo al salir que la guerra haría participar a 500 mil norteamericanos y que se extendería hasta ser un conflicto de cinco a diez años[796].

En aquel momento resonó una voz de oráculo: Charles de Gaulle propuso una

solución neutralista. En una de sus misteriosas declaraciones, pronunciada en una reunión del gabinete francés pero que recibió la insólita autorización de ser publicada al pie de la letra, claramente destinada a oídos extranjeros, De Gaulle expresó la esperanza de que el pueblo vietnamita haría un «esfuerzo nacional» por alcanzar la unidad y la «independencia de toda influencia exterior». En frases espectrales acerca de la preocupación de los franceses por Vietnam, dijo que todo esfuerzo que se hiciera hacia este fin encontraría a Francia dispuesta a cooperar[797]. Esto fue comentado por los diplomáticos, quienes consideraron que aquello significaba una solución «neutralizada» sobre la pauta de Laos, independiente a la vez de la China comunista y los Estados Unidos. «Fuentes autorizadas» indicaron que los vietnamitas del norte se habían mostrado receptivos y que unos funcionarios franceses habían estado sondeando el sentimiento de Hanoi en otras capitales[798].

Aquélla podía ser la apertura para «aferrar la oportunidad» de un posible acuerdo negociado, como una vez lo recomendara Galbraith. De Gaulle estaba ofreciendo una salida por si Washington tenía la sagacidad de buscarla. Sin embargo, se informó que esto había causado «general irritación en el gobierno norteamericano[799]: frecuente reacción a las frases pomposas de De Gaulle». Sin embargo, dada la desintegración política y la inadecuación militar y la falta de todo progreso en Vietnam del Sur, y las insinuaciones de Hanoi, el gobierno norteamericano habría podido aprovechar el inminente desplome de Diem y los implícitos buenos oficios de De Gaulle para decir que haría todo lo que pudiera por apoyar; no podía hacer más; el resto correspondía al pueblo vietnamita. Esto habría significado, tarde o temprano, la toma del poder por los comunistas. Al no prever el futuro y con la confianza de 1963 en el poder norteamericano, esta resolución aún fue inaceptable.

Las cosas procedieron sobre el curso escogido: hacia el golpe de Estado. El que ello violara un principio básico de las relaciones exteriores no preocupó a los realistas de la escuela de Kennedy. Que llevara al absurdo la reiterada insistencia norteamericana en que el conflicto de Vietnam era guerra de «ellos» no parece haber sido tomado en cuenta. «Su» guerra era un lema incesante; Dulles lo decía, Eisenhower lo decía, Rusk lo decía, Maxwell Taylor lo decía, todos los embajadores lo decían, el propio Kennedy lo dijo muchas veces: «En último análisis ésta es *su* guerra. Son los que tendrán que ganarla o perderla[800]». Si aquélla era su guerra, también era su gobierno y eran sus políticos. Pues los defensores de la democracia, si conspiraban con los conjurados de un golpe de Estado (por muy buenas que fueran sus razones), no podrían ser aclamados en los libros de historia como un triunfo del modo de vida norteamericano. Tal fue un paso en la locura de la traición a si mismo.

Preocupado por su papel y por el olor de la marisma en que estaba hundiéndose, Kennedy recurrió a otra comisión investigadora, sustituto de política que ya se iba volviendo tradicional en Washington. Una gira de cuatro días, rápida pero intensiva, corrió a cargo del general Victor Krulak, asesor especial de Maxwell Taylor, quien ahora era jefe de Estado Mayor y presidente de los Jefes Conjuntos, y de Joseph

Mendenhall, del Departamento de Estado, viejo asesor muy conocido entre los civiles vietnamitas. A su regreso sus informes a la Casa Blanca, uno de ellos animado y prometedor, basado en fuentes militares, el otro cáustico y sombrío, fueron tan distintos que provocaron esta frase del presidente: «No visitaron ustedes el mismo país, ¿verdad?»[801].

Esto fue inmediatamente seguido por otra misión, al nivel más alto: el propio general Taylor y el secretario McNamara, con la asignación de descubrir hasta dónde el caos político había afectado al esfuerzo militar. Su informe del 2 de octubre, aunque positivo sobre las perspectivas militares, estaba lleno de negativas políticas que refutaban sus mismas esperanzas. Todas las contradicciones fueron acalladas por la pública declaración de McNamara, con aprobación del presidente, de que se podrían retirar mil hombres al término del año y que «la mayor parte de la tarea militar de los Estados Unidos puede quedar completa a finales de 1965[802]». Esta confusión y contradicción no hizo nada por aclarar la política.

El 1.º de noviembre se llevó a cabo, con todo éxito, el golpe de Estado de los generales. Para asombro e incomodidad de los norteamericanos, incluyó los inesperados asesinatos de Diem y de Nhu. Menos de un mes después, también el presidente Kennedy estaba en una tumba.

5. La guerra del ejecutivo: 1964-1968

Desde el momento en que subió al poder, según alguien que lo conocía bien, Lyndon Johnson decidió que él no iba a «perder» Vietnam del Sur[803]. Dadas sus propuestas de marcha adelante, siendo vicepresidente en 1961, podía esperarse esta actitud, y aunque se basaba en el credo de la Guerra Fría, tenía aún más que ver con las demandas de su autoimagen, como al punto pudo notarse. Menos de 48 horas después de la muerte de Kennedy, el embajador Lodge, que había vuelto a la patria a informar sobre los acontecimientos posteriores a Diem, se reunió con Johnson para informarle de la desalentadora situación. Las perspectivas políticas con el sucesor de Diem, informó, no mostraban promesas de mejorar, sino, antes bien, de nuevas pugnas; en lo militar, el ejército se mostraba vacilante y en peligro de ser abrumado. A menos que los Estados Unidos tomaran un papel mucho más activo en la lucha, el sur podía perderse. Había que enfrentarse a decisiones difíciles, dijo Lodge, sin ambages al presidente. La reacción de Johnson fue instantánea y personal: «No voy a ser el primer presidente de los Estados Unidos que pierda una guerra»; según otra versión, dijo: «No voy a perder Vietnam. No voy a ser el presidente que vio al sudeste de Asia seguir el camino de China[804]».

En la tensión nerviosa de su súbito ascenso, Johnson sintió que tenía que ser «fuerte», mostrarse al mando, especialmente para librarse de la sombra de los Kennedy, tanto el difunto como los vivos. No sintió un impulso comparable por ser prudente, por examinar las cuestiones antes de hablar. Carecía de la ambivalencia de Kennedy, nacida de cierto sentido histórico y al menos de cierta capacidad de reflexionar. Enérgico y dominante, hombre pagado de sí mismo, Johnson fue afectado en su conducción de la política de Vietnam por tres elementos de su carácter: un ego que era insaciable y nunca seguro; una insondable capacidad de utilizar e imponer los cargos del oficio sin inhibiciones; una profunda aversión, una vez decidido en un curso de acción, a toda contraindicación.

Tras el asesinato de Diem, flotaban en el aire de Vietnam del Sur especulaciones acerca de una solución neutralista, y es posible que Saigón hubiese entrado en un acuerdo con los insurgentes en aquel punto, de no ser por la presencia norteamericana. Se oyó una transmisión de la radio clandestina del Viet-Cong sugiriendo las negociaciones por un cese del fuego. El servicio de inteligencia de transmisiones extranjeras captó e informó a Washington de una segunda transmisión, en que se sugería un acomodo con el nuevo presidente que había en Saigón, general Duong Van Minh, líder del golpe contra Diem, si se separaba de los Estados Unidos[805]. Estas ofertas no eran difíciles y probablemente sólo pretendían sondear el caos político de Saigón. Si Washington no escuchaba, Saigón sí. El gigantesco

presidente, el general *Big* Minh, excampesino budista, que aunque bien intencionado y popular no podía controlar a un grupo de rivales, estaba considerando —se dijo— establecer contacto con el Viet-Cong. Después de tres meses en el cargo, él a su vez fue víctima de un golpe. El mismo rumor pasó a sus sucesores, que se siguieron por medio de golpes y caídas durante los siguientes meses. La oposición norteamericana a todo sondeo fue activamente ejercida por la embajada y sus agentes[806].

Durante este tiempo U Thant, el birmano secretario general de la ONU, estaba probando la receptividad a un gobierno neutralista de coalición. Aunque una coalición entre enemigos fundamentales es una ilusión, sí se puede aprovechar para acuerdos temporales. Aquello no interesó a Washington. Tampoco interesó la propuesta, bastante desesperada, del senador Mansfield, hecha en enero, de abrir la puerta a la retirada norteamericana, dividiendo el propio Vietnam del Sur entre Saigón y el Viet-Cong. Aunque Johnson estaba pidiendo «soluciones» a sus asesores, estos compromisos con el comunismo no eran lo que tenía en mente.

Las decisiones difíciles ya estaban apilándose. Después de una misión de estudio en el mes de diciembre, McNamara informó que, a menos que se invirtieran las corrientes dentro de «los próximos dos o tres meses», éstas «inducirían a una neutralización, en el mejor de los casos, y más probablemente a un Estado dominado por los comunistas». Tan importante era mantener un sur no comunista, dijo al presidente, «que, a mi juicio, debemos continuar, sin ahorrar ningún esfuerzo por ganar[807]».

La enormidad de lo que estaba en juego era la nueva autohipnosis. Permitir el triunfo de Vietnam del Norte daría incalculable aliento al comunismo por doquier, socavaría la confianza en los Estados Unidos y, en el país, la derecha pediría una verdadera matanza política. El *New York Times* lo afirmó en un editorial de sombrías predicciones: la lista de naciones del sudeste de Asia, Laos, Camboya, Birmania, Tailandia, Malasia, Indonesia, se verían en peligro si caía Vietnam del Sur; «toda la posición Aliada en el Pacífico occidental se vería en grave peligro»; la India sería «tomada de flanco», el afán de hegemonía de la China Roja «aumentaría enormemente»; dudas acerca de la capacidad de los Estados Unidos para defender otras naciones contra la presión comunista cundirían por todo el mundo; sería profundo el efecto sobre los movimientos revolucionarios; se generalizaría el neutralismo, y con él, una sensación de que el comunismo podría ser la oleada del futuro[808]. Para 1983, Vietnam, desgraciadamente, ha estado bajo el dominio comunista durante ocho años y, salvo Laos y Camboya, ninguno de estos terrores se ha realizado.

Ya en 1964, diez años habían transcurrido desde que los Estados Unidos decidieron salvar a Vietnam del Sur, después de Ginebra. Las circunstancias se habían modificado. Se había hecho frente a la Unión Soviética en las crisis de Berlín y de los misiles cubanos; la influencia soviética sobre los partidos comunistas

europeos era mucho menor; la OTAN estaba firmemente establecida. Entonces, ¿por qué se consideraba tan importante lo que estaba en juego en el remoto y poco importante Vietnam? El comunismo había hecho avances en Europa sin engendrar la histeria que parecía afectar a los Estados Unidos al hablar de Asia. Si había que detener el avance comunista en cualquier parte, ¿por que se lanzó un ataque estúpidamente planeado contra Cuba y se le hizo frente en Vietnam? Tal vez, perversamente, porque *era* Asia, donde los norteamericanos daban por sentado que podrían imponer su voluntad y el poderío de sus recursos en lo que un senador de los Estados Unidos, Thomas Dodd, de Connecticut, llamó, en su sabiduría, «unos cuantos miles de guerrilleros primitivos». Ser frustrados en Asia parecía inaceptable. Lo que estaba en juego era el ejercicio del poder de los Estados Unidos, y su manifestación, llamada «credibilidad». Pese a los viejos consejos de que era imposible ganar una guerra de tierra en Asia, pese a la desalentadora experiencia en China y Corea, pese a la experiencia francesa en el lugar mismo ocupado hoy por los Estados Unidos, esta percepción de lo que estaba en juego siguió siendo la suprema.

Como aquellas visiones británicas de ruina si Inglaterra perdía las colonias norteamericanas, las profecías de una catástrofe exagerada si los Estados Unidos perdían Vietnam, sirvieron para aumentar las apuestas. Johnson expresó esta excesiva reacción en su plan inicial de «retirarnos hasta San Francisco»; Rusk la expresó en 1965 en su consejo al presidente de que la retirada «conduciría a nuestra ruina y casi ciertamente a una guerra catastrófica[809]», y una vez más en 1967 cuando trazó, en una conferencia de prensa, un cuadro de «mil millones de chinos armados con armas nucleares[810]». El corresponsal de guerra del *New York Times*, Hanson Baldwin, la expresó en 1966, escribiendo que la retirada de Vietnam resultaría en una «catástrofe política, psicológica y militar», y significaría que los Estados Unidos habían decidido «abdicar como gran potencia» y habría que «reconciliarse con la retirada de Asia y del Pacífico occidental[811]». También el temor conjuró visiones: «Tengo mucho miedo», dijo el senador Joseph Clark en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, de que «estemos en camino de la tercer Guerra Mundial, que será nuclear[812]».

Vietnam del Norte estaba ahora enviando unidades de su ejército regular a través de la línea, para explotar la desintegración del sur. Para impedir el desplome del cliente norteamericano, el presidente Johnson y su círculo de asesores y los Jefes Conjuntos llegaron a la conclusión de que había llegado el momento de que debían entrar en una guerra de coacción. Sería una guerra desde el aire, aunque se daba por sentado que esto, inevitablemente, haría llevar fuerzas de tierra. Dependencias civiles y militares empezaron a trazar planes de operación, pero ante la situación de Saigón que se hacía cada vez más precaria, no podía iniciarse la acción porque el presidente Johnson se enfrentaba a la elección presidencial de 1964. Como su adversario era el belicoso senador Barry Goldwater, él tenía que enfrentarse como el candidato de la

paz. Adoptó la cantinela acerca de la guerra de «ellos»: «Vamos a tratar de que ellos salven su propia libertad con sus propios hombres». «No vamos a enviar muchachos norteamericanos a nueve mil o diez mil millas de la patria para hacer lo que los muchachos asiáticos debieran hacer por sí mismos». «No deseamos que nuestros muchachos norteamericanos entablen la lucha por los muchachos asiáticos[813]». Cuando, seis meses después, fueron enviados a combatir muchachos norteamericanos, sin ningún cambio radical de las circunstancias, estas frases pronto fueron repetidas, iniciando así la erosión de la credibilidad de Johnson. Acostumbrado de largo tiempo a las mentiras políticas normales, olvidó que su cargo establecía una diferencia, y que cuando las mentiras saliesen a luz, como tendrían que salir bajo los reflectores que enfocan la Casa Blanca, serían la presidencia y la confianza del público las que sufrieran.

La respuesta del público a la campaña del «halcón» Goldwater, que denunciaba una política de «no ganar» en contra de Johnson el pacificador, fue en un solo sentido. Después de la Segunda Guerra Mundial y de Corea, y a la sombra de la bomba atómica, los norteamericanos, por muy anticomunistas que fueran, no deseaban ninguna guerra. En especial las mujeres votarían desproporcionadamente por Johnson, mostrando así la reserva del sentimiento antibélico. El gobierno podría haberse dado cuenta pero no lo hizo, porque nunca dejó de creer que sus problemas vendrían de la derecha.

Mientras hacía una señal a los votantes, Johnson tendría que dar otra, de intenciones más bélicas, a Hanoi, con la esperanza de contener el desafío al menos hasta después de la elección. Unas unidades navales, en el golfo de Tonkín, entre ellas el destructor *Maddox*, que pronto adquiriría notoriedad, no se limitaron a recabar información, sino que pasaron a una acción «destructiva» contra la costa, lo que supuestamente era un mensaje para que Hanoi «desista de toda política agresiva[814]». El verdadero mensaje, que para entonces todos consideraban virtualmente necesario, sería un bombardeo a cargo de los norteamericanos.

Johnson, Rusk, McNamara y el general Taylor fueron a Honolulu en el mes de junio para reunirse con el embajador Lodge y con el CINCPAC para considerar un programa de acción aérea de los Estados Unidos y el probable siguiente paso de combates en tierra. La razón de los bombardeos era, en dos terceras partes, política; elevar la moral (que iba decayendo) en Vietnam del Sur, a instancias de Lodge, y quebrantar la voluntad de lucha de los norvietnamitas, haciendo que dejaran de apoyar la insurgencia del Viet-Cong, y a la postre, negociaran. El objetivo militar era contener la infiltración y los abastos. Recomendaciones y advertencias se apilaron, discutieron, pues los planificadores no estaban ansiosos por desatar la beligerancia en el conflicto civil en Asia, aun cuando dijeron que se trataba de una «agresión del exterior». La necesidad subyacente, dado el rápido fracaso del sur, era restaurar el equilibrio militar de tal manera que los Estados Unidos no tuviesen que negociar desde una posición débil[815]. Mientras eso no se lograra, todo paso hacia las

negociaciones «seria un reconocimiento de que el juego había terminado[816]».

Como tenía que ocurrir, la incómoda cuestión de las armas nucleares surgió sin que nadie la planteara. El único caso en que se pensó, teóricamente, en usarlas, fue contra el vasto peligro, como se le veía, de los comunistas chinos, si se vieran provocados a entrar en la guerra. El secretario Rusk, cuya adrenalina siempre aumentaba al tocarse el tema, pensó que en vista de la enorme población de China, «no podemos permitir desangramos si los combatimos con armas clásicas». Esto significaba que si la «escalada» provocaba un gran ataque chino, «también incluiría el uso de armas nucleares». No obstante, Rusk sabía que los dirigentes asiáticos se oponían a ella, viendo allí un elemento de discriminación racial, «algo que haríamos a los asiáticos pero no a occidentales». Se discutieron brevemente las posibles circunstancias del uso táctico de tales armas. El general Earle Wheeler, nuevo presidente de los Jefes Conjuntos, no mostró ningún entusiasmo; el secretario McNamara dijo que «no podía imaginar un caso en que esto se pudiera considerar siquiera», y no se volvió a hablar del asunto[817].

Se trazaron planes operativos para el bombardeo, pero la orden de acción fue aplazada pues aún faltaba un tiempo para las elecciones y había que proteger la imagen de pacificador de Johnson. La cuestión más grave del combate en tierra quedó pendiente hasta que se pudiera instalar un gobierno confiable en las ruinas políticas de Saigón. Además, como lo señaló el general Taylor, habría que educar al público norteamericano para que apreciara el interés, de los Estados Unidos en el sudeste de Asia. El secretario McNamara, con su habitual precisión, pensó que ello «requeriría al menos treinta días[818]», como si se tratara de vender al público un nuevo modelo de automóvil.

Johnson estaba intensamente nervioso al pensar en extender la beligerancia norteamericana, por temor a precipitar la intervención de los chinos. Sin embargo, si la escalada era inevitable, él deseaba una orden del Congreso. En Honolulu se leyó y se discutió el texto de una resolución, y en el viaje de regreso el supremo manipulador se preparó para obtenerla.

La Resolución del Golfo de Tonkin, del 7 de agosto de 1964, ha sido tan exhaustivamente examinada, que podemos tratarla aquí en forma más sumaría. Su importancia consistió en dar al presidente el mandato que estaba buscando y dejar al Congreso súbitamente inerme, mirando, resentido, sus manos vacías. Sin ser un Fort Sumter o un Pearl Harbor, el golfo de Tonkín no fue menos importante; en una causa de incertidumbre sobre el interés nacional, fue un cheque en blanco para la guerra del Ejecutivo.

La causa fue la protesta del destructor *Maddox* y de otras unidades navales, que afirmaron que contra ellas habían disparado de noche unas lanchas torpederas de Vietnam del Norte, fuera del límite de tres millas reconocidas por los Estados Unidos. Hanoi afirmó que su soberanía llegaba hasta un límite de doce millas. Al día siguiente ocurrió un nuevo choque en condiciones oscuras nunca enteramente aclaradas, y

después, durante una reinvestigación efectuada en 1967, se pensó que aquello había sido imaginado o inventado.

Las telecomunicaciones de la Casa Blanca con Saigón fueron de tiempo de crisis. Johnson pronto pidió una Resolución del Congreso que autorizara «todas las medidas necesarias para rechazar un ataque armado», y del senador J. William Fulbright, como presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, decidió obtenerla del Senado. Aunque consciente de que no estaba defendiendo precisamente la autoridad constitucional del Congreso, Fulbright creyó en las afirmaciones de Johnson de no tener ningún deseo de extender la guerra y de que por tanto la Resolución ayudaría al presidente a rechazar las exigencias de Goldwater que pedía una ofensiva aérea y también ayudaría al Partido Demócrata mostrando su resolución contra los comunistas.

La ambición personal que tan a menudo afecta a los estadistas también se ha citado ya en la sugerencia de que Fulbright tenía esperanzas de remplazar a Rusk como secretario de Estado después de la elección, lo que dependía de conservar la buena voluntad de Johnson. Fuese verdad o no, Fulbright tuvo razón en suponer que uno de los propósitos de la Resolución era ganarse a la derecha mediante un alarde de fuerza[819].

El senador Gaylord Nelson, de Wisconsin, trató de limitar la Resolución por medio de una enmienda contra «toda extensión del actual conflicto», pero esto fue rechazado por Fulbright, quien dijo que, como el presidente no tenía tales intenciones, no era necesaria la enmienda[820]. El senador Sam Ervin, de Carolina del Norte, que señaló la manifiesta preocupación de varios senadores por toda aquella empresa, preguntó: «¿Existe algún modo razonable u honorable de que podamos salirnos sin perder la vergüenza… y probablemente los pantalones?»[821]. El oponente más resuelto fue, como siempre, el senador Wayne Morse, quien denunció aquella Resolución como una «declaración de guerra prefechada», y habiendo recibido una llamada telefónica de un oficial del Pentágono, interrogó estrechamente a McNamara acerca de unas sospechosas maniobras navales en el golfo. McNamara negó categóricamente toda «conexión o conocimiento» de acciones hostiles[822]. Morse a menudo tenía razón, pero tronaba con tal regularidad contra tantas iniquidades que todo eso se daba por sentado.

El Senado, una tercera parte del cual también esperaba ser reelegido, no quiso causar embarazo al presidente dos meses antes del voto nacional o mostrarse poco interesado en proteger vidas de norteamericanos. Tras una audiencia de un día, la Resolución que autorizaba «todas las medidas necesarias» fue adoptada por el Comité de Relaciones Exteriores, por una votación de 14 contra 1 y después aprobada por ambas Cámaras. Justificaba la concesión de poderes de guerra por el motivo un tanto sorprendente de que los Estados Unidos consideran como «vital para sus intereses nacionales y para la paz mundial el mantener la paz y la seguridad internacionales». Ni la prosa ni el sentido resultaban muy convincentes. Durante su rápida aceptación,

el Senado, en un tiempo tan celoso de su prerrogativa constitucional de declarar la guerra, la había entregado al Ejecutivo. Mientras tanto, las pruebas se acumulaban de confusión de técnicos de radar y sonar en el segundo choque, y Johnson dijo en privado: «Bueno, esos estúpidos marinos estaban disparando contra los peces voladores[823]». Hasta allí llegó el *casus belli*.

Por entonces, se abrieron opciones a los Estados Unidos cuando U Thant propuso una nueva reunión de la Conferencia de Ginebra y cuando De Gaulle volvió a proponer una paz negociada. De Gaulle propuso resolver las cosas mediante una conferencia de los Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética y China, que iría seguida por la evacuación de toda la península de Indochina por todas las fuerzas extranjeras y por una garantía de las grandes potencias sobre la neutralidad de Laos, Camboya y los dos Vietnam[824]. Era una opción factible —por aquel tiempo, tal vez alcanzable—, pero no habría asegurado un Sudvietnam no comunista, y por tal razón, los Estados Unidos la pasaron por alto.

Un emisario de los Estados Unidos, el subsecretario de Estado George Ball, había sido enviado varias semanas antes a explicar a De Gaulle que sólo hablar de negociaciones podría desmoralizar al sur en su frágil situación, y hasta conducir a su colapso, y que los Estados Unidos «no creían en negociar hasta que nuestra posición en el campo de batalla sea tan fuerte que nuestros adversarios hagan las concesiones indispensables». De Gaulle rechazó abiertamente esta actitud. Las mismas ilusiones, dijo a Ball, habían metido a Francia en tales dificultades; Vietnam era un lugar «imposible para luchar»; un «país podrido» donde los Estados Unidos no podrían vencer ni aun con todos sus grandes recursos. La única vía era la negociación, no la fuerza[825].

Aunque acaso no le disgustara ver a los Estados Unidos en los mismos apuros en que había estado Francia, De Gaulle permitió que una consideración aún más importante gobernara sus ideas. La razón de que él y otros europeos, en muchos esfuerzos ulteriores, trataran tan en serio de salvar de Vietnam a los Estados Unidos era el temor de que éstos dedicaran su atención y sus recursos a Asia, apartándolos de Europa.

Mientras tanto U Thant había confirmado, por medio de canales rusos, que Hanoi estaba interesado en hablar con los norteamericanos, y así lo informó al embajador de los Estados Unidos ante la ONU, Adlai Stevenson. U Thant proponía un cese del fuego a través de los dos Vietnam y Laos, y ofrecía permitir a los Estados Unidos poner las condiciones que se consideraran necesarias, y anunciarlas sin el menor cambio[826]. Al transmitir este mensaje, Stevenson tropezó con gran frialdad en Washington, y tras la elección recibió una respuesta negativa, por motivo de que los Estados Unidos se habían enterado por otros canales de que Hanoi no estaba realmente interesado. Además, dijo Rusk, los Estados Unidos no enviarían un representante a Rangún, donde U Thant había organizado las conversaciones, porque toda insinuación de semejante paso crearía pánico en Saigón… o bien, lo que los

Estados Unidos realmente temían y no decían, renovadas tentativas hacia el neutralismo.

Sin ocultar su disgusto al ser rechazado, U Thant dijo enérgicamente en una conferencia de prensa celebrada en febrero que era innecesario mayor derramamiento de sangre en el sudeste de Asia y que sólo las negociaciones podrían «capacitar a los Estados Unidos a retirarse elegantemente de esa parte del mundo». Para entonces había empezado la campaña de bombardeos norteamericanos llamada «Trueno Rodante», y bajo las ruinas y las muertes causadas por los bombardeos norteamericanos desapareció la oportunidad de una elegante retirada, para nunca jamás volver.

Johnson había dejado pasar ya una mayor oportunidad para la retirada: su propia elección. Venció a Goldwater por la más grande mayoría popular en la historia de los Estados Unidos y conquistó mayorías insuperables en el Congreso, de 68 contra 32 en el Senado y 294 contra 130 en la Cámara. El voto se debió en gran parte a la escisión de los republicanos, entre los moderados de Rockefeller y los extremistas de Goldwater, y al difundido temor a las belicosas intenciones de Goldwater; el resultado colocó a Johnson en posición de hacer lo que le viniera en gana. Su interés estaba en los programas de beneficencia y la legislación de los derechos civiles que crearían la Gran Sociedad, libre de pobreza y opresión. Quería pasar a la historia como el gran benefactor, más grande que Franklin Delano Roosevelt, e igual a Lincoln. El no aprovechar en aquel momento su oportunidad de librar a su gobierno de un terrible enredo en el extranjero fue locura irreparable, aunque no exclusivamente suya. Sus principales asesores en el gobierno creían, como él, que recibirían de la derecha un mayor castigo si se retiraban que de la izquierda por continuar la lucha. Confiado en sus propios poderes, Johnson creyó que podría alcanzar al destino, el interno y el externo, a la vez.

Los informes de Saigón hablaban de progresivos desmoronamientos, de motines, corrupción, sentimiento antiyanqui, movimiento neutralista de los budistas. «Me siento», declaró un funcionario norteamericano en Saigón, «como si estuviera en el puente del Titanic[827]». Estas señales no sugirieron a Washington que su esfuerzo era inútil y que era el momento de reducir las pérdidas, sino antes bien la necesidad de un mayor esfuerzo para inclinar la balanza y recuperar la ventaja. Funcionarios, civiles y militares, convinieron en la necesidad de intervención en forma de guerra aérea, para convencer al norte de que abandonara su intento de conquista. Nadie dudaba de que los Estados Unidos podrían alcanzar su objetivo gracias a su fuerza superior.

Como Kennedy, Johnson creía que perder Vietnam del Sur sería perder la Casa Blanca. Significaría un debate destructivo, diría después, que «sacudiría mi presidencia, mataría mi gobierno y dañaría nuestra democracia». La pérdida de China que había hecho surgir a John McCarthy era «juego de niños comparado con lo que puede ocurrir si perdemos Vietnam». Robert Kennedy se pondría al frente al decir a

todos que «fui un cobarde, un castrado, un hombre sin redaños». Todavía peor, en cuanto Moscú y Pekín percibieran la debilidad de los Estados Unidos procederían a «extender su control sobre el vacío de poder que dejaríamos detrás… y así empezaría la tercera Guerra Mundial». Estaba tan seguro de esto «casi tanto como alguien pueda estar seguro de algo[828]». Nadie está tan seguro de sus premisas como el hombre que sabe muy poco.

Una opción factible, basada en la mayoría de la votación, habría sido aceptar las aperturas de U Thant a Hanoi y aun emplear su influencia para instalar un gobierno en Saigón (como Kennedy lo había sugerido) que invitara a los Estados Unidos a irse, dejando a Vietnam a elaborar sus propias soluciones. Como esto conduciría inevitablemente a una toma de poder por los comunistas, era un curso que los Estados Unidos se negaban a considerar, aun cuando se habrían librado así de un devorante íncubo.

Una buena ojeada habría revelado que la razón de ser de la intervención norteamericana se había deslizado considerablemente. Cuando el presidente pidió a la CIA su estimación de la crucial cuestión de que si Laos y Vietnam del Sur caían en manos de los comunistas todo el sudeste de Asia invariablemente los seguiría, la respuesta fue negativa; con excepción de Camboya. «Es probable que ninguna otra nación del área sucumba rápidamente al comunismo como resultado de la caída de Laos y Vietnam». La difusión del comunismo en el sudeste de Asia «no sería inexorable» y las bases de los Estados Unidos en las islas del Pacifico «aún nos capacitarían para emplear suficiente poder militar en el área para disuadir a Hanoi y Pekín[829]». Después de todo, los norteamericanos no tendrían que retirarse hasta San Francisco.

Otro consejo provino del Grupo de Trabajo de Vietnam, compuesto de representantes del Departamento de Estado, la Defensa, los Jefes Conjuntos y la CIA, el cual valerosamente, después de la elección de noviembre, emprendió el «considerar con realismo cuáles son nuestros objetivos generales». Este esfuerzo sin precedentes, llevó al grupo, tras una larga y cuidadosa revisión, a emitir una seria advertencia: que los Estados Unidos no podían garantizar un Vietnam del Sur no comunista, «si no nos comprometemos a cualquier grado de acción militar que se necesite para derrotar a Vietnam del Norte y posiblemente a la China comunista». Semejante acción podría conducir a un grave conflicto y «posiblemente hasta el empleo de armas nucleares en algún momento[830]».

Por entonces, el subsecretario de Estado, George Ball, quien como creyente en la supremacía de Europa y especialista en problemas económicos tenía una mala opinión de todo el asunto de Vietnam, hizo todo un esfuerzo en contra de la decisión de combatir. En un largo memorando estableció el punto de que bombardear, en lugar de persuadir al norte de abandonar sus objetivos, probablemente provocaría a Hanoi a enviar más fuerzas de tierra, su mayor recurso, lo que a su vez requeriría mayor esfuerzo de los Estados Unidos para hacerles frente. Dijo Ball que ya los aliados de

los Estados Unidos creían que éstos estaban «empeñados en una lucha vana en Vietnam, y si se extendía a una lucha de tierra ello apartaría toda atención de Europa. Lo que más debemos temer es una general falta de confianza en el juicio de los Estados Unidos». Su recomendación era advertir a Saigón de un posible retiro sobre la base de su mal desempeño en la guerra. Esto probablemente precipitaría un acuerdo con los insurgentes, que él, en privado, pensaba que era el mejor resultado alcanzable.

Y en las discusiones, Ball encontró a los tres principales funcionarios del gobierno, McGeorge Bundy, McNamara y Rusk, «decididamente» contra sus opiniones e interesados sólo en un problema: «cómo intensificar la guerra hasta que los norvietnamitas estuviesen dispuestos a abandonar». Cuando presentaron su memorando al presidente, el resultado fue el mismo. Johnson lo miró, pidió a Ball que se lo aclarara punto por punto, y se lo devolvió sin ningún comentario[831].

¿Por qué tuvieron tan poca repercusión estas voces de la CIA, el Grupo de Trabajo y el subsecretario de Estado? El consejo sobre la base de información recabada era la misión de los dos primeros y del Grupo de Trabajo específicamente sobre Vietnam. Si Johnson leyó su informe —nos gustaría creer que las agencias del gobierno escriben informes no sólo para empapelar las paredes—, rechazó el mensaje. Podía tolerar a Ball como «abogado del diablo» interno, y en realidad era útil en ese papel, para mostrar que la Casa Blanca estaba abierta a los disidentes. Pero los que tomaban las decisiones en la cúspide estaban aferrados a la idea de 1954: que Ho era un agente del comunismo mundial, que las lecciones de la pacificación impedían ceder en ningún punto, que la empresa de los Estados Unidos para frustrar el esfuerzo de Vietnam del Norte de controlar todo el país era justa y debía seguir adelante. ¿Cómo podría *no* triunfar contra lo que Johnson llamó «ese harapiento paisecillo de cuarta[832]»? Pese a la advertencia del Grupo de Trabajo, el presidente, sus secretarios y sus Jefes Conjuntos estaban seguros de que el poderío norteamericano podría obligar a Vietnam del Norte a abandonar la lucha mientras los Estados Unidos cuidadosamente evitaban el choque con China.

También Hanoi podía estar mal aconsejado. Dos días antes de la elección presidencial en los Estados Unidos, como para provocar una beligerancia, el Viet-Cong emprendió la primera acción ofensiva contra una instalación norteamericana: un ataque con morteros contra el aeropuerto de Bien Hoa. Ésta era una base de entrenamiento norteamericana, donde un escuadrón de viejos B-57 recientemente había sido llevado de las Filipinas, con propósitos de entrenamiento, haciendo un blanco tentador. Seis de los aeroplanos fueron demolidos, cinco norteamericanos murieron y se sufrieron otra 76 bajas. Seguro de que el ataque había sido instigado por Hanoi, el general Taylor, por entonces embajador en Saigón, telefoneó a Washington pidiendo facultades para tomar una represalia inmediata. Todos los principales asesores que había en la capital estuvieron de acuerdo. Aguardando la elección, Johnson se contuvo, y por causa de sus obsesiones y temores

por China y pese a informes de acelerada descomposición en Saigón, se contendría durante tres meses más.

Cauteloso y vacilante, envió a McGeorge Bundy y al subsecretario de McNamara, John McNaughton, a descubrir si realmente se necesitaba la guerra aérea para salvar al sur. Estando ellos en el Vietnam del Sur, el Viet-Cong lanzó otro ataque, esta vez contra cuarteles norteamericanos de Pleiku, en que ocho norteamericanos murieron y 108 quedaron heridos. Se dijo que, inspeccionando el campo demolido, Bundy se indignó ante aquel desafío deliberado, y telefoneó pidiendo represalias al presidente, en términos violentos. Lo hiciera o no, la emoción no sería el factor que decidiera las cosas. El memorando de Bundy, redactado durante su regreso en compañía de Taylor y del general William C. Westmoreland (el comandante que había remplazado a Harkins), fue frío y conciso: sin «nueva acción de los Estados Unidos, la derrota de Vietnam del Sur parece inevitable… Lo que está en juego en Vietnam es de extrema importancia… El prestigio internacional de los Estados Unidos está en peligro… No hay manera de salir de Vietnam por medio de negociaciones, que de momento resulten prometedoras». Por consiguiente, «la política de gradual y continuada represalia», como se había planeado, era la más prometedora. No se aceptarían negociaciones de ninguna índole salvo sobre la base de poner fin a la violencia del Viet-Cong[833].

Aquí estaban los puntos esenciales que mantendrían estática la política de los Estados Unidos: que lo que estaba en juego era importante, que era básico proteger el prestigio norteamericano, que la intensificación gradual del bombardeo debía ser la estrategia, que no se deseaban negociaciones hasta que la escala del castigo quebrantara la resolución de Vietnam del Norte. Explicando el gradualismo, escribiría después Maxwell Taylor: «Deseábamos que Ho y sus asesores tuvieran tiempo de meditar sobre las perspectivas de que su patria quedara demolida[834]». Aquí John McNaughton, exprofesor de Derecho muy dado a los análisis minuciosos, descubrió una falla. Con incómoda previsión, incluyó en una lista de los objetivos de guerra, «salir de la crisis sin un desprestigio inaceptable, por los métodos empleados[835]».

En respuesta a Pleiku, pocas horas después del ataque se lanzo una represalia inmediata; el jefe de la mayoría y el presidente de la Cámara fueron convocados a la Casa Blanca para ser testigos de la decisión. Después de tres semanas más de angustiosas discusiones, se inició el 2 de marzo el programa de una campaña de bombardeos, que duraría tres meses, llamado «Trueno Rodante».

El temor de Johnson de que los bombardeos superaran la desconocida línea de la tolerancia rusa o china, hizo que «Trueno Rodante» fuese directamente supervisado desde la Casa Blanca. Cada semana el CINCPAC enviaba el programa de los siete días siguientes, con descarga de municiones, depósitos de combustible, almacenes, talleres de reparación y otros blancos descritos y localizados, a los Jefes Conjuntos, quienes los pasaban a McNamara y éste a la Casa Blanca. Allí eran minuciosamente examinados al más alto nivel de gobierno por un grupo que al principio comprendía

al presidente, a los secretarios de la Defensa y de Estado y al jefe del Consejo Nacional de Seguridad, quienes se reunían a la hora del almuerzo cada martes[836]. Sus selecciones, hechas a 15 mil kilómetros del lugar por hombres que tenían otros cien problemas, eran transmitidas de vuelta al campo de batalla por la misma ruta. Después, los resultados de cada ataque, notificados por cada piloto al comandante de su base eran comunicados a Washington. McNamara siempre era el mejor informado porque, según decíase, en su auto de regreso del Pentágono tenía ocho minutos más que los otros para estudiar la lista de blancos.

La presencia más imponente en aquellos almuerzos de los martes era el empapelado de la pared del comedor del segundo piso, que muestra escenas de triunfos revolucionarios en Saratoga y Yorktown. Siempre deseoso de ganarse el favor de la historia, Johnson había invitado a un profesor, Henry Graff de la Universidad de Columbia, a asistir a varias sesiones de los almuerzos del martes y entrevistar a todos los miembros. El relato resultante no levantó el monumento que el presidente había esperado. En su propia versión, posiblemente adornada con efectos, el presidente se pasó la noche en vela preocupado por aquel gatillo que podía activar unos «tratados secretos» entre Vietnam del Norte y sus aliados, a veces hasta el punto de ponerse su bata a las tres de la mañana y descender a la Sala de Ubicaciones, donde los resultados de los ataques aéreos eran marcados en un mapa de la pared[837].

En el frente interno norteamericano había entonces un peligro mayor que China. Aunque el sentimiento nacional, hasta el punto en que prestaba atención, en general había apoyado la guerra, la campaña de bombardeos provocó explosiones de disidencia en las universidades. El primer «*teach-in*» de maestros y estudiantes celebrado en marzo en la Universidad de Michigan atrajo una inesperada multitud de tres mil participantes, y el ejemplo pronto cundió a universidades en ambas costas. Un mitin celebrado en Washington estuvo conectado por teléfono con 122 universidades[838]. Este movimiento fue menos un súbito apoyo a Asia que una extensión de la lucha por los derechos civiles y la Libre Expresión y otros entusiasmos de los estudiantes radicales de comienzos de los setenta. Los mismos grupos encontraron ahora una nueva causa y aportaron la energía necesaria para organizarla. En Berkeley, 26 miembros del cuerpo docente firmaron una carta en que se decía que «El gobierno de los Estados Unidos está cometiendo un gran crimen en Vietnam», y expresaban su indignación y su vergüenza de que «este baño de sangre se haga en nombre nuestro[839]». Aunque menoscabado por las pugnas de facciones rivales, el movimiento de protesta dio una feroz energía, en parte mal aplicada, a la oposición.

La necesidad de una «campaña convincente de información pública» que acompañara a la acción militar ya había sido prevista por los políticos, pero sus esfuerzos lograron poco. Grupos enteros de funcionarios del gobierno enviados a debatir en las universidades sólo lograron causar más ocasiones de protesta y

víctimas para caldear la indignación de los estudiantes. Un escrito intitulado «Agresión del Norte», emitido por el Departamento de Estado, y que pretendía mostrar la infiltración de hombres y armas por Vietnam del Norte como una «guerra agresiva» resultó débil[840]. En todas sus justificaciones públicas, el presidente, el secretario de Estado y otros de sus portavoces repitieron las palabras «agresión», «agresión militante», «agresión armada», siempre en comparación con el no contener aquellas agresiones que habían causado la Segunda Guerra Mundial, implicando siempre que también Vietnam era un caso de agresión extranjera. Insistieron tanto en el punto que a veces lo dijeron explícitamente, como cuando McNamara en 1966 lo llamó «el caso más flagrante de agresión exterior[841]». La división ideológica en Vietnam acaso fuera real e insuperable, como lo fue la división entre norte y sur en la guerra civil norteamericana, pero en el caso de los Estados Unidos no consta que la guerra del norte contra la secesión del sur fuese considerada «agresión exterior».

En abril ya era evidente que «Trueno Rodante» no estaba teniendo efectos visibles sobre la voluntad de lucha del enemigo. El bombardeo de las rutas de abastecimiento en Laos no había prevenido la infiltración; los ataques del Viet-Cong no daban señales de estar vacilando. La decisión de introducir la infantería norteamericana parecía inevitable, y la recomendaron los Jefes Conjuntos. La cuestión, plenamente reconocida como grave, fue exhaustivamente discutida, con las confiadas garantías de algunos y las dudas y ambivalencias de otros, tanto militares como civiles. Las decisiones tomadas en abril y mayo fueron aisladas y se basaron en una estrategia de continuos bombardeos complementados por combates de tierra con objetivo de quebrantar la voluntad del norte y del Viet-Cong «imposibilitándoles eficazmente la victoria y provocando unas negociaciones por medio de la impotencia del enemigo». Se pensó que podría lograrse esta impotencia por medio del desgaste, es decir, causando asesinatos y conspiraciones contra el Viet-Cong, más que tratando de derrotarlo. Había que aumentar inicialmente las tropas de los Estados Unidos a una fuerza de combate de 82 mil hombres[842].

Queriendo esgrimir al mismo tiempo el hacha de batalla y la rama de olivo, Johnson pronunció un importante discurso en la Universidad John Hopkins el 7 de abril, ofreciendo perspectivas de vasta rehabilitación rural y un programa de control de inundaciones para el valle del Mekong, con un fondo de mil millones de dólares de los Estados Unidos, en que participaría Vietnam del Norte, después de aceptar la paz. Los Estados Unidos «nunca se quedarían a la zaga en la busca… de un acuerdo pacífico», declaró Johnson, y ahora estaba dispuesto a celebrar «discusiones incondicionales». Aquello pareció abierto y generoso, pero lo que significaba «incondicional» en el pensamiento norteamericano eran unas negociaciones cuando el norte estuviese suficientemente castigado para hacer concesiones. Con una igual y opuesta insistencia en ciertos requisitos que debía satisfacer el otro bando, éstas eran las premisas fijas que habrían de anular todas las aperturas durante los tres años siguientes.

La «zanahoria» de los mil millones de dólares no provocó respuesta. Rechazando las aperturas de Johnson, Hanoi anunció al día siguiente sus cuatro requisitos: 1) retiro de las fuerzas militares de los Estados Unidos; 2) ni alianzas extranjeras ni admisión de tropas extranjeras por ninguno de los bandos; 3) adopción del Programa del Frente de Liberación Nacional, o Viet-Cong, por Vietnam del Sur; 4) reunificación del país por los vietnamitas, sin intervención exterior. Como el punto 3 era exactamente aquello contra lo que el sur y los Estados Unidos estaban luchando, obviamente lo anulaba todo. El interés internacional en terminar el conflicto se encontró bloqueado. Una conferencia de 17 naciones no alineadas, convocada por el mariscal Tito, pidió vanamente unas negociaciones; los contactos con Hanoi establecidos por J. Blair Seaborn, miembro canadiense de la Comisión Internacional de Control no sirvieron para nada; los primeros ministros de cuatro países de la Comunidad Británica, en una misión para pedir negociaciones en las capitales de los partidos, no fueron admitidos por Moscú, Pekín y Hanoi. Un enviado del Reino Unido, en la misma misión, admitido en Hanoi, pocos meses después, encontró que la respuesta seguía siendo negativa.

En mayo de 1965, los Estados Unidos, haciendo su propio esfuerzo, iniciaron una pausa en el bombardeo que, esperaban, podría provocar en Hanoi alguna señal de disposición a conferenciar. Al mismo tiempo, se entregó una nota de Rusk a la embajada de Vietnam del Norte en Moscú, sugiriendo reciprocidad en una reducción de la «acción armada[843]». La nota fue devuelta sin réplica, y pocos días después se reanudaron los bombardeos norteamericanos.

El 9 de junio, la Casa Blanca anunció públicamente la fatídica decisión de autorizar un «apoyo de combate» a Vietnam del Sur por fuerzas de tierra norteamericanas; esto se anunció en un lenguaje que pretendía presentarlo como simplemente una intensificación del esfuerzo y no como un cambio básico: La primera misión de «buscar y destruir» se lanzó el 28 de junio. En julio el Presidente anunció un aumento de las cuotas de reclutamiento junto con la adición de 50 mil soldados para aumentar la fuerza en Vietnam a 125 mil. Nuevas adiciones llevaron el total a 200 mil hombres a finales de 1965. El propósito de estos aumentos, como explicó después el general Taylor al Senado, era infligir «pérdidas cada vez mayores a los guerrilleros del Viet-Cong para que no puedan remplazar sus pérdidas» y mediante este desgaste convencer al norte de que no podría obtener una victoria militar en el sur. «En teoría, deben quedarse virtualmente sin tropas entrenadas a fines de 1966», y en ese punto, en lugar de negociar, simplemente abandonarían el intento y desaparecerían[844]. En busca de este proceso, la necrofílica cuenta de cadáveres se convirtió en rasgo terrible de la guerra. El hecho de que el norte, con un ejército regular de más de 400 mil hombres podía en realidad movilizar cualquier número de hombres para remplazar las pérdidas del Vietcong, fue algo que, por alguna razón, no captaron los refinados análisis estadísticos del Pentágono.

Prisioneros de guerra. Caricatura de Herblock, 21 de julio de 1966.

Ahora, la beligerancia era un hecho. Soldados norteamericanos mataban y morían, pilotos norteamericanos volaban entre fuego antiaéreo y, si caían, eran capturados y quedaban como prisioneros de guerra. La guerra es un procedimiento del que no hay regreso si no se reconoce la derrota. Ésta fue la trampa puesta por los Estados Unidos en que ellos mismos cayeron. Sólo con la mayor dificultad y los más escasos triunfos (como a menudo lo han descubierto los beligerantes estancados en la futilidad) se puede terminar el combate en favor de un acuerdo. Como es un recurso final de destrucción y muerte, la guerra tradicionalmente ha ido acompañada por solemnes declaraciones de justificación; en tiempos medievales, la declaración de una «guerra justa»; en los tiempos modernos, una Declaración de Guerra (salvo por los japoneses, que inician sus guerras mediante ataques por sorpresa). Por muy falsa y especiosa que pueda ser la justificación (y habitualmente lo es) un legalismo de esta índole sirve para plantear el caso y automáticamente da al gobierno mayores facultades[845].

Johnson decidió prescindir de una Declaración, en parte porque ni su causa ni sus objetivos eran lo suficientemente claros, como cuestión de defensa nacional, para

sostenerla, en parte porque temía que una Declaración pudiese provocar a Rusia o a China a responder en especie y, sobre todo, porque temía que desviara la atención y recursos de los programas internos que, según esperaba, le valdrían una reputación en la historia. El temor de provocar un escándalo de la derecha, en favor de una invasión y de bombardeos irrestrictos del norte si llegara a conocerse el deterioro de la situación del sur, fue otra razón más para ocultar y disimular el grado de la participación. Johnson pensó que podría proseguir la guerra sin que la nación lo notara. No pidió una Declaración al Congreso porque pensó —o fue advertido de— que tal vez no se la dieran, ni pidió un renovado voto sobre la Resolución del Golfo de Tonkín, por temor a encontrarse frente a unas mayorías reducidas.

Más sabio habría sido hacer frente a la prueba y pedir al Congreso que asumiera sus responsabilidades constitucionales para ir a la guerra. También el presidente habría debido pedir un aumento de impuestos para equilibrar los costos de la guerra y las presiones inflacionarias. Evitó esto con la esperanza de no causar protestas. Como resultado, su guerra de Vietnam nunca fue legitimada. Al eludir una Declaración, abrió un camino mayor a la disensión, y cometió el error —fatal para su presidencia — de no asegurarse el apoyo público.

Prescindir de una Declaración de Guerra fue un resultado del concepto de «guerra limitada» desarrollado durante el gobierno de Kennedy. En una notable declaración de aquella época había dicho McNamara: «La mayor contribución que está haciendo Vietnam… es desarrollar en los Estados Unidos una capacidad de entablar una guerra limitada, ir a la guerra sin provocar la ira pública». Consideraba que esto era «casi una necesidad en nuestra historia, porque éste es el tipo de guerra al que nos gustaría enfrentarnos durante los próximos cincuenta años[846]».

Una guerra limitada es básicamente una guerra decidida por el Ejecutivo y «sin provocar la ira pública» —es decir, la noticia pública—, lo que significa separarse del pueblo, o sea, descartar el principio del gobierno representativo. La guerra limitada no es más benévola o mejor o más justa que la guerra total, como quisieran presentarla sus partidarios. Sus muertos no están menos definitivamente muertos. Además, cuando es limitada para un bando, pero total para el enemigo, resulta más que probable que fracase, como lo han percibido los gobernantes más acostumbrados a ver lo irracional. Apremiado por Siria y por Jordania para que lanzara una guerra limitada contra Israel en 1959, el presidente Nasser de Egipto replicó que estaba dispuesto a hacerlo si sus aliados podían obtener la garantía de que Ben-Gurión también la limitaría. «Que una guerra sea limitada es algo que depende del otro bando[847]».

El que Johnson recurriera a la guerra en cuanto pasó la elección recibió un atinado comentario en una caricatura de Paul Conrad que lo muestra mirándose en un espejo y viendo la cara de Goldwater[848]. A partir de este punto la disidencia, aunque todavía confinada principalmente a los estudiantes, extremistas y pacifistas, se volvió vocinglera e incesante. Se formó un Comité Coordinador Nacional para Poner Fin a

la Guerra de Vietnam, que organizó manifestaciones de protesta y reunió a una muchedumbre de 40 mil almas para desfilar en torno de la Casa Blanca. Cundió la quema de cartillas de reclutamiento, siguiendo el ejemplo de un joven, David Miller, quien provocó su detención al quemar ceremoniosamente su cartilla en presencia de agentes federales y quien pagó este acto con dos años en prisión. En horrible acto de emulación de los monjes budistas, un cuáquero de Baltimore se prendió fuego en los escalones del Pentágono el 2 de noviembre de 1965, seguido por un segundo de tales suicidios, una semana después enfrente de la ONU. Estas acciones parecieron demasiado demenciales para influir sobre el público norteamericano, salvo, tal vez, negativamente, pues equiparó esas protestas antibélicas con perturbaciones emocionales[849].

Si la disidencia fue apasionada, estuvo lejos de ser general. El sentimiento de los obreros, que tanto distingue a la mano de obra organizada en los Estados Unidos de sus colegas en el extranjero, se expresó en el Consejo de la AFL-CIO. En abierta advertencia a los miembros del Congreso en las elecciones de medio periodo, de 1966, el Consejo resolvió: «Todos los que nieguen a nuestras fuerzas militares su apoyo incondicional están, en realidad, ayudando al enemigo comunista de nuestro país[850]». Los obreros compartieron este sentimiento. Cuando un heterodoxo alcalde de Dearborn, Michigan, el suburbio de Ford, organizó un referendo en los comicios municipales de 1966, pidiendo un cese del fuego que sería seguido por la retirada norteamericana, «para que el pueblo vietnamita pueda resolver sus propios problemas», recibió una abrumadora votación en contra[851].

Sin embargo, voces influyentes empezaban a abrazar la disidencia. Hasta Walter Lippmann sacrificó su cordialidad, tan cuidadosamente cultivada, entre los presidentes, en aras de la verdad. Negando el argumento de la «agresión exterior», declaró lo obvio: que nunca había habido dos Vietnams sino sólo «dos zonas de una nación». Hizo mofa de la política del globalismo que comprometía a los Estados Unidos en «incesantes guerras de liberación» como un gendarme universal[852]. La conversión de Lippmann y del *New York Times*, que ahora se oponía a una mayor participación, vino a dar nueva respetabilidad a la oposición mientras que dentro del propio gobierno empezaban a expresarse ciertas dudas de que la guerra pudiese resolverse por medios militares. El secretario de Prensa del presidente, Bill Moyers, que gozaba de toda su confianza, trató continuamente de contrarrestar a los «halcones» que había en los altos puestos gubernamentales, informando de las desilusiones de funcionarios, agentes y observadores de menor rango. La red de Moyers, inicialmente creada a petición de Johnson, que buscaba opiniones adversas, resultó demasiado incómoda para el presidente, a quien no gustaban las «disonancias» ni tener que enfrentarse a múltiples opciones[853]. Compartió el problema, si no el atisbo agudo del papa Alejandro VI en su único instante de remordimiento, cuando reconoció que un gobernante nunca oye la verdad y «termina por no querer oírla». Johnson quería que ratificaran su política, no que la

cuestionaran, y al hacerse más difíciles las cosas, trató de no oír más los informes de Moyers.

Los asesores, preocupados por la inevitable intensificación de los combates, estaban proponiendo alternativas. La embajada de Saigón, encabezada por Maxwell Taylor, quien, pese a su responsabilidad por la primera iniciativa de combate, no era partidario de extender la beligerancia, propuso a comienzos de 1965 un plan para «terminar nuestra participación». Sugería un regreso a Ginebra, empleando como carta de triunfo la progresiva reducción de las fuerzas norteamericanas más «amnistía y derechos civiles» para el Viet-Cong y un programa —patrocinado por los Estados Unidos— para el desarrollo económico de toda Indochina[854]. El plan fue redactado por el ayudante de Taylor, U. Alexis Johnson, funcionario de carrera en el servicio exterior, y cierta insinuación de tal plan entró en el discurso de John Hopkins y allí terminó. George Ball siguió con repetidos memorandos, pidiendo distinguir los intereses del país de los de Saigón antes de que algún gran desastre hiciese imposible esta opción. De las comunicaciones enviadas a un presidente, Galbraith ha escrito que «las abrumadoras posibilidades son que nunca las leerá[855]».

Dos hombres muy respetados por el presidente, el senador Richard Russell, de Georgia, y Clark Clifford, exconsejero de Truman en la Casa Blanca, trataron de apartar al presidente del curso que había adoptado. Russell, hasta 1969 presidente del poderosísimo Comité de Asignaciones y del Comité de los Servicios Armados, y colega de Johnson durante todos sus años de senador, hubiera sido, en opinión de muchos, el primer presidente sureño, si la suerte no hubiese querido que Johnson se le adelantara. Aunque en público se le consideraba un «halcón», en 1964 en privado había exhortado a Johnson a mantenerse fuera de la guerra en Asia[856] y ahora propuso, en un raro caso de pensamiento creador, que se hiciese una encuesta de la opinión pública en las ciudades vietnamitas sobre si se deseaba la ayuda norteamericana, y en caso de que fuesen negativos los resultados, los Estados Unidos se retirarían[857]. El sondeo de la opinión vietnamita sobre la apropiación de «su» guerra por los Estados Unidos era una idea original que no se le había ocurrido previamente a nadie y, desde luego, no fue adoptada, pese a su alta fuente.

Una clave a esta respuesta se habría podido ver en los ojos de los aldeanos vietnamitas. Un periodista que había cubierto la guerra en Europa recordó las sonrisas, los abrazos y las alegres ofertas de vino cuando los soldados pasaban por las zonas liberadas de Italia. En Vietnam, la gente de los campos, cuando unidades norteamericanas pasaban a su lado en las calles o en las aldeas, miraban al suelo o volvían el rostro y no ofrecían ningún saludo. «Simplemente querían que nos fuéramos[858]». Había allí una señal de la vanidad de la «construcción de naciones». ¿Qué nación se ha formado jamás desde el exterior?

Clifford, importante abogado de Washington, íntimo del presidente, advirtió en una carta privada que, sobre la base de las evaluaciones de la CIA, una mayor concentración de fuerzas de tierra podría convertirse en un «compromiso

interminable… sin esperanzas realistas de una victoria final». En cambio, recomendó, el presidente debía sondear todo camino que condujera a un posible arreglo. «No será lo que queremos, pero podremos aprender a vivir con ello[859]». El meollo de este consejo y de muchos otros fue confirmado por un observador extranjero, el distinguido economista sueco Gunnar Myrdal, quien escribió en el *New York Times*, en julio de 1965, que «la convicción de que esta política terminará en un fracaso es común en cualquier país fuera de los Estados Unidos».

Ninguna de las dudas de los asesores norteamericanos fue expresada en público, y nadie, excepto Ball, propuso una abierta retirada. En cambio, recomendaron que se mantuviera la escalada mientras se buscaba un acuerdo negociado. Sin embargo, toda negociación se encontraba en un callejón sin salida. Aparte de los requisitos, Hanoi no aceptaría ningún acuerdo como no fuese una coalición o alguna otra forma de compromiso que llevara a su absorción del sur. Para los Estados Unidos, cualquier compromiso semejante representaría un reconocimiento de su fracaso, y el gobierno, tanto más por ser ahora un rehén de sus propios militares, era algo que no podía aceptar. Estaba encadenado al objetivo de asegurar un Vietnam del Sur no comunista para poder retirarse dejando intacta su credibilidad. El objetivo había cambiado sutilmente, de bloquear al comunismo a salvar las apariencias. McNaughton, funcionario que no fue víctima del autoengaño, lo dijo cáusticamente cuando colocó en primer lugar de su lista de objetivos de la guerra de los Estados Unidos «70 por ciento, evitar una derrota humillante para nuestra reputación como garantes[860]».

En aquella etapa el gobierno empezó a estudiar las posibilidades de «ganar». Ante una tarea militar, los soldados debían creer que podían realizarla si habían de creer en sí mismos y, naturalmente, exigían más y más hombres con ese propósito. Sus declaraciones fueron positivas y las requisiciones fueron grandes. Ante la intensificación de la guerra, McNamara preguntó al general Wheeler, presidente de los Jefes Conjuntos, qué seguridad podían tener los Estados Unidos «de ganar en Vietnam del Sur si hacemos todo lo que podemos». Si «ganar» significaba suprimir toda insurgencia y eliminar a los comunistas de Vietnam del Sur, dijo Wheeler, se necesitarían de 750 mil a un millón de hombres y hasta siete años. Si «ganar» significaba demostrar al Viet-Cong que no podía ganar, bastaría una fuerza menor[861]. No se discutió qué interés nacional garantizaba la inversión de tales fuerzas, mayores o menores; el gobierno simplemente siguió adelante porque no sabía qué otra cosa hacer. Cuando todos los caminos son poco prometedores, los políticos prefieren volver a «mover las palancas» a tener que pensar[862].

La idea de Johnson era luchar y simultáneamente negociar. La dificultad era que el objetivo de la guerra limitada, hacer que Vietnam del Norte dejara en paz a Vietnam del Sur, era inalcanzable por los medios de una guerra limitada. El norte no tenía ninguna intención de permitir un sur no comunista, y puesto que semejante concesión sólo se le podía imponer por una victoria militar, y como tal victoria era

inalcanzable para los Estados Unidos si no llegaban a la guerra total y a la invasión, lo que estaban renuentes a emprender, por tanto era inalcanzable su objetivo de guerra. Si algunos reconocieron esto, no se actuó sobre ello porque nadie estaba dispuesto a aceptar el fracaso de los Estados Unidos. Los activistas podían creer que los bombardeos lo lograrían; los que dudaban podían esperar vagamente que se presentara alguna solución.

Por desgracia para el presidente, la súbita muerte de Adlai Stevenson en Londres sacó a luz las circunstancias del rechazo a la mediación de U Thant. Eric Sevareid, informando de lo que Stevenson había dicho poco antes de morir, reveló por vez primera que en realidad Hanoi había aceptado la reunión propuesta por U Thant[863], mientras que Johnson había dicho recientemente en una conferencia de prensa que no había habido «la menor indicación» de interés en el otro bando. El *St. Louis Post-Dispatch* recordó entonces que en el año anterior a la entrada activa de los Estados Unidos en la guerra, Johnson o su portavoz de la Casa Blanca había declarado no menos de siete veces que los Estados Unidos no pretendían intensificar la guerra[864]. Por ello, la credibilidad personal del presidente se menoscabó.

Además del relato sobre Stevenson, se supo de otra apertura de paz rechazada. A petición de los Estados Unidos, el ministro de Relaciones Exteriores de Italia, Amintore Fanfani, por entonces delegado en la ONU, hizo que dos profesores italianos, uno de los cuales era conocido de Ho Chi Minh, fueran a Hanoi. Aunque encontraron «un poderoso deseo de encontrar una solución pacífica», también informaron, según escribió Fanfani a Johnson, que las condiciones de Ho incluían un cese al fuego por todo el norte y el sur, además de los Cuatro Puntos previamente anunciados. Sin embargo, había aceptado iniciar conversaciones sin requerir el retiro de las fuerzas norteamericanas[865]. Como un cese del fuego en el lugar habría dejado las unidades norvietnamitas dentro del sur, no fue aceptable para los Estados Unidos, pero Rusk transmitió el rechazo norteamericano por motivo de no haber encontrado «una auténtica voluntad de negociaciones incondicionales» en Hanoi. El episodio llegó a la prensa, como suelen llegar tales cosas cuando alguien desea que se sepan.

El presidente, desconcertado al verse expuesto como hombre no interesado en la paz, ordenó un alto a los bombardeos por la época de Navidad y lanzó un espectacular «circo volador» pacifista. Fueron enviados funcionarios como palomas mensajeras a capitales del Oriente y del Occidente, ostensiblemente a buscar caminos de negociación: Harriman, en gira por todo el mundo, fue a Varsovia, Delhi, Teherán, El Cairo, Bangkok, Australia, Laos y Saigón; Arthur Goldberg, sucesor de Stevenson en la ONU, fue a Roma, París y Londres; McGeorge Bundy fue a Ottawa; el vicepresidente Hubert Humphrey fue a Tokio y dos subsecretarios de Estado a la ciudad de México y a los Estados africanos, respectivamente. De todo ese despliegue no salió nada, salvo un estímulo de la presión pública sobre Johnson, para que prolongara el alto a los bombardeos. Esto fue extendido 37 días, con el declarado propósito de poner a prueba la disposición de Hanoi para negociar; todo fue en vano.

Contemplando su objetivo último, Hanoi tenía poco qué esperar de las negociaciones.

Mientras los bombardeos se reanudaban y la guerra se intensificaba, también continuaba la búsqueda de un acuerdo. Unas conversaciones celebradas en Varsovia con intermediarios polacos a mediados de 1966 parecieron lograr algunos progresos hasta que, en un punto delicado, los ataques aéreos norteamericanos, dirigidos por primera vez contra blancos de Hanoi y sus alrededores hicieron que Vietnam del Norte cancelara sus contactos[866]. Este episodio mostró que ninguno de los bandos deseaba en realidad que triunfaran las negociaciones. A su manera implacable, McNaughton planteó así el dilema para los Estados Unidos: buscar la victoria podría terminar en un compromiso, pero buscar un compromiso sólo podría terminar en la derrota, porque revelar «que se bajan los objetivos, de victoria a simple acuerdo… hará que el DRV [Vietnam del Norte] olfatee el olor de la sangre[867]».

La guerra iba volviéndose repugnante, con sus cadáveres calcinados por napalm, tierras defoliadas y devastadas, prisioneros torturados y crecientes cuentas de cadáveres. También iba volviéndose costosa: ahora su precio era de dos mil millones de dólares al mes[868]. La progresiva intensificación que llevó al campo a 245 mil hombres en abril de 1966 requirió una petición al Congreso de doce mil millones de dólares para costos complementarios de la guerra. En el campo de batalla, la entrada de fuerzas de combate norteamericanas había contenido al Viet-Cong en su avance hacia el dominio de la situación. Según se decía, los insurgentes estaban perdiendo sus refugios, obligados a mantenerse en marcha, encontrando más difícil reagruparse, con la consiguiente desmoralización y deserciones. Sus bajas y las de las unidades norvietnamitas, según cuentas norteamericanas, iban aumentando «satisfactoriamente»; se dijo que los interrogatorios de prisioneros habían mostrado que estaba bajando la moral; por fin, el objetivo norteamericano parecía a su alcance.

El precio fue la confirmación de una idea francesa de una «guerra podrida». Buscando el desgaste, Westmoreland desplegó unidades de combate como cebo, para provocar ataques de modo que la artillería y la fuerza aérea norteamericanas pudiesen acercarse a rematar y a la agradable cuenta de cadáveres. Las misiones de «buscar y destruir» mediante tanques, artillería y defoliación desde el aire dejaron arruinadas las aldeas y los campos, y a los miles de refugiados viviendo en campamentos insalubres a lo largo de la costa, cada vez más resentidos contra los norteamericanos. También la estrategia de bombardeo iba dirigida a causar agotamiento por hambre, mediante la destrucción de diques, zanjas de riego y medios de agricultura. Las misiones de defoliación podían destruir 300 acres de arroz en tres a cinco días y desnudar un área igual de selva en cinco o seis semanas[869]. El napalm equivalía al terrorismo oficial, embruteciendo a sus usuarios, que sólo necesitaban apretar un botón para ver cómo «las chozas eran envueltas en una bola de llamas color naranja[870]». Empezaban a llegar a la patria informes de los métodos de lucha norteamericana, escritos por corresponsales, abiertamente antagónicos a los militares. Los norteamericanos que nunca habían visto una guerra podían ver ahora a los

heridos, a los sin hogar y los cadáveres calcinados de niños, víctimas de sus compatriotas. Cuando hasta el *Ladies Home Journal* publicó un relato con fotos de víctimas del napalm[871], se desvanecieron las esperanzas expresadas por McNaughton de salir de la guerra «sin mancha».

La violencia recíproca vino a intensificar la escalada. El terrorismo del Viet-Cong por medio de cohetes, bombardeo de aldeas, minas, secuestros y matanzas fue indiscriminado y deliberado, con la intención de instigar inseguridad y demostrar la falta de protección que pudiesen brindar las autoridades de Saigón. Aunque la intervención armada norteamericana había impedido la victoria de los insurgentes, no los había llevado cerca de la derrota. Todo progreso era engañoso. Cuando el equilibrio vaciló, Rusia y China enviaron más abastos al norte, devolviéndole las fuerzas. La baja moral deducida de las declaraciones de los prisioneros fue una mala interpretación del estoicismo y del fatalismo del Oriente. En las fuerzas norteamericanas, los plazos de servicio de un año —establecidos con la intención de evitar descontento— impedían la adaptación a la irregular guerra en las selvas, aumentando así el número de víctimas ya que su tasa siempre era más alta en los primeros meses de servicio. La adaptación nunca correspondía a las circunstancias. Las tácticas bélicas norteamericanas estaban pensadas en términos de grandes formaciones que utilizaran la movilidad, y en términos de blancos industriales para bombardeos desde el aire. La máquina de guerra militar norteamericana, una vez en movimiento, no podía readaptarse a una guerra en que aquellos elementos no existían. La mentalidad norteamericana había contado con su poderío superior, pero un tanque es incapaz de dispersar unas avispas.

Otras necesidades, aparte de las militares, provocaron igual preocupación. El programa de «pacificación» era un gran esfuerzo norteamericano por fortalecer la urdimbre social y política de Vietnam del Sur en interés de la democracia. Supuestamente crearía una confianza en Saigón, estabilizando su posición. Pero los gobiernos sucesivos de los generales Khanh, Ky y Thieu, todos los cuales se resentían contra el patrocinio del que dependían, no resultaron útiles colaboradores. Y las fuerzas del hombre blanco, en su inmensa presencia material, tampoco eran precisamente de lo más apropiado como agentes para «ganarse corazones y espíritus». Tal programa, conocido como WHAM para los norteamericanos que había en el campo, fracasó en su objetivo pese a toda la energía que Washington dedicó a él, y en algunos sectores causó que el sentimiento se volviera en contra de Saigón y de los Estados Unidos. Se volvió abierta y manifiesta la oposición al régimen de los generales, con demandas de un régimen civil y una Constitución. El movimiento budista contra el gobierno resurgió y nuevamente chocó en lucha abierta con las tropas de Saigón. En Hué, la antigua capital, unos manifestantes saquearon e incendiaron el consulado norteamericano y el centro cultural.

También en los Estados Unidos iba cambiando la opinión popular con un notable aumento de sentimiento antibélico cuando se reanudaron los bombardeos después del

alto de Navidad. Miembros del Congreso, a quienes Maxwell Taylor había encontrado, al informarles a su retorno como embajador, «sorprendentemente pacientes y acríticos[872]», empezaron a formar enclaves de disidencia. Durante la pausa entre bombardeos, 77 miembros de la Cámara, demócratas en su mayoría, pidieron al presidente prolongar la pausa y someter el conflicto a la ONU. Al reanudarse los bombardeos, quince senadores, demócratas todos ellos, hicieron pública una carta al presidente en que se oponían a esa renovación. Cuando el senador Morse propuso rechazar la Resolución del Golfo de Tonkín como enmienda a un proyecto de ley de asignaciones para Vietnam, tres senadores —Fulbright, Eugene McCarthy, de Minnesota, y Stephen Young, de Ohio— se unieron a los constantes Morse y Gruening en su favor. Pero esto fue derrotado por 92 contra 5.

Estas señales de oposición al presidente, aunque no muy audaces, surgieron dentro de su propio partido. Fueron los principios de un bloque por la paz que escindiría al Partido Demócrata ante la cuestión de Vietnam, pero no contaban con jefes convencidos y determinados, ni en la Cámara ni en el Senado, que estuviesen dispuestos a oponerse a la mayoría.

El desafecto era más profundo de lo que indicaban los escasos votos. El Congreso siguió votando obedientemente unas asignaciones porque la mayoría de sus miembros no podían resolverse a rechazar la política del gobierno cuando la opción significaba reconocer el fracaso de su país. Además, en gran parte eran cautivos voluntarios del gigante identificado por Eisenhower como el complejo militar-industrial. Los contratos de la Defensa eran su moneda, manipulados por más de 300 cabilderos mantenidos por el Pentágono en la colina del Capitolio[873]. Los militares ofrecían viajes, banquetes, películas, portavoces, aeroplanos, fines de semana y otras gratificaciones para los «muy importantes», especialmente para los presidentes de los Comités de ambas Cámaras. Una cuarta parte de los miembros del Congreso tenía comisiones reservadas. La crítica de las procuraciones militares hacía vulnerable a un congresista a la acusación de estar socavando la seguridad nacional. Al reunirse el 89 Congreso en 1965, el vicepresidente Hubert Humphrey, ese audaz líder, avisó a los nuevos miembros: «Si sienten el deseo de levantarse y pronunciar un discurso atacando la política hacia Vietnam, no lo hagan». Después de un segundo o tercer periodo, afirmó, podrían permitirse ser independientes, «pero, si desean volver en 67, no lo hagan ahora[874]».

El voto de Fulbright sobre la enmienda de Morse significó una abierta ruptura con Johnson. Se sintió traicionado por la orden de entrar en combate abierto, en contra de todas las garantías dadas por Johnson, y un día confesaría que lamentaba su participación en la Resolución del Golfo de Tonkin más que nada que hubiese hecho en su vida[875]. Organizó entonces en enero-febrero de 1966, en seis días de audiencias televisadas ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado[876], la primera seria discusión pública a nivel oficial de la intervención norteamericana en

Vietnam. Más de lo que se apreció por el momento, surgieron cuestiones básicas: el supuesto «compromiso», el interés nacional, la desproporción del esfuerzo al interés y el naciente reconocimiento de que los Estados Unidos se habían traicionado a sí mismos. El secretario Rusk y el general Taylor defendieron al gobierno; el embajador George Kennan, el general James M. Gavin, el propio Fulbright y varios colegas hablaron en nombre de los disidentes.

El secretario Rusk insistió, como siempre, en que los Estados Unidos tenían un «compromiso claro y directo» de asegurar a Vietnam del Sur contra todo «ataque exterior», derivado del Tratado de la SEATO y de la carta de Eisenhower a Diem, y que esto imponía la «obligación» de intervenir. Con la inventiva retórica que caracteriza a los empecinados, asevero que la «integridad de nuestros compromisos es absolutamente esencial para el mantenimiento de la paz en todo el globo[877]». Cuando el supuesto compromiso fue expuesto por el senador Morse quien citó una reciente negativa de Eisenhower de que hubiese dado «nunca un compromiso unilateral al gobierno de Vietnam del Sur[878]», Rusk se retiró a la posición de que los Estados Unidos tenían «derecho» por el Tratado de la SEATO a intervenir y que este compromiso se derivaba de declaraciones de política de sucesivos presidentes y de las asignaciones aprobadas por el propio Congreso. Interrogado, el general Taylor reconoció que en lo tocante al empleo de fuerzas de combate de tierra el compromiso, «desde luego, sólo ocurrió la primavera de 1965».

Con respecto al interés nacional, Taylor afirmó que los Estados Unidos tenían «en juego algo vital» en la guerra, sin definir qué era. Dijo que los jefes comunistas, en su afán por conquistar Vietnam del Sur, esperaban socavar la posición de los Estados Unidos en Asia y probar la eficacia de las guerras de liberación nacional, y que tocaba a los Estados Unidos probar que estaban «condenados al fracaso[879]». El senador Fulbright se sintió movido a preguntar si la Revolución norteamericana no había sido una «guerra de liberación nacional[880]».

El general Gavin quiso saber si Vietnam valía la inversión en vista de todos los demás compromisos de los Estados Unidos por el mundo. Creyó que el país se estaba dejando «mesmerizar» en este esfuerzo y que la fuerza de medio millón de hombres, en que se estaba pensando, reduciendo la capacidad de los Estados Unidos en el resto del mundo, parecía indicar que el gobierno había perdido todo sentido de la proporción. Sencillamente no era tanta la importancia de Vietnam del Sur[881].

La acusación de que toda oposición pública a la guerra representaba «debilidad» y fallas de voluntad (que hoy están resucitando los revisionistas de los ochenta) fue brevemente tocada por el general Taylor, quien declaró que el repudio de la guerra por el pueblo francés había demostrado «debilidad». El senador Morse replicó que no pasaría «demasiado tiempo antes de que el pueblo norteamericano repudie nuestra guerra en el sudeste de Asia», como el pueblo francés había rechazado la suya, y cuando lo hiciera, ¿seria esto «debilidad[882]»?

En serenas palabras, el embajador Kennan planteó la cuestión de la traición a sí

mismo. La victoria en la guerra sería vana, aun de poder lograrse, afirmó, por el daño causado por el espectáculo de norteamericanos imponiendo «terribles daños a la vida de un pueblo pobre e indefenso, particularmente de un pueblo de distinta raza y color… Este espectáculo produce reacciones entre millones de personas por todo el mundo, en profundo detrimento de la imagen que quisiésemos que tuvieran de este país». Se lograría conquistar mayor respeto por una resuelta y valerosa liquidación de posiciones malas, que por su terca prosecución. Citó la frase de John Quincy Adams de que dondequiera que se despliegue el estandarte de la libertad por el mundo, «allí estará el corazón de América… pero ella no sale al exterior en busca de monstruos que matar». Perseguir monstruos significaba meterse en interminables guerras en que «la máxima fundamental de la política [de los Estados Unidos] cambiaría insensiblemente de la libertad a la fuerza[883]». En las audiencias no se diría ninguna verdad más palpable.

Un cierto escepticismo. Los senadores J. William Fulbright, John Sparkman y Wayne L. Morse escuchando el testimonio del General Taylor en las Audiencias Fulbright, febrero de 1966.

Pese a todas sus verdades, las audiencias Fulbright no fueron un preludio a la acción en la única forma que podía contar, un voto contra las asignaciones, sino un ejercicio intelectual de examen de la política norteamericana. La cuestión de consecuencias más largas, la guerra del Ejecutivo, sólo se planteó hasta después de las audiencias en el prefacio de Fulbright a una versión publicada. Escribió que aceptar la guerra del Ejecutivo procedía de la creencia de que el gobierno poseía una información secreta que le daba atisbos especiales para determinar su política. Esto no sólo era cuestionable, sino que las grandes decisiones políticas no «giran sobre hechos disponibles sino sobre un juicio», con el que los políticos no están mejor dotados que el ciudadano inteligente. El Congreso y los ciudadanos pueden juzgar si «el enorme despliegue y destrucción de sus hombres y su riqueza parece servir a sus intereses generales como nación».

Aunque pudiera plantear las cuestiones principales, Fulbright era un profesor no

un jefe, y no estaba dispuesto a poner su voto donde contara. Cuando un mes después de las audiencias el Senado autorizó 4800 millones de dólares como fondo de emergencia para la guerra en Vietnam, la propuesta pasó contra sólo dos negativas, de Morse y Gruening. Fulbright votó con la mayoría.

La idea de que el gobierno sabe más que los demás fue proclamada justamente por entonces por el gobernador Nelson Rockefeller, quien dijo sobre la reanudación de los bombardeos: «Todos debemos apoyar al presidente. Él es quien tiene toda la información y el conocimiento de aquello a lo que nos enfrentamos[884]». Ésta es una reconfortante suposición que evita a la gente adoptar una actitud. Habitualmente no es válida, sobre todo en asuntos exteriores. «Las decisiones de política exterior», concluyó Gunnar Myrdal después de dos décadas de estudio, «en general son mucho más influidas por motivos irracionales» que las de política interior[885].

Después de la Segunda Guerra Mundial, en un Estudio de los Bombardeos Estratégicos, hecho por científicos, economistas y otros especialistas, se había concluido que el bombardeo estratégico en el teatro europeo (a diferencia del bombardeo táctico aunado a acción de tierra) no había sido decisivo. No había reducido considerablemente la capacidad física de lucha de Alemania ni producido una disposición de entrar en tratos. Ese estudio descubrió extraordinaria rapidez de reparaciones y no una baja de la moral; de hecho, los bombardeos podían alzar la moral. En marzo de 1966, cuando los tres meses concedidos a «Trueno Rodante» se habían extendido a más de un año sin que se notara un «quebrantamiento de la voluntad», un grupo de destacados científicos del Instituto Tecnológico de Massachusetts y de Harvard, incluyendo a algunos que habían participado en el estudio anterior, propuso echar una mirada objetiva a los resultados de los bombardeos en Vietnam. Comisionado por el Instituto de Análisis de Defensa, bajo el nombre en clave de «Jasón», un grupo de 47 especialistas en varias disciplinas pasó diez días recibiendo informes de la Defensa, el Departamento de Estado, la CIA y la Casa Blanca, seguido por dos meses de estudios técnicos. El grupo concluyó que los efectos sobre la voluntad de lucha de Vietnam del Norte y sobre la evaluación hecha por Hanoi del costo de continuar en la lucha «no se han mostrado en forma tangible». Los bombardeos no habían creado graves dificultades en los transportes, la economía o la moral. Los investigadores no encontraron ninguna base para concluir que «unos efectos punitivos indirectos de los bombardeos resultarán decisivos a este respecto».

La principal razón, declaró «Jasón», de la relativa ineficacia de la ofensiva aérea era que sus «blancos» eran de «bajo rendimiento». El estudio concluyó que «el ataque directo y frontal contra una sociedad» tendía a fortalecer su urdimbre, a aumentar la determinación popular y a estimular recursos protectores y capacidad para hacer reparaciones. Este efecto social no era impredecible; es el mismo que se había descubierto en Alemania, y de hecho en Inglaterra, donde la determinación y la moral se habían alzado como resultado de los bombardeos terroristas de Alemania en

1940 y 1941.

Como opción frente a los bombardeos «Jasón» recomendaba la construcción de una barrera «antiinfiltración» a través de Vietnam y Laos a lo largo de unos 250 kilómetros. Presentada completa en el estudio, con planes técnicos detallados, consistiría en campos minados, murallas, zanjas y puntos «fuertes» con alambrada de púas electrónica, flanqueados por franjas defoliadas en ambos lados, todos ellos estimados en un costo de 800 millones de dólares[886]. No puede saberse si aquello habría funcionado. Ridiculizado por comandantes de la fuerza aérea en CINCPAC, que no podían tolerar una alternativa a su función, esto nunca se puso a prueba.

Como cualquier otro consejo «disonante», Jasón tropezó contra una pared de piedra. La estrategia siguió intacta porque la fuerza aérea, preocupada por su propio papel en el futuro, no podía reconocer que el poderío aéreo pudiese ser ineficaz. El CINCPAC continuó elevando el nivel punitivo del bombardeo sobre una base de «dolor calculado» de acuerdo con una «teoría del estrés» de la conducta humana: Hanoi debía responder al «estrés» haciendo cesar las acciones que lo producían. «Previmos que responderían como gente razonable», dijo después un funcionario del Departamento de la Defensa[887].

A finales de 1966 los bombardeos llegaron a una tasa anual de 500 mil toneladas[888], superior a la tasa empleada contra Japón en la Segunda Guerra Mundial. En lugar de reaccionar racionalmente, Hanoi reaccionó humanamente, con ira y desafío, como los ingleses lo habían hecho bajo la *blitz* alemana, y como sin duda lo habrían hecho los norteamericanos de haber sido bombardeados. En lugar de llevar al enemigo bombardeado a la mesa de negociaciones, la ofensiva aérea lo hizo mostrarse más decidido: ahora insistía en el cese del bombardeo como requisito previo para toda negociación.

Continuaron las aperturas por medio de Chester Ronning, del Canadá, y otros intermediarios, porque para entonces todos los bandos habrían recibido con alegría el fin a la guerra cada cual en sus propias condiciones, que seguían siendo irreconciliables. Cuando Washington supo por personas que habían visitado Hanoi que había una disposición a hablar si se suspendían los bombardeos, los Estados Unidos llegaron a la conclusión de que el bombardeo estaba doliendo y por tanto había que aumentarlo para alcanzar el resultado deseado. El resultado fue aumentar la intransigencia de Hanoi.

«Jasón» entró en un punto significante de la pared de piedra. Confirmó las dudas que preocupaban al secretario McNamara[889]. Su propio Análisis de Sistemas del Departamento de la Defensa concluyó que los beneficios militares no valían el costo económico[890]. Aunque él no hizo ninguna indicación pública, en comentarios privados pareció mostrar un incipiente reconocimiento de que todo era inútil. Creyendo, como escribió al presidente, que no era bueno el pronóstico de «una solución satisfactoria», se declaró en favor de la barrera antiinfiltración como sustituto de los bombardeos y de nuevos aumentos en las fuerzas de tierra. Pero no

logró convencer a nadie.

Por doquier en el gobierno cundía el sentido de inutilidad haciendo que muchos se fueran. Pocos renunciaron. La mayoría cambió de puesto por hábiles maniobras del presidente que, cualesquiera que fuesen sus dudas, no veía bien las de otros, explícitas o implícitas. Hilsman salió del Departamento de Estado en 1964; Forrestal del personal de la Casa Blanca en 1965; McGeorge Bundy, del Consejo Nacional de Seguridad a comienzos de 1966, seguido por las partidas voluntarias de George Ball y Bill Moyers en septiembre y diciembre de 1966. Sin excepción, todos se fueron calladamente, silenciosos Laocoontes que entonces no hicieron y mucho menos gritaron sus advertencias o sus desacuerdos.

La partida silenciosa de sus miembros es una propiedad importante del gobierno. Hablar en voz alta, aun después de partir, equivale a ser desterrado al desierto; al mostrar deslealtad ello impide todo retorno al circulo. Las mismas razones explican la renuencia a renunciar. El funcionario siempre podrá convencerse a sí mismo de que puede ejercer más influencia moderadora desde dentro, y entonces permanece sumiso para no poner fin a sus conexiones con el poder. El efecto de la presidencia de los Estados Unidos, con su poder de nombramiento en la rama ejecutiva, resulta abrumador. Los asesores tienen dificultades para decir no al presidente o para mostrar su oposición a una política porque saben que su categoría, su invitación a la siguiente reunión en la Casa Blanca depende de mantenerse en línea. Si son funcionarios de gabinete, en el sistema norteamericano no tienen un escaño parlamentario al que puedan volver y en que puedan conservar una voz en el gobierno[891].

Rusk seguía siendo la roca. Si tuvo dudas, logró, como clásico servidor civil, convencerse a sí mismo de que la política norteamericana era correcta y reiterar que, independientemente de todas las demás consideraciones, el objetivo original de mantener un Vietnam del Sur no comunista debía conservarse. Como homenaje a su constancia, alguien de su propio Departamento garabateó dentro de una cabina telefónica: «Dean Rusk es un anuncio grabado[892]». Remplazando a Bundy, Walt Rostow, que había estado prediciendo la inminente caída de la insurgencia del Viet-Cong desde 1965, siguió siendo entusiasta. En lo alto, Johnson se mostraba menos. Interrogado una vez sobre cuánto podía durar la guerra, respondió: «¿Quién sabe cuánto tiempo, y cuánto costará? Lo importante es: ¿Tenemos razón o no?»[893]. Proseguir con las muertes y la devastación de la guerra con esa pregunta en duda, fue imprudente en relación con el público, con su propia presidencia y con la historia.

Por medio del reclutamiento, requerido por las repetidas intensificaciones, la guerra empezaba a afectar directamente al público en general. A mediados de 1966, el Pentágono anunció que el nivel de tropas en Vietnam alcanzaría los 375 mil hombres a fines de año, con 50 mil más en los seis meses siguientes. A mediados de 1967, el nivel llegó a 463 mil, mientras Westmoreland pedía 70 mil más para un total de más de 525 mil como «fuerza esencial mínima[894]», y Johnson anunció que las necesidades y solicitudes del comandante «serían satisfechas». A los jóvenes que

debían reclutarse, la guerra no les atraía, especialmente a quienes la consideraban como mezquina y carente de gloria. Todo el que pudo aprovechó la extensión del reclutamiento autorizada mientras se recibía educación superior, mientras que las clases menos afortunadas tenían que ponerse el uniforme. Esta conscripción no igualada, primer pecado de la guerra de Vietnam en la patria, que pretendía reducir la causa de irritación en el sector social, excavó una brecha en la sociedad norteamericana, además de la división de opiniones.

Los mítines de protesta pública tuvieron muchos miembros, las manifestaciones universitarias y marchas antibélicas aumentaron en estridencia y violencia, agitando banderas de Hanoi y cantando lemas en favor de Ho Chi Minh. Una enorme manifestación chocó contra soldados, en uniforme de batalla, en los escalones del Pentágono; fueron detenidos no pocos manifestantes, y hubo mujeres golpeadas. Como en la mente popular la protesta iba asociada a las drogas y al cabello largo y a la contracultura de la década, ello acaso contuviera en lugar de estimular la disidencia general. Para el público en general, las manifestaciones antibélicas, según una encuesta, «alentaban a los comunistas a luchar con más ardor[895]». La evasión de la conscripción y la quema de banderas indignaron a los patriotas. No obstante, iba cundiendo cierta incomodidad, causada por la percepción de la guerra como cruel e inmoral. El bombardeo de un pequeño país rural asiático, comunista o no, no podía verse como una necesidad imperativa. Informes de testigos presenciales llevados al *New York Times* por Harrison Salisbury de bombardeos a zonas civiles de Hanoi —al principio negados, y después reconocidos por la fuerza aérea— causaron un escándalo. La popularidad de Johnson en las encuestas por su conducción de la guerra cayó al lado negativo y nunca recuperaría una mayoría de apoyo[896]. Los relatos de prisioneros dejados caer casualmente, desde helicópteros y otros incidentes de atroz brutalidad mostraron a los norteamericanos que también su país podía ser culpable de atrocidades. El descrédito en el extranjero, la desconfianza de los aliados más fieles, la Gran Bretaña, Canadá, y Francia, se dejaron sentir.

Se supone que la guerra une a los pueblos, pero una guerra que provoca desaprobación, como la de las Filipinas en 1900 o la británica de los bóers, dividen a un país más profundamente de lo normal. Cuando la Nueva Izquierda y otros radicales se mostraron más ofensivos y violentos, ensancharon la brecha con la respetable clase media y excitaron el odio y la violencia recíprocas de los sindicatos y los obreros. ¿Cuánto tiempo podríamos resistir la «confusión espiritual», preguntó Reischauer en 1967 en un libro titulado *Beyond Vietnam*[897]? Para algunos, la idea de su propio país se volvió negativa. El Consejo Nacional de Iglesias afirmó que los Estados Unidos «estaban siendo considerados como una nación predominantemente blanca que aprovechaba su abrumadora fuerza para matar más asiáticos[898]». Martin Luther King dijo que ya no podía reprobar los actos de violencia de su propio pueblo sin hablar contra «el mayor causante de violencia en el mundo de hoy: mi propio gobierno[899]».

Su reconocimiento fue terrible. Verse a sí mismos súbita y recientemente como los «malos» en la polaridad mundial y saber que el agente era «mi propio gobierno» fue un paso que tuvo graves consecuencias. La desconfianza y hasta la repulsión del gobierno se hicieron más graves, empezando por la abstención del voto. «Votaste en 64 y te dieron a Johnson. ¿Para qué molestarte?», decía un letrero en un mitin antibélico celebrado en Nueva York[900]. Se hizo befa implacable del vicepresidente Humphrey en la Universidad de Stanford. «El deterioro de cada gobierno», escribió Montesquieu en el siglo XVIII, en *El espíritu de las leyes*, «empieza con la descomposición de los principios en que se fundó».

Los informes de guerra del propio gobierno socavaron su credibilidad en el interior, de lo cual en gran parte fueron culpables los militares. Adoctrinados en el engaño, con propósitos de desconcertar al enemigo, los militares mienten por hábito. Cada uno de los servicios y de los principales comandos manipuló las noticias en interés de la «seguridad nacional» o para parecer más «buenos» o para ganar un *round* en la pugna entre servicios, o para cubrir sus errores o dar brillo a un comandante. Con una prensa furiosa, dispuesta a revelarlo todo, el público no quedó en la habitual ignorancia de los turbios engaños subyacentes tras la jerga misteriosa de los comunicados.

La disidencia cundió por el propio *establishment*. Walter Lippmann pasó una velada de 1966 persuadiendo a Katharine Graham, directora del *Washington Post*, hasta entonces firme entre los «halcones», de que «la gente decente ya no puede apoyar esta guerra[901]». El costo alarmante que llegaba a miles de millones de dólares, hipotecando el futuro con un gasto deficitario, causando inflación y una desfavorable balanza de pagos, preocupaba a muchos de la comunidad de los negocios. Algunos hombres de negocios formaron grupos de oposición, pequeños en relación con la comunidad de los negocios en general, pero fueron alentados cuando la imponente figura de Marriner Eccles, expresidente de la Junta de la Reserva Federal, habló públicamente en nombre de un grupo llamado Negociación Ahora, organizado por Galbraith y Arthur Schlesinger, Jr. Alguna ocasional voz de un exmiembro del gobierno rompía el silencio. James Thomson, uno de los disidentes internos que habían abandonado la oficina del Lejano Oriente del Departamento de Estado en 1966, declaró en una carta enviada al *New York Times* que siempre había habido «alternativas constructivas» y, haciendo eco de Burke, que los Estados Unidos, como la mayor potencia de la Tierra, tenía «el poder de perder prestigio, el poder de reconocer errores y el poder de actuar con magnanimidad[902]».

Era bien sabido que el general Ridgway se oponía a la guerra. Al llegar a la independencia que da el retiro, otro hombre de su misma estatura, el general David M. Shoup, recién retirado comandante del Cuerpo de Infantes de Marina y héroe de la guerra del Pacífico, se le unió. La afirmación del gobierno de que Vietnam era «vital» para los intereses de los Estados Unidos, dijo, era «pura mentira»; todo el sudeste de Asia no «valía una sola vida, norteamericana… ¿Por qué

no podemos dejar que la gente determine sus propias vidas?»[903]. El senador Robert Kennedy, azote del presidente o al menos considerado así, pidió un alto a los bombardeos, por ser inútiles, y en otro discurso que enfureció a la Casa Blanca propuso que el Frente de Liberación Nacional tuviese una voz en cualesquier negociaciones. Un hito quedó atrás cuando un solo senador, Gaylord Nelson, de Wisconsin, se unió a la solitaria pareja de Morse y Gruening votando contra una nueva asignación de 12 mil millones de dólares para la guerra. En la Cámara, el representante de California, George Brown, presentó una resolución que debía anexarse a este proyecto de ley, diciendo que era «idea del Congreso» que ninguno de los fondos autorizados debían emplearse para «operaciones militares en Vietnam del Norte». Aunque sólo fuese una resolución, y no obligatoria para el Ejecutivo, fue abrumadoramente derrotada por 372 votos contra 18.

Pese a veinte años de pronunciamientos, desde Truman al hablar acerca del «interés vital» del sudeste de Asia para los Estados Unidos y la dura necesidad de contener al comunismo, el propósito de la guerra para el público en general seguía siendo oscuro. En mayo de 1967, cuando en una encuesta Gallup se preguntó a los interrogados si sabían por qué estaban los Estados Unidos luchando en Vietnam, 48 por ciento dijeron que sí y 48 por ciento dijeron que no[904]. La falta de Declaración de Guerra acaso fuese la diferencia.

El propósito de la guerra no era el lucro ni la defensa nacional. Más simple hubiese sido todo de ser una de estas cosas, pues es más fácil terminar una guerra por conquista de un territorio o por destrucción de las fuerzas y recursos del enemigo que establecer un principio por fuerza superior y llamarlo victoria. El propósito de los Estados Unidos era demostrar su intención y su capacidad de contener el comunismo en el marco de conservar un Estado artificialmente creado, inadecuadamente motivado y no muy viable. La naturaleza de la sociedad que estaban sosteniendo era una falla inherente del caso, y pese a todo el esfuerzo de «construcción de naciones», no causó un cambio esencial.

Entonces, ¿cómo terminar el despilfarro de poderío norteamericano en aquel conflicto nada prometedor, oneroso y potencialmente peligroso? El gobierno, confiado en que Vietnam del Norte estaba dolorido y se le podría hacer inclinarse ante el esfuerzo norteamericano, intentó repetidas veces en 1966-1967 atraer a Hanoi a unas conversaciones, siempre sobre las condiciones de los Estados Unidos. Los términos eran «incondicionales», al parecer abiertamente, pasando por alto el hecho de que Hanoi insistía en una condición: el cese de los bombardeos. Las aperturas de los Estados Unidos mencionaban varios compromisos de poner fin a los bombardeos, de no aumentar las fuerzas de los Estados Unidos «en cuanto sea posible y no después de seis meses» después de que Vietnam del Norte retirara sus fuerzas del sur y dejara de emplear la violencia. Todas las ofertas dependían de la reducción recíproca de fuerzas de combate por Hanoi. Hanoi no ofreció ninguna reciprocidad a menos que antes cesaran los bombardeos.

Unas potencias extranjeras añadieron sus esfuerzos. El papa Paulo apeló a ambos bandos, pidiendo un armisticio que condujera a negociaciones. U Thant, al que Washington pidió ejercer sus buenos oficios, urgió a los Estados Unidos y a los dos Vietnams a encontrarse en territorio británico para celebrar negociaciones. A todas las aperturas, de quienquiera, por medio de declaraciones públicas de Ho Chi Minh y de otros funcionarios y en entrevistas concedidas a periodistas visitantes, Hanoi reiteró su insistencia, como requisito a las negociaciones, en el fin «incondicional» a los bombardeos, el cese de todos los demás actos bélicos por los Estados Unidos, el retiro de las fuerzas de los Estados Unidos y la aceptación de los Cuatro Puntos. Aunque de cuando en cuando se modificaran las otras condiciones, la demanda del cese de los bombardeos era básica y nunca varió.

Cuando el primer ministro Pham Van Dong se refirió a los Cuatro Puntos como «base para un acuerdo[905]» y no como una condición previa, los norteamericanos creyeron haber notado una señal, y nuevamente en una declaración de que Hanoi «examinaría y estudiaría las propuestas» de negociación si los Estados Unidos ponían fin a los bombardeos. En esta ocasión, representantes norteamericanos y norvietnamitas, de sus respectivas embajadas en Moscú, llegaron a conferenciar, pero como esta reunión no fue acompañada por una pausa en los bombardeos, que indicase una seria intención norteamericana, no dio resultado[906].

En otra ocasión, dos norteamericanos que conocían personalmente Hanoi llevaron un mensaje redactado por el Departamento de Estado que proponía unas discusiones secretas sobre la base de «cierta moderación recíproca[907]». La redacción era más suave, y los aeroplanos, aunque siempre en acción, durante un tiempo se mantuvieron lejos de la zona de Hanoi. Al no haber respuesta, retornaron, atacando por primera vez Haifong, patios ferroviarios y otros blancos de la capital. U Thant sugirió que la prueba obvia consistía en suspender todas las maniobras. Pidió a los Estados Unidos «correr un riesgo calculado» en un cese de los bombardeos que, en su opinión, conduciría a unas conversaciones de paz en «pocas semanas[908]». Los Estados Unidos no estuvieron dispuestos a someterse a la prueba.

Para consumo interno, el presidente Johnson dijo que su país estaba dispuesto a «poner más de su parte, encontrándose a mitad del camino con Vietnam del Norte en cualquier posible conferencia de negociación de cese del fuego, tregua o paz[909]», pero «poner más de su parte» no incluía dejar en tierra los B-52. Una carta de Johnson dirigida directamente a Ho Chi Minh repetía la fórmula de la reciprocidad: bombardeo y aumento de fuerzas norteamericanas cesarían «en cuanto yo tenga la seguridad de que se ha detenido la infiltración por tierra y por mar en Vietnam del Sur[910]». La respuesta de Ho repitió su misma fórmula de antes.

Un análisis de las respuestas de Vietnam del Norte indicó a Washington «una profunda convicción en Hanoi de que nuestra resolución fallará por el costo de la lucha[911]». Este análisis era correcto. En realidad, la intransigencia de Hanoi se

basaba en la creencia de que los Estados Unidos, fuese por los costos o por la creciente disidencia, serían los primeros en cansarse. Cuando el secretario Rusk, indignado, añadió veintiocho proposiciones de paz, tenía razón a medias; Hanoi no la deseaba como no fuera en sus propias condiciones. Como las aperturas norteamericanas no satisfacían ninguna de las condiciones requeridas, ni nunca indicaban la extensión y naturaleza del acuerdo político último, Hanoi no estaba interesado.

En cierto punto, pareció haber un movimiento real cuando el primer ministro soviético Aleksei Kosygin visitó al primer ministro Harold Wilson en la Gran Bretaña. Actuando como intermediarios en comunicación con los interesados, estuvieron cerca de llegar a una base aceptable para las negociaciones. Esto fue estropeado por Johnson, en el último momento, cuando Kosygin ya se iba de Londres, inexplicablemente alteró la redacción del comunicado final, demasiado tarde para hacer una consulta[912]. «La paz estuvo casi a nuestro alcance», dijo consternado Wilson. Esto puede dudarse. Es difícil evitar la impresión de que Johnson se permitió todas estas maniobras para aplacar las críticas en el interior y el exterior, pero que él y sus asesores, a quienes él hacía caso, preferían unas negociaciones impuestas por una fuerza superior.

Una nube iba levantándose en el horizonte interno. La intensificación progresiva, creciendo como el apetito que aumenta cuando se come, sin límites a la vista, no fue aceptada sin cuestionar una guerra que sólo vagamente se entendía. El método aplicado por Westmoreland para lograr sus incrementos de 70 mil a 80 mil en un momento, aplazaron la cuestión de llamar a las reservas, pero como advirtió McNaughton a su jefe, sólo la aplazaron, «con todo su horrible bagaje», para un momento peor: el año de elecciones de 1968. McNaughton llamó la atención hacia la creciente disidencia pública, causada por las bajas norteamericanas (en 1967 habría 9 mil muertos y 60 mil heridos), por el temor popular de que la guerra pudiese generalizarse y por «desmayo ante la cantidad de sufrimiento causado» al pueblo de los dos Vietnams. «Va haciéndose más generalizada y profunda la sensación de que el *establishment* se ha vuelto loco… que estamos llevando las cosas hasta el punto del absurdo… La mayoría de los norteamericanos no sabe por qué estamos donde estamos; todos desean que termine la guerra y esperan que el presidente le ponga fin. Con triunfo o sin él[913]».

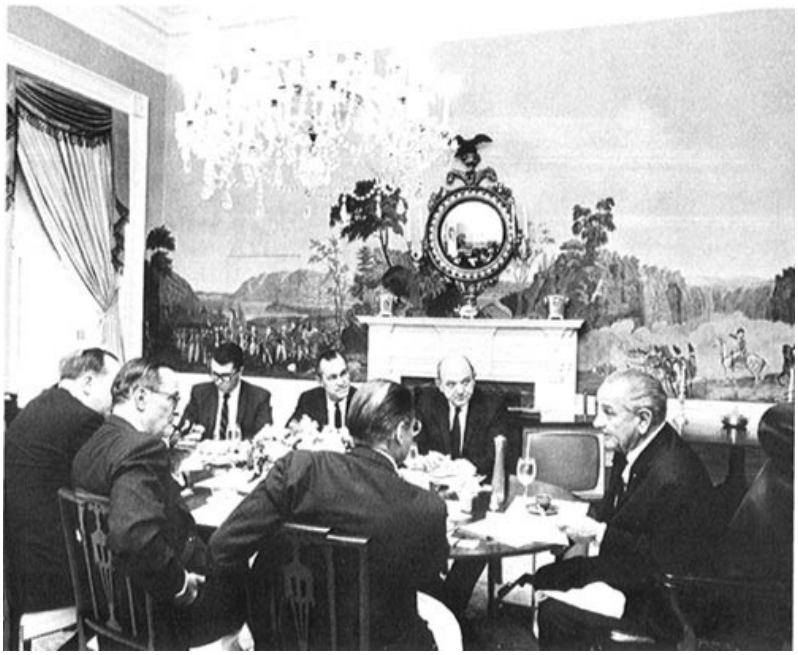
Si decir «sin él» significaba o «el presidente se va», esta alternativa no era inimaginable. Gradualmente iba haciéndose claro para Johnson que no había manera de que la participación en Vietnam terminase para ventaja suya. El triunfo militar no podía poner fin a la guerra en los 18 meses que le quedaban de su periodo y, ante una elección, no podía retirar las fuerzas y «perder» Vietnam. Habría que hacer frente a las reservas, a las víctimas, a la protesta pública. Estaba atrapado y, en opinión de Moyers, «Lo sabía. Sentía que la guerra lo destruiría políticamente, arruinando su presidencia. Era un hombre acabado[914]».

Manifestación contra la guerra en el Pentágono, 21 de octubre de 1967. La policía militar es reforzada por tropas del ejército para impedir que los manifestantes asalten el edificio.

Johnson también se hallaba bajo presión de la derecha y del creciente resentimiento de los militares y sus portavoces por los frenos que los contenían. El Comité de los Servicios Armados dio un foro público al resentimiento en agosto de 1967, en unas audiencias de subcomité presididas por el senador John Stennis. Desde antes de tomar testimonios, Stennis declaró su opinión de que sería un «error fatal» suspender o restringir los bombardeos[915].

El almirante Ulysses Grant Sharp, comandante de la fuerza aérea en el CINCPAC, llevó las cosas más lejos en una apasionada defensa del poder aéreo. Proclamó unos espléndidos antecedentes de los B-52 de daños infligidos a cuarteles, depósitos de municiones, plantas de energía, patios ferroviarios, plantas de acero, hierro y cemento, aeropuertos, bases navales, puentes y, en general, una «generalizada alteración de la actividad económica» y los transportes, cosechas destruidas y crecientes escaseces de alimentos. Sin los bombardeos, dijo, el norte habría podido duplicar sus fuerzas en el sur, requiriendo que los Estados Unidos llevaran hasta 800 mil soldados más, con un costo de 75 mil millones para que las cosas estuvieran simplemente igual. Condenó toda sugerencia de una pausa en los bombardeos, por motivo de que permitían al enemigo reparar sus líneas de abastecimiento, reabastecer sus fuerzas en el sur y formar sus formidables defensas antiaéreas. Era conocido el desprecio que Sharp sentía hacia la selección de blancos, por los civiles, como lenta y demasiado alejada. Si las autoridades civiles, afirmó en una reconocible referencia al sistema de almuerzos de los martes, atendieran el consejo de los militares, levantarían todo freno a los «blancos lucrativos» en las vitales áreas de Hanoi y de Haifong, eliminarían los largos plazos antes de aprobar los blancos, y el bombardeo sería mucho más eficaz. Su cese sería «un desastre» que prolongaría indefinidamente la

guerra[916].



Almuerzo en la Casa Blanca, octubre de 1967. En el sentido de las agujas del reloj desde la izquierda del Presidente Johnson, son el Secretario de Defensa McNamara, el general Wheeler, el Secretario de Prensa George Christian, Walt Rostow, el director de la CIA, Richard M. Helms, y el Secretario de Estado, Dean Rusk.

El testimonio del secretario McNamara puso todo esto en duda. En una presentación impresionante, citó pruebas para mostrar que el programa de bombardeos no había reducido considerablemente el flujo de hombres y abastecimientos, y refutó el consejo militar de levantar todo freno y permitir una más vasta gama de blancos. «No tenemos razones para creer que quebrantaría la voluntad del pueblo norvietnamita o el propósito de sus líderes… o daría alguna confianza de que a fuerza de bombas podemos llevarlos a la mesa de negociaciones». De este modo todo el propósito de la estrategia norteamericana fue reconocido como inútil por el secretario de la Defensa. Al revelar la ruptura entre civiles y militares, este testimonio creó una sensación.

El informe del senador Stennis sobre las audiencias fue un ataque en toda forma contra la intervención de los civiles. Dijo que supeditar el juicio de los militares al de los civiles había «maniatado el verdadero potencial de la fuerza aérea». Lo que ahora se necesitaba era una difícil decisión de «correr los riesgos que hay que correr y aplicar la fuerza que se necesite para realizar la tarea».

Johnson estaba resuelto a no correr ninguno de tales riesgos, que tanto le preocupaban que hasta ofreció disculpas al Kremlin por un ataque accidental contra un barco mercante soviético que se hallaba en un puerto de Vietnam del Norte. Tampoco podía poner un alto a los bombardeos como medio de paz porque sus asesores militares le aseguraban que tal era el único modo de poner al norte de rodillas. Se sintió obligado a convocar a una conferencia de prensa después de las audiencias de Stennis, para negar que hubiese grietas en su gobierno y para declarar

su apoyo al programa de bombardeos aunque sin renunciar a su autoridad sobre la selección de blancos. Como deferencia a los militares, el general Wheeler, presidente de los Jefes Conjuntos, fue invitado en adelante como miembro regular de los almuerzos de los martes y, pasando por encima de McNamara, la gama de los blancos fue avanzando gradualmente hacia el norte, específicamente hacia Haifong.

Con el testimonio de McNamara, el gobierno de Johnson se había agrietado. Hasta entonces el más decidido de sus apoyos, el más endurecido del equipo del lado de Kennedy, el principal administrador de la guerra, había perdido fe en ella y desde entonces McNamara perdió su influencia ante el presidente. Cuando en una reunión de gabinete dijo que los bombardeos, además de no prevenir la infiltración, estaban «destruyendo los campos en el sur y haciendo duraderos enemigos», sus colegas lo miraron en un silencio incómodo[917]. El público antibélico aguardaba, anhelando su reprobación de la guerra, pero ésta nunca vino. Leal al juego del gobierno, McNamara, como Bethmann-Hollweg en la Alemania de 1917, continuó en el Pentágono presidiendo una estrategia que consideraba inútil y errónea. Hacer otra cosa, habrían dicho todos, sería mostrar inseguridad, dando confianza al enemigo. Sigue en pie la pregunta sobre dónde está el deber: ¿para con la lealtad o para con la verdad? Adoptando una posición intermedia, McNamara no duró mucho tiempo. Tres meses después de las audiencias Stennis, Johnson, sin consultar a la persona en cuestión, anunció el nombramiento de McNamara como presidente del Banco Mundial. Al partir, el secretario de la Defensa se mostró discreto y correcto.

Para entonces, la guerra del gobierno se encontraba en el frente interior a la defensiva. Para fortalecer su posición política y restaurar la confianza pública en él, Johnson pidió al general Westmoreland, al embajador Ellsworth Bunker, sucesor de Lodge, y a otros personajes importantes hacer predicciones optimistas y declarar su firme fe en la misión «de prevalecer sobre la agresión comunista». Las pruebas que llegaban, que no se hicieron públicas, eran menos alentadoras. Cálculos de la CIA concluían que Hanoi no aceptaría ningún nivel de acción aérea o naval como «tan intolerable que hubiese de suspender la guerra[918]». Un estudio de los bombardeos, hecho por la CIA, implacablemente calculado por cantidad de dólares, sacó a luz el hecho de que cada dólar de daños infligidos a Vietnam del Norte costaba a los Estados Unidos 9.60 dólares[919]. Análisis de sistemas del Departamento de la Defensa descubrieron que el enemigo podía construir otras rutas de abastecimiento «con más rapidez de lo que nosotros podemos bloquearías», y estimaba que más tropas norteamericanas causarían más mal que bien, especialmente a la economía del Vietnam del Sur[920]. El Instituto de Análisis de Defensa, en una renovación del estudio «Jasón», no pudo encontrar nuevas pruebas que modificaran sus conclusiones anteriores y, contra las afirmaciones de la fuerza aérea, francamente declaró: «No podemos inventar una campaña de bombardeos en el norte que reduzca el flujo de personal infiltrado[921]».

Cuando las pruebas objetivas van contra las creencias más caras, lo que ocurre,

según los teóricos de la «disonancia cognoscitiva», no es un rechazo de las creencias sino un anquilosamiento, acompañado por intentos de racionalizar las pruebas en contra. El resultado es una «rigidez cognoscitiva». En lenguaje común, los nudos de la locura se hacen más apretados. Así ocurrió con los bombardeos. Cuanto más punitivos y más cercanos de Hanoi, más frustraban el deseo del gobierno de salir de la guerra por medio de negociaciones. A finales de 1967, el Departamento de la Defensa anunciaría que el tonelaje total de bombas dejadas caer sobre el norte y el sur era de más de un millón y medio[922], sobrepasando en 75 mil toneladas al total lanzado sobre Europa por la fuerza aérea del ejército en la Segunda Guerra Mundial. Poco más de la mitad había caído sobre Vietnam del Norte, sobrepasando al total dejado caer sobre el teatro del Pacífico.

Se había llegado a un límite. En julio, Johnson había colocado un tope a la intensificación a las fuerzas de tierra en 525 mil, precisamente por encima de la cifra que el general Leclerc, 21 años antes, había declarado que se requeriría, «y aun entonces tal vez no se pudiera hacer». Al mismo tiempo, los Estados Unidos habían llegado a una nueva apertura, con una ligera relajación en la insistencia de la reciprocidad. Dos franceses, Raymond Aubrac y Herbert Marcovich, viejo amigo de Ho Chi Minh el primero, y deseosos ambos de ayudar a poner alto a la guerra, en conversaciones con Henry Kissinger en una conferencia Pugwash, habían ofrecido actuar como enviados a Hanoi. Después de consultar al Departamento de Estado, transmitieron el mensaje de que los Estados Unidos pondrían un alto a los bombardeos si Hanoi daba garantías de que esto conduciría a unas negociaciones y a la «suposición» de que el norte, a la recíproca, reduciría la infiltración[923]. La respuesta pareció implicar que podían iniciarse las conversaciones sobre esta base, pero toda discusión fue agriamente interrumpida por Hanoi cuando el almirante Sharp lanzó una gran campaña de bombardeo para aislar a Hanoi y Haifong entre sí y de sus rutas de abastecimiento. Durante el almuerzo del martes, aquella vez seguramente algunos dormitaron ante la selección de blancos de tal día… a menos que el descuido fuese deliberado.

Un mes después, mientras aumentaba el clamor de la disidencia y las pruebas de que se estaba formando un desafío político a Johnson dentro de su propio partido, el presidente hizo un gran esfuerzo personal. En un discurso pronunciado en San Antonio el 29 de septiembre, públicamente repitió la fórmula de la misión de Aubrac-Marcovich, diciendo que «nosotros y nuestros aliados sudvietnamitas estamos perfectamente dispuestos a negociar esta noche… Los Estados Unidos están dispuestos a suspender todos los… bombardeos de Vietnam del Norte cuando esto conduzca prontamente a unas discusiones productivas». Los Estados Unidos «desde luego supondrían» que mientras las conversaciones estaban en progreso Vietnam del Norte no se aprovecharía del cese de los bombardeos. Hanoi rechazó categóricamente la apertura, como una «paz falsa» y un «simple engaño». Su contacto, Wilfred Burchett, periodista australiano procomunista residente en Hanoi, habló de «un

profundo escepticismo» hacia los enviados públicos o privados de Washington. «No conozco ningún jefe que crea que el presidente Johnson es sincero al decir que realmente desea poner fin a la guerra en condiciones que dejarán a los vietnamitas libres de arreglar sus propios asuntos[924]».

Ahora, Hanoi cayó víctima de la locura de las oportunidades perdidas. Aceptando la oferta pública de Johnson, los norvietnamitas habrían podido obligarlo a cumplirla y poner a prueba los resultados. Si hubiesen podido llegar a un acuerdo de paz, muchos dolores habrían ahorrado a su país. Pero el bombardeo les había causado una paranoia, y habiendo percibido en la posición de su enemigo un deseo de ceder, se mostraron resueltos a superarlo en paciencia hasta poder negociar desde una posición de fuerza.

Al cabo de pocos días ocurrió en los Estados Unidos el hecho que cambió el movimiento antibélico de una disidencia a un desafío político. Surgió un candidato presidencial para oponerse a Johnson dentro de su propio partido. Sin un desafío político, los organizadores del movimiento antibélico sabían que su movimiento poco podría avanzar, y habían estado activos buscándolo. Robert Kennedy, aunque impelido por su círculo, no quiso postularse. El 7 de octubre, el senador de Minnesota Eugene McCarthy, en la larga línea de independientes políticos que ha producido tal región, vino a llenar el vacío con el anuncio de su candidatura. El entusiasmo del grupo antibélico lo envolvió. Radicales, moderados, todos los que, cualquiera que fuese su idea política, deseaban librarse de la guerra, se reunieron en torno suyo. Los estudiantes salieron de las universidades para trabajar por su campaña. Hasta la primera elección preliminar, Johnson y los viejos profesionales, desdeñando a los seguidores de McCarthy como un grupo de simples aficionados, no tomaron en serio el desafío. En realidad, aquél fue el principio del fin. Un mes después, el *Saturday Evening Post*, órgano del norteamericano medio, presentó el resumen de la intervención norteamericana con un escueto editorial que decía: «La guerra de Vietnam es el terror[925] de Johnson, y por el poder de su cargo la ha convertido en un error nacional[926]».

Cuando la ofensiva del Tet del enemigo explotó en Vietnam a finales de enero de 1968, el giro de la opinión norteamericana contra la guerra y contra el presidente pronto cobró fuerza. En contraste con la anterior guerra del Viet-Cong contra las aldeas de los campos, éste fue un masivo asalto coordinado contra más de cien pueblos y ciudades de Vietnam del Sur a la vez, donde los insurgentes, en su mayor parte, antes no habían sido visibles. Ahora, en la ferocidad del ataque, que logró penetrar en terrenos de la embajada norteamericana en Saigón, los norteamericanos, por televisión, vieron las luchas en las calles, los disparos y la muerte en los precintos norteamericanos, y tuvieron una terrible impresión. Hué, la antigua capital, estuvo varias semanas en manos del Viet-Cong, y miles de sus habitantes fueron muertos antes de que la ciudad fuese recuperada. La lucha duró un mes, con muchas ciudades peligrosamente sitiadas, y no se vio con claridad de qué lado se inclinaría la victoria.

Pero que un enemigo al que se suponía ya tambaleante pudiese movilizar tal poder ofensivo acabó con todas las declaraciones de confianza, con la credibilidad de Westmoreland y asombró tanto al público norteamericano como al gobierno.

La intención de la ofensiva tal vez fuese provocar un levantamiento o apoderarse de un baluarte o demostrar un grado impresionante de fuerza, como preliminar a las negociaciones. Aunque no hizo vacilar al sur y costó al Viet-Cong y a los vietnamitas del norte grandes bajas, estimadas entre 30 mil y 45 mil, sí logró anonadar a sus enemigos. En los Estados Unidos reinó una sensación de desastre, agudizada por la afirmación más frecuentemente citada de toda la guerra: «Se ha vuelto necesario destruir la ciudad para salvarla[927]». El comandante norteamericano quiso decir que era necesario arrasar la ciudad para vencer al Viet-Cong, pero su frase pareció simbolizar el uso del poderío norteamericano: destruir el objeto que se quería proteger, para salvarlo del comunismo. Al acercarse la lucha a su fin, la serena voz del *Wall Street Journal* declaró: «Creemos que el pueblo norteamericano debe empezar a prepararse a aceptar (si no lo ha hecho ya) la perspectiva de que todo el esfuerzo en Vietnam puede estar condenado[928]».

Al punto, Westmoreland pidió un puente aéreo de emergencia de 10 500 soldados, seguido por una petición, en que el general Wheeler y los Jefes Conjuntos convinieron, de fuerzas adicionales hasta de 206 mil hombres, muy por encima del tope que Johnson había fijado en julio. En aquel punto, en Vietnam las fuerzas norteamericanas eran de poco menos de 500 mil hombres. Una intensificación de tal magnitud, que ciertamente provocaría un escándalo en el interior, colocó ante el ejecutivo el momento en que tuvo que hacer una elección entre un combate intensificado y una solución no militar. A punto de comenzar una campaña electoral, la aceptación del pedido de Westmoreland resultaba tentadora, y, sin embargo, mentalmente bloqueado en que debía prevalecer la fuerza superior, Johnson no estaba dispuesto a negociar ni retirar las tropas en cualesquier condiciones que pudiesen interpretarse como una «derrota».

Nombró entonces una comisión, presidida por Clark Clifford, designado secretario de la Defensa, para examinar los costos y efectos de movilizar otros 200 mil hombres[929]. Cuando se les preguntó si esta adición podía establecer la diferencia entre la victoria y el estancamiento, los Jefes Conjuntos no pudieron ofrecer ninguna garantía. Aunque la comisión se esforzara por mantenerse dentro de los límites de su asignación, no dejaban de surgir «cuestiones fundamentales»: en el interior, el llamado de reservas, la extensión de la conscripción, un periodo de servicio más largo tal vez repetido, nuevos miles de millones en costos, mayores impuestos, control de precios y salarios. En el frente militar, el hecho inevitable de que 90 mil vietnamitas del norte se habían infiltrado en 1967, que la tasa actual era de tres o cuatro veces la del año anterior, que el enemigo podía intensificar las cosas cada vez más que el ejército norteamericano, que los bombardeos evidentemente no podían contenerlo, y que ningún nivel de desgaste de sus fuerzas había resultado «inaceptable». En los

feroces asaltos —a veces suicida— de la ofensiva del Tet, el enemigo no había vacilado en gastar vidas pródigamente, en algunos casos, a una tasa de bajas de 50 por ciento. ¿Qué tasa de desgastes se consideraría «inaceptable»?

Entre los Jefes Conjuntos y el círculo interior de asesores del presidente, de cuya comisión eran miembros Rusk, Rostow, los generales Wheeler y Taylor, al parecer no se sacó de todo esto ninguna inferencia. Estaban como congelados en la actividad de los últimos tres años, resueltos a seguir comba tiendo y a dar a Westmoreland todo lo que pidiera. Eran «como hombres en un sueño», en palabras de George Kennan, incapaces de «toda evaluación realista de los efectos de sus propias acciones[930]». Clifford y otros se mostraban vacilantes, arguyendo en favor de limitar el esfuerzo de guerra mientras se negociaba un acuerdo. La retirada no era una opción, porque después de tres años de guerra y destrucción devastadoras probablemente la venganza del norte sería cruel y los Estados Unidos no podían retirarse dejando al pueblo de Vietnam del Sur a que fuese sacrificado por sus enemigos. Sin lograr un verdadero consenso, la comisión recomendó el 4 de marzo un incremento de 13 500 hombres para satisfacer la demanda inmediata mientras el resto de su informe, según uno de sus miembros, «fue un esfuerzo por llamar la atención del presidente, para que enfocara las cuestiones principales».

Clifford, escogido por Johnson para restaurar el apoyo perdido con McNamara, irónicamente pareció contagiarse de la desilusión de éste en cuanto ocupó su lugar. El verano anterior, estando de gira por las naciones de la SEATO para pedir una mayor contribución de sus propias fuerzas, ya lo había escandalizado la negligente actitud de éstas hacia su misión. Los llamados aliados, que eran las supuestas piezas de «dominó» no participaban seriamente. Tailandia, contigua a la amenaza, tenía un contingente de 2500 hombres en Vietnam, de una población de 30 millones. Clifford había encontrado estima y aliento amistoso por el esfuerzo norteamericano, pero no disposición a aumentar fuerzas ni seria preocupación[931]. El panorama desde el interior del sudeste de Asia planteaba una grave pregunta acerca de qué estaban defendiendo los Estados Unidos.

Al entrar en el Pentágono, Clifford no encontró ningún plan para una victoria militar sino, antes bien, una serie de limitaciones —no se invadiría el norte, no se perseguiría al adversario dentro de Laos y Camboya, no minaría el puerto de Haifong— que hacían imposible obtener la victoria. Entre su ayudante y sus subsecretarios civiles, sólo vio desencanto, que iba desde el memorando de Townsend Hoppes acerca de la «Imposibilidad de una Victoria Militar» hasta la oferta de renunciar de Paul Nitze antes que tratar de defender la política de guerra del gobierno ante el Senado[932]. Encontró un informe de los Análisis de Sistemas en que se decía que, «pese a un influjo masivo de 500 mil soldados norteamericanos, 1.5 millones de toneladas de bombas anuales, 400 mil ataques al año, 200 mil enemigos muertos en acción en tres años, 20 mil norteamericanos muertos en acción, nuestro dominio de los campos y de las zonas urbanas está hoy, esencialmente al mismo nivel de antes de

agosto de 1965[933]».

Además, Clifford encontró sombrías estimaciones del efecto sobre la opinión pública de cada renovada intensificación, y pronósticos de aumento del presupuesto, de 2500 millones de dólares en 1968 y 10 mil millones en 1969. Vio que la inversión nacional en Vietnam estaba desangrando fuerzas que antes se encontraban disponibles en Europa y el Medio Oriente, y la probabilidad de que cuanto más se norteamericanizara la guerra menos habría Vietnam del Sur por sí mismo. Llegó a convencerse de que «el curso militar que estábamos siguiendo no sólo era interminable sino desesperado[934]». La guerra había conducido a un callejón sin salida. Clifford, que no era hombre capaz de invertir sus grandes talentos y su buena reputación en una causa perdida, se propuso que el presidente abandonara su actitud rígida. Contra los «hombres en un sueño» del grupo interno, era uno contra ocho, pero él tenía de su lado la realidad.

Las fuerzas políticas ayudaban. El sentimiento antibélico había crecido contra los demócratas, porque Johnson era de este partido. La guerra se había convertido en tal maldición, dijo el senador Millard Tydings, de Maryland, al escritor de discursos de Johnson, que «Todo republicano razonablemente bueno podría vapulearme si la elección se celebrara hoy[935]». Los consejeros de Tydings le dijeron que sólo podría salvarse atacando al presidente y, aunque no estuvo dispuesto a hacerlo, tendría que «hablar contra la guerra. Está arrastrando al país y a los demócratas con ella». Nombró otros varios senadores que informaron de la misma situación en sus estados. Todo quedó confirmado por el Comité Demócrata del Estado de California, que envió al presidente un telegrama firmado por 300 de sus miembros, diciendo que, a su juicio, «La única acción que puede evitar grandes pérdidas del Partido Demócrata en este estado en 1968 será un inmediato esfuerzo total por alcanzar una solución no militar a la guerra de Vietnam[936]». Las encuestas efectuadas entonces demostraron que el presidente, en popularidad, estaba detrás de cualquiera de seis potenciales adversarios republicanos para la siguiente elección.

Una señal aún más clara fue la transmisión de Walter Cronkite del 27 de febrero, a su regreso de la «tierra quemada, bombardeada y exhausta» aún humeante después de la ofensiva del Tet. Describió a los nuevos refugiados —calculados en 470 mil— viviendo en «increíble miseria» en refugios y barracas, a quienes había que sumar a los 800 mil ya oficialmente catalogados como refugiados. En el frente político, dijo, «La pasada actuación no ofrece confianza de que el gobierno vietnamita pueda enfrentarse a sus problemas». Dijo que la ofensiva del Tet requería la percatación, «que debimos tener todo el tiempo», de que las negociaciones tenían que ser precisamente eso, «no la imposición de condiciones de paz. Pues ahora parece más cierto que nunca que la sangrienta experiencia de Vietnam terminará en un estancamiento». La única «manera racional de salirse» consistía en negociar, pero «no», volvió a advertir, «como vencedores[937]».

El «Tío» de la nación había pronunciado su juicio y las «ondas de choque», dijo

George Christian, secretario de Prensa del presidente, «recorrieron todo el gobierno», hasta lo más alto[938]. «Si he perdido a Walter», comentó el presidente, «he perdido toda la clase media de los Estados Unidos».

Una semana después, el senador Fulbright anunció que la reinvestigación de la Resolución del Golfo de Tonkín, hecha por el Senado, demostraba que se había obtenido mediante «falsa representación» y por tanto era «nula y vana». Llegaron a la prensa —provocando el escándalo esperado— noticias de que el presidente estaba solicitando la petición de Westmoreland, de 200 mil hombres más, y que había convenido con los Jefes Conjuntos en llamar a 50 mil reservas para tener apoyo estratégico. Insatisfecho con la guerra, el público, si fue bien reflejado por los comentarios de la prensa, estaba más dispuesto que el gobierno a dejar ir el sudeste de Asia, y más dispuesto a reconocer, según el *Time*, «que la victoria en Vietnam —o hasta un acuerdo favorable— simplemente puede estar más allá del alcance de la mayor potencia del mundo[939]». Este pensamiento marcó todo un rito de paso en la era de Vietnam.

Recuperándose, no demasiado enérgicamente, de su pasividad, el Comité de Relaciones Exteriores del Senado inició unas audiencias en que Fulbright, en su discurso inaugural, declaró que el país estaba atestiguando una «rebelión espiritual» entre sus jóvenes contra «lo que consideran como una traición de un valor tradicional de los Estados Unidos[940]». Con el apoyo de otros senadores, Fulbright cuestionó la autoridad del presidente para «extender la guerra sin el consentimiento del Congreso[941]». Miembros del Comité informaron a Clifford y al general Wheeler, en privado, de que «simplemente no podemos apoyar un gran aumento al número de tropas en Vietnam… Y si nosotros no lo apoyamos, ¿quién?»[942]. Llamado a atestiguar en las audiencias, Rusk sostuvo que los objetivos no habían cambiado desde Dulles, pero reconoció que el gobierno estaba reexaminando la política hacia Vietnam «de la A a la Z» y considerando alternativas.

Al día siguiente, en la elección preliminar de New Hampshire, el senador McCarthy obtuvo un asombroso 42 por ciento del voto, y siguieron cosas peores. Robert Kennedy, reconociendo algo bueno después de que alguien había sondeado las aguas, se declaró candidato. El enemigo (a ojos de Johnson) estaba en la arena, ahí, dada el aura de la popularidad de los Kennedy, resultaba una amenaza más realista que el senador McCarthy. Con ambos recorriendo el país como candidatos de la paz, Johnson era ahora un Goldwater, sin sus agudas convicciones. Se enfrentó a una campaña electoral que dividiría al Partido Demócrata, y en que él, presidente en funciones, se encontraría permanentemente a la defensiva tratando de justificar una política de guerra carente de todo el brillo del triunfo. Mientras que nada lo había hecho reflexionar —ni «Jasón», ni la defección de McNamara, ni la falta de resultados de la estrategia de desgaste, ni el Tet—, cuando todo sólo había servido

para aumentar la «rigidez cognoscitiva», en cambio la perspectiva política logró penetrar.

Aquello no quebrantó su resolución acerca de la guerra, demasiado rígida ya para poder alterarla, pero sí planteó la humillante perspectiva de la derrota en el interior. Al tiempo del anuncio de Kennedy, Dean Acheson —a quien Johnson, después del Tet había pedido en privado una revisión del esfuerzo de guerra— sacó su propia conclusión. Tras rechazar los «informes enlatados» y consultar fuentes elegidas por él en el Departamento de Estado, la CIA y los Jefes Conjuntos, dijo a Johnson que los militares perseguían una meta inalcanzable, que no podrían los Estados Unidos ganar sin un compromiso ilimitado de sus fuerzas —como el Grupo de Trabajo lo había dicho en 1964—, que los discursos de Johnson estaban tan fuera de contacto con la realidad que ya no le creía el público, y que el país en general ya no apoyaba la guerra[943].

Ésta era la opinión de alguien a quien Johnson no podía ni desafiar ni pasar por alto y al que, en realidad, respetaba; sin embargo, no estaba dispuesto a tolerar que le dijeran que estaba equivocado. La misma semana, pronunció un belicoso discurso ante la Unión Nacional de Granjeros en que, dando puñetazos sobre el atril y señalando al público con el dedo, exigió un «esfuerzo nacional total» para ganar la guerra y la paz. Dijo que no cambiaría su política en Vietnam por causa de los triunfos militares comunistas, y denunció a los críticos que querían que «metiéramos la cola entre las piernas y violáramos nuestros compromisos[944]». Tal fue un último eco violento del voto original de no ser el primer presidente en perder una guerra, y no fue muy admirado. James Rowe, viejo amigo y asesor del presidente, le dijo que después del discurso se habían recibido llamadas telefónicas de personas «enfurecidas» por el hecho de que el presidente impugnara su patriotismo, e inconmovibles por su oratoria de «ganemos la guerra». El escueto sumario de Rowe fue: «El hecho es que hoy casi nadie está interesado en ganar la guerra. Todo el mundo desea terminarla, y la única pregunta es cómo[945]». Tres días después, Johnson súbitamente anunció que retiraba a Westmoreland y convocaba al segundo al mando, el general Creighton Abrams, para unas consultas con los Jefes Conjuntos. En el curso de las consultas, se tomó una decisión contra enviar los 200 mil hombres adicionales, pero sin ningún definitivo cambio de política. El precio de los Jefes Conjuntos fue el acuerdo de Johnson de llamar 60 mil hombres para la reserva estratégica.

Para convencer al presidente de una vez por todas de que en Vietnam había un callejón sin salida, Creighton propuso una conferencia de viejos estadistas que habían ocupado puestos importantes, para rendir un veredicto. Los «Hombres Sabios», como después se les llamó, incluían a tres destacadas figuras militares, los generales Ridgway, Omar Bradley y Maxwell Taylor; el exsecretario de Estado Acheson; el exsecretario del Tesoro Douglas Dillon; el exembajador Lodge; John McCloy, exalto comisionado para Alemania; Arthur Dean, negociador del armisticio de Corea;

Robert Murphy, veterano diplomático; George Ball; Cyrus Vance; Arthur Goldberg, y su sucesor en la Suprema Corte, el juez Abe Fortas, amigo íntimo de Johnson. Éstos eran hombres de los centros del poder de la ley, las finanzas y el gobierno, no disidentes ni *peaceníks* ni radicales de largos cabellos, sino personas dedicadas a mantener los intereses creados del sistema que tenían conexiones en el mundo exterior más vastas de las que podía ver el aislado ocupante de la Casa Blanca.

En sus discusiones se prestó seria atención al creciente daño económico causado a los Estados Unidos y a los cada vez más enconados sentimientos del público. Aunque algunos siguieron apoyando los bombardeos, no así la mayoría, la cual convino en que la insistencia en la victoria militar había atrapado a los Estados Unidos en una posición que sólo podía empeorar y que no era compatible con el interés nacional. Ridgway arguyó que si era válida la suposición de que podía crearse una jefatura entre los vietnamitas, tal desarrollo podría lograrse, con apoyo norteamericano, en un periodo de dos años, y que podía informarse a Saigón de este límite, después de lo cual «iniciaremos una retirada gradual de nuestras fuerzas». Aunque no un sólido consenso, el argumento transmitido al presidente fue que era inevitable un cambio de política; el consejo no pronunciado señalaba negociación y retiro[946]. Un discurso del presidente, transmitido por televisión a todo el país, para explicar el Tet, había sido programado para el 31 de marzo. Reuniéndose con varios de los «hombres en un sueño» —Rusk, Rostow y William Bundy— y con Henry Macpherson, escritor de los discursos del presidente, quien compartía su desilusión, Clifford insistió en que el discurso debía constituir un total rompimiento con la política pasada. Tal como había sido aprobado, sería un «desastre». Lo que los asesores aún no comprendían, les dijo, era que entre las personas influyentes había habido «una enorme erosión del apoyo, tal vez como reacción al Tet, tal vez por una sensación de que nos encontramos en un pantano sin esperanzas. La idea de penetrar más en el pantano les parece demencial». Grupos importantes de la vida nacional, siguió diciendo inexorable, «la comunidad de los negocios, la prensa, las Iglesias, los profesionales, los estudiantes y la mayor parte de la comunidad intelectual se han puesto contra la guerra[947]».

Para consumo público, el discurso fue desviado hacia una seria oferta de una paz negociada y a un alto unilateral de los bombardeos. Pero la intención básica siguió sin modificar. Los militares habían asegurado a Johnson que, como la estación de lluvias obligaría a reducir operaciones, una pausa en los bombardeos no le costaría nada. Más aún: el círculo de la Casa Blanca y los Jefes Conjuntos creían que ninguna oferta de conversaciones de paz impediría que se siguiera buscando la solución por la fuerza de las armas, porque era seguro que Hanoi la rechazaría. Sus ideas aparecieron, sin ambages, en un importante cable enviado a los embajadores norteamericanos de los países de la SEATO, avisándoles, la víspera del programado discurso sobre la nueva apertura. Se dio instrucciones a los embajadores de que cuando informaran a sus gobiernos huéspedes, debían «poner en claro que Hanoi muy probablemente denunciará el proyecto, dejándonos libre mano después de un breve periodo[948]». Sin

duda, Johnson y su círculo no estaban pensando en un cambio en la conducción de la guerra; el problema era la opinión pública interna en el marco de la próxima elección. Con el mismo espíritu con que se dio la alerta a los embajadores, también se avisó a los comandantes del CINCPAC y en Saigón. Entre los factores «tocantes a la decisión del presidente», les informó el general Wheeler, se hallaba el hecho de que el apoyo del público y del Congreso desde el Tet «ha decrecido a un ritmo acelerado», y que si la corriente continuaba «el apoyo público a nuestros objetivos en el sudeste de Asia será demasiado tenue para sostener el esfuerzo». Pero concluyó con la esperanza de que la decisión del presidente de ofrecer un alto a los bombardeos «invertirá la creciente disidencia[949]».

Tal como pronunció Johnson su discurso público, resultó noble, como una mano abierta. «Estamos dispuestos a avanzar inmediatamente hacia la paz por medio de negociaciones. Así esta noche, con la esperanza de que esta acción conduzca a unas prontas conversaciones, estoy dando el primer paso para desintensificar el conflicto… y haciéndolo unilateralmente y al punto». Se había ordenado a aeroplanos y navíos no atacar Vietnam del Norte al norte del paralelo 20, sino tan sólo en la crítica zona militar de la Zona Desmilitarizada, «donde la continua concentración del enemigo amenaza directamente las avanzadas posiciones de los aliados». La zona que quedaría libre de bombardeos contenía noventa por ciento de la población del norte y las principales áreas pobladas o productoras de alimentos. Se podrían reducir totalmente los bombardeos «si nuestra moderación encuentra la correspondiente moderación de Hanoi». Johnson llamó a la Gran Bretaña y a la Unión Soviética, como copresidentes de la Conferencia de Ginebra, para ayudar a llevar la desintensificación unilateral a una «auténtica paz en Asia», y al presidente Ho Chi Minh a «responder positiva y favorablemente». Sin mencionar que se esperaba un rechazo de Hanoi o un retorno al combate de los soldados norteamericanos, consideraba una paz «basada en los Acuerdos de Ginebra de 1954», que permitiera a Vietnam del Sur quedar «libre de todo dominio o intervención exterior, de nosotros o de alguien más». No hizo ninguna referencia a la solicitud de añadir 200 mil hombres; quedaba abierta la posibilidad de una futura escalada.

Tras una conmovedora perorata acerca de división y unidad, Johnson llegó al inesperado anuncio que electrizó a la nación y a una buena parte del mundo: que no permitiría que «la presidencia participe en las divisiones faccionarias que están desarrollándose en este año político», y por consiguiente, «no buscaré ni aceptaré la nominación de mi partido para otro periodo como presidente».

Aquello era una abdicación, no un reconocimiento de un callejón sin salida o abandono del combate, sino un reconocimiento de una realidad política. Johnson era, hasta la médula de los huesos, un animal político. Su impopularidad ahora era patente, arrastrando consigo al Partido Demócrata. Como presidente en funciones, Johnson no estaba dispuesto a tener que luchar —y posiblemente perder— por la renominación; no podría sufrir semejante humillación. La elección preliminar de

Wisconsin, en un estado en que resonaban las protestas estudiantiles, estaba programada para el 2 de abril, dos días después, y agentes en el campo habían telefoneado con sombrías predicciones de que quedaría detrás de Eugene McCarthy y de Robert Kennedy[950]. Y así, con acentos mojigatos acerca de «división entre nosotros esta noche», y de su deber de cerrar heridas, curar nuestra historia, mantener el compromiso norteamericano y otras laudables tareas de restauración, con acentos grandiosos y en buen momento, abandonó la pugna.

Tres días después, el 3 de abril de 1968, Hanoi asombró a sus adversarios anunciando su disposición a establecer contactos con representantes de los Estados Unidos con el objeto de determinar un «cese incondicional» de los bombardeos y todos los demás actos de guerra «de modo que puedan empezar las conversaciones».

La locura de 22 años, desde que barcos transportes norteamericanos llevaron de regreso a los franceses a Indochina; estaba ahora completa… aunque no terminada. Sobrevendrían cinco años más de esfuerzo norteamericano por salir de allí sin perder prestigio. Por lo insuficiente de su causa, su vana perseverancia y por último, por el daño infligido a sí mismo, la beligerancia que el gobierno de Johnson inició y sostuvo fue locura de un tipo insólito, ya que no puede decirse que de ella saliera ningún bien; todos los resultados fueron malignos… salvo uno: el haber despertado la «ira pública». Demasiados norteamericanos habían llegado a sentir que la guerra era errónea, fuera de toda proporción con el interés nacional y, por si fuera poco, fracasada. Los populistas gustan de hablar de la «sabiduría del pueblo»; el pueblo norteamericano no era tan sabio, simplemente estaba harto, lo que en ciertos casos es una especie de sabiduría. El retiro del apoyo público resultó en el fin de un Ejecutivo que creyó que podría dirigir una guerra limitada sin que participara la voluntad nacional de una democracia.

6. Mutis: 1969-1973

En la Primera Guerra Mundial hubo que abandonar el empleo de gases de mostaza porque tenían una tendencia errática de soplar de regreso sobre su usuario. La guerra en Vietnam en su periodo final se volvió contra los Estados Unidos, haciendo más profundo el desprecio y la desconfianza del gobierno y, a la inversa, engendrando una hostilidad dentro del propio gobierno, hacia el pueblo, que tendría graves consecuencias. Aunque la lección de Lyndon Johnson fue clara, el legado de la locura se adueñó de su sucesor. No más capaz de hacer que el enemigo pusiese unas condiciones aceptables a los Estados Unidos, el nuevo gobierno, como el viejo, no supo más que recurrir a la coacción militar, con el resultado de que una guerra ya rechazada por una gran parte del pueblo norteamericano se prolongó, con todo su potencial para daño interno, a lo largo de otro periodo presidencial.

El último año de Johnson en la presidencia, pese al alto de los bombardeos y a la disposición de Hanoi a hablar, no había acercado la guerra a su fin. En las reuniones se discutía sobre dónde celebrar las conversaciones, sobre el protocolo, sobre la participación de Vietnam del Sur y el Frente de Liberación Nacional, acerca de los lugares y hasta de la forma de la mesa. Aferrándose a su original demanda de un «cese incondicional» de los bombardeos como requisito para las negociaciones, los norvietnamitas no se dejaban apartar del procedimiento a la sustancia. Los Estados Unidos, aunque manteniendo el cese al bombardeo al norte del paralelo 20, triplicaron sus ataques aéreos contra las rutas de infiltración por debajo de esa línea y mantuvieron a máxima presión las misiones de buscar y destruir, en su esfuerzo por mejorar la posición de Saigón antes de llegar al acuerdo. En estos combates murieron doscientos norteamericanos por semana, y el número total de norteamericanos muertos en acción en 1968 llegó a catorce mil.

En el año hubo violencia y odio en el interior, marcados por los asesinatos de Robert Kennedy y Martin Luther King, Jr., los motines que siguieron a la muerte de King, la anarquía y el vandalismo de los estudiantes radicales, la enconada reacción y barbarie policiaca en la Convención de los demócratas en Chicago. Las agencias de información interiores aumentaron su actividad contra posibles subversivos, abriendo correo privado, empleando agentes provocadores, formando expedientes de ciudadanos que, por medio de asociación con algún sospechoso, podían ser considerados como peligrosos para el Estado.

Para que avanzaran las conversaciones de Vietnam, los delegados norteamericanos, el embajador Harriman y Cyrus Vance, apremiaron al presidente a declarar un total alto a los bombardeos. Johnson se negó si no había una reciprocidad de Hanoi reduciendo la actividad militar, lo que a su vez Hanoi rechazó a menos que antes cesaran los bombardeos. Ante las desesperadas súplicas de su partido al

acercarse las elecciones, Johnson declaró un alto total a los bombardeos del 1.º de noviembre, pero entonces todo progreso fue anulado por el presidente de Vietnam del Sur, Thieu, quien esperando encontrar mayor apoyo de una victoria republicana en los Estados Unidos, se echó hacia atrás, negándose a participar en las conversaciones. Cuando por fin se iniciaron negociaciones en toda forma en enero de 1969, estaba al frente un nuevo equipo, encabezado por el presidente Richard Nixon y su asesor de política exterior, Henry Kissinger.

En palabras que hicieron recordar el compromiso de la campaña electoral de Eisenhower, de «ir a Corea» para poner fin a una guerra impopular, Nixon, en su campaña por la presidencia, aseguró a los votantes: «Pondremos fin a esta guerra y ganaremos la paz». No dijo cómo, justificando la reticencia sobre la base de que no diría nada que pudiese trastornar las negociaciones de Johnson en París y no tomaría «ninguna posición que me ate en algún punto ulterior». Pero, subrayando el tema de «poner fin a la guerra y ganar la paz», logró dar la impresión de que tenía un plan. Pareció adoptar una actitud realista. «Si la guerra sigue durante seis meses después de que yo suba a la presidencia», dijo en privado a un periodista, «será *mi* guerra[951]», y dijo estar determinado a no «terminar como Johnson, encerrado en la Casa Blanca, temeroso de mostrar mi cara en la calle. Voy a poner fin a esta guerra… pronto[952]». Si esta determinación era auténtica, indicaba sentido común, facultad que ha tenido malas épocas en los altos cargos. Una vez instalado Nixon en la presidencia, el prometido proceso de poner alto a la guerra fue puesto de cabeza para, en cambio, prolongarla. Se descubrió que el nuevo presidente estaba tan renuente como su predecesor a aceptar el no alcanzar los objetivos de la guerra y no menos empecinado en la idea de que emplear fuerzas adicionales llevarían al enemigo a pedir condiciones.

«… y voila, sacamos una paloma… una paloma… tendré que pedirle que imagine que es una paloma». (Vamos a oír a la paloma). Caricatura de Oliphant, 7 de marzo de 1969.

Heredando una mala situación que no podía causarles más que dificultades, Nixon y Kissinger (a quien el presidente había escogido para encabezar el Consejo Nacional de Seguridad) habrían hecho bien en considerar su problema como si fuese un letrero fijado en la pared: «No repitas lo que ya ha fallado». Ello les habría sugerido echar una ojeada retrospectiva a Diem Bien Phu; una clara evaluación de las razones y la voluntad del enemigo, y su capacidad de luchar por ellas; y un examen minucioso a las razones del continuo fracaso de todos los esfuerzos de Johnson por negociar. En adelante, la reflexión habría podido llevarlos a la conclusión de que continuar la guerra tan sólo para considerar un régimen autónomo en Vietnam del Sur era a la vez vano y no esencial para la seguridad de Estados Unidos, y que tratar de obtener mediante negociaciones un resultado que el enemigo estaba resuelto a no conceder era simple pérdida de tiempo… a menos que ellos tuviesen determinación de aplicar una fuerza ilimitada. Aun si las negociaciones bajo la presión militar pudiesen producir el resultado deseado, aquello no contendría ninguna garantía, como ya lo había señalado Reischauer en 1967, de que diez o veinte años después, «el régimen político de Vietnam del Sur no sería ni más ni menos lo que hubiese sido si nosotros nunca hubiésemos ido allí[953]».

El curso lógico consistía en reducir las bajas, olvidar toda garantía de un Vietnam del Sur no comunista viable e irse sin negociar con el enemigo, salvo un acuerdo en una sola condición: que devolviera a los prisioneros de guerra norteamericanos a cambio de un tiempo límite para el retiro de las fuerzas de los Estados Unidos. Semejante opción fue presentada como la menos peligrosa en una gama de varias opciones propuestas, a petición del gobierno, por especialistas de la Corporación Rand[954]; fue eliminada de la lista por Kissinger y sus asesores militares antes de presentar las propuestas al presidente, pero no le habría agradado, de haberla visto. El objeto de la guerra, pasando de ser una ficción acerca de la seguridad de los Estados Unidos, ahora se había transformado en una prueba para el prestigio y la reputación de los Estados Unidos y, como tendría que verlo, del presidente en lo personal. Tampoco Nixon tenía deseos de ser el presidente que admitiera una derrota.

Nixon sí tenía un plan, que incluía una radical inversión del curso de Johnson… hasta cierto punto. La intención era disolver la protesta interna poniendo fin a la conscripción y trayendo a la patria fuerzas de combate norteamericanas. Esto no significaba abandonar el objetivo de la guerra. La guerra aérea en Vietnam se intensificaría y, de ser necesario, se extendería más sobre las líneas de abasto del norte y las bases en Camboya. Para compensar el retiro de tropas norteamericanas, un programa de muy aumentada ayuda, armamento, entrenamiento y adoctrinación capacitaría las fuerzas de Vietnam del Sur a hacerse cargo de la guerra, con continuado apoyo aéreo de los Estados Unidos. Este esfuerzo, conocido como «vietnamización», tal vez llegara tarde, ya que siempre se había supuesto que la guerra era de «ellos». La teoría era que un diluvio de material de guerra de alguna manera realizaría lo que no se había podido realizar en los 25 años anteriores: la

creación de una fuerza de combate motivada capaz de conservar un viable Estado no comunista, al menos durante un «intervalo aceptable[955]».

El retiro unilateral de tropas de los Estados Unidos, además de aplacar a los norteamericanos, estaba destinado a demostrar a Saigón «que hablábamos en serio buscando un acuerdo diplomático», alentando así al enemigo a negociar unos términos aceptables. Empero, si los norvietnamitas se mostraban intratables, se elevaría el nivel punitivo de los bombardeos hasta que, convencidos de la imposibilidad de alcanzar la victoria, se verían obligados a abandonar o, simplemente, dejar que la guerra fuera desvaneciéndose. Para ayudar a convencer a Hanoi, la Unión Soviética transmitiría ciertas insinuaciones de que estaba considerándose un bloqueo, las minas y una acción más enérgica contra líneas de abastecimiento y refugios en Camboya y Laos. Como gesto revelador, el primer bombardeo secreto de Camboya se efectuó en marzo de 1969, cuando Nixon sólo llevaba dos meses en el cargo. Un segundo siguió en abril, y los ataques se volvieron regulares y frecuentes en mayo.

En realidad la «vietnamización» equivalía a aumentar y a armar al ejército de Vietnam del Sur. Considerando que armar, preparar y adoctrinar bajo auspicios norteamericanos era algo que se había llevado a cabo durante años sin resultados espectaculares, la expectativa de que esto ahora capacitara a Vietnam del Sur a hacerse cargo de la guerra bien puede calificarse como insensatez. Recordando las condiciones de 1970, un sargento norteamericano que había sido asignado a una unidad de Vietnam del Sur dijo: «Todo el tiempo teníamos cincuenta por ciento de ausentes sin licencia, y la mayoría de los jefes de compañía y de pelotón [del ejército de Vietnam del Sur] faltaban todo el tiempo». Los soldados no tenían ningún interés de luchar bajo oficiales «que se pasaban el tiempo robando y traficando en drogas[956]».

La mayor locura consistió en invertir sólo a medias la conducción de la guerra; es decir, quitándola a los norteamericanos mientras se mantenía la estrategia de creciente presión punitiva desde el aire (o, «refuerzos negativos», como se les llamó). Aparte de su propósito interno, la retirada en el terreno sólo habría tenido sentido si al mismo tiempo se hubiese abandonado el objetivo que presuntamente se había pretendido alcanzar.

La retirada de tropas de combate es un modo insólito de ganar una guerra, o aun de imponer las condiciones para un acuerdo favorable. Una vez empezada, no es fácil de contener y, como la escalada, cobra su propio impulso y, al reducirse las fuerzas, se vuelve irreversible. Los militares norteamericanos, comprensiblemente amargados, consideraron que esto estaba impidiéndoles el triunfo y, como tenían poca confianza en la vietnamización, ello hacía improbable hasta una solución sostenible. Se había vuelto necesaria porque la idea de que se podía hacer la guerra sin provocar la ira del público había resultado una ilusión. Nixon y Kissinger, pese a todos sus fríos cálculos, al parecer fueron víctimas de otro engaño. Diríase que pensaron que la

retirada de fuerzas de combate de tierra norteamericanas podría lograrse sin debilitar la moral, ya vacilante, de Vietnam del Sur, y sin reafirmar la determinación del norte. Por supuesto, hizo las dos cosas.

Una reducción del esfuerzo no indica al enemigo unas intenciones severas y resueltas sino, antes bien, lo contrario, como cuando el general Howe evacuó Filadelfia. Los colonos norteamericanos vieron en esa partida una corriente que iba apartando a los británicos, y supieron que no tenían que aceptar condiciones de la Comisión de Paz de Carlisle. Hanoi recibió un mensaje similar. Cuando Nixon anunció el programa de retiro en junio de 1969 y el primer contingente norteamericano de 25 mil hombres se hizo a la mar, en agosto, los norvietnamitas supieron que la pugna terminaría en su favor. A cualquier costo, sólo tenían que sostenerse. Como si fuese una señal de reconocimiento, Ho Chi Minh, después de medio siglo de luchas, falleció en septiembre.

En los Estados Unidos, el plan de Nixon no reconoció que en la disidencia había activo algo más que la depresión por las víctimas; que muchas personas sentían que había algo injusto en la guerra, una violación de lo que sentían hacia su patria; que aunque las protestas cesarían durante un tiempo, con el retorno de las tropas, la sensación más profunda era un corolario de la guerra misma y se haría más fuerte con la continuada beligerancia.

Seguro en la convicción de que los norteamericanos, como los franceses, perderían la guerra en su propia patria, Hanoi siguió intransigente. Los Estados Unidos, llenos de furia y amargura, se volvieron hacia el «refuerzo negativo». Se hicieron planes para un «ataque salvaje» o un «golpe decisivo» o la «opción de noviembre[957]», como de diversas maneras se le llamó. Se establecería un bloqueo, con minas en puertos, ríos y aguas costeras, se romperían diques y Hanoi sería bombardeado «como una alfombra». «Me niego a creer que una pequeña potencia de cuarta, como Vietnam del Norte, no tenga un punto de ruptura», dijo Henry Kissinger en el curso de la planeación[958]. Tenía razón al pensar que todo tiene un punto de ruptura; la prueba es el grado de fuerza necesaria. Ante las objeciones de los analistas civiles, quienes arguyeron que las propuestas medidas no reducirían considerablemente la capacidad del norte para luchar en el sur, y por temor a despertar lo que Kissinger llamó la «bestia dormida de la protesta pública[959]», se canceló la opción de noviembre.

Prosiguió una frenética vietnamización, duplicando en número el ejército de Vietnam del Sur, que fue atiborrado con armas, barcos, aviones, helicópteros, más de un millón de fusiles M-16, cuarenta mil lanzadores de granadas, dos mil morteros pesados y obuses[960]. Aun con diez mil oficiales, pilotos, mecánicos y analistas del sur enviados al extranjero para entrenarlos en técnicas avanzadas, ya era tarde. Durante el proceso, se logró obtener un baluarte más firme, por un tiempo, en Vietnam del Sur, principalmente porque el Viet-Cong nunca se había recuperado de sus bajas sufridas en la ofensiva del Tet, pero con 150 mil soldados norteamericanos

programados para partir en 1970 y más que los seguirían, aquello parecía una carrera entre la vietnamización y los retiros.

«¡Recuerda que estás bajo órdenes estrictas de no atacar diques, hospitales, escuelas y otros objetivos civiles!». Caricatura de Sanders, 14 de marzo de 1972.

La protesta, lejos de acallarse, siguió viva. Un bien organizado Día de la Moratoria de Vietnam, para exigir la «paz hoy», se caracterizó en octubre de 1969 por manifestaciones por todo el país; más de cien mil personas se reunieron en un parque de Boston para oír al senador Edward Kennedy pedir un retiro de todas las fuerzas de tierra en un plazo de un año y de todas las unidades de apoyo y del aire, en tres años, para finales de 1972. Un letrero llevado por un manifestante en San Francisco decía: «Pierdan la guerra en Vietnam, traigan a los muchachos a casa[961]». En una planeada réplica a la moratoria, el presidente apeló, en un discurso transmitido a toda la nación, a la «mayoría silenciosa» que según afirmó lo apoyaba, prometiendo completar los retiros de acuerdo con un calendario, no especificado, y poner «fin a la guerra de tal manera que podamos ganar la paz».

(Años en Vietnam). «Está tratando de salvar la cara». Caricatura de Auth, 1972.

Si había una mayoría del silencio, esto era básicamente por indiferencia, mientras que la protesta era activa y vociferante y, por desgracia, un enfoque para la gente a la que Nixon, en una respuesta desprevenida aunque justificada a las bombas en las universidades, llamó «vagabundos[962]». Un segundo Día de la Moratoria de Vietnam, en noviembre, movilizó a 250 mil manifestantes en Washington. Contemplando desde un balcón, el procurador general John Mitchell, exsocio de Nixon en un bufete, pensó que aquello «parecía la Revolución rusa[963]». En ese comentario, el movimiento antibélico tomó su lugar, a ojos del gobierno, no como la disidencia de ciudadanos, con todos sus derechos, contra una política que grandes números deseaban que su país abandonara, sino como la malicia y la amenaza de la subversión. Fue esta opinión la que produjo la «lista de enemigos».

Como la disidencia fue expresada por la prensa y compartida por destacadas figuras del *establishment*, Nixon creyó que era una conspiración contra su existencia política, entre los «liberales» que él creyó que «habían tratado de destruirlo desde el caso de Alger Hiss[964]». Kissinger, preocupado, a menudo furioso, como lo dice en sus memorias, consideró la protesta como una intervención en los asuntos extranjeros, un daño necesario a la democracia que había que soportar, pero que no había que permitir que influyera sobre un serio estadista. No le reveló nada, aun cuando fuera expresado por una delegación de sus colegas de la facultad de Harvard. No dijo nada al presidente que él pensaba que valía la pena escuchar acerca de los votantes en cuyo nombre él actuaba. Ninguno de los dos oyó nada válido en la disidencia. Como el clamor por la reforma que llegó a los oídos de los papas renacentistas, no les transmitió la noticia de una necesidad urgente, en interés de los propios gobernantes, que requiriera una respuesta positiva.

Las negociaciones, fuesen en reuniones secretas entre Kissinger y Le Duc Tho,

emisario de Hanoi, o en las conversaciones entre cuatro bandos celebradas en Paris, no podían hacer progresos porque cada bando insistía en unas condiciones inaceptables para el otro. Vietnam del Norte exigió la caída del gobierno de Thieu-Ky y su remplazo con una «coalición» nominal, que incluiría al Frente de Liberación Nacional. Como esto equivaldría a abandonar cliente, fue rechazado desde luego por los Estados Unidos que a su vez exigieron la retirada de todas las fuerzas del norte de la zona del sur. Como violación de su derecho de estar en cualquier parte de lo que nunca habían dejado de considerar como un solo país, esto fue absolutamente rechazado por los norvietnamitas. Aunque su concepto fuese el mismo de la insistencia de Abraham. Lincoln en la inmutabilidad de la unión, los norteamericanos no le dieron crédito, o bien creyeron que había que quebrantar por la fuerza la resistencia de Hanoi.

«Poner fin a la guerra de un modo que podamos ganar la paz[965]» es decir, manteniendo un Vietnam del Sur no comunista, era la cadena y los grilletes de las negociaciones norteamericanas Esto fue equiparado con la credibilidad, llamada ahora «paz con honor», como interminablemente lo repetían Nixon y Kissinger. La «paz con honor» se había convertido en una «terrible carga» de los Estados Unidos en Vietnam. «Mostrad que aquello por lo que lucháis es la razón», había dicho Burke «mostrad que es sentido común mostrad que es el medio de alcanzar algún fin útil y yo convendré en atribuirle toda la dignidad que queráis[966]». En cambio por lo que estaban luchando los Estados Unidos era por una «empresa desesperada» como dijo a Henry Kissinger Jean Sainteny, por su larga experiencia en Vietnam[967]. Si Kissinger hubiese leído más a Burke que a Talleyrand distinto habría podido ser el curso de su política.

La alternativa era: o bien vencer a Vietnam del Norte mediante un grado de fuerza que los Estados Unidos se mostraban renuentes a usar, o bien abandonar sus condiciones dejando a Vietnam del Sur cuando estuviese lo bastante fortalecido por la vietnamización para defenderse a si mismo y, en palabras del propio Kissinger, «Poner fin a nuestra participación *sin* un acuerdo con Hanoi[968]». El principal obstáculo eran los prisioneros de guerra norteamericanos, a quienes Hanoi se negaba a soltar a menos que se satisficieran sus condiciones, pero prometer un plazo final para el retiro de todas las fuerzas de combate en aire y en tierra habría podido lograr su liberación. Esta opción, para poner un rápido fin y para la salud de la nación norteamericana, era factible, y hubo quienes la pidieron. Fue rechazada por el daño que se supuso que causaría a la reputación de los Estados Unidos. En la balanza de la política no se sopesó el que reducir las bajas y volver a los asuntos adecuados de la nación habría podido ayudar, en lugar de dañar a la reputación del país. Entre combatir y ceder, Nixon y Kissinger escogieron el camino, hasta entonces estéril, de intentar por medio de fuerza graduada que una «continuación de la guerra pareciera a Hanoi menos atractiva que un acuerdo[969]». Tal programa llevaba años aplicándose.

Adoptó entonces la forma de bombardeos intensificados, no dirigidos contra el

propio territorio de Vietnam del Norte sino contra sus líneas de abastecimiento, bases y refugios en Camboya. Los ataques fueron sistemáticamente falsificados en los registros militares[970], por complejas razones relacionadas con la neutralidad de Camboya, pero como había a mano una excusa, en el hecho de que el enemigo hacía largo tiempo que violara tal neutralidad, es probable que el secreto tuviese más que ver con ocultar al público norteamericano la extensión de la guerra. Dados los sentimientos antibélicos de la prensa y de muchos funcionarios del gobierno, la suposición de que se podían mantener secretos los ataques fue uno de los curiosos engaños de ocupar un alto cargo. Un corresponsal en el Pentágono, del *New York Times*, recogió pruebas e informó de los ataques aéreos. Aunque el relato no despertó la atención pública, sí inició el proceso que haría de Camboya la némesis de Nixon. Furioso ante lo que le pareció que eran «filtraciones» sobre los bombardeos secretos, llamó al FBI que, bajo la dirección de Kissinger, estableció la primera de las grabadoras secretas para un miembro de su propio equipo, Morton Halperin, que tenía acceso a informes secretos[971]. Había empezado una larga secuencia que terminaría en la primera renuncia de un presidente en la historia de la República.

Las operaciones secretas de Nixon aún estaban envueltas en la oscuridad, pero en abril de 1970 surgió un verdadero furor cuando fuerzas de tierra norteamericanas junto con el ejército de Vietnam del Sur invadieron Camboya. Llevar la guerra a otro país, nominalmente neutral, cuando en los Estados Unidos el clamor era que se debía reducir en lugar de extender la beligerancia —como cuando Roboam llamó al prefecto de los trabajos forzados para aplastar a los israelitas—, fue la decisión más provocativa posible en tales circunstancias. Acto perfectamente adecuado para causar problemas al perpetrador, fue el tipo de locura a la que los gobiernos parecen irresistiblemente atraídos, como si un destino burlón quisiese hacer reír a los dioses.

Las razones militares para la invasión parecían coherentes: prevenir una esperada ofensiva de Vietnam del Norte, que supuestamente pretendía obtener el dominio de Camboya y colocar al enemigo en posición de seria amenaza a Vietnam del Sur durante el periodo de los retiros norteamericanos; ganar tiempo para la vietnamización; cortar una importante línea de abasto desde el puerto camboyano de Sihanoukville; y apoyar al nuevo amigo del régimen de Phnom Penh que había derrocado al izquierdista príncipe Sihanouk. Sin embargo, si iba en interés de Nixon y de los Estados Unidos poner fin a la guerra, la sabiduría del gobierno habría aconsejado razones no menos imperativas contra la operación.

Nixon supuso que el plan previamente anunciado de retirar 150 mil hombres en 1970 acabaría con las protestas o, si «esos canallas liberales[972]» de todos modos fueran a causarle dificultades, bien podía él causar el escándalo por una cosa o por otra. Anunció la campaña en un combativo discurso como respuesta a la «agresión» norvietnamita, con referencias familiares a no ser el presidente que presenciaba la primera derrota norteamericana[973]. Se dijo que un objetivo de la invasión era la destrucción de un supuesto cuartel general del enemigo, o «centro nervioso» llamado

COSVN (Oficina Central de Vietnam del Sur[974]). En el aspecto táctico, la invasión logró capturar cantidades importantes de armas norvietnamitas, destruyó casamatas y refugios, añadió doscientos a la cuenta de cadáveres, y causó al enemigo daño suficiente para aplazar en un año, la planeada ofensiva, aun si el enigmático «centro nervioso» nunca se descubrió, pese a su solemne acrónimo. El resultado general fue negativo: un gobierno debilitado en Phnom Penh quedó más necesitado de protección, tierras y pueblos arruinados, un tercio de la población convertida en refugiados sin hogar, y el procomunista Khmer Rouge con nuevas y grandes cantidades de reclutas. Los norvietnamitas pronto volvieron a invadir grandes zonas, y a armar y entrenar a los insurgentes, echando los fundamentos para los trágicos sufrimientos de otra nación en Indochina.

En los Estados. Unidos, la reacción a la invasión fue explosiva, enfrentando a los extremos políticos, ventilando pasiones en los debates y encendiendo el odio de los disidentes al gobierno, y viceversa. Aunque las encuestas revelaran a menudo ciertos brotes de apoyo a las acciones más agresivas de Nixon, en cambio el sentimiento antibélico era más estruendoso y la prensa abiertamente hostil. El *New York Times* dijo que las razones de Nixon para la invasión eran una «Alucinación Militar… De Nuevo» y afirmó que «El tiempo y las tristes experiencias han agotado la credibilidad del pueblo norteamericano[975]». Pocos meses antes, la revelación de la matanza de My Lai, en que soldados norteamericanos en un acceso de demencial brutalidad habían matado a más de doscientos aldeanos desarmados, incluyendo ancianos, mujeres y niños que gritaban, había horrorizado al público. El escándalo fue mayor cuando, después de la invasión de Camboya, norteamericanos mataron a norteamericanos. El 4 de mayo, en la Kent State University, en Ohio, la Guardia Nacional, llamada por el gobernador para contener lo que le pareció una peligrosa violencia universitaria, abrió fuego matando a cuatro estudiantes. La foto de una estudiante arrodillada, incrédula, ante el cuerpo de una compañera muerta, llegó a ser recordatorio más familiar que ninguna imagen desde el levantamiento de la bandera en Iwo Jima. En realidad, la guerra se había vuelto contra los Estados Unidos.

Las protestas estallaron después de lo de Kent State. Huelgas estudiantiles, marchas y hogueras cundieron por las universidades. Una airada multitud de cerca de cien mil personas se reunió en el parque, frente a los terrenos de la Casa Blanca, donde se estableció un anillo de sesenta camiones con policías, dispuestos como un círculo de carretas contra los indios. En el Capitolio, veteranos de Vietnam hicieron una manifestación que se caracterizó porque cada quien arrojó sus medallas. En el Departamento de Estado, 250 miembros del personal firmaron una declaración en que objetaban la extensión de la guerra[976]. Todo esto fue atacado diciendo que ayudaba al enemigo alentándolo a mantenerse firme, lo que era verdad, y que era antipatriótico, lo que también lo era, pues la consecuencia más triste fue la pérdida de un valioso sentimiento entre los jóvenes, que se reían del patriotismo.

La protesta tuvo su borde lunático en la estupidez de la retórica y en la

destrucción vandálica, y esto escandalizó a los mojigatos, no necesariamente porque fueran «halcones», sino porque consideraban que tales acciones eran una ofensa contra la respetabilidad, la ley y el orden. El antagonismo quedó ejemplificado en un choque físico cuando unos albañiles con sus cascos atacaron a una manifestación de estudiantes que protestaban en Wall Street, golpeándolos con lo que encontraron a mano en calidad de armas. Las cosas llegaron al colmo en octubre, en San José, donde Nixon llegó a hablar en la campaña electoral en mitad del periodo, en 1970. Fue saludado por una multitud que gritaba juramentos y obscenidades y que, cuando él salió del salón, le arrojó huevos y piedras, una de las cuales le pasó rozando[977]. Tal fue el primer ataque de una multitud contra un presidente en la historia de los Estados Unidos. «Pudimos ver el odio en sus caras… oír el odio en sus voces», dijo Nixon después, en una declaración en que denunciaba a los amotinados como «violentos asesinos» representantes de «lo peor que hay en el país[978]».

La nube de críticas contra su acción en Camboya enfureció al presidente desde antes del incidente de San José y agudizó su siempre activo sentido de persecución. «Una mentalidad de estado de sitio» reinó en la Casa Blanca, según Charles Colson, del personal. «Ahora era “nosotros” contra “ellos[979]”». La guardia de palacio, según otro observador, «realmente creía que una revolución izquierdista era una verdadera posibilidad[980]». La vigilancia secreta de «enemigos», los métodos secretos de espionaje y acoso, los allanamientos y entradas por la fuerza, las grabaciones sin autorización, llegarían a convertirse en una operación en toda forma. Un miembro del personal de la Casa Blanca al que se le asignó observar a unos grupos terroristas radicales, trazó un plan para lanzar el poder policiaco y el allanamiento no autorizado, como formas de aplicación de la ley[981]. El programa, autorizado por el presidente, existió como política durante cinco días hasta que el FBI, tal vez celoso de sus propias prerrogativas, recomendó que se abandonara. La búsqueda de la fuente de «filtraciones» sobre los bombardeos secretos se extendió hasta llegar a 17 grabaciones contra miembros del Consejo de Seguridad Nacional y varios periodistas[982]. Como en el caso del elusivo COSVN, no se descubrió la fuente de filtraciones; se demostró que todo era el funcionamiento normal de la prensa.

El derecho de disidencia es absoluto en el sistema político norteamericano. La disposición a tratar de suprimirlo en nombre del jefe de Estado, y emprender y tolerar procedimientos ilegales, echaron los fundamentos de Watergate. Con continua frustración en las negociaciones, y el prolongamiento de la guerra otro año más; estos procedimientos se intensificaron y llegarían al exceso en la publicación de los Papeles del Pentágono, en junio de 1971. Los Papeles, registro llevado principalmente con documentos clasificados del gobierno, originalmente autorizados por McNamara en un esfuerzo por descubrir las raíces de la participación norteamericana; fueron robados por Daniel Ellsberg, exfuncionario del Pentágono que ahora era ideólogo de convicciones antibélicas, quien los puso a disposición de la

prensa y ciertos miembros de la Cámara y del Senado. Aunque el registro no pasaba de 1968, la sensibilidad del equipo Nixon-Kissinger a toda «filtración» era extrema, especialmente porque estaban trabajando en secreto para restablecer relaciones con China y realizar una junta en la cumbre con Moscú y no deseaban que Washington pareciera incapaz de mantener relaciones confidenciales. Un grupo de «plomeros» dedicado a localizar toda fuga fue establecido en una oficina en el sótano, junto a la Casa Blanca, y las órdenes de hacer algo en el caso de Ellsberg llegaban «directamente de la Oficina Oval» (según un testimonio ulterior[983]). El resultado fue una irrupción en el consultorio del psiquiatra de Ellsberg, con objeto de presentarlo como agente soviético, empresa de dudosa utilidad, pues, de haber triunfado, bien habría podido sabotear la junta en la cumbre con los rusos, tan ardientemente deseada por Nixon. Por fortuna para su patrón, los «plomeros» salieron con las manos vacías, pero hubiesen descubierto lo que hubiesen descubierto acerca de Ellsberg, en todo caso no habría podido desacreditar catorce volúmenes de documentos fotocopiados del gobierno. La locura en la cumbre empezaba a gotear. También allí, en ausencia de escrúpulos contra violar la ley, reapareció la moral de los papas renacentistas.

Señales alarmantes salían del Congreso, que hasta entonces había sido poco más que un espectador del asunto que atormentara a toda la nación. El Congreso, dijo uno de sus miembros, «es un cuerpo de partidarios, no de líderes[984]». Puesto que, se supone, debe seguir lo que considera como la corriente de la opinión pública, su torpeza es prueba de que, hasta Camboya, la mayoría silenciosa probablemente si fue una mayoría. Cuando los seis primeros meses de Nixon en la presidencia no trajeron un cese del fuego, como lo había prometido en su campaña, los antibélicos senadores Mansfield, Kennedy, Gaylord Nelson, Charles Goodell y otros empezaron a pedir públicamente unas medidas para poner fin a la guerra. La invasión de Camboya sin autoridad del Congreso galvanizó los esfuerzos en el Senado por reafirmar sus prerrogativas frente al Ejecutivo, que había permitido caer en un total autodebilitamiento. Algo que sí habían revelado los Papeles del Pentágono era la conspicua ausencia, en todas las discusiones o documentos, de una preocupación por el papel del Congreso al determinar la defensa y la política exterior. Después de que la invasión de Camboya fue un hecho, Nixon ofreció garantías, a un grupo seleccionado de ambas cámaras, de que las tropas norteamericanas no penetrarían más allá de 55 a 60 kilómetros sin antes pedir aprobación del Congreso —no dijo obtenerla— y que todas las tropas serían retiradas entre tres y siete semanas.

Los senadores no quedaron tranquilos. Enmiendas a las leyes de asignación, para reducir fondos, para contener o poner límite a la participación militar en una u otra forma, se introdujeron y fueron aprobadas en comités, debatidas por una Cámara que por fin había despertado y adoptadas por grandes mayorías. En cada caso, bajo la supervisión autocrática del presidente —«superhalcón»— del comité de la Cámara Baja, fueron rebajadas o rechazadas en conferencia o sofocadas por tácticas parlamentarias para prevenir todo debate. Finalmente fue repelida la Resolución del

Golfo de Tonkín, pero sólo cuando el gobierno, más astuto que sus adversarios, patrocinó este rechazo alegando que la autoridad para hacer la guerra se encontraba entre las facultades constitucionales del presidente como comandante en jefe. Este motivo era turbio —pues, ¿era en realidad comandante en jefe si no se había declarado la guerra?—, pero la Suprema Corte, ante varias pruebas, tuvo buen cuidado de eludirías.

Sin embargo, iban aumentando los votos contra la guerra en la Cámara Baja. Cuando 153 representantes, el mayor número hasta entonces, votaron contra dar carpetazo a la Enmienda Cooper-Church, de reducir fondos para operaciones en Camboya después de julio, aquél fue como un rumor de revuelta. Al año siguiente, el número aumentó a 177 en favor de la Enmienda Mansfield, fijando originalmente un plazo final de nueve meses (modificado por la Cámara a «en cuanto sea posible») para la retirada, dependiendo de la liberación de los prisioneros de guerra. Este aumento, aunque pequeño, implicó una creciente oposición, y hasta el posible acercamiento de aquel momento inimaginable cuando la legislatura pudiera decir «alto» al Ejecutivo.

En 1971, fuerzas de Vietnam del Sur, con apoyo aéreo norteamericano, aun cuando sin fuerzas de tierra norteamericanas, invadieron Laos en una repetición de la operación de Camboya. El costo de la «vietnamización» para Vietnam del Sur demostró ser una tasa de bajas de 50 por ciento, con la impresión, además, de que ahora estaban luchando y muriendo para permitir que los norteamericanos pudieran irse[985]. Esta impresión fue reforzada por la tendencia de Washington a anunciar todas las operaciones como destinadas a «salvar vidas norteamericanas». En Vietnam cundió el odio a los Estados Unidos, y con él una clandestina cooperación con el Frente de Liberación Nacional, y demandas a gritos de un acuerdo político. Revivieron los movimientos de protesta, esta vez contra Thieu en lugar de Diem. Bajó la moral entre las fuerzas norteamericanas que aún quedaban; algunas unidades se negaron a entrar en combate, aumentó el consumo de drogas, y —algo nuevo en el ejército norteamericano— se dieron casos de asesinato (mediante granadas de mano) de oficiales y de suboficiales.

En los Estados Unidos, las encuestas mostraron una mayoría que empezaba a definirse en favor de la retirada de todas las tropas a fin de año, aun si el resultado fuese el dominio de Vietnam del Sur por los comunistas. Por primera vez, una mayoría aceptó la proposición de que «Era moralmente injusto que los Estados Unidos estuviesen luchando en Vietnam», y que dejarse envolver, para empezar, había sido un «error[986]». El público es voluble, las encuestas son efímeras y las respuestas pueden responder a la redacción de la pregunta. Se descubrió inmoralidad porque, como lord North dijo de su guerra, «La falta de éxito finalmente hizo que fuera mal vista, el pueblo empezó a pedir la paz[987]».

Para 1972, la guerra había durado más que ningún otro conflicto extranjero en la

historia de los Estados Unidos, y los seis meses que Nixon se había dado se extendieron hasta tres años, con quince mil bajas adicionales norteamericanas, y el fin de la guerra no estaba a la vista.

Todas las conversaciones de París y las misiones secretas de Kissinger no dieron resultados, esencialmente porque los Estados Unidos estaban tratando de salir, mediante negociaciones, de una guerra que no podían ganar y que al mismo tiempo parecía fácil. Vietnam del Norte fue igualmente censurable por la prolongación, pero lo que había en juego no era lo mismo. Era su tierra y su futuro lo que, para ellos, estaba en juego. En marzo de 1972, cuando ya se había ido la mayor parte de las fuerzas de combate norteamericanas, Vietnam del Norte emprendió una ofensiva, que fue la última, para llevar la guerra a su fin.

Lanzados a través de la Zona Desmilitarizada, 120 mil soldados norvietnamitas, con tanques y cañones soviéticos, perforaron las defensas de Vietnam del Sur y avanzaron contra los centros poblados en torno de Saigón. Incapaces de responder en el terreno, los Estados Unidos reactivaron la primera etapa del «golpe brutal» planeado en 1969, enviando los B-52 sobre el norte para hacer rudos ataques contra depósitos de combustible y blancos de transporte en Hanoi y Haifong. Nixon anunció la campaña como la «acción militar decisiva para poner fin a la guerra». Un mes después, Kissinger ofreció un plan para un cese del fuego *in situ*, que por primera vez omitió el requerimiento de que el norte se retirara del sur y que declaraba la disposición de los Estados Unidos a retirar todas sus fuerzas después de cuatro meses del retorno de los prisioneros. El acuerdo político quedó abierto. El plazo de cuatro meses acaso pareciera en Hanoi lo más prudente qué aceptar, pero habiéndose negado siempre a negociar bajo los bombardeos, volvió a negarse.

Pensando en la reelección, a Nixon lo enfureció la renuencia del enemigo y juró, entre sus asociados, que «Esos canallas nunca han sido bombardeados como lo serán esta vez[988]». Contra las advertencias de una terrible reacción interna y el riesgo de que los rusos cancelaran la junta de la cumbre en Moscú programada para dos semanas después, junto con la firma de un acuerdo SALT, difícilmente negociado, anunció la segunda mitad del «terrible golpe»: el bloqueo naval y minas en el puerto de Haifong, y ataques de B-52, a todas horas del día y de la noche. Por temor a dañar navíos soviéticos u otros aviones extranjeros, se había evitado durante largo tiempo el recurrir al bloqueo y minar los puertos, y ahora se esperaba que esto provocara grandes censuras en el interior. El personal de la Casa Blanca, comprensiblemente nervioso, creyó que la decisión «podía hacer o deshacer al presidente[989]» y gastó más de ocho mil dólares de sus fondos electorales para lanzar una falsa campaña de telegramas de aprobación y anuncios disimulados en los periódicos para que la Casa Blanca pudiese anunciar que la opinión pública favorecía al presidente. Bien pudieron evitarse el esfuerzo; aunque la prensa y los disidentes más explícitos condenaron el bloqueo, la opinión pública no se mostró escandalizada sino que, antes bien, pareció apreciar una ruda acción norteamericana ante la intransigencia de los

norvietnamitas.

Otro incidente, prueba de prácticas turbias, salió a la luz un poco después, cuando cinco agentes del CREEP (Comité para Reelegir al Presidente), relacionados con los dos principales «plomeros» (Howard Hunt y Gordon Liddy) que habían hecho la irrupción en el consultorio del psiquiatra de Ellsberg, fueron atrapados en el acto de saquear los expedientes y conectar grabadoras a los teléfonos del cuartel general del Comité General Demócrata, en el edificio de oficinas Watergate. Las finales revelaciones de lo que estaba haciendo la presidencia no llegarían a ser del conocimiento público hasta los juicios de los cinco agentes y las audiencias del comité investigador especial del senador Ervin, al año siguiente. Descubrirían y acumularían pruebas de encubrimiento, chantaje, testimonios sobornados, dinero destinado a encubrir, espionaje, sabotaje, empleo de los poderes federales para el acoso de sus «enemigos» y un programa de unos cincuenta operadores contratados para tergiversar y subvertir las campañas de candidatos demócratas mediante «trucos sucios» o lo que, en el lenguaje preferido de la Casa Blanca, se iba llamando «perjudicar a las ratas[990]». La lista final de crímenes punibles incluiría allanamiento, soborno, falsificación, perjurio, robo, conspiración y obstrucción de la justicia, casi todo ello por reacción excesiva y, como la cinta de grabadora que dejaría en ruinas al edificio, todo ello fue un daño autoinfligido.

Una vez más, carácter fue destino. Impulsado por las pasiones de Vietnam, el carácter de Nixon y el de los socios que él reclutó hundió a su gobierno en el deshonor que quitaría todo respeto al gobierno. La desgracia de un gobernante no es gran cosa en la historia universal, pero la desgracia de un gobierno es traumática, pues el gobierno no puede funcionar sin respeto. Washington no sufrió un saqueo físico como el que la falta de respeto al papado causó a Roma, pero la pena que ha pagado no es insignificante.

Aunque hasta entonces sólo asomara la punta del escándalo de Watergate, la explosión del combate en Vietnam trajo resultados. El bloqueo combinado con la destrucción de depósitos de combustible y munición redujo drásticamente los abastos de Vietnam del Norte. Los rusos demostraron estar más preocupados por la *détente* con los Estados Unidos que por las necesidades de Hanoi. Dieron la bienvenida a Nixon en Moscú y aconsejaron a sus amigos que entraran en conversaciones. También China deseaba sofocar el conflicto. En el ajetreo de las reinauguradas relaciones recientemente causadas por Nixon y Kissinger, ahora se mostraron interesados en enfrentar a los Estados Unidos contra Rusia, lo que llevó a Mao Tse-Tung, durante una visita de los jefes del Frente de Liberación Nacional, a aconsejarles que abandonaran su insistencia en la caída de Thieu, que hasta entonces había sido *sine qua non*. «Hagan lo que yo hice», les dijo. «Una vez hice un acuerdo con Chiang Kai-shek, cuando fue necesario[991]». Convencidos de que su propio día también iba a llegar, los jefes del Frente de Liberación Nacional estuvieron de acuerdo.

También el norte, sufriendo bajo el castigo de los B-52, estaba dispuesto a someterse a la condición política. Por los resultados de las encuestas en los Estados Unidos, donde el candidato demócrata iba siendo víctima de los continuos errores de una campaña inepta, Hanoi comprendió que Nixon seguiría al frente durante los cuatro años siguientes y concluyó que podía obtener de él mejores condiciones antes de la elección. Se renovaron las negociaciones, se elaboraron complicados compromisos y acuerdos intrincados para permitir que los Estados Unidos se retiraran tras la fachada de la supervivencia de Thieu, y Kissinger pudo anunciar el 31 de octubre (según resultó, prematuramente), que «La paz está ya al alcance de la mano».

Thieu se negó categóricamente a aceptar el proyecto de tratado, que permitía a 145 mil soldados norvietnamitas permanecer en el sur y reconocía al Frente de Liberación Nacional como participante en la futura solución política, bajo el recién adoptado título de Gobierno Revolucionario Provisional. Considerando que hacer otra cosa sería reconocer su propio mutis, su actitud no fue incomprensible. En aquel punto, Nixon era asombrosamente reelegido por la más grande mayoría popular y electoral en la historia del país, triunfo extraordinario para un presidente que no mucho después se sintió obligado a asegurar al pueblo norteamericano que «Yo no soy un canalla». La aplastante mayoría fue resultado de muchas causas: la debilidad y vacilación de su adversario, el senador McGovern, cuya malhadada declaración de que iría «de rodillas a Hanoi» y su propuesta de un pago de beneficencia de mil dólares para cada familia le quitaron votantes; el éxito de los «trucos sucios», que habían destruido a un candidato más fuerte en las elecciones preliminares; el alivio del pueblo, esperando por fin la paz; y tal vez, en el trasfondo, una reacción de la clase media norteamericana contra la contracultura del cabello largo, los *hippies*, las drogas y los radicales con todo lo que implicaba de amenaza a los valores aceptados.

Reanimado por su triunfo, Nixon ejerció la más poderosa presión en ambos lados de Vietnam, para llegar a un acuerdo. Aseguró a Thieu en una carta que, aunque su preocupación por la presencia restante de fuerzas norvietnamitas en el sur era comprensible, «Puede usted tener mi absoluta garantía de que si Hanoi no se atiene a las condiciones de este acuerdo, tengo la intención de emprender pronta y severa acción de represalia[992]». La intención sin duda era precisamente ésa, pues en el acuerdo de París no se había hablado de retirar los aviones de los portaaviones que se hallaban en aguas cercanas, o desde las bases de Tailandia y de Taiwán. En realidad, los Jefes Conjuntos recibieron órdenes de trazar planes para posible acción de represalia, empleando el poderío aéreo que tenían en Tailandia[993], y se ordenó entregar a Saigón armas por valor de mil millones de dólares. También se dijo a Thieu que, si continuaba mostrándose obcecado, los Estados Unidos podrían hacer la paz sin él, lo que lo dejó impertérrito. En nuevas negociaciones secretas con el norte, Kissinger retrocedió ante las condiciones propuestas; ahora pidió un retiro simulado de tropas del norte, menor categoría para el Frente de Liberación Nacional y otros cambios, acompañados por amenazas de renovada coacción militar[994].

Confirmado en su convencimiento sobre la perfidia de los Estados Unidos, Hanoi se negó a hacer los ajustes requeridos. Libre de preocupaciones por protestas públicas, Nixon respondió con un ataque feroz, el notorio bombardeo de Navidad, la acción norteamericana más ruda de toda la guerra. En doce días de diciembre, la fuerza aérea dejó caer sobre Vietnam del Norte mayor tonelaje de bombas que el total de los tres años anteriores, reduciendo a escombros áreas enteras de Hanoi y de Haifong, destruyendo el aeropuerto de Hanoi, fábricas y otras plantas. Un efecto de esto fue de boomerang. Las pérdidas de aeroplanos debidas a la gran concentración de defensas con proyectiles SAM costaron a los Estados Unidos de 95 a 100 nuevos prisioneros de guerra y el alto precio de 15 bombarderos pesados (o 34, según Hanoi). Doble fue el propósito del bombardeo de Navidad: causar suficiente debilitamiento a Vietnam del Norte para permitir que Saigón sobreviviera tiempo suficiente para que se retiraran los Estados Unidos y, mediante esta prueba de determinación norteamericana, superar la resistencia de Thieu, o bien dar una excusa para proceder sin él. «Hemos caminado el último kilómetro con él», según una explicación posterior, «y como consecuencia, pudimos resolver las cosas[995]».

El feroz ataque, tan cerca del fin, dañó la reputación de los Estados Unidos en el interior y el exterior, aumentando su imagen de brutalidad. Nuevos miembros elegidos al Congreso por las reglas revisadas en las elecciones preliminares demócratas prometieron un desafío, que adoptó forma visible cuando los demócratas en ambas cámaras votaron, el 2 y el 4 de enero, por un «inmediato» cese del fuego y corte de todos los fondos para operaciones militares en cualquiera de los países de Indochina, lo cual dependería exclusivamente de la liberación de los prisioneros de guerra y el retiro a salvo de las fuerzas norteamericanas[996]. Ante la posibilidad —en la que durante largo tiempo no se había pensado— de una revuelta en el Congreso, y con revelaciones del caso Watergate en el tribunal del juez John J. Sirica, el gobierno propuso suspender los bombardeos si Hanoi reanudaba las conversaciones de paz. Hanoi estuvo de acuerdo; se reanudaron unas negociaciones de desesperación; se firmó un tratado y se dio a Thieu un ultimátum explícito indicándole que, a menos que aceptara, los Estados Unidos pondrían fin a su apoyo económico y militar, y concluirían el tratado sin el[997].

En el tratado final, las condiciones por las que Vietnam del Norte y los Estados Unidos habían prolongado la guerra cuatro años —la caída del régimen de Thieu, por una parte, y la salida del sur de las tropas de Vietnam del Norte, por otra— fueron abandonadas; se reconoció la categoría política del antiguo Viet-Cong, ahora metamorfoseado en PRG, aunque para eliminar la vergüenza a Thieu, esto no se hizo explícitamente la Zona Desmilitarizada o línea de partición, cuya eliminación había sido exigida por Hanoi se conservó, pero —remitiéndose a Ginebra— como «limite provisional no político ni territorial». La unidad de Vietnam fue implícitamente reconocida en un artículo que establecía que «La reunificación de Vietnam se efectuara» mediante discusiones pacíficas entre los bandos replegando así al basurero

de la historia la «agresión externa» a través de una «frontera internacional»: el *casus belli* de los Estados Unidos durante tantos años.

Thieu se aferró a su negativa con el rigor de la muerte hasta la última hora del ultimátum de Nixon, y luego cedió. Firmado en París el 27 de enero de 1973, el tratado dejaba la situación, en el papel no muy distinta del inseguro tratado de Ginebra, de 19 años antes. A la realidad física se habían añadido desde entonces más de medio millón de muertes en el norte y en el sur, cientos de miles de heridos y desempleados, niños inválidos y quemados, campesinos sin tierras, una tierra deforestada, llena de cráteres dejados por las bombas, y un pueblo desgarrado por un odio mutuo. Los procedimientos para un acuerdo final entre las dos zonas fueron reconocidos generalmente cómo no viables y también se supuso que pronto se recurriría a la fuerza. Lo viable de un Vietnam del Sur no comunista, por el cual los Estados Unidos habían arruinado Indochina y se habían traicionado a sí mismos, no inspiró confianza a nadie… con excepción de Nixon y Kissinger, quienes se convencieron de que los Estados Unidos podrían aún adueñarse de la situación, de ser necesario. Lo que quedó de pie por el tratado fue una pantalla temporal tras de la cual los Estados Unidos, aferrándose a una supuesta «paz con honor» pudieron escapar.

En la secuela, como todos lo saben, Hanoi abrumó a Saigón en dos años. Cuando Nixon quedó destruido por Watergate y el Congreso finalmente había reunido los votos necesarios para impedir una reintervención norteamericana, quitándole los fondos, Vietnam del Norte lanzó una ofensiva final y el descorazonado sur no la resistió. Aunque algunas unidades combatieron gallardamente, el ejército nacional de Vietnam del Sur, en palabras de un soldado norteamericano, «era como una casa sin cimientos… el desplome vino naturalmente[998]». Los comunistas establecieron su gobierno sobre todo Vietnam y resultados similares obtuvieron en Camboya. El nuevo orden político de Vietnam fue, aproximadamente, el que habría sido si los Estados Unidos nunca hubiesen intervenido, sólo que resultó mucho más vengativo y cruel. Tal vez la mayor locura fuese de Hanoi: luchar tan constantemente durante treinta años por una causa que se convirtió en brutal tiranía una vez ganada.

La negativa del Congreso a permitir que los Estados Unidos volvieran a intervenir representó el funcionamiento, no (como se quejó Kissinger) «el desplome de nuestro proceso político democrático[999]». Más que una debilidad de la voluntad norteamericana por ver cumplida la tarea, fue un tardío reconocimiento de un proceso claramente contrario y nocivo al propio interés, y un pedir cuentas a la responsabilidad política para terminarlo. Sin embargo, llegó demasiado tarde para que el país se librara de su castigo. Las pérdidas humanas son soportables cuando se cree que sirvieron a un propósito; son amargas cuando, como en este caso, 45 mil muertos y 300 mil heridos fueron sacrificados vanamente. Gastos de cerca de 20 mil millones de dólares anuales durante casi una década, para un total de cerca de 150 mil millones de dólares por encima de lo que habría sido el presupuesto militar normal,

dejaron la economía en un estado que desde entonces no ha podido mejorarse.

Más importante que los efectos físicos fue la pérdida de la confianza en el gobierno y en la autoridad de éste. La legislación por el Congreso en los años posteriores a Vietnam fue repetidas veces dirigida a limitar al Ejecutivo en varios tipos de comportamiento sobre la suposición de que, sin tales restricciones, actuaría irregular o ilegítimamente. También el público aprendió a desconfiar, y muchos habrían considerado que su actitud estaba bien expresada en dos palabras por un miembro del personal de la Casa Blanca, Gordon Strachan, quien, interrogado por el comité de Ervin sobre qué consejos daría a otros jóvenes que desearan servir en el gobierno, contestó que les diría «Manténganse aparte». Para muchos, la confianza en la justicia de su país cedió el paso al cinismo. Desde Vietnam, ¿quién se aventuraría a decir, en una simple creencia, que los Estados Unidos eran «la mejor esperanza que había en la Tierra»? Lo que los Estados Unidos perdieron en Vietnam fue, dicho en una palabra, la virtud.

Las locuras que produjeron este resultado empiezan con una reacción excesiva continua: en la invención de una «seguridad nacional» en peligro, la invención del «interés vital», la invención de un «compromiso» que rápidamente cobra una vida propia, lanzando un hechizo sobre su inventor. En este proceso, el principal motor fue Dulles, quien, al proponerse arruinar el compromiso de Ginebra e instalar a los Estados Unidos como guardián de una zona y enconado adversario de la otra, fue el creador de todo lo que siguió. Su celo de un Savonarola de la política exterior hipnotizó a sus socios y a sus sucesores, haciéndoles repetir continuamente la «seguridad nacional» y el «interés vital», no tanto por creer en la Guerra Fría sino simplemente de dientes para afuera como tácticas terroristas para obtener asignaciones del Congreso. Todavía en 1975, el presidente Ford dijo al Congreso que el no aprobar ayuda para Vietnam del Sur socavaría la «credibilidad» como aliado, lo que es «esencial para nuestra seguridad nacional[1000]». Kissinger repitió el tema dos meses después, diciendo en una conferencia de prensa que si se permitía caer a Vietnam del Sur ello representaría «una amenaza fundamental, sobre cierto periodo, para la seguridad de los Estados Unidos[1001]».

Hubo reacción excesiva al conjurar espectros, al hablar de piezas de dominó que caerían, en las visiones de «ruina», de entregar el Pacífico y retirarse hasta San Francisco, de pequeños dragones como el invisible COSVN, y finalmente en la paranoia de la Casa Blanca del periodo de Watergate. Más grave aún, la reacción excesiva condujo a despilfarrar poderío y recursos norteamericanos en una inmensa locura en total desproporción al interés nacional. La falta de pensamiento inteligente al respecto fue asombrosa, pues, como escribió el general Ridgway en 1971, «no se necesitaba gran visión para percibir… que no estaba presente ningún interés verdaderamente vital para los Estados Unidos… y que el compromiso con un gran esfuerzo fue una pifia monumental[1002]».

Una segunda locura fue la ilusión de omnipotencia, similar a la ilusión de

invulnerabilidad de los papas; una tercera fue una terquedad y «disonancia cognoscitiva»; una cuarta fue «aplicar las palancas» como sustituto de pensar.

En la ilusión de omnipotencia, los políticos norteamericanos dieron por sentado que en un objetivo dado, especialmente en Asia, los Estados Unidos tenían que prevalecer. Esta suposición procedió del carácter activo de una nación creada por sí misma y de un sentido de la competencia y la superpotencia derivadas de la Segunda Guerra Mundial. Si esto fue «arrogancia del poder», según la frase del senador Fulbright, no fue tanto la fatal *hubris* y exceso de extensión de la que derrotó a Atenas y a Napoleón, y en el siglo XX a Alemania y Japón, cuanto el no comprender qué problemas y conflictos existen entre otros pueblos que no pueden resolverse mediante la aplicación de la fuerza o la técnica o aun la buena voluntad de los Estados Unidos. La «construcción de naciones» fue la más presuntuosa de todas estas ilusiones. Los colonos en Norteamérica habían construido una nación, desde Plymouth Rock hasta Valley Forge hasta la colonización de la frontera y, sin embargo, de sus triunfos no aprendieron que por doquier, en otras partes, sólo sus habitantes pueden hacer que el proceso funcione.

La obcecación, el hábito de «No me confundan hablándome de los hechos», es una locura universal nunca más conspicua que en los altos niveles de Washington con respecto a Vietnam. Su mayor pecado fue la subestimación del compromiso de Vietnam del Norte con su objetivo. La motivación del enemigo fue elemento que no entró en los cálculos norteamericanos, y así Washington pudo pasar por alto todas las pruebas de fervor nacionalista y de pasión por la independencia, pasión que desde 1945, Hanoi había declarado que «ninguna fuerza humana puede contener». Washington pudo olvidar la predicción del general Leclerc de que la conquista requeriría medio millón de hombres y «ni aun entonces podrá lograrse». Pudo olvidar la demostración de impulso y de capacidad que obtuvo la victoria sobre un ejército francés poseedor de armas modernas en Diem Bien Phu, y todas las pruebas ulteriores.

La negativa de los Estados Unidos a tomar en cuenta la resolución y capacidad del enemigo ha sido explicada por los responsables alegando su ignorancia de la historia de Vietnam, de sus tradiciones y su carácter nacional: «no había expertos disponibles», en palabras de un alto personaje[1003]. Pero lo prolongado de la resistencia vietnamita a todo régimen extranjero pudo aprenderse en cualquier libro de historia sobre Indochina. Una atenta consulta a administradores franceses cuyas vidas oficiales transcurrieron en Vietnam habría podido compensar la falta de experiencia de los Estados Unidos. Y hasta un superficial conocimiento de la zona, cuando empezaron a aparecer informes, habría ofrecido información fidedigna. No fue la ignorancia el factor determinante, sino la negativa a dar crédito a la evidencia y, más fundamentalmente, la negativa a atribuir categoría y propósito fijo a un país asiático «de cuarta», así como en el caso de la actitud de la Gran Bretaña hacia las

colonias norteamericanas. La ironía de la historia es inexorable.

La subestimación fue acompañada por una excesiva estimación de Vietnam del Sur porque era el beneficiario de la ayuda norteamericana y porque la verborrea de Washington equiparaba a cualquier grupo no comunista con las naciones «libres», engendrando la ilusión de que la gente estaba dispuesta a luchar por su «libertad» con la voluntad y la energía que supuestamente esa libertad inspira. Tal fue el anda declarada de la política norteamericana; había que rechazar toda prueba disonante o habría hecho obvio que esta política se levantaba sobre arenas movedizas. Cuando la disonancia perturbó las actitudes hacia el enemigo o el cliente, las actitudes, según las reglas de la obcecación, se hicieron más rígidas.

Una última locura fue la falta de pensamiento reflexivo acerca de la naturaleza de lo que los Estados Unidos estaban haciendo, acerca de la eficacia en relación con el objetivo buscado, acerca del equilibrio de la posible ganancia contra la posible pérdida y contra los daños, tanto para el aliado como para los Estados Unidos. La falta de pensamiento inteligente en el gobierno es otra de las fallas universales, y hace surgir la pregunta de si en los Estados modernos hay algo en la vida política y burocrática que reduce el funcionamiento del intelecto en favor de «aplicar las palancas» sin consideración a las expectativas racionales. Ésta parece ser una perspectiva que continúa.

La guerra más larga había llegado a su fin. Como tenue eco desde una distancia de doscientos años habría podido oírse el resumen hecho por Chatham a la traición de una nación a sí misma: «por las artes de la imposición, por su propia credulidad, por el medio de una falsa esperanza, un falso orgullo y prometidas ventajas de la naturaleza más romántica e inverosímil». Un resumen contemporáneo fue expresado por un congresista de Michigan, Donald Riegle. Hablando a una pareja de votantes suyos que habían perdido a un hijo en Vietnam, se enfrentó al escueto reconocimiento de que no podía encontrar palabras que justificaran la muerte del muchacho. «No había manera en que yo pudiese decir que lo que había ocurrido iba en su propio interés, o en interés de la nación, o el interés de alguien[1004]».

Epilogo: «Una linterna en la popa»

Si perseguir la desventaja después que ésta se ha hecho obvia resulta irracional, entonces el rechazo de la razón es la primera característica de la locura. Según los estoicos, la razón era el «fuego pensante» que dirige los asuntos del mundo, y el emperador o gobernante del Estado se consideraba como «el servidor de la razón divina [nombrado] para mantener el orden en la Tierra[1005]». La teoría era reconfortante, pero entonces como hoy la «razón divina» era abrumada, las más de las veces, por flaquezas humanas no racionales: ambición, angustia, afán de poder, deseos de encubrir errores, engaños, ilusiones, prejuicios fijos. Aunque la estructura del pensamiento humano se basa en el procedimiento lógico que lleva de la premisa a la conclusión, no está a prueba de las flaquezas y las pasiones.

El pensamiento racional claramente indicaba a los troyanos que podían sospechar de un truco cuando al despertar vieron que todo el ejército griego se había desvanecido, dejando sólo un extraño monstruoso prodigio fuera de sus murallas. Un procedimiento racional habría sido, al menos, buscar enemigos ocultos dentro del Caballo, como urgentemente lo pedían *Capis el Viejo*, Laocoonte y Casandra. Tal opción estaba disponible, y, sin embargo, fue descartada en favor de la autodestrucción.

En el caso de los papas, la razón tal vez fuese menos accesible. Estaban tan imbuidos por la codicia y el afán de poder y el desenfreno de su época que una respuesta racional a las necesidades de su pueblo estaba casi fuera de su alcance. Se habría requerido una cultura de distintos valores. Podemos suponer que un ordinario instinto de conservación habría hecho notar la creciente insatisfacción que, como agua, iba llegando hasta sus pies, pero su idea del papado era temporal y secular, y también ellos estaban demasiado ocupados en guerras de príncipes y en consumo privado y alarde para alarmarse ante lo intangible del descontento. La locura del papado no estuvo tanto en ser irracional cuanto en estar totalmente apartados de la tarea para la que habían sido nombrados.

Las sucesivas medidas adoptadas con respecto a las colonias en América y a Vietnam estuvieron tan claramente fundadas en actitudes fijas preconcebidas y tan regularmente contrarias al sentido común, la inferencia racional y todo aviso convincente que, como locura, hablan por sí mismas.

En las operaciones de gobierno la impotencia de la razón es grave porque afecta todo lo que toca: los ciudadanos, la sociedad, la civilización. Tal fue un problema de profunda preocupación para los griegos, fundadores del pensamiento occidental. Eurípides, en sus últimas obras, reconoció que no era posible explicar ya el misterio del mal moral y de la locura por simples causas externas, por la mordida de Até,

como por una araña, o por otra intervención de los dioses. Hombres y mujeres habían de enfrentarse a ella como parte misma de su ser. Su Medea sabe que está dominada, ella misma, por una pasión «más fuerte que mis propósitos». Platón, unos cincuenta años después, desesperadamente deseó que el hombre captara y nunca volviera a soltar «el sagrado cordón dorado de la razón», pero también él tuvo que reconocer, a la postre, que sus congéneres estaban anclados en la vida de los sentimientos, movidos como títeres por los hilos de deseos y temores que les hacían danzar. Cuando el deseo no está de acuerdo con el juicio de la razón, nos dijo, hay una enfermedad del alma, «Y cuando el alma se opone al conocimiento, o la opinión o la razón que son sus leyes naturales, a eso llamo locura[1006]».

Al tratarse del gobierno, Platón supuso que un gobernante sabio tendría más cuidado de aquello que más amaba, es decir, de lo que mejor convenía a sus propios intereses que serían equivalentes a los mejores intereses del Estado. Como no confiaba en que la regla siempre gobernara como debía, Platón recomendó un procedimiento cauteloso, de que los futuros guardianes del Estado fuesen observados, puestos a prueba durante su periodo de madurez para asegurar que se condujeran de acuerdo con la regla.

Con la llegada del cristianismo, la responsabilidad personal fue devuelta a lo externo y lo sobrenatural, a la orden de Dios y del Diablo. La razón volvió para un brillante y breve reinado en el siglo XVIII, y desde entonces Freud nos ha llevado de vuelta a Eurípides y el poder dominante de las fuerzas oscuras y enterradas del alma que, no estando sujetas a la mente, no pueden ser corregidas por buenas intenciones o una voluntad racional.

Principal entre las fuerzas que afectan la locura política es la sed de poder, llamada por Tácito «la más flagrante de todas las pasiones[1007]». Como sólo puede quedar satisfecha mediante el poder sobre los demás, el gobierno es su campo favorito de ejercicio. Los negocios ofrecen una especie de poder, pero sólo para quienes han triunfado y llegado a la cima, y sin el dominio y los títulos y las alfombras rojas y escoltas de motociclistas de los cargos públicos. Otras ocupaciones —los deportes, las ciencias, las profesionales y las artes creadoras y representativas— ofrecen varias satisfacciones, pero no oportunidades de poder. Pueden atraer a quienes busquen subir de categoría, y en forma de celebridad, ofrecen veneración por las multitudes, y limusinas y premios, pero éstos son simplemente los símbolos del poder, no su esencia. El gobierno sigue siendo la esfera principal de la locura porque es allí donde los hombres buscan el poder sobre otros… tan sólo para perderlo sobre ellos mismos.

Thomas Jefferson, quien ocupó más cargos y más elevados que la mayoría de los hombres, fue quien tuvo la visión más sombría. «Cada vez que un hombre mira con codicia» a un cargo, escribió a un amigo, «una podredumbre se inicia en su conducta[1008]». Su contemporáneo del otro lado del Atlántico, Adam Smith, se mostró, si cabe, aún más severo. «Y así el *Cargo*… es el fin de la mitad de los

esfuerzos de la vida humana; y es la causa de todo el tumulto y el rumor, toda la rapiña y toda la injusticia que la avaricia y la ambición han introducido en este mundo[1009]». Ambos estaban hablando de falla moral, no de competencia. Cuando se trata de ésta, no ha sido mejor calificada por otros estadistas. Durante el decenio de 1930, cuando se estaba buscando un presidente para la investigación de la industria de las municiones por el Senado, un jefe del movimiento por la paz pidió el consejo del senador George Norris. Eliminándose a sí mismo, por considerarse demasiado viejo, Norris recorrió la lista de sus colegas, tachando uno tras otro, uno por demasiado estúpido, otro por demasiado perezoso, por demasiado cercano al ejército, como cobarde moral, o como agotado, víctima de mala salud o teniendo un conflicto de intereses, o ante una reelección. Al terminar, había eliminado a todos salvo al senador Gerald Nye, único de los 96 que, en su opinión, tenía suficiente competencia, independencia y tamaños para la tarea[1010]. Una opinión muy similar, en distintas circunstancias, fue pronunciada por el general Eisenhower al hablar de la necesidad de unos líderes inspirados para crear unos Estados Unidos de Europa como única forma de conservar la seguridad del continente. Pensó que ello no ocurriría, porque «Todos son demasiado cautos, demasiado perezosos y demasiado ambiciosos (en lo personal[1011])». Es extraña y notable la aparición de «perezoso» en ambos catálogos.

Un mayor estímulo para la locura es el exceso de poder. Tras concebir su maravillosa visión de los reyes filósofos en la República, Platón empezó a sentir dudas y llegó a la conclusión de que las leyes eran la única salvaguardia. Un exceso de poder dado a cualquiera, como una vela demasiado grande para un navío, es peligroso, pensó Platón; se elimina toda moderación. El exceso lleva, por una parte, al desorden y, por la otra, a la injusticia. Ningún alma humana puede resistir la tentación del poder arbitrario, y «No hay nadie que en ciertas circunstancias no sea víctima de la locura, la peor de las enfermedades[1012]». Su reino será socavado y «todo su poder se desvanecerá». Tal fue, en realidad, el destino del papado renacentista, hasta la mitad, si no todo, de su poder; y Luis XIV, aunque no hasta después de su muerte; y —si consideramos que la presidencia de los Estados Unidos confiere un exceso de poder—, Lyndon Johnson, quien gustaba hablar de «*mi* fuerza aérea» y pensó que su puesto le daba derecho a mentir y engañar; y, más obviamente que nadie, Richard Nixon.

La inercia o estancamiento mental —el hecho de que gobernantes y políticos mantengan intactas las mismas ideas con las que empezaron— es terreno fértil para la locura. Moctezuma constituye un ejemplo trágico y fatal. Jefes de gobierno, de la autoridad de Henry Kissinger, no aprenden más allá de las convicciones que llevaron consigo al cargo; éstas son «el capital intelectual que consumirán mientras ocupen su cargo[1013]». Aprender por experiencia es una facultad que casi nunca se practica. ¿Por qué la experiencia norteamericana de mantener al partido más impopular en China no constituyó una analogía con Vietnam; y la experiencia de Vietnam, ninguna para Irán? Y ¿por qué nada de lo anterior sirvió de inferencia para evitar que el actual

gobierno de los Estados Unidos cometiera una imbecilidad en El Salvador? «Si los hombres pudieran aprender de la historia, ¡qué lecciones nos enseñaría!» dijo, en un lamento, Samuel Coleridge[1014]. «Pero la pasión y el partidarismo nos ciega, y la luz que la experiencia nos da es una linterna en la popa que sólo brilla ante las olas que vamos dejando». La imagen es bella, pero el mensaje resulta engañoso, pues la luz en las olas que hemos pasado debiera capacitamos a inferir la naturaleza de las olas que nos esperan.

En su primera etapa, la rigidez mental fija los principios y los límites que gobiernan un problema político. En la segunda etapa, cuando empiezan a aparecer las disonancias y las fallas, los principios iniciales se vuelven rígidos. Éste es el periodo en que, si la sabiduría actuara, serían posibles un nuevo examen y una reflexión y un cambio de curso, pero esto es tan raro como encontrar un rubí en un patio. El anquilosamiento conduce a aumentar la inversión y a la necesidad de proteger el ego; la política fundada en el error se multiplica, nunca retrocede. Cuanto mayor sea la inversión y más se haya comprometido el ego del patrocinador, más inaceptable resulta la retirada. En la tercera etapa, la prosecución de las fallas aumenta los daños, hasta causar la caída de Troya, la defección ante el papado, la pérdida de un Imperio trasatlántico, y la clásica humillación en Vietnam.

La persistencia en el error es el problema. Quienes practican el gobierno continúan por el camino del error, como en pos de algún Merlín que poseyera poderes mágicos para dirigir sus pasos. En la temprana literatura hay Merlines para explicar la aberración humana, pero sí existe el libre albedrío… a menos que aceptemos el inconsciente freudiano como nuevo Merlín. Los gobernantes justificarán una decisión mala u errónea diciendo que, como un historiador y partidario suyo escribió sobre John Kennedy, «No tenía opción[1015]», pero aunque dos opciones puedan parecer iguales, siempre hay la libertad de hacer un cambio o de desistir de seguir un curso contraproducente si el político tiene el valor moral de ejercerla. No es una criatura víctima de los caprichos de dioses homéricos. Y, sin embargo, reconocer el error, reducir las pérdidas, alterar el rumbo es la opción que más repugna a quienes ejercen el gobierno.

Para un jefe de Estado, casi no hay que pensar siquiera en reconocer un error. El infortunio norteamericano durante el periodo de Vietnam consistió en tener presidentes que no tuvieron confianza en sí mismos suficiente para el gran retiro. Volvamos a Burke: «La magnanimidad en política no pocas veces es la mayor sabiduría, y un gran Imperio va mal con espíritus pequeños[1016]». La prueba consiste en reconocer cuándo la persistencia en el error se ha vuelto autodestructiva. Un príncipe, dice Maquiavelo, debe ser siempre un gran interrogador y un paciente auditor de la verdad acerca de aquellas cosas sobre las que ha inquirido, y debe enfurecerse si descubre que alguien siente escrúpulos en decirle la verdad. Lo que el gobierno necesita son grandes interrogadores.

El no sacar inferencia de las señales negativas, que bajo la rúbrica de

«obcecación» ha desempeñado tan importante papel en estas páginas, fue reconocido en la obra más pesimista de los tiempos modernos, *1984*, de George Orwell, en lo que el autor llamó «Crimestop». «Crimestop significa la facultad de detenerse, como por instinto, en el umbral de cualquier pensamiento peligroso. Incluye la facultad de no captar analogías, de no percibir errores lógicos, de mal interpretar los argumentos más sencillos… y de sentirse aburrido y rechazado por cualquier curso de ideas que sea capaz de conducir en una dirección herética. Crimestop, en suma, significa estupidez protectora[1017]».

La cuestión es saber si o cómo un país puede protegerse de la estupidez protectora en la política, que a su vez plantea la pregunta de si es posible educar al gobierno. El plan de Platón, que incluía criar así como educar, nunca se ha puesto a prueba. Un interesante intento hecho en otra cultura, la preparación de los mandarines de China para funciones administrativas, no produjo resultados muy superiores. Los mandarines debían pasar años de estudio y aprendizaje y selección por medio de una serie de exámenes estrictos, pero los que triunfaron no resultaron inmunes a la corrupción y a la incompetencia. A la postre, fueron desapareciendo, víctimas de la decadencia y la ineficacia.

Otro de tales programas empleó extranjeros. Los jenízaros turcos fueron el brazo militar más conocido de un cuerpo mayor —los Kapi Kullari, o Institución Esclava— que ocuparon todo puesto civil, desde cocinero de palacio hasta gran visir. Formado por niños cristianos arrancados a sus padres y criados y exhaustivamente preparados por los turcos para ocupar funciones oficiales en el que acaso pudiera ser el sistema educativo más completo jamás inventado, eran, legalmente, esclavos del Sultán, convertidos al islamismo, y tenían prohibido tener familias o propiedades. Libres de estas distracciones, se suponía que podrían dedicarse exclusivamente al Estado y a su soberano, del que dependían por completo para su paga y para las necesidades de la vida. Así, el sultán adquirió un cuerpo, no sólo de administradores de primera clase, sino dé poderosos apoyos de su absolutismo. Aunque el sistema dio excelentes efectos, no salvó al Imperio otomano de su lenta degeneración ni, al final, pudo salvar al sistema mismo. Con el tiempo, la rama militar adquirió creciente poder, desafió la prohibición del matrimonio y adquirió derechos hereditarios, se perpetuó como clan permanente y dominante, y a la postre, en un inevitable desafío al soberano, trató de hacerse del poder en abierta rebelión. Fueron muertos y destruidos, llevándose consigo el resto de la Institución Esclava, mientras que el Gran Turco caía en la senilidad.

En la Europa del siglo XVII, tras la devastación de la Guerra de Treinta Años, Prusia, cuando aún era Brandeburgo, resolvió crear un Estado poderoso por medio de un ejército disciplinado y un servicio civil bien preparado. Los solicitantes a los cargos civiles, tomados entre el pueblo común para compensar el hecho de que los nobles controlaran al ejército, habían de completar un curso de estudio que incluía teoría, política, derecho y filosofía jurídica, economía, historia, penología y estatutos.

Sólo después de pasar por varias etapas de examen y periodos tentativos en el cargo recibían nombramientos definitivos y oportunidades de ascenso. El servicio civil superior era una rama separada, no abierta a ascenso de los niveles bajo e intermedio.

El sistema prusiano resultó tan eficaz que el Estado pudo sobrevivir a la derrota militar sufrida a manos de Napoleón en 1807 y al levantamiento revolucionario de 1848. Pero para entonces había empezado a congelarse, como los mandarines, perdiendo a muchos de sus ciudadanos más progresistas que emigraron a los Estados Unidos. Sin embargo, las energías prusianas lograron en 1871 unir los Estados alemanes en un Imperio bajo la hegemonía prusiana. Su triunfo mismo contenía las semillas de la ruina, pues alimentó la arrogancia y avidez de poder que, de 1914 hasta 1918, causarían su caída.

El escándalo político movió a los ingleses a prestar atención al problema. Ni la pérdida de Norteamérica ni las marejadas de la Revolución francesa quebrantaron su sistema de gobierno, pero a mediados del siglo XIX, cuando el rumor iba subiendo de las clases inferiores, surtieron efecto las revoluciones de 1848 en el continente europeo. En lugar de refugiarse en un pánico reaccionario, como habría podido esperarse, las autoridades, con loable espíritu de empresa, ordenaron efectuar una investigación de las prácticas de su propio gobierno, que entonces eran virtualmente esfera privada de las clases prósperas. El resultado fue un informe sobre la necesidad de un servicio civil permanente que debía basarse en preparación y en habilidades especializadas, que debía dar continuidad y mantenimiento a los conceptos básicos, en contra de los caprichos transitorios y las pasiones políticas. El sistema, aunque tropezó con enconada resistencia, fue adoptado en 1870. Ha producido distinguidos servidores civiles, pero también a Burguess, MacLean, Philby y Blunt. La historia del gobierno inglés en los últimos cien años parece indicar que factores distintos de la calidad de su servicio civil determinan el destino de un país.

En los Estados Unidos, el servicio civil fue establecido principalmente como barrera contra el patrocinio de arriba y el favoritismo, y no en busca de la excelencia. Para 1937, una comisión presidencial, encontrando inadecuado al sistema, estaba pidiendo el desarrollo de un «verdadero servicio de carrera… que requiriese personal de la más alta categoría, competente, bien preparado, leal, especializado en sus deberes por razón de una larga experiencia, y con una continuidad asegurada». Después de muchos esfuerzos y algún progreso, aún no se alcanza esta meta, pero incluso si se hubiese alcanzado, no habría afectado a los funcionarios elegidos y los altos nombramientos; es decir, las más altas filas del gobierno.

En los Estados Unidos, donde el proceso electoral está empantanándose en técnicas comerciales de recabar fondos y crear imagen, acaso se haya completado un ciclo, de regreso a un proceso de selección independiente de todas las calificaciones, como el que hizo el rey Darío de Persia. Cuando Darío y sus seis compañeros conspiradores, según nos dice Herodoto, derrocaron al déspota reinante, discutieron sobre qué tipo de gobierno establecerían, si una monarquía de uno solo o una

oligarquía de los más sabios. Darío afirmó que debían mantener el reino de uno y obtener el mejor gobierno eligiendo a «los mejores hombres de todo el Estado». El grupo, habiéndose dejado convencer, convino en galopar juntos hasta la mañana siguiente, y aquél cuyo caballo fuese el primero en relinchar a la puesta del Sol sería rey. Mediante el truco de un hábil palafrenero que ató a su yegua favorita en un punto crítico, el caballo de Darío relinchó a tiempo, y su afortunado amo, señalado así como el mejor para el cargo, ascendió al trono[1018].

La selección al azar no es el único factor que reduce la influencia del «fuego pensante» en los asuntos públicos. Para el jefe de Estado en condiciones modernas, un factor limitador consiste en tener demasiados asuntos y problemas en demasiados campos del gobierno para permitirle un sólido entendimiento de cualquiera de ellos, y demasiado poco tiempo para pensar, entre nombramientos hechos en 15 minutos e informes de 30 páginas. Esto deja abierto el campo a la estupidez protectora. Mientras tanto la burocracia, repitiendo tranquilamente hoy lo que hizo ayer, corre tan ineluctablemente como alguna vasta computadora que, una vez penetrada por errores, los duplica para siempre.

Ante todo, el afán de conservar el campo, conocido en los Estados Unidos como fiebre del Potomac, impide un mejor desempeño del gobierno. El burócrata sueña con el ascenso, los altos funcionarios desean extender su influencia, los legisladores y el jefe del Estado desean ser reelegidos; y el principio guía en esto consiste en complacer a muchos y en ofender a los menos posibles. Un gobierno inteligente requeriría que las personas a quienes se ha confiado un alto cargo formularan y aplicaran una política de acuerdo con su mejor juicio, el mejor conocimiento disponible y una juiciosa estimación del mal menor. Pero en lo que piensan es en la reelección, y ésta se convierte en el criterio principal.

Conscientes del poder supremo de la ambición, la corrupción y la emoción, puede ser que en la busca de un gobierno mejor debamos hacer, antes que nada, una prueba de carácter. Y esta prueba podría ser el valor moral. Dice Montaigne: «Resolución y valor, no aquel que es causado por la ambición sino aquel que la sabiduría y la razón puedan implantar en un alma bien ordenada[1019]». Los liliputienses, al elegir personas para cargos públicos, tenían normas similares. Dijo Gulliver, «tienen más consideración a la buena moral que a las grandes habilidades, pues, dado que el gobierno es necesario para la humanidad, creen… que la Providencia nunca pretendió hacer de la administración de los asuntos públicos un misterio que sólo puedan comprender unas cuantas personas de sublime genio, de las que rara vez nacen tres en una época. Suponen que la verdad, la justicia, la templanza y similares están al alcance de cualquier otro: la práctica de cuyas virtudes, ayudada por la experiencia y una buena intención, calificaría a cualquiera para el servicio de su país, salvo donde se requiere un curso de estudio[1020]».

Aunque tales virtudes puedan, en realidad, estar al alcance de cualquiera, en nuestro sistema tienen menos posibilidades de prevalecer en las urnas electorales que

el dinero y la ambición implacable. La dificultad tal vez no sea tanto cuestión de educar funcionarios para gobernar cuanto de educar a los electores para reconocer y recompensar la integridad de carácter y rechazar todo sustituto. Tal vez florezcan hombres mejores en tiempos mejores, y un gobierno más sabio requiera el alimento de una sociedad dinámica, y no de una sociedad desconcertada y en desorden. Si John Adams tuvo razón, y el gobierno es «poco mejor practicado hoy que hace tres mil o cuatro mil años», no podemos esperar, razonablemente, mucha mejora. Tan sólo podremos seguir debatiéndonos como lo hemos hecho en estos mismos tres mil o cuatro mil años, avanzando gracias a periodos de brillantez y decadencia, de mayor esfuerzo y de sombra.

OBRAS Y PERSONAS CONSULTADAS, ABREVIATURAS

Obras consultadas - Capítulo II

Apolodoro. *The Library [and Epitome]*. 2 vols. Trad. de *sir* James George Frazer. Londres y Nueva York, 1921.

Arnold, Matthew. «On Translating Homer», en *The Viking Portable* Arnold. Nueva York, 1949.

Bowra, C. M. *The Greek Experience*. Ed. Mentor Nueva York, 5. f.(1.ª. ed. 1957).

Dictis de Creta y Dares *el frigio. The Trojan War*. Trad. de R. M. Frazer, Jr. Bloomington, Indiana Univ. Press, 1966.

Dodds, E. R. *The Greeks and the Irrational*. Berkeley, Univ. of California Press, 1951.

Eurípides. *The Trojan Women*. Trad., con notas de Gilbert Murray, Oxford Univ. Press, 1915.

Finley, M. I. *The World of Odysseus*. Ed. rev. Nueva York, 1978.

Grant, Michael, y Hazel, John. *Gods and Mortals in Classical Mythology*. Springfield, Mass., 1973.

Graves, Robert. *The Greek Myths*. 2 vols. Ed. Penguin Baltimore, 1955.

Grote, George. *History of Greece*. 10 vols. Londres, 1872.

Herodoto. *The Histories*. 2 vols. Trad. de George Rawlinson. Ed. Everyman. Nueva York.

Homero. *The Iliad*. Trad. de Richmond Lattimore. Chicago, Univ. of Chicago Press. 1951.

—*The Iliad*. Trad. de Robert Fitzgerald. Nueva York, 1974.

—*The Odyssey*. Trad. de Robert Fitzgerald. Nueva York, 1963.

Kirk, G. S. *The Nature of Greek Myths*. Ed. Penguin Baltimore, 1974.

Knight, W. F. J. «The Wooden Horse at the Gates of Troy». *Classical Quarterly*. Vol: 28, 1933, 254.

Macleish, Archibald. «The Trojan Horse», en *Collected Poems*. Boston, 1952.

Macurdy, Grace A. «The Horse-Trainíng Trojans». *Classical Quarterly* (O. S. 1923). Vol. XVII, 51.

Quinto de Esmirna. *The War of Troy*. Trad., con introd. y notas, de Frederick M. Combellach. Norman, Oklahoma Univ. Press, 1968.

Snell, Bruno. *The Discovery of the Mind: Greek Orígins of European Thought*. Cambridge, Mass., 1953.

Scherer, Margaret 5. *The Legend of Troy in Art and Literature*. Nueva York y Londres, 1963.

Steiner, George, y Fagles, Robert. Homer: *A Collection of Critical Essays*. Englewood Cliffs, N. J., 1962.

Virgilio. *The Aeneid*. Trad. de Rolfe Humphries. Nueva York, 1951.

Obras consultadas - Capítulo III

La fuente más completa para la historia del papado en este periodo, con la que están en deuda todos los estudios posteriores, es la *Historia de los papas desde el fin de la Edad Media*, en 14 volúmenes, de Ludwig von Pastor, publicada por primera vez en alemán, durante los decenios de 1880 y 1890. La clásica *La cultura del Renacimiento en Italia*, de Jacob Burckhardt, publicada en alemán en su nativa Suiza en 1860, es igualmente indispensable.
Las fuentes básicas en que están fundamentadas las obras siguientes son los archivos del Vaticano; cartas, correspondencia diplomática e informes y otras fuentes diversas reunidas en los *Annals* de Muratorí; crónicas individuales, especialmente el diario de John Burchard, maestro de Ceremonias del Vaticano con Alejandro VI y Julio II; y las principales historias de la época, la *Storia d'Italia* de Guicciardini, la *Storia d'Italia* de Francesco Vertorí, *El Príncipe* y los *Discursos* de Maquiavelo, las *Vidas de los pintores* de Vasarí.

Aubenas, Roger, y Ricard, Robert. *L'Eglise et la Renaissance*. Vol. 15 de *Histoire de l'Eglise*. Ed. A. Fliche y V. Martin. París, 1951.

Brion, Marcel. *The Medici*. Trad. Nueva York, 1969.

Burchard, John. «Pope Alexander VI and His Court» (fragmentos del diario latino del maestro de Ceremonias papal, 1484-1506). Ed. F. L. Glaser, Nueva York, 1921

Burckhardt, Jacob. *The Civilization of the Renaissance in Italy*. Vol. 1. Ed. Colophon, Nueva York, 1958.

Calvesi, Maurizio. *Treasures of the Vatican*. Trad. J. Emmons, Ginebra, 1962.

Catholic Encyclopedia, 1907-1912, *y New Catholic Encyclopedia*, 1967.

Coughlan, Robert. *The World of Michelangelo: 1475-1564*. Nueva York, 1966.

Chadwick, Owen. *The Reformation*. Londres, 1964.

Chamberlin, E. R. *The Bad Popes*. Nueva York, 1969.

Chambers, David Sanderson. «The Economic Predicament of Renaissance Cardinals», *Studies in Medieval and Renaissance History*, Vol. III. Lincoln, Neb., *1966*.

Dickens, A. G. *Reformation and Society in I6th Century Europe*. Nueva York, 1966.

Erasmo, Desiderio. *The Praise of Folly*. Trad. H. H. Hudson. Princeton, 1941.

Funck-Brentano, Frantz. *The Renaissance*. Trad. Nueva York, 1936.

Gilbert, Felix. *Machiavelli and Guicciardini*. Princeton, 1965.

Gilmore, Myron P. *The World of Humanism, 1453-1517*. Nueva York, 1958.

Gregorovius, Ferdinand. *History of Rome*. 13 vols. Trad. A. Hamilton. Londres, 1894-1902.

Guicciardini, Francesco. *The History of Italy*. Trad. S. Alexander. Nueva York, 1969.

Hale, J. R. *Renaissance Europe: 1480-1520*. Berkeley, 1971.
Hibbert, Christopher. *The House of Medici: Its Rise and Fall* Nueva York, 1975
Hillerbrand, Hans J. *The World of the Reformation*. Nueva York, 1973.
Howell, A. G. Ferrers. *S. Bernardino of Siena*. Londres, 1913.
Hughes, Philip. *A History of the Church*. Vol. III. Nueva York, 1947.
Huizinga, Johan. *Erasmus and the Age of the Reformation*. Trad. Nueva York, 1957.
Jedin, Hubert. *A History of the Council of Trent*. Vol. I. Trad. Londres, 1957.
Lees-Milne, James. *St. Peter's*. Boston, 1967.
López, Robert S. *The Three Ages of the Italian Renaissance*. Boston, 1970.
Lortz, Joseph. *How the Reformation Came*. Trad. Nueva York, 1964.
Mallet, Michael. *The Borgias: The Rise and Fall of a Renaissance Dynasty*. Nueva York, 1969.
Maquiavelo, Nicolás. *The Prince and The Discourses*. Ed. Modern Library. Nueva York, 1940.
Mattingly, Garrett. *Renaissance Diplomacy*. Boston, 1955.
Mcnally, Robert E., S. J . *Reforrn of the Church*. Nueva York, 1963.
Mitchell, Bonner. *Rome in the High Renaissance: The Age of Leo X*. Norman, Univ. of Oklahoma Press, 1973.
Oechsli, Wilhelm. *History of Switzerland, 1499-1914*. Trad. Cambridge, 1922.
Olin, John C. *The Catholic Reformation: Savonarola to Ignatius Loyola, 1495-1540*. Nueva York, 1969.
O'MaIley, John. «*The Discovery of America and Reform Thought at the Papal Court in the Early Cinquecento*», en Fredi Chiapelli, Comp., *First Images of America*. Vol. I. Berkeley, 1976.
— *Praise and Blame in Rome: Renaissance Rhetoric, Doctrine and Reforrn in the Sacred Orators of the Papal Court, 1450-1521*. Durham, N. C. Duke Univ. Press, 1972.
Owst, G. R. *Preaching in Medieval England, 1350-1450*. Cambridge, 1926.
Parmer, Peter. «The Budget of the Roman Church in the Renaissance Periodo», en *Italian Renaissance Studies*. Ed. E. F. Jacob. Londres, 1960.
— *Renaissance Rome, 1500-1559*. Berkeley, 1972.
Pastor, Ludwig Von. *The History of the Popes from the Close of the Middle Ages*. Vols. V-IX. Trad. Ed. F. I. Antrobus y R. F. Kerr, Londres y St. Louis, 1902-1910.
Portigliatti, Giuseppe. *The Borgias*. Nueva York, 1928.
Prezzolini, Giuseppe. *Machiavelli*. Nueva York, 1967.
Ranke, Leopold Von. *History of the Popes… in the l6th and l7th Centuries*, 3 vols. Trad. Londres, 1847. [Hay trad. al español del FCE].
Ridolfi, Roberto. *The Life of Nicollò Machiavelli*. Trad. Chicago, 1954.
Rodocanachi, E. *Histoire de Rome: Le pontificat de Jules II* Paris, 1928. *Les pontificats d'Adrien VI et de Clément VII* Paris, 1933.
Shaff, David S. *History of the Christian Church*. Vol 6. Grand Rapid; Mich. 1910.

Routh, C. R. N. (comp.). *They Saw it Happen in Europe, 1450-1600* (antología de relatos de testigos presenciales). Oxford, 1965.
Schevill, Ferdinand. *The Medici*. Nueva York, 1949.
— *History of Florence*, Nueva York, 1961.
The New Cambridge Modern History. Vol. I. *The Renaissance: 1493-1520*. Cambridge 1957.
Todd, John M. *The Reformation*. Nueva York, 1971.
Tolnay, Charles de. *The Medici Chapel*. Princeton, 1948.
Ulirnara, Walter. *A Short History of the Papacy in the Middle Ages*. Londres, 1972
Vasari, Jorge. *Lives of the Artists*. Ed. Betty Burroughs. Nueva York, 1946.
Young, G. F. *The Medici*. Ed. Modern Library. Nueva York, 1930.

Obras consultadas - Capitulo IV

FUENTES PRIMARIAS

Almon, John. *Anecdotes of the Life of William Pitt, Earl of Chatham*. 3 vols. Londres, 1793.

Barrington, Shute, obispo de Durham. *The Political Life of William Wildman Viscount Barrington*, por su hermano. Londres, 1814.

Burke, Edmund. *Correspondence*. Ed. C. W. Fitzwilliam y R. Bourke, 4 vols. Londres, 1844.

—, *Speeches and Letters on American Affairs*. Ed. Canon Peter McKevitt, Londres, 1961 (orig. 1908).

—, *Writings and Speeches*, 12 vols. Boston, 1901.

Chesterfield, Philip Stanhope, 4th Earl. *Letters*. Ed. Bonamy Dobrée, 6 vols. Londres, 1932.

Delany, Mary Granville. *Autobíography and Correspondence*. Ed. *Lady* Llanover, 6 vols. Londres, 1861-1862.

Fitzmaurice, Lord Edmond. *Life of William, Earl of Shelburne*. 3 vols. Londres, 1876. (Incluye cartas y diarios).

Franklin, Benjamin. *Autobiography*. Ed. John Bigelow. Filadelfia, 1881.

—, *Letters and Papers of Benjamín Franklin and Richard Jackson, 1753-85*. Ed. Carl van Doren, Filadelfia, 1947.

George III. *Correspondence, 1760-1783*. Ed. *Sir* John Fortescue, 6 vols. Londres, 1927-1928. (Todas las citas se refieren a esta edición, a menos que se haga notar otra fuente).

—, *Correspondence of, with Lord North*. Ed. W. Bodham Donne, 2 vols. Londres, 1867.

Grafton, Augustus Henry, 3rd. Duke. *Autobiography and Political Correspondence*. Ed. *Sir* William Anson. Londres, 1898.

Hansard. *Parliamentary History of England*. 36 vols. Londres, 1806-1820.

Pitt, William, Earl of Chatham. *Correspondence*. Ed. William S. Taylor y John H Pringle. 4 vols. Londres, 1838-1840.

Rockingham, Charles, 2nd. Marquess. *Memoirs*. Ed. Earl of Albemarle. 2 vols. Londres, 1852.

Stevens, B. F. *Facsimiles of Mss in European Archives Relating to America*. 25 vols Londres, 1889-1895.

Walpole, Horace. *Memoirs of the Reign of George III*. Ed. Denis Le Marchant. 4 vols Londres, 1845.

—, *Last Journals*, 1771-83.2 vols. Londres, 1859.

—, *Correspondence*. Ed. Wilmarth Lewis. 48 vols. New Haven, Yale Univ. Press 1937-1983.

FUENTES SECUNDARIAS

Allen, H. C. Great Britain and the United States: A History of Anglo-American Relations, 1783-1952. Nueva York, 1955.

Ayling, Stanley. The Elder Pitt. Nueva York, 1976.

—, The Georgian Century, 1714-1837. Londres, 1966.

Bailyn, Bernard. The Ideological Origins of the American Revolution. Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1967.

—, The Ordeal of Thomas Hutchinson. Harvard Univ. Press, 1974.

Bargar, B. D. Lord Dartmouth and the American Revolution. Columbia, Univ. of South Carolina Press, 1965.

Beer, George L. British Colonial Policy, 1754-65. Gloucester, Mass., 1958.

Beloff, Max. The Age of Absolutism, 1660-1815. Londres, 1966 (orig. 1954).

—, The Debate on the American Revolution, 1761-1783. Londres, 1949.

Bonwick, Colin. English Radicals and the American Revolution. Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1977.

Boulton, James T. The Language of Politics in the Age of Wilkes and Burke. Londres, 1963.

Brewer, John. Party Ideology and Popular Politics at the Accession of George III. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1976.

Brooke, John. King George III. Nueva York, 1972.

Brougham, Henry, Lord. Historical Sketches of Statesmen in the Time of George III 2 vols. Filadelfia, 1839.

Brown Weldon A. Empire or Independence; a Study in the Failure of Reconciliation, 1774-1783. Baton Rouge, Louisiana State Univ. Press, 1941.

Butterfield, *Sir* Herbert. George III and the Historians. Nueva York, 1959. (orig. 1936).

Clark, Dora Mae. British Opinion and the American Revolution. New Haven, Yale Univ. Press, 1930.

Copeman, Dr. W. S. C. A Short History of the Gout. Berkeley, Univ. of Califonia Press, 1964.

Derry, John W. Charles James Fox. Nueva York, 1972.

Dictionary of National Biography. 22 vols. Londres, 1908.

Feiling, Keith Grahame. The Second Tory Party, 1714-1832. Londres, 1938.

Foster, Cornelius. Charles Townshend and His American Policy. Providence, R. I. 1978.

Gipson, Lawrence H. The British Empire Before the American Revolution. 15 vols.

Nueva York, 1958-1970.
Griffith, Samuel B., II. In Defense of the Public Liberty: Britain, America and the Struggle for Independence, 1760-81. Nueva York, 1976.
Guttridge, G. H. English Whiggism and the American Revolution. Berkeley. Univ. of California Press, 1942.
Harlow, Vincent, T. The Founding of the Second British Empire, 1763-1793. Vol. I. Londres, 1952.
Hinkhouse, Fred J. The Preliminaries of the American Revolution as Seen in the English Press, 1763-75. Nueva York, Columbia Univ. Press, 1926.
Hoffman, Ross, J. S. The Marquis; a Study of Lord Rockingham, 1730-1782. Nueva York, 1973.
Hyams, Edward. Capability Brown. Nueva York, 1971.
Tarrett, Derek. England in the Age of Hogarth. Nueva York, 1974.
Jesse, John Heneage. Memoirs of the Life and Reign of George III. 3 vols. Londres, 1867.
Knollenberg, Bernhard. Origin of the American Revolution. 1759-1766. Nueva York, 1960.
—, Growth of the American Revolution. 1766-1775. Nueva York, 1975.
Labaree, Benjamin W. The Boston Tea Party. Nueva York, 1964.
Laver James. The Age of Illusion: Manners and Morals, 1750-1848. Nueva York, 1972.
Lecky, William E. H. History of England in the 18th Century. Vols. III y IV. Londres, 1921 y 1923.
Macaulay, Thomas Babington, Lord. «William Pitt, Earl of Chatham», en dos partes, Critical and Historical Essays. Vols. II y III. Boston, 1901.
Mackesy, Piers. The War for America, 1775-1783. Cambridge Mass., 1964.
Mead William E. The Grand Tour in the 18th Century. Boston y Nueva York, 1914.
Miller, John C. Origins of the American Revolution. Stanford Univ. Press, y Londres, 1959 (orig. 1943). (Todas las citas de Miller se refieren a este libro, a menos de que se observe lo contrario).
—, The Triumph of Freedom. Boston, 1948.
Mingary, G. E. English Landed Society in the 18th Century. Londres, 1963.
Morgan, Edmund S. Birth of the Republic, 1763-89. Chicago, Univ. of Chicago Press, 1956.
—, The Gentle Puritan: A Life of Ezra Stiles, 1727-95. New Haven, Yale Univ. Press, 1962.
—, y Morgan, Helen. The Stamp Act Crisis. Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1953.
Mumby, Frank A. George III and the American Revolution. Londres, 1923.
Namier, *Sir* Lewis. The Structure of Politics at the Accession of George III. 2.ª. ed. Londres, 1957.

—, England in the Age of the American Revolution. Londres, 1961 (orig. 1930).
—, Crossroads of Power; Essays on 18th Century England. Nueva York, 1962.
—, y Brooke, John. Charles Townshend. Londres, 1964.
Nicolson Harold. The Age of Reason, 1700-1789. Londres, 1960.
Olson, Alison G. The Radical Duke: Charles Lennox, Third Duke of Richmond. Oxford, 1961.
Pares, Richard. King George III and the Politicians. Oxford Univ. Press, 1953.
Plumb, J. H. England in the 18th Century, 1714-1815. Londres, 1950.
—, Chatham, Hamden, Conn., 1965.
—, In the Light of History. Boston, 1973.
Ritcheson, Charles R. British Politics and the American Revolution. Norman, Univ. of Oklahoma Press, 1954.
Robertson, *Sir* Charles Grant. Chatham and the British Empire. Londres, 1946.
Sachse, William L. The Colonial American in Britain. Madison, Univ. of Wisconsin Press, 1956.
Sainsbury, John. «The Pro-Americans of London, 1769 to 1782». William and Mary Quarterly. Julio de 1978, 423-454.
Schlesinger, Arthur, Sr. The Colonial Merchants and the American Revolution Nueva York, 1939.
Sherson, Errol H. S. The Lively *Lady* Townshend. Nueva York, 1927.
Thomas, Peter D. G. British Politics and the Stamp Act Crisis. Oxford Univ. Press, 197~
Trevelyan, *Sir* George Otto. The American Revolution. 3 vols. Londres, 1921-1922.
Valentine, Alan. The British Establishment, 1760-1784; An Eighteenth Century Biographical Dictionary. 2 vols. Norman, Univ. of Oklahoma Press, 1970.
—, Lord George Germain. Oxford, 1962.
—, Lord North. 2 vols. Norman, Univ. of Oklahoma Press, 1967.
Van Doren, Carl. Benjamin Franklin. Nueva York, 1952 (orig. 1938).
Watson, J. Steven. The Reign of George III. Oxford Univ. Press, 1960.
Wickwire, Franklin B. British Subministers and Colonial America 1763-1783. Princeton Univ. Press, 1966.
Williams, Basil. The Life of William Pitt, Earl of Chatham. 2 vols. Londres, 1966 (orig. 1913).
—, The Whig Supremacy. Oxford Univ. Press, 1962 (orig. 1938).
Winstanley, Denys A. Lord Chatham and the Whig Opposition. Cambridge Univ. Press, 1912.

Obras consultadas - Capitulo V

Acheson, Dean. *Present at the Creation*. Nueva York, 1969.

American Enterprise Institute. *Vietnam Settlement: Why 1973 Not 1969?* Rational Debate Series. Washington, D. C., 1973.

Anderson, Patrick. *The President's Men*. Nueva York, 1968.

Austin, Anthony. *The President's War: Tonkin Gulf Resolution*. Nueva York, 1971.

Ball, George W. *The Past Has Another Pattern*. Nueva York, 1982.

Bundy, McGeorge. «Vietnam, Watergate and Presidential Powers». *Foreign Affairs*. Invierno de 1979-1980.

Ruttinger, Joseph. *The Smaller Dragon: A Political History of Vietnam*. Nueva York, 1958.

—,*Vietnam: A Drogano Enibattled*. 2 vols. Nueva York, 1967.

Chicago, University of, Center for Policy Studies. *Vietnam: Which Way to Peace?* Chicago, 1970.

Clifford, Clark. «A Vietnam Reappraisal». *Foreign Affairs*, julio de 1969.

Cohen, Warren I. *Dean Rusk (American Secretaries of State and Their Díplomacy*, vol. 19). Totowa, N. J., 1980

Collins, J. Lawton, general. *Lighting Joe An Autobiography* Baton Rouge, 1979

Congressional Quarterly Service. *Congress and the Nation* Vol III 1969-1972 Washington, D. C., 1973

Cooper, Chester. *The Lost Crusade America in Vietnam* Nueva York 1970.

Council on Foreign Relations *American Dilemma in Viet Nam A Report on the Views of Leading Citizenss in Thirty-three Cities. Comp*. Rolland H. Buskner. N. Y. 1965.

De Gaulle, Charles. *Memoirs* (en inglés), 3 vols. Nueva York, 1960.

Donovan, Robert J. *Conflict and Crisis: The Presídency of Harry S. Truman, 1945-48* . Nueva York, 1977.

Douglas, William O. *North from Malaya*. Nueva York, 1953.

Drachman, Edward R. *United States Policy Toward Vietnam, 1940-45*. Rutherford, N. J., 1970.

Dunn, Peter. *An Interpretation of Source Materials for the Period September 1945 Until May 1946 in the Region of Cochinchina and South Annam*. Tesis inédita. Escuela de Estudios Orientales. Universidad de Londres.

Eisenhower, Dwight D. *Diaries*. Ed. Robert H. Ferrell. Nueva York, 1981.

—, *Mandate for Change, 1953-56*. Nueva York, 1963.

—, *Waging Peace, 1956-61*. Nueva York, 1965.

Ellsberg, Daniel. *Papers on the War*. Nueva York, 1972.

Evans, Rowland, y Novak, Robert. *Lyndon B. Johnson: The Exercise of Power*.

Nueva York, 1966.
Ewald, William Bragg. *Eisenhower, the President*. Englewood, N. J., 1981.
Fall, Bernard. *The Two Vietnams: A Political and Military Analysis*. Nueva York, 1967.
Fifield, RusselI H. *Americans in Southeast Asía: The Roots of Commitment*. N. Y. 1973.
Fitzgerald, Frances. *Fire in the Lake*. Boston, 1972.
Franck, Thomas, y Welsband, Edward, comps. *Secrecy and Foreign Policy*. N. Y. 1973.
Fulbright, senador J. William. *The Vietnam Hearings*. Véase U. S. Congress, Senate.
Galbraith, John Kenneth. *A Life in Our Times*. Boston, 1981.
Gelb, Leslie, y Betts, Richard K. *The Irony of Vietnam: The System Worked*. Washington, D. C., 1980.
Graff, Henry F. *The Tuesday Cabinet*, Englewood Cliffs, N. J., 1970.
Gurtov, Melvin. *The First Vietnam Crisis; Chinese Communist Strategy and United States Involment, 1953-54*. Nueva York, 1967.
Halberstam, David. *The Best and the* Brightest. Nueva York, 1972
Halle, Louis J. *The Cold War as History*. Nueva York, 1967.
Hammer, Ellen J. *The Struggle for Indo-China, 1940-1955*. Stanford, 1966.
Hardin, Charles, M. *Presidential Power and Accountability*. Chicago, 1974.
Harris, Louis. *The Anguish of* Change. Nueva York, 1973.
Herring, George C. *America's Longest War: The United States and Vietnam, 1950-75*. Nueva York, 1979.
Hilsman, Roger, *To Move a Nation*. Nueva York, 1967.
Hoopes, Townsend. *The Limits of Intervention*. Nueva York, 1969.
—, *The Devil and John Foster Dulles*. Boston, 1973. (Todas las referencias son a este libro a menos que se indique lo contrario).
Hull, Cordell. *Memoirs*. 2 vols. Nueva York, 1948.
Isaacs, Harold R. *No Peace for Asia*. Nueva York, 1947.
Kaplan, Fred. *Wízards of Armageddon*. Nueva York, 1983.
Kearns, Doris. *Lyndon Johnson and the American Dream*. Nueva York, 1976.
Kendrick, Alexander. *The Wound Within: America in the Vietnam Years, 1945-74*. Boston, 1974.
Kissinger, Henry. *The White House Years*. Boston, 1979.
Kraft, Joseph. «A Way Out in Vietnam». *Harper's* Diciembre de 1964.
—, «Washington Insight». *Harper's*. Septiembre de 1965.
Kraslow, David, y Loory, Stuart H. *The Secret Search for Peace in Vietnam*. Nueva York, 1968.
La Feber, Walter. «Roosevelt, Churchill and Indochina: 1942-45». *American Historical Review*. Diciembre de 1975.
Lake, Anthony, Comp., *et al. The Vietnam Legacy*. Nueva York, 1976.

Lancaster, Donald. *The Emancípation of French Indo-China*. Londres, 1961.
Leahy, almirante William D. *I Was There*. Nueva York, 1950.
Lewy, Guenter. *America in Vietnam*. Nueva York, 1978.
Logue, Cal M., y Patton, John H. «From Ambiguity to Dogma: The Reetorical Symbols of Lyndon B. Johnson on Vietnam». *Southern Speech Communication Journal*. Primavera de 1982, 310-329.
Macpherson, Harry. *A Political Education*. Boston, 1972.
Manning, Robert, gen., comp. *The Vietnam Experience: vol. 1, Seeting the Stage*, por Edward Doyle y Samuel Lipsman; vol. III, *Raising the Stakes*, por Terence Maitland y Theodore Weiss. Boston, 1981-1982.
Mansfield, senador Mike. Véase U. S. Congress, Senate.
Marshall, D. Bruce. *The French Colonial Myth*. New Haven, 1973.
Mecklin, John. *Mission in Torment: An Intimate Account of the United States Role in Vietnam*. Nueva York, 1965.
Milstein, Jeffrey S. *Dynamics of the Vietnam War*. Columbus, Ohio, 1974.
Morgenthau, Hans J. *Vietnam and the United States*. Washington, D. C., 1965.
Myrdal, Gunnar. «With What Little Wisdom». *New York Times Magazine*. 18 de julio de 1965.
O'Donnell, Kenneth. «LBJ and the Kennedys». *Life*. 7 de agosto de 1970.
Patti, Archimedes F. A. *Why Viet-Nam?* Berkeley, Univ. of California Press, 1981.
Pentagon Papers. Véase U. S. Department of Defense.
Powers, Thomas. *The War at Home: Vietnam and the American People, 1964-68.* Nueva York, 1973.
Race, Jeffrey. «Vietnam Intervention: Systematic Distortion in Policy Making». *Armed Forces and Society*. Mayo de 1976, 377-396.
—, «The Unclearned Lessons of Vietnam». *Yale Review*. Invierno de 1977, 162-177.
Raskin, Marcus, y Fall, Bernard. *The Vietnam Reader* (ed. rev.). Nueva York, 1967.
Reischauer, Edwin O. *Wanted: An Asian Policy*. Nueva York, 1955.
—, *Beyond Vietnam: The United States and Asia*. Nueva York, 1967.
Ridgway, general Matthew B. «Indochina: Disengaging». *Foreign Affairs*. Julio de 1971.
—, *Soldier*. Nueva York, 1956.
Riegle, Donald. *O Congress*. Nueva York, 1972.
Roberts, Chalmers M. «The Day Wo Didn't Go to War», en Raskin y Fall, citado originalmente de *The Reporter*. 14 de septiembre de 1954.
Russett, Bruce M., y Stepan, Alfred. *Military Force and American Society*. Nueva York, 1973.
Safire, William. *Before the Fall: An Inside. View of the Pre-Watergate White House*. Nueva York, 1975.
St. Louis Post-Dispatch. Richard Dudman *et al*. Special Supplement on Vietnam, 30 de abril de 1975.

Salinger, Pierre. *With Kennedy*. Nueva York, 1966.
Schandler, Herbert Y. *The Unmaking of a President: Lyndon Johnson and Vietnam*. Princeton, 1977.
Scheer, Robert. *How the United States Got Involved in Vietnam*. Santa Bárbara, 1965.
Schlesinger, Arthur Jr. *A Thousand Days*. Boston, 1965.
Sevareid, Eric. «The Final Troubled Hours of Adlai Stevenson». *Look*. 30 de noviembre de 1965.
Shaplen, Robert. *The Lost Revolution*. Nueva York, 1966. (Todas las referencias son a este libro a menos que se indique lo contrario).
—, *The Road from War*. Nueva York, 1970.
Sharp, U. S. Grant, almirante. *Strategy for Defeat*. San Rafael, California, 1978.
Shawcross, William. *Sideshow: Kissinger, Nixon and the Destruction of Cambodia*. Nueva York, 1979.
Smith, R. Harris. *OSS: The Secret History of America's First Central Intelligence Agency*. Berkeley, Univ. of California Press, 1972.
Sorensen, Theodore C. *Kennedy*. Nueva York, 1965.
Steel, Ronald. *Walter Lippmann and the American Century*. Boston, 1980.
Summers, coronel Harry G. *On Strategy: A Critical Analysis of the Vietnam War*. Presidio, Calif., 1982.
Szulc, Tad. The *Illusion of Peace: Foreign Policy in the Nixon Years*. Nueva York, 1978.
Taylor, general Maxwell D. *Swords and Plowshares*. Nueva York, 1972.
Thompson, W. Scott, y Frizzell, Donaldson D., comps. *The Lessons of Vietnam: A Colloquium in 1973-74 at Fletcher School of Laa, and Diplomacy on the Military Lessons of the Vietnamese War*. Nueva York, 1977.
Thomson, James C. Jr. «How Could Vietnam Happen?». *The Atlantic*. Abril de 1968.
—, «Resigning from Government», en Franck y Weisband, véase. Thorne, Christopher. *Allies of a Kind*. Londres, 1978.
U. S. Congress, Senate, Committee on Foreign Relations, Mansfield, senador Mike, informe de… *On a Study Mission to the Associated States of Indochina. Vietnam, Cambodia, Laos*, 83rd Congress, Primera Sesión, 27 de octubre de 1953.
—, Informe de… *to Vietnam, Cambodia and Laos*, 83rd Congress. Segunda Sesión, 15 de octubre de 1954.
—, Informe de… *to Vietnam, Cambodia and Laos*, 84th Congress, Primera Sesión, 6 de octubre de 1955.
U. S. Congress, Senate, 89th Congress, Segunda Sesión. *Hearings Before the Committee on Foreign Relations; Supplemental Foreign Assistance Fiscal Year 1966-Vietnam*. S. 2793 (Audiencias Fulbright), Parte 1, pp. 1-743. (Las Audiencias también fueron publicadas como libro comercial por Random House con una introducción del senador Fulbright: *The Vietnam Hearings*, Nueva York, 1966).

U. S. Congress, 92th, Segunda Sesión: Senate Committee on Foreign Relations. *The United States and Vietnam: 1944-47. A Staff Study based on* «The Pentagon Papers» *by Robert M. Blum* (citado como PP, Senado). USCPO, Washington, D. C., 1972.

U S. Department of Defense. *The Pentagon Papers: United States-Vietnam Relations 1945-1967*. Estudio preparado en doce libros por el Departamento de la Defensa y «desclasificado» para el Comité de Servicios Armados de la Cámara (citado como PP). USGPO, Washington, D. C., 1971.

—, *The Pentagon Papers: Híslory of United States Decision Making on Vietnam*, edición del senador Gravel. 4 vols. y volumen de Indice. Boston, 1971-1972. (Las citas son de esta edición a menos que se indique lo contrario).

—, *The Pentagon Papers*: publicados por el *New York Times*. Nueva York, 1971.

U S. Office of the Chief of Military History: Marcel Vigneras. *Special Studies: Rearming the French*. Washington, D. C., 1957.

U S. State Department. *Foreign Relations of the Uníted States* (anual). USGPO. Washington, D. C.

Vigneras, Marcel. Véase U. S. Office of the Chief of Military History.

White, Ralph K. *Nobody Wanted War: Misperception in Vietnam and Other Wars*. Nueva York, 1968.

White, Theodore. *The Making of the President, 1968*. Nueva York, 1969.

Wicker, Tom. *JFK y LBJ*. Nueva York, 1968.

Wilcox, Francis O. *Congress, the Executive, and Foreign Policy*. Nueva York, 1971.

Personas consultadas

George W. Ball
McGeorge Bundy
William P. Bundy
Michael Forrestal
J. K. Galbraith
Leslie Gelb
David Halberstam
Morton Halperin
Carl Kaysen
Robert S. McNamara
Harrison Salisbury
Bill Moyers
David Schoenbrun
James Thomson

Abreviaturas

ARVN Army of the Republic of Vietnam (Sur).
CCS Combined Chiefs of Staff (Aliados en la Segunda Guerra Mundial).
CINCPAC Commander in Chief, Pacífico.
DRV Democratic Republic of Vietnam (Norte).
FRC (Senado) Foreign Relations Committee.
FRUS Foreign Relations of the United States (serie anual).
JCS Joint Chiefs of Staff (Jefes Conjuntos de Estado Mayor).
MAAG Military Assistance Advisory Group.
MACV Military Assistance Command Vietnam.
NSC National Security Council (Consejo Nacional de Seguridad).
PP Pentagon Papers (todas las referencias son a la edición Gravel, excepto cuando se indique lo contrario).
SEA Sudeste de Asia.

BARBARA W. TUCHMAN. (Nueva York, 30 de enero de 1912 – 6 de febrero de 1989) fue una historiadora estadounidense, periodista y escritora. Hija del banquero Maurice Wertheim, era nieta Henry Morgenthau, también banquero y Embajador de Woodrow Wilson en el Imperio Otomano.

Barbara Wertheim recibió su Licenciatura en Artes de la Radcliffe College en 1933. En 1939, contrajo matrimonio con Lester R. Tuchman, un médico internista, investigador y profesor de medicina clínica en el Monte Sinai School of Medicine. Tuvieron tres hijas (una de ellas fue Jessica Mathews). Entre 1934 y 1935 trabajó como asistente de investigación en el Instituto de Relaciones del Pacífico en Nueva York y Tokio, y luego comenzó una carrera como periodista antes de dedicarse a los libros.

Se desempeñó como ayudante de redacción de *The Nation* y corresponsal estadounidense para el *New Statesman* de Londres, el Centro de Noticias del Lejano Oriente y la Oficina de Información de Guerra (1944-45). Algunas de sus obras son: *La política británica perdida: Gran Bretaña y España desde 1700* (1938). *La Biblia y la espada: Inglaterra y Palestina de la Edad del Bronce a Balfour* (1956). *El telegrama Zimmermann* (1958). *Un espejo lejano* (1978). *Los cañones de agosto* (1962).

Notas

[1] John Adams, carta a Thomas Jefferson, 9 de julio de 1813, en *The Adams-Jefferson Letters*, Comp. L. J. Cappon, Chapel Hill, 1959, II, 351. <<

[2] Denys A. Winstanley, *Lord Chatham and the Whig Opposition*, Cambridge, 1912, 129. <<

[3] Platón, *La República*, V, 473. <<

[4] *Encyclopaedia Britannica*, 14a. ed., anónimo. <<

[5] *Bartlett's Familiar Quotations*. <<

[6] Sobre Roboam, cf. 1 *Reyes* 11:43, 12:1 y 4; II *Crónicas* 9:31, 10:1 y 4. <<

[7] *Sic*. Debería decir Jeroboam. (*Nota del editor digital*). <<

[8] *Eclesiástico* (Libro de Sirach) 48:6. <<

[9] Sobre Moctezuma, cf. William H. Preacott, *The Conquest of Mexico*, Nueva York, 1843; C. A. Burland, *Moctezuma*, Nueva York, 1973. <<

[10] *New Cambridge Modern History*, I, 442. <<

[11] Sobre los visigodos, cf. Rafael Altamira, «Spain Under the Visigoths», en *Cambridge Medieval History*, II, cap. 6. <<

[12] Plutarco, *Vidas*. <<

[13] *The Birth of a Nation*, Nueva York, 1968, 245-246 <<

[14] M. A. François, *The Age of Louis XIV*, Everyman, Nueva York, 1966, 408. <<

[15] G. R. R. Treasure, *Seventeenth Century France*, Nueva York 1966, 368. <<

[16] G. A. Rothrock, *The Huguenots: Biography of a Minority*, Chicago, 1973, 173. <<

[17] Saint-Simon, *Mémories*, en Sanche de Gramont, *The Age of Magnifícence*, Nueva York, 1963, 274. <<

[18] Cálculo presentado al rey por el mariscal Vauban en 1689; Rothrock, *op. cit.*, 179.
<<

[19] C. Picavet, en *La diplomatie au temps de Louis XIV*, 1930; Cit. en Treasure, *op. cit*., 353. <<

[20] Emerson, *Journals*, *1820-72*, Boston, 1909-1914, IV, 160. <<

[21] Alfred Cobban, *A History of Modern France*, 2 vols., Penguin, 1961, II, 72. <<

[22] *Ibíd*., II, 77. <<

[23] Fritz Fischer, *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, 1967, 184-185 <<

[24] Discurso en el Reichstag, 10 de enero de 1916; Cit. en Hans Peter Hanssen, *Diary of a Dying Empire*, Bloomington, Indiana Univ. Press, 1955. <<

[25] Discurso en el Reichstag, 31 de enero de 1917, Cit. en Hanssen, *op. cit*, 165. <<

[26] *Official German Documents Relating to the World War*, 2 vol., Carnegie Endowment for International Peace, Nueva York, I, 150. <<

[27] Max Warburg y Bernhard Dernburg; véase Fischer, *op. cit*., 307. <<

[28] Fischer, *op. cit*., 299. <<

[29] Un informe textual de la conferencia se encuentra en *German Documents*, 1, 340,525; II, 1219-1277, 1317-1321. <<

[30] Cit. en G. P. Gooch, *Recent Revelations of European Diplomacy*, Londres, 1927, 17. <<

[31] Cit. en Fritz Stern, *The Responsibility of Power*, ed. L. Krieger, y Stern, Nueva York, 1967, 278. <<

[32] Gordon W. Prange, *At Dawn We Slept*, Nueva York, 1981, 10, 15, 16. <<

[33] Diario del marqués Kido, encargado del Sello Privado, 31 de julio de 1941, cit. en Herbert Feis, *The Road to Pearl Harbor*, Princeton, 1950, 252. <<

[34] Éste es el periodo, antes muy disputado, en que ahora, sin embargo, convienen los estudiosos, desde el desciframiento de la escritura Lineal B en 1952. <<

[35] Powys, prefacio a «Homer and the Aelther»; en Steiner y Fagles, 140. <<

[36] *Odisea*, VIII, 499-520. (Los números en las notas de referencia a la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Eneida* se refieren a los versos —que pueden variar un tanto, según la traducción—, no a las páginas). <<

[37] Los relatos en verso, entre Homero y Virgilio, que existen principalmente en fragmentos o epítomes, son: la *Chipria*, c. siglo VII a. C.; la *Pequeña Ilíada*, por Lesches de Lesbos; la *Destrucción de Troya*, por Artino de Mileto. Tratamientos de la Guerra de Troya, posteriores a la *Eneida*, se encuentran en: Apolodoro; las *Fábulas* de Higino; la *Poshomérica* de Quinto de Esmirna; Servio sobre la *Eneida*; Dictis *el Cretense*; y Dares *el Frigio*. <<

[38] Tomado de Servio, analizado en las notas de Frazer a Apolodoro, II, 229-235; notas de Murray a Eurípides, 81. <<

[39] *Eneidas*, II, 13-56: *Pequeña Ilíada* de Lesches, cit. en Scherer, 110; Graves, II, 331. <<

[40] *Odisea*, VIII, 511 ss.; *Pequeña Ilíada*, cit. en Knight; *Eneida*, II, 234. <<

[41] Quinto, 221-222, 227. <<

[42] Quinto, 227. <<

[43] *Eneida*, II, 46-55. Artino, *Destrucción de Troya*, cit. en Scherer, iii. <<

[44] *Odisea*, VIII, 499; Graves, II, 333. <<

[45] *Eneida*, II, 56-80, 199-231; Higino, Fábulas. <<

[46] *Eneida*, II, 80-275; Quinto, 228. <<

[47] *Eneida*, II, 283-315. <<

[48] Citado en Scherer, 113. <<

[49] Quinto, 231-232. <<

[50] *Eneida*, II; Quinto, 232-233; Higino y Apolodoro, citados en Graves, II, 263-264, 273; notas de Frazer a Apolodoro, II, 229-235. <<

[51] Odiseo informa de esto a Aquiles en el Hades, *Odisea*, XI, 527. <<

[52] *Eneida*, Libro II, 506-58. <<

[53] Grote, I, 285; Graves, II, 335. <<

[54] Yigael Yadín, en *World History of the Jewish People*, Rutgers Univ. Press, 1970, II, 159; también *Art of Warfare in Biblical Lands*, Londres, 1965, 18. <<

[55] Herodoto, II, caps. 113-120. <<

[56] *Ilíada* III, 170. <<

[57] *Odisea*, I, 30 y 32 ss. <<

[58] Até, aparece por primera vez en Hesiodo, anterior a Homero; a veces llamada Eris, o Erinis; a veces aparece como hija de Eris, diosa de la Discordia; en la *Ilíada*, IX, 502-512, y XIX, 95-135; en varios diccionarios clásicos. <<

[59] En otras versiones, los orígenes de la guerra van asociados a la leyenda del Diluvio que circuló por toda el Asia Menor, emanando probablemente de la región del Éufrates, que frecuentemente se desbordaba. Zeus, resuelto a eliminar a la insatisfactoria especie humana; o bien, según la *Chipría*, a «diezmar» la población, que estaba abrumando a la Tierra nutricia, se decidió por «la gran lucha de la guerra de Ilión, para que su carga de muertes vaciara al mundo». Por consiguiente, concibió, o aprovechó la pugna de las diosas por la Manzana para causar la guerra. Eurípides adopta esta versión cuando hace que Helena diga, en la obra de su nombre, que Zeus dispuso la guerra para «aligerar a la madre Tierra de su miríada de ejércitos de hombres». Es evidente que muy temprano hubo un profundo sentido de la indignidad humana, para producir estas leyendas. (Sobre la leyenda del Diluvio, *cf*. Kirk, 135-136, 261-264; y Graves, II, 269). <<

[60] *Ilíada*, IX, 474-480. <<

[61] *Ilíada*, XIX, 87-94. <<

[62] Shakespeare, *Julio César*, acto III, escena I. <<

[63] Sin contar a uno que reinó 26 días, y a un extranjero, que reinó menos de dos años. <<

[64] Las guerras, política y relaciones internacionales del papado y de los Estados italianos, y las circunstancias de la ruptura de Lutero y su secuela, no aparecen anotadas porque han sido ampliamente registradas en historias y estudios secundarios del Renacimiento y la Reforma. <<

[65] G. G. Coulton, *Social Life in Brítain from the Conquest to the Reformation*, Cambridge, 1918, 204. <<

[66] Citado en Owst, 31-32. <<

[67] Citado en Howell, 251-252. <<

[68] Todd, 97; Olin, xxi. <<

[69] Citado en O'Malley, 211 y 86, n.º 33. <<

[70] Libro II, cap. II. <<

[71] Gilmore, 60. <<

[72] Funck-Brentano, 37. <<

[73] Burckhardt, 78. <<

[74] Citado en *ibíd*., 52. <<

[75] Citado en *ibíd*., 42. <<

[76] Burchard, 130. <<

[77] Burckhardt, 50. <<

[78] *Ibíd*., 65. <<

[79] Citado en Lees-Milne, 124, y Mallet, 47. <<

[80] *New Cambridge*, 77. <<

[81] Burckhardt, 123; Hughes, 389-390; Mallet, 53-56; Aubenas, 87-90. <<

[82] Chambers, 290; Jedin, 88. <<

[83] Hughes, 442. <<

[84] Pastor, IV, 243-245. <<

[85] Citado en Routh, 83. <<

[86] Aubenas, 88, y Pastor, IV, 136, n.º 2. <<

[87] Aubenas, 76-77; Hughes, 393-394. <<

[88] Citado en Aubenas, 77. <<

[89] Jedin, 105. <<

[90] Pastor, V, 246-270; Burckhardt, 126. <<

[91] Mallet, 100. <<

[92] Citado en Pastor, V, 237. <<

[93] *Ibíd*., 242. <<

[94] Ullmann, 319. <<

[95] Citado en *New Cambridge* 77. <<

[96] Hughes, 402. <<

[97] *Ibíd*., 447, n.º 1. <<

[98] Pastor, V, 354, 370; Chambers, 291, 304, 307. <<

[99] Chamberlin, 211. <<

[100] Citado en Pastor, V, 358-359; Olin, XV; Mallet, 52. Publicado por primera vez en Fabroni, *Vida de Lorenzo*, 1784 <<

[101] Citado en Pastor, V, 246. <<

[102] *Ibíd*., 269. <<

[103] *Ibíd*. <<

[104] Citado en O’Malley, 234. <<

[105] Citado en Hughes, 345. <<

[106] Guicciardini, 70; Aubenas, 140. <<

[107] Pastor, V, 299. <<

[108] *Ibíd*., 320. <<

[109] Citado en Mallet, 120. <<

[110] Schaff, 442; Mallet, 108. <<

[111] Citado en Mallet, 115, tomado del *Diario della città di Roma*, de Stefano Infessura. La compra de votos por Borgia, con sumas y promesas a cada uno de los cardenales, se detalla en Pastor, V, 418. <<

[112] *Cambridge Medieval History*, VIII, 175. <<

[113] Sobre el carácter, riquezas y conducta de Borgia, *cf*. Guicciardini, caps. II y XIII; Routh, 92-93; Mallet, 84-86; Ullmann, 319; Chamberlin, 166-171. <<

[114] Citado en Burckhardt, xix. <<

[115] Sigismondo de Conti, citado en Burchard, xvii. <<

[116] Jacopo Gherardi, da Volterra, citado en Mallet, 84. <<

[117] Citado en Routh, 93. <<

[118] Citado en Burchard, xvii. <<

[119] Guicciardini, 124; Ullmann, 319. <<

[120] Burchard, xv. <<

[121] Mallet, 181. <<

[122] Burchard, citado en Mallet, 120. <<

[123] Chamberlin, 199. <<

[124] Pastor, V, 418. <<

[125] Jedin, 88. <<

[126] Chadwick, 20. <<

[127] Guicciardini, 46-48. <<

[128] *New Cambridge*, 302. <<

[129] *Ibíd*., 348-350. <<

[130] Guicciardini, 69. <<

[131] *Ibíd*., 68. <<

[132] George Meredith, *The Egoist*. <<

[133] *New Cambridge*, 296. <<

[134] Guicciardini, 48. <<

[135] Pastor, V, 451-452. <<

[136] *Ibíd*., 454. <<

[137] Sobre Savonarola, *cf*. Aubenas, 130-136; Schevill, Florence, 433-455. <<

[138] Citado en Coughlan, 69. <<

[139] *Ibíd*. <<

[140] Pastor, VI, 14-15. <<

[141] Schevill, *Florence*, 444. <<

[142] Citado en Jedin, 40. <<

[143] Pastor, V, 177. <<

[144] Pastor, V, 215. <<

[145] Mallet, 154-155; Chamberlin, 187-190. <<

[146] Citado en Jedin, 126. <<

[147] Hale, 228; Hughes, 450. <<

[148] Guicciardini, 139; Aubenas, 143-144. <<

[149] Marino Sanuto, *Diarii*, vol. I, Venecia, 1879, p. 1054, párrafo 127. <<

[150] Pastor, VI, 62-64. <<

[151] Pastor, VI, 61-68. <<

[152] *Ibíd*., 75; Burckhardt, 132. <<

[153] Burchard, xxii. <<

[154] Mallet, 177-178. <<

[155] Burchard, 155. <<

[156] Burchard, 157. <<

[157] Hughes, 413-414. <<

[158] Jedin, 97. <<

[159] Burchard, 186-187; Jedin, 97; carta de Francisco Gonzaga, 22 de diciembre de 1503, citada en Routh, 95. <<

[160] Citado en O'Malley, 187 n.º 2. <<

[161] Pastor, VI, 186. <<

[162] *Ibíd*., 199-201 <<

[163] *Ibíd.* <<

[164] *Ibíd*., 200. <<

[165] Guicciardini, citado en Routh, 99. <<

[166] Pastor, VI, 213; Gilbert, 125-127. <<

[167] Gilbert, 124. <<

[168] Guicciardini, citado en Routh, 100-101. <<

[169] *Ibíd.* <<

[170] Pastor, VI 329-331. <<

[171] *Ibíd.* <<

[172] *Ibíd.* <<

[173] Aubenas, 156. <<

[174] Sobre Schiner, *cf*. Pastor, VI, 325; Oechsli, 33, 54. <<

[175] *Querela Pacis* de 1517, citado en *New Cambridge*, I, 82; Aubenas, 243. <<

[176] Citado en Pastor, VI, 360. <<

[177] Citado en Gilbert, 123. <<

[178] Vasari; Ullmann, 317; Mitchell, 52. <<

[179] Citado en Young, 276. <<

[180] Lees-Milne, 142. <<

[181] Vasari, capitulo sobre Miguel Angel, *passim*. <<

[182] Vasari, 266. <<

[183] Sobre el redescubrimiento del *Laocoonte*, *cf*. Pastor, VI, 488; Calvesi, 125; Hibber Notas, 326; Coughlan, 103; Lees-Milne, 141; Rodocanachi, Jules II, 58-60. <<

[184] Rodocanachi, Jules II, 60, nu. 2. <<

[185] Hibbert, 222. <<

[186] Olin, 31-39. <<

[187] Giovanni Gozzadini, citado en Jedin, 40. <<

[188] Citado en Olin., 44-53; Pastor, VI, 407. <<

[189] Burckhardt, 169 <<

[190] Sobre los decretos del Quinto Laterano, *cf*. Hughes, 480, *New Cambridge*, 92. <<

[191] Citado en Pastor, VI, 416. <<

[192] Aubenas, 165. <<

[193] Citado en Hale, 226. <<

[194] Citado en Pastor, VI, 452. <<

[195] Pastor, VIII, 76. <<

[196] Sobre el carácter y la conducta de León X, *cf. ibíd*. 71 ss.; Guicciardini y Vettori, citados en Routh, 104-105; Chamberlin, 209-248. <<

[197] Gregorovius, VIII, 180-188; Lortz, 92 <<

[198] Pastor, VII, 341; VIII, 99-100; Hughes, 434. <<

[199] Vasari, 271. <<

[200] De Tolnay, 4. <<

[201] Vasari, 231. <<

[202] Gregorovius, VIII, 244; Pastor, VIII, 117. <<

[203] De Tolnay, 68. <<

[204] Pastor, VII, VIII, *passim*; Calvesi, 149. Citado Paolo Giovio: Chamberlin, 218 <<

[205] Pastor, VIII, 111-112. <<

[206] Ranke, I, 54; Mitchell, 14. <<

[207] Pastor, VII, 75. <<

[208] Mitchell, 88. <<

[209] Citado en Chamberlin, 228. <<

[210] Hughes, 448-449. <<

[211] Gregorovius, VIII, 210. <<

[212] Sobre el nepotismo de León X, *cf*. Young, 297. <<

[213] Chamberlin, 231. <<

[214] Aubenas, 182; Pastor, VIII, 92. <<

[215] Hughes, 431; Mitchell, 109-114; Schaff, 486. <<

[216] Young, 299. <<

[217] *Ibíd*., 300. <<

[218] Pastor, VIII, 173. <<

[219] *Ibíd*., VIII, 177; Hughes, 491. <<

[220] Pastor, VIII. 407. <<

[221] *Colloquies*, 33, 98-99. <<

[222] Citado en Huizinga, 141. <<

[223] *Discursos*, Libro I, cap. XII; *El Príncipe*, cap. XXVI. <<

[224] Guicciardini, 149. <<

[225] Hale, 232. <<

[226] Schaff, 766. <<

[227] La referencia es, desde luego, a P. T. Barnum, el célebre empresario del circo Barnum & Bailey. <<

[228] Dickens, 61. <<

[229] Citado en Chamberlin, 241-242. <<

[230] Lees-Milne, 147. <<

[231] Citado en Dickens, 23. <<

[232] Hughes, 431, 434; Rodocanachi, *Adrian VI*, 7; Vettori, tomado de su *Storia d'Italia*, citado en Routh, 104-105. <<

[233] Mitchell, 122. <<

[234] Ibíd., 125. <<

[235] Oechsli, 25; Pastor, IX, 25-31, 45, 329; Guicciardini, 330; Mitchell, 126; Burckhardt, 169. <<

[236] Citado en Pastor, IX, 91. <<

[237] Citado en *ibíd*., 92. <<

[238] Citado en *ibíd*., 94-95. <<

[239] Ranke, I, 73-74; Pastor, IX, 52, 70-74 ss. <<

[240] Citado en Lortz, 95. <<

[241] Ranke, I, 74; Pastor, IX, 125. <<

[242] Guicciardini, citado en Chamberlin, 258; Routh, 104. <<

[243] Marco Foscari, citado en Chamberlin, 260. <<

[244] Tomado de su *Sommario*, citado en Gilbert, 252. <<

[245] Citado en Chamberlin, 265. <<

[246] Citado en López, 39. <<

[247] Guicciardini, 372. <<

[248] Gilberti, citado en Chamberlin, 273. <<

[249] Pastor, IX, 370-429; Partner, *Renaissance Rome*, 31. <<

[250] Pastor, IX, 399 y n.º 4. <<

[251] *Ibíd*. 400. <<

[252] Mercurino de Gattinara, citado en Routh, 106-109 <<

[253] Citado en Hughes, 474, n.º 4. <<

[254] Brion, 167, y otros. <<

[255] Guicciardini. citado en Chamberlin, 285. <<

[256] Brion, 167. <<

[257] Citado en Chamberlin, 285. <<

[258] Los hechos y el desarrollo, bien conocidos, de la política británica, de los asuntos coloniales que culminaron en la Revolución y en la propia Guerra de la Revolución no están anotados, pues fácilmente se les puede encontrar en las fuentes enumeradas al final del capitulo. Las referencias se reservan a las citas y a los hechos e incidentes relativamente menos conocidos. La fuente de los hechos biográficos y cuestiones de personalidad, si no se indica lo contrario, debe entenderse que es el *DNB* o el *Establishment*, de Valentine. Las declaraciones en el Parlamento pueden encontrarse bajo la fecha dada en los volúmenes pertinentes de la *Parliamentary History*, de Hansard: XVI (enero de 1765-noviembre de 1770), XVII (febrero de 1771-enero de 1774), XVIII (noviembre de 1774-octubre de 1776), XIX (enero de 1777-diciembre de 1778). <<

[259] Citado en Allen, 239. <<

[260] Citado en Knollenberg, *Origin*, 91. <<

[261] *Ibíd*., 92, 318, n.º 17. <<

[262] Citado en Brooke, 226 <<

[263] En mi opinión «el brazo» o «la rama» serían términos más indicados. (*Nota del editor digital*). <<

[264] John Adams, citado en Bailyn, *Ordeal*, 56. <<

[265] Citado en Morgan, *Stamp Act*, 4. <<

[266] Citado en Jesse, I, 251. <<

[267] Hansard, XV, 1307. <<

[268] Rockingham, *Memoirs*, 1, 117. <<

[269] Citado en Walpole, *Memoirs*, I, 152. <<

[270] Citado en Pares, 57. <<

[271] Walpole, *Memoirs*, IV, 188. <<

[272] Valentine, *Germain*, 471, n.º 3. <<

[273] Namier, *Structure*, 2. <<

[274] Laver, 73. <<

[275] Citado en Fitzmaurice, I, 88. <<

[276] Sic. Debería decir XVIII. (*nota del editor digital*). <<

[277] *Memoirs*, II, 164. <<

[278] Citado en Grafton, Introducción por Anson, xxxiv. <<

[279] Sherson, 44. <<

[280] Hyams, 15. <<

[281] Valentine, *Germain*, 5. <<

[282] Citado en Mead, 317. <<

[283] Bargar, 6. <<

[284] Citado en Lecky, III, 385-386. <<

[285] Citado en Fitzmaurice, 1, 72. <<

[286] Citado en Hoffman, 11. <<

[287] Citado en Brooke, 222; Namier, *Crossroads*, 131. <<

[288] Citado en Namier, *England*, 93. <<

[289] Citado en Watson, 4. <<

[290] Citado en Namier, *Structure*, 34. <<

[291] Así se llamó a los burgos que al ser aprobada la Ley de Reforma de 1832 contenían muy pocos votantes pero conservaban el privilegio de enviar un miembro al Parlamento. <<

[292] Citado en Trevelyan, I, 201. <<

[293] Citado en Namier, *Crossroads*, 32. <<

[294] *Letters and Papers of Franklin and Jackson*, 138. <<

[295] Beer, 275. <<

[296] *Ibíd*., 285. <<

[297] *Memoirs*, IV, 179. <<

[298] Citado en Trevelyan, I, 205. <<

[299] Citado en Valentine, *Establishment*, II, 950. <<

[300] Citado en Knollenberg, *Origin*, 105. <<

[301] T. H. White, *Age of Scandal* (Londres, 1950), 32. <<

[302] Citado en Knollenberg, *Origin*, I, 120, 330, n.º 17. <<

[303] *Ibíd*., 120. <<

[304] *Letters from America, 1775-80, cf.* a *Scots Officer, sir James Murray, During the War Of American independence*, ed. Eric Robson. Manchester University Press, 1951. <<

[305] Citado en Benjamin Franklin, *Writings*, IX, 261. <<

[306] Este argumento, tomado de una impresionante investigación original, ha sido establecido muy convincentemente por F. W. Anderson en «Why Did Colonial New Englanders Make Bad Soldiesr?», *William and Mary Quarterly*, XXXVIII, núm. 3, julio de 1981, 395-414. <<

[307] Se ha dicho que las objeciones de los comerciantes fueron acalladas porque en aquella etapa el principal agente colonial, Benjamin Franklin, de Pennsylvania, tenía muy presente que su cargo de subdirector general de Correos en Norteamérica, y el de su hijo, gobernador de Nueva Jersey, estaban sujetos al capricho de la Corona. *Cf*. Knollenberg, *Origin*, 155. <<

[308] Morgan, *Stamp Act*, *54*, n.º 3. <<

[309] Jarrett, 34, 36. <<

[310] *Sir* William Thornton en el Parlamento; Hansard, XIV, 1318-1322. <<

[311] Macaulay III, 647. <<

[312] Bailyn, *Ordeal*, 62-63. <<

[313] Citado en Van Doren, 333 <<

[314] Morgan, *Stamp Act*, 53-70. <<

[315] *Ibíd*., 60. <<

[316] *Ibíd*., 58. n.º 15. <<

[317] *Ibíd*., 62. <<

[318] Citado en Wickwire, 103. <<

[319] Morgan, *op. cit.*, 36. <<

[320] *Ibíd*., 37. <<

[321] Sobre las audiencias en el Parlamento, del 6-7 de febrero de 1765, *cf.* Hansard, XVI. <<

[322] Citado en Knollenberg, *Origin*, 224. <<

[323] Citado en Valentine, *Germain*, 10. <<

[324] 15 de febrero de 1765, Hansard, XVI. <<

[325] Walpole, *Memoirs*, II, 49. <<

[326] Citado en Knollenberg, *Origin*, 225. <<

[327] *Ibíd.* <<

[328] Citado en Bailyn, *Ordeal*, 71. <<

[329] *Ibíd.* <<

[330] Citado en Morgan, *Stiles*, 233. <<

[331] Mason, George C., *Reminiscenses of Newport*, Newport, 1884, 358. <<

[332] Burke, en el Parlamento, 22 de marzo de 1775. <<

[333] Citado en Bailyn, *Ideological*, 136. <<

[334] Citado en Miller, *Orígins*, 229. <<

[335] *Ibíd*., 203. <<

[336] Miller, 279. <<

[337] Beloff, *Debate*, 86-88; Morgan, *Stamp Act*, 14. <<

[338] Morgan, *Stamp Act*, 19. <<

[339] Franklin a lord Kames, 3 de enero de 1760, *Writings*, IV, 4. <<

[340] *Autobiography*, Parte III, 165. <<

[341] Citado en Beloff, *Debate*, 27, 77. <<

[342] Carta del 25 de febrero de 1766, *Letters*, VI, núm. 2410. <<

[343] Citado por Burke en el Parlamento, 19 de abril de 1774, Hansard, XVIII. <<

[344] Mucho se ha escrito sobre si ésta fue o no una temprana manifestación de la ulterior demencia del rey. Como no ocurrió ningún otro ataque hasta el comienzo de su definitiva enfermedad mental en 1788, más de veinte años después, hemos de considerar al rey como cuerdo durante el periodo del conflicto con las colonias de Norteamérica. <<

[345] Fitzmaurice, I, 71. <<

[346] Copeman, 95. <<

[347] Citado en Macaulay, II, 272. <<

[348] Citado en *DNB* sobre Pitt. <<

[349] Macaulay, III, 617. <<

[350] Citado en Williams, *Pitt*, II, 113. <<

[351] Citado en Robertson, 69 y 2. <<

[352] *Ibíd*., 16. <<

[353] Fitzmaurice, I, 76. <<

[354] Citado en Feiling, 93. <<

[355] *Ibíd*., 71. <<

[356] Citado en Morgan, *Stamp Act*, 274. <<

[357] Citado en Thomas, 365. <<

[358] Clark, 41, 44-45; Miller, 155. <<

[359] Hansard, XVI, 137. <<

[360] Winstanley, 109. <<

[361] Escrito en 1768, *Memoirs*, II, 218. <<

[362] Citado en Allen, 242. <<

[363] *DNB*, Conway. <<

[364] Hinckhouse, 74-75; Miller, 159-160; Griffith, 45. <<

[365] Citado en Trevelyan, I, 2. <<

[366] Citado en Bailyn, *Ideological*, 151. <<

[367] Citado en Miller, 240. <<

[368] Citado en Knollenberg, *Growth*, 35. <<

[369] Citado en Van Doren, 383. <<

[370] Burke en el Parlamento, 19 de abril de 1774. <<

[371] Citado en Macaulay, III, 672. <<

[372] Citado en Ayling, *Pitt*, 364. <<

[373] Franklin, *Autobiography*, Parte I, 532. <<

[374] Brooke, 226. <<

[375] Walpole, *Memoirs*, III, 391. <<

[376] Burke en el Parlamento, 19 de abril de 1774 <<

[377] Citado en *DNB*. <<

[378] Citado en Namier, *Crossroads*, 195. <<

[379] *Memoirs*, II, 275. <<

[380] Namier, *ibíd*. <<

[381] Citado en Sherson, 16. <<

[382] Citado en Namier, *Crossroads*, 195. <<

[383] *Ibíd*., 201. <<

[384] *Ibíd*., 210; Miller, 242, 250. <<

[385] Éste es un término no histórico que por entonces no estaba en uso, pero como lleva consigo una connotación exacta para el lector moderno, que ninguna otra palabra puede transmitir, he decidido utilizarlo, con ciertos remordimientos de conciencia. <<

[386] Winstanley, 111. <<

[387] Grafton, 126-127, 175-179; Walpole, *Memoirs*, III, 51; Winstanley, 141, 144, Namier y Brooks, *passim*. <<

[388] Knollenberg, *Growth*, 301, n.º 33. <<

[389] *Sir* William Meredith, citado en Foster, viii. <<

[390] Ayling, *Pitt*, 369; Wiliiams, *Pitt*, II, 242. <<

[391] Walpole, *Memoirs*, III, 41-42. <<

[392] Bargar, 16. <<

[393] *Ibíd.* <<

[394] Williams, *Pitt*, II, 242-243. <<

[395] Bailyn, *Ordeal*, 72. <<

[396] Nicolson, 253. <<

[397] Fitzmaurice, I, 343; Valentine, *Germain*, 466-470; Mackesy, 51. <<

[398] Jack Lindsay, *1764*, Londres, 1959. <<

[399] *Feiling*, 136. <<

[400] Knollenberg, *Growth*, 48. <<

[401] Citado en Miller, 261. <<

[402] Andrew Eliot, citado en Bailyn, *Ideological*, 114. <<

[403] Citado en Knollenberg, *Growth*, 14. <<

[404] WaIpole, *Memoirs*, III, 135-136; véase también Macaulay, III, 600. <<

[405] Citado por Shelbume a *sir* Henry Moore, gobernador de Nueva York, 9 de agosto de 1766, citado en Mumby, 161. <<

[406] Citado en Ayling, *Pitt*, 340. <<

[407] Alice M. Earle, *Colonial Dames and Goodwives*, Boston, 1895, 241. <<

[408] Franklin, *Autobiography*, II, 10. <<

[409] Citado en Sainsbury, 433. <<

[410] *Ibíd.* <<

[411] Citado en Valentine, *Establishment*, I, 68. <<

[412] Hinkhouse, 20, 147; Bonwick, 64. <<

[413] Citado en Miller, 449. <<

[414] Jesse, I, 460; Laver, 72-73 <<

[415] Citado en Miller, 277. <<

[416] *Ibíd.* <<

[417] Winstanley, 252. <<

[418] 14 de marzo de 1769, Hansard, XVI, 605. <<

[419] 15 de marzo de 1769, *ibíd*., 612-620 <<

[420] Valentine, North, I, 176. <<

[421] Citado en Bailyn, *Ordeal* 83-84. <<

[422] Earle, *op. cit*., 243. <<

[423] La discrepancia entre esta cifra y los tres millones del discurso de Chatham de enero de 1766 tal vez refleje un inexacto conocimiento de los hechos o inexactos informes parlamentarios; ambos hechos serían características típicas de la época. Se ha calculado que el verdadero número de población era aproximadamente de 2.5 millones. <<

[424] Chatham, en los Lores, 9 de enero de 1770, Hansard, XVI, 650 <<

[425] *Ibíd*., citado en Williams, *Pitt*, II, 264. <<

[426] Walpole, *Memoirs*, IV, 51-52; *Feiling*, iii. <<

[427] Citado en Brooks, 187. <<

[428] *Feiling*, 102. <<

[429] Citado en *DNB*. <<

[430] Jesse, II, 208; Robertson, 137. <<

[431] Citado en Watson, 149. <<

[432] Citado en Valentine, *North*. <<

[433] Citado en Knollenberg, *Origin*, 244. <<

[434] Valentine, *North*, I, 460. <<

[435] Hansard, XVI. <<

[436] *Ibíd*., 709-712. <<

[437] *Ibíd*., 856-869. <<

[438] *Ibíd*., 872-873. <<

[439] *Ibíd*., 873. <<

[440] 8 de mayo de 1770, *ibíd*., 980-985. <<

[441] Citado en Lecky, III, 385. <<

[442] *Ibíd.* <<

[443] Citado en *Ibíd*., 394. Sobre la sesión en los Comunes, 9 de enero de 1770, *cf*. Hansard XVI, 672-673, 720-725. <<

[444] 8 de mayo de 1770, *ibíd*., 1001-1009 <<

[445] Carta del 10 de marzo de 1769, citada en Olson, II. <<

[446] Citado en Trevelyan, I, 130. <<

[447] Hansard, XVI, 1009-1013. <<

[448] *Ibíd*., 1016-1019. <<

[449] Carta del 12 de febrero de 1771, citada en Olson, 43. <<

[450] San Esteban representa las Cámaras del Parlamento. La cita está en Trevelyan, I, 131. <<

[451] Schlesinger, 228. <<

[452] Sobre el incidente de la *Gaspée*, *cf*. Wickwire, 142; Miller, 326-329; Morgan, *Birth*, 55-55 <<

[453] Citado en Morgan, *Stiles*, 261. <<

[454] Feiling, 81. <<

[455] Citado en Brougham, I, 116. <<

[456] Atribuido a Junius, citado en Williams, *Pitt*, II, 277. <<

[457] Sobre Dartmouth, *cf*. Bargar, *passim* <<

[458] Citado en Miller, 343. <<

[459] Jesse, II, 400. <<

[460] Citado en Bonwick, 78. <<

[461] Citado en Miller, 206. <<

[462] Citado en Valentine, *North*, I, 170. <<

[463] Citado en Williams, *Pitt*, II, 297. <<

[464] Discurso del 27 de enero de 1766, citado en Williams, *Pitt*: II, 198. <<

[465] Citado en Miller, 207. <<

[466] Hinkhouse, 106-110. <<

[467] Citado en Miller, 342-343. <<

[468] Trevelyan, I, 162. <<

[469] *Memoirs* de William Temple Franklin, citado en *Papers of Benjamin Franklin*, comp. William Wilcox, New Haven, Yale Univ, Press 1978 Vols. 31, 41, n.º 9. <<

[470] Hansard, XVII, 1199-1201, 1210, 1281, 1282-1286 <<

[471] Citado en Gipson, XII, 114. <<

[472] Citado en Miller, 375-376; Hinkhouse, 172. <<

[473] Debate del 22 de abril de 1774, Hansard, XVII, 1281. <<

[474] Citado en Labarés, 199. <<

[475] Citado en Trevelyan, I, 262. <<

[476] Debate sobre la derogación de la Ley del Té, 19 de abril de 1774, Hansard, XVII, 1271. <<

[477] Citado en Sachse, 180. <<

[478] Hansard, XVII. <<

[479] Citado en Van Doren, 335. <<

[480] Citado en Page Smith, *A New Age Now Begins*, 1976, I, 391. <<

[481] W. F. Livingston, Israel Putnam, Nueva York, 1901, 78. <<

[482] Citado en Bailyn, *Ideological*, 120. <<

[483] *Ibíd*. <<

[484] *Letter to Abbé Raynal on the Affairs of North America* <<

[485] Discurso del 19 de abril de 1774, Hansard, XVII. <<

[486] Citado en Alfred O. Aldridge, *Man of Reason: The Life of Thomas Paine*, Filadelfia, 1959, 34 <<

[487] Citado en Beloff, *Debate*, 176. <<

[488] *Ibíd*, 203 <<

[489] Citado en Bailyn, *Ideological*, 136. <<

[490] Carta a North, 18 de noviembre de 1775, *Correspondence*, num. 1556. <<

[491] Trevelyan, I, 113; Barrington, 141, 144-145. <<

[492] Plumb, *Light*, 83. <<

[493] Boswell, *Life*, ed. Everyman, I, 526. <<

[494] Ayling, *Pitt*, 414 <<

[495] Citado en Williams, *Pitt*, II, 304. <<

[496] Walpole a Conway, 22 de enero de 1775, *Correspondence*, IV, 91 <<

[497] Hansard, XVIII, 208. <<

[498] El rey a lord North, 18 de agosto de 1775, III, 247. <<

[499] Treveylan, I, 260. <<

[500] Citado en Miller, 406. <<

[501] 22 de marzo de 1775, conocido como el Discurso de Conciliación, Hansard, XVIII. <<

[502] 7 de mayo de 1775, *Correspondence*, XXIV, 98. <<

[503] Hansard, XVIII, 226 <<

[504] Citado en Griffith, 154. <<

[505] Hansard, XVIII, 166. <<

[506] Citado en Trevelyan, George M., *History of England*, Nueva York, 1953, III, 73.
<<

[507] Sayre a Chatham, 20 de mayo de 1775, citado en Richeson, 191. <<

[508] El texto completo de la carta de Wesley a Dartmouth, se encuentra en Luke Tyerman, *Wesley*, 1872, III, 197-200. Se ha discutido si la carta iba dirigida a Dartmouth o a North; Tyerman no especifica. Caleb T. Winchester, en *Life of John Wesley* (Nueva York, 1906), dice que la carta iba dirigida a North, *DNB* sobre Dastmouth, afirma que fue Dartmouth, así como Valentine, *North*, I, 349. <<

[509] Jorge III, *Correspondence*, III, xiii. <<

[510] Citado en Brooks, 180. <<

[511] Jorge III a lord North, 18 de agosto de 1775, *Correspondence*, III, 247-248. <<

[512] Citado en Valentine, *North*, I, 390. <<

[513] El apellido Germain fue adoptado por una herencia de un amigo de la familia. <<

[514] Fitzmaurice, I, 345. <<

[515] *DNB*. <<

[516] Citado en Valentine, *North*, I, 409. <<

[517] Citado en *ibíd*, 406. <<

[518] Trevelyan, III, 202, 206-207. <<

[519] Hansard, XVIII, 998. <<

[520] Citado en Miller, 452. <<

[521] Citado en *DNB* <<

[522] Hinkhouse, 193; Feiling, 134. <<

[523] Walpole a la condesa de Ossory, 15 de octubre de 1776, *Correspondence*, IX, 428. <<

[524] Walpole a Conway, 31 de octubre de 1776, *ibíd*., 429. <<

[525] Cartas del 18 de marzo, y del 12 de agosto de 1775, *Letters*, ed. Chauncey Tinker, 2 vols. Oxford, 1924, I, 213, 239. <<

[526] Boswell, *Life*, II, 209. <<

[527] Debate del 15 de abril de 1774, Hansard, XVII, 1208. <<

[528] *Hamlet*, acto II, escena ii. <<

[529] Citado en Donne, prólogo del compilador a *Correspondence of George III with lord North*, II, 9. <<

[530] 11 de diciembre de 1775, citado en Olson, 169. <<

[531] Burke, *Correspondence*, II, 118, 120. <<

[532] Citado en *ibíd*. II, 182. <<

[533] *Ibíd.* <<

[534] *Writings of George Washington*, comp. John C. Fitzpatrick, USGPO, 1931-1944, IX, 115. <<

[535] Hansard, XIX, 360-375. <<

[536] *Ibíd*., 431-432. <<

[537] Citado en Donne, *Correspondence of George III with Lord North*, II, 114. <<

[538] Citado en Valentine, *Germain*, 265 <<

[539] Walpole, *Last Journals*, II, 76. <<

[540] Citado en Valentine, *Germain*, 275. <<

[541] 26 de julio de 1775, *Correspondence*, III, núm. 1683. <<

[542] *Ibíd*. num. 3923 <<

[543] Fitzmaurice, I, 358; Valentine, *Germain*, 284. <<

[544] Hansard, XVIII, 443. <<

[545] Walpole, *Last Journals*, II, 200. <<

[546] Citado en Robertson, 174. <<

[547] Walpole a Mann, 18 de febrero de 1778. <<

[548] Olson, 172-173. <<

[549] Hansard, XIX. <<

[550] Pliumbn *Chatham*, 156; Robin Reilly, *William Pitt the Younger*, Nueva York, 1979, página 52. <<

[551] Williams, *Pitt*, II, 242-243. <<

[552] Citado en Miller, 453. <<

[553] Richmond a Rockingham, 15 de marzo de 1778, citado en Olson, 172-173. <<

[554] Citado en Miller, 396. <<

[555] 24 de agosto de 1775, citado en *ibíd*, 453. <<

[556] Citado en Derry, 87. <<

[557] *Correspondence*, a Mann, 30 de junio de 1779. <<

[558] Citado en Derry, 75. <<

[559] Brown, 266. <<

[560] *Ibíd*., 266. <<

[561] *Ibíd*., 263. <<

[562] Stevens, *Facsimiles*, XI, núm. 1171-1172. <<

[563] 29 de septiembre de 1778, *ibíd*, V, núm. 529. <<

[564] *Ibíd*., XII, 1200-1201. <<

[565] Miller, *Triumph*, 5. <<

[566] *Ibíd.* <<

[567] Feiling, 136-136. <<

[568] Treveylan, I, 216. <<

[569] Jesse, III, 357; Feiling, 141; todas las fuentes. <<

[570] Namier, *Crossroads*, 125. <<

[571] Allen, 254 (llamado aquí erróneamente James). <<

[572] 10 de noviembre de 1782, *Correspondence*, VI, núm. 3978 <<

[573] Carta escrita desde Holanda en 1782, citada en Allen, 255; véase también Miller, *Triumph*, 632. <<

[574] Citado en Guttridge, 73-74. <<

[575] J. G. Adams, citado en William Wilcox, *Portrait of a General* (*sir* Henry Clinton). Nueva York, 1964, xi. <<

[576] Hull, II, 1597 <<

[577] Citado en Thorne, 468. <<

[578] *Stilwell Papers*, citado en B. W. Tuchman, *Stilwell and the American Experience in China*, Nueva York, 1971, 405. <<

[579] *Ibíd*., 410. <<

[580] Citado en La Feber, 1292. <<

[581] J. C. Vincent Mem. 2 de noviembre de 1943. FRUS, 1943, China, 866. Véase también Fifield, 69. <<

[582] Drachman, 51. <<

[583] Mem para el secretario de Estado, 1.º de enero de 1945, FRUS, 1945, VI, 293. <<

[584] FRUS, 1944, *British Commonwealth and Europe*, FDR a Hull, 16 de octubre de 1944. Véase también Drachman, 80. <<

[585] A Charles Taussig, Halberstam, 81; Thorne, 630. <<

[586] Boletín del Departamento de Estoda, 8 de abril de 1945. <<

[587] Caffery al Secretario de Estado, FRUS, 1945, VI, 300. <<

[588] Grew a Caffery, frus, 1945, VI, 307. Véase también Grew a Hurley, 2 de junio de 1945. *ibíd*. 312. <<

[589] Buttinger, I, 450, n.º 53. <<

[590] Jules Harmard, *Domination et colonisation*, París, 1910, 25, citado en Buttinger. <<

[591] Citado en Manning, *Stage*, 109, tomado de Milton Osborne, *France Presence in Cochin China and Cambodia, 1859-1905*, Ithaca, 1969, 119. <<

[592] Smith, 332-334. <<

[593] Citado en Shaplen, 33. <<

[594] Leahy, 286, 338, 413; también CCS a St. Didier, 19 de julio de 1945, Vigneras, 398. <<

[595] Thorne, 631. <<

[596] De Gaulle, III, 910. <<

[597] Citado en Darchman, 90. <<

[598] Citado en Marshall, 107; véase también Smith, 324. <<

[599] Citado en Shaplen, 30 <<

[600] Citado en Hammer, 102. <<

[601] Citado en Cooper, 39. <<

[602] Dunn; también Hammer, 113, Isaacs, 151-157. <<

[603] PP (HR), Bk I, Parte I, A, p. A-24, citado en Patti, 380. <<

[604] Isaacs, 151. Lord Louis Mountbatten, comandante en el lugar de los hechos, informó el 2 de octubre de 1945 a los jefes conjuntos de Estado Mayor que la única manera en que podía evitar la participación de las fuerzas británico/indias era «seguir empleando a los japoneses para mantener la ley y el orden y esto significa que *no* puedo empezar a desarmarlos en los próximos tres meses» (citado en Dunn en uno de los siguientes: *Lord Mountbatten's Report to Combined Chiefs of Staff, 1943-1945* Londres, HMSO, 1951), *Post Surrender Task, Section E of the above* (Londres, HMSO, 1969); Gran Bretaña: *Documents Relating to British Involvent in the Indo-China Conflict, 1945-1965*, Command 2834 (Londres, HMSO, 1965). <<

[605] Citado en Buttinger, I, 327. <<

[606] Cooper, 41; Isaacs, 161; Smith, 344. <<

[607] PP (Senado) 13. <<

[608] Citado en Smith, 347. <<

[609] FRUS, 1946, VIII, 27; también PP, I, 17. <<

[610] Callagher Papers, PP (Senado). Apéndice I, 31-36. <<

[611] Gordon Walker, *Christian Science Monitor*, 2 de marzo de 1946. <<

[612] 28 de noviembre de 1945, FRUS, 1945. VI,. 1338, n.º 37. <<

[613] 13 de diciembre de 1945, *ibíd*.,; véase también Fifield, 69-70. <<

[614] Redactado por la Oficina Francesa para la Embajada en París, PP, I, 31-32. <<

[615] *Ibíd*., 20. <<

[616] PP (Senado) 13. <<

[617] Charles S. Reed a sec. de Estado, 22 de diciembre de 1946, FRUS, 1946, VIII, 78-79. <<

[618] Citado en Halbestam, 84 de Paul Mus, oralmente. <<

[619] En la conocidísima canción infantil Humpty-Dumpty es un huevo que, al romperse, ya no hubo fuerza capaz de volver a unirlo. <<

[620] FRUS; 1945, VI, 313; Thorne, 632. <<

[621] Febrero de 1947, PP, I, 31. <<

[622] Junio de 1949, PP, I, 82 <<

[623] *Ibíd*., 83. <<

[624] PP, I., 71-72. <<

[625] *Ibíd.* <<

[626] Shaplen, 87; PP, I, 73. <<

[627] 24 de mayo de 1951, citado en Gelb, 44. <<

[628] 11 de abril de 1951, PP, I, 588. <<

[629] 27 de febrero de 1950, PP, I, 83. <<

[630] *Ibíd*., 34. <<

[631] 24 de mayo de 1951, PP, I, 589. <<

[632] Citado en Gelb, 42. <<

[633] Citado en Cohen, 75. <<

[634] 8 de Junio de 1950, citado en Cohen, 50. <<

[635] 11 de junio de 1952 <<

[636] PP, I, 84. <<

[637] Acheson, 674. <<

[638] NSC 124, PP, I, 88 <<

[639] Citado en Hoopes, 147. <<

[640] *Ibíd*., 203. <<

[641] Citado en Ball, 404. <<

[642] Hoopes, 140. <<

[643] En el Senado, 21 de septiembre de 1949, citado en Hoopes, 78. <<

[644] *Ibíd*., 115. <<

[645] *Ibíd*., 78. <<

[646] Halle, 270. El texto del programa, en *National Party Platforms*, comp. D. B. Johnson, I, 496-505, Univ. of Illinois Press, Urbana, 1978. <<

[647] Hoopes, 172. <<

[648] PP, I, 89. <<

[649] Citado en Barrington, 142-143. <<

[650] PP., I, 89. <<

[651] Citado en Cohen, 174. <<

[652] PP, I, 94; *Mandate*, 345. <<

[653] 4 de junio de 1953, PP, I, 391-392. <<

[654] Entrevista de Acheson con el profesor Gaddis Smith, *NYT Book Review*, 12 de octubre de 1969. <<

[655] Citado en Halle, 286-287. <<

[656] PP, I, 487-489. <<

[657] 3 de febrero de 1954, citado en Gelb, 52. <<

[658] Eisenhower, *Mandate*, 372-373. <<

[659] Hammer, 313, n.º 20a. <<

[660] *North from Malaya*, 10, 208. <<

[661] U. S. Congress, Senate FRC, 83rd Congress, Primera Sesión, véase bajo U. S. Congress, Senate. <<

[662] Hoopes, 160. <<

[663] Eisenhower, *Mandate*, 451, Hoopes, cap. 13. <<

[664] Citado en *ibíd*., 196. <<

[665] Hoopes, 173. <<

[666] PP, I, 448-451. <<

[667] Hoopes, 212. <<

[668] 16 de abril de 1954, citado en Eisenhower, *Mandate*, 353, n.º 4. <<

[669] *Mandate*, 168. <<

[670] Cooper, 59. <<

[671] Roberts, en Raskin y Fall, 57-66; PP, I, 97-106. <<

[672] FRUS, 1952-1954, XIII, 1271. <<

[673] Se ha dicho que Radford estaba pensando en provocar una respuesta militar china, con objeto de precipitar una guerra con los Estados Unidos antes de que China tuviese fuerzas suficientes para amenazar la seguridad de los Estados Unidos. Su sugerencia de emplear armas en Indochina fue hecha oralmente por el ayudante del almirante al general Douglas MacArthur, que por entonces actuaba como asesor del Departamento de la Defensa, quien firmemente se opuso a la idea. «Si nos acercamos a los franceses», escribió a Dulles, «la historia ciertamente se filtraría… causando gran escándalo y protestas por los parlamentos del mundo libre», sobre todo entre los aliados de la OTAN, en especial la Gran Bretaña. Entonces los Estados Unidos se verían sometidos a presión para dar seguridades de que no se emplearían armas A en el futuro sin antes consultar. Además la propaganda soviética presentaría «nuestro deseo de emplear tales armas en Indochina como prueba del hecho de que estábamos probando nuestras armas sobre pueblos aborígenes». Según una nota anexada por un miembro del personal de Dulles, «Sec no quiso hablar de esto ahora con el Alm… R… y creo que éste no quiso hablar de ello con Sec». (Chalmars Roberts en *Washington Post*, 24 de octubre de 1971, citado en Gelb, 57, FRUS, *op. cit.*, a sec. de Estado, 7 de abril de 1954, 1270-1272). <<

[674] Roberts, *op. cit.*; Hoopes, 210-211. <<

[675] PP, I, 100-104; Roberts; Hoopes, 207-208. <<

[676] 10 de marzo de 1954, citado en Gurtov, 78. <<

[677] Ridgway, *Soldier*, 276; también Gavin en Senate FCR *Hearings* en 1966. <<

[678] *Mandate*, 373; PP, I, 129. <<

[679] PP, I, 472-476. <<

[680] 11 de mayo de 1954, PP, I, 106; también NYT, 24 de junio de 1954. <<

[681] Citado en Hoopes de *Le Monde*, 12 de febrero de 1954. <<

[682] Embajador Dillon a sec. de Estado, 6 de julio de 1954, PP (HR), Bk IX, 612. <<

[683] 11 de junio de 1954, citado en Hoopes, 230. <<

[684] Como lo contó Chou a Harrison Salisbury, y Salisbury a la autora, 17 de febrero de 1983 <<

[685] Eisenhower, *Mandate*, 337. <<

[686] 5 de mayo de 1954 y otros editoriales, 7, 9, 10, 12, 14, 19, 22 de mayo de 1954. <<

[687] Reischauer, Edwin O. *Wanted: An Asian Policy*. Nueva York, 1955, 178-179; 251-257. <<

[688] Citado en Hoopes, 242. <<

[689] PP, I, 212. <<

[690] Sobre la carrera de Diem, *cf*. informe de Mansfield al Senado FRC, 15 de octubre de 1954, 83rd Congress, Segunda Sesión; véase también Scheer. <<

[691] Scherr y Hinckle, «The Viet-Nam Lobby», en Raskin y Fall, 69. <<

[692] William Bundy a la autora, 18 de febrero de 1981 <<

[693] PP, I, 215 <<

[694] PP, I, 218 <<

[695] Citado en Cooper, 130. <<

[696] Informe de la Misión Lansdale, PP, I, 577 <<

[697] PP, I, 241 <<

[698] U. S. Congress, Senate, FCR, 83rd Congress, Segunda Sesión. <<

[699] PP, I, 253 <<

[700] PP, I, 226 <<

[701] Collins, 408. <<

[702] PP, I, 573-583. <<

[703] PP, I, 221. <<

[704] *Ibíd*., 222. <<

[705] C. L. Sulzberger, 18 de abril de 1955. <<

[706] Collins, 379. <<

[707] Citado en Cooper, 142. <<

[708] PP, I, 227. <<

[709] NYT, 31 de agosto de 1954. <<

[710] PP, I, 245. <<

[711] Buttinger, II, 890. <<

[712] Leo Cherne en *Look*, 25 de enero de 1956; véase también Cooper, 132. <<

[713] En el Senado, 6 de abril de 1954, citado en Scheer, 15. <<

[714] Ridgway, *Foreign Affairs*, 585; véase también Eisenhower, *Mandate*, 372. <<

[715] PP, I, 246. <<

[716] PP, I, 250. <<

[717] Parte de una serie de estudios conducida en Vietnam, de 1955 a 1962 por la Michigan State University, bajo la dirección del profesor Wesley Fishel, citado en Scheer, 53. <<

[718] PP, I, 246. <<

[719] PP, I, 258. <<

[720] Cooper, 159; texto del Manifiesto, en Raskin y Fall, 116-121. <<

[721] *Ibíd*., 483. <<

[722] *Ibíd.* <<

[723] Texto del programa, en Raskin y Fall, 216-221. <<

[724] James Thomson, *NYT Books*, 4 de octubre de 1970. <<

[725] Discurso sobre «La participación de los Estados Unidos en Vietnam» a los Norteamericanos Amigos de Vietnam, junio de 1956, citado en Lewy, 12. <<

[726] Robert D. Heinl, *Dictionary of Military and Naval Quotations*, Annapolis, 1966, 215. <<

[727] Citado en Halberstam, 52. <<

[728] Halberstam, 153. <<

[729] Galbraith, 477. <<

[730] Schlesinger, 320; PP, II, 6, 27. <<

[731] PP, II, 440-441 <<

[732] Schlesinger, 320, 547. <<

[733] Schoenbrun a la autora. <<

[734] Citado en Kaplan, 330. <<

[735] *Ibíd*., 199. <<

[736] Schlesinger, 341. <<

[737] Raskin y Fall, 108-116. <<

[738] Citado en Schlesinger, 986. <<

[739] Discurso en los Comunes, 19 de abril de 1774, Hansard XVIII. <<

[740] Memorando de Acción, 11 de mayo de 1961, PP, II, 642. <<

[741] Gelb y Betts, 29. <<

[742] Ball, 363. <<

[743] Galbraith, 467. <<

[744] Citado en Schlesinger, 541. <<

[745] PP, II, 55-59; véase también Ball, 385. <<

[746] Citado en Gelb y Betts, 70. <<

[747] Sorensen, 583, ss. <<

[748] Thompson y Frizzel, 6. <<

[749] Citado en Schlesinger, 544. <<

[750] Taylor, 220-221. <<

[751] Macpherson, 258. <<

[752] Citado en Halberstam, 161. <<

[753] Sobre el informe Taylor-Rostow, *cf*. PP, II, 14-15, 90-98; Taylor, 227-244. <<

[754] Citado en Cohen, 184. <<

[755] PP, II, 95-97. <<

[756] *Ibíd*., 105. <<

[757] 28 de febrero de 1961, citado en Cohen, 111. <<

[758] PP, II, 108-109. <<

[759] PP, II, 110-116. <<

[760] *Ibíd*., 805-805. <<

[761] Ministro de Defensa interino, Thuan Nguyen Dinh a embajador Nolting, *ibíd*., 121. <<

[762] PP (*NYT*), 110. <<

[763] *NYT*, 14 de febrero de 1962. <<

[764] PP, II, 808. <<

[765] Citado en Schlesinger, 549. <<

[766] Citado en Schlesinger, 548. <<

[767] Galbraith, 471-473, 477-479; PP, II, 122-124, 670-671. <<

[768] Lemnitzer para los Jefes Conjuntos de Estado Mayor al Secretario de la Defensa, 13 de abril de 1962, Schlesinger, 671-672. <<

[769] Mecklin, 100. <<

[770] Salinger, 328; véase también Manning, com. *Stakes*, 58-61. <<

[771] Macpherson, 45. <<

[772] 88th Congress, Primera Sesión, GPO, Washington, D. C., 1963. <<

[773] O’Donnell. <<

[774] pp, II, 690-726. <<

[775] Estoy en deuda con Jeffrey Race por llamarme la atención sobre el concepto de disonancia cognoscitiva. Los pasajes citados son de su artículo en *Armed Forces and Society*. Véase también Leon Festinger, *A Theory of Cognitive Dissonance*, Evanston, III, 1957. <<

[776] O’Donnel. <<

[777] Forrestal a la autora. <<

[778] O’Donnel. <<

[779] Schlesinger, 989; 17 de julio de 1963, PP, II, 824. <<

[780] Entrevista de la NBC con Chet Huntley, PP, II, 828. <<

[781] Citado en Schlesinger, 986. <<

[782] Ball, 370. <<

[783] El Departamento de Estado a Lodge, 29 de agosto de 1963, no firmado, PP, II, 738. <<

[784] Ball, 371; para la participación norteamericana en el golpe, véase PP, II, 256-264, Documentos, 734-751. <<

[785] PP, II, 742, párrafo 8. <<

[786] El Departamento de Estado a Lodge, 24 de agosto de 1963, PP, II, 734; el NSC a Lodge, 5 de octubre de 1963, *ibíd*., 257, 766 <<

[787] *Ibíd*., 738. <<

[788] 5 de octubre de 1963, *ibíd*., 767. <<

[789] Septiembre de 1963, PP, II, 243. Hilsman, 106. <<

[790] Manning, comp., *Stakes*, 50-51. <<

[791] Halbertam, 203-205. <<

[792] Cooper, 480. <<

[793] PP, II, 245. <<

[794] Mecklin, x. <<

[795] PP, II, 241; Cohen, 190. <<

[796] Halberstam, 370. <<

[797] *NYT*, 30 de agosto de 1963. <<

[798] *Ibíd*., de Washington. <<

[799] *Ibíd.* <<

[800] Entrevista con Walter Cronkite, septiembre de 1963, citado en Wicker, 186. <<

[801] Citado en PP, II, 23, de Hilsman. <<

[802] Texto en Raskin y Fall, 128-129. <<

[803] Bill Moyers a la autora. <<

[804] James Reston en *NYT*, 1.º de octubre de 1967. Otra versión: Wicker, 205. <<

[805] Citado en Wicker, 189, tomado de Jean Lacouture, *Vietnam; Between Two Truces*, 1966, 170. Segunda transmisión: Wicker, *ibíd*. <<

[806] Joseph Kraft, «Washington Insight», *Harper's*, septiembre de 1965. <<

[807] PP, II, 193 <<

[808] Editorial del *NYT*, 3 de noviembre de 1963. <<

[809] Citado en Cohen, 258. <<

[810] En una conferencia de prensa, *NYT*, 13 de octubre de 1967. <<

[811] Hanson Baldwin: *NYT Magazine*, 27 de febrero de 1966. <<

[812] En las audiencias FRC (Fulbright) del Senado, en 1966. <<

[813] Citado en Wicker, 231, 232. <<

[814] PP, III, 150-151; Bell, 379. Memorando JCS, del 19 de mayo de 1964, PP, III, 511. <<

[815] PP, II, 171-177; Ball, 375-379. <<

[816] Citado en Gelb, 115. <<

[817] PP, III, 175; PP, II, 322; PP, III 238. <<

[818] *Ibíd*., 176. <<

[819] Hoopes, *Limits*, 25-26. <<

[820] Wicker, 223. <<

[821] Austin, 78. <<

[822] *Ibíd*., 68. <<

[823] Citado en Ball, 379. <<

[824] PP, II, 193. <<

[825] Ball, 377-378. <<

[826] Kraslow y Loory, 102; Sevareid en *Look*, 30 de noviembre de 1965. <<

[827] Citado en Kraft, *Harper's*, diciembre de 1967, en Raskin y Fall, 315-322. <<

[828] Kearns, 253, 257. <<

[829] PP, III,, 178. <<

[830] PP, III, 217. <<

[831] Ball. 380-386, 390-392. <<

[832] Citado en Manning, comp. *Stakes*, 183. <<

[833] 7 de febrero de 1965, PP, III, 309, 687-689. <<

[834] Taylor, 403. <<

[835] Plan de acción dirigido a McNamara, 24 de marzo de 1965, PP, III, 695 <<

[836] Graff, *passim*; Evans y Novak, 553-555. <<

[837] Kearns, 270. <<

[838] Powers, 55, 61. <<

[839] *Ibíd*., 80. <<

[840] 28 de febrero de 1965, PP, III, 728. <<

[841] Citado en *St. Louis Post-Dispatch*, Suplemento Especial, D7. <<

[842] PP, III, cap. 3., «Guerra aérea en Vietnam del Norte»; cap. 4. «Tropas Norteamericanas entran en la guerra en tierra». <<

[843] Kraslow, 122. <<

[844] Audiencias FRC del Senado, 1966. <<

[845] Summers, 21-29; Nitze, en Thompson y Frizzell, 7. <<

[846] Antes citada en dos obras sumamente doctas (por Douglas Rosenberg como epígrafe para «Arms and the American Way», sin registrar la fuente original, en Russett, 170; después en Summers, 18) esta declaración, que el señor McNamara no recuerda, ha desafiado todos los esfuerzos para remitirla a una fuente primaria documentada. Se le incluye aquí porque tiene el sonido de la verdad, y porque sus implicaciones son graves, entonces como ahora. <<

[847] Citado en Roche, Am. Enterprise, Debate, 137, de Mohamed Heikal, *Cairo Documents*, Nuevo York, 1973. <<

[848] *Los Angeles Times*, 4 de abril de 1965. <<

[849] Editorial del *NYT*, 11 de noviembre de 1965. <<

[850] Hardin, 94. <<

[851] *NYT*, 1.º y 10 de noviembre de 1966. <<

[852] Steel, 565. <<

[853] Moyers a la autora; Anderson, 341. <<

[854] Taylor, citado en Lake, 297. <<

[855] Galbraith, 469, no. 7. <<

[856] William P. Bundy a la autora. <<

[857] PP, IV, 98. <<

[858] Herbert Mitgang a la autora. <<

[859] 17 de mayo de 1965, citado en Gelb, 371, de los papeles LBJ. <<

[860] PP, III, 695. <<

[861] PP, IV, 290-292. <<

[862] Ball, 376. <<

[863] Sevareid, en *Look*, 30 de noviembre de 1965. <<

[864] Sup. Esp. D4. <<

[865] Kraslow, 130-131. Todas las misiones extranjeras en busca de negociación están detalladas en este libro. <<

[866] Gelb, 152 ss. de vols. de PP que tratan de negociaciones extranjeras, inéditas cuando se escribió este libro. <<

[867] PP, IV, 48. <<

[868] Wicker, 271. <<

[869] Powers, 224; sobre el grado de defoliación, véase Lewy, 258. <<

[870] *Ibíd*., 223, citando a Frank Harvey, *Air War-Vietnam*, Nueva York, 1968. <<

[871] Enero de 1967. <<

[872] Taylor, 321. <<

[873] Hardin, 83. <<

[874] Citado en Powers, 48. <<

[875] Wilcox, 29. <<

[876] Véanse bajo U. S. Congress. <<

[877] 28 de enero y 18 de febrero. <<

[878] *NYT*, 18 de agosto de 1965. «Military Pledge to Saigon is Denied by Eisenhower», página 1 <<

[879] 17 de febrero, 450. <<

[880] 17 de febrero, 451. <<

[881] 8 de febrero. <<

[882] 17 de febrero, 454-455. <<

[883] 10 de febrero. <<

[884] *NYT*, 1.º de febrero de 1966. <<

[885] *NYT Magazine*, 18 de julio de 1965. <<

[886] PP, IV, 115-120, 166, 702-766. <<

[887] Warnke, citado en Gelb, 139, de una entrevista oral en los documentos LBJ. <<

[888] Hanson Baldwin, *NYT*, 30 de diciembre de 1966. <<

[889] Halberstam, 630. PP (*NYT*), 510-516. <<

[890] PP, I, 136. <<

[891] Thomson, «Resigning from Government», también véase Graff, 24, y Stud Terkes, «Servant of the State: A Conversation with Daniel Ellsberg», *Harper's*, febrero de 1972. <<

[892] Halberstam, 634. <<

[893] Citado en Graff, 104. <<

[894] PP, II, 511. <<

[895] Harris, 67. <<

[896] *Ibíd*., 60. <<

[897] *Beyond Vietnam*, 6. <<

[898] Logue y Patton, 324. <<

[899] *NYT*, 5 de abril de 1967. <<

[900] *NYT*, 6 de noviembre de 1966. <<

[901] Steel, 571. <<

[902] *NYT*, 4 de junio de 1967. <<

[903] *NYT*, obit. 16 de enero de 1983. <<

[904] Logue y Patton, 326. <<

[905] 3 de enero de 1967, Cooper, 501. <<

[906] Krawlow, 167-174, Cooper, 345-347. <<

[907] Ashmore y Baggs, Kraslow, 200. <<

[908] *Ibíd*., 208. <<

[909] 31 de diciembre de 1966. <<

[910] Kraslow, 206. <<

[911] Citado en Gelb, 164, de volúmenes de PP inéditos. <<

[912] Kraslow, 186-198; Herring, 168-169. <<

[913] Memorando de mayo de 1967 para el presidente, PP, IV; 477-479. <<

[914] Moyers a la autora. <<

[915] PP, IV, 199-204. <<

[916] *Ibíd*., 191-197. <<

[917] Citado en Macpherson, 430-431. <<

[918] Citado en Cohen, 277. <<

[919] PP, IV, 136. <<

[920] *Ibíd*., 223. <<

[921] *Ibíd*., 224-225. <<

[922] PP, IV, 216. <<

[923] Julio de 1967, Kraslow. <<

[924] Kraslow, 227-228. <<

[925] *Sic*. Dado el contexto quizá debería decir «error de Johnson». (*Nota del editor digital*). <<

[926] 18 de noviembre de 1967. <<

[927] Oído por el público por televisión, La ciudad era Ben Tre. <<

[928] 23 de febrero de 1968. <<

[929] Schandler, 121-176; Clifford, *Foreign Affairs*. <<

[930] Citado en Hoopes, *Limits*, 178. <<

[931] *Ibíd*., 169-171. <<

[932] Clifford, *Foreign Affairs*; Hoopes, *Limits*, 186-195, 199. <<

[933] PL, IV, 558. <<

[934] Clifford, *Foreign Affairs*. <<

[935] Macpherson, 420. <<

[936] Citado en Powers, 300. <<

[937] Transcripción aportada por el señor Cronkite. <<

[938] Citado en Schandler, 198. <<

[939] 15 de marzo de 1968. <<

[940] *NYT*, 8 de marzo de 1968 <<

[941] Schandler, 211. <<

[942] Senador Jackson, citado en *ibíd*. <<

[943] Hoopes, *Limits*, 205; Kendrick, 259. <<

[944] *NYT*, 19 de marzo de 1968. <<

[945] Memorando de Rowe al presidente, 19 de marzo de 1968, citado en Schandler, 249. <<

[946] Ridgway, *Foreign Affairs*; PP, IV, 266-268; Ball, 407-409. <<

[947] Macpherson, 453; Hoopes, *Limits*, 219. <<

[948] PP, IV, 595. <<

[949] Schandler, 279. <<

[950] Theodore White, 118. <<

[951] A Harrison, Salisbury; Salisbury a la autora. <<

[952] Citado en Herrring, 219. <<

[953] *Beyond Vietnam*, 19. <<

[954] Konrad Kellen, uno de los especialistas de la Rand, a la autora. <<

[955] Citado en *Sr. Louis Post-Dispatch*, Sup. Esp., D2 <<

[956] Citado en Richard Dudman, *St. Louis Post-Dispatch*, Sup. Esp. D10. <<

[957] Szulc, 152. <<

[958] Citado en *ibíd*., 150 <<

[959] Kissinger, 244. <<

[960] G. Warren Nutter, subsecretario de la Defensa de Nixon, en Am. Enterprise, *Vietnam Settlement*, 71. <<

[961] Citado en Kissinger, 307. <<

[962] Citado en Herring, 232. <<

[963] Citado en Kendrick, 296. <<

[964] Kissinger, 299. <<

[965] Citado en Theodore White, 130. <<

[966] Discurso del 19 de abril de 1774, Hansard, XVIII. <<

[967] Citado en Ball, 411. <<

[968] Kissinger, 271. <<

[969] *Ibíd*., 262. <<

[970] Shawcross, 19-35; Kissinger, 253. <<

[971] Kissinger, 252. <<

[972] Citado en Szulc, 158. <<

[973] 30 de abril de 1970. <<

[974] Kissinger, 490, 506. <<

[975] Citado en *ibíd*. 511, s. f. <<

[976] *Ibíd*., 513. <<

[977] Safire, 325. <<

[978] Citado en *ibíd*., 329; *St. Louis Post-Dispatch*, Sup. Esp., D3. <<

[979] Citado en Herring, 233. <<

[980] John Roche, en Lake, 132. <<

[981] Thomas Charles Huston, Safire, 297. <<

[982] Kissinger, 252. <<

[983] Testimonio de John Dean, citado en Congressional, Quarterly Service, 991. <<

[984] Riegle, entrada en su diario para el 9 de junio de 1971. Sobre el papel del Congreso en Vietnam durante el periodo de Nixon, véanse Frye y Sullivan, en Lake, 199-209, también Congressional Quarterly Service y, desde luego, Kissinger, *passim*. <<

[985] Fitzgerald, 416. <<

[986] Harris, 73. <<

[987] En mayo de 1783, citado en Valentine, *North*, II, 313. <<

[988] Citado en Herring, 241. <<

[989] Citado en Carl Bernstein y Robert Woodward, *All the President's Men*, Nueva York, 1974, 265. <<

[990] *Ibíd*., 127-128. <<

[991] Citado en Szulc, 610. <<

[992] Kissinger, 1412. <<

[993] Gelb, 349. <<

[994] Herring, 246. <<

[995] Paul Warnke, subsecretario de la Defensa, 1967-1969, sucediendo a McNaughton, American Enterprise, *Debate*, 125. <<

[996] *Congress and Nation*, III. <<

[997] Kissinger, 1459. <<

[998] Citado en Dudman, *St. Louis Postd-Dispatch*, Sup. Esp. D10. <<

[999] Kissinger, 520. <<

[1000] Mensaje al Congreso, enero de 1975. <<

[1001] Conferencia de prensa del 26 de marzo de 1975. <<

[1002] En *Foreign Affairs*. <<

[1003] McNamara a la autora. <<

[1004] Entrada en su diario para el 20 de abril de 1971. <<

[1005] Morton Smith, en *Columbia History of the World*, comp. John Garraty y Peter Gay, Nueva York, 1972, 210 <<

[1006] *Las Leyes*, I, 664-645, III, 689B. <<

[1007] *Anales*, XV, cap. 53. <<

[1008] Jefferson a Tench Coxe, 1799, citado en *Oxford Dictionary of Quotations*, 3.ª. ed. 1980, 272, num 11 <<

[1009] *Teory of Moral Sentiments*¸I, iii, 2, citado en *Oxford Dictionary of Quotations*, 509, núm. 8. <<

[1010] Wayne S. Cole, *Senator Gerald P. Nye and American Foreign Relations*, Minneapolis, 1962, 67. <<

[1011] *Diaries*, 11 de junio de 1951. <<

[1012] *Las leyes*, III, 691D. <<

[1013] Kissinger, 54. <<

[1014] *Oxford Dictionary of Quotations*, 157, num. 20. <<

[1015] Schlesinger, 538. <<

[1016] Discurso sobre la Conciliación, 22 de marzo de 1775, Hansard, XVIII. <<

[1017] Debo la cita de este pasaje a Jeffrey Race, «The Unlearned Lessons of Vietnam», *Yale Review*, invierno de 1977, 166. <<

[1018] Herodoto, Libro III, caps. 82-66. <<

[1019] *Complete Essays*, trad. Donald M. Frame, Stanford, 1965, II, 36. <<

[1020] Jonathan Swift, *Gulliver's Travels*, Primera Parte, cap. 6. <<